

SÓLO EL ACERO

RICHARD MORGAN

¿Qué es de los héroes cuando las guerras terminan?

Para Ringil Ojos de Ángel, la posguerra han sido largos años exiliado, ganándose el pan con el relato de sus hazañas mientras su espada, la legendaria Críacuervos, cuelga olvidada sobre la chimenea.

Para Egar el Matadragones, el triunfal retorno a las estepas como señor de su clan nómada está marcado por la nostalgia que siente por los tiempos felices pasados como mercenario en el civilizado Imperio.

Y en ese mismo Imperio, la mestiza Archeth, dejada atrás por su raza desaparecida, sirve al emperador e intenta en vano mantener en funcionamiento la tecnología abandonada.

Algo empieza a moverse, sin embargo, en su mundo rodeado por un anillo. Ringil es reclamado por su noble familia, que lo había repudiado, para que rescate a una pariente de los traficantes de esclavos. Egar es objeto de conspiraciones, inspiradas por los dioses, para apartarle de la jefatura de su clan. Y Archeth debe investigar el ataque a una guarnición costera del Imperio, realizado con armas que en teoría no deberían existir.

Los caminos de los tres viejos camaradas de guerra volverán a cruzarse, y entonces sabrán por fin si su tierra puede ser realmente apta para los héroes.

Lectulandia

Richard Morgan

Sólo el acero

ePub r1.3
Titivillus 28.01.15

Título original: *The steel remains*
Richard Morgan, 2008
Traducción: Manuel de los Reyes
Ilustración de portada: Larry Rostant
Diseño de portada: Alejandro Terán

Escaneo y edición inicial: Monipenny y Teref
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Este libro es para mi padre John Morgan
por ayudarme a cruzar los sargazos.

—Cualquiera diría que a la muerte y a vos os une la amistad —murmuró la mujer—. Extraña compañía para alguien tan joven.

—En todo el mundo no hay otra por cuya fidelidad me atrevería a poner la mano en el fuego —fue la amarga respuesta—, pues cabe aseverar sin miedo a equivocarse que permanecerá a nuestro lado hasta el último momento.

Poul Anderson, *La espada rota*.

Capítulo 1

Cuando alguien cuya cordura sabes que está fuera de toda duda te cuenta que su difunta madre acaba de intentar encaramarse a la ventana de su dormitorio con la intención de devorarlo, tus opciones se reducen básicamente a dos. Puedes pedirle que te eche el aliento, tomarle el pulso y comprobar sus pupilas para ver si ha ingerido lo que no debía, o puedes creerte sus palabras. Puesto que lo primero era algo que Ringil ya había intentado con Bashka el Maestro, sin éxito, dejó la jarra de cerveza encima de la mesa con un hondo suspiro y se dispuso a coger el espadón.

—Espero que no sea la misma historia de siempre —se le oyó refunfuñar mientras se abría paso hacia el fondo de la cantina de los residentes.

Ringil había dejado el mandoble, metro y medio de acero kiriath templado, colgado encima de la chimenea dentro de una funda tejida con aleaciones para las que nadie tenía nombre, aunque identificarlas hubiera sido coser y cantar para cualquier párvulo en su tierra de origen. La mencionada espada se había bautizado además en la lengua kiriath, como todas las armas forjadas por ellos, pero su nombre era tan rebuscado que ninguna traducción lograba hacerle justicia. «Bienvenido al hogar de los cuervos y otros animales carroñeros que viajan tras la estela de los guerreros» era la versión más aproximada que Archeth había podido ofrecerle a Ringil, de modo que éste se conformaba con llamarla «Críacuervos». No es que sintiera ninguna predilección especial por el nombre en cuestión, pero tenía ese algo que la gente esperaba encontrar en una espada famosa; tanto era así que el casero de Ringil, un truhán avispado con olfato para los negocios, había cambiado la antigua denominación de su posada por la del arma, zanjando así la cuestión para la posteridad. Un artista de la zona había pintado una imagen pasable de Ringil esgrimiendo la Críacuervos en la Quebrada del Patíbulo, retrato que desde entonces colgaba en la fachada a la vista de todos cuantos pasaran por delante del edificio. A cambio, Ringil recibía una cama en la que dormir y un techo bajo el que guarecerse, amén de la inmejorable oportunidad de relatar sus proezas en la cantina de los residentes por aquellas monedas que los espectadores tuvieran a bien depositar en su gorra.

He ahí toda mi recompensa, como observara Ringil con ironía en una de sus cartas a Archeth, *por no hablar de la vista gorda sobre ciertas costumbres de alcoba que sin duda en Trelayne o Yhelteth le granjearían a quien suscribe una muerte lenta por empalamiento. Resulta evidente que la condición de héroe de Aguas del Patíbulo conlleva una dispensa inimaginable para el ciudadano de a pie en los tiempos de fervor religioso que corren*. Cabía suponer además que a nadie le apetece salir a cazar mariquitas cuando precede a su presa la reputación de ser capaz de convertir a espadachines profesionales en alimento para perros en menos de lo que tarda un

guantelete en caer al suelo. *Al final resulta que la fama*, había garabateado Ringil, *tiene sus ventajas y todo*.

Montar la espada encima de la chimenea había resultado ser otra acertada genialidad del espabilado casero, cuyo más reciente empeño consistía en intentar persuadir al más célebre de sus residentes para que impartiera clases de esgrima detrás de la posada, en el patio de los establos. *Tres elementales con cuño del Imperio a cambio de medir tu filo con el héroe de la Quebrada del Patíbulo durante media hora*. Ringil, sin embargo, se resistía a permitir que la desesperación lo empujara a tales extremos. Sabía lo que la docencia había hecho con Bashka.

Fuera como fuese, desenvainó la Críacuervos con un silbido metálico, se la cargó al hombro como si no pesara más que una pluma y salió a la calle, respondiendo con calculada indiferencia a las miradas fijas del público cuyos oídos había estado regalando con historias rebosantes de valentía menos de media hora antes. No era descabellado suponer que los curiosos lo seguirían al menos durante un trecho del camino que conducía a la casa del maestro. Lo que no tendría nada de malo, ni siquiera aunque se confirmaran sus sospechas sobre lo que sucedía, pues lo más probable era que todos pusieran tierra de por medio en cuanto se torciesen las cosas. Nadie se lo reprocharía. Aquellos campesinos y mercaderes no compartían ningún lazo afectivo con él. Al menos uno de cada tres de ellos no lo había visto nunca antes de esa noche. Comentario a la introducción sobre el tratado de guerra de escaramuzas que la Academia Militar de Trelayne educadamente había declinado publicar con su nombre: *Si ni siquiera sabes cómo se llaman las personas que están a tu espalda, luego no te extrañes si no te siguen a la batalla. Por otra parte, que no te sorprenda tampoco que lo hagan, ya que los factores en juego son innumerables. El liderazgo es una criatura escurridiza, difícil de rastrear y apresar*. Era la pura verdad, aprendida en la sangrienta vanguardia de algunas de las contiendas más feroces de las que las ciudades libres tuvieran constancia. También era, no obstante, como el teniente editor de Trelayne había sido tan amable de describir en su respuesta, «demasiado impreciso para que la Academia lo considere viable como material de instrucción. Es esta ambivalencia, entre otras, lo que nos obliga a rechazar su oferta». Tras leer aquella última frase del pergamino, Ringil no había podido menos que sospechar que el redactor tenía mucho en común con él.

Hacía frío en la calle. Por encima de la cintura, un jubón de cuero con holgadas mangas de lona era lo único que lo resguardaba del viento helado, impropio de la estación, que descendía por el espinazo del país desde los altiplanos de los majak. La nieve coronaba ya las cumbres montañosas entre las que anidaba la ciudad, y todos los rumores apuntaban a que la Quebrada del Patíbulo se volvería impracticable antes de la víspera de Padrow. El temor a un nuevo «invierno aldraíno» estaba otra vez en boca de todos. Hacía semanas que sólo se hablaba de reses abatidas por los lobos y otros depredadores menos naturales en los pastos más elevados, de espeluznantes encuentros y avistamientos en los pasos más altos. Sería absurdo atribuir todos los

casos a meras imaginaciones. De hecho, Ringil sospechaba que ahí podría radicar el problema de Bashka el Maestro, cuya cabaña se levantaba al fondo de una de las calles transversales de la localidad, de espaldas al cementerio de la zona. Bashka, con diferencia la persona más culta de la diminuta población de Aguas del Patíbulo (a excepción hecha de su héroe residente), había sido nombrado oficiante del templo por defecto; la vivienda venía incluida con los hábitos sacerdotales, y cuando la climatología era adversa, los cementerios se transformaban en la despensa predilecta de las alimañas.

Serás un gran héroe, había leído en cierta ocasión una adivina de Yhelteth en la saliva de Ringil. *Librarás innumerables batallas y una plétora de enemigos caerá derrotada a tus pies*.

En ninguna parte estaba escrito que terminaría convirtiéndose en el exterminador municipal de un asentamiento fronterizo poco menos modesto que cualquiera de los suburbios del estuario de Trelayne.

Las antorchas encajadas en ménsulas alumbraban las avenidas principales y la parte que daba al río de Aguas del Patíbulo, pero el resto de la localidad debía conformarse con la luz anular, la cual escaseaba en noches tan nubladas como ésta. La multitud que seguía a Ringil no lo defraudó y comenzó a mermar en cuanto se adentró en la primera callejuela mal iluminada. Cuando hubo quedado claro adónde se encaminaban sus pasos, el tamaño de la comitiva se redujo a menos de la mitad. Ringil dobló la esquina de la calle de Bashka seguido todavía por unas seis u ocho personas, pero cuando llegó a la altura de la cabaña del maestro (cuya puerta seguía estando abierta de par en par, tal y como la había dejado su propietario tras huir cubierto por un simple camisón), estaba solo. Ladeó la cabeza hacia el lugar elegido por los mirones para congregarse, al fondo de la calle. Una sonrisa torcida aleteó en sus labios.

—¡No hace falta que os acerquéis tanto! —exclamó.

Procedente de entre las tumbas, un lamento gutural y monocorde erizó el vello sobre los brazos de Ringil. Se quitó la Críacuervos del hombro y, sosteniéndola precavido ante él, se asomó a la esquina del edificio.

Las hileras de lápidas trepaban por la ladera de la colina contra la que se agotaba la aldea entre escarpadas protuberancias de granito. Aunque se trataba en su mayoría de simples bloques extraídos de la misma roca de la montaña, que reflejaban la flemática actitud de los habitantes de Aguas del Patíbulo frente a la muerte, aquí y allá se erguían también las estructuras de talla más ornamentada que señalaban el lugar de reposo de algún natural de Yhelteth, así como túmulos dispersos bajo los cuales yacían aquellos difuntos procedentes de las regiones más septentrionales, jorobas de tierra cubiertas de talismanes de hierro bendecidos por los chamanes y envueltas en los colores del clan ancestral de su ocupante. Por regla general, Ringil procuraba limitar al máximo sus visitas al camposanto; eran demasiados los nombres grabados en las lápidas que le despertaban algún recuerdo, demasiados los muertos de

nombre extranjero a los que aún podía poner cara. Era una banda heterogénea la que había sucumbido a sus órdenes en la Quebrada del Patíbulo aquella abrasadora tarde de verano nueve años antes, y pocas familias extranjeras disponían de los medios económicos necesarios para repatriar a sus hijos y darles sepultura en su hogar. Su solitario testimonio salpicaba todos los cementerios abrazados a las faldas de estas montañas.

Ringil se acercó al cementerio midiendo sus pasos, con las rodillas flexionadas. Al abrirse un resquicio entre las nubes sobre su cabeza, el inesperado raudal de luz anular arrancó destellos a la hoja kiriath. El lamento incorpóreo no había vuelto a repetirse, pero se distinguían ahora otros sonidos, más sutiles y furtivos. Sonidos, pensó sin el menor entusiasmo, que podría producir alguien o algo al escarbar en el suelo.

Serás un gran héroe.

Ya, estupendo.

Así las cosas, encontró a la madre de Bashka revolcándose en la tierra removida al pie de una de las lápidas más recientes. Los sucios jirones de la mortaja que la envolvía revelaban una carne podrida cuya pestilencia consiguió llegar hasta Ringil pese a la docena aproximada de pasos que los separaban, el viento en contra y el frío. Las uñas de la mujer, que no habían dejado de crecer desde que murió, pugnaban entre repugnantes chirridos con el féretro que ya había logrado medio desenterrar.

Ringil arrugó la nariz.

En vida, la madre de Bashka nunca le había profesado el menor cariño. Como oficiante del templo y sacerdote, su hijo debería haber despreciado a Ringil por tratarse de un degenerado bueno para nada y un corruptor de menores. En cambio, como maestro de escuela que era, no exento de sus propias inquietudes intelectuales, Bashka resultó ser más culto de lo recomendable. El trato cordial que dispensaba a Ringil y los ocasionales debates filosóficos en los que ambos solían enfrascarse en la taberna hasta altas horas de la madrugada le habían granjeado las vitriólicas reprimendas de los sacerdotes más veteranos que visitaban la localidad. Para colmo de males, la reputación que se había ganado dentro de la jerarquía religiosa por culpa de su falta de afán condenatorio truncaba sin remisión sus aspiraciones de llegar a ser, algún día, algo más que un humilde docente exiliado en una localidad remota. La madre de Bashka, como cabía esperar, culpaba de la falta de perspectivas de futuro de su hijo a la nefasta influencia del pérfido Ringil, quien jamás fue bien recibido en el hogar del maestro mientras a ella le quedaba aliento en el cuerpo. Circunstancia esta última que había tocado a su abrupto fin el mes anterior a causa de una fiebre tan imprevista como fulminante, enviada seguramente por alguna deidad tan distraída que no había tenido en consideración el incomparable fervor religioso de la mujer.

Ringil, intentando respirar lo menos posible por la nariz, golpeó la lápida más cercana con el plano de la Críacuervos para llamar la atención de la criatura. Al principio fue como si ésta no hubiera oído nada, pero de improviso giró el torso a una

velocidad cegadora y clavó en él unos ojos devorados hacía tiempo por cualesquiera que fuesen las alimañas encargadas de tales menesteres. Su mandíbula colgaba fláccida, la mayor parte de su nariz sólo era un recuerdo, y tenía las mejillas infestadas de manchas y agujeros. Lo más asombroso de todo era que Bashka hubiese conseguido reconocerla.

Ringil aprestó la espada y gruñó:

—Ven a buscarme.

La criatura no se hizo de rogar.

Un mortívago de al menos un metro de longitud, sin contar los apéndices como tentáculos de los que se valía para mover las extremidades del cadáver como si de un títere se tratara, surgió de la caja torácica de la difunta con un chasquido pegajoso. Era de color gris, igual que algunos tipos de larvas de piel viscosa, con cuya figura tenía mucho en común. Remataban su hocico achatado unas mandíbulas como tenazas de cantos aserrados capaces de triturar cualquier hueso, y Ringil sabía que la punta de la cola era prácticamente idéntica. En lugar de contener ésta un canal excretor, sus heces rezumaban por los poros repartidos a lo largo del cuerpo agusanado, destiladas en una sustancia corrosiva tan letal como su saliva.

Nadie sabía de dónde habían salido. Las leyendas populares atribuían su origen a grumosas expectoraciones de brujas inicuas que los habrían escupido y dotado de vida y voracidad por motivos que la mayoría de las historias preferían dejar a la imaginación. Las autoridades religiosas insistían con la misma vehemencia en distintas explicaciones; según algunos se trataba de babosas o lombrices corrientes, poseídas por las almas de los muertos más viles; para otros eran visitantes demoniacos de algún cementerio infernal en cuyas sepulturas se pudrían los indignos de espíritu, condenados a no perder jamás el conocimiento. Archeth había aventurado otra teoría, algo menos descabellada; sostenía que los mortívagos eran una mutación fruto de los experimentos con formas de vida inferiores que los kiriath habían practicado hacía siglos, criaturas diseñadas para eliminar cuerpos sin vida con más eficacia que los carroñeros convencionales.

Fuera cual fuese la verdad, nadie sabía con exactitud cuál era el nivel de inteligencia de los mortívagos. Lo cierto era que en algún momento de su evolución, natural o no, habían encontrado toda una serie de nuevas aplicaciones para los cadáveres que les servían de alimento. Los cadáveres se convertían así en cubiles o nidos donde incubar sus huevos; si su estado de descomposición no era demasiado avanzado, también podían valer como medio de locomoción o disfraz y, en el caso de las personas y los lobos, en herramientas de excavación. Los cadáveres humanos animados por ellos desencadenaban una miríada de avistamientos de zombis a lo largo y ancho del noroeste de la región cada vez que arreciaba el invierno.

No era la primera vez que Ringil se preguntaba si las espeluznantes actividades de los mortívagos no serían en realidad una especie de juego. La macabra idea era por completo de su cosecha, inspirada tras leer lo que tenían que decir acerca de aquellas

criaturas los viajeros que se habían adentrado en los páramos kiriath. Después de todo, razonó en cierta ocasión ante el bibliotecario de su padre, las secreciones de un mortívago eran capaces de disolver un féretro de madera en menos tiempo del que tardaban en abrirse paso a través de él las manos putrefactas de un cadáver, así que, ¿para qué tomarse tantas molestias si no era por diversión? En opinión del bibliotecario, opinión compartida después por su padre, Ringil era un jovencito muy perturbado que haría bien en interesarse, como ya hacían sus hermanos mayores, por actividades más naturales como dar paseos a caballo, salir a cazar y acostarse con cuantas más rameras de la zona mejor. Su madre, quien sin duda comenzaba ya a albergar ciertas sospechas, había optado por guardar un prudente silencio.

Gracias a un par de encontronazos previos con estos seres, Ringil sabía que también podían ser muy…

El mortívago flexionó el cuerpo para zafarse de las costillas rotas que lo oprimían y se abalanzó sobre él.

¡… veloces!

Ringil ejecutó un salto lateral despojado de toda posible elegancia y golpeó a la criatura en pleno vuelo, repeliéndola hacia la izquierda y estrellándola contra una de las lápidas, donde se desplomó retorciéndose, prácticamente partida en dos por la estocada. Ringil, con un rictus de repugnancia en los labios, descargó un nuevo tajo y puso fin a su agonía. Cercenadas, las dos mitades de la criatura sufrieron sendas convulsiones y se estremecieron antes de quedarse inmóviles. Los visitantes demoniacos y los espíritus de los muertos más viles, al parecer, no se dignaban reparar ese tipo de heridas.

Ringil también sabía que los mortívagos viajaban en manadas. Ya había empezado a girar sobre los talones para encararse con la siguiente criatura cuando la viscosa filigrana de un apéndice tentacular le rozó la mejilla. Las gotas de secreción quemaban, pero no había tiempo para enjugarlas. Divisar al ser enroscado encima de una tumba yhelteth y ensartarlo con la Críacuervos fue todo uno. Los tentáculos se replegaron sobre el cuerpo del mortívago, que murió entre furiosos chasquidos de agonía. En respuesta, un cascabeleo procedente del otro lado de la lápida alertó a Ringil, que detectó movimiento, rodeó con cautela el bloque de piedra labrada y vio dos mortívagos más pequeños que salían arrastrándose entre los restos destrozados de un ataúd podrido y su no menos corroído ocupante. Un solo arco descendente bastó para despanzurrarlos al unísono y practicarles unas heridas que rezumaban hilillos de fluidos corporales como aceite amarillento. Golpeó una vez más, por si las moscas.

El quinto mortívago aterrizó encima de su espalda.

No se entretuvo con pensamientos inútiles. En retrospectiva, atribuiría el ímpetu de su reacción a la simple repugnancia que lo asaltó. Soltó la espada con un chillido, agarró las hebillas del jubón y las arrancó a tirones. Con el mismo movimiento se desembarazó a medias de la prenda, mientras el mortívago empezaba a darse cuenta de que aquel tejido correoso no era su verdadera piel. El jubón se combó bajo el peso

de la criatura y le ayudó a liberarse. Los tentáculos que le rodeaban el talle y los hombros seguían reptando el uno hacia el otro y no tuvieron tiempo de tensarse para entorpecer sus movimientos. Consiguió zafar el brazo izquierdo y describió un giro, como un lanzador de disco, para arrojar por los aires desde la manga derecha el fardo compuesto por el jubón y el mortívago, que aterrizaron a lo lejos entre las lápidas con un golpe seco.

Ringil descubriría más tarde los verdugones que le habían dejado los tentáculos en el pecho y en la espalda. Ahora sólo se detuvo a recoger la Críacuervos antes de partir en pos del jubón, atento al menor movimiento o sonido que delatara la presencia de más miembros de la manada. Encontró la prenda, parcialmente disuelta, al pie de un peñasco cubierto de musgo casi al fondo del cementerio. *Para no haber tomado carrerilla, el lanzamiento tampoco ha estado tan mal. El* mortívago, que aún no había conseguido desembarazarse del cuero, se agitó aturdido mientras Ringil seguía acercándose. De sus mandíbulas desnudas escapaba el siseo que emitiría una espada recién forjada al sumergirse en un cubo de agua fría.

—Que sí, que ya te he oído —musitó, y la Críacuervos se abalanzó en picado con la punta por delante, dejando al mortívago empalado en el suelo de tierra. Su muerte le produjo una torva satisfacción—. Me lo había puesto hoy, cabroncete.

Se demoró entre las sepulturas el tiempo suficiente como para notar el frío otra vez, mientras se entretenía contemplando con el ceño fruncido la suave pero inconfundible curvatura de la tripa que amenazaba con desbordar su cimbreña cintura. No aparecieron más mortívagos. Usó una tira sin contaminar de su jubón a modo de trapo para secar con esmero los fluidos corporales que impregnaban la superficie azulada de la Críacuervos. Archeth había insistido en que la hoja kiriath era inmune a todos los agentes corrosivos habidos y por haber, pero no sería la primera vez que se equivocaba.

Como cuando predijo el resultado de la guerra, sin ir más lejos.

Ringil recordó por fin que las criaturas lo habían tocado y, como si fuera la señal que estaban esperando, las ampollas dejadas por los tentáculos eligieron ese momento para encenderse al rojo vivo. Se restregó una que le escocía en la mejilla hasta que reventó, provocándole un alfilerazo de dolor del que extrajo un placer malsano. No era lo que nadie calificaría de heroica herida de guerra, pero los rigores de la jornada no le habían dejado otro recuerdo. Nadie iba a arriesgarse a venir hasta aquí para admirar la escabechina con sus propios ojos mientras no se hiciera de día.

En fin, a lo mejor puedes canjear esta historia por un par de jarras de cerveza y un plato de pollo. A lo mejor Bashka te regala un jubón de repuesto en un arrebato de gratitud, si es que puede permitírselo tras pagar el segundo entierro de su madre. A lo mejor ese mozo de cuadra de cabellos pajizos se queda tan embelesado con el relato de tus hazañas que ni siquiera se fija en esta panza que pareces empeñado en desarrollar.

Ya, y a lo mejor tu padre se anima a incluirte otra vez en su testamento. A lo

mejor el emperador de Yhelteth es marica.

Esto último le arrancó una sonrisa. Ringil Ojos de Ángel, veterano cubierto de cicatrices de la Quebrada del Patíbulo, se rió para sus adentros envuelto en el frío del camposanto y echó un vistazo de reojo a las lápidas mudas, como si quisiera compartir el chiste con unos camaradas a los que había visto por última vez hacía ya mucho tiempo. Ni el silencio ni el frío le respondieron. Los muertos se obstinaron en mantener la pétrea impavidez de la que hacía ya nueve años que no se separaban, y la sonrisa de Ringil no tardó en marchitarse. Un escalofrío recorrió su espalda.

Se estremeció.

Al cabo, volvió a echarse la Críacuervos al hombro y encaminó sus pasos hacia una camisa limpia, un plato caliente y un público comprensivo.

Capítulo 2

El sol agonizaba entre jirones de nubes del color de las viejas heridas, al fondo de un cielo que parecía no tener fin. Procedente del este, la noche que se cernía sobre los pastos imprimía un filo helado a la brisa insistente. *Aquí arriba las noches son un dolor*, le había dicho una vez Ringil, poco antes de despedirse. *Cada vez que se pone el sol es como si uno hubiera perdido algo*.

Egar el Matadragones, que nunca había sabido interpretar a su amigo marica cuando se sumía en ese tipo de cavilaciones, seguía sin desentrañar el significado de aquellas palabras ahora, casi diez años más tarde.

Tampoco se explicaba por qué diantres había tenido que acordarse de ellas precisamente hoy.

Resopló, cambió de postura en la silla y levantó el cuello de su pelliza de piel de carnero. Guiaba sus actos la fuerza de la costumbre más que ninguna otra cosa, pues en realidad la brisa no era molesta. Hacía tiempo que era inmune al frío de la estepa en esa época del año —*ya, espera a que llegue de verdad el invierno y no sepas dónde guarecerte*—, pero ese gesto artificial formaba parte de toda una colección de manías adquiridas en Yhelteth que no se había molestado en descartar desde que regresara a su tierra natal. No era más que los restos de una resaca obstinada, como los recuerdos del sur que se negaban a desvanecerse, como la vaga sensación de indiferencia que Lara había alegado ante el consejo como razón principal para desear que volvieran a aceptarla en la yurta de su familia.

Maldita sea, moza, cuánto te extraño.

Se esforzó por imprimir un ápice de genuina melancolía a ese pensamiento, pero su corazón no estaba por la labor. En los últimos seis o siete años debía de haber engendrado cerca de una docena de llorones, desde las puertas de Ishlin-ichan a los puestos de avanzada voronak de la tundra en el noreste, y Lara debía compartir sus afectuosos recuerdos con al menos la mitad de aquellas madres. Todo se reducía a que su matrimonio era una insulsa prolongación de los apasionados revolcones por la hierba que lo habían motivado el verano anterior. Lo cierto era que el alivio había prevalecido sobre cualquier otra sensación mientras duró la solicitud de separación ante el consejo. Si había expuesto alguna objeción, éstas sólo fueron simbólicas, pensadas para que Lara no se sulfurara todavía más. Había pagado sin rechistar la compensación económica acordada y no había tardado ni una semana en empezar a cepillarse a otra de las numerosas lecheras del campamento skaranak, las cuales prácticamente se le habían arrojado a los pies en cuanto se supo la noticia de su redescubierta soltería.

Aun así. Esta vez ha sido muy poco decoroso.

Torció el gesto. «Decoroso»; su vocabulario jamás había incluido esa palabra, de

ninguna cochina manera, pero allí estaba ahora, incrustada en su cabeza junto a todo lo demás. Lara tenía razón, no debería haber tomado los votos. Lo más probable es que no lo hubiera hecho de no ser por aquellos ojos que lo observaban enmarcados en la hierba iluminada por el crepúsculo mientras Lara se abría ante él, por aquellas deslumbrantes pupilas de jade que lo asaeteaban con recuerdos de Imrana y su dormitorio revestido de muselina.

Ya, aquellos ojos y aquellas tetas, hijo. Porque menuda pechuga gastaba la moza, hasta el mismísimo Urann hubiera vendido el alma por ella.

Así estaba mejor. Eso sí que era un pensamiento digno de la cabeza de un jinete majak.

Me cago en la puta, ¿quieres dejar ya de devanarte tanto los sesos? Da gracias al cielo por las bendiciones que te ha concedido.

Egar se rascó el gorro de piel de búfalo con un dedo rematado en una uña dura y contempló las figuras iluminadas por el ocaso de Runi y Klarn mientras conducían el rebaño hacia el campamento. Todos los búfalos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista le pertenecían, por no mencionar la parte que le correspondía de los rebaños ishlinak, al oeste. Los caracteres majak incluidos en los estandartes rojos y grises, los colores de su clan, que ondeaban en lo alto de su lanza y las de sus compañeros contenían su nombre. En la estepa todos conocían su nombre, de uno a otro confín; en todos los campamentos que visitaba, las mujeres lo recibían con los muslos abiertos. Lo único que extrañaba de un tiempo a esta parte era un buen baño caliente y un afeitado decente, algo que para los majak no tenía demasiado valor.

Hijo, estas mariconadas tampoco tenían demasiado valor para ti hace un par de décadas. ¿Lo recuerdas?

Con toda claridad. Veinte años antes, el aspecto de Egar, si no le fallaba la memoria, no se distinguía en nada del de sus compañeros de clan. El agua fría, los baños de vapor en grupo cada pocos días y las mejillas pobladas no tenían nada de malo. No como aquellos putos sureños afeminados, con sus ademanes perfumados y sus tersas pieles de mujer.

Ya. Pero es que hace veinte años eras un puto ignorante. Hace veinte años no sabías distinguir tu polla de la empuñadura de una espada. Hace veinte cochinos años…

Hace veinte cochinos años, Egar era exactamente igual que cualquier otro pastor de búfalos majak con las mejillas cubiertas apenas de pelusa. Nunca había puesto un pie fuera de las estepas, el hecho de que sus hermanos mayores se lo hubieran llevado a Ishlin-ichan para que perdiera la virginidad con una prostituta le parecía el colmo de la sofisticación, y no podría haberse dejado crecer la barba ni aunque le fuera la vida en ello. Creía a pies juntillas lo que le decían su padre y sus hermanos, y lo que le decían era, básicamente, que sobre la faz de la Tierra no había bebedores ni luchadores más curtidos e imbatibles que los majak, que entre todos los clanes majak el de los skaranak servía de hogar a los tipos más duros, y que ningún hombre de

verdad contemplaría siquiera la posibilidad de vivir lejos de los pastos septentrionales.

Años después Egar había descubierto que esa filosofía no iba con él, no por completo al menos, en una taberna de Ishlin-ichan la noche en que, mientras intentaba ahogar en alcohol la inesperada muerte de su padre en una estampida, se enzarzó en una discusión infantil con un imperial atezado de ojos serios que resultó ser el guardaespaldas de un mercader de Yhelteth que estaba allí de visita. Egar tuvo toda la culpa; «infantil» fue el adjetivo que utilizó el imperial (refiriéndose tanto a la polémica como a él) antes de proceder a vapulearlo con una técnica de lucha sin armas desconocida, sin desenvainar la espada en ningún momento. La juventud, la rabia y las propiedades anestésicas de la bebida mantuvieron en pie a Egar durante los primeros compases, pero era la primera vez en su vida que se enfrentaba a un soldado profesional, y el resultado estaba escrito de antemano. La tercera vez que mordió el polvo, no volvió a levantarse.

Putos sureños afeminados. El recuerdo curvó los labios de Egar en una sonrisa disimulada por la barba. *Ya*.

Los hijos del tabernero lo habían echado a la calle sin contemplaciones. Mientras se despejaba al raso, Egar tuvo la sensatez de reconocer que el torvo guerrero moreno había decidido perdonarle la vida cuando hubiera podido matarlo sin que nadie se lo recriminara. Regresó al interior del local, agachó la cabeza y se disculpó. También era la primera vez en su vida que reflexionaba sobre semejantes cuestiones.

El soldado de Yhelteth aceptó sus muestras de arrepentimiento con cortés elegancia extranjera, y luego, con la peculiar camaradería que caracteriza a los luchadores que han estado a punto de matarse mutuamente, los dos procedieron a emborracharse juntos. Al enterarse de la pérdida de Egar, el hombre expresó sus condolencias con voz ligeramente pastosa y acto seguido, quizá de forma no del todo altruista, le dio un consejo.

Tengo un tío en Yhelteth, comenzó, esmerándose con la pronunciación, *que trabaja como reclutador de las levas imperiales. Y las putas levas imperiales, amigo, no podrían estar más desabastecidas de un tiempo a esta parte. Es la verdad. Ahí abajo hay trabajo de sobra para un joven como tú, si el riesgo de recibir algún que otro rasguño no te quita el sueño. La paga es buena, y las fulanas son todavía mejores. Te lo aseguro, su reputación es formidable. En todo el mundo conocido no encontrarás mujeres más hábiles que las de Yhelteth a la hora de complacer a un hombre. Vivirías de maravilla allí abajo, amigo. Luchando, follando, y cobrando por ello*.

Estas palabras fueron las últimas que se grabaron en el recuerdo de Egar aquella noche. Siete horas más tarde se despertó en el suelo de la taberna, solo, con un dolor de cabeza criminal y un sabor nauseabundo en la boca. Su padre seguía estando muerto.

Pocos días después del anecdótico encuentro, el rebaño de la familia fue dividido,

como su forastero compañero de copas probablemente sabía que ocurriría. Al tratarse del segundo más joven de cinco hijos, y por tanto penúltimo de la estirpe, Egar se convirtió en el orgulloso propietario de una docena aproximada de bestias escuálidas extraídas del extremo más rezagado del rebaño. Las palabras del guardaespaldas de Yhelteth regresaron flotando a su mente, renovado su poder de seducción. *Luchando, follando, y cobrando por ello*. Trabajar al servicio de hombres a los que no les importaba meterse en trifulcas, acostarse con rameras cuya reputación daba la vuelta al mundo. O conformarse con una docena de búfalos raquíticos y dejarse mangonear por su familia. La decisión estaba prácticamente tomada de antemano. Egar respetó la tradición hasta el punto de vender su parte del rebaño a uno de sus hermanos mayores, pero luego, en vez de alquilar sus servicios como pastor a sueldo, agarró el petate, la lanza y unas pocas prendas de ropa, compró un caballo nuevo y partió al galope hacia el sur, en dirección a Yhelteth, sin compañía.

¡Yhelteth!

Lejos de encontrarse con la guarida de degenerados y mujeres envueltas en sábanas de la cabeza a los pies que auguraban los rumores, la ciudad imperial resultó ser un paraíso terrenal. El compañero de copas de Egar no exageraba cuando le aseguró que podría ganar buenos dineros. El Imperio estaba pertrechándose para realizar una de sus habituales incursiones en el territorio comercial de la Liga de Trelayne y había una enorme demanda de espadas de alquiler. Por si fuera poco, la complexión recia de Egar, su cabellera rubia y sus ojos azules al parecer eran irresistibles para las mujeres de este pueblo de tez bronceada y huesos larguiruchos. Además, la reputación de la que gozaban los nómadas de la estepa (en esos términos llegó a referirse a sí mismo con el paso del tiempo) en Yhelteth rivalizaba con la opinión que éstos tenían de sí mismos en casa. Prácticamente todo el mundo los consideraba feroces guerreros, formidables jaraneros y potentes, aunque poco sutiles, amantes. En el plazo de seis meses Egar ganó más monedas, bebió más copas, degustó más manjares y despertó en más camas perfumadas de lo que jamás se hubiera atrevido a soñar aun en sus más disparatadas fantasías de adolescente. Y todo ello sin tan siquiera haber visto una sola batalla, por no hablar de haber participado en alguna. El baño de sangre no estallaría hasta…

Lo sacaron de sus recuerdos unos mugidos y un grito. Parpadeó y miró en rededor. En el extremo oriental del rebaño parecía que los animales se habían empeñado en separarse del grupo, y Runi estaba teniendo problemas para impedírselo. Egar aparcó sus cavilaciones y formó una bocina ante los labios con las manos encallecidas.

—¡El toro! —bramó, exasperado. ¿Cuántas veces tenía que repetirle a aquel muchacho que todos los rebaños se guiaban por sus líderes? Mantén los toros a raya y el resto los seguirá mansamente—. ¡Deja en paz a las putas vacas y coge a ese to…!

—¡Saltanavajas, cuidado!

Procedente del flanco contrario, un grito preñado de pánico; el estridente alarido

de Klarn condensaba el terror que durante milenios había acosado a los pastores de la estepa. Egar torció el cuello como impulsado por un resorte hacia el sonido y vio el brazo de Klarn extendido, apuntando al este. Entornó los párpados para escudriñar en la dirección indicada y divisó lo que había espantado a las reses que estaban al cuidado de Runi. Unas figuras altas y pálidas, media docena de ellas, quizá más, deslizándose entre la hierba de la estepa que les llegaba hasta el pecho.

Saltanavajas.

Runi también los había visto y quiso emprender una retirada en diagonal para cubrir la retaguardia del rebaño, pero el olor de los saltanavajas había llegado ya hasta su montura, que no se dejó gobernar. El animal se encabritó y se rebeló contra las riendas, profiriendo relinchos aterrados al viento.

No, así no.

La muda advertencia resonó lastimera en la mente de Egar, seguida de cerca por la certidumbre de que ni había tiempo de gritarla, ni tendría sentido intentarlo. Runi acababa de cumplir los dieciséis, y los gules de la estepa llevaban más de una década sin molestar en serio a los skaranak. El muchacho nunca había estado más cerca de un saltanavajas vivo que cuando el viejo Poltar contaba sus historias de miedo alrededor de la fogata del campamento, a lo sumo cuando algún explorador regresaba al poblado arrastrando un cadáver para impresionar. Nadie le había enseñado lo que Egar aprendió con sangre mucho antes de que Runi hubiera nacido. *No se combate a los gules de la estepa quedándose quieto*.

Klarn, mayor y con más experiencia, se había percatado del error de Runi y espoleaba a su reticente montura para rodear la oscura masa del rebaño de búfalos, desgañitándose. Había cogido el arco que siempre llevaba colgado a la espalda y estaba buscando las flechas.

No iba a llegar a tiempo.

Egar estaba seguro de ello, lo sabía igual que se sabe cuándo está la maleza lo bastante seca como para que haya peligro de incendio. Los saltanavajas se encontraban a menos de quinientos pasos del rebaño, distancia que cubrirían en menos tiempo del que tarda uno en mear. Klarn llegaría tarde, los caballos no aguantarían, Runi se caería y moriría allí mismo, tendido en la hierba.

El Matadragones masculló una maldición, empuñó la lanza e hincó los talones en los ijares del purasangre de Yhelteth para que el corcel se lanzara al galope.

Ya casi había llegado a la altura de Runi cuando el primero de los saltanavajas se abalanzó sobre el muchacho, de modo que vio todo lo que ocurrió a continuación. El líder de la manada de gules pasó corriendo junto al relinchante caballo de Runi, pivotó sobre una poderosa pata trasera flexionada y proyectó la otra hacia arriba. Runi intentó girar con el caballo encabritado bajo sus posaderas y lanzó una puñalada inofensiva con su lanza antes de unas garras como hoces tiraran de él hacia atrás y lo arrancaran de la silla. Egar vio cómo se incorporaba tambaleándose, a trompicones, y cómo otros dos saltanavajas se abalanzaban sobre él. Un interminable alarido

desgarrador se elevó entre las altas briznas de hierba.

Ya a galope tendido, Egar jugó la única carta que le quedaba. Echó la cabeza hacia atrás y aulló, profirió el ululante grito berserker de los majak que había helado la sangre en las venas de los contendientes en mil campos de batalla a lo largo y ancho de todo el mundo conocido. La espantosa llamada de la muerte sin retorno, compañera de los moribundos.

Al oírlo, los gules de la estepa levantaron las largas cabezas ahusadas, los hocicos ensangrentados, desconcertados por esta nueva amenaza. Se quedaron unos segundos contemplando boquiabiertos a la figura montada que surcaba el pastizal envuelta en una atronadora tormenta de cascos, y antes de que pudieran reaccionar el Matadragones cayó sobre ellos.

El primer saltanavajas recibió un lanzazo de lleno en el pecho y salió disparado de espaldas, arrastrado por el ímpetu de la embestida del corcel, agitando las extremidades sin control y escupiendo sangre. Egar tiró con fuerza de las riendas y retorció la lanza antes de retirarla, cuadruplicando así el tamaño de la herida. Una maraña de órganos como cadenas viscosas sobresalía entre los bordes aserrados de la hoja, que continuó estirando, rompiendo y derramando fluidos biliosos a medida que se liberaba. Cuando el segundo gul quiso reaccionar, el Matadragones ya había girado en redondo; su caballo adiestrado para la guerra se alzó dispuesto a reanudar el ataque, esgrimiendo unos gigantescos cascos revestidos de acero. Un gañido escapó del gul cuando vio cómo uno de sus brazos correosos era desviado y aplastado, mientras el corcel avanzaba con un paso de danza que sólo los mejores adiestradores de Yhelteth podrían haberle enseñado; uno de los cascos abrió una brecha letal en el cráneo del saltanavajas. Egar soltó un aullido, apretó los muslos contra los flancos de su montura e imprimió un giro a la lanza con las dos manos. El aire se salpicó de gotas de sangre.

De dos metros de longitud, conocida y temida por todos los soldados que alguna vez se hubieran enfrentado a ella, la lanza de los majak se fabricaba tradicionalmente con una larga costilla de búfalo prolongada en ambos extremos con sendas hojas dentadas de doble filo, de treinta centímetros de largo y un palmo de ancho en la base. El hierro empleado para fabricar estas armas no siempre había sido tan fiable como hoy en día: al principio estaba plagado de impurezas y se trabajaba de cualquier manera en pequeñas forjas transportables. Más adelante, cuando ya habían sido contratados como mercenarios al servicio de la Liga de Trelayne, los majak descubrieron la tecnología que por fin les permitiría producir un acero que estuviese a la altura de su ferocidad en el combate, y las astas de las lanzas empezaron a salir de los bosques de Naom, torneada y endurecida su madera con el objetivo específico de no tener nada que envidiar al temple del metal. La primera vez que los ejércitos de Yhelteth avanzaron al norte y al oeste para asaltar las ciudades de la Liga, se estrellaron como una ola contra el muro de nómadas esteparios que los esperaban lanza en ristre. Hacía más de un siglo que el Imperio no sufría un revés militar de

semejante magnitud. A la postre, llegó a extenderse el rumor de que incluso los guerreros más curtidos de Yhelteth lamentaban el daño que las armas de los majak habían infligido a sus camaradas. En la batalla del páramo de Mayne, al amparo de la tregua acordada para retirar los cuerpos de los combatientes abatidos, una cuarta parte del contingente de reclutas imperiales desertó alegando que los berserkers majak gustaban de arrancar trozos de los cadáveres y devorarlos. Un historiador yhelteth escribiría más tarde, en referencia a la sangrienta batalla del páramo, que «aquellos carroñeros naturales que hicieron acto de presencia parecían nerviosos, como si presintieran que otro depredador más voraz se había ensañado ya con el manto de carne que cubría el suelo y aún pudiera abalanzarse sobre ellos». Un claro ejemplo de imaginación desbordante, pero no por ello menos elocuente. Los soldados de Yhelteth empezaron a referirse a la lanza majak como *ashlan mher thelan*, el demonio de dos fauces.

Los saltanavajas embistieron contra él desde ambos lados.

Antes de que su caballo terminara de apoyar las cuatro patas en el suelo, Egar golpeó como si estuviera empuñando una vara alargada, levantando el extremo izquierdo por encima del derecho. La hoja inferior despanzurró al saltanavajas de su derecha, mientras la superior bloqueaba y trituraba la zarpa que pretendía caer sobre él desde la izquierda. El gul profirió un grito de dolor, malherido, y Egar imprimió medio giro a la lanza. La maniobra se cobró un ojo y dejó la cuchilla izquierda cubierta de jirones de cuero cabelludo; al otro lado, el saltanavajas destripado agonizaba en la hierba y se desangraba entre estridentes estertores. El gul tuerto y manco empezó a tambalearse y arañar el aire como un borracho que se hubiera tropezado con las cuerdas de un tendedero. Los demás…

Un silbido fugaz con el que Egar estaba familiarizado, seguido de un golpe seco, y la criatura lastimada soltó otro chillido cuando una de las flechas con punta de acero de Klarn le atravesó el pecho de parte a parte. Se palpó la herida con la mano que le quedaba y tironeó de la protuberancia, perplejo; una segunda flecha le traspasó el cráneo. Manoteó la nueva herida durante unos instantes hasta que su cerebro reparó por fin en la magnitud del castigo sufrido, momento en el que el cuerpo pálido y larguirucho de la criatura se desplomó en la hierba junto a su inerte compañero.

Egar contó tres gules más, agazapados y titubeantes detrás de Runi, como si no supieran qué paso dar a continuación. Ahora que Klarn se acercaba lentamente a caballo desde el flanco, apuntando con una nueva flecha amartillada, las tornas habían cambiado. Nadie que Egar conociera, ni siquiera Ringil ni Archeth, sabía a ciencia cierta si la raza de los saltanavajas compartía la capacidad de raciocinio de los seres humanos. Pero hacía siglos que hostigaban a los majak y a sus rebaños, y ambas partes se tenían tomada la medida.

Egar desmontó en medio del repentino silencio.

—Si se mueven… —dijo, dirigiéndose a Klarn.

Empuñando la lanza con ambas manos, cruzó la hierba en dirección a Runi y las

criaturas que lo custodiaban. La impasibilidad de sus facciones disimulaba el inevitable gusano del miedo que anidaba en sus entrañas. Si decidían abalanzarse sobre él ahora, a Klarn le daría tiempo a disparar dos proyectiles a lo sumo, y los saltanavajas podían erguirse hasta los tres metros de altura cuando se lo proponían.

Egar acababa de renunciar a la ventaja que tenía sobre ellos.

Pero Runi había caído, su sangre empapaba la fría tierra de la estepa, y cada segundo que pasaba allí tendido podía marcar la diferencia entre llegar a tiempo a los curanderos o no.

Los gules cambiaron de postura inmersos en el mar de hierba, curvos sus lomos blancos como los de las ballenas que había visto en cierta ocasión frente a las costas de Trelayne. Sus rostros enjutos, cuajados de colmillos, remataban unos cráneos ahusados montados en cuellos musculosos, observándolo con ojos calculadores. Egar no podía descartar que hubiera alguno más emboscado en alguna parte, una estrategia que les había visto emplear a veces en el transcurso de sus cacerías. No recordaba cuántos le había parecido ver de refilón al principio.

Sintió de repente como si hubiera arreciado el frío.

Frío que lo paralizó cuando llegó por fin a la altura de Runi. El chico tenía el pecho y el vientre desgarrados; desde el rostro mugriento, sus ojos inmóviles contemplaban el firmamento sin verlo. Al menos la muerte le había sobrevenido de inmediato; a su alrededor, la sangre que había abandonado en tromba el cadáver formaba charcos en el suelo. La luz del ocaso los teñía de negro.

Egar sintió un martilleo que nació en las plantas de sus pies y se transmitió por todo su cuerpo como el retumbo de un trueno. Apretó los dientes y ensanchó las ventanas de la nariz. El frío fluía y refluía como las mareas en su interior, le constreñía la garganta y provocaba estallidos de chispas detrás de sus ojos. Permaneció inmóvil y en silencio unos instantes, como si sus pies lo anclaran al suelo.

Abrió los ojos de pronto y traspasó con la mirada a los tres gules de la estepa que seguían agazapados en la penumbra ante él. Levantó la lanza con una mano temblorosa, echó la cabeza hacia atrás y gritó, aulló como si quisiera hendir el cielo con la voz, como si ésta pudiera llegar hasta el alma de Runi en su camino por la Vía Celeste, destruir el puente que estaba cruzando y devolverlo de golpe a la tierra.

El tiempo se detuvo. Ahora sólo existía la muerte.

Apenas oyó el silbido de la primera flecha de Klarn que pasó volando junto a su flanco cuando cargó contra el trío de saltanavajas, con el aullido resonando aún en los oídos.

Capítulo 3

La ventana estalló con una estridente tormenta de campanillas, y lo que fuera que acababa de cruzarla se estrelló con fuerza en la alfombra raída del centro de la habitación.

Ringil se giró en medio de la maraña de sábanas y se obligó a abrir un ojo. Los cantos de los cristales rotos rutilaban cegadores, iluminados por un sol demasiado brillante como para dirigirle la mirada en su condición actual. Rodó de espaldas y estiró un brazo para tantear en busca del cuerpo con el que había compartido la noche anterior. Lo único que encontró su mano fue una planicie de tela humedecida a intervalos irregulares. El muchacho se había largado antes de que saliera el sol, como solían hacer casi todos. Le apestaba el aliento como el forro de un guantelete de duelo y empezaba a notar un martilleo en las sienes, como tambores de guerra majak que retumbaran dentro de su cabeza.

Hoy se celebraba el Día de Padrow. Estupendo.

Volvió a girarse y tanteó el suelo junto a la cama hasta que sus dedos rozaron un objeto pesado de forma irregular. El examen subsiguiente demostró que se trataba de una piedra, recubierta de lo que parecía pergamino de buena calidad. Tras acercársela a los ojos, éstos confirmaron lo que ya le habían insinuado los dedos y procedió a abrir el envoltorio. El mensaje consistía en una sola palabra, garabateada con la caligrafía característica de Trelayne en el fragmento perfumado y mutilado sin miramientos de una hoja más grande.

Arriba.

La letra era inconfundible.

Ringil se sentó entre las sábanas con un gemido. Tras echarse una de ellas por encima de los hombros, se levantó de la cama y cruzó la distancia que lo separaba de la ventana apedreada con paso tambaleante. Abajo, en el patio salpicado de nieve, vio a un grupo de jinetes cubiertos con corazas y yelmos de acero a los que el sol arrancaba crueles destellos. En el centro del círculo que formaban se erguía un carruaje; los surcos curvos labrados en la nieve indicaban la ruta que había seguido antes de detenerse frente a la posada. Junto al vehículo, una mujer con las facciones enmarcadas por el ribete de piel de su capucha se protegía los ojos con una mano enfundada en un elegante guante de Trelayne mientras miraba hacia arriba.

—Buenas tardes, Ringil —llamó.

—Madre, —Ringil reprimió un suspiro—. ¿Qué se te ha perdido?

—Bueno, por la hora que es, diría que el desayuno. ¿Te lo has pasado bien en la víspera de Padrow?

Ringil se masajeó la sien en un intento por aliviar las palpitaciones que lo atormentaban. Su estómago había dado un vuelco inesperado ante la mención del

desayuno.

—Mira, tú no te muevas de ahí —dijo con un hilo de voz—. Enseguida bajo. Y no tires más piedras. Esa ventana tendré que pagarla de mi bolsillo.

De nuevo en el interior de la habitación, metió la cabeza en la palangana llena de agua que había al lado de la cama, se restregó el pelo y la cara con las manos mojadas, se cepilló los dientes con una ramita perfumada que sacó de la jarra colocada a tal efecto encima de la mesa, y empezó a buscar la ropa que no sabía dónde había dejado la noche anterior. Pese a lo reducido de las dimensiones del cuarto, tardó más de lo que esperaba.

Cuando hubo terminado de vestirse, usó los dedos para apartarse de la cara unos sedosos pero rebeldes mechones morenos, se ató la coleta con una sucia tira de tela gris, y dejó que sus pies lo transportaran hasta el rellano de la posada. Las demás habitaciones estaban cerradas a cal y canto; no se veía ni un alma. La mayoría de los huéspedes estaban respetando la civilizada costumbre de dormir durante las festividades del Día de Padrow. Bajó las escaleras con estruendo mientras recogía los faldones de la camisa dentro del pantalón, espoleado por el temor a que la noble Ishil, señora de los Campos de Eskiath, se aburriera y ordenara a sus escoltas que derribaran la puerta principal de la posada.

Tras descorrer el cerrojo del acceso al patio y salir a la calle, el sol lo deslumbró y lo dejó plantado en el sitio, parpadeando. No parecía que los guardias montados hubieran movido ni un músculo desde que él se apartara de la ventana, pero Ishil ya se había acercado hasta la puerta. En cuanto vio a Ringil, se quitó la capucha y le dio un abrazo. Pese a la cortesía y la formalidad del beso que depositó en su mejilla, el afán con que lo estrechaba contra su pecho denotaba una tensión inusitada. Ringil respondió al gesto con todo el entusiasmo que le permitieron los tambores que resonaban dentro de su cabeza y las arcadas que atenazaban su estómago. En cuanto Ishil se hubo dado por satisfecha con su reacción, se despegó de él y lo observó a un brazo de distancia, como si de un vestido que estuviera pensando comprar se tratara.

—Bien hallado, mi niño bonito, bien hallado.

—¿Cómo sabías que tenías que romper esa ventana y no otra? —fue la agria respuesta.

—Bueno, preguntamos por ahí —respondió la noble Ishil, con un gesto ambiguo —. No fue difícil. Es como si todos los habitantes de este cochino poblado supieran dónde duermes, —curvó un labio con delicadeza antes de añadir—: y con quién.

La pulla cayó en oídos sordos.

—Soy un héroe, madre. ¿Qué esperabas?

—Ya, ¿siguen llamándote Ojos de Ángel por estos lares? —Ishil fingió examinar sus rasgos con atención—. Creo que Ojos de Demonio te pegaría más hoy. Arden como el cráter de An-Monal.

—Es el Día de Padrow —replicó Ringil, sucinto—. La tradición dicta que hoy todo el mundo amanezca con los ojos enrojecidos. Además, ¿qué sabrás tú el aspecto

que tiene An-Monal, si nunca has estado allí?

—¿Y eso quién lo dice? —resopló Ishil—. Podría haberlo visitado mil veces en los últimos tres años, que es el tiempo que llevas sin dignarte visitar a tu anciana madre.

—Madre, por favor —Ringil sacudió la cabeza. Aunque el adjetivo «anciana» no estuviera fuera de lugar en la descripción de su madre, a sus cuarenta y tantos años, lo cierto era que éstos apenas se notaban. Ishil había sido novia a los trece, madre de cuatro hijos antes de cumplir la veintena. Había dedicado las dos décadas y media siguientes a perfeccionar sus encantos femeninos y asegurarse de que, por muchas indiscreciones que cometiera con las muchachas que tenía al alcance de su mano, Gingren Eskiath siempre regresara al lecho matrimonial al cabo del día. Se maquillaba con kohl según el estilo de Yhelteth, lo empleaba para resaltar los ojos y cincelar los labios; el cabello recogido hacia atrás dejaba al descubierto una frente delicada en la que apenas se vislumbraban arrugas, y los pómulos delataban la ascendencia sureña de su familia. Cuando se movía, las telas de su atuendo se ceñían a unas curvas que no hubieran desentonado en una mujer con la mitad de años. En los círculos de la élite social de Trelayne se murmuraba que todo esto era el resultado de algún sortilegio, que Ishil había vendido el alma a cambio de su lozanía. Pero Ringil, que ya había perdido la cuenta de todas las veces que la había visto arreglarse, lo atribuía más bien al poder de la cosmética, aunque no podía menos que mostrarse de acuerdo en lo que a la venta de almas respectaba. Los ambiciosos padres de Ishil, mercaderes de clase media, quizá le hubieran garantizado a su hija una vida de lujo al casarla con la casa de los Eskiath pero, como en toda transacción, había que pagar un precio, y éste era la convivencia con Gingren.

—Bueno, ¿es cierto o no lo es? —insistió ella—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en Trelayne?

—¿Cómo está padre? —fue la evasiva respuesta.

Se sostuvieron la mirada. Al cabo, Ishil exhaló un suspiro y se encogió de hombros.

—Bueno, ya sabes. Tu padre es… tu padre. Las canas lo han vuelto irascible. Pregunta por ti.

Ringil enarcó una ceja.

—¿En serio?

—Sí, en serio. A veces, de noche, cuando está cansado. Creo que podría estar empezando a… arrepentirse. De algunas de las cosas que dijo, al menos.

—Entonces, ¿se está muriendo? —Ringil no logró disimular toda la amargura que le impregnaba la voz—. ¿Por eso has venido?

Ishil lo miró otra vez a la cara; Ringil vio esta vez el destello efímero de las lágrimas que le empañaban los ojos.

—No, no he venido por eso. No hubiera venido nunca por eso, y tú lo sabes. Se trata de otra cuestión —Ishil enlazó las manos de repente y se obligó a sonreír—.

Pero ¿qué hacemos aquí fuera, Ringil? ¿Dónde están todos? En este sitio hay menos vida que en un círculo de piedras aldraíno. Tengo hombres y doncellas hambrientos, caballos que alimentar y abrevar. A mí tampoco me vendría mal un bocado, ya puestos. ¿A tu casero no le apetece ganarse unas cuantas monedas de la Liga?

Ringil encogió los hombros antes de responder:

—Iré a preguntárselo. A lo mejor luego querrás contarme qué está pasando.

El humor del posadero, cuya resaca no tenía nada que envidiar a la de Ringil a juzgar por su expresión, experimentó una leve mejoría ante la mención del dinero de Trelayne. Abrió el comedor que había al fondo de la cantina de los residentes, ordenó a los ojerosos mozos de cuadra que atendieran a los caballos y se perdió de vista en la cocina para buscar las sobras del banquete de la noche anterior que fueran más susceptibles de reutilizarse. Ringil lo acompañó, se preparó una infusión de hierbas y la llevó a una de las mesas de roble del comedor, donde se sentó derrengado y dejó que su mirada se extraviara entre las volutas de vapor que emanaban de la taza como hadas invocadas. Ishil llegó poco después, escoltada por los soldados y por tres damas de compañía que debían de haber permanecido ocultas en el carruaje hasta ese momento. El séquito se dispersó en todas direcciones con un estrépito exagerado.

—Veo que viajas ligera de equipaje.

—Ay, Ringil, no empieces —Ishil se sentó frente a él al otro lado de la mesa—. ¿Qué culpa tengo yo si anoche bebiste en exceso?

—Ninguna, pero debo agradecerte que hoy esté despierto tan pronto para lamentarlo —una de las damas de compañía se rió como un pajarito antes de enmudecer ruborizada cuando Ishil le lanzó una mirada glacial. Ringil sorbió el té e hizo una mueca—. Bueno, ¿me quieres contar a qué viene todo esto?

—¿No podríamos tomar algo de café antes?

—Lo están preparando. No se me da bien matar el rato con trivialidades, madre.

Ishil ensayó un elegante gesto de resignación.

—Ay, está bien. ¿Te acuerdas de tu prima Sherin?

—Vagamente. —Había un rostro adosado al recuerdo de aquel nombre de su niñez, el de una muchachita espigada con capas de cabello oscuro que caían en cascadas superpuestas, demasiado joven para que él quisiera jugar con ella en los jardines, a la que asociaba con la casa de verano que tenía Ishil en la costa de Lanatray—. ¿Una de las hijas de Nerla?

—De Dersin. Nerla era su tía por parte de padre.

—Ya.

El silencio se eternizó. Alguien empezó a preparar la chimenea para encender el fuego.

—El caso es que han vendido a Sherin —musitó Ishil.

Ringil se obstinó en no apartar la mirada de la taza que tenía en la mano.

—No me digas. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué es lo que pasa siempre en estos casos? —Ishil se encogió de hombros—. Deudas. Se casó con, en fin, con un vendedor al por menor, tú no lo conoces. Responde al nombre de Bügrest. De esto hace ya unos cuantos años. Te envié una invitación a la boda, pero no respondiste. En cualquier caso, parece que el tal Bügrest tiene un problema con las apuestas. También le gustaba especular en el mercado de las cosechas, aunque casi siempre se equivocara. Eso, sumado al esfuerzo de guardar las apariencias en Trelayne, consumió el grueso de su capital acumulado, y luego, como el idiota que era, dejó de pagar a los garantes de seguros para reducir costes, poco antes de que un buque con la bodega repleta de su mercancía naufragara frente al cabo de Gergis, y más tarde… en fin —otro encogimiento de hombros—. Te puedes imaginar cómo termina la historia.

—Me lo imagino. Pero Dersin tiene dinero. ¿Por qué no hizo ella frente a las deudas?

—No tiene tanto como te imaginas, Ringil. Siempre das por sentado…

—Por el amor de Hoiran, que estamos hablando de su puta hija. Además, Garat tiene amigos bien situados, ¿no? Podrían haber reunido el dinero de alguna manera. Ya puestos, ¿por qué no se limitaron a comprar otra vez a Sherin?

—No sabían nada. Bilgrest no había confiado sus problemas a nadie, y Sherin se sumó a la farsa. Siempre le ha perdido el orgullo, y sabe que Garat en realidad nunca ha aprobado ese enlace. Por lo visto ya les había prestado dinero en un par de ocasiones, y no lo recuperó nunca. Creo que Garat y Bilgrest tuvieron unas palabras. Después de aquello, Sherin dejó de pedir. Dejó de visitar. Hacía meses que Dersin no sabía nada de ninguno de ellos. Estábamos en Lanatray cuando nos enteramos, y para cuando recibimos la noticia y regresamos a la ciudad… Debía de haber pasado ya una semana por aquel entonces. Tuvimos que forzar la puerta para entrar en la casa —Ishil se estremeció con delicadeza—. Fue como adentrarse en una cripta. Todos los muebles habían desaparecido, los acreedores no habían dejado nada, ni siquiera las cortinas o las alfombras, y Bilgrest estaba allí sentado con los postigos cerrados, murmurando para sí en la oscuridad.

—¿Y su descendencia?

—No, Sherin no puede tener hijos. Creo que por eso se aferraba a Bilgrest con tanto ahínco, porque él no se lo echaba en cara.

—Estupendo. Sabes lo que significa eso, ¿verdad?

Otro instante de silencio durante el cual llegó el café, acompañado de pan viejo tostado para disimular su dureza, un surtido de jamones y aceites, y algo de caldo recalentado. Los soldados y las damas de compañía se abalanzaron sobre todo ello con un entusiasmo que volvió a revolverle ligeramente el estómago a Ringil. Ishil probó el café y devolvió la mirada a su hijo con expresión sombría.

—Le prometí a Dersin que la buscarías —dijo.

Ringil enarcó una ceja.

—¿Sí? Qué precipitada.

—No seas terco, Gil. Se te gratificará.

—No necesito el dinero —Ringil cerró los ojos un momento, antes de preguntar—: ¿Por qué no puede encargarse padre? Si le sobra algo es mano de obra.

Ishil rehuyó su mirada.

—Ya sabes qué opinión le merece mi familia a tu padre. Y los allegados de Dersin eran moradores de la ciénaga de pleno derecho hasta hace un par de generaciones. Indignos de sus favores. En cualquier caso, Gingren jamás contravendría ningún edicto oficial. Ya sabes cómo se han puesto las cosas desde la guerra. Es legal. Sherin fue vendida conforme a todas las normas.

—Aun así podríais recurrir. El tratado contempla esa posibilidad. Obligad a Bilgrest a hincar la rodilla delante de la cancillería, ordenadle que se disculpe y pida clemencia en público; tú misma podrías ejercer de fiadora si Dersin no consigue reunir el dinero y a padre no le apetece ensuciarse las manos.

—¿Crees que no hemos intentado ya todo eso?

—¿Y qué ha pasado?

Un inesperado fogonazo de rabia centelló en los rasgos de Ishil, recordándole a Ringil una faceta de su madre que creía casi olvidada.

—Lo que ha pasado, Ringil, es que Bilgrest prefirió ahorcarse en vez de pedir disculpas. Eso es lo que ha pasado.

—Uy.

—No tiene gracia.

—No, me lo imagino —Ringil tomó otro sorbo de té—. Muy noble, no obstante. Antes muerto que vivir sin honor, y todo eso. Y viniendo de un vendedor al por menor, nada menos. Asombroso. Padre debió de sentirse impresionado a su pesar.

—¡Tu padre no pinta nada en esta historia, Ringil!

Las damas de compañía se quedaron heladas. El grito de Ishil rebotó en el techo bajo del comedor y atrajo a varios curiosos boquiabiertos hasta el umbral de la cocina y la ventana que daba al patio. Los soldados cruzaron la mirada, sin duda preguntándose si se esperaba de ellos que recurrieran a la fuerza para obligar a ese hatajo de pueblerinos a no meter las narices donde no los llamaban. Ringil captó la atención de uno de ellos y sacudió con discreción la cabeza. Ishil apretó los labios antes de exhalar un hondo suspiro.

—Esto no concierne a tu padre —continuó, más calmada—. Sé que no se puede confiar en él. Es a ti al que le estoy pidiendo este favor.

—Mis días de abanderado de la justicia, la verdad y la luz ya se acabaron, madre.

Ishil enderezó la espalda en su asiento.

—La justicia y la verdad me traen sin cuidado. Esto es un asunto de familia.

Ringil volvió a cerrar los ojos y se masajeó el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

—¿Por qué yo?

—Porque tú conoces a estas personas, Gil —Ishil estiró un brazo por encima de la mesa y le acarició la mano libre con el dorso de la suya. El contacto hizo que Ringil abriera los ojos—. Solías restregárnoslo por las narices cuando todavía vivías en casa. Puedes ir a partes de Trelayne a las que yo jamás tendría acceso, que tu padre jamás aceptaría pisar. Puedes…

Se mordió el labio. Ringil terminó la frase en su lugar:

—Contravenir los edictos oficiales —concluyó secamente.

—Se lo he prometido a Dersin.

—Madre —sintió como si la resaca que le nublaba el pensamiento saltara en pedazos de repente. La rabia y la tensión generadas por lo injusto de la situación se desbordaron hasta infundirle una rabia inusitada—. ¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo que haga? Conoces los márgenes de beneficios que genera la trata de esclavos. ¿Te imaginas la clase de incentivos que hay en juego, la clase de conductas que eso fomenta? Esa gente no se anda con gilipolleces, ¿sabes?

—Lo sé.

—No, no tienes ni puta idea. Tú misma lo has dicho, todo esto pasó hace semanas. Si hay constancia escrita de la infecundidad de Sherin… y los brujos que trabajan para estas personas son capaces de averiguarlo en un abrir y cerrar de ojos… mi prima tiene todas las papeletas para terminar en el mercado de las concubinas profesionales, lo que significa que probablemente ya la habrán embarcado desde Trelayne a cualquiera de los establos de adiestramiento de Parashal. Descubrir su paradero podría llevarme semanas, y para entonces lo más probable sería que ya estuviera camino de la siguiente casa de subastas en algún rincón de la Liga, o quizá incluso en el sur, en el Imperio. Soy un hombre solo, no todo un ejército.

—Dicen que te comportaste como tal en la Quebrada del Patíbulo.

—Bah, venga ya.

Huraño, Ringil se asomó a las profundidades de su taza de té. *Tú conoces a estas personas, Gil*. Si no le doliera tanto la cabeza, se estaría partiendo de risa. Sí, claro que conocía a esas personas. Se había familiarizado con ellas cuando la esclavitud en teoría aún era ilegal en las ciudades estado y preferían ganarse la vida con otras transacciones ilícitas exentas de complicaciones añadidas. En realidad, decir que las «conocía» era un eufemismo; al igual que tantos otros jóvenes adinerados de Trelayne, Ringil había frecuentado con avidez su compañía en calidad de cliente. Sustancias prohibidas, prácticas sexuales censuradas, todo aquello de lo que invariablemente se nutre un mercado caracterizado por los pingües beneficios y la influencia social en la sombra. Sí, claro que conocía a esas personas. Como Losa Findrich, por ejemplo, con sus ojillos diminutos y la saliva que dejaba siempre en las pipas que compartían. O como Gracia del Cielo Milacar, misericordioso asesino de traidores con sus sobredosis de química. Entrevisto a través de la niebla neurasténica de los chutes de flandrijn no le había parecido tan malo; apelaba incluso a la reputación de adolescente rebelde y sarcástico que Ringil cultivaba por aquel

entonces. O como Rugido de Amapola, con su tosca belleza maquillada y su hastiada paciencia fingida, con su expresión de «mira, no esperarás en serio que tenga que aguantar esto», preludio de los brutales castigos por los que era famosa y que invariablemente terminaban con alguien tullido para los restos. Se había acostado con ella una vez, Hoiran sabría por qué, el caso es que en su momento había debido de parecerle que era buena idea, y después del acto regresó a casa con los labios y los dedos impregnados de un desacostumbrado olor a mujer, más la satisfactoria impresión de haber sometido su cuerpo al colmo de las profanaciones. Rugido y Findrich habían empezado a coquetear con la trata de esclavos antes incluso de que se convirtiera en una práctica tolerada, y ambos habían repetido hasta hartarse las bondades de un sector que sólo estaba esperando a que quienes escribían las leyes se relajaran un poquito y abrieran el mercado de deudas de una vez por todas.

A estas alturas, debían de estar metidos hasta las cejas.

Se preguntó de pronto qué aspecto debía de tener ahora Gracia del Cielo. Si conservaría aún la perilla, si se habría afeitado la cabeza para disimular su incipiente calvicie, como siempre había jurado que haría.

Uh-oh.

Con pericia de madre, Ishil vio cómo se inclinaba la balanza en su interior. Quizá supiera cuál iba a ser su respuesta antes incluso que él mismo. Fuera como fuese, la cuestión es que se operó un cambio en aquellos rasgos cincelados con kohl, que se suavizaron de forma apenas perceptible, como las líneas de un boceto que el artista hubiera corregido con el pulgar tras precipitarse en el trazo. Ringil, que la observaba de reojo, fue testigo de cómo ocurría. Puso los ojos en blanco y compuso un gesto de exasperante agonía. Ishil entreabrió los labios.

—No, no digas nada —Ringil levantó una mano con expresión admonitoria—. Ni una palabra.

Su madre no dijo nada, pero sonrió.

No le llevó mucho tiempo hacer la maleta. Subió a su cuarto, lo recorrió como un torbellino enfurecido y metió una docena de artículos en una mochila. Libros, en su mayoría.

De nuevo abajo, en la cantina de los residentes, descolgó la Críacuervos y la funda kiriath de su lugar encima de la chimenea. A estas alturas ya había más gente levantada, tanto empleados de la taberna como clientes, y quienes lo conocían se quedaron boquiabiertos cuando cogió la espada. Lo asaltó una sensación extraña cuando sopesó la vaina; era la primera vez en mucho tiempo que la desmontaba de sus agarraderas. Se le había olvidado lo liviana que era. Extrajo un palmo de la hoja, la sostuvo a la luz y contempló el filo un momento con los párpados entornados antes de darse cuenta de que el gesto carecía de verdadero significado, de que sólo era una pose. Aquello alteró ligeramente su estado de ánimo. Una sonrisita aleteó en la

comisura de sus labios, y con ella llegó un creciente afán de ponerse en marcha que lo tomó por sorpresa.

Cargó la funda y la espada sobre un hombro, se colgó la mochila del otro y regresó sin apresurarse al comedor, donde estaban recogiendo los restos del desayuno del séquito de Ishil. El posadero se detuvo con una bandeja en cada una de sus manos carnosas y añadió su propia expresión de perplejidad a la colección.

—¿Qué haces? —preguntó en tono quejumbroso.

—Cambio de escenario, Jhesh —Ringil se cambió la mochila de hombro y le dio una palmadita seca en el flanco por encima del delantal. Era como palpar un trozo de jamón—. Me tomo un par de meses libres. Voy a pasar el invierno en Trelayne. Habré vuelto mucho antes de que llegue la primavera.

—Pero, pero, pero… —Jhesh se esforzó por recuperar la compostura e imprimir un ápice de educación a sus palabras—. Quiero decir, ¿qué pasa con la habitación?

—Ah. Alquílala. Si puedes.

El ápice de educación empezó a tambalearse.

—¿Y tu cuenta?

—Ah, eso —Ringil levantó un dedo para solicitar un poco de paciencia y salió por la puerta que daba al patio—. ¿Madre?

Dejaron a Jhesh en el umbral, contando el dinero con menos entusiasmo de lo que debería haber suscitado la cantidad implicada. Ringil caminó tras los regios pasos de Ishil hasta el carruaje y se asomó al desacostumbrado lujo del interior. Las paredes y la puerta estaban revestidas de paneles de seda tejida, había cristales en las ventanas y una lamparita ornamentada colgada del techo. Una multitud de cojines cubría la distancia entre dos bancos opuestos, tan anchos y largos como para hacer las veces de camas, con reposapiés acolchados ocultos debajo. Un cesto emplazado en una esquina en el suelo contenía botellas y copas. Ishil se reclinó en un rincón y exhaló un suspiro de alivio cuando la última de sus damas de compañía se hubo encaramado al vehículo.

—¡Ya era hora! Jamás entenderé qué le ves a este sitio, Ringil. Juraría que hace al menos una semana que cualquiera de esas personas no se da un baño decente.

Ringil se encogió de hombros. No iba desencaminada. El agua caliente era un auténtico lujo en poblaciones como Aguas del Patíbulo. Y en esta época del año, sumergirse en el río era un plan que empezaba a perder todo su atractivo.

—Bueno, madre, así son los plebeyos, ya sabes. Desde que la Liga cobra impuestos en las casas de baño, han perdido todo el interés por la higiene personal.

—Ringil, lo decía por decir.

—Bueno, pues no lo digas. Estas personas son mis amigas —le asaltó un pensamiento en ese instante, la magra pizca de verdad que anidaba en el centro de la mentira. Detuvo a la dama de compañía cuando ésta ya se disponía a cerrar la puerta. Engarfió los dedos en el canto superior de la hoja de madera, sacó medio cuerpo inclinándose hacia adelante, y consiguió rozar la caña de la bota del conductor a la

altura de la pantorrilla. El hombre dio un respingo y levantó un puño crispado en torno a su látigo mientras miraba a uno y otro lado en busca de la fuente de la afrenta. Cuando vio quién lo había tocado, palideció y dejó caer el brazo como si acabaran de amputárselo de golpe.

—Caray, dioses, su valía, cuánto lo siento —logró balbucir con voz estrangulada —. No pretendía… es decir, pensé… por favor, lo siento muchísimo.

¿Su valía?

Tardaría en volver a acostumbrarse a algunas cosas.

—Vale, vale. Que no se repita —Ringil usó la mano libre para indicar una dirección aproximada—. Mira, quiero que pases por el cementerio que hay en las afueras. Verás una casa azul allí, en la esquina. Párate enfrente.

—Sí, su valía —el hombre se apresuró a girarse de nuevo hacia los caballos—. De inmediato, señor. De inmediato.

Ringil se contorsionó para regresar al interior del carruaje y cerró la puerta. Ignoró la mirada inquisitiva de su madre hasta que al fin, cuando hubieron tomado la carretera tras salir del patio empedrado, a Ishil no le quedó más remedio que preguntar en voz alta:

—¿Y exactamente qué es lo que se nos ha perdido en el cementerio?

—Quiero despedirme de un amigo.

Ishil exhaló uno de sus fatigados suspiros; a Ringil le sorprendió hasta qué punto lo retrotraía ese tic a su adolescencia, hacía más de una década. Pillado por enésima vez al amanecer mientras se colaba en la casa por las dependencias de los criados, camuflándose entre las doncellas. Ishil de pie en lo alto de la escalera de la cocina, en bata, con los brazos cruzados y el rostro pálido recién lavado y sin maquillar, tan amenazadora como una reina bruja encolerizada.

—Gil, ¿es imprescindible que te pongas tan horrorosamente melodramático?

—No se trata de ningún difunto, madre. Mi amigo vive al lado del cementerio.

Ishil enarcó el impecable perfil de una ceja.

—¿En serio? Debe de ser encantador.

El carruaje prosiguió su traqueteante camino por las calles apenas despiertas.

Cuando llegaron a casa de Bashka descubrieron la contrapuerta de la entrada principal cerrada, señal inequívoca de que el maestro de escuela todavía estaba acostado. Ringil se apeó de un salto y dio un rodeo en dirección a la parte de atrás, a través del cementerio. La escarcha crujía en la hierba bajo sus pies y refulgía en las lápidas. Entre éstas se erguía un doliente solitario embozado en una capa de parches de cuero, con el rostro ensombrecido por su sombrero de ala ancha. Levantó la cabeza ante la llegada del espadachín, lo miró a los ojos con sombrío desinterés y lo que podría haber sido un destello de reconocimiento teñido de rencor. Ringil lo ignoró con todo el aplomo que le prestaba la resaca, avanzó entre las tumbas y fue a asomarse a la primera ventana de la cabaña que encontró. Al otro lado del mugriento cristal, el maestro se atareaba sin mucho éxito con unas sartenes y con el fuego de la

cocina y, a juzgar por la expresión que lucía, libraba su propia batalla contra la jaqueca. Ringil sonrió y llamó al cristal con los nudillos. Hubo de repetir la acción otras dos veces antes de que el sentido de la orientación de Bashka se activara y ubicara la procedencia del sonido. El maestro de inmediato le indicó con vehemencia, por señas, que diera un rodeo hasta la entrada principal. Ringil regresó al carruaje y se asomó a la portezuela que había dejado abierta.

—Voy a entrar un momento. ¿Te apetece acompañarme?

Su madre se revolvió incómoda en el asiento.

—¿Quién es este amigo tuyo?

—El maestro de la localidad.

—¿Un maestro? —Ishil puso los ojos en blanco—. No, me temo que no, Ringil. Haz el favor de ser breve.

Bashka salió a recibirlo y lo condujo a la cocina. Al pasar por delante del dormitorio, la puerta entornada le mostró a Ringil el atisbo fugaz de una forma hecha un ovillo de brazos y piernas entre las sábanas, una maraña de largos cabellos rojos. Le sobrevino el vago recuerdo de haber visto al maestro por última vez la noche anterior dando tumbos bajo las estrellas entre dos rameras de la zona, berreando algún tipo de himno litúrgico mutilado, con obscenas partes corporales insertadas en lugar de los nombres de los dioses. En medio del jolgorio desenfrenado que inundaba las calles, había pasado prácticamente inadvertido.

—¿Es Erli la Roja la que está ahí dentro? —preguntó—. ¿Conseguiste traértela a casa al final?

Bashka sonreía de oreja a oreja.

—Las dos, Gil, las traje a las dos. Erli y Mara. Ha sido una víspera de Padrow memorable.

—¿En serio? ¿Y dónde está Mara?

—Se largó corriendo, no sé cuándo. Me robó el monedero —ni siquiera esta confesión parecía ser capaz de borrar la sonrisa que iluminaba el rostro de Bashka, que sacudió la cabeza plácidamente—. Memorable, te lo aseguro.

Ringil frunció el ceño.

—¿Quieres que pregunte por ahí y lo recupere?

—No, no te molestes. De todas maneras, debía de estar casi vacío —meneó la cabeza como un perro empapado sacudiéndose el agua y castañeteó los dientes—. No exagero al decir que esa doncella se ganó hasta la última pieza de cuño.

Ringil hizo una mueca al escuchar el epíteto «doncella» aplicado a Mara.

—Eso te pasa por ser un blandengue, Bash. A Mara jamás se le hubiera ocurrido intentar algo así con ninguno de sus clientes habituales. No en una localidad tan pequeña como ésta. No se atrevería.

—Da igual, Gil, en serio —Bashka adoptó una expresión sobria por unos instantes—. No quiero que hagas nada al respecto. No te metas con Mara.

—¿Sabes?, seguro que fue idea del payaso de Feg. Podría…

—Gil —Bashka lo miró con reproche—. Me estás estropeando la resaca.

Ringil cerró la boca. Se encogió de hombros.

—Bueno, tú mandas. Entonces, esto… Te hará falta dinero en efectivo. Para aguantar hasta que pasen las vacaciones.

—Pues sí —Bashka soltó un bufido—. Como si te pudieras permitir el ir por ahí haciendo préstamos, Gil. Anda ya, estoy bien. Siempre ahorro un poco y lo reservo para Padrow, ya lo sabes.

—Tengo dinero, Bash. Alguien acaba de contratarme. Se trata de un trabajo de espada. Remunerado, ¿sabes? Así que tengo dinero, si lo quieres.

—Bueno, pues no lo quiero.

—Vale. Sólo era una pregunta.

—Bueno, déjate de preguntas. Ya te he dicho que estoy bien —Bashka titubeó, como si intuyera por fin cuál era el verdadero motivo de la visita de Ringil—. Entonces, esto… ¿te marchas? Por lo de ese trabajo de espada, quiero decir.

—Sí, un par de meses. Volveré antes de que te des cuenta. Mira, en serio, si necesitas el dinero, no es como si tú no me hubieras sacado nunca las castañas del fuego y…

—Te aseguro que no pasa nada, Gil. ¿Adónde vas?

—A Trelayne. Más al sur, quizá —de repente, no le apetecía seguir dando explicaciones—. Lo dicho, volveré dentro de un par de meses. Pasarán volando.

—Te echaré de menos por las noches, entre semana —Bashka adelantó una imaginaria ficha de ajedrez en el aire—. Ahora tendré que ir a jugar con Brunt en la forja. ¿Te imaginas cómo pueden ser esas conversaciones?

—Sí, yo también echaré de menos —Ringil se esforzó por medir sus palabras en un ataque de cautela, incluso aquí— nuestras conversaciones.

No, no lo harás.

Una chispa de comprensión se encendió de repente dentro de su cabeza, como una pelota de papel arrojada a la chimenea. La llamarada fugaz conjuró una aparición retorcida y chisporroteante, una efímera punzada de dolor que no tardó en desvanecerse. *No vas a echar de menos las noches de ajedrez ni las conversaciones con Bashka, Gil, y lo sabes*. Era cierto, sabía que en los distritos de la parte alta de Trelayne podría encontrar compañía mil veces más sofisticada que la del maestro prácticamente en cualquier casa de café a la que le apeteciera asomarse. También sabía que, pese a la amabilidad de Bashka y las aficiones que tenían en común, aquel hombre no era un auténtico amigo ni lo había sido nunca en realidad, al menos no en el sentido estricto de la palabra.

Por primera vez desde la llegada de Ishil, a través incluso de su obstinado dolor de cabeza, la certidumbre de que se disponía a volver de verdad cayó sobre él como un mazazo. Y no sólo al trabajo de espada; eso era como una vieja costumbre, ya manida, como comprobar las monedas que le quedaban a uno en la bolsa, una trepidación que no tardaba en diluirse de nuevo con el mismo palpitar de la sangre.

No se trataba de eso, sino de algo más: se disponía a zambullirse otra vez en la pendenciera y vociferante masa de humanidad de Trelayne, con todo lo que eso conllevaba. Iba a regresar al cálido vientre que lo había visto nacer, al decadente clima de invernadero que le había hecho crecer y enfermar por igual. A una parte de su ser que creía extirpada de raíz y reducida a cenizas desde hacía tiempo, desde los sanguinarios días de la guerra.

Pues parece que no, Gil.

Se despidió del maestro entre bromas, guiñando un ojo en dirección a la puerta del dormitorio, y se alejó de la casa tan deprisa como se lo permitía el decoro.

Se encaramó al interior del carruaje y se hundió en un rincón acolchado, en silencio. El nervioso cochero azuzó a los caballos con un restallido. Recorrieron las calles en silencio hasta dejar atrás los límites de la ciudad y las achatadas atalayas de madera, tomaron la carretera elevada que bordeaba las estribaciones montañosas y la Quebrada del Patíbulo, y pusieron rumbo al oeste, en dirección a los bosques y la llanura de Naom, y al mar a lo lejos. Al oeste, donde la esplendorosa Trelayne lo aguardaba de pie en la orilla, tirando de él, ahora que la imagen había arraigado en su mente, aun a pesar de la distancia.

Ringil se concentró en el escenario que discurría veloz por la ventanilla.

—¿Cómo estaba? —preguntó Ishil, al cabo—. ¿Tu amigo el maestro?

—Resacoso y sin blanca después de haberse ido de putas, ¿por qué lo preguntas?

Ishil suspiró con elaborado desdén y torció remilgadamente el cuello para fijar la mirada en el exterior del carruaje. El vehículo avanzaba a trompicones, bamboleándose. Las damas de compañía sonreían complacidas mientras observaban a Ringil de soslayo, conversando sobre tipos de tela.

La recién descubierta certidumbre viajaba sentada junto a él como un cadáver al que nadie más podía ver.

Se disponía a regresar a su antiguo ser, y lo peor de todo era que no conseguía obligarse a lamentarlo en absoluto.

De hecho, ahora que todo este asunto ya estaba en marcha, apenas podía esperar.

Capítulo 4

T*raedme a Archeth.*

La orden del emperador se propagó desde la sala del trono como ondas concéntricas en un estanque al que alguien hubiera arrojado una piedra. Llegó a oídos de todos los cortesanos, que se apresuraron a competir por ver quién era el primero en acatarla e impartieron raudas indicaciones a sus lacayos, quienes a su vez se desperdigaron a la carrera por los pasillos laberínticos del palacio en busca de la noble kir-Archeth. La noticia se transmitió de los asistentes personales a los criados y de éstos a los esclavos, hasta que la jerarquía piramidal de la servidumbre al completo volcó toda su atención en esta inesperada distracción del monótono día a día de la corte. Como una serpiente, los rumores apresaron esta simple instrucción en la tenaza de sus anillos y atribuyeron al tono del emperador una mezcla de irritación e ira, registro vocal éste ante el que todos los habitantes del palacio, aun los guardianes más veteranos, habían aprendido a reaccionar con suma premura en los últimos años. Lo mejor para todos los implicados, así pues, sería que Archeth hiciera acto de presencia cuanto antes.

Por desgracia, como era cada vez más frecuente, de la noble Archeth no había ni rastro. Se rumoreaba que, desde el regreso de la expedición a Shaktur, se había vuelto huraña y taciturna, más impredecible que nunca en aquellas situaciones en las que la diplomacia y el tacto deberían marcar la estrategia a seguir. Había empezado a merodear por los pasillos del palacio y las calles de la ciudad a horas intempestivas, y a adentrarse en el desierto oriental sin compañía y permanecer allí semanas enteras, equipada, al menos así lo aseguraban las murmuraciones, con unas raciones de agua y alimento que rayaban en lo suicida. También durante la ronda que se celebraba a diario en el palacio se mostraba igual de insensible a las peores situaciones de peligro; descuidaba sus tareas y encajaba las protestas con una impasibilidad que sólo podía calificarse de insolencia. Sus días en la corte, decían, estaban contados.

Traedme a Archeth.

La orden aún incumplida llegó a resonar y retumbar incluso en los muros del palacio que rodeaban la parte más lejana de los jardines imperiales. Entre los cortesanos, fueron varios los que empezaron a sucumbir al pánico. Desde la muralla, la orden se proyectó en dirección a la ciudad misma, esta vez en manos de emisarios imperiales, el llamado Brazo del Rey, célebres por su habilidad para encontrar y apresar a la persona deseada en cualquier rincón de los vastos confines del Imperio. Uniformados de negro y plata, se dispersaron por las calles en grupos, serpenteando entre las cúpulas y los domos pintados del corazón de la ciudad (la arquitectura que Ringil había descrito una vez como «colección de uñas de furcia»), llamando a las puertas de los fumaderos y las tabernas habituales, zarandeando a sus informadores

con indiferente brutalidad. Era un gasto de recursos desorbitado, como emplear un hacha de batalla para trocear cebollas, pero la orden provenía del emperador y a nadie le apetecía mostrarse poco cooperativo. Desde su ascenso al trono, las medidas disciplinarias estaban a la orden del día.

Los miembros más afortunados del Brazo tardaron casi una hora en averiguar, gracias a los comerciantes del bulevar de la Inefable Divinidad, que Archeth había sido vista por última vez mientras paseaba en dirección a los astilleros imperiales, con el mango alargado de un martillo de ingeniero apretado con fuerza en una mano y una pipa de krinzanz en la otra. A partir de ahí fue coser y cantar que esta media docena de mensajeros calculara la ruta adecuada, se internara en los astilleros y se abriera paso entre los esqueléticos armazones de los buques en construcción, preguntando por Archeth cada pocos pasos. Aún más fácil lo tenían los trabajadores navales, que podían limitarse a girar la cintura y apuntar elocuentemente con el dedo.

En un extremo del astillero se erguía un escupefuego kiriath, destartalado y cubierto de escoria, aislado de sus vecinos de madera más convencionales, apuntalado en el dique seco por unos sostenes que parecían haberse soldado al casco con el paso del tiempo. Era uno de los últimos ejemplares rescatados del desierto cuando Akal el Grande ocupaba el trono todavía y autorizó el gasto, y lo envolvía un aura de férrea decrepitud y siniestra malevolencia. Los hombres del Brazo, seleccionados especialmente y célebres por el admirable coraje del que hacían gala en las circunstancias más adversas, contemplaron la embarcación de reojo sin el menor entusiasmo. La ciudad entera estaba jalonada de antiguos artefactos kiriath desde hacía siglos, pero eso no impedía que muchas personas siguieran sintiendo un escalofrío al contemplarlos; el escupefuego era gigantesco y amenazador, como una monstruosidad de las simas marinas atrapada en las redes de un pesquero al que la suerte le hubiera vuelto la espalda; estaba tachonado de agallas, palpos y ojos antinaturales, más propios de una entidad viva que de una construcción artificial; su piel exhibía las cicatrices y las ampollas provocadas por sus repetidas entradas en un reino donde la carne y los huesos de cualquier ser humano se fundirían hasta desaparecer en un abrasador abrir y cerrar de ojos, donde sólo los demonios podrían sentirse como en casa, y portaba quién sabía qué imborrable marca del inframundo debida a los lugares que había visitado.

Del interior del cilindro de hierro cerrado, de la boca de la única escotilla abierta de las cinco que formaban una hilera a lo largo del vientre del casco, para ser exactos, escapaba el furioso e insistente clamor del metal golpeando el metal. El sonido, se diría, de algo que intentaba romper sus cadenas.

Todas las miradas volaron a todos los rincones; todas las manos se posaron en las empuñaduras de unas armas desgastadas por el uso. Los emisarios del emperador avanzaron a un paso que declinaba conforme se acercaban a la sombra de la mole inmovilizada del escupefuego. Se agruparon hasta detenerse formando una piña en el centro exacto de la circunferencia del andamiaje que sostenía a la embarcación en el

dique seco, a una docena de pasos de distancia de la escotilla, con cuidado de no pisar ninguno de los fláccidos palpos que se extendían desde el casco y yacían inertes como látigos olvidados en el polvo del astillero. Nunca se sabía cuándo alguno de ellos, sin importar los años de desuso acumulados, podría retorcerse y restallar dotado de inesperadas intenciones asesinas, enroscarse en una pierna y levantar por los aires a su desprevenido propietario para, desoyendo sus alaridos, zarandearlo violentamente de un lado a otro hasta dejarlo reducido a pulpa contra el mugriento flanco de hierro de la nave.

—¡Sifilítico hijo del sucio coño de una puta camella!

Un descomunal estrépito metálico subrayó la última palabra, sin conseguir ahogarla por completo. Los emisarios dieron un respingo. En algunos casos, las hojas asomaron unos centímetros fuera de sus fundas. Antes de que nadie tuviera tiempo de reaccionar, la voz resonó de nuevo pisando los talones de los ecos del impacto, ni menos blasfema, ni menos impregnada de rabia, ni menos puntuada por el estruendo de cualquiera que fuese el arcano conflicto que estaba dirimiéndose en los confines del casco. Los mensajeros del Brazo del Rey se quedaron paralizados, con los rostros perlados de sudor a causa del implacable calor del mediodía, mientras el recuerdo helado de todos los rumores sobre brujas que hubieran escuchado alguna vez reptaba por sus huesos.

—¿Será un exorcismo?

—Será el krinzanz —aventuró uno de los integrantes más pragmáticos de la comitiva—. Seguro que ha perdido la puta cabeza.

Otro de los mensajeros carraspeó.

—Esto, noble Archeth…

—… taparme la puta boca, ¿verdad?, asqueroso…

—¡Noble Archeth! —gritó a pleno pulmón el hombre del Brazo—. ¡El emperador solicita vuestra presencia!

Las maldiciones cesaron de golpe. La cacofonía de metal se apagó. Por un momento interminable la escotilla permaneció abierta, bostezante, rezumando un silencio no menos inquietante que la algarabía precedente. Transcurridos unos instantes emergió la voz de Archeth, enronquecida.

—¿Quién va?

—Del palacio. El emperador os reclama.

Murmullos ininteligibles. Un repiqueteo, indicador probablemente de que el martillo de ingeniero había caído al suelo, seguido de un gatear impaciente. Boca abajo, Archeth asomó la cabeza por la escotilla a continuación, con las facciones de ébano enmarcadas por el atiesado desorden de sus cabellos trenzados en gruesos cordeles. La sonrisa que dedicó a los mensajeros contenía tal vez una pizca de entusiasmo de más.

—De acuerdo —dijo—. Por hoy ya he estudiado bastante.

Los efectos del krin se habían reducido ya cuando llegaron al palacio, donde el emperador esperaba en la Cámara de las Confidencias, hecho cuyo simbolismo no había pasado inadvertido para la escolta de cortesanos que Archeth fue reuniendo por el camino. Era imposible pasar por alto los cruces de miradas que proliferaban a su paso. La Cámara de las Confidencias consistía en una balsa con forma de tienda de maderas y sedas exóticas fondeada en el centro de un estanque cubierto de cincuenta metros de diámetro, con una ventana solitaria en el techo. Una cascada cantarina se deslizaba por las paredes de mármol ingeniosamente esculpidas que delimitaban la circunferencia de la cámara, lo que imposibilitaba que nada de lo que se dijera entre ellas llegara a oídos indiscretos, y las aguas del estanque servían de hogar a una especie de pulpos inteligentes que se alimentaban con regularidad de condenados. Cuanto acontecía en la Cámara de las Confidencias quedaba reservado en exclusiva para quienes gozaran de la absoluta confianza del emperador, o para quienes no fueran a salir con vida de ella. En los tiempos que corrían, caracterizados por la incertidumbre, uno no siempre tenía claro a cuál de esos dos grupos pertenecía.

Archeth observó con narcotizado desinterés cómo los dos cortesanos de avanzada edad que se habían arrogado la tarea de acompañarla hasta allí no dejaban de lanzar furtivas miradas de soslayo al estanque. Bajo las ondas del agua, era imposible ver nada con claridad. El parche de color que tremolaba a sus pies podría ser un pulpo desenroscándose, o una simple roca; la franja que surcaba el agua, un tentáculo o una fronda de alga. Las facciones de los cortesanos reflejaban sus dudas como si los afligiera un trastorno gástrico, y la iluminación de la cámara, oscilante y macilenta, contribuía a exacerbar la preocupación cincelada en sus rostros.

En comparación, el rostro del esclavo que guiaba la barquilla de cuero con una pértiga resultaba tan expresivo como una piedra. Aparte de saberse imprescindible para transportar al emperador a la orilla, era además sordomudo, seleccionado con escrupuloso cuidado, quizá incluso mutilado específicamente para desempeñar su cargo. Jamás oiría ni revelaría ningún secreto.

Un suave topetazo contra el borde de la balsa, colmado de intricados relieves, les indicó que habían llegado a su destino. El esclavo estiró un brazo hasta alcanzar una de las columnas que sostenían el dosel y estabilizó el bote mientras los cortesanos desembarcaban con visible alivio. Archeth, que cerraba la comitiva, inclinó la cabeza en señal de agradecimiento al pasar junto a él. Fue un gesto automático; había costumbres kiriath de las que era imposible desembarazarse. Como si de un elemento más del mobiliario se tratara, el esclavo la ignoró. Archeth hizo un mohín y siguió a los cortesanos por el dédalo de velos colgantes del interior del dosel, entre la opulencia iluminada por la luz de las velas, hasta llegar en presencia del emperador. Hincó la rodilla.

—Mi señor.

Su resplandor Jhiral Khimran II, primogénito de Akal Khimran, denominado el

Grande, designado por sucesión real guardián de Yhelteth, vigilante de las Siete Tribus Sagradas, profeta defensor general, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Imperiales, noble protector de alta mar y legítimo emperador de todos los territorios, no se dio prisa en levantar la mirada del cuerpo despatarrado de la muchacha a la que estaba toqueteando.

—Archeth —murmuró, con el ceño fruncido y la mirada fija en el turgente pezón que rodaba entre dos de sus dedos—. Llevo casi dos horas esperándote.

—Sí, mi señor —Archeth no tenía la menor intención de disculparse.

—Eso es mucho tiempo para el hombre más poderoso del mundo, Archeth. —La voz de Jhiral era queda e inescrutable. Su mano libre se deslizó por la suave planicie del vientre de la mujer hasta internarse en la sombra que anidaba entre los muslos abiertos—. Demasiado, según me aseguran algunos de mis consejeros. Opinan —el cuerpo de la mujer se crispó ante la prospección de sus dedos— que no sabes lo que es el respeto. Me pregunto si podrían estar en lo cierto.

Por su parte, Archeth estaba más pendiente de la mujer que de las palabras de Jhiral. Como casi todas las que componían el harén imperial, ésta era norteña, tenía las piernas largas y la piel pálida. En sus grandes senos, bien torneados, no se apreciaban aún los estragos de la maternidad. Aunque el color de su cabello y sus rasgos faciales quedaban ocultos tras los pliegues del velo de muselina negra que le cubría la cabeza hasta el cuello, Archeth apostaría a que procedía de los erróneamente llamados estados mercantiles libres. Los mercados de Yhelteth habían recibido un aluvión de muchachas como ésta en los últimos tiempos, conforme la economía de las comarcas septentrionales se tambaleaba y las deudas empujaban a familias enteras a la esclavitud. Por lo que había oído Archeth que se contaba en las rutas comerciales, las ciudades libres estaban convirtiéndose a pasos agigantados en el hogar de una clase de esclavos desconocida hasta ahora; los emprendedores con menos escrúpulos amasaban rápidas fortunas adquiriendo carne de la localidad a precio de ganga y llevándola al sur para revenderla en el Imperio, donde los siglos de servidumbre arraigada en la tradición favorecían un inmenso mercado preestablecido y un apetito insaciable de productos exóticos. El precio de salida de un ejemplar como éste podría multiplicarse fácilmente por cincuenta durante el largo trayecto hacia el sur por tierras imperiales. Con semejantes márgenes de beneficios, y con la mayoría de las grandes ciudades endeudadas aún tras el final de la guerra, no era de extrañar que la Liga hubiera redescubierto su afición por la trata de esclavos. A fin de allanar el camino para esta nueva inyección de riquezas había tirado por la borda, sin contemplaciones ni la menor muestra de arrepentimiento, casi dos siglos de abolición.

El emperador dejó lo que estaba haciendo y levantó la cabeza.

—Exijo una respuesta, Archeth —dijo plácidamente.

Archeth se preguntó por un instante si Jhiral pensaba castigar indirectamente su supuesta falta de respeto lastimando a la concubina delante de ella. Un reproche frío y racional para la mujer de intensa tez negra erguida ante él, mientras la muchacha

blanca como la leche que yacía encima de su regazo debía sufrir el castigo físico, como una especie de avatar invertido. No sería la primera vez que Archeth veía a un esclavo cubierto de sangre en represalia por cualquier infracción imaginaria mientras Jhiral reprendía verbalmente a alguno de sus jefes de estado mayor contra el telón de fondo de los gritos torturados y el húmedo restallar del látigo. Aunque no fuera ni llegaría a ser nunca el guerrero que había sido su padre, Jhiral había heredado de él su astucia retorcida, y con ella un poso de sofisticación cultivada en la corte que Akal Khimran, siempre cabalgando de uno a otro confín de su imperio, jamás se había molestado en desarrollar.

O quizá la presencia de la mujer fuera una simple provocación. Los secretos eran un bien escaso en el palacio imperial, y los gustos de Archeth suscitaban extensas murmuraciones, aunque en la práctica nadie supiera ni hubiera podido demostrar nada.

Carraspeó y bajó la mirada en actitud deferente.

—Estaba trabajando, mi señor. En los astilleros, con la esperanza de hacer algún progreso en beneficio del reino.

—Ah. Eso.

Se operó un cambio en los ojos del emperador, que sacó la mano de entre los pálidos muslos de la mujer, aspiró con delicadeza la fragancia que le impregnaba los dedos como si de un experto gourmet ante un manjar suculento se tratara, y dio una palmada en las posaderas de la concubina. Ésta se retiró de su regazo con estudiado recato y, de rodillas, se alejó de la presencia imperial.

—Puedes levantarte, Archeth. Siéntate a mi lado. Vosotros dos —señaló con la cabeza a la pareja de cortesanos, tan inmóviles como tallas de madera—. Fuera de aquí. Volved a… eso tan valioso en lo que soláis invertir vuestro tiempo. Ah, y… —Una mano levantada, un regio gesto de magnanimidad—. Bien hecho. En la lista de la nueva estación habrá un regalito esperándoos, no lo dudéis.

Los cortesanos se despidieron con sendas reverencias. Archeth los vio partir sentada en un cojín a la izquierda de Jhiral, debatiéndose entre la envidia y el desprecio. En cuanto los velos hubieron caído tras sus espaldas, Jhiral estiró el brazo y asió la barbilla de Archeth con firmeza en su mano. Todavía tenía los dedos mojados, perfumados con la esencia del coño de la mujer blanca. Tiró de Archeth hacia él y la observó atentamente, como si su cabeza fuera una curiosidad expuesta en cualquiera de los puestos del bazar.

—Archeth. A ver si acostumbras de una vez a la idea de que los kiriath se han marchado. Te dejaron atrás. Eso ya lo habrás asumido, ¿verdad?

Así que aquí estaba el castigo, después de todo. Archeth dejó que su mirada se extraviara por encima del hombro de Jhiral y no dijo nada. El emperador le sacudió la barbilla con impaciencia.

—¿Verdad, Archeth?

—Sí —la palabra se desprendió de sus labios como un trozo de carne podrida.

—Grashgal se negó a llevarte con ellos, y prometió que no regresarían jamás. «Las venas de la Tierra nos alejarán de aquí igual que nos trajeron en su día. Nuestro tiempo y nuestro cometido han terminado» —recitó Jhiral, con la voz amable de un tío que estuviese aleccionando a su sobrina—. ¿No dijo algo así durante la despedida en An-Monal? ¿Algo por el estilo?

—Sí, mi señor —respondió Archeth, pese al nudo que se le había formado en la garganta.

—La era de los kiriath es cosa del pasado, Archeth. Ésta es la era de la humanidad. Harías bien en recordarlo y atenerte a tus nuevas alianzas. ¿Eh?

Archeth tragó saliva con dificultad.

—Majestad.

—Excelente —Jhiral le soltó la barbilla y se reclinó—. ¿Qué te ha parecido?

—¿Mi señor?

—La chica. Es nueva. ¿Qué te parece? ¿Quieres que la envíe a tus aposentos cuando acabe con ella?

Archeth se obligó a reprimir el fogonazo de rabia que estalló tras sus ojos y consiguió hablar con voz seca y contenida.

—Mi señor, no entiendo por qué querríais hacerme semejante favor.

—Venga, venga, Archeth. ¿Ves algún guardián aquí dentro? Estamos solos tú y yo… y sofisticadamente empapados por la tormenta de educación y experiencia que este mundo nos ha dado —el Emperador agitó los dedos perfumados—. Disfrutemos al menos de los placeres que se derivan de eso. Las leyes escritas en piedra están muy bien para el rebaño de la plebe, ¿pero acaso no estamos nosotros por encima de tan insignificantes consideraciones?

—No me es dado cuestionar la Revelación, mi señor.

Jhiral adoptó una expresión compungida ante la espontánea cita de las palabras del profeta, cargadas con el eco de su autoridad, y por tanto inapelables.

—Por supuesto que no, Archeth. A nadie en el reino material le es dado. Pero piensa, como hace incluso Ashnal en sus consideraciones, que el peso del liderazgo sin duda debe de conllevar alguna recompensa, siquiera una mínima holgura en las restricciones que impone la autoridad a quienes son menos capaces de gobernarse por sí solos. Decidido, te enviaré a la chica en cuanto vuelvas.

—¿Volver, mi señor?

—Así es. Voy a destinarte a Khangset. Parece que se han producido disturbios en la zona. Forajidos, o algo por el estilo. Los informes no se ponen de acuerdo.

Archeth pestañeó.

—Khangset es un puerto con guarnición, mi señor.

—Precisamente. Por eso me extraña que haya alguien tan estúpido como para lanzar un ataque sobre esa ciudad. En circunstancias normales me limitaría a enviar un destacamento del Trono Eterno, como tanto le gustaba hacer a mi padre, y me despreocuparía. Sin embargo, el mensajero que trajo la noticia al parecer pensaba que

había algún tipo de sortilegio en juego —Jhiral se encogió de hombros al ver la expresión de Archeth—. Ciencia o hechicería, el tipo es un palurdo que no tiene muy clara la diferencia. Yo tampoco, la verdad sea dicha. En cualquier caso, tú eres la experta en estas cuestiones. He ordenado que ensillen un caballo para ti, y te puedes llevar el antedicho destacamento del Trono Eterno. Con su sacrosanto guardián adosado, como es lógico. Os llevaréis de maravilla, ahora que te ha dado por estudiar las escrituras y todo. Te esperan en el patio del ala oeste. Supongo que bastante impacientes, a estas alturas.

—¿Queréis que parta de inmediato, mi señor?

—Sí, te estaría inmensamente agradecido si lo hicieras —la voz de Jhiral destilaba sarcasmo—. A galope tendido, calculo que podríais llegar a Khangset mañana por la tarde, ¿verdad?

—Estoy por entero a vuestra disposición, mi señor —las palabras rituales le dejaron un regusto a ceniza en la boca. Con Akal había sido distinto; las palabras eran las mismas, pero no el sabor—. En cuerpo y alma.

—No me provoques —dijo secamente Jhiral—. Veamos, ¿solicitas la presencia de alguien más aparte de los hombres que te he asignado?

—El mensajero. Me gustaría interrogarlo antes de partir.

—Volverá contigo. ¿Algo más?

Archeth reflexionó durante tanto tiempo como consideró prudente.

—Si el ataque ha sido por mar, me gustaría saber qué opinión le merecen a Mahmal Shanta los posibles restos que encontremos.

—Bueno, me imagino que le hará ilusión —refunfuñó Jhiral—. Creo que no ha salido de esa barcaza en la que vive desde que se celebró la regata de Ynval, y si lo hizo fue sólo para inspeccionar las nuevas lanchas de la armada. Este año todavía no ha montado a caballo, eso seguro.

—Es la principal autoridad en ingeniería naval del Imperio, mi señor.

—No sermonees a tu emperador, Archeth. No es bueno para la salud. —Pese al tono jocoso de la amenaza velada, Archeth sabía que había tocado una fibra sensible —. Soy consciente de las competencias asignadas en la corte por mi querido padre, así como del por qué de su asignación. De acuerdo, ordenaré que vayan a buscar a ese cabrón cascarrabias. Se reunirá contigo a las puertas de la ciudad. Supongo que os haréis buena compañía el uno al otro.

—Gracias, mi señor.

—Ya —Jhiral se frotó la barbilla y volvió a aspirar la fragancia de la esclava que le impregnaba los dedos. Dilató ligeramente las ventanas de la nariz y dio por concluida la reunión con un ademán—. Bueno, será mejor que te vayas, ¿no?

Archeth se puso en pie, lista para recitar la despedida ritual.

—Acudo rauda a vuestro servicio…

—Por favor, Archeth. Piérdete de vista de una vez, ¿quieres?

Al salir se cruzó con la esclava de piel pálida, que aguardaba la convocatoria

imperial sentada entre los velos interiores y el dosel exterior. Se había levantado el velo y Archeth vio que era, como cabría esperar, muy hermosa. Sus ojos se cruzaron por un momento fugaz, antes de que la muchacha se apresurara a apartar la mirada. Un rubor escarlata se propagó por su rostro y sus pechos.

Procedente del interior llegó el sonido de Jhiral aclarándose la garganta.

La chica se puso a cuatro patas y gateó hacia las cortinas entreabiertas. El movimiento imprimió un pesado balanceo a sus senos. Archeth le apoyó una mano en el hombro y sintió cómo un escalofrío recorría la piel tersa al contacto. La chica levantó la mirada.

—El velo —silabeó Archeth, en naómico.

Labios entreabiertos, un jadeo de pánico contenido. Unos violentos temblores se apoderaron de la concubina. Por señas, Archeth le indicó que se tranquilizara, se acuclilló junto a ella y, tras colocar con esmero el velo en su sitio, introdujo la mano tras la muselina para atusar un mechón de cabello del color de la cera.

Al otro lado de las cortinas interiores, Jhiral carraspeó de nuevo, con más insistencia esta vez. La muchacha inclinó la cabeza y reanudó la marcha, pasó gateando por debajo de la cortina y acudió en presencia de su resplandor imperial. Archeth la vio alejarse rechinando los dientes tras los labios apretados. Ensanchó las ventanas de la nariz y resopló por ellas, con fuerza. Por un efímero instante de locura, se quedó donde estaba e hizo ademán de acercarse a la cortina interior.

Lárgate de una puta vez, Archidi. Ahora mismo.

Una esclava como cualquier otra, eso es todo. El pensamiento surcó su cabeza aleteando, demasiado veloz para aprehenderlo. No estaba segura de que se refiriera a la concubina.

Giró sobre los talones y se marchó.

Obediente, dispuesta a cumplir la voluntad del emperador.

Capítulo 5

Hacia el oeste, donde el amplio caudal del río Trell se dividía y prolongaba en un entramado de afluentes hasta caer rendido en la mullida marga de la planicie costera de Noam como las líneas de la palma de una mano, donde el mar se quedaba sin fuerzas ante las hectáreas de ciénagas y marismas que le impedían amenazar las estructuras construidas por el hombre, un antepasado lejano de Gracia del Cielo Milacar había descubierto por primera vez una obviedad estratégica que sin embargo no resultaba evidente a primera vista; a saber, que una ciudad rodeada por semejante laberinto de tierra y agua entremezcladas se convertiría a todos los efectos en una fortaleza prácticamente inexpugnable. Ni corto ni perezoso, siendo como era este hombre modesto por naturaleza además de imaginativo, el patriarca fundador de la estirpe de Milacar no se limitó a establecer un ingenioso asentamiento al que sólo se podía acceder siguiendo a los guías de la zona a través de los pantanos, sino que renunció además a ponerle su nombre a la ciudad y optó por bautizarla Trell-a-lahayn, del antiguo *lahaynir* myrlico: refugio bendito. De la suma de esta visión y la inevitable pereza de las lenguas de los hombres nació Trelayne. Y con el tiempo, conforme las piedras fueron reemplazando a las tablas de madera y las calles de barro se cubrieron de adoquines; conforme fueron erigiéndose grácilmente sobre la llanura edificios achatados y torres hasta convertirse en la ya célebre ciudad por la que todos suspiran; conforme las mismas luces de aquella sutil fortaleza empezaron a hacerse visibles para los caravanasares y los capitanes de navío todo un día con su noche antes de alcanzarla, la ciudad olvidó sus orígenes, y el nombre del clan Milacar, por desgracia, dejó de tener más valor que los demás.

Ésa era al menos la versión de la historia que le gustaba contar a Gracia del Cielo, respaldada ahora igual que siempre por una narrativa consistente y apasionada, ya que no por pruebas fehacientes. Pocas personas tenían las agallas necesarias para llamarle embustero a la cara, y menos aún para interrumpirlo con acusaciones de esta índole en la misma mesa donde estaba cenando.

Ringil, de pie en el portal cubierto por una cortina con brocados, esbozó una sonrisa.

—Otra vez con las mismas chorradas de siempre —dijo para que todos lo oyeran, arrastrando las palabras—. ¿No tienes ninguna historia nueva que contar, Gracia?

La conversación desapareció del comedor iluminado por velas como los últimos granos de arena de un reloj. La fría luz anular que se filtraba por las cortinas de las ventanas de la pared del fondo brillaba en el silencio. La atención de los reunidos voló de un lado a otro como un pajarillo asustado, posándose en el recién llegado y remontando el vuelo con la misma celeridad. Algunas de las personas sentadas a la amplia mesa ovalada miraron a su alrededor mientras apoyaban los brazos cubiertos

con telas de exquisito diseño en los respaldos de sus asientos, empujaban las sillas hacia atrás con un chirriar de patas arrastradas y barrían el suelo con la delicada caída de sus recios atuendos. Unos pocos semblantes mofletudos se giraron, atareados en algunos casos con la deglución del último bocado, despojados de su complacencia por unos instantes, para dibujar una serie de oes perfectas con los ojos y los labios. Un machetero agazapado junto a la cadera derecha de Milacar pestañeó mientras sus dedos se cerraban en torno al mango de la siniestra hoja trituradora de cuarenta y cinco centímetros que pendía de su cinto.

Los ojos de Ringil buscaron la mirada del muchacho y la sostuvieron por un momento, evaporada ya su sonrisa.

Milacar chasqueó la lengua contra el envés de los incisivos para emitir un suave cloqueo que sonó como un beso simulado. El chico soltó la empuñadura del machete.

—Hola, Gil. Oí que habías vuelto.

—Oíste bien, entonces. —La mirada de Ringil saltó del muchacho a su amo—. Parece que sigues estando tan bien informado como siempre.

Milacar: siempre mucho menos esbelto de lo que le gustaría, mucho menos alto de lo que sugería su afirmación de que la ancestral sangre de Naom corría por sus venas. Pero si bien estos elementos permanecían inalterados, tampoco había cambiado el aura de vitalidad que irradiaba de su musculosa y robusta figura aun sedente, la impresión de que no harían falta muchas provocaciones para que saltara de la silla y adoptara la pose de un luchador callejero con los grandes brazos nervudos en guardia, apretados los puños, listos para dar la paliza de su vida a quien estuviera buscándole las cosquillas.

Por ahora se conformó con fruncir el ceño en actitud compungida mientras se acariciaba la barbilla con las yemas de los dedos índice y corazón. Sus párpados se arrugaron y apergaminaron con una sonrisa que no terminaba de posarse en sus labios. El prodigioso azul oscuro de sus ojos, capaz de rivalizar con el color del océano bañado por el sol frente a las costas de Lanatray, danzaba con vida propia al son del titilar de las velas. Silabeó algo ininteligible, sólo para los oídos de Ringil, sin apartar la mirada de él.

Hasta que se rompió la magia del momento.

El portero de Milacar, al que Ringil había dejado esforzándose por realizar la pesada tarea de colgar su capa y la Críacuervos, apareció a su espalda con las mejillas coloradas y la expresión contraída por una mueca. Sus años mozos quedaban muy lejos, y correr escaleras arriba para después cruzar el largo pasillo tras las vigorosas zancadas del esquivo huésped a su cargo lo había dejado sin resuello.

—Esto… Su valía maese Ringil de los Campos de Eskiath, caballero licenciado en Trelayne y…

—Vale, vale, Quon, gracias —lo interrumpió con acritud Milacar—. Maese Ringil ya se ha presentado él sólito. Puedes retirarte.

—Sí, honorable. —El portero lanzó una mirada emponzoñada en dirección a

Ringil—. Gracias, honorable.

—Ah, Quon, y otra cosa. Para la próxima, procura no perder de vista a quienes se presenten sin avisar, si no te importa. Nunca se sabe, el próximo invitado inesperado podría albergar intenciones asesinas.

—Sí, honorable. Lo siento mucho, honorable. No se repetirá…

Milacar lo despidió con un ademán. Quon cerró la boca de golpe y se retiró con una reverencia servil, retorciéndose las manos. Un atisbo de compasión por el hombre asaltó a Ringil, que lo aplastó como si del ascua extraviada de una pipa se tratara. Ahora no había tiempo para eso. Entró en la sala. Los centelleantes ojos del machetero seguían todos sus movimientos.

—No albergarás intenciones asesinas, ¿verdad, Gil?

—Esta noche no.

—Me alegro. Porque parece que te has dejado ese espadón tuyo olvidado en alguna parte —Milacar permitió que el silencio se prolongara con delicadeza unos instantes—. Si es que todavía lo conservas, naturalmente. Ese espadón tuyo, quiero decir.

Tan sólo la mesa mediaba entre ambos cuando Ringil llegó a la altura de Gracia del Cielo.

—Sí, todavía lo conservo. —Sonrió y ensayó una honda reverencia dirigida a su anfitrión—. Tan grande como siempre.

Un par de jadeos indignados escaparon del círculo de comensales. Ringil paseó la mirada por las caras que lo rodeaban.

—Lo siento, he olvidado mis modales. Buenas noches, caballeros. Damas. —Aunque no había ninguna, en realidad. Todas las féminas presentes estaban allí porque les habían pagado por ello. Observó la mesa abarrotada, sostuvo la mirada de una prostituta al azar y habló dirigiéndose a ella en exclusiva—: ¿Qué es lo más sabroso que os habéis llevado a la boca esta noche, mi señora?

La consternación de los reunidos se materializó en un silencio quebradizo. La ramera abrió los labios pintados de púrpura, enmudecida por la incredulidad. Ringil sonrió sin impacientarse. La mujer miró a su alrededor, desesperada por encontrar algún tipo de consejo en los ofendidos semblantes de sus clientes.

—Todo está bueno, Gil. —Aunque el ambiente de la estancia se hubiera enrarecido con el sutil insulto que suponía el que Ringil se dirigiese a una furcia antes que a cualquiera de los nobles reunidos, por lo menos Milacar permanecía impertérrito—. Si lo he pagado es precisamente para comerlo. ¿Pero por qué no pruebas el corazón de puma, allí, en esa fuente amarilla? Está especialmente delicioso. El adobo es de Yhelteth. Supongo que no habrás probado nada parecido en los últimos años, alejado de la civilización.

—No, tienes razón. He seguido una dieta estricta de cordero y lobo, mezclado con los campesinos —Ringil se agachó y cogió un pedazo de carne de la fuente. La salsa que chorreaba de sus dedos formó una línea encima de la mesa. Mordió, masticó unas

cuantas veces y asintió con la cabeza—. Para tratarse de un banquete de burdel, no está nada mal.

Más jadeos entrecortados. Junto a su codo, alguien se puso en pie de un salto. Barbudo, sin mucho más de cuarenta años, ni tan sobrealimentado como la mayoría de sus compañeros de mesa. Fornido bajo el elegante atuendo de color púrpura y dorado, su armazón daba la impresión de no estar exento de músculos. En una de sus manos, apoyada ahora en un estoque cortesano que no se había quedado en la puerta, Ringil divisó un anillo grabado con el emblema de una clavelina de mar.

—¡Esto es un ultraje! Vuestros insultos no quedarán impunes, Eskiath. Exijo…

—Preferiría que no me llamaras así —dijo Ringil, sin dejar de masticar—. Con «maese Ringil» me conformo.

—Lo que necesitáis, caballero, es que os den una clase de…

—Siéntate.

Ringil no levantó apenas la voz, pero su mirada restalló como un latigazo. Clavó los ojos en los del hombre que lo desafiaba, y éste dio un respingo. Se trataba de la misma amenaza velada que le había ofrecido al machetero, expresada con palabras en esta ocasión en caso de que su receptor estuviera borracho o nunca hubiese estado lo bastante cerca de una pelea de verdad como para saber interpretar la promesa implícita en el gesto de Ringil.

El fortachón regresó a su asiento.

—Creo que tú también deberías sentarte, Gil —sugirió plácidamente Gracia del Cielo—. En los Claros no comemos de pie. Se considera que es de mala educación.

Ringil se chupó los dedos.

—Sí, ya lo sé. —Se tomó un momento para pasear la mirada alrededor de la mesa —. ¿Tendría alguien la bondad de cederme su sitio?

Milacar asintió en dirección a la prostituta que tenía más cerca, a un invitado de distancia de la gran silla desde la que él presidía el banquete. La mujer se puso de pie con estudiada modosidad, sin rechistar. Se retiró con paso elegante hasta una hornacina que contenía una ventana con doseles y se instaló allí como una estatua, con las manos recogidas encima de una cadera, posando sin esfuerzo de modo que su figura envuelta en muselina quedara expuesta ante el resto de la sala contra la luz anular.

Ringil rodeó la mesa hasta llegar al asiento desocupado y se instaló en él tras inclinar la cabeza en dirección a la mujer. La tapicería de terciopelo aún conservaba el calor de las posaderas femeninas, una sensación tan íntima como desagradable que la tela del pantalón no lograba bloquear por completo. Los comensales que lo flanqueaban se obstinaban en rehuir su mirada. Ringil contuvo el impulso de revolverse en la silla.

En la playa de Rajal aguantaste seis horas sin moverte, empapado de orina, haciéndote el muerto mientras los reptiles rastreadores del Pueblo Escamoso husmeaban por los rompeolas como sabuesos en busca de supervivientes. Serás

capaz de aguantar media hora sentado en un cojín calentado por las nalgas de una fulana. Para distraerte, puedes aprovechar la educación que recibiste en los Claros y entablar conversación con la flor y nata de Trelayne, aquí presente.

Gracia del Cielo Milacar carraspeó y levantó la copa.

—Un brindis. Por uno de los hijos más heroicos de nuestra ciudad, que, aunque se haya hecho de rogar, por fin ha regresado a su hogar.

Siguió a la pausa subsiguiente una oleada de reticentes murmullos de aprobación que se propagaron alrededor de la mesa. Todos los comensales se apresuraron a atarearse con sus respectivas bebidas. Ringil pensó que la imagen guardaba un enorme parecido con la de una piara de cerdos que estuvieran saciándose en el comedero. Terminado el brindis, Milacar se inclinó sobre el invitado que tenía a su lado hasta acercar el rostro a menos de un palmo del oído de Ringil. El vino le había endulzado el aliento.

—Ahora que hemos terminado con el melodrama —dijo con cortesía—, ¿te importaría decirme qué haces aquí, Gil?

Las delatoras arrugas que enmarcaban sus ojos azules indicaban que estaba pasándoselo en grande, aunque quisiera disimularlo. Entre el bigote recortado y la perilla, sus expresivos labios carnosos se curvaban hacia abajo cargados de humor, tensos de lascivia anticipada, dejando entrever las puntas de los dientes. El corazón de Ringil dio un vuelco ante los recuerdos que despertaba aquella expresión.

Milacar se había quedado calvo, o casi, tal y como siempre había predicho que ocurriría; y se había afeitado la cabeza hasta reducir su cabellera a una hirsuta pelusa incipiente, tal y como siempre había prometido que haría.

—He venido a verte, Gracia —respondió Ringil, sin faltar a la verdad por completo.

—Conque has venido a verme, ¿eh? —murmuró Milacar más tarde, cuando ambos yacían en la inmensa cama cubierta de sábanas de seda que había en la planta de arriba, extenuados y hechos un ovillo viscoso, cada uno con la cabeza apoyada en el muslo del otro. Se incorporó ligeramente, agarró a Ringil por los cabellos a la altura de la nuca y arrastró su cara, con fingida crueldad, hasta la flaccidez de su entrepierna—. Por los cojones. No has cambiado nada, sigues siendo un asqueroso embustero de alcurnia, Gil, igual que siempre. —Imprimió una dolorosa torsión a los mechones prisioneros—. Como la primera vez que acudiste a mí, hace ya quince putos años, renacuajo de Eskiath.

—Dieciséis —Ringil propinó un manotazo a los dedos que le atenazaban la nuca, los entrelazó con los suyos y, tras llevarse el dorso de la mano de Gracia a los labios, lo besó—. Por aquel entonces aún tenía quince, no lo olvides. Hace dieciséis putos años, y no me llames eso.

—¿Qué, «renacuajo»?

—Eskiath. Sabes que no me gusta.

Milacar se zafó de la presa de Ringil y se acodó en la cama para contemplar desde

arriba al hombre que yacía enroscado encima de su regazo.

—También es el nombre de tu madre.

—Se casó con él —Ringil, con la mejilla apoyada en la húmeda calidez de la entrepierna de Milacar, dejó que su mirada se extraviara en la penumbra que se condensaba junto a la puerta del dormitorio—. Podía escoger. Yo nunca he tenido ese privilegio.

—Tampoco estoy seguro de que ella tuviera elección, Gil. ¿Cuántos años tenía cuando se la entregaron a Gingren? ¿Doce?

—Trece.

Se hizo el silencio por unos instantes. La misma luz anular que llegaba amortiguada al comedor se derramaba aquí sin filtrar, un torrente glacial que caía sobre el suelo alfombrado procedente del amplio balcón con vistas al río del dormitorio. Los postigos estaban abiertos, las cortinas se mecían como fantasmas aletargados, y la fría brisa otoñal que los acariciaba, aunque no pudiera compararse con la frigidez implacable de los vientos del altiplano de Aguas del Patíbulo, denotaba la proximidad del invierno. Las nieves lo encontrarían aquí. Con la piel de gallina a causa de las carantoñas heladas, de punta el vello de los brazos, Ringil cambió de postura. Aspiró la vaporosa fragancia almizcleña de Gracia y ésta, como una droga, lo transportó una década y media atrás en el tiempo. Las desenfrenadas noches de vino y flandrijn en la casa que tenía Milacar en la calle de la Bodega Repleta, en el distrito de los almacenes; la paulatina inmersión en la decadencia de su entorno, poseído por la sutil compulsión que lo llevaba a acatar el menor capricho de Gracia del Cielo, tanto dentro como fuera de la cama. Bajar a los muelles para recaudar tributos en compañía de los pendencieros soldados portuarios de Milacar, surcar sigilosamente las calles de los Claros y remontar el río para hacer entregas; correr perseguido por la guardia cuando alguien era atrapado y cantaba, las reyertas ocasionales en algún callejón lóbrego o un piso franco, los contados pero inevitables duelos a espada, las puñaladas recibidas… y todo ello, incluso las putas trifulcas, tan detallado y colorido, tan hilarante en su momento que resultaba imposible pensar que pudiera entrañar realmente algún riesgo.

—Dime para qué has venido en realidad —insistió Gracia con delicadeza.

Ringil se giró hacia él, y apoyó la cabeza y el cuello en su vientre. Los músculos todavía estaban allí, firmes bajo la fina capa de indulgencia acumulada con los años. La barriga no tembló apenas al encajar el peso de la mejilla empapada de sudor. Saboreando el momento, Ringil elevó la mirada a las vistosas escenas de depravación que adornaban el techo de Milacar, donde unos mozos de cuadra y una criada intentaban practicar lo impracticable con un centauro. Ringil exhaló un suspiro de abatimiento en dirección a los habitantes de aquel mundo pastoral carente de defectos.

—Tengo que ayudar a la familia —explicó con cansancio—. Tengo que encontrar a alguien. Una prima mía, que se ha metido en problemas.

—Y crees que he empezado a moverme en los mismos círculos que el clan Eskiath. —La barriga que servía de almohada a Ringil se estremeció con las carcajadas de Milacar—. Gil, me parece que sobrestimas cuál es mi lugar en el orden de las cosas de un tiempo a esta parte. Soy un delincuente, no lo olvides.

—Sí, he notado cómo te aferrabas a tus raíces. Una casa grande de cojones en los Claros, cenas con la Hermandad de la Ciénaga y sus nobles asociados…

—Todavía conservo la casa de la Bodega Repleta, por si te sirve de consuelo. Y no sé si lo habrás olvidado, pero provengo de una de las familias de la Hermandad. —Un deje mordaz se filtró en la voz de Gracia del Cielo—. Mi padre era capitán de exploradores antes de la guerra.

—Ya, y tu tátara, tátara, tátara y no sé cuántos tátaras más abuelo fundó la puta ciudad de Trel-a-lahayn. Te oí cuando llegué, Gracia, pero la verdad es que hace quince años jamás se te hubiera ocurrido alojar bajo tu techo al payaso que esta noche andaba por ahí pavoneándose con un pincho de duelo en la cadera. Y tampoco estarías viviendo rodeado de lujos en la zona alta de la ciudad.

Notó cómo se tensaban los músculos del estómago bajo su cabeza.

—¿Decepcionado? —preguntó en voz baja Milacar.

Ringil siguió contemplando el techo. Se encogió de hombros.

—Las cosas se fueron a la mierda después del cincuenta y cinco, cuando todos tuvimos que aprender a nadar y guardar la ropa a cualquier precio. ¿Por qué tendría que haber sido distinto en tu caso?

—Tanta amabilidad me abruma.

—Ya —Ringil se sentó, ladeándose para encarar la figura despatarrada de Gracia del Cielo. Cruzó las piernas y juntó las manos en el regazo. Sacudió la cabeza para apartarse el pelo de la cara—. Bueno. ¿Me quieres ayudar a encontrar a mi prima?

Milacar puso cara de «por qué no».

—Claro. ¿En qué lío se ha metido?

—Un lío de cadenas. Hace cuatro semanas estaba en las ferias de subastas de Etterkal, según he podido averiguar.

—¿En Etterkal? —La expresión de «por qué no» de Milacar se esfumó de su rostro—. ¿Fue una venta legítima?

—Sí, para saldar una deuda que se había torcido. La subasta se celebró en la cámara de compensación de la cancillería, los compradores del Laberinto Salino se encariñaron de ella y, por lo visto, la cargaron de cadenas en el acto. Pero el papeleo debe de contener algún error, o se habrá extraviado, o será que no he sobornado a los funcionarios adecuados. Conseguí un boceto al carboncillo que estoy enseñando por ahí, aunque nadie quiere echarle un vistazo, y no hay manera de averiguar nada más sobre lo ocurrido en Etterkal. Empiezo a cansarme de preguntar de buenos modos.

—Sí, ya me había percatado —Gracia del Cielo sonrió y sacudió la cabeza—. ¿Cómo cojones ha terminado una hija del clan Eskiath en el Laberinto?

—Bueno, en realidad no es Eskiath. Como te decía antes, se trata de una prima

mía. Su familia se apellida Herlirig.

—Uy. Tendrá sangre de la ciénaga, entonces.

—En efecto, y además se casó con quien no debía, desde el punto de vista de los Eskiath —Ringil advirtió la mezcla de furia y repugnancia que rezumaba su voz, pero no le apetecía hacer nada al respecto—. Con un mercader. El clan Eskiath no tenía ni idea de lo que sucedía, pero francamente, no creo que hubieran levantado ni un dedo para impedirlo aunque lo hubieran sabido.

—Hmm —Milacar se miró las manos—. Etterkal.

—Correcto. Estamos hablando de tus antiguos colegas, Rugido y Findrich, entre otros.

—Hmm.

Ringil ladeó la cabeza.

—¿Desde cuándo tienes tantos escrúpulos?

Más silencio. En algún rincón en los niveles inferiores de la casa, alguien estaba vertiendo agua en un recipiente de gran tamaño. Milacar parecía estar escuchando el ruido con atención.

—¿Gracia?

Gracia del Cielo lo miró a los ojos mientras sus labios se flexionaban en una sonrisa inesperadamente titubeante. Era la primera vez que Ringil veía esa expresión.

—Han cambiado muchas cosas desde que te fuiste, Gil.

—Ya, a mí me lo vas a contar.

—Etterkal no es ninguna excepción. La zona del Laberinto Salino ha cambiado de arriba abajo, no tiene nada que ver con el lugar que conociste durante la Liberalización. Quiero decir, todo el mundo sabía que la trata de esclavos iba a despegar, era evidente. Era uno de los temas de conversación predilectos de Amapola, y de Findrich también, cuando se animaba a abrir la boca —Milacar imprimió ahora una extraña precipitación a las palabras que brotaban de sus labios, como si temiera que alguien pudiera interrumpirlo de un momento a otro—. No te imaginas cuánto ha crecido, Gil. Me refiero al negocio. Hay mucho más dinero en juego de lo que el flandrijn y el krinzanz llegaron a mover en su día.

—Cualquiera diría que estás celoso.

La sonrisa aleteó por un momento, reavivada, antes de apagarse por completo.

—Esa clase de dinero comporta protección, Gil. No te creas que puedes entrar en Etterkal y liarte a mamporros como solíamos hacer cuando sólo había furcias y macarras.

—Ya empezamos, te has empeñado en desmoralizarme —Ringil mantuvo el tono jocoso para enmascarar la insidiosa preocupación que empezaba a asaltarlo—. En sus tiempos, no había ninguna calle en Trelayne que no te atrevieras a pisar.

—Ya, como te decía antes, las cosas han cambiado.

—Aquella vez que intentaron impedirnos asistir a la regata de globos de los Claros. «Mi pueblo construyó esta cochina ciudad, sus putos matones uniformados de

seda no van a dejarme encerrado en el extremo más cochambroso». —El sarcasmo abandonó ahora su voz mientras imitaba al Milacar del pasado—. ¿Te acuerdas?

—Mira…

—Aunque ahora vives en los Claros, no lo olvidemos.

—Gil, ya te he dicho…

—Que las cosas han cambiado, sí. No estoy sordo.

No pudo seguir desoyendo el obstinado goteo de esa sensación de pérdida, otra asquerosa pérdida más, que contribuía a aumentar el vértigo fruto de tantas putas traiciones acumuladas durante décadas y le dejaba un regusto agrio e inconfundible en el paladar, como si en los últimos segundos, palpitantes de tensión, Gracia del Cielo se hubiera convertido en madera carcomida dentro de su boca. El placer dio paso a la pérdida, la pasión al arrepentimiento, y de improviso, sintió como si lo arrastrara la repugnante y tortuosa tromba de remordimientos que vendían en los templos, el asqueroso sistema de clases, los valores de la estirpe, los sermones de Gingren, los rituales de bienvenida a los nuevos reclutas en la academia, el acoso y la estéril virilidad, todas las putas mentiras que jamás se decían en voz alta y las que pontificaban hombres con hábitos o uniformes, y…

Saltó de la cama como si hubiera un nido de escorpiones entre las sábanas. Los últimos jirones de arrebol poscoital terminaron de evaporarse. Mientras contemplaba a Milacar, tendido aún en la cama, sintió el irrefrenable deseo de lavarse y eliminar la fragancia almizcleña que todavía impregnaba su piel.

—Me voy a casa —dijo, sucinto.

Empezó a buscar la ropa esparcida por el suelo.

—Tienen un dwenda, Gil.

Sin dejar de recoger las calzas, la camisa y las medias arrugadas, Ringil replicó:

—Claro, y qué más.

Milacar se quedó observándolo un momento, y de repente, sin mediar palabra, saltó de la cama y se abalanzó sobre él como si de uno de los felinos de combate adiestrados en Yhelteth se tratara. Lo atenazó con ambas manos y pugnó por derribarlo aprovechando la ventaja que le brindaba su mayor peso, presionando como si estuviera librando un combate de lucha libre. La maniobra semejaba un eco enfurecido de la danza de carne contra carne que ambos habían ensayado en la cama. Envuelto en su acre fragancia, entre gruñidos, Gracia del Cielo recurrió a toda la fuerza acumulada durante sus años de matón callejero.

Si las circunstancias hubieran sido distintas, podría haberse impuesto. Pero el peso de la rabia oprimía aún el pecho de Ringil y la frustración hormigueaba en sus músculos, susurrándole cantos de sirena que despertaron los reflejos templados y afilados durante los años de contienda. Rompió la presa de Milacar con una ferocidad que había olvidado que poseía y, valiéndose de la técnica de combate sin armas que había aprendido en Yhelteth, dejó a su oponente en el suelo, convertido en un manojo de brazos y piernas. Aterrizó encima de él con todo el peso de su cuerpo. El aliento

de Milacar escapó con un bufido que estranguló sus salvajes gruñidos. Ringil introdujo un pulgar engarriado en la boca de Gracia del Cielo mientras amartillaba el otro a un centímetro de su ojo izquierdo.

—No me vengas ahora con mariconadas de macho dominante —siseó—, o te mato. ¿Me tomas por uno de tus putos macheteros?

Milacar jadeó y pataleó, sin aliento.

—Vete a la mierda, sólo intento ayudarte. Escucha, es verdad que hay un puto dwenda en Etterkal.

Los segundos se estiraron mientras ambos se sostenían la mirada.

—¿Un dwenda?

Los ojos de Milacar asintieron, le aseguraron que al menos él creía que era cierto.

—¿Dices que tienen un puto aldraíno? —Ringil retiró el pulgar que había enganchado en la boca de Gracia del Cielo—. ¿Un miembro del Pueblo Evanescente aquí, en Trelayne? ¿Me lo juras por Hoiran?

—Sí. Eso digo.

Ringil se apartó de él.

—Te has vuelto gilipollas.

—Gracias, muy amable.

—O eso, o se te ha ido la mano fumando de tu mercancía.

—Sé lo que he visto, Gil.

—No se los llama el Pueblo Evanescente porque sí, Gracia. Se esfumaron. Ni siquiera los kiriath se acuerdan de ellos más que en sus leyendas.

—Ya —Milacar se incorporó—. Tampoco creía nadie en los dragones antes de la guerra.

—No es lo mismo.

—¿No?, pues explícamelo, —Gracia del Cielo cruzó vigorosamente el dormitorio hasta un perchero del que colgaba una ristra de elegantes quimonos diseñados en el Imperio.

—¿Qué te tengo que explicar? ¿Qué os habéis puesto a dibujar símbolos de protección en el aire y a correr como un hatajo de pastores majak cuando truena porque algún estafador albino cargado de maquillaje os ha pegado un susto de muerte?

—No —Milacar se embozó bruscamente en una bata de seda de color cerúleo y, a tirones, se anudó el fajín en torno a la cintura—. Explícame cómo es posible que la Hermandad de la Ciénaga enviara a tres de sus mejores espías a Etterkal, profesionales con toda una vida de experiencia a sus espaldas, anónimos que nadie salvo el director de su logia podría relacionar con su verdadera misión, y que una semana después lo único que regresara de ellos fuesen sus cabezas.

Ringil restó importancia a las palabras de Milacar con un ademán.

—Así que ese albino malnacido tiene más recursos que tú, y encima sabe manejar la espada.

—No lo entiendes, Gil. —La sonrisa titubeante volvió a aletear en los labios de Gracia del Cielo—. No he dicho que esos hombres estuvieran muertos. Digo que sólo regresaron sus cabezas. Todas ellas aún con vida, con los cuellos injertados en un tronco de quince centímetros.

Ringil se quedó mirándolo fijamente.

—Eso es, adelante. Explícamelo.

—¿Lo has visto con tus propios ojos?

Milacar asintió sucintamente con la cabeza.

—Durante una reunión de la logia. Trajeron una de las cabezas. Sumergieron las raíces en un cuenco lleno de agua, y un par de minutos después la puta monstruosidad abrió los ojos y reconoció al director de la logia. Su expresión hablaba por sí sola. Abrió la boca e intentó decir algo, pero no tenía garganta, ni cuerdas vocales, así que lo único que se oía eran unos chasquidos al moverse los labios, que dejaban entrever la lengua, hasta que rompió a llorar y las lágrimas empezaron a rodar por sus putas mejillas —Milacar tragó saliva con dificultad—. Alrededor de cinco minutos más tarde, sacaron aquella cosa del agua y se paró. Primero dejó de llorar, como si se hubiera quedado seca, y después la cabeza entera se quedó inmóvil poco a poco, como la de un anciano moribundo en su cama. Sólo que no estaba muerta, joder. En cuanto volvieron a dejarla en el agua… —La impotencia que sentía se manifestó en un aspaviento sin objetivo—. Otra vez lo mismo.

Ringil se quedó de pie donde estaba, desnudo y aterido, como si la luz anular que entraba por las ventanas abiertas del balcón se hubiera enfriado de repente. Obedeciendo a una llamada inaudible procedente del otro lado de los postigos, se giró para dejar que su mirada vagara por el exterior anochecido.

—¿Tienes algo de krin? —preguntó con un hilo de voz.

Milacar apuntó con la cabeza al tocador que había en la otra punta de la habitación.

—Claro. En el cajón de arriba a la izquierda hay un par de ramitas que ya están preparadas. Sírvete.

Ringil cruzó el cuarto hasta el mueble y abrió el cajón indicado. Tres cilindros de hojas amarillentas rodaron por el fondo del pequeño compartimento de madera. Cogió uno, se acercó al quinqué que se encontraba junto a la cama y se agachó para encenderlo con la mecha. Al prender la llama, los copos de krinzanz crepitaron; su característico aroma ácido cosquilleó en las fosas nasales de Ringil, que aspiró con fuerza y dejó que el sabor con el que estaba tan familiarizado le inundara los pulmones. Sintió un mordisco abrasador, seguido de una oleada glacial que pugnaba por escapar de su interior. El krin estalló en su cabeza como una llamarada de hielo. Contempló de nuevo la alcoba, suspiró y salió al balcón sin molestarse en vestirse, dejando una estela de humo a su paso.

Un par de latidos después, Gracia del Cielo lo imitó.

En el exterior, el panorama consistía en una concatenación de tejados que se

extendían sobre los Claros hasta la ribera. Las ventanas de las mansiones hermanas de la casa de Milacar relucían entre los frondosos árboles de sus patios y alumbraban las sinuosas calles salpicadas de farolas que serpenteaban a sus pies, avenidas que siglos atrás no eran más que simples senderos que discurrían por las marismas. El estuario se curvaba sobre sí mismo al oeste; en la orilla opuesta, el tiempo había barrido los antiguos edificios de los embarcaderos para dejar sitio a los jardines ornamentales y los suntuosos altares que honraban a los dioses de Naom.

Ringil se apoyó en la balaustrada, reprimió una mueca burlona y se esforzó por ser franco consigo mismo sobre lo que opinaba de aquellos cambios. En los Claros siempre había habido dinero. Sólo que antes se empleaba con un poco más de discreción, los clanes construían sus hogares con vistas a su fuente de riqueza, los muelles del otro lado del río. Ahora, tras la guerra y las posteriores labores de reconstrucción, los embarcaderos se habían trasladado río abajo hasta quedar ocultos, y las únicas estructuras que se asomaban al agua en las mansiones de los Claros eran los altares, ostentosos ecos de piedra de la renovada beatitud y la fe de los clanes en su derecho a gobernar.

Ringil exhaló una nube de humo acre contra la ciudad. Sin necesidad de girar la cabeza, presintió la llegada de Milacar a su lado.

—Conseguirás que te detengan por culpa de ese techo, Gracia —dijo con voz lejana.

—No, en esta parte de la ciudad no —Milacar se acodó a su vez en la balaustrada y aspiró la fragante brisa nocturna de los Claros—. El comité no registra los domicilios por esta zona. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

—Así que no todo ha cambiado.

—No. En lo fundamental, todo sigue estando igual que siempre.

—Ya, he visto las jaulas por el camino. —Un inesperado y escalofriante recordatorio sin el que hubiera podido vivir y que, de hecho, había creído a salvo y enterrado hasta hacía dos días, cuando el traqueteante carruaje de su madre cruzó el puente elevado de la Puerta Oriental—. ¿Sigue llevando Kaad la voz cantante en la cancillería?

—Eso parece, sí. Y cada día está más joven. ¿Te has fijado en cómo el poder vigoriza a algunas personas mientras que a otras las deja sin fuerzas? Bueno, pues Murmin Kaad pertenece a la primera categoría, sin lugar a dudas.

En la cámara de audiencias, le quitan las esposas a Jelim, lo inmovilizan y levantan su cuerpo contorsionado de la silla. Una tos ronca espacia sus jadeos de incredulidad, sus ininteligibles gritos de protesta ante la sentencia emitida, una sarta de ruegos que pone la piel de gallina a los observadores de la galería, que les perla de sudor las palmas de las manos y clava agujas como cristales helados bajo los cálidos ropajes que revisten la piel de sus extremidades.

Sentado entre Gingren e Ishil, Ringil lo observa fascinado.

Cuando los ojos del joven condenado centellean y giran en sus cuencas como los

de un caballo aterrado, cuando arañan las caras de los nobles reunidos sobre él como si buscara un rescate de cuento de hadas al que de alguna manera se le pudiera haber perdido algo allí, a quien ve de repente es a Ringil. Al cruzarse sus miradas, Ringil siente como si lo hubieran apuñalado. Contra toda probabilidad, Jelim consigue zafar un brazo y apunta un dedo acusador hacia arriba, mientras exclama: Fue él, por favor, lleváoslo a él, yo no quería, fue él, *FUE ÉL, LLEVÁOSLO A ÉL, FUE ÉL, ÉL, NO YO…*

Hasta que se lo llevan a rastras, dejando una sobrecogedora estela de alaridos que todos los reunidos saben que es sólo el principio, una pálida sombra del éxtasis de agonía que lo poseerá en la jaula al día siguiente.

Abajo, en la cámara, en el estrado elevado de los jueces, Murmin Kaad, que hasta ahora observaba el proceso con calma impasible, levanta la cabeza y cruza a su vez la mirada con Ringil.

Y sonríe.

—Hijo de puta. —El temblor de su voz frustró el intento por imprimirle una indiferencia fingida. Ringil chupó con fuerza la ramita en busca de apoyo—. Tendría que haberlo matado en el cincuenta y tres, cuando se me presentó la ocasión.

Miró de reojo a Gracia del Cielo y vio cómo éste lo observaba a su vez.

—¿Qué?

—Ay, divina juventud —lo arrulló Milacar—. ¿En serio crees que habría sido tan fácil?

—¿Por qué no? Aquel verano reinaba el caos, el palacio estaba infestado de soldados y espadas desenvainadas. ¿Quién se hubiera enterado?

—Gil, se habrían limitado a sustituirlo por otro igual. O peor.

—¿Peor? Joder, ¿cómo que peor?

Ringil pensó en las jaulas, en cómo al final había sido incapaz de seguir asomado a la ventanilla mientras pasaban frente a ellas. Rememoró el escrutinio al que estaba sometiéndolo Ishil cuando volvió el rostro al interior del carruaje, la imposibilidad de mirarla a los ojos; la cálida oleada de gratitud que lo embargó porque el traqueteo y el estruendo del paso del carruaje ahogaban cualquier otro sonido que de lo contrario podría haber llegado a sus oídos. En ese momento supo que se había equivocado, que ni su estancia lejos de la ciudad ni el tiempo que había permanecido enterrado a la sombra de los recuerdos de la Quebrada del Patíbulo lo habían endurecido como esperaba. En vez de eso, lo habían dejado más blando y menos preparado que nunca, como evidenciaba su panza.

Junto a él, Milacar exhaló un suspiro.

—El Comité de la Moral Pública no depende de Kaad para destilar su veneno, ni ahora ni nunca. En el corazón de las personas anida un odio colectivo. Estuviste en el frente, Gil, deberías saberlo mejor que nadie. Es como el calor del sol. Las personas como Kaad son simples figuras locales, lentes con las que concentrar los rayos de sol sobre la leña. Se puede aplastar la lente, pero no se puede apagar el sol.

—No. Se puede entorpecer la aparición del próximo incendio, no obstante.

—Durante algún tiempo, sí. Hasta que venga otra lente, o el siguiente verano implacable, y entonces los incendios se reanudarán.

—Joder, qué pesimista te has vuelto con los años, ¿no? —Ringil inclinó la cabeza en dirección a las luces de las mansiones—. ¿O se debe a tu mudanza a la zona alta?

—No, se debe a que he vivido lo suficiente como para valorar el tiempo que me queda. Lo suficiente como para reconocer la falacia de una cruzada cuando me invitan a ella. Por los dientes de Hoiran, Gil, eres la última persona a la que tendría que explicárselo. ¿Acaso has olvidado ya lo que hicieron con tu victoria?

Ringil esbozó una sonrisa que se extendió por su rostro como sangre derramada. Un antiguo mecanismo reflejo para reprimir el dolor.

—No se trata de ninguna cruzada, Gracia, sino de un simple puñado de putos traficantes de esclavos que se han llevado a quien no debían. Lo único que necesito es una lista de nombres, posibles tratantes de Etterkal a los que presionar hasta que cedan.

—¿Y el dwenda? —Milacar proyectó la voz como una puñalada furiosa—. ¿La hechicería?

—No sería la primera vez que me enfrento a ella. Nunca me ha impedido matar a todo lo que se interponga en mi camino.

—Tampoco has visto nunca nada parecido.

—Bueno, eso es lo que impide que la vida se vuelva aburrida, ¿verdad? Las nuevas experiencias —Ringil chupó con fuerza la ramita de krinzanz. El fulgor del ascua encendida resaltó los planos de su cara y el brillo de su mirada. Mientras la nube de humo se elevaba por los aires, volvió a mirar de soslayo a Gracia del Cielo —. Además, ¿has visto tú a esa criatura?

Milacar tragó saliva con dificultad.

—No. Con mis propios ojos, no. Dicen que no se relaciona con nadie, ni siquiera dentro del Laberinto. Pero hay quienes se han entrevistado con él, sí.

—O eso dicen.

—Se trata de personas en cuya palabra confío.

—¿Y qué dicen esas personas de confianza sobre nuestro amigo aldraíno? ¿Qué sus ojos son dos pozos negros? ¿Qué tiene las orejas de una bestia? ¿Qué deja un rastro de centellas a su paso?

—No. Lo que dicen es… —Otra vacilación. La voz de Milacar se había aquietado —. Es bello, Gil. Eso es lo que dicen. Que su belleza es indescriptible.

Por un instante fugaz, un escalofrío diminuto se deslizó por la espalda de Ringil. Lo sofocó, se encogió de hombros para sacudírselo de encima. Arrojó la colilla de la ramita de krinzanz al jardín en penumbra a sus pies y contempló fijamente las pavesas.

—Tampoco sería la primera vez que me enfrento a ella —fue su sombría respuesta—. Y tampoco me ha impedido nunca matar a todo lo que se interponga en

mi camino.

Capítulo 6

La bóveda celeste de la estepa había sido invadida por negros nubarrones cuando llegaron al campamento.

La noticia del ataque de los saltanavajas había llegado a las tiendas antes que ellos; entre los pastores del turno de noche que salieron a relevarlos se contaba un primo de Runi, que regresó al galope para informar a sus allegados. Egar lo siguió a pie, guiando su caballo con el cuerpo de Runi cruzado en la grupa mientras Klarn cabalgaba a una distancia respetuosa, atento como un cuervo a cuanto los rodeaba. El campamento skaranak se había poblado de antorchas encendidas, a cuya luz titilante se había reunido el clan prácticamente al completo, con la familia de Runi al frente. Estaba presente incluso Poltar, el enjuto chamán con la cabeza afeitada; sus acólitos se erguían altaneros entre la multitud, preparados de antemano los instrumentos de consagración. Los murmullos apagados que recorrían la congregación se apagaron hasta desvanecerse cuando apareció la figura empapada de sangre del líder del clan, que conducía a su caballo hacia el resplandor de las antorchas.

Las señales que cubrían al Matadragones de la cabeza a los pies daban fe de que los gules esteparios habían presentado batalla antes de perecer.

Egar agachó la cabeza para no tener que mirar a Narma y a Jural. Ninguno de los progenitores de Runi había querido que su hijo saliera a pastorear tan pronto, pero la mayoría de edad del muchacho impidió que Egar se lo prohibiera ante el consejo. Runi era un joven prometedor, rebosante de entusiasmo, y desde que aprendió a caminar había demostrado que se entendía bien con los animales.

Aparte de lo cual, cualquier cosa sería preferible a verlo haraganeando con los niños mimados de aquellos skaranak que se habían enriquecido con los búfalos, hartándose de vino de arroz y gritando insultos carentes de imaginación a todas las mujeres que pasaran por su lado. ¿Verdad, líder? Lo mejor sería que el joven Runi se dejara de perder el tiempo con cosas así y empezara cuanto antes a hacer algo de provecho.

Sólo que ahora Runi era un amasijo de carne descuartizada que ya había empezado a enfriarse cuando Egar alzó el burdo fardo de su cadáver de la grupa del caballo. El Matadragones cambió su carga de postura, levantó el cuerpo con ambos brazos y torció el gesto al notar la presión del peso muerto contra los cortes que había sufrido en el pecho y los brazos. Sus piernas entumecidas lo llevaron en presencia de los padres de Runi.

Narma rompió a llorar y se desplomó encima del rostro expuesto de su hijo, dificultando aún más la ya de por sí complicada tarea de que el cadáver no se escurriera entre los brazos de Egar, que hubo de esforzarse para no trastabillar. Jural desvió la mirada y dejó que las sombras disimularan sus lágrimas para no caer en

vergüenza delante del clan.

Era en ocasiones como ésta cuando el Matadragones, con toda su puñetera alma, desearía no haber regresado del sur ni haber asumido el manto de líder del clan.

—Murió como un guerrero.

Maldijo para sus adentros lo absurdo de todo aquello mientras entonaba las palabras rituales. *Un crío de dieciséis años, me cago en la puta*. Si hubiese tenido tiempo de convertirse en guerrero, quizá habría conseguido sobrevivir al ataque.

—Será honrado con el título de defensor del clan para siempre en nuestros corazones. —Titubeó antes de concluir, con un balbuceo casi inaudible—: Lo siento, Narma.

Los lamentos de la mujer se tornaron más estridentes. Poltar, el chamán, escogió ese momento para representar el papel que era consustancial a su oficio.

—Silencio, mujer. ¿Cómo van a recibir de buen grado los moradores a un guerrero hostigado por semejantes vagidos de hembra? Tu hijo te observa en estos momentos desde la Vía Celeste de sus antepasados, abochornado ante ellos por culpa de este alboroto. Ve a encender velas en su honor, como corresponde a una madre.

Más tarde, ninguno de los presentes recordaría con exactitud qué sucedió a continuación, Egar menos que nadie. Narma, al parecer, no estaba dispuesta a separarse del cadáver de Runi. Poltar se acercó a ella e intentó emplear la fuerza para persuadirla. El consiguiente forcejeo tan sólo propició que las lágrimas de la mujer se desbordaran, hasta que el restallido de una bofetada contra su mejilla se las secó en el acto. Runi escapó rodando de los brazos de Egar y golpeó la tierra con un golpe seco, de cabeza. Narma empezó a aullar y a insultar al chamán, y Poltar la golpeó de nuevo con la mano abierta. La mujer se desplomó encima de su hijo como una brazada de leña mal atada. Egar giró en redondo, estremecido por la mezcla de culpa y rabia que pugnaba por liberarse de su interior, y castigó al chamán con toda la fuerza que le quedaba en el brazo derecho. Poltar dio un salto de dos metros por los aires desde el extremo del puño del Matadragones y aterrizó en el suelo de espaldas.

Todo el mundo enmudeció y contuvo el aliento mientras intentaba asimilar la magnitud de lo ocurrido.

Uno de los acólitos dio un paso en dirección a Egar antes de que la expresión que se reflejaba en el rostro surcado de sangre del Matadragones lo animara a rectificar su decisión. Los otros tres corrieron junto a Poltar y le ayudaron a sentarse. Los murmullos nerviosos de la multitud rozaban sin atreverse a darle voz una palabra que reptaba siempre al filo de ser pronunciada. Tras escupir un salivazo sanguinolento, el chamán la dijo en su lugar:

—¡Sacrilegio!

—Bah, no me fastidies —replicó Egar, exhausto, mucho más preocupado de lo que aparentaba. Porque Poltar estaba a punto de convertirse en un puto problema.

Si había una fuerza en las estepas que los majak reconocieran como rival de su vigor legendario, eso era el veleidoso y relampagueante poder de los moradores del

cielo. Éstos no eran como el dios de los sureños, obsesionado con su imperialista sobreabundancia de archivos meticulosamente ordenados. Se trataba de entidades celosas, volubles e impredecibles en sus estallidos de violencia, seres que no tenían tiempo para actividades más civilizadas y sedentarias; desencadenaban tormentas o plagas por capricho, sin más motivo que el de recordar a los majak cuál era su lugar en el orden de las cosas; enfrentaban a los hombres entre sí para divertirse, y se jugaban sus vidas a una partida de dados. En pocas palabras, su conducta era muy parecida a la de las personas más ociosas y poderosas, y el chamán era su único mensajero cualificado bajo el firmamento. Ofender al chamán equivalía a ofender a los moradores, y todo el mundo sabía que, antes o después, los pecadores terminarían pagando su osadía con creces.

El acólito de más edad tomó ahora el relevo y esgrimió su vara de invocaciones contra los skaranak congregados.

—¡Sacrilegio! ¡Se ha cometido un sacrilegio! ¿Quién expiará este pecado?

—Tú sí que lo vas a expiar como no cierres la puta boca. —Egar dio una zancada hacia el orador, decidido a atajar el problema de raíz. El acólito se quedó paralizado, con los ojos abiertos de par en par llenos de temor y fe exacerbada.

—Urann el Gris te…

Egar lo agarró por el cuello.

—He dicho que te calles. ¿Dónde estaba Urann el Gris antes, cuando lo necesitaba? ¿Dónde estaba Urann cuando este chico pedía ayuda a gritos? —De reojo, paseó la mirada por los rostros asustados a la luz de las antorchas, y por primera vez en su vida sintió un desprecio abrumador por su propia gente. Su voz resonó con más fuerza—: ¿Dónde está el puto Urann cada vez que lo necesitamos, eh? ¿Dónde estaba, Garath, cuando los saltanavajas se llevaron a tu hermano? ¿Dónde estaba cuando sobrevinieron la fiebre y la tos, y el humo de las piras funerarias ocultaba el horizonte desde aquí a Ishlin-ichan? ¿Dónde estaba el gris hijo de puta cuando murió mi padre?

Poltar se levantó y se encaró con él.

—Hablas como un chiquillo —lo acusó en un tono quedo pero fulminante que llegó hasta los espectadores más alejados. Era un actor consumado; al fin y al cabo, en eso consistía su trabajo—. Tu estancia en el sur te ha corrompido hasta tal punto que ya no sientes ningún respeto por nuestras costumbres, y ahora pretendes atraer al desastre sobre los skaranak con tu insolencia. No eres digno de seguir ostentando el liderazgo del clan. El Gris ha hablado mediante la muerte de este muchacho.

La multitud reunida estalló de nuevo en murmuraciones, pero se trataba de un sonido teñido de desconcierto. Muchos de ellos no sentían el menor cariño ni por Poltar ni por el privilegiado estilo de vida que le reportaba su estatus. Egar no era el único cínico de la estepa, ni el único guerrero skaranak que había regresado con una mayor amplitud de miras sobre el funcionamiento del mundo tras viajar al sur. Entre los propietarios de rebaños asociados al clan se contaban tres o cuatro antiguos

capitanes mercenarios de Yhelteth, e incluso uno de ellos, Marnak, había llegado a combatir hombro con hombro con el Matadragones en la Quebrada del Patíbulo. Pese a ser al menos diez años mayor que Egar, aún sabía manejar el látigo con destreza cuando las circunstancias se lo exigían, y su lealtad hundía las raíces a mucha mayor profundidad de lo que jamás pudiera llegar a soñar el chamán. A la luz de las antorchas, Egar distinguió su semblante curtido y sombrío, lo vio alerta y dispuesto a desnudar el acero. Marnak cruzó la mirada con el líder de su clan e inclinó la cabeza con discreción. Egar sintió un cosquilleo de gratitud que le empañó la mirada.

Pero había más.

Los cobardes y los necios, que se contaban por docenas, se arracimaban entre sus camaradas, asustados de la noche helada que se extendía más allá de la luz de las llamas, y de todo lo que la habitaba. Con el mismo temor acogerían cualquier novedad que pudiera engendrar visiones de inmensos firmamentos vacíos abovedados sobre el imperturbable horizonte de la estepa. Egar estudió sus facciones, los reconoció por lo que eran cuando rehusaron sostenerle la mirada.

Detrás de aquellos rostros, alimentándose de sus temores y jugando con ellos, se erguían los codiciosos y los conformistas, personas cuya aversión al cambio radicaba en preocupaciones más prosaicas, como la posible alteración del orden preestablecido, y con ella, el fin de los privilegios de los que gozaban dentro del clan; personas para las que el regreso del Matadragones convertido en héroe había sido motivo no de alegría sino de fría desconfianza, una amenaza para el jerarquizado sistema de distribución de los rebaños. Personas, le avergonzaba reconocerlo, entre las que se incluían al menos un par de sus hermanos.

Para todos ellos, el chamán Poltar y su obcecación religiosa representaban la esencia de los majak, unas señas de identidad cuya perdurabilidad dependía de que no se rompiera el equilibrio. La mayoría no se aliaría con Egar, a lo sumo se limitaría a quedarse al margen. Y otros podrían tomar medidas más drásticas.

Las nubes se hacían jirones ante al anillo como si éste estuviera triturándolas con su filo, derramando luz plateada sobre la llanura hacia el sur. Como el veterano comandante que era, Egar reconoció la temblorosa incertidumbre que atenazaba a su pueblo, y decidió someterla a examen.

—Si Urann el Gris tiene alguna queja de mí —anunció para que todos lo oyeran—, que venga aquí y me lo diga a la cara. No hace falta que ningún buitre decrépito, demasiado holgazán para ganarse el sustento como un hombre, hable en su nombre. Aquí me tienes, Poltar. —Extendió los brazos en cruz—. Llámalo. Llama a Urann. Si he cometido algún sacrilegio, que rasgue el cielo y acabe conmigo aquí mismo. De lo contrario, en fin, sabremos que no te escucha, ¿verdad?

Los espectadores contuvieron el aliento, pero el sonido resultante no denotaba ultraje; era la misma reacción que cabría esperar de los asistentes al espectáculo de cualquier acróbata callejero. El chamán lo observaba con veneno en la mirada, aunque se abstuvo de abrir la boca. Egar disimuló una feroz oleada de júbilo.

¡Te pillé, hijo de perra!

Poltar estaba atrapado. Sabía igual que Egar que, de un tiempo a esta parte, los moradores eran poco propensos a manifestarse. Algunos decían que esto se debía a que se habían trasladado a otro lugar; otros, a que habían dejado de existir; y aún había quienes aventuraban que jamás habían existido. La verdadera razón, como hubiera sentenciado Ringil, era tan inconsecuente como el pedo de una puta mosca. Si Poltar apelaba a Urann, no ocurriría nada y quedaría como un cretino, además de inútil. Después de eso, los demás hombres del clan podrían considerar sin temor que el coqueteo con el sacrilegio de Egar había sido una simple exhibición de honor de guerrero frente a un charlatán escuchimizado cuyos días de gloria ya quedaban muy lejos.

—¿Y bien, chamán?

Poltar se arrebujó en su apolillado manto de piel de lobo y paseó la mirada por la multitud.

—Este hombre tiene el juicio afectado por el sur —escupió—. Escuchadme bien, desatará las iras del Gris sobre todos nosotros.

—Vuelve a tu yurta, Poltar. —El aburrimiento que destilaba la voz de Egar era convincente, aunque se tratase de una burda pantomima—. A lo mejor encuentras allí los modales que has perdido. Porque como te vuelva a ver poniéndole la mano encima de esa manera a una madre desconsolada, te rebano el puto pescuezo y te cuelgo para que te devoren los buitres. Tú. —Su brazo salió disparado para indicar al mayor de los acólitos—. ¿Tienes algo que decir?

El acólito le sostuvo la mirada con la expresión agriada por el odio, mordiéndose la lengua para contener las palabras que se agolpaban en su garganta. Poltar se inclinó hacia él y murmuró algo que lo apaciguó. El chamán echó otra mirada altanera al Matadragones, se abrió paso a empujones entre la muchedumbre y se fue, seguido del cuarteto de fieles. La gente se quedó observándolos fijamente a sus espaldas.

—Ayuda para la familia de este guerrero caído —entonó Egar, y las miradas convergieron allí donde Narma seguía acuclillada sobre su difunto hijo. Las mujeres acudieron junto a ella, extendiendo las manos solidarias y ofreciéndole palabras de consuelo. El Matadragones asintió con la cabeza en dirección a Marnak, que se situó a su lado.

—Bien hecho —murmuró el canoso capitán—. ¿Pero quién va a oficiar en la pira si el chamán se queda enfurruñado en su yurta?

Egar se encogió de hombros.

—Si nada lo remedia, habrá que buscar un hechicero entre los ishlinak. Todavía me deben favores en Ishlin-ichan. Mientras tanto, no pierdas de vista esa yurta en concreto. Que no se encienda ni una pipa allí dentro sin que yo me entere.

Marnak asintió y se alejó, dejando al Matadragones absorto en sus cavilaciones sobre lo que se avecinaba. De una cosa estaba seguro.

Esto no había hecho sino empezar.

Capítulo 7

Ringil emprendió el camino a casa con un humor de perros y los ojos enrojecidos de krin.

El amanecer prestaba a los Claros una paleta de colores en consonancia con su estado de ánimo; el manto de niebla que recubría el río serpenteaba entre las torturadas siluetas de los manglares; las estilizadas ventanas iluminadas transformaban las mansiones en buques amarrados o varados en tierra. Las nubes difuminaban el arco del anillo, cuyo resplandor nocturno se mostraba apagado y desgastado por el comienzo del nuevo día. El empedrado del camino para carruajes refulgía pálido e irreal a sus pies, al igual que las veredas que se perdían de vista entre los árboles. Las mismas imágenes de siempre. Sus pasos lo conducían a casa con la seguridad propia de los sonámbulos, impulsados por recuerdos acumulados durante décadas que se superponían ahora a los cosechados durante los escasos días transcurridos desde su regreso. Pocas cosas habían cambiado a este lado del río (excepción hecha, claro está, de la refinada introducción de Gracia del Cielo en el vecindario), y esta mañana podría confundirse sin ningún problema con cualquiera de las que habían caracterizado su juventud disipada.

Salvo por este dichoso espadón que llevas colgado a la espalda, Gil. Y la tripa que has echado.

La Críacuervos no era un arma pesada para su tamaño (no en vano la fama del acero kiriath se debía en parte a las aleaciones tan livianas y flexibles con las que trabajaban sus herreros), pero esta mañana parecía un trozo de mástil al que alguien lo hubiera amarrado durante una tormenta, un lastre que ahora debía arrastrar un puñetero paso tras otro mientras vadeaba las olas en dirección a una playa de incierto solaz. *Han cambiado muchas cosas desde que te fuiste, Gil.* El exceso de droga y las atenciones de Gracia lo habían dejado molido. Se sentía vacío. Todo aquello que le había servido de ancla en su día ya no existía, sus compañeros de tripulación habían sucumbido a la tempestad, y presentía que los nativos de la zona no eran hospitalarios.

Detrás de ti.

Muy despacio, aminoró el paso hasta detenerse, con el vello erizado en la nuca por la certeza de que alguien lo observaba.

Alguien que se movía arrastrando los pies entre los árboles, furtivo, a la izquierda del camino. Uno o varios. Flexionó los dedos de la mano derecha con un gruñido. Levantó la voz en medio del silencio que flotaba en el aire impregnado de humedad:

—No estoy de humor para gilipolleces.

Era mentira y lo sabía. La sangre titilaba helada en sus venas, bombeada por un corazón embargado de repente por una aguda y gozosa trepidación. En estos

momentos, nada le apetecía más que matar a alguien.

Otro movimiento; quienquiera que fuese, no se dejaba intimidar con facilidad. Ringil giró sobre los talones mientras levantaba una mano por detrás de la cabeza hasta la protuberante empuñadura de la Críacuervos. La espada le susurró cantarina al oído cuando la desenfundó, veinte centímetros de aleación asesina salieron de la vaina de combate y volaron por encima de su hombro antes de que el resto de la envoltura ribeteada de broches, diseñada expresamente a tal fin, se abriera a lo largo de un costado. El resto de la hoja se liberó sin esfuerzo, de través. Un tintineo frío y diáfano resonó en el silencio de la antesala del amanecer. La mano izquierda se sumó a la diestra sobre la estilizada empuñadura desgastada por el uso mientras la funda caía sin peso y se mecía ligera en sus lazos. Ringil adoptó una postura relajada, sincronizada con el movimiento.

Se trataba de un truco elegante que ejemplificaba la gracia característica de los kiriath, un inesperado golpe de velocidad que había engañado a más agresores desprevenidos de los que recordaba. Todo ello formaba parte del misticismo que rodeaba a la Críacuervos, el lote completo que había aceptado cuando Grashgal le regaló el arma. Lo mejor de todo era que el filo de aleación azulada se situaba de forma automática en posición de guardia cruzada sobre su cabeza, a la vista de todos, para que luego nadie pudiera alegar desconocimiento de causa. Ahora les tocaba mover a ellos, en sus manos quedaba la decisión de buscarle las cosquillas al propietario de un arma forjada por los kiriath. A lo largo de la última década había habido no pocas claudicaciones motivadas por la salida de su funda de aquella rutilante hoja azul. Ringil barrió el camino con la mirada, esperando de corazón que ésta no fuera una de esas ocasiones.

Nada.

Miró con disimulo a uno y otro lado para calcular los ángulos desde los que podría producirse el ataque y el espacio del que disponía antes de adoptar una posición de guardia más convencional, con la espada frente a él. Sibilante, la Críacuervos hendió el aire al trazar el nuevo arco. Las vibraciones de la hoja se tradujeron en un tenue sonido ululante.

—Eso es —llamó— acero kiriath. Se comerá vuestras almas.

Le pareció oír risas por toda respuesta, un siseo de voces atipladas entre los árboles. Otra sensación se deslizó por su nuca como un témpano de hielo. Era como si su entorno hubiera sido arrancado de raíz de cualquier posible contexto terrestre, como si se hubiera esfumado por arte de magia, despojado de todos los rasgos que lo caracterizaban. La distancia se anunciaba helada como el vacío que mediaba entre las estrellas, arrollándolo todo a su paso. Los árboles asistían en silencio al desarrollo de los acontecimientos. Los jirones de niebla salían del río reptando y enroscándose como si estuvieran dotados de vida propia.

Una molesta oleada de rabia bañó a Ringil, que hubo de reprimir un escalofrío antes de añadir:

—No me gusta perder el tiempo con tonterías. Si queréis venir a por mí, escoria, hacedlo de una puta vez. Ya casi ha salido el sol. Deberíais estar en la cama o en la tumba.

A su derecha, un gañido antecedió al crujido de las ramas embestidas de improviso. Con los sentidos estremecidos por el sonido, le pareció atisbar las extremidades y el paso encorvado, simiesco, de algo que se alejaba de espaldas, como si estuviera replegándose. Lo siguió otra silueta entrevista. Creyó distinguir el reflejo de una hoja corta, pero era difícil estar seguro; el albor lo pintaba todo de colores plomizos.

De nuevo las risas.

Esta vez notó algo que se abalanzaba sobre él en picado, rozándole la oreja como una caricia. La insinuación de corporeidad le hizo dar un respingo mientras se giraba a medias y fijaba la mirada en…

La sensación desapareció de repente, sin dejar ni rastro; la inesperada ausencia penetró en sus huesos como rayos de sol. Aguardó su regreso en silencio, sin moverse, con la Críacuervos en guardia ante él. Pero fuera lo que fuese, no parecía que quisiera nada de él por ahora. Las dos sombras escurridizas, humanas o no, tampoco reaparecieron. Ringil se permitió al fin renunciar a la tensa postura que, en cualquier caso, ya había empezado a relajarse por sí sola, y deslizó el mandoble sin usar dentro de la funda tras inclinar ésta con cuidado a su espalda. Lanzó un último vistazo a su alrededor y reemprendió la marcha, aligerado ya el paso, sintiéndose vivificado y vibrante por dentro con la emoción del combate que había terminado antes de empezar. Decidió expulsar lejos de sí el recuerdo de las risas, desterrarlo allí donde no tuviera que volver a cruzarse con él.

Puto krinzanz, te destroza los nervios.

Llegó a la mansión de los Eskiath bañado de crecientes tonos de gris conforme el cielo se iluminaba río arriba, con los ojos irritados por la claridad. Mientras escudriñaba entre los grandes barrotes de hierro de la puerta principal, lo asaltó la peculiar sensación de ser un fantasma patético que se aferrara a la escena de una existencia terrenal imposible de recuperar. Gracias a las experiencias acumuladas en su juventud sabía que las rejas, aseguradas con cadenas y rematadas en largos pinchos ahusados, no eran fáciles de escalar. Lo temprano de la hora propiciaba que no hubiera tráfico; aparte de los criados, nadie estaría revolviéndose siquiera en la cama. Acarició con la mano por unos instantes el grueso cordón de la campana, pero dejó caer el brazo de nuevo y dio un paso atrás. El silencio era demasiado tentador como para contemplar siquiera la posibilidad de hacerlo añicos con ese estruendo.

Esta inesperada muestra de sensibilidad conjuró una mueca de incertidumbre en sus labios mientras se alejaba siguiendo la valla, en busca del resquicio que había practicado cuando era joven. Consiguió colarse (¡por los pelos!), se abrió paso entre la maleza poco cooperativa, y encaminó sus largas zancadas a los amplios céspedes ribeteados de grava que se extendían detrás de la casa, sin molestarse en disimular el

crujido de las piedras de los bordes bajo sus pies.

El ruido sacó al patio elevado a un vigilante que se irguió en lo alto de la empinada escalera con la pica en una mano y un farol prácticamente innecesario en la otra. La certeza de que podría abalanzarse sobre él y asesinarlo en menos de lo que tardaría en soltar la lámpara y colocar el arma en posición vibraba sorda y furiosa en los huesos y en los rasgos de Ringil, que reprimió el impulso sin objetivo y se decantó por levantar una mano a modo de saludo mientras consentía que unos ojos entrecerrados lo escudriñaran. Cuando el guardia reconoció la identidad del recién llegado, dio media vuelta sin decir palabra y regresó al interior.

La puerta de las cocinas del nivel inferior estaba abierta, como de costumbre. Como todas las mañanas, una titilante luz rojiza escapaba por ella a raudales, como borbotones de esencia vital por una herida en el vientre de la siniestra mole cenicienta de la mansión. Ringil deslizó distraídamente los dedos por la mampostería desgastada y salpicada de musgo mientras bordeaba el patio elevado, bajó tres escalones de piedra y entró en la cocina. Sintió de inmediato cómo se le abrían todos los poros de la cara al absorber el calor procedente de la hilera de fogones que recubrían la pared lateral. Sonrió, reconfortado por lo que parecía una auténtica bienvenida a casa. Cosa que era en cierto modo, supuso. *La bienvenida más cálida que nadie te dispensará jamás, eso seguro*. Miró a su alrededor en busca de un lugar donde sentarse. Cualquier parte serviría, en realidad; las largas mesas de madera surcadas de cicatrices estaban desiertas, y nadie había bajado aún para preparar los platos de la jornada. Una criada menuda y solitaria se atareaba en remover uno de los grandes calderos llenos de agua caliente; levantó la cabeza brevemente de su trabajo, pareció dirigirle una sonrisa, y volvió a apartar la mirada con la misma celeridad. A juzgar por el sigilo que envolvía todos sus movimientos, podría haberse tratado de un fantasma cualquiera.

Alguien más lo observaba desde el vano de la puerta que había al fondo de la cocina.

—Oh, qué sorpresa.

Ringil exhaló un suspiro.

—Buenos días, madre.

El día seguía moldeándose según las pautas marcadas por las vivencias de su juventud, de eso no cabía ninguna duda. De pie en el umbral elevado en la otra punta de la cocina, dos peldaños por encima del nivel del suelo enlosado como si se erigiera sobre un estrado, Ishil se mostraba sin el menor rastro de maquillaje, cubierta con un manto que en circunstancias normales nunca sería su primera elección para pasear por la casa; si se obviaba ese hecho, no obstante, era una copia perfecta de la misma madre a la que había tenido que enfrentarse hacía tantos años, aquellas mañanas en las que intentaba disimular su llegada a casa después de haber pasado toda la noche por ahí.

Arrastró un taburete hacia él y se sentó.

—¿Has estado de fiesta?

Ishil bajó a la cocina con paso regio, acariciando las losas con sus faldas.

—Creía que eso me tocaba preguntarlo a mí. Eres tú el que lleva toda la noche fuera de casa.

Ringil restó importancia a sus palabras con un ademán.

—Nadie diría que tú te acabas de levantar.

—Tu padre ha recibido una visita de la cancillería. Hay cuestiones de estado que merecen su consideración. Todavía están aquí, esperando.

—Bueno, me alegra saber que no soy el único que se ha quedado trabajando hasta tarde.

—¿Eso es lo que estabas haciendo? —Ishil se situó frente a él al otro lado de la mesa—. ¿Trabajar?

—Por así decirlo, sí.

Una sonrisa glacial afloró a los labios de Ishil.

—Y yo que te imaginaba retozando con tus antiguos compinches.

—Se puede obtener información de varias maneras, madre. Si querías un enfoque más tradicional, deberías haberte quedado con padre y sus matones.

—Entonces dime —replicó con dulzura su madre—, ¿qué luz han arrojado tus poco ortodoxos métodos sobre el paradero de Sherin?

—No mucha. El Laberinto Salino es más impenetrable que el esfínter de un sacerdote. Me llevará tiempo sortear ese escollo —Ringil sonrió—. Lubricar el acceso, por así decirlo.

Ishil giró el rostro con la altanería de una gata ofendida.

—Puaj. ¿Hace falta que seas tan vulgar, Ringil?

—Delante del servicio no, ¿verdad?

—¿A qué viene eso ahora?

Ringil señaló por encima del hombro a la criada que atendía el caldero, pero al darse la vuelta vio que la muchacha se había marchado sin hacer ruido, dejándolo a solas con Ishil. En realidad no podía culparla. El temperamento de su madre era legendario.

—No tiene importancia —respondió, con voz fatigada—. Dejémoslo en que estoy haciendo progresos poco a poco.

—Bueno, en cualquier caso, te quiere ver.

—¿Quién?

—Tu padre, por supuesto. —El tono de Ishil se endureció—. ¿No has escuchado nada de lo que acabo de decirte? Está arriba en estos momentos, con su invitado. Esperándote.

Ringil dejó que sus codos se apoyaran en la mesa por iniciativa propia. Cruzó una mano en diagonal sobre la otra, flexionó los dedos y contempló el cepo que formaban. Se esforzó para que su voz no denotara la menor pasión cuando preguntó:

—¿Sí?

—Sí, Gil. Y no está del mejor de los humores. Así que date prisa.

De repente, el ininterrumpido frufrú de las faldas que barrían el suelo le puso los nervios de punta. Ishil llegó al final de la mesa antes de darse cuenta de que él no se había levantado para seguirla. Se giró y lo traspasó con una mirada fulminante que Ringil conocía de otras ocasiones y no se molestó en desafiar.

—¿Vienes o no?

—Adivina.

—Gil, no me lo estás poniendo nada fácil. Prometiste…

—Si Gingren quiere hablar conmigo, puede hacerlo aquí abajo —Ringil abarcó con un gesto el espacio desierto que mediaba entre ambos—. No se podría pedir más intimidad.

—¿Pretendes que traiga invitados a la cocina? —La consternación de Ishil parecía genuina.

—No. —Ahora sí le sostuvo la mirada—. Lo que quiero es que me deje en paz de una puta vez. Pero como eso es imposible, veamos hasta qué punto le apetece conversar de verdad, ¿qué te parece?

Ishil se quedó paralizada en el sitio durante un par de latidos. Cuando Ringil no apartó la mirada ni se movió más que una estatua, subió los escalones y se fue sin decir nada. Ringil la vio partir, cambió ligeramente de postura, encorvó los hombros y observó la cocina de arriba abajo como si esperara encontrar algún testigo de lo ocurrido, como si su conversación pudiera haber tenido público. Se frotó las manos y suspiró.

La muchacha del caldero se materializó de nuevo en el acto, junto a su hombro esta vez, tan inesperada, pálida y sigilosa que le hizo dar un respingo. Sostenía en las manos una jarra de madera con tapa de la que emanaban penachos de vapor.

—Una infusión, mi señor —murmuró.

—Sí, uhm —Ringil pestañeó y reprimió un escalofrío—. ¿Te importaría no volver a acercarte a mí de esa manera, por favor?

—Lo siento, mi señor.

—Ya. En fin, deja eso ahí.

Así lo hizo la joven criada, antes de retirarse tan discretamente como había aparecido. Ringil esperó a que se fuera antes de levantar la tapa de la jarra e inclinarse sobre ella para aspirar el aroma. De la superficie del agua verdosa en la que se habían sumergido las hierbas emanaban unos efluvios abrasadores y amargos que le humedecieron los ojos enrojecidos como una compresa reconfortante. La infusión estaba demasiado caliente como para probarla. En vez de eso, se quedó contemplando fijamente el reflejo distorsionado y oscurecido de su rostro en el agua, con la oscilante visión de sí mismo entre las palmas ahuecadas, como si temiera que pudiera hervir hasta disiparse como el vapor que la amortajaba. Al cabo, deslizó la jarra a un lado con parsimonia, se inclinó hacia delante hasta apoyar la barbilla encima de la mesa, con una mejilla presionada contra un brazo extendido, y dejó que su mirada

vagara sin rumbo por el espacio que se abría tras la superficie de madera.

Los oyó llegar.

Pasos de botas contra el suelo de piedra, y de repente algo le habló, la sombra de un susurro colmado de claridad sobrenatural, residuos tal vez de la niebla de la madrugada. El legado de aquellas carcajadas sobrenaturales cuya caricia le había invitado a dar media vuelta y seguirlas volvía a resonar ahora en la bóveda de su cráneo, augurando lo que se avecinaba. Claro que, por otra parte, también podría tratarse de los efervescentes restos del krin, un efecto alucinatorio que no era ningún desconocido para sus consumidores. Fuera como fuese, ya fríamente sobrio, Ringil sería incapaz de sacudirse más tarde el recuerdo de esta sensación con tintes de certidumbre que lo asaltó conforme las sombras de los recién llegados se cernían sobre el umbral y sus pasos sonaban cada vez más cerca. Con esa premonición se levantó de la mesa y enderezó la espalda, despierto ya por completo, aunque la fatiga narcotizada que lastraba todos sus movimientos les confería un aire de capitulación.

—Vaya, vaya, Ringil —atronó jovial una voz cuando Gingren irrumpió en la cocina, si bien su cordialidad encerraba una nota falsa, como un paso de baile mal dado—. Tu madre nos ha dicho que te encontraríamos aquí.

—Por lo visto tenía razón.

Padre e hijo se miraron mutuamente de arriba abajo, como duelistas que preferirían estar haciendo cualquier otra cosa. La figura de Gingren dibujaba una gran silueta compacta en la reducida cocina de vigas bajas; quizá su talle se hubiera ensanchado ligeramente en los últimos tiempos, al igual que el de Gracia del Cielo; tal vez la edad y la buena vida hubieran abotargado y restado aristas a sus facciones (aunque la noche en vela también podría tener algo que ver, supuso Ringil), pero aparte de eso, en el fondo seguía siendo el mismo de siempre. En su mirada acerada e inflexible no había lugar para lamentaciones. Y su hijo… en fin, tampoco Ringil había cambiado tanto, daba igual cuánto se esforzara Gingren por verlo, aunque en realidad no podía decirse que se hubiera matado buscándolo en los pocos días transcurridos desde su regreso. Era inevitable que se hubieran cruzado varias veces en distintas partes de la casa, por lo general cuando el uno o el otro estaban ocupados hablando con algún tercero, circunstancia que servía de atenuante y barrera y, en última instancia, de excusa para no emitir más que un gruñido a modo de saludo entre dientes mientras ambos proseguían su camino. Sus horarios se solapaban tanto o menos que cuando Ringil era joven, y ninguno de los ocupantes de la casa, ni siquiera Ishil, consideraba que forzar su acercamiento pudiera reportarle la menor ventaja a nadie.

Pero ahora…

Ahora, por fin, el reconocimiento cayó sobre él como un mazazo, estalló como una costura reventada. Con paso ágil y cimbreño pese a los años que le habían agrisado las sienes, Murmin Kaad entró en la estancia.

—Buenos días, maese Ringil.

En su asiento, Ringil notó cómo se le crispaban todos los músculos.

—¡Ja! Le habrá comido la lengua el gato. —Pero Gingren había sido guerrero (quizá aún lo fuera, o algo parecido), y sabía lo que significaba la repentina parálisis de su hijo. Con un ademán discreto, advirtió a Kaad de que no siguiera acercándose —. El noble juez Kaad ha acudido a invitación mía, Ringil. Le gustaría hablar contigo de algo.

Ringil evitó reconocer la presencia del aludido y continuó mirando al frente.

—Pues que hable.

Tras un instante de vacilación, Gingren asintió con la cabeza y Kaad se acercó al otro lado de la mesa. Consiguió investir de pomposidad la acción de sacar uno de los bastos taburetes de madera, en el que se acomodó con una magnanimidad revestida de ironía por la ausencia de ceremonias y cojines. Arregló la capa a su alrededor, se acercó al canto de la mesa y apoyó las manos en la superficie de madera surcada de cicatrices. Un voluminoso anillo de plata con incrustaciones de oro en el que se había cincelado el emblema de la cancillería de la ciudad le ceñía uno de los dedos entrelazados con indolencia.

—Siempre es motivo de alegría —empezó en tono formal— ver que uno de los hijos pródigos de la ciudad regresa a su hogar.

Ringil le lanzó una mirada fugaz.

—He dicho que hables, no que me lamas el culo. Al grano, si no te importa.

—¡Ringil!

—No, no, Gingren, no tiene importancia. —Aunque era evidente que sí la tenía. Ringil detectó el fogonazo de rabia que nubló el semblante de su interlocutor, pese a la rapidez con que desapareció para ser reemplazado por una tensa sonrisa diplomática—. Tu hijo y el comité siempre han tenido sus diferencias. La juventud, al fin y al cabo, no es ningún delito.

—Lo fue para Jelim Dasnel —replicó Ringil, en cuyo interior borboteaba una rabia macerada con los años, mitigada apenas por la resaca—. Si no me falla la memoria.

Otra breve pausa. Detrás de Ringil, Gingren emitió un sonido estrangulado antes de pensárselo mejor y abstenerse de darle forma con palabras.

Kaad esbozó de nuevo la misma sonrisa tirante.

—Que yo recuerde, Jelim Dasnel contravino las leyes de Trelayne y se burló de la moral que nos gobierna a todos. Igual que tú, Ringil, aunque me apene recordar ese suceso en el hogar de tu familia. Había que dar al menos un ejemplo.

La rabia encontró su filo, hizo jirones la bruma de la resaca y centelleó con ímpetu renovado. Ringil se estiró sobre la mitad de su mesa y dedicó un mohín enternecido a Kaad.

—¿Debería darte las gracias? —susurró.

Kaad le sostuvo la mirada.

—Sí, creo que sí. Con la misma facilidad se podrían haber instalado dos jaulas en

la Puerta Oriental, en vez de una.

—No, con la misma facilidad no. No para un ridículo lameculos aspirante a las altas esferas sociales como tú, Kaad. No con la suculenta oportunidad de amorrarse a la teta de los Eskiath al alcance de la mano —Ringil esbozó su propia sonrisa fingida; la sintió como una herida obscena que se propagara por sus labios—. ¿No te has saciado todavía, mequetrefe? ¿Qué más quieres?

Ya lo tenía. La rabia volvió a atenazar las facciones de Kaad, y esta vez no renunció a su presa. La sonrisa se evaporó, los labios y los ojos de la máscara de estoicismo se tensaron, una furia incontenible enrojeció las mejillas bajo la barba recortada con esmero. Kaad era oriundo de la zona portuaria, y las familias más nobles nunca se habían molestado en disimular el desdén que les inspiraban sus intentos por escalar puestos en la pirámide de la legislatura. Obtener el anillo y las insignias propias de su rango no había sido tarea sencilla, las sonrisas glaciales y las invitaciones a las fiestas de sociedad de los Claros eran fruto de incontables denuedos; había pagado con sangre el cauto respeto del que gozaba ahora, ya que no aceptación, aceptación jamás, un respeto extraído del embustero corazón aristocrático de Trelayne a fuerza de argucias y calculadas maniobras en la sombra, de pactos apuntalados con esfuerzo e innumerables duelos de influencia. En la mueca de Ringil, Kaad podía oír el murmullo amenazador de esas orillas, las engañosas aguas heladas que ocultaban unos cimientos de arena endebles y artificiales. En el fondo, al nivel del lecho por el que discurría la sangre, que no entiende de riquezas materiales ni de ostentaciones de rango, nada había cambiado ni cambiaría jamás. Kaad seguía siendo un huésped cuya presencia se toleraba pero no se apreciaba, el mismo intruso mugriento de la zona portuaria que siempre había sido.

—¿No te atreverás?

—¿Qué no?, vaya si me atrevo —Ringil deslizó una mano hacia arriba para acariciarse el cuello con expresión distraída, a lo largo de la protuberancia del pomo de la Críacuervos—. Ya lo creo que sí.

—¡Me debes la vida!

Ringil lanzó una mirada de soslayo a su padre, calculada más que nada para enfurecer aún más a Kaad, para despreciarlo como una amenaza indigna de su atención.

—¿Hasta cuándo tengo que seguir escuchando esto?

Gingren estalló de ira.

—¡Basta ya, Ringil!

—Sí, opino lo mismo.

—Dile —Kaad se había puesto en pie ahora, con las facciones aún jaspeadas de furia— al degenerado de tu hijo, a este desagradecido, dile…

—¿Qué me has llamado?

—¡Ringil!

—Dile dónde están los límites, Gingren. Ahora mismo. O me iré, y me llevaré mi

voto conmigo.

—¿Su voto? —Ringil miró fijamente a su padre—. ¿Su puto voto?

—¡Silencio! —Un rugido ensordecedor, digno de cualquier campo de batalla, estalló en los confines de la cocina—. ¡Los dos! Callaos y empezad a comportaros como adultos. Kaad, siéntate. No hemos terminado. Y Ringil, me da igual lo que pienses, mientras estés bajo mi techo te morderás la lengua. Para enzarzarse en trifulcas sin sentido ya están las fondas de carretera.

El resoplido de Ringil sonó como un salivazo.

—La clientela de las fondas de carretera que yo conozco es más decente. Los torturadores suscitan poco cariño en el altiplano.

—¿Y los asesinos de niños pequeños? —Kaad volvió a sentarse prestando la misma escrupulosa atención de antes a la caída de su capa. Lanzó una mirada elocuente a Ringil—. ¿Qué opinión les merecen?

Ringil no dijo nada. El antiguo recuerdo se filtró en su mente como un reguero insidioso que se apresuró a contener antes de que pudiera desbordarse. Rodeó la jarra de té humeante con las manos y fijó la mirada en ella. Seguía quemando demasiado como para probarlo. Gingren aprovechó la oportunidad que le brindaba su silencio.

—Intentamos ayudarte, Ringil.

—¿De veras, padre?

—Sabemos que has estado husmeando por el Laberinto Salino —apostilló Kaad.

Ringil levantó la cabeza de golpe.

—¿Habéis estado espiándome?

Kaad se encogió de hombros mientras restaba importancia a la pregunta con un ademán. En la cabeza de Ringil, el recuerdo del paseo de regreso a casa cobró nitidez. Sonidos de seguimiento furtivo. El hormigueo en su nuca. Observadores entre los árboles, alejándose sigilosos.

Dejó que la sonrisa que era como un tajo volviera a hendirle la cara.

—Te recomiendo que andes con cuidado, Kaad. Como dejes que los matones de tu comité se me acerquen demasiado, lo más probable es que termines recogiendo sus pedazos en el embarcadero.

—Y yo te recomiendo que te abstengas de amenazar a los empleados de la cancillería, maese Ringil.

—No era ninguna amenaza. Es lo que sucederá.

La impaciencia de Gingren se tradujo en un gruñido.

—La cuestión, Ringil, es que sabemos que no estás obteniendo ningún resultado en Etterkal. Podemos ayudarte en ese sentido. O mejor dicho, el noble Kaad, aquí presente, puede ayudarte.

Algo parecido a una sensación de extrañeza se solidificó dentro de Ringil mientras acariciaba tanteando la forma que tenía ante él, recreándose en los bordes.

—¿Vas a meterme en el Laberinto Salino?

Kaad carraspeó.

—No estrictamente hablando, no. Pero digamos que existen alternativas más ventajosas que podrías investigar.

—¿Sí? —preguntó sin inflexión alguna Ringil—. ¿Y qué alternativas son ésas?

—Buscas a Sherin Herlirig Mernas, viuda de Bilgrest Mernas, vendida el mes pasado de acuerdo con la ley de garantes de deudas.

—La misma. ¿Sabes cuál es su paradero?

—No en estos instantes. Pero la cancillería podría poner sus recursos a tu disposición en un gesto sin precedentes.

Ringil negó con la cabeza.

—He terminado con la cancillería. Allí arriba no hay nada digno de saber que no sepa ya.

Titubeantes, Gingren y Kaad cruzaron las miradas.

—Está la cuestión de la mano de obra —empezó Kaad—. Podríamos…

—Podríais proporcionarme suficientes guardias uniformados como para poner el Laberinto Salino patas arriba, partir unas cuantas crismas y obtener algunas respuestas. ¿Qué te parece?

De nuevo el cruce de miradas, los ceños fruncidos. Ringil, pese a haber anticipado la respuesta, soltó una carcajada de incredulidad.

—Por los huevos de Hoiran, ¿qué pasa con Etterkal? —Aunque, si podía fiarse de Milacar, ya conocía la respuesta; empezaba a darse cuenta de que convendría tomárselo en serio, después de todo—. Ese sitio era un puto arrabal la última vez que estuve allí. ¿Y ahora todo el mundo está tan acojonado que ni siquiera se atreve a llamar a la puerta?

—Ringil, hay cosas que no entiendes. Cosas que tu madre tampoco entendía cuando te pidió que volvieras.

—Ya, eso está cada vez más claro —Ringil apuntó con un dedo a su padre—. No hiciste nada por impedir que vendieran a Sherin, pero ahora que zarandeo el picaporte de la puerta del Laberinto Salino, el asunto merece de repente toda tu atención. ¿De qué se trata, papá? ¿Quieres que me olvide de todo, no sea que importune a quien no debo? ¿Temes que vaya a avergonzarte otra vez?

—Te tomas este asunto demasiado a la ligera, maese Ringil. No entiendes dónde estás a punto de meterte.

—Eso mismo me lo acaba de decir él, Kaad. ¿Qué eres, un puto loro?

—Lo que mueve a tu padre más que ninguna otra cosa es el temor por tu seguridad.

—Francamente, lo dudo mucho. Pero aunque eso fuera verdad, seguiría sin entender una cosa. ¿Qué pintas tú en todo esto, viejo cabrón intrigante?

Kaad descargó un puñetazo sobre la mesa y se incorporó a medias de su asiento.

—No me hables así —advirtió con voz pastosa.

No había terminado de hablar cuando ya estaba cayéndose del taburete, de espaldas, con las manos apretadas contra la cara, envuelto en un alarido estridente y

dejando una estela de té abrasador a su paso. Ringil se levantó y arrojó la jarra vacía al otro lado de la mesa detrás de Kaad, contra las losas del suelo, donde se quedó inerte, todavía ligeramente humeante.

—Te hablaré como me dé la gana, Kaad, ni más ni menos —Ringil se sentía curiosamente frío y calmado ahora, tranquilizado por la certeza de que esto y todo cuanto conllevaba había sido inevitable desde el momento en que accedió a regresar a casa—. Si tienes algún problema con mis palabras, te veré en los campos de la colina de Brillin para arreglarlo.

Kaad se meció adelante y atrás en el suelo, en medio del charco que formaba su capa, con las manos engarfiadas aún contra el rostro. Entre sus dedos escapaba un goteo de hipidos. Gingren, paralizado por el asombro, alternaba la mirada desorbitada entre el juez derribado y su hijo. Ringil hizo como si no lo viera.

—Eso, claro está, si consigues que alguien te enseñe por qué extremo se agarra una espada.

—¡Qué Hoiran maldiga tu puta alma en el infierno!

—Si de verdad creyeras en lo que predicas, sabrías que ya lo ha hecho. Con la de pecados carnales que acumulo, me extrañaría que el Rey Oscuro se dejara impresionar por el vapuleo de un magistrado de tres al cuarto. Lo siento.

Gingren, tras rodear el extremo de la mesa, se había arrodillado junto a Kaad. El juez rechazó su intento de ayuda con un manotazo y se puso de pie por sus propios medios, con la piel escaldada sonrosándose ya alrededor de la nariz en la mejilla que había recibido el grueso del impacto de la bebida. Apuntó a Ringil con un dedo tembloroso.

—Pesará sobre tu conciencia, Eskiath. Esto pesará sobre tu conciencia.

—Como siempre.

Kaad recogió los hábitos a su alrededor. De alguna parte sacó fuerzas para ensayar una mueca.

—No, maese Ringil. Como ocurre con todos los de tu clase, son los demás los que deben rendir cuentas en tu lugar. Desde la Quebrada del Patíbulo a las jaulas de la Puerta Oriental, siempre han sido otros quienes pagaron las consecuencias de tus actos.

Ringil avanzó medio paso. Se contuvo.

—Será mejor que te vayas —dijo con voz queda.

Kaad así lo hizo. Puede que hubiera visto algo en los ojos de Ringil, o quizá sencillamente no se le ocurría la manera de enmendar la situación. Después de todo, era un político. Gingren partió raudo en pos de él, no sin antes dirigir una furiosa mirada de soslayo a su hijo por toda despedida. Ringil permaneció en pie durante un par de latidos tras su partida, para a renglón seguido dejarse caer abrumado por el peso acumulado de la resaca. Apoyó las palmas frente a él encima de la mesa y se quedó contemplando la jarra vacía.

—Quién iba a pensar que todavía pudiera estar tan caliente —murmuró, y soltó

una risita para sus adentros. Miró alrededor en busca de la criada, pero ésta seguía sin reaparecer. Entornó los párpados en dirección a la puerta y el jardín que se extendía tras ella, donde la claridad era ya suficiente para lastimar sus pupilas maltratadas por el krin. Pensó en acostarse, pero al final se limitó a quedarse encorvado sobre la mesa, con la cabeza hundida entre las manos. El insistente residuo de la droga rebotaba silbando de un lado para otro contra las paredes de su cráneo.

Gingren volvió a encontrarlo allí, sin moverse, lo que parecían horas más tarde.

—Ahora sí que la has hecho buena —refunfuñó.

Ringil se restregó la cara con las manos antes de mirar a su padre.

—Eso espero. No quiero tener que respirar el mismo aire que ese cabrón otra vez.

—¡Por los dientes de Hoiran! ¿Qué pasa contigo, Ringil? Dime, siquiera por una vez, ¿qué cojones te pasa?

—¿Que qué me pasa? —Ringil, que se había levantado del taburete de un salto, aterrizó a escasos centímetros de la guardia de su padre. Trazó un arco con el brazo, apuntando al este—. ¡Envió a Jelim a morir en una puta estaca!

—De eso hace quince años. Y además, Jelim Dasnel era un degenerado, él…

—Entonces yo también lo soy, papá. Yo también.

—… se merecía la puta jaula.

—¡Yo también!

El grito que escapó de su interior liberó la misma clase de sombría presión venenosa, el mismo tipo de dolor insistente que lo había guiado paso arriba en la Quebrada del Patíbulo, como morder con un diente podrido, la agonía y la consiguiente filtración dulzona de pus, el sabor de su propio odio en la boca, y un temblor que ahora se descubrió incapaz de contener. Gingren vio la furia que lo estremecía y vaciló ante su intensidad.

—Ringil, era la ley.

—¡La ley, y una mierda de lagarto! —Pero las fuerzas que le prestaba la rabia habían desaparecido de repente, aplastadas bajo el peso de la resaca de krin, que aumentaba con cada segundo que pasaba despierto, debilitando su concentración. Regresó al taburete, volvió a sentarse y proyectó la voz carente de inflexión e interés por encima del hombro hacia la ubicación de Gingren—. Fue un pacto político, y lo sabes. ¿Crees que habrían colgado a Jelim en la Puerta Oriental si se hubiera apellidado Eskiath? ¿O Alannor, o Wrathrill, o cualquier otra de las familias más influyentes de los Claros? ¿Crees que alguno de los sádicos violadores de la academia verá alguna vez el extremo afilado de una jaula?

—Eso —dijo fríamente Gingren— no nos corresponde a nosotros…

—Bah, a la mierda. Olvídalo —Ringil dejó caer la barbilla en una mano ahuecada mientras la textura de la superficie de madera de la mesa perdía nitidez ante sus ojos, desenfocada por el peso de la resaca que lo oprimía—. Me niego a hacer esto, padre. No pienso discutir contigo sobre el pasado. ¿Para qué? Mira, lo siento si he jodido tus negociaciones con la cancillería.

—No sólo las mías. Kaad podría haberte ayudado.

—Ya. Podría, pero no iba a hacerlo. Sólo quería… los dos lo queríais… apartarme del Laberinto Salino. Lo demás son meras distracciones. No va a ayudarme a encontrar a Sherin.

—¿Y crees que abrirte paso por la fuerza en Etterkal es la solución?

Ringil se encogió de hombros.

—Desapareció en Etterkal. Allí encontraré las respuestas que busco.

—Por los dientes de Hoiran, Ringil. ¿Merece realmente la pena? —Gingren se acercó a la mesa, se apoyó en ella a la altura del hombro de su hijo, y se inclinó sobre él. La tensión y la falta de sueño le agriaban el aliento—. Quiero decir, ¿la hija de un puto mercader, yerma además, y demasiado estúpida como para velar por sus propios intereses cuando le sonreía la fortuna? Ni siquiera es tu prima directa.

—No espero que lo entiendas *—no más de lo que lo entiendo yo mismo*.

—A estas alturas estará hecha un guiñapo, Ringil. Eso lo entiendes, ¿verdad? Ya sabes cómo funcionan los mercados de esclavos.

—Repito, no espero…

—Bien, porque no me entra en la cabeza. —El puñetazo que descargó Gingren encima de la mesa contenía una alarmante falta de ímpetu—. Me parece incomprensible que la misma persona que ayudó a salvarnos de los putos lagartos afirme ahora que considera más importante el rescate de una mujer violada y maltratada que la estabilidad de la misma ciudad por cuya defensa realizó tantos sacrificios.

Ringil lo miró a los ojos.

—Así que ahora se trata de la estabilidad, ¿no?

—Sí. De eso se trata.

—¿Tendrías la bondad de explicarte?

Gingren apartó la mirada.

—El secreto lleva el sello del consejo. No puedo divulgar…

—Vale.

—Ringil, te lo prometo. Te lo juro por el honor de nuestro apellido. Quizá armar un poco de revuelo en Etterkal no te parezca para tanto, pero en el fondo de todo esto subyace una amenaza que no tiene nada que envidiar a la de los putos lagartos que expulsaste de las murallas de la ciudad en el cincuenta y tres.

Ringil exhaló un suspiro. Se frotó los ojos con las palmas de las manos en un intento por eliminar las legañas imaginarias que lo martirizaban.

—Representé un papel insignificante en la solución del asedio, padre. Además, si te soy sincero, hubiera hecho lo mismo por cualquier otra ciudad, incluida Yhelteth, si nos hubiese tocado combatir allí. Sé que se supone que no debemos decir cosas así en los tiempos que corren, ahora que volvemos a ser enemigos declarados del Imperio. Pero es la verdad, y en lo que a ella respecta no entiendo de imparcialidades. Considéralo otra más de mis extravagancias.

Gingren enderezó los hombros.

—La verdad no es ninguna extravagancia.

—¿No? —Ringil sacó fuerzas de la flaqueza y se incorporó, dispuesto a marcharse. Bostezó—. Sin embargo, tampoco parece que goce de más popularidad por estos lares ahora que antes de mi partida. Tiene gracia, nunca se cansaban de decirnos que ésa era una de las cosas por las que luchábamos entonces. La luz, la justicia y la verdad. Lo recuerdo como si fuera ayer.

Se sostuvieron las miradas durante un interminable par de latidos. Gingren inspiró ruidosamente, como si la mera acción supusiera un esfuerzo. Su expresión se suavizó.

—Entonces, ¿todavía quieres ir a Etterkal? A pesar de todo lo que acabas de escuchar.

—Sí, eso es lo que pienso hacer —Ringil ladeó la cabeza hasta que su cuello liberó la tensión acumulada con un chasquido—. Dile a Kaad que no se cruce en mi camino, ¿de acuerdo?

Gingren lo observó fijamente antes de asentir con la cabeza, como si acabara de convencerse de algo.

—¿Sabes, Ringil?, me cae tan mal como a ti. Me cae peor que cualquier canalla de la zona portuaria. Pero hasta los canallas pueden ser útiles.

—Supongo que no te falta razón.

—Corren malos tiempos para el honor.

Ringil enarcó una ceja.

—¿Tú crees?

Otro silencio, roto tan sólo por un ruidito que Gingren contuvo tras los labios apretados. Podría haber sido una risita. Ringil disimuló la incredulidad que sentía. Hacía casi dos décadas que su padre no se reía delante de él. Dubitativo, dejó que la sombra de una sonrisa aflorara también a sus labios.

—Me tengo que acostar ya, papá.

Gingren asintió de nuevo, volvió a tomar aliento como si le doliera.

—Ringil, yo… —Sacudió la cabeza. Hizo un ademán cargado de impotencia—. Tú, sabes… Si hubieras sido… Si tú…

—Si no me gustara comer pollas. Sí, ya lo sé —Ringil imprimió brío a sus pasos mientras se dirigía a la puerta, pasando con rapidez junto a Gingren para no tener que ver cómo la expresión de su padre se retorcía de asco. Se detuvo junto al hombro de su progenitor, se inclinó y murmuró—: Pero el problema, papá, es que me encanta.

Gingren se estremeció como si acabara de encajar un puñetazo. Con un suspiro, Ringil levantó una mano y le dio unas palmaditas en el pecho y el hombro.

—No te preocupes, papá —dijo con voz queda—. Tienes otros dos hijos con sangre de verdad en las venas de los que te puedes sentir orgulloso. Los dos se las apañaron bastante bien durante el asedio.

Gingren se quedó inmóvil, sin decir nada, envuelto en un silencio absoluto. Lo mismo podría haber sido una estatua. Ringil suspiró otra vez, dejó que su mano se

deslizara por el hombro de su padre y se alejó.

Dormir. Eso lo solucionaría todo.

Seguro.

Capítulo 8

Khangset todavía humeaba.

A caballo en lo alto de la loma que dominaba la ciudad, con el catalejo olvidado en las manos, Archeth dejó que su mirada se perdiera por el puerto y los destrozos. La montura se revolvió bajo sus posaderas, nerviosa a causa del acre hedor a ceniza mojada que llegaba con las ráfagas de viento intermitente. El destacamento del Trono Eterno se extendía a su alrededor a lo largo de la cima, en consonancia la estudiada impavidez de sus rasgos con su reputación de profesionalidad. Pero la brisa ya había acercado a los oídos de Archeth un par de juramentos mascullados entre dientes mientras contemplaban lo que yacía a sus pies. Lo cierto era que no podía echárselo en cara. Pese a todo cuanto le habían advertido que esperara, se resistía a creer lo que veían sus ojos.

Conocía un poco Khangset, la había visitado en varias ocasiones durante la guerra, con el cuerpo de ingenieros kiriath. El Pueblo Escamoso había aparecido a lo largo de toda esta costa en los primeros años de la contienda. Mataban y arrasaban cuanto encontraban a su paso con una eficiencia que cabría calificar de humana, e invariablemente se replegaban bajo las olas antes de que las legiones del Imperio tuvieran ocasión de contraatacar. Akal, siempre tan práctico en cuestiones de estrategia, había tenido que tragarse el orgullo y solicitar refuerzos kiriath. Grashgal mandó a los ingenieros.

Ahora, a lo largo del puerto y la línea de playa, las fortificaciones kiriath se veían aplastadas en media docena de lugares, las lustrosas murallas cristalinas mostraban brechas de cantos aserrados que el sol del atardecer pintaba con todos los colores del arco iris. Lo que fuera que hubiese provocado el destrozo no se había detenido allí; detrás de cada brecha, la senda de destrucción se extendía con una irreversibilidad que Archeth no había vuelto a ver desde el final del conflicto: estructuras de piedra reducidas a ruinas pisoteadas, edificios de madera arrasados hasta los cimientos, construcciones de cuya existencia ahora sólo daban fe las cenizas y los fragmentos calcinados. Las aguas del puerto se erizaban con los mástiles truncados y ladeados de embarcaciones sumergidas que jamás volverían a fondear. Los escombros de un faro demolido yacían desperdigados a lo largo del muelle. El lugar entero daba la impresión de haber recibido el zarpazo de alguna deidad reptil.

Los cadáveres se contaban por cientos.

Archeth podría haberlo intuido a partir de lo que había visto por el catalejo, pero a esas alturas cualquier intuición resultaba superflua. En las laderas del interior de la cordillera se habían cruzado con un desordenado éxodo de civiles y soldados abatidos, dirigidos, si cabía aplicar esa palabra, por uno de los pocos oficiales supervivientes de la guardia costera de Khangset. Estremecido y con el gesto fruncido

de dolor, el joven teniente le había ofrecido su versión del asalto con rabia contenida. Alaridos desgarradores procedentes del mar, bolas de fuego azul vivientes y figuras espectrales que recorrían las calles inundadas de humo sembrando la muerte a su paso con armas que parecían forjadas con luz titilante. *Nada dio resultado*, le contó, aturdido. *Vi cómo nuestros arqueros los acribillaban a quince metros, con las cuerdas tensadas al máximo. A esa distancia, las puntas de acero de los proyectiles deberían traspasar a una persona de parte a parte, con armadura completa, con todo. Era como si las putas flechas sencillamente se disolvieran o algo. Cuando llegaron a cinco metros de nuestra barricada, ordené la carga. Fue como enfrentarse a una pesadilla. Se movían como peces en el agua, y eran rápidos, rápidos de cojones*…

Tenía la mirada perdida en sus recuerdos, como alguien tres veces más viejo.

¿Cómo te llamas?, le preguntó Archeth en voz baja.

Galt. Aún con la mirada perdida. *Parnan Galt, de la Compañía del Pavo Real, Quincuagésimo Regimiento Imperial de Marines, leva* LXXIII*.*

LXXIII. Al igual que el mensajero que había llevado la noticia a Yhelteth, Galt debía de ser un muchacho cuando terminó la guerra. Lo más probable era que toda su experiencia en combate se redujera a controles antipiratería de rutina y ocasionales operaciones antidisturbios. Ocurría lo mismo con casi todos los soldados profesionales alistados después de la LXVI. Archeth le apoyó una mano en el hombro, se levantó y lo dejó allí sentado, a solas con sus recuerdos. No le pidió que los acompañara de regreso a la ciudad.

Dejó a un sargento del Trono Eterno con su escuadrón en el campamento al cuidado de la columna de refugiados y emprendió la marcha al frente del resto de la compañía, mientras un coro de voces escépticas batallaban en su cabeza con el insidioso presentimiento de que algo andaba rematadamente mal; de que el joven teniente y el mensajero original en realidad habían sido testigos de algo inusitado que desafiaba toda explicación; de que sus aterrorizados relatos no se correspondían con los simples balbuceos de quienes nunca habían visto una batalla en todo su repugnante esplendor.

¿No? El escepticismo llevaba ahora la voz cantante. *Recuerdas tu primera batalla, ¿verdad? Los escaramuzadores berserker majak destrozando las líneas en Baldaran, aullando en medio del campo de batalla, sembrando el pánico entre las filas. La hierba empapada de sangre, engominada como el pelo de un proxeneta. Aquella primera vez tropezaste, te agarraste al brazo de Arashtal para no caer al suelo y lo descubriste cercenado en tu mano. Gritaste pero nadie te oyó, te movías como si estuvieras sumergida en un lodazal. ¿Verdad que parecía una pesadilla?*

¿Y las figuras espectrales? ¿Las misteriosas armas titilantes? ¿Las flechas que se disuelven en el aire?

Impresiones subjetivas. Las alucinaciones propias de un combate nocturno. Los arqueros debieron de acojonarse como todos los demás, erraron el tiro o no tensaron las cuerdas lo suficiente.

Hmm.

La cuestión era que ahora, con independencia de la identidad de los agresores, Khangset yacía desgarrada y mutilada a sus pies, humeante como un vientre recién destripado en cualquiera de los helados frentes del norte.

—Por la puta Madre de la Revelación —murmuró Mahmal Shanta a su lado, distraído, mientras pugnaba por impedir que su caballo se encabritara. Era difícil saber si la maldición iba dirigida al animal o a la destrucción que se extendía ante ellos—. ¿Qué diablos ha pasado aquí?

—No lo sé —respondió Archeth, pensativa—. Tiene mala pinta, ¿eh?

Shanta frunció el ceño y se esforzó por sentarse en su montura con un mínimo de dignidad. Era un inútil con las riendas, siempre lo había sido. Sus manos anudadas por la edad se aferraban a ellas como si se trataran de una cuerda por la que estuviese intentando trepar. Gruñó:

—Una puta copia de Demlarashan, ésa es la pinta que tiene.

Archeth sacudió la cabeza.

—Esto no es obra de los dragones. Quedan demasiadas cosas en pie.

—¿Se te ocurre qué otra cosa aparte del aliento de un dragón sería capaz de atravesar las molduras kiriath de esa manera? Joder con el caballo de los cojones.

Archeth estiró el brazo y apoyó una mano tranquilizadora en el cuello del asustadizo animal. Musitó unas palabras y chasqueó la lengua tal y como le enseñara su padre. El caballo se sosegó un poco, convencido a medias de que aquí al menos había alguien que sabía cuál era el problema y cómo solucionarlo.

Estaría bien que eso fuera verdad, se descubrió pensando, quizá con más sarcasmo de lo que dictaban las circunstancias. *Por otra parte, también estaría bien que las personas fueran tan cándidas como los caballos*.

Oye, Archidi, la última vez que miré, lo eran.

Ah, sí, el viejo distanciamiento del guerrero. La poseyó ahora con toda sus fuerzas, *un estado de ánimo tan negro y macabro como los hogares que humean a tu alrededor y los afligidos inermes que lloran por lo que se ha perdido para que tú no tengas que derramar ninguna lágrima. Cíñete la fría coraza tintineante del desapego profesional, Archeth Indamaninarmal, habítala hasta que se vuelva tan cómoda y cálida como una segunda piel, y con el tiempo olvidarás que la llevas puesta. Sólo notarás algo raro cuando entre en acción, cuando te impida sentir el filo acerado de aquello que de lo contrario podría haberte traspasado de parte a parte, lastimándote. Entonces sonreirás y te sacudirás el golpe de encima con un mero estremecimiento, como corresponde a una auténtica guerrera*.

Era una parte de su ser que nunca había sido capaz de obligarse a detestar con toda su alma.

Lo que tal vez fuera una suerte porque, de un tiempo a esta parte, ese mismo desapego impregnado de ironía estaba demostrando tener su utilidad en la corte.

Miró de reojo ladera abajo por encima del hombro, hacia donde Pashla Menkarak,

el venerable y sumo guardián de primera clase de la Divina Revelación, adjunto al Trono Eterno, estaba sentado a horcajadas en su silla como un buitre envuelto en la capa negra y dorada que indicaba su rango. Con la cabeza ladeada para resguardarse de los rayos de sol, parecía que estuviera mirando pendiente arriba, atento a todos sus movimientos.

—Hijo de puta —masculló Archeth.

Shanta siguió la dirección de su escrutinio.

—Será mejor que midas tus palabras cuando él ande cerca —dijo en voz baja—. Por lo que he podido observar hasta ahora, no le falta perspicacia.

—Ya —Archeth hizo una mueca—. Bueno, todos empiezan igual. Dale un par de meses en la corte, a ver qué pasa. Estará revolcándose en la cama, rodeado de culos y tetas, dejándose engrasar la polla igual que todos los demás.

Shanta puso los ojos en blanco ante aquel despliegue de vulgaridades.

—Eso, a menos que sea tan inmune a la sofisticación de la corte como tú, Archeth. ¿Te has parado a considerar esa posibilidad?

—¿Un tipo como él? Carece de mi código ético.

—Quizá no. Según los últimos rumores que circulan por la ciudadela, todo parece indicar lo contrario. Dicen que los colegios religiosos están forjando una especie completamente nueva de creyentes radicales.

—Ah, qué bien.

Detectó movimiento línea abajo. El viento cargado de ceniza la abofeteó cuando giró el caballo en redondo. Faileh Rakan, capitán del destacamento del Trono Eterno, trotaba en dirección a ellos al frente de una formación de jinetes. Archeth suspiró y antepuso una máscara de autoridad a sus facciones. Shanta aguardó en silencio encima de su caballo, expectante. Rakan desmontó para presentar sus respetos al llegar a la altura de Archeth. Con la empuñadura de la espada apretada en la mano derecha, apoyó la izquierda encima e hizo una reverencia.

—Comandante, mis hombres han terminado de desplegarse. Aguardamos vuestras órdenes.

Archeth asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo, con fingida jovialidad—. Sugiero que bajemos a echar un vistazo más de cerca.

Una vez entre las ruinas, sin embargo, su remedo de entusiasmo degeneró en algo más genuino.

Su dilatada experiencia le permitió reconocer en la sensación que la embargaba el mismo impulso carroñero que en los últimos tiempos motivaba sus expediciones al desierto y, en épocas pretéritas, a los páramos kiriath; el mismo afán que la impulsaba una y otra vez de regreso a los poco cooperativos timoneles de los escasos escupefuegos que quedaban. Se podría extraer una lección de ello, algo relacionado

con la trascendencia superficial de las cosas, tan trémula y seductora como las luces de un puerto entrevisto en una noche de tormenta. Uno creía atisbar una respuesta, viraba en dirección a la baliza que indicaba su posición y, siquiera por unos momentos, el mundo se convertía en un lugar mucho menos absurdo. Aunque sólo fuese por ese efímero instante, se podía albergar la esperanza de estar avanzando hacia alguna parte.

Otra sensación anidaba imbricada en esas impresiones, algo menos reconfortante cuya intensidad no dejaba de aumentar. Una sensación que Archeth supuso que tanto Faileh Rakan como sus hombres debían de compartir con ella, limpia, franca y ferviente tras el pertinente estoicismo característico del Trono Eterno:

Ultraje.

Una sensación que crecía paulatinamente, abrasadora, una afrenta contra el poderoso y majestuoso orgullo del Imperio. La rabia que suscitaba el hecho de que alguien hubiera tenido la osadía, el violento atrevimiento de quebrantar todas las treguas pactadas y asaltar un puerto imperial reconocido para lastimar a unos ciudadanos amparados por la égida de la Revelación que inspiraba a su resplandor Jhiral Khimran II.

Se trataba de una emoción que Archeth, que había visto demasiadas «treguas pactadas» pisoteadas para su gusto, no compartía con el mismo entusiasmo. Aun así sentía cómo la envolvía de todas formas, presente como las agujetas tras una larga jornada a caballo, como la costra en los bordes de una bandeja de repostería fregada sólo por encima. A pesar de lo que le dictaba la experiencia, tuvo la prudencia de refrenar su cinismo.

Mira:

Yhelteth aglutina un territorio inmenso en comparación con cualquiera de sus competidores políticos, ¿sabes? Por lo general, el trato de respeto legal del que gozan quienes viven dentro de sus fronteras no goza de la misma popularidad en ninguna otra parte.

Ya lo sé.

De acuerdo. Quizá su civismo no sea tan generalizado como se desprendía de los elogios de Grashgal, puede que nuestro presente no se corresponda exactamente con el futuro que afirmaba haber visto en sus sueños. Pero tampoco deja tanto que desear como sustituto. Al menos Yhelteth se ha planteado un objetivo y aspira a cumplirlo.

Eso era cierto. Los imperiales fomentaban un burdo sistema de integración cuyas raíces se hundían de forma casi equitativa en la universalidad religiosa de la Revelación, en el ascético igualitarismo guerrero de la cultura original de las nueve tribus (*reducidas ahora a siete, sí, ya lo sé, no preguntes*), y en un sutil egoísmo aplicado con inteligencia. A la mezcla había que añadir la imposición de la ciudadanía y la conversión religiosa, la obligatoriedad para todas las familias de enviar a un par de hijos a la leva cuando alcanzaran la mayoría de edad, y el pago de unos impuestos calculados para no empujar a nadie ni a la inanición ni a una vida de

bandidaje en las montañas. Ah, y de paso, convenía evitar en la medida de lo posible cualquier endeudamiento y enfermedad. Lo más probable era que si uno hacía todo eso (*en la mayoría de los casos*), jamás pasaría hambre, ni vería su hogar reducido a cenizas y a sus hijas violadas delante de sus narices, ni tendría que lucir un collar de esclavo. Con suerte tal vez viviría para ver crecer a sus nietos.

¿Es eso tan grave, Grashgal? ¿De veras?

Archeth lleva toda la vida empeñándose en creer que no.

Esto (las columnas de humo, los penachos de ceniza levantados a cada paso, el costillar calcinado de un niño debajo de una viga desplomada) *no forma parte del trato. Esto no se puede consentir de ninguna puta manera*.

Se situó junto al resquebrajado y brillante ángulo que formaba el travesaño con la última columna de madera que quedaba en pie en la casa sin tejado. La emoción se agolpó en su garganta, tomándola por sorpresa. El extremo más frío y analítico de sus sensaciones se evaporó de repente, huyó lejos de su alcance, mientras las ruinas la bañaban con su silencio. El abrazo del hedor de los restos de los cadáveres que yacían entre los escombros resultaba incómodamente familiar, a pesar de todos los años transcurridos. La ceniza y un barro menos definido se adherían a sus botas muy por encima de los tobillos. El peso de los cuchillos que portaba en la bota y el cinturón adquirió tintes absurdos. El humo llegaba hasta ella en rachas que un viento tornadizo empujaba entre los escombros, irritándole los ojos.

—Te encontré.

Mahmal Shanta había aparecido en el exterior de la estructura, enmarcado en un portal de piedra que inexplicablemente había logrado escapar a la devastación de la pared de la que alguna vez formara parte integral. Lejos de su caballo, el ánimo del ingeniero parecía haberse restituido. Enarcó una ceja en dirección a la entrada fantasma antes de trasponerla, paseó la mirada por los destrozos con los párpados entornados e hizo una mueca. Aunque no podía saber si ya había divisado los cadáveres, Archeth dudaba que no hubiera notado el olor.

—¿Has visto bastante?

Archeth negó con la cabeza.

—Nada que me sirva para encontrar una explicación.

—¿Eso era lo que estabas haciendo? —Shanta se acercó y estudió sus facciones —. ¿Estás llorando?

—Es el humo.

—Ya. —Shanta carraspeó—. Bueno, como veo que eres tan temeraria como para investigar realmente este misterio, he pensado que te gustaría saber que los chicos de Rakan han encontrado a una superviviente. Podríamos interrogarla.

—¿Una superviviente? ¿Aquí?

—Sí, aquí mismo. Parece que mientras todo el mundo estaba ocupado desperdigándose en estampida por los alrededores, ésta tuvo la sensatez de esconderse y esperar a que pasara la tormenta. —Shanta indicó la calle con un gesto

—. Se la han llevado al embarcadero y están intentando que coma algo. Por lo visto lleva los últimos cuatro días alimentándose de escarabajos y bebiendo agua de lluvia, no había salido de su madriguera desde que se produjo el asalto. En estos momentos, no está lo que diríamos precisamente calmada.

—Estupendo —Archeth echó un último vistazo a la casa en ruinas. Por el rabillo del ojo vio de nuevo el torso infantil aplastado: cada una de las protuberantes costillas astilladas parecía el diente de un cepo siniestro—. Salgamos de aquí de una puta vez.

—Después de vos, mi señora.

Una vez en el exterior, sintió cómo la tensión que la oprimía se suavizaba ligeramente. La luz del sol del atardecer caía en diagonal sobre las pilas de escombros mientras las aves endulzaban el aire con sus trinos. Colina abajo, el mar era un rutilante y bruñido manto de vellón que se extendía hasta el horizonte. El calor de la jornada comenzaba a remitir.

Pero la ruina seguía irguiéndose a su espalda como un reproche. Archeth se sintió como una invitada descortés que estuviera abandonando a sus mortificados anfitriones.

Shanta rompió el hechizo del momento y la sacó de su ensimismamiento al pasar caminando junto a ella.

—¿Vienes? —preguntó.

Ya en la carretera, a medio camino del puerto con él, Archeth recordó algo que quería preguntarle.

—¿A qué venía lo que has dicho ahí atrás? «Tan temeraria como para investigar realmente este misterio», ¿a qué te referías?

Shanta se encogió de hombros.

—Bueno, ya sabes. Nuestro pueblo no destaca por su interés en las causas absolutas, ¿verdad? Nos limitamos a ondear la bandera, desplegar la leva y castigar a alguien, no importa quién, para que todos podamos sentirnos mejor. ¿Te acuerdas de Vanbyr?

Archeth aminoró el paso y lo observó fijamente.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Bueno, pues ahí lo tienes.

—No he venido a pasear estandartes ni a buscar chivos expiatorios, Mahmal. El objetivo de esta misión es averiguar la verdad.

—¿Eso fue lo que te dijo Jhiral? —El ingeniero naval torció el gesto—. Debiste de pillarlo en el momento propicio.

Se detuvieron en el empedrado cubierto de ceniza mientras el eco de las palabras de Shanta se alejaba en alas de la brisa, estudiando cada uno las facciones del otro en busca de algo que les indicara qué paso dar a continuación. El silencio que mediaba entre ellos se solidificó. Su relación se remontaba a muchos años atrás, pero este problema era superior a la confianza que compartían.

—Creo —dijo Archeth al final, en voz baja— que tal vez convendría que ambos

nos concentráramos en cumplir con el cometido que nos ha traído hasta aquí. Reservemos nuestras preocupaciones por el emperador a la intimidad de nuestros pensamientos y plegarias.

En el rostro apergaminado y aguileño de Shanta se formó una sonrisa cortés, desgastada por el uso.

—Cómo no, mi señora. Por supuesto. Os aseguro que no pasa un solo día sin que Jhiral Khimran ocupe un lugar destacado en mis oraciones. —Ensayó una reverencia, leve pero formal, de cintura para arriba—. Estoy seguro de que a vos os ocurre lo mismo.

Omitió mencionar en qué pensaba cuando rezaba con el emperador en mente. Archeth, que nunca rogaba, se limitó a mostrar su aquiescencia con un ruidito impreciso que no llegó a salir de los confines de su garganta.

Reanudaron la marcha por las calles alfombradas de ceniza en silencio y ligeramente más deprisa, acosados por la ambigüedad de las palabras de Shanta, que los perseguía como una fiera con el hocico pegado al suelo, enseñando los dientes.

Capítulo 9

Seguía siendo de día cuando se levantó.

Bostezando, ligeramente sorprendido por este hecho, Ringil deambuló por la casa en busca de criados, y ordenó a los que encontró que le prepararan un baño caliente. Para matar la espera, bajó a las cocinas, rapiñó una bandeja con algo de pan y carne seca, y empezó a comer de pie frente a la ventana mientras se distraía contemplando a través del cristal las sombras que proyectaba el atardecer sobre el césped. El personal de la cocina se atareaba a su alrededor entre vapores y órdenes impartidas a voz en grito, esforzándose por ignorar su presencia, como si de una estatua tan frágil como valiosa que alguien hubiera dejado inoportunamente entre ellos se tratara. Miró en rededor buscando a la chica que le había servido el té, pero no la vio por ninguna parte. Cuando el baño estuvo listo, regresó arriba y se sumergió en el agua caliente hasta que ésta empezó a enfriarse. Tras secarse sin ayuda, se vistió con esmero con las prendas que llenaban el guardarropa nuevo subvencionado por Ishil, se colgó la Críacuervos y una capa con plumas a la espalda, y salió a dar un paseo.

Una luz ambarina jaspeaba los Claros, repletos de transeúntes que disfrutaban de los últimos restos de tibieza del otoño. Por un momento se conformó con deambular sin rumbo entre ellos, sin hacer caso de las miradas de reojo que atraía el mandoble cruzado a su espalda, dejando que el fulgor del sol que declinaba purgara los últimos posos del krin. Al este, en lo alto, el filo del anillo se arqueaba apenas visible contra el fondo azul del firmamento. Ringil se descubrió contemplándolo fijamente, abstraído; de repente tuvo una idea.

Shalak.

Encaminó sus pasos hacia el muelle cubierto de musgo de los Claros, donde había sillas y mesas preparadas para disfrutar de la vista, puestos que servían limonada y pasteles a precios astronómicos, y un tráfico incesante de lanchas de las que no dejaban de entrar y salir grupos de elegantes excursionistas procedentes de los distritos de la parte alta del río. Cuando por fin consiguió encontrar a un barquero que accedió a regañadientes a seguir la corriente hasta Ekelim, se apresuró a embarcar de un salto antes de que el tipo tuviera ocasión de pensárselo dos veces. Se quedó de pie en la popa mientras se alejaban de la orilla, contemplando los Claros, con el rostro bañado por la calidez de un ocaso que parecía pintado en una vidriera, hasta que se dio cuenta de que estaba adoptando una pose. Se sentó, se revolvió sobre la madera mojada con cuidado de no estropear su nuevo atuendo, movió la Críacuervos hasta encontrar una postura relativamente cómoda, y parpadeó con los ojos irritados por el sol.

—Al año le quedan pocos días como éste —comentó el barquero por encima del ruido de los remos—. Dicen que se avecina un invierno aldraíno.

—¿Quién lo dice? —preguntó distraídamente Ringil. La llegada de un invierno aldraíno se había convertido en el pronóstico predilecto de todos los agoreros. Debía de ser lo que pasaba por malas noticias entre los lectores de entrañas del mercado de Strov ahora que la guerra se había saldado con una victoria.

El barquero se aprestó a profundizar en el tema.

—Todo el mundo, mi señor. Todos los pescadores de la zona portuaria aseguran que capturar salmones plateados este año será más difícil que nunca. Las aguas que fluyen provenientes de las islas Hiron se han vuelto heladas, y no es el único indicio. Granizos como puños. En las marismas al sur de Klist se han avistado luces extrañas al amanecer y al ocaso, y la gente afirma que hay un perro negro que se pasa toda la noche ladrando. El hermano de mi mujer trabaja de vigía en uno de los balleneros de Majak Urdin, y dice que este año han tenido que adentrarse muy al norte para avistar algún surtidor. Un día, a finales del mes pasado, rebasaron las Hiron y vieron piedras de fuego que caían al agua procedentes del mismísimo anillo. Aquella noche se desató una tormenta, y…

Etcétera.

Ringil arribó a Ekelim con los ecos de todas aquellas habladurías resonando aún dentro de su cabeza. Tomó la calle de las Carretas desde el puerto, mientras se le ocurría la idea tardía de que Shalak podría haberse mudado en cualquier momento de los últimos diez años. El gentío propio de las primeras horas de la noche entorpecía su avance, pero el corte y el paño de su nuevo vestuario le ayudaron a abrirse camino. La gente no buscaba problemas, ni siquiera en esta punta del río. Las parejas de guardias apostadas en las esquinas observaban a la muchedumbre mientras jugueteaban nerviosamente con sus largas porras de madera; llegado el caso de dirimir alguna disputa, verían lo mismo que los demás en el atuendo de Ringil. Éste se beneficiaría del beneficio de la duda que era consustancial a las personas adineradas, y quien se encontrara al otro lado de la ecuación recibiría una rápida lección de modales que lo dejaría molido a palos al fondo de cualquier callejuela.

Esbozó una ligera sonrisa al llegar a la esquina de las Carretas con el Eje Engrasado, al comprobar que sus preocupaciones por el paso del tiempo carecían de fundamento. Después de una década, el establecimiento de Shalak se mostraba tan inasequible al cambio como la opinión de un sacerdote. Allí estaba la misma fachada de mampostería desportillada, con sus ventanas oscuras salpicadas de manchas parduzcas tenuemente iluminadas desde el interior; los mismos alerones combados sobre la puerta principal, tan bajos que quien hubiera disfrutado de una alimentación sana en su niñez debía agachar la cabeza si no quería darse ningún coscorrón. El mismo cartel críptico colgado de su oxidada abrazadera de hierro en la calle:

Entra y verás.

En el pasado, antes de la guerra, el juego de palabras que adornaba el letrero era distinto: *Entra y echa un vistazo. Seguro que verás algo que te guste*, rodeado de un anillo de arcanos (y Ringil siempre había sospechado que falsos) glifos aldraínos.

Pero luego llegaron los años cincuenta, las hostilidades, el aliento de dragón y los invasores extranjeros del mar. Lo que antaño no era más que un inofensivo señuelo dirigido a los diletantes entusiastas del Pueblo Evanescente que componían la clientela de Shalak se convirtió de repente en una declaración de intenciones sortílegas rayana en la traición. Algunos decían que los aldraínos provenían del oeste, el mismo punto cardinal que había vomitado al Pueblo Escamoso; Shalak vio cómo la turba enfurecida le destrozaba las ventanas un par de veces, hubo de correr para no morir apedreado en la calle en más ocasiones de las que podía contar fácilmente, fue llamado a declarar repetidamente ante el Comité de la Moral Pública. Captó el mensaje. El letrero se descolgó, todas las superficies del interior del local se restregaron a conciencia para eliminar los glifos que las adornaban, y cualquier insinuación sobre las propiedades mágicas de los artículos que vendía Shalak se reemplazó por notas que aseguraban que no se sabía nada con exactitud acerca de la cultura aldraína, que nadie recordaba haber visto jamás a un dwenda, y que su mera existencia era, con toda probabilidad, un montón de leyendas infantiles y nada más. Ringil siempre había sospechado que a Shalak debía de haberle dolido en el alma redactar aquellas notitas de su puño y letra; con independencia de las manías de sus clientes, él siempre había sido un verdadero creyente. Pero la única vez que había abordado el tema, con la impetuosidad propia de la juventud, Shalak se limitó a contestar con una sonrisa de resignación y los tópicos que cabría esperar en cualquier ciudadano de pro.

Todos debemos hacer sacrificios, Ringil. Estamos en guerra. Con que mis padecimientos se limiten a esto, me conformo.

¡Bah, venga ya! Ringil esgrimió la nota adherida a una talla al azar. *¿Y esta mierda? «Nadie recuerda haber visto jamás a un dwenda». No me jodas, Shal. Tampoco recuerda nadie haber visto a Hoiran paseando por ahí, pero sus putos templos no tienen pinta de ir a cerrarse mañana. Menudo hatajo de hipócritas de los cojones*.

La gente tiene miedo, Ringil. Una magulladura lívida rodeaba el ojo izquierdo de Shalak. *Es comprensible*.

La gente es un rebaño de ovejas, se enfureció Ringil. *Putas ovejas agilipolladas*.

Dicho lo cual, Shalak no había dado muestras de desacuerdo.

Tampoco él había cambiado mucho en todo este tiempo. Las vetas de su barba, muy corta, tendían más al blanco que al gris, y la frente arrugada parecía más despejada que de costumbre, pero la cara de oficinista ligeramente lúgubre que se levantó del tomo con tapas de cuero sobre el que Shalak estaba encorvado cuando Ringil abrió la puerta de la tienda y entró agachando la cabeza era la misma de siempre.

—¿Sí, noble señor? ¿En qué puedo ayudaros?

—Bueno, para empezar, puedes dejarte de títulos honoríficos de adorno —Ringil se quitó el gorro—. Y luego podrías fijarte mejor, si no te importa.

Shalak parpadeó. Se quitó los anteojos que había estado usando para escudriñar el libro y miró con atención a su nuevo cliente. Ringil ejecutó una elaborada reverencia.

—¿Alish? No, espera un momento. ¿Ringil? ¿Ringil Eskiath? ¿Eres tú de verdad? —Shalak se levantó de la silla de un salto y corrió a agarrar a Ringil por los brazos—. Por los dientes de Hoiran, ¿pero qué haces tú aquí?

—He venido a verte, Shal.

Shalak elevó la mirada al techo y lo soltó.

—Por favor. Sabes que Risha te sacará los ojos como te vea coqueteando conmigo de esa manera. —Pese a sus palabras, saltaba a la vista que se sentía halagado—. En serio, ¿por qué has vuelto?

—Es una historia muy larga y aburrida —Ringil se sentó en la esquina de una mesa cargada de trocitos de piedra, gemas semipreciosas y misteriosas figuritas metálicas—. Sin embargo, no me vendría mal un poco de consejo, Shal.

—¿Consejo? ¿De mí?

—Cuesta creerlo, ¿verdad? —Ringil cogió un pedazo de alambre de hierro retorcido con un glifo labrado en el centro—. ¿De dónde has sacado esto?

—Un proveedor. ¿Sobre qué quieres consejo?

Ringil paseó la mirada alrededor de la tienda, sin prisa.

—Adivina.

—¿Esperas que te asesore sobre los aldraínos? —Shalak hizo una mueca y se rió por lo bajo—. ¿Qué mosca te ha picado, Gil? ¿De repente tienes tanto dinero que no sabes en qué gastarlo? Pensaba, ya sabes, que a alguien como tú le interesarían más las reliquias kiriath.

—Ya tengo todas las reliquias kiriath que necesito —Ringil apuntó con dos dedos a la empuñadura que sobresalía por encima de su hombro—. En cualquier caso, no voy a comprar nada. Sólo quiero que me des tu opinión sobre un par de asuntos.

—¿De qué se trata?

—Si tuvieras que matar a un dwenda, ¿cuál sería la mejor forma de hacerlo?

Shalak se quedó boquiabierto.

—¿Cómo?

—Venga, ya lo has oído.

—¿Quieres saber cómo se mata a un dwenda?

—Sí —Ringil cambió de postura, irritado, pellizcó un hilo suelto de su, diablos, puta túnica nueva, qué clase de artesano de mierda pensaba Ishil que…—. Correcto, eso he dicho.

—Bueno, no sé. Para empezar, habría que encontrar uno. El Pueblo Evanescente, nadie…

—Nadie recuerda haberlo visto. Sí, ya lo sé, lo pone en el letrero. Pero imaginemos por un momento, hipotéticamente, que me hubiera encontrado con uno. Supongamos que se interpone en mi camino. ¿Cómo me lo cargo, Shal? —Ringil ladeó la cabeza para indicar el mango de la Críacuervos—. ¿Lo conseguiría con esto?

Shalak frunció los labios.

—Lo dudo. Tendrías que ser muy rápido.

—Bueno, me lo han llamado en varias ocasiones. —Se abstuvo de añadir que, en los últimos tiempos, dichas ocasiones pertenecían cada vez más al reino de los recuerdos. Siempre habían circulado historias, naturalmente, leyendas de sus días en el frente, ¿pero quién (aparte de él mismo, en la taberna de Jhesh, y cada vez con menos entusiasmo) seguía contándolas?

Shalak deambuló por el interior de la tienda, contemplando los cachivaches que la atestaban. Se frotó la frente mientras pasaba por debajo de un colgante de campanillas de madera, hizo una mueca.

—El caso es que no sabemos casi nada de los dwenda, Ringil. Quiero decir, las cosas que vendo no sirven para nada en su mayoría…

—¿No?

El mercader le lanzó una mirada de irritación.

—Vale, vale. Me gano la vida con ilusiones y medias verdades, con aquello en lo que la gente quiere creer desesperadamente. No hace falta que me lo recuerdes. Pero el quid de la cuestión es que esto es algo que escapaba incluso a la comprensión de los kiriath. Una vez se enfrentaron a los dwenda por el control de este mundo, ya lo sabes. Pero si uno lee los anales, es evidente que en realidad no conocían a su adversario. Hay referencias a fantasmas, cambiaformas, posesiones, piedras, bosques y ríos que cobraban vida cuando los aldraínos se lo ordenaban…

—Por favor, Shal, déjalo —Ringil sacudió la cabeza—. No puedes ser tan ingenuo. He venido en busca de una opinión meditada, no de los mismos rumores que podría balbucir cualquier imbécil de Strov.

—Es lo que te ofrezco, Gil. Una opinión meditada. Aparte de las leyendas orales y un puñado de runas garabateadas en las piedras erguidas a lo largo de la costa occidental, sólo las crónicas del Indirath M’nal podrían proporcionarnos alguna pista sobre la verdadera naturaleza de los aldraínos. Ésa es la única fuente fidedigna que existe. El resto de lo que escribieron los kiriath sobre el tema parte de ahí. Y el Indirath M’nal asegura, entre otras cosas, que los dwenda podían insuflar vida en el agua, la roca y la madera.

—Ya, y en su día conocí a pastores majak que afirmaban que los kiriath eran demonios con la piel ennegrecida por el fuego —Ringil dobló un codo, levantó la mano, y juntó y separó los dedos como si imitara el graznar de un pato—. Expulsados de las profundidades del averno, condenados a vagar eternamente por la tierra, blablablá. Todos los días se oyen chorradas por el estilo, invenciones de personas cuya estupidez les impide ver la verdad. Tendrías que haber escuchado al barquero que me trajo aquí desde los Claros. Que si fuego en el cielo en el norte, que si luces en las marismas, que si un perro negro que se pasa la noche entera ladrando… A nadie se le ocurre preguntarse exactamente cómo es posible saber de qué color es el perro a partir de sus putos ladridos.

Shalak ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, Gil? ¿A qué viene tanta rabia?

Eso le cerró la boca de golpe. Fijó la mirada en el suelo de la tienda, pulcramente barrido, y enarcó una ceja ante la tensión contenida en su voz recién silenciada.

—¿Qué sucede, Gil? —insistió Shalak.

Ringil sacudió la cabeza.

—Da igual —suspiró—. No es nada. Anoche anduve por ahí hasta las tantas, de juerga, ya me conoces. Lo siento. Continúa, ¿estabas diciendo?

—Tú estabas diciendo. Que la gente es demasiado estúpida para buscar los hechos y prefiere escudarse en la superstición. No te falta razón, pero olvidas lo más importante. Hablas de humanos, e ignorantes, encima. Los escribas que compusieron el Indirath M'nal no eran ninguna de las dos cosas. Pertenecían a la flor y nata de la cultura kiriath, su educación era sobresaliente y conocían lugares que a muchos de nosotros nos costaría imaginar siquiera. Y esos tipos tenían miedo de los dwenda, ésa es la verdad, según se desprende de la forma en que están escritos los textos. Más evidente que las intenciones de una chica sola de noche en la zona del puerto.

Ringil pensó en los kiriath que conocía; Grashgal, Naranash, Flaradnam, y todos los demás nombres que se habían difuminado con el paso de los años. Pensó en el aura de estoicismo y autoridad que los acompañaba en la guerra con el Pueblo Escamoso, en la metódica ferocidad con la que combatían. Se trataba de mera fachada, le había insistido Archeth una vez, parte de la sobriedad cortesana que impregnaba la cultura kiriath desde sus raíces; pero si tenía razón, era una fachada que no decaía nunca, ni siquiera mientras Naranash se desangraba en la playa de Rajal, sonriendo con los dientes teñidos de sangre, con un Ringil impotente acuclillado junto a él.

Parece que tendrás que cargarte al resto sin mí, ¿eh? ¿Estamos ganando, muchacho?

Ringil miró de reojo a su alrededor; el flanco de Yhelteth se desmoronaba y se desmigaba como una armadura barata ante los repetidos impactos del frente reptil que no dejaba de estrellarse contra ellos; los aterrorizados soldados huían en estampida de las líneas destrozadas, al son de los alaridos de sus compañeros contusionados, abrasados o descuartizados a lo largo de toda la playa; las lanchas de desembarco intentaban escapar de la ensenada y evacuar a quienes habían tenido la fortuna de llegar a los bajíos…

Sí, le dijo a Naranash. *Estamos ganando. Parece que Flaradnam ha logrado defender el rompeolas, después de todo. Les estamos obligando a replegarse*.

El caballero kiriath escupió un cuajaron de sangre. *Eso está bien. Es un buen tipo, ese Nam, aguantará hasta el final. Lástima que tenga que perderme esa fiesta*. Dedicó un momento a toser guturalmente. *No pierdas de vista esa espada, ¿me oyes? Es la mejor amiga que tendrás nunca. Amiga de los cuervos, recuérdalo. Asegúrate…*

Fue en aquel instante cuando el peón reptil se abalanzó sobre Ringil, que sólo tuvo tiempo de oír un alarido ensordecedor y sentir el impacto chirriante de unas escamas contra su coraza antes de trastabillar y desplomarse de espaldas en la arena. La larga cola erizada de espinas restalló de un lado a otro, las garras encontraron asidero, y Ringil gritó de dolor en las fauces de la criatura mientras le hundía la empuñadura de la Críacuervos en un ojo. El peón chilló y entrechocó los colmillos a escasos centímetros de su garganta. Ringil interpuso el antebrazo izquierdo a modo de guardia, soltó la Críacuervos y clavó dos dedos estirados de la liberada mano derecha en el ojo lastimado, traspasando la cuenca ocular hasta tocar el cerebro que había detrás. El lagarto se contorsionó, chilló y lanzó mordiscos al aire mientras Ringil le daba la vuelta en medio de la tormenta de arena que estaba levantando con la cola. Usó todo el peso de su cuerpo para inmovilizarlo sin dejar de apretar con los dedos, que se hundieron hasta los nudillos, rodeados por un áspero párpado nictitante que aleteaba como una polilla atrapada en las palmas ahuecadas de un niño. La cola era un látigo enloquecido, la arena mojada volaba por los aires en todas direcciones y le azotaba la cara, le llenaba la boca de grava mientras resoplaba, gruñía y luchaba hasta que por fin, por fin, con un chirrido atiplado en la garganta y un último estertor, la puta cosa se dignó morir.

Cuando Ringil volvió a ponerse en pie, tambaleándose, vio que Naranash también había exhalado su último aliento.

Nunca supo si el caballero kiriath había sido testigo del ataque del peón en aquellos últimos momentos de vida, si había entendido lo que ocurría y extraído sus propias conclusiones tardías sobre el devenir de la batalla. Si había muerto sabiendo que Ringil le había mentido.

Fuera como fuese, Ringil nunca lo había visto asustado.

—¿Seguro que tu interpretación de los textos es correcta? —le preguntó a Shalak —. Quiero decir, quizá el idioma…

—Me crié hablando tethanno además de naómico, Gil. Mi madre me enseñó también a leerlo. He estudiado las copias de las traducciones del Indirath M’nal que se conservan en Yhelteth, he visto las observaciones anotadas, comentarios que mis conocimientos del alto kir original me permitieron descifrar. Y te aseguro, Gil, que cuando los kiriath se levantaron en armas contra el Pueblo Evanescente, estaban cagados de miedo.

Shalak enlazó las manos a la altura de la cintura y echó la cabeza ligeramente hacia atrás. Ringil recordaba esa pose, se la había visto adoptar en las reuniones que los entusiastas de los aldraínos de la ciudad celebraban todos los veranos, sesiones a las que había asistido cuando era joven. La gente se apiñaba y conversaba en la penumbra del atardecer mientras degustaba vino en copitas aldraínas de imitación en los diminutos jardines que había detrás de la tienda. Sabía que se avecinaba una cita, y no se vio defraudado.

—«¿Cómo deberíamos combatir a un enemigo que no es por completo de este

mundo?» —declamó Shal—. «Vienen a nosotros con forma de fantasma, golpeando rápidos como serpientes desde las nieblas fantasmales, y cuando contraatacamos regresan a la niebla y se ríen, una burla ronca en el viento. Se…» el resto de sus palabras se perdió, barrido por la fría brisa que había surgido de la nada para ascender por el cuello de Ringil, que se vio transportado de improviso a la noche anterior, al camino nublado por el krin que había tomado al salir de la casa de Gracia del Cielo, a la caricia de una carcajada etérea en su rostro. Sintió cómo el mismo escalofrío volvía a reptar por su nuca y descubrió que había levantado una mano sin darse cuenta para tocarse la mejilla allí donde parecía que la risa la hubiera rozado.

—Bastante concluyente, ¿no te parece?

Shalak había terminado ya con las citas y lo observaba expectante. Ringil parpadeó.

—Esto… sí —se esforzó por disimular su distracción—. Supongo. Uhm, esa parte acerca de no ser «por completo de este mundo». Dicen que los aldraínos surgieron del anillo, ¿verdad? Y que allí regresaron. ¿Crees que es posible?

—Con los aldraínos, todo es posible. ¿Pero probable? —Shalak sacudió la cabeza—. Habla con cualquier astrónomo decente, tanto aquí como en el Imperio, y te dirá que el anillo se compone de un millón de partículas distintas en movimiento que capturan los rayos del sol. Por eso brilla, como las motas de polvo en una columna de luz. Pese a las apariencias, no se trata de un mero arco sólido. Me cuesta imaginar qué podría vivir en medio de algo así.

Ringil se quedó pensativo.

—Los majak creen que el anillo es un puente que conduce al hogar celeste de quienes mueren con honor. Un camino para los espíritus de sus difuntos.

—Ya, pero los majak son un hatajo de salvajes.

Ringil pensó en los rasgos cubiertos de cicatrices y tatuajes de Egar, y se sorprendió ante la inesperada llamarada de afecto que desencadenaba el recuerdo. Aunque el nómada estepario no dudaría en describirse en términos parecidos, sin perder la sonrisa (*No necesito la puta civilización, Gil*, le había confesado una noche alrededor de la fogata del campamento durante la marcha que habría de llevarlos a Hanliahg, *ni la necesitaré nunca*), eso no impedía que la mueca de desprecio de Shalak lo zahiriera como un dardo. Reprimió el coletazo de rabia irracional que amenazaba con ponerlo a la defensiva.

—No estés tan seguro —repuso, despacio—. Cuando uno pasa una temporada en el norte, ve cosas muy raras en el cielo. Deberías viajar allí alguna vez. Además, se dice que los aldraínos son guerreros fantasma. Así que, no sé, a lo mejor hay algo de verdad en todo ello.

—Sinceramente, Ringil, no creo que un puñado de monsergas chamanísticas resistan la menor comparación con las obras reunidas de las mentes kiriath más brillantes.

—Está bien. Entonces, explícame cómo se las apañaron esas mentes tan brillantes

para derrotar a los aldraínos.

Shalak encogió los hombros.

—La maquinaria inclinó la balanza a su favor, por lo visto. Como ocurría casi siempre con ellos. Existen numerosas referencias que apuntan a…

Alguien empezó a desgañitarse en la calle, al tiempo que algo golpeaba con fuerza la pared. Shalak dio un respingo, espoleado quizá por recuerdos ingratos, y corrió hacia una de las mugrientas ventanas de la tienda. Tras asomarse un momento al exterior, se tranquilizó y dijo:

—Nada grave, se trata tan sólo de Darby. Parece que le ha dado otro de sus ataques.

—¿Darby? —Ringil se levantó y zigzagueó entre los colgantes de campanillas mientras se acercaba a la ventana—. ¿Alguno de tus vecinos?

—No, menos mal —Shalak se apartó ligeramente para permitir que Ringil se situara a su lado y asintió con la cabeza en dirección a la escena que estaba representándose tras el cristal—. Fíjate.

A la luz del atardecer, la muchedumbre que llenaba la calle se había apartado y replegado hasta convertirse en un conjunto silueteado, un biombo que delimitaba un amplio óvalo empedrado. En el centro de la improvisada arena se erguía una figura solitaria. Su atuendo consistía en distintos harapos debajo de un abrigo demasiado largo de color azul que Ringil creyó reconocer pese a la suciedad que lo recubría, y blandía algo parecido a una maza con las dos manos, como si se tratara de un hacha. A sus pies, un par de formas elegantemente ataviadas rodaban por los adoquines, apretándose el cuerpo con las manos allí donde debían de haber aterrizado los golpes que los habían mandado al suelo.

—Darby —repitió Shalak, como si esa palabra bastara para explicarlo todo.

—¿Y los otros?

El tendero hizo una mueca.

—Ni idea. Picapleitos, a juzgar por sus capas. Lo más probable es que hayan salido de los tribunales del Crucero de Lim, las sesiones deben de estar terminando ahora. A Darby no le caen bien los abogados.

Eso saltaba a la vista. El susodicho se cernía sobre las dos figuras derribadas enseñando los dientes, con los ojos muy abiertos y sin pestañear. Hacía tiempo que el agua no tocaba su maraña de mugrientas guedejas grises, a juego con la barba que le llegaba hasta el pecho. El cristal de la ventana impedía oír lo que les estaba diciendo a los hombres.

El arma que sostenía en las manos se mantenía firme en todo momento.

Cuando el sol poniente se reflejó en una de sus charreteras, la familiaridad dio paso de pronto al reconocimiento en la cabeza embotada por el krinzanz de Ringil, que masculló una maldición para sus adentros.

Fue entonces cuando apareció la guardia.

Seis figuras se abrieron paso con los hombros entre el telón de espectadores,

ayudándose de golpes medidos con los extremos de sus cachiporras, ante la impasibilidad de Darby. Irrumpieron en el espacio despejado en holgada formación, se fijaron en la maza y tal vez reconocieron también el abrigo, al igual que Ringil. Cruzaron la mirada entre ellos. Las víctimas de Darby se quedaron donde estaban, postradas aún a sus pies, aturdidas al sol, conscientes de lo que sucedía a medias en el mejor de los casos. Nadie dijo nada. Los guardias empezaron a desplegarse a continuación, deslizándose con parsimonia a lo largo del borde interior del círculo de curiosos como café derramado en un platillo, rodeando a su objetivo, preparándose para aprovechar su superioridad numérica.

La barba de Darby no consiguió disimular por completo su sonrisa.

Ringil se encaminaba ya hacia la puerta.

El primero se abalanzó sobre Darby por la espalda, a la altura de su hombro izquierdo. Era un movimiento evidente, fácil de anticipar. Después de todo, los de delante no podrían luchar por encima de los cuerpos aún con vida de los prohombres derribados. La sombra alargada que proyectaba sobre los adoquines delató su ataque. Cuando el guardia proyectó la porra hacia abajo, Darby ya no estaba allí. Se había echado hacia atrás en diagonal, con un movimiento no exento de cierta elegancia espontánea, casi como si de un paso de baile se tratara. El guardia se vio atrapado con los brazos en alto, arrastrado hacia delante por la inercia de su movimiento. Darby impulsó la maza con fuerza en horizontal, contra el vientre y las costillas desprotegidas de su agresor. El impacto resultante produjo un crujido de madera astillada bajo el hacha de un leñador. El guardia emitió un alarido estrangulado.

Sus compañeros corrieron a sumarse a la refriega sin orden ni concierto.

Darby retrajo la maza como si fuese una espada, pero no lo era. Se trataba de un arma burda y roma, y el guardia estaba doblado sobre ella con todo su peso. En el momento que tardó en completar la maniobra, un segundo guardia le propinó un porrazo en los hombros. Cometió el error de no apuntar a la cabeza. Darby se tambaleó con un gruñido, pero no se cayó. Cuando su oponente intentó desequilibrarlo barriéndole los pies de debajo del cuerpo, Darby utilizó la maza como un puñal para golpear a su espalda y estrellarle la punta en la cara. El sol se reflejó en las gotas carmesíes que salieron volando por los aires. Darby profirió un rugido de júbilo al ver la sangre, saltó por encima de los cuerpos de los abogados y aterrizó como un gato entre dos de los guardias antes de que éstos tuvieran ocasión de reaccionar. Giró la maza a su alrededor como un torbellino borroso. La multitud dio un paso atrás entre gritos de entusiasmo. La maza impactó en la cabeza de uno de los guardias, que retrocedió trastabillando, pero el segundo consiguió esquivarla bien por casualidad, bien por tener más experiencia en combate que sus compañeros.

Todo esto lo vio Ringil mientras salía de la tienda, aunque no suponía ninguna sorpresa; el abrigo auguraba cómo iba a desarrollarse el combate por sí solo. Pero el guardia ileso que estaba más cerca de Darby se acercó a él sosteniendo la cachiporra con ambas manos como si fuera una espada, fintando y bloqueando, aullando con voz

ronca y gutural a aquellos de sus compañeros que quedaban en pie.

—¡Poneos detrás de él! ¡Derribad de una puta vez a este malnacido!

Era lo bastante joven como para que Darby pudiera ser su padre, y veloz. Interceptó un mazazo, lo desvió con un movimiento giratorio y descargó un golpe enrabietado contra el codo del veterano. Darby escupió una sarta de obscenidades pero reanudó el asalto sin ceder ni un palmo de terreno. Una parte de Ringil vitoreó para sus adentros ante el espectáculo. El guardia se apartó del arco que dibujaba la maza en el aire y embistió empuñando la cachiporra a modo de bastón. Atenazó el brazo de Darby contra su cuerpo, inmovilizando la maza, y apuntaló los pies en el suelo para empujarlo hacia atrás. Un segundo guardia aprovechó la ocasión para saltar sobre él por la espalda. Tras pasar la cachiporra por encima de la cabeza de Darby, la enganchó a la altura de su garganta y tiró con fuerza hacia atrás, obligándolo a agacharse y arrastrándolo hasta un par de metros de la pareja de abogados, que se habían sentado y por fin empezaban a fijarse en lo que ocurría a su alrededor. Darby emitió un jadeo entrecortado, pataleó y, por último, cayó al suelo cuando su agresor dobló una rodilla para ponerle la zancadilla. El joven guardia se acercó al pordiosero derribado, esquivando sus alocados puntapiés, y tomó carrerilla para darle una patada en la entrepierna con todas sus fuerzas. Darby se retorció de dolor entre alaridos.

Los guardias estrecharon el cerco. Se desató una tormenta de porrazos.

—¡Basta! Ya está en el suelo.

Pero los agentes tenían la sangre encendida. Ningún grito bastaría por sí solo para frenarlos; Ringil, que lo sabía mejor que nadie, no interrumpió su avance mientras las palabras brotaban de sus labios. Alargó la mano izquierda para interceptar la trayectoria descendente de una de las cachiporras y tiró con fuerza del arma. Sorprendido, su propietario aflojó la presa y se tambaleó. Ringil lo agarró por el cuello con la diestra, impacientándose, y lo apartó de su camino sin miramientos. Se zambulló en la refriega esgrimiendo la porra sustraída, dispuesto a acabar con aquella locura de una vez por todas.

Un puñetazo en una barriga, un porrazo en los nudillos, una maraña de piernas… *¡Bloquea! ¡Empuja! ¡Golpea!* Hacía tiempo que no luchaba con palos (desde aquel concurso de pueblerinos en el que lo había embrollado Jhesh hacía unos años, cuando Ringil atravesaba un bache financiero y los cuentos no bastaban para pagar su manutención), pero era imposible olvidar la técnica por completo. En la academia había practicado exhaustivamente con lanzas majak de simulacro, antes de que le permitieran empuñar una de verdad, y dominaba además el arte marcial del combate sin armas, originario de Yhelteth, cuya práctica no requería más que una simple caña de bambú para alcanzar todo su grácil y mortífero potencial. Los guardias también habían recibido adiestramiento, lógicamente, pero sin demasiado entusiasmo, y no se esperaban esta nueva agresión. Ringil tardó apenas unos segundos en apartarlos del hombre tendido en el suelo, obligándolos a trazar un círculo precavido similar a la

formación con la que habían cercado a Darby al principio. La diferencia estribaba en que ahora dos de ellos yacían inertes encima los adoquines, fuera de combate merced a los denuedos previos de Darby, y los otros cuatro, cubiertos de magulladuras y rasguños, no sabían qué pensar de este recién llegado. *Quiero decir, fijaos bien, compañeros*: su capa azul se intuía suave como el musgo y saltaba a la vista que costaba más de lo que ellos podrían ganar en un mes, el atuendo con bordados que había debajo era igual de elegante, portaba una espada cruzada a la espalda, en sus ojos anidaba una calma asesina, y sostenía la cachiporra robada con una mano, apuntada hacia delante como si de un arma blanca se tratara.

Ringil giró la cintura despacio mientras señalaba a cada hombre con el mango de la porra, retándolos a contraatacar.

—Creo que podéis dar el arresto por finalizado —dijo con voz tranquila—. Ya está bien por hoy, ¿no os parece?

—Estás entorpeciendo a la justicia —farfulló el joven que había aprovechado su agilidad para incapacitar a Darby durante la refriega—. Ese hombre es un alborotador reincidente.

—No lo pongo en duda —Ringil dio un paso de lado, sin dejar de observar a los guardias que lo rodeaban, y dio unos golpecitos a Darby con la punta de la bota. El hombre gruñó, tendido en el suelo—. Pero algo me dice que alborotar no se cuenta entre sus prioridades más inmediatas en estos momentos, ¿verdad?

—Hay heridos por su culpa, y tiene antecedentes.

—Bueno, dejemos el pasado a los historiadores. ¿Dónde están esos heridos?

Los dos abogados no habían salido corriendo, por desgracia, sino que se habían camuflado entre la multitud de curiosos. Ringil los observó de soslayo cuando dieron un paso al frente con el atuendo alborotado, encendidas y cubiertas de rasguños las mejillas.

—¿Os habéis peleado con este hombre?

—Empezó él —farfulló el que parecía haber salido peor parado de los dos—. Se nos echó encima sin que mediara la menor provocación y empezó a empujarnos contra la gente, insultándonos así como así.

—Embusteros de mierda —recusó con voz pastosa Darby, que había conseguido incorporarse sobre un brazo a los pies de Ringil. El movimiento vino acompañado de una pestilente mezcla de piel sin lavar, orines y vino barato. Debía de hacer al menos un par de meses que el hombretón no se bañaba—. Animal, me llamaron. Puto perezoso de las marismas. No hace mucho estaba arriesgando el pellejo para que vuestras mamás no terminaran ensartadas en la polla de un lagarto gigante. ¿Y así me lo agradecéis? Me ganaba la vida de forma honrada, con el acero, joder, no como vosotros con vuestros legajos y vuestros frascos de tinta, que sólo sirven para dejarlo a uno sin techo ni familia.

—No sé de qué habla —terció el otro abogado, algo más tranquilo que su compañero. La perspicacia propia de su profesión le había permitido reparar en los

elegantes ropajes de Ringil—. A juzgar por el estado en que se encuentra este hombre, no obstante, creo que huelga decir quién tiene razón en este caso.

—Eso que lleva puesto es el abrigo de un explorador de escaramuzadores —dijo Ringil, intentando no respirar por la nariz—. Lo que sugiere que alguna vez se le consideró apto para dar la vida por esta ciudad. Es posible que sus palabras entrañen algo de verdad.

El abogado se sonrojó.

—¿Me acusáis de mentir, caballero?

—Si te lo quieres tomar así.

El silencio se cernió sobre ellos ante la atenta mirada de la multitud embelesada. Los abogados cruzaron la mirada con preocupación. Ninguno de los dos portaba más protección que las dagas ceremoniales de su oficio, armas que evidentemente no tenían ni idea de cómo emplear.

—Mira —empezó uno de ellos. Ringil lo interrumpió sacudiendo la cabeza.

—Ninguno de los dos parece revestir heridas de gravedad, sólo os han dado una tunda. Nada que no se solucione con una visita a los baños. Si yo estuviera en vuestro lugar, cortaría por lo sano y me iría a casa. Tomáoslo como una valiosa lección de modales.

Les sostuvo la mirada hasta cerciorarse de que harían lo que les decía. Vio cómo se abrían paso a empujones entre los espectadores y se alejaban intercambiando murmullos airados, sin nada más que un par de miradas furtivas por encima del hombro. La muchedumbre se los tragó, y surgió un coro de conversaciones tras su estela. Nadie parecía excesivamente molesto por el modo en que se había resuelto la escena. Ringil volvió a concentrarse en los guardias.

—Por lo visto la acusación ha decidido retirar la denuncia —comentó plácidamente—. Bueno, ¿qué me decís? ¿Le mostramos un poco de generosidad a este veterano, como personas civilizadas? ¿Dejamos que se vaya con una amonestación?

Los murmullos dispersos que suscitaron sus palabras parecían indicar que la multitud aprobaba la idea.

—Con la venia, al puto acusado le gustaría ponerse de pie —graznó Darby, a la vez que intentaba levantarse. No lo consiguió, sino que resbaló y se cayó de costado. Se quedó tumbado en el suelo, sangrando por el corte profundo que le dividía una ceja. Los espectadores se rieron.

Ringil reprimió una punzada de rabia abrasadora.

—«Honrad la deuda no pagada» —murmuró Darby, parpadeando, paseando la mirada a su alrededor desde su asiento en el suelo, provocando más carcajadas. Cada uno de sus movimientos añadía nuevas vaharadas malolientes al aire, saturado ya con su hedor—. «La vida y la sangre rendidas con honor».

—Menudo veterano de los cojones —resopló el más joven de los guardias—. Está recitando la inscripción del puto Memorial de Grel. Cualquier pordiosero con

dos dedos de frente podría hacer lo mismo. Para colmo, este desgraciado es un borracho pervertido. Pregunta a cualquiera de los vecinos. Siempre anda buscando problemas, exhibiéndose ante las mujeres decentes que viven en esta zona, insultando a todo el mundo de día y de noche. Y en cuanto al abrigo, seguro que el muy cabrón se lo quitó a algún cadáver en Desembarco del Pobre.

—Eso. —Uno de sus compañeros hizo una mueca—. Y me da en la nariz que no se ha vuelto a lavar desde entonces. Valiente explorador de escaramuzadores.

Ringil indicó con la cabeza a los dos miembros de la guardia que seguían sin recuperar el conocimiento encima de los adoquines.

—¿No os parece que sabe pelear demasiado bien para tratarse de un simple pordiosero pervertido borracho?

—Estábamos desprevenidos —replicó el joven—. Tuvo suerte.

Ringil lo miró a los ojos.

—Si hubiera tenido un arma de filo, ahora todos estaríais muertos. Sois vosotros los que podéis consideraros afortunados.

El guardia apartó la mirada.

—Cumplíamos con nuestro deber —musitó—, eso es todo.

Ringil vio la oportunidad que se le presentaba y se apresuró a aprovecharla.

—Cierto, y apuesto a que el trabajo os habrá dado sed. Mirad, tengo una idea. Soy una persona de posibles, antiguo soldado a mi vez, y supongo que este viejo combatiente me ha caído en gracia. Pero ése no es motivo para esperar que unos profesionales tan honrados como vosotros olviden su compromiso de mantener el orden público. Para compensaros por las molestias, se me ocurre que podría invitaros a todos a un par de jarras en esa taberna que se ve al final de la calle.

Los cuatro guardias intercambiaron las miradas, dubitativos. Uno de los mayores inclinó la cabeza en dirección a sus dos camaradas inconscientes.

—¿Y qué hacemos con ellos?

—Claro, me imagino que necesitarán atención médica. —Decidido a impedir que los volátiles estados de ánimo se inclinaran en su contra, Ringil dejó que la cachiporra cayera al suelo de adoquines y sacó el monedero—. Será un placer correr con los gastos, qué menos.

Además, sólo es el dinero de Ishil. Que a su vez sólo es el dinero de Gingren.

Uno de los curiosos lo vitoreó, y los gritos de aprobación se propagaron entre el público. Ringil se obligó a sonreír ante los aplausos con toda la sinceridad que fue capaz de reunir. Abrió la bolsa y sacó un puñado de monedas.

—¿Quién está al mando? —preguntó.

Capítulo 10

Embozado en un manto con capucha, a lomos de un caballo arrocinado, Poltar el chamán llegó a las puertas de Ishlin-ichan cuando el sol ya había comenzado a ponerse. Un par de corpulentos centinelas ishlinak salieron a recibirlo pavoneándose, cordiales pero lanza en ristre. Sonriendo y echándose el aliento en las manos, su capitán se apartó de la calidez titilante del brasero que ardía en el interior de la garita para anunciar, con un bostezo:

—Doce.

—El peaje son siete —repuso rígidamente Poltar.

—Bueno, tarifa nocturna. —El capitán pateó el suelo, tosió y escupió—. Aquí enfría por la noche, ¿sabes? Doce, te he dicho. ¿Quieres pasar o no?

Por lo general el chamán habría esgrimido su estatus para exigir la entrada gratuita o, si eso fallaba, habría intentado al menos rebajar el precio con amenazas arcanas. Pero en estos momentos prefería renunciar a un puñado de monedas y encajar la extorsión con tal de permanecer en el anonimato. Los asuntos que lo llevaban a la ciudad se podrían calificar de censurables en un hombre de fe como él, y además, ahora que los rumores sobre el ridículo al que lo había sometido el Matadragones estaban propagándose a los cuatro vientos, no estaba seguro de cuál era su reputación actual, ni siquiera tan lejos de las tiendas de los skaranak.

No permitiría que se rieran de él, costara lo que costase.

Una vez pagado el peaje, cruzó la empalizada y cabalgó con parsimonia por las estrechas calles del asentamiento, maldiciendo sin cesar a Egar para sus adentros mientras se agachaba para esquivar las cuerdas de los tendederos que colgaban entre las casas. Ishlin-ichan, aunque su grandilocuente nombre significara «ciudad de los ishlinak», exigía un generoso esfuerzo de la imaginación para hacer justicia a ese título. Más que una ciudad era un desperdigado campamento de invierno amurallado, una brillante idea inspirada por climas menos intempestivos y por un par de oportunos meandros del río Janarat. Hacía un siglo aproximadamente, animados por estos factores y por el auge del comercio con el sur, un puñado de antepasados de los ishlinak empezaron a sustituir sus tiendas por construcciones más recias. Con el tiempo terminarían renunciando por completo a su estilo de vida nómada. *¿Por qué perseguir el sustento por toda la estepa*, debieron de razonar, *cuando cabía la posibilidad de que acudiera por su propio pie atraído por las fogatas y se ofreciera directamente para el sacrificio*?

El tiempo les dio la *razón*. El centro de confluencia que ofrecía Ishlin-ichan atrajo a mercaderes tanto de la Liga de Trelayne como del Imperio, ávidos de negocios y encantados de no tener que realizarlos entre paredes de lona. De forma parecida, seducidos a su vez por esta apertura de nuevas vías comerciales, los pastores de los

demás clanes majak empezaron a llevar sus productos a Ishlin-ichan antes que a los otros puntos de venta temporales repartidos por la estepa, más próximos pero menos lucrativos. Los artículos más básicos, al principio: pan, carne, prostíbulos y tabernas. Después llegaron los establos, los vendedores de caballos se establecieron y se asentaron fraguas con hornos de gran tamaño de los que por fin podía extraerse acero de calidad. Los jóvenes majak venían a Ishlin-ichan a comprar ropa y a pavonearse por sus calles. Los reclutadores del sur, antaño obligados a recorrer las estepas tras las bandas de nómadas y seguir la pista de los luchadores más prometedores persiguiendo rumores, descubrieron que era muchísimo más fácil montar un despacho en la incipiente ciudad y esperar a que los reclutas se presentaran ante ellos. De este modo, las cabañas de Ishlin-ichan se transformaron en casas de piedra y adobe, a veces con dos o más plantas de altura. Las calles comenzaron a empedrarse, una técnica que los ishlinak habían aprendido de los arquitectos de Trelayne sin empleo que llegaban buscando resguardarse del enésimo revés económico que azotaba la Liga, y cuando los clanes vecinos empezaron a mostrar un nocivo interés por tanta riqueza acumulada rápidamente, enseguida se levantaron murallas y fortificaciones alrededor del asentamiento entero. Los últimos en aparecer y estampar su sello fueron los diplomáticos de la Liga y el Imperio, para quienes Ishlin-ichan era un destino de castigo que debían soportar si querían ascender a puestos más gratificantes en cualquier otro lugar, por lo que se esforzaban por practicar reformas con las que hacer más llevadera su estancia. Esto propició que se mejoraran las canalizaciones y se instituyeran patrullas a fin de mantener el orden público. Las calles más importantes se llenaban de antorchas encendidas al anochecer, a menudo de una punta a otra.

La casa que buscaba Poltar no se encontraba en ninguna de ellas, sino sumida en el aislamiento y la penumbra de un callejón sombrío, más por designio que por imperativo económico. Discurría paralelo a una sección de la muralla de la ciudad, y la casa de madame Ajana se elevaba dos plantas sobre el parapeto, inclinándose como si el esfuerzo de encaramarse para contemplar la llanura al otro lado la hubiera dejado agotada. Sus dimensiones y su emplazamiento no eran fortuitos; el seductor resplandor de los farolillos rojos del prostíbulo podía distinguirse desde cualquier punto de la estepa en dos kilómetros a la redonda.

Dentro del callejón, la caracterización del burdel tampoco destacaba por su sutileza. Las ventanas estaban brillantemente iluminadas desde el interior, y aquellas de las chicas de Ajana que no estuvieran ocupadas cobraban por sentarse y exhibir sus encantos a la vista de todos. Las vaharadas de incienso y la suave música machacona que escapaban intermitentes se adherían a las gargantas y los oídos de aquellos cuyos ojos no hubieran quedado ya cautivados por las piernas abiertas y las espaldas arqueadas de las chicas de las ventanas. Franqueaba las puertas abiertas una suntuosa cortina diseñada para imitar la entrada de lona de una yurta, sobre la cual colgaba un cartel de madera que anunciaba el *Lugar de Ajana*, nombre que en la lengua de los majak poseía un doble significado tan evidente como poco sutil.

Poltar desmontó, deslizó unas monedas (más putas monedas) en las manos de los impasibles porteros y dejó que apartaran la cortina. Entró en la cámara tenuemente iluminada que había al otro lado y se echó la capucha hacia atrás. Aunque algunas de las chicas lo reconocieron, ninguna de ellas sonrió como había notado que hacían a veces con otros clientes. Contempló sus miradas huidizas con satisfacción; eso ya estaba mejor. Él no era ningún pastor borracho que se dejara apaciguar fácilmente por un par de tetas gordas y arrastrar al clímax entre berridos por los brazos de una madre sustituta; no era ningún bruto con corazón de niño al que le bastara con desfogarse en un refugio de carne femenina.

Era Poltar Ojo de Lobo, sumo chamán de los skaranak. Era una persona poderosa, y hacía mucho que había roto los lazos que las mujeres tejen sobre los hombres, durante su iniciación.

Ajana acudió a su encuentro con una sonrisa en los labios pintados.

—Chamán, qué pronto volvéis a honrarnos con vuestra presencia. ¿Qué os apetece? ¿Queréis subir a la habitación de siempre?

Poltar mostró su conformidad con un ademán sucinto.

—Le diré a una de las chicas que se prepare. Venid y uníos a mí mientras esperáis. ¿Una copa de vino? ¿Confites? —Chasqueó los dedos y un portabandejas afeminado se acercó corriendo. Poltar apartó la mirada, asqueado. Ajana musitó algo al oído del hombre mientras éste dejaba la bandeja y se retiraba, asintiendo con la cabeza. Poltar se acomodó en el diván mullido y aceptó la copa que le ofrecía Ajana. La mezcla imprecisa de rabia y preocupación que lo consumía desde su enfrentamiento con el Matadragones empezó a solidificarse en algo más tangible en la boca de su estómago. Sintió un ligero escalofrío de anticipación.

—Las chicas nuevas son muy entusiastas —dijo la madame, cuya aguda sincronía con el estado de ánimo de sus clientes le permitía dar siempre en el clavo con sus palabras—. Putas jóvenes y apasionadas de la Liga, deseosas de grandes pollas majak que llevarse a la boca.

El chamán se revolvió con impaciencia.

—Asegúrate de que no esté drogada como la última. Quiero que note lo que hago.

—Sí, sí, aquello fue un error lamentable —Ajana le ofreció una bandeja de trozos de tarta especiada. Su voz era un ronroneo, suave y placentero como el vino que se bebe directamente del gollete de una botella—. Pero no se repetirá. El Lugar de Ajana proporciona placer a cada cual exactamente como él prefiera obtenerlo. Ésa es la única finalidad de todos nuestros preparativos, en ese sentido puedes tumbarte y descansar tranquilo.

Dichos preparativos se prolongaron durante media hora, al término de la cual el chamán estaba ya algo achispado y prácticamente ahíto con la edulcorada palabrería de Ajana. La madame lo condujo por los tres tramos de escalones con parsimonia ritual, deteniéndose en cada rellano para que el chamán pudiera recuperar el aliento y alimentar su enardecimiento espiando escenas de abandono orgiástico tras cortinas

entreabiertas. Por fin, ante la puerta de la última habitación, Ajana sacó una llave de sus voluminosos ropajes y se la entregó.

—La cerradura está lista y engrasada —dijo—, entra y disfruta.

Lo dejó solo frente a la puerta. Poltar se demoró un momento antes de insertar la llave, la giró y entró en el pequeño espacio perfumado del otro lado.

En las esquinas de la habitación ardían unas velas de incienso que proyectaban más humo que luz. Las sombras se revolvieron como observadores impacientes sobre las paredes cuando las llamas se agitaron a su paso. Una ventana diminuta enmarcaba las tenues estrellas que rutilaban sobre la llanura más allá del recinto de la ciudad. En el centro de la habitación, la chica estaba amarrada a un potro con forma de Y invertida que colgaba suspendido de un sistema de poleas, con los brazos unidos sobre la cabeza y las piernas separadas a lo largo de los brazos de la bifurcación de madera. Sus extremidades resplandecían recién frotadas con aceite y la masa de cabellos oscuros goteaba empapada aún alrededor de sus facciones. La habían maquillado según el estilo del sur, con los párpados cargados de kohl y las mejillas cubiertas de símbolos yhelteth, aunque saltaba a la vista que su ascendencia era de Trelayne. Debajo de todos aquellos afeites se intuía que era muy joven, y Poltar vio que estaba atemorizada.

Se le escapó un gruñido de satisfacción que parecía emanar de su estómago.

—Haces bien en tener miedo, puta —dijo con voz pastosa mientras empujaba la puerta con la espalda hasta cerrarla—, porque voy a hacerte daño, justo como mereces que te lo hagan.

Abajo, en la escalera, Ajana frunció los labios cuando los primeros gritos llegaron flotando hasta ella. Apretó el paso en un intento por dejarlos atrás.

Cuando Poltar decidió por fin penetrar por la fuerza a la chica, jadeaba por el esfuerzo y le escocían las palmas de las manos después de todos los bofetones que le había pegado. Agarró las poleas y las accionó para bajar el marco con forma de Y con su carga a una altura que le permitiera restregarse contra la piel de la ramera, cada vez más amoratada. Los gritos de auxilio que había proferido la muchacha al principio se habían trocado en súplicas más íntimas cuando comprendió que nadie iba a salvarla de este ilustre cliente, pero aun así se le escapó un alarido cuando la poseyó como si pretendiera apuñalarla con su miembro. Poltar se corrió casi en el acto, la presión acumulada en su interior escapó a borbotones antes de que pudiera completar una docena de embestidas. Sus manos, engarriadas en torno a los senos de la chica, se relajaron mientras se desplomaba como un fardo encima de ella. Un hilo de saliva tendió un puente entre los labios de él y la piel de ella.

—Ay, Urann —exhaló mientras se secaba la boca con una mano—. Ay, dioses.

Le sobrevino un dolor tan intenso que desafiaba cualquier explicación. Era como si alguien le hubiera apresado la polla en un torno de herrero y estuviese girando la

rueda. Gritó e intentó apartarse de la chica, pero esa parte de su anatomía se negó a acompañarlo. Bajó la mirada, perplejo, y lo que vio a la luz incierta le arrancó un atiplado gritito de mujer de los labios. El sexo de la chica había desaparecido, la carne entre sus muslos había sido reemplazada por un puño apretado cuyos dedos estrujaban su miembro encogido.

—No tengas tanta prisa —lo recriminó una voz que no era la de la chica, pese a haber brotado de su garganta.

Poltar levantó la cabeza y vio que la muchacha había vuelto a abrir los ojos, aunque ahora el kohl y la máscara pintada de lascivia habían cobrado auténtica vida. Lo observaba con los párpados entrecerrados en actitud seductora, y a continuación, ante su atónita mirada, la nuca de la chica se levantó sinuosamente del marco contra el que yacía y elevó la cabeza hacia él. Poltar retrocedió cuanto pudo, pero aquel cuello lo perseguía como una serpiente, entre suaves chasquidos y crujidos que emanaban de las vértebras desencajadas. Los músculos de la cara de la muchacha se contorsionaron a la temblorosa luz de las velas, como si lo que fuera que estuviese usándola hubiera perdido la costumbre de vestir piel humana.

—Nos has invocado —dijo con una nota de sarcasmo la voz que no pertenecía a ninguna chica—. ¿Con qué propósito?

—¿Uh-uh-Urann? —logró balbucir el chamán, temblando como si lo aquejara una fiebre abrasadora.

—¿Yo? No. —El rostro se acercó ligerísimamente e intentó sonreír—. Pero casi. Creo que me conocéis como Kelgris.

Aun empujado al filo del terror y el dolor más extremos, Poltar tuvo tiempo de sentirse desconcertado. Kelgris, Señora de la Primera Sangre y el Halcón, pertenecía a los maullantes rituales de los voronak, era implorada por los jóvenes amantes, por las embarazadas y por alguna que otra herborista arrugada. Entre los skaranak, hacía tiempo que los rituales de los guerreros la habían relegado a la oscuridad. Su nombre se mencionaba de vez en cuando en las maldiciones de los niños pequeños y era objeto de varios chistes obscenos sobre el más allá de los majak, pero aparte de eso…

La cara de la chica siseó, como la serpiente que aparentaba ser.

—Aparte de eso existe un nivel de inteligencia, oh, Poltar, el de la docena de poderosas embestidas, que tu especie tardará milenios en alcanzar. Lo más importante ahora es que has solicitado la intercesión de los moradores. Has apelado a nosotros en tus oraciones y en tus sueños, has cortado el cuello de pequeños animales en nuestro honor a la menor oportunidad (y te has bebido su sangre), has quemado calderos repletos de ese sobrestimado incienso que parecéis creer que llama nuestra atención. Querías moradores, pues bien, ahora vas a tenerlos, y *no* serán los compañeros de juegos que te imaginabas, «en ese sentido puedes tumbarte y descansar tranquilo». —La cosa que anidaba en el interior de la muchacha imitó con evidente deleite las palabras que Ajana había pronunciado una hora antes—. Traigo un mensaje de mi hermano Hoiran, el que tú llamas Urann. Ese mensaje es: «espera y observa».

El chamán dejó caer una mano a su torturada entrepierna.

—¿Se vengará Urann personalmente del Matadragones? —preguntó con los dientes apretados—. ¿Se hará justicia?

—Eso —dijo con dulzura Kelgris— dependerá de cómo te portes. Si actúas como corresponde a un, uhm, caminante de la Vía Celeste, quizá consigas algo. Contraríanos y jugaré con tu alma en el infierno helado más allá del mundo. O algo por el estilo. En cuanto a esto, —el puño que sobresalía del vértice de los muslos de la chica estiró el dedo índice sin aflojar su presa de hierro sobre la polla de Poltar. El dedo golpeó dolorosamente su escroto arrugado por el miedo—. Esto me imagino que levantaría el ánimo a mi hermano si tuviera un mal día, pero a mí no me hace gracia. Un hombre santo debe ser casto si pretende canalizar su energía donde y cuando más lo necesite. Castidad. ¿Recuerdas lo que significa esa palabra?

La mano apretó aún con más fuerza. Poltar notó cómo se le agrietaba la piel, sensación seguida de la súbita humedad de la sangre.

—¡Sí! —chilló—. Sí, me mantendré casto.

—No derramarás tu simiente de esta forma otra vez sin mi permiso. ¿Ha quedado claro?

—Sí, sí, sí… —Poltar había empezado a llorar de dolor. La mano lo soltó tan bruscamente como lo había agarrado, y el chamán retrocedió tambaleándose, tropezó y se cayó al suelo.

—Pues humíllate —dijo la voz, sin perder su timbre dulce y razonable—. Humíllate y, uhm, congratúlate porque los dioses hayan vuelto a tu lado.

El chamán se postró de bruces ante el cuerpo empalado en el potro. El contacto con el basto suelo le laceró la polla mutilada, pero aun así permaneció inmóvil, temblando y rezando entre hipidos, hasta que unas voces y el martilleo insistente que sacudía la puerta de la pequeña habitación lo devolvieron a la realidad.

Levantó la cabeza con la mirada enloquecida, estremeciéndose, y vio que Kelgris se había marchado, dejando nada más que silencio tras su partida. Las velas se habían apagado y la habitación estaba en penumbra. La luz que entraba por la ventana convertía en una silueta enjuta el marco con forma de Y, donde el cuerpo de la muchacha permanecía amarrado, con el cuello roto colgando retorcido e inclinado, observándolo mudo y acusador con los ojos abiertos de par en par.

Sus labios exánimes conservaban aún impresa la sonrisa de Kelgris.

Capítulo 11

Arreglarlo todo le llevó casi una hora. Como ocurre siempre que algo se pone en marcha, ahora la clave estribaba en aprovechar el impulso.

Mantén a todo el mundo en movimiento, le había dicho Flaradnam aquel día, desde su camilla en la tienda del cirujano. Su aliento era entrecortado; el dolor en el que estaba sumido le deformaba los rasgos. Al otro lado de las paredes de lona siseaba una tormenta de verano. Afuera, el terreno inclinado estaría volviéndose fangoso y traicionero bajo los pies de los soldados. *No les des tiempo a pensar, no les des tiempo a protestar y quejarse. Quieren órdenes y certidumbre de ti, nada más. Encuentra esa certidumbre, Gil, fíngela si hace falta. Pero sácalos de aquí. Que no se detengan*.

No salió con vida de la tienda del cirujano.

Y sobre el flanco de la montaña, los fragmentos de la fuerza expedicionaria se acurrucaban lastimeros bajo la lluvia, las cotas de malla y los uniformes de vivos colores ya desteñidos se extendían como un hongo irisado por el paisaje. Enmarcado en la puerta de lona de la tienda, mientras escuchaba los alaridos que escapaban entre dientes apretados y el rechinar del instrumental quirúrgico a su espalda, Ringil fijó la mirada en el aguacero sin tener la menor idea de cómo seguir las instrucciones de Flaradnam. Habían perdido las máquinas de guerra kiriath, abandonadas en la desbandada. Los heridos y los moribundos se contaban por cientos. Los lagartos estaban cada vez más cerca.

Los separaban de Aguas del Patíbulo dos días de marcha rigurosa al sureste, sobre un terreno montañoso escarpado y expuesto.

Mantén a todo el mundo en movimiento.

En fin. Las cosas nunca cambian, ¿eh, Nam?

Conseguir que los guardias heridos recuperaran el conocimiento y la verticalidad, restar importancia a los daños visiblemente graves que les había producido el asalto de Darby. Agua fría de la bomba del patio de Shalak. Un par de bofetadas bien calculadas. Conducir a todo el escuadrón (entre una repentina multitud de buenos deseos, palmaditas en la espalda y curiosos en general) a la taberna que había al otro lado de la calle. Hacer que el vino fluyera y pagarlo en cantidades suficientes para conseguir que todo el mundo se quedara allí arracimado. Encargar música. Sorber los aborrecibles caldos que ofrecía la taberna, mantener la sonrisa claveteada en la cara. Ver cómo las putas se acercaban a la compañía con paso sinuoso, como gatos a un plato de sobras. Representar el papel de noble refinado que simpatizaba con el populacho, hasta que el recuerdo y el rencor de la lucha se empañaran y diluyeran en el jolgorio colectivo.

Marcharse.

Ringil salió a hurtadillas en cuanto empezaron los cantos, emergió a un suave ocaso azul que recorría sigilosamente las calles procedente del río. Sobre su cabeza, el anillo se mostraba ya en todo su radiante esplendor. La calle estaba prácticamente desierta, sólo la transitaban un puñado de personas con prisa por llegar a sus casas y los faroleros con sus escaleras al hombro. En comparación con el bullicio y el sofocante ambiente de la taberna, el raso ofrecía un aspecto inhóspito y furtivo. Al cruzar la calle de regreso a la tienda de Shalak, Ringil descubrió que Darby seguía sentado en el umbral, hecho un ovillo. Mientras se acercaba al veterano, recogió una cachiporra abandonada entre los adoquines y la hizo girar en el aire con despreocupada destreza.

—¿Quieres un recuerdo? —preguntó, extendiendo el arma.

Darby negó con la cabeza y dio unas palmaditas en la maza que, sujeta entre sus rodillas, se apoyaba en su hombro como un niño dormido.

—Prefiero quedarme con la vieja Lurlin. Me ha sacado de más de un aprieto.

—Me parece bien.

—Estoy en deuda con vuestra valía. Por intervenir, quiero decir. Creo que me estaban dando una buena. —Una mano se alzó para palpar la cara magullada y ensangrentada. Los dedos se retiraron cubiertos de cuajarones. Darby hizo una mueca —. Pues sí. Me zurraron de lo lindo, y yo diría que las costillas han vuelto a agrietarse.

—¿Puedes caminar?

—Claro que sí, Darby siempre mira hacia delante, caballero. Me alejaré de vuestra vista inmediatamente. Sólo me he quedado para daros las gracias.

—No era eso lo que quería decir —Ringil cogió su bolsa enflaquecida y sacó un puñado de monedas—. Mira, me gustaría que…

El veterano sacudió la cabeza con énfasis.

—No, señor. De eso ni hablar. La bondad que me habéis mostrado hoy… es más de lo que mucha gente osaría hacer en los tiempos que corren. Esos chupatintas con cara de niña y sus sodomitas abogados de mierda tienen esta ciudad agarrada por las pelotas. Que uno luchara contra los lagartos en su día para defenderlos a todos no significa nada para ellos.

—Lo sé —dijo Ringil con voz queda.

—Sí, señor, sé que lo sabéis, señor —las maltrechas facciones de Darby adoptaron una nueva expresión. Ringil tardó un par de latidos en reconocerla por lo que era: timidez—. Os vi en Rajal, caballero, listaba peleando en la espuma a unos cinco metros de vos cuando llegaron los dragones. Tardé un rato en ubicar vuestra cara esta vez, mi memoria no es la misma de antes, señor. Pero reconocería en cualquier parte esa espada que lleváis cruzada a la espalda.

—Cuesta pasarla por alto, ¿verdad? —suspiró Ringil.

—Ni que lo digáis, caballero.

Las sombras del anochecer se cernían sobre ellos. Al otro lado de la calle, un

farolero rompió el silencio con una blasfemia al chamuscarse los dedos. Ringil dio unos golpecitos con la cachiporra en un adoquín suelto. Era más fácil ignorar el hedor de Darby ahora que se había acostumbrado. Él mismo había olido igual en no pocas ocasiones mientras duró la guerra.

—Me temo que no me suena tu cara de Rajal —dijo.

—No hay motivo por el que debería, señor. Ninguno en absoluto. Éramos muchos aquel día. Lo único que lamento es no haber estado con vos en la Quebrada del Patíbulo.

Fue Ringil el que hizo ahora una mueca.

—Cuidado con lo que deseas. Perdimos muchos más hombres allí que en Rajal. Lo más probable es que ya estuvieras criando malvas si hubieses participado en aquella batalla.

—Sí, señor. Pero en la Quebrada del Patíbulo vencimos.

Un coro de carcajadas y una melodía nueva estallaron en la taberna de repente. Se trataba de una canción de guerra, de las clásicas. *Sangre de lagarto como agua en la que bañarse*. Parecía que estuvieran aporreando las mesas con los puños allí dentro al compás del machacón ritmo marcial. Darby se puso en pie y frunció el ceño ligeramente antes de terminar de levantarse.

—Será mejor que me vaya —dijo, con la voz tensa de dolor. Una sonrisa torcida se dibujó en sus labios mientras inclinaba la cabeza hacia el estruendo en un gesto elocuente—. No quisiera encontrarme cerca cuando el viejo fervor patriótico los anime a hacer algo más que manosear a las putas y emborracharse. Dentro de poco saldrán en busca de alguien con quien saciar su sed de sangre.

Tras echar un vistazo de reojo a las ventanas de Shalak, Ringil pensó que lo mejor sería entrar y ayudar al comerciante a apagar las luces.

—Es probable que tengas razón —dijo.

—Es probable, señor —Darby enderezó los hombros—. Bueno, me voy. Ha sido un verdadero placer hablar con alguien que me entiende. Lo único que lamento es que me haya encontrado en tan lamentables circunstancias. No siempre ha sido así, señor.

—No, supongo que no.

—Son los recuerdos, señor. Las cosas que vi, las cosas que tuve que hacer. Es como si estuvieran grabadas a fuego en mi cabeza, señor. A veces cuesta olvidar. El alcohol ayuda, y el flandrijn, cuando puedo encontrarlo. —Jugueteó azorado con la maza, negándose a mirar a Ringil a los ojos—. Soy una sombra de lo que era, señor, ésa es la verdad.

—Todos hemos cambiado —Ringil reprimió sus propios recuerdos con esfuerzo y buscó algo agradable que decir. Algo que Flaradnam hubiera aprobado—. Me parece que no te defendiste tan mal, después de todo. Uno de esos guardias acabó con las costillas rotas, eso seguro, y el otro es incapaz de concentrarse en nada, diría que le machacaste bien la sesera con Lurlin.

El veterano volvió a levantar la cabeza.

—Bueno, lo lamento, señor. No son malas personas. Tuve un tío en la guardia hace años. Es un trabajo ingrato. Pero querían darme una paliza, señor. Vos lo visteis.

—Sí, lo he visto. Y lo dicho, no te defendiste mal.

Eso suscitó una sonrisa.

—Ah, ojalá me hubierais visto en Rajal, señor. Tuvieron que meterme a rastras en aquella lancha de evacuación.

—Estoy seguro de ello.

Se quedaron allí plantados durante un par de latidos. El himno marcial seguía sonando, amortiguado por las paredes de la taberna pero ganando intensidad. Darby se echó la maza al hombro y se dio un manotazo en el pecho a modo de saludo militar.

—Bueno, señor, me voy —repitió.

Ringil volvió a escarbar en el monedero.

—Escucha…

—No, señor. No quiero seguir abusando de vuestra generosidad. —Dejó la mano libre apretada contra el pecho—. De ninguna manera.

—No es gran cosa. Tan sólo para que compres, no sé, algo de comida caliente, un baño caliente. Un lugar donde resguardarte.

—Le agradezco la intención, señor. Pero ambos sabemos que no es así como lo gastaría.

—En fin —Ringil hizo un gesto de impotencia mientras sacaba las monedas de todas formas—. Mira, joder, gástatelo en vino y flandrijn, si te da la gana. Si lo necesitas.

El puño llegó a abrirse a medias. Algo alteró las facciones del veterano, y esta vez Ringil no supo identificar de qué se trataba. Extendió la mano con el dinero.

—Venga, de un soldado a otro. Sólo es un favor en tiempos adversos, nada más. Tú harías lo mismo por mí.

Darby cogió las monedas.

Fue un movimiento brusco y convulso. Tenía la mano áspera a causa de la mugre y la suciedad acumuladas, y también estaba un poco caliente, febril. Apartó la mirada mientras guardaba el dinero entre los harapos.

—Os estoy muy agradecido, señor, como os decía.

Pero su tono no era el mismo de antes, y ya no era capaz de mirar a Ringil a la cara. Cuando se dijeron adiós y Darby se alejó caminando por la calle, había un encorvamiento en sus hombros que antes no estaba allí. Mientras veía cómo se alejaba, Ringil identificó tardíamente el cambio que se había operado en la expresión del veterano, supo de pronto qué nombre poner a la emoción que se escondía detrás de ella.

Vergüenza.

Vergüenza, no exenta de desilusión. De alguna manera que Ringil no lograba precisar parecía que, después de todo, se las había apañado para dejar en la estacada

al veterano.

Se quedó de pie en la penumbra, observando fijamente a Darby un poco más, antes de encogerse de hombros con irritación y dar media vuelta. Cualquiera diría que se había quedado plantado viendo cómo la guardia le daba una paliza a ese tipo, por el amor de Hoiran. Como si no lo hubiera intentado. Llamó bruscamente con los nudillos a la puerta de la tienda a su espalda y se quedó escuchando mientras Shalak trajinaba al otro lado de la ventana antes de descorrer el pestillo para dejarle pasar.

—¿Va todo bien? —preguntó el comerciante mientras volvía a cerrar la puerta.

—Sí, claro. ¿Por qué no?

Pero más tarde, mientras veía cómo Shalak cerraba la tienda, se miró la mano a la luz de los faroles y vio que Darby le había dejado un churrete mugriento en la palma.

Resultó ser asombrosamente difícil de lavar.

Regresó a los Claros más tarde de lo planeado, sin que el día de excursión le hubiera reportado nada más que un par de rasguños en las manos y en la cara, además de un monedero prácticamente vacío. El barquero que lo transportó río arriba era poco conversador, lo que Ringil se tomó como una bendición. Se sentó en la popa de la embarcación mientras el hombre se encorvaba sobre los remos, encogido a causa de la humedad del río y cavilando sobre las vagas pistas e indicios que le había proporcionado Shalak.

Vienen a nosotros con forma de fantasma, golpeando rápidos como serpientes desde las nieblas fantasmales, y cuando contraatacamos regresan a la niebla y se ríen, una burla ronca en el viento.

Estupendo.

Todas las lámparas de la mansión de los Eskiath estaban encendidas cuando llegó al camino de entrada. Había un carruaje aparcado frente a la puerta principal; los caballos con jaeces aguardaban plácidamente mientras el conductor compartía una botella de algo con otro criado. Ringil los miró de arriba abajo, sin reconocer sus uniformes ni el escudo pintado en los laterales del vehículo. Se trataba de un emblema colorido, una ola estilizada sobre un fondo de clavelinas de mar. Encogió los hombros y cruzó la puerta ligeramente entreabierta, como era habitual a esas horas tan tempranas de la noche. Uno de los sirvientes de la casa lo recibió en el interior.

—¿Quién es la visita? —preguntó Ringil mientras le entregaba el gorro, la Críacuervos y la capa.

—El ilustre administrador de la Guardia de la Marea, señor. —El criado apiló la espada y las prendas de vestir en sus brazos con una naturalidad nacida de la costumbre—. Lleva dos horas encerrado en la biblioteca con vistas a la ribera, esperando.

—Ese puesto debe de ser la sinecura más gorda que he oído en mi puta vida —

refunfuñó Ringil—. ¿A quién espera?

—A vos, mi señor.

Ringil le lanzó una mirada de soslayo.

—¿En serio?

—Aquí viene, señor.

Ringil siguió la dirección del cabeceo del criado y vio a un joven de atuendo elegante que avanzaba hacia él como una exhalación procedente de la puerta de la biblioteca. Le dio tiempo a distinguir una túnica bermeja y unas calzas de color beis, unas botas de cuero con manchas de salitre y una espada ropera cruzada en la cadera; una barba recortada con esmero enmarcaba unas mejillas rojas de indignación que le resultaban vagamente familiares.

—¡Eskiath! —bramó.

Ringil paseó la mirada por el vestíbulo, con parsimonia.

—¿Hablas conmigo?

El ilustre administrador de la Guardia de la Marea llegó a su altura y lo abofeteó con la mano izquierda. La agresión pilló a Ringil por sorpresa; sin provocación previa y sin que hubiera armas de por medio, tan sólo un par de guantes. La textura rugosa del cuero le laceró la mejilla, que empezó a escocerle.

—Exijo una satisfacción, Eskiath.

Ringil le pegó un puñetazo en la cara. El ilustre administrador trastabilló de espaldas, cayó al suelo y se quedó despatarrado, sangrando por la nariz. Tras palparse el labio superior, contempló la sangre que le teñía los dedos y acercó una mano a la empuñadura del estoque.

—Como se te ocurra desenfundar ese acero dentro de mi casa —advirtió Ringil con expresión seria—, te lo quito y te lo meto por la puta garganta.

No había dado ni un paso adelante, pero el ilustre administrador soltó el arma de todas formas y se puso en pie de un salto. Lo hizo en un alarde de agilidad, con una pirueta acrobática en la que Ringil reconoció una experiencia adquirida en peleas de salón. Se preparó para avanzar y detener la extracción del estoque si era preciso, pero el joven se limitó a enderezar la espalda y escupir en el suelo a los pies de Ringil.

—No esperaba menos de un degenerado como tú. Ardides de matón callejero sin sentido del honor. —Volvió a enjugarse la sangre de la nariz con la mano. Unas cuantas gotas salpicaron el suelo. Bajó la mirada hacia ellas, asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa cruel con los labios apretados—. Pero no te librarás de mi reto tan fácilmente, Eskiath. Te desafío. Hay testigos delante. En los campos de la colina de Brillin, pasado mañana al amanecer. Sin armaduras ni escudos, con espadas de hoja ligera como dicta la tradición. Zanjaremos esto limpiamente cruzando nuestros aceros, te guste o no.

Había empezado a congregarse un corrillo de curiosos en el recibidor, en su mayoría sirvientes que andaban por allí cerca, distraídos de sus deberes por el sonido de las voces airadas. Detrás del ilustre administrador apareció otro criado con librea

que le ofreció discretamente un pañuelo a su señor.

—Espero que no te importe explicarme a qué viene todo esto —preguntó Ringil —. Por qué tienes tanta prisa por conseguir que te maten, quiero decir.

El ilustre administrador cogió el pañuelo y lo apretó contra la nariz lastimada. El criado fue repelido con un encogimiento de hombros cuando intentó asistirlo.

—¡Además de degenerado, cobarde! ¿Pretendes aplacarme con tu insufrible arrogancia?

Había algo en la formalidad de su discurso que incomodaba a Ringil, una traza de similitud a juego con aquellos rasgos curiosamente familiares. Disimuló su turbación poniendo los ojos en blanco y exhalando un breve suspiro impostado.

—Ya que tanto te empeñas en hacerlo todo según las reglas, ilustre administrador, te recuerdo que es costumbre anunciar el origen de la ofensa antes de lanzar ningún desafío. No había vuelto a pisar la ciudad desde que terminó la guerra, momento en el que por tu aspecto todavía no debías de haber salido de la cuna. No logro entender en qué podría haberte ofendido.

Su interlocutor hizo una mueca.

—Me ofendes con tu mera existencia, Eskiath. Con la corrupción y la vileza que exudas al respirar el aire de Trelayne.

—Joder, no seas ridículo.

—¿Cómo te atreves…?

—En la zona de los muelles hay prostitutas con los que puedes dar rienda suelta a tu beatitud, si es eso lo que buscas. Son jóvenes, pobres y desesperados, además de fáciles de intimidar y lastimar. Te irían como anillo al dedo.

—¡Le pusiste la mano encima a mi padre!

El grito agónico resonó en el techo abovedado del recibidor. El silencio se asentó tras los ecos como el relleno de plumas de una almohada destripada flotando hasta el suelo. En medio de la calma, Ringil volvió a fijarse en los rasgos del ilustre administrador, como si los viera por primera vez. Por fin se hizo evidente el parecido físico, así como la similitud en los enunciados artificiosos.

—Ahora lo entiendo —murmuró.

—Me llamo Iscon Kaad —anunció el ilustre administrador de la Guardia de la Marea, temblando de pies a cabeza—. El cargo que ocupa mi padre en el consejo le impide exigir que se repare la afrenta con un duelo. Su reticencia…

—Sí, por supuesto, es verdad. —Muy despacio, Ringil esbozó una sonrisa socarrona—. No es el estilo de tu padre en absoluto, después de todo, correr un riesgo real. Antes prefiere quedarse acobardado tras las murallas de la ciudad y los mantos de su rango, y dejar que sean otros quienes maten por él. Como hizo en los cincuenta, de hecho, mientras los demás estábamos en las ciénagas, hundidos hasta las rodillas en sangre de lagarto. Tu padre destacó por su ausencia entonces, igual que ahora. Puede que estuviera atareado en el dormitorio, engendrándote con alguna fregona.

Iscon Kaad emitió un sonido estrangulado y se abalanzó sobre Ringil. No llegó a

cubrir la distancia que los separaba antes de que su criado lo detuviera e inmovilizara. El portero de los Eskiath amagó el mismo gesto preventivo acercándose a Ringil, pero éste le lanzó una mirada de advertencia y el sirviente regresó a su puesto dando un respingo. Kaad se apaciguó atrapado en la presa de su criado antes de sacudírselo imperiosamente de encima. El hombre lo soltó. Mientras tanto, el cochero y el otro ayudante habían entrado corriendo en la casa, y la noble Ishil por fin se había dignado acudir a averiguar qué sucedía en el recibidor. Su expresión era inescrutable.

Ringil cruzó los brazos y ladeó la cabeza.

—¿Quieres que te mate, Iscon Kaad? Pues muy bien, acepto. En los campos de la colina de Brillin, pasado mañana al amanecer. Como desafiado, creo que me corresponde a mí elegir las condiciones del combate, no a ti. —Levantó la mano derecha y se examinó el borde de las uñas, un gesto que había copiado de Ishil cuando ambos aún eran jóvenes. Su madre lo vio desde el otro lado del pasillo, pero no dejó que su expresión se alterara—. Aunque me extrañaría que estuvieras al corriente de ese detalle. Me refiero a que no se puede esperar que alguien de tan noble linaje conozca ese tipo de sutilezas, ¿verdad?

Por un momento pensó que el joven Kaad intentaría agredirlo otra vez, pero o bien su rabia se había aplacado, o bien era más capaz de dominarla ahora que Ringil le había dado lo que quería. El ilustre administrador se limitó a enseñar los dientes en una sonrisa tirante, y aguardó.

También es posible, Gil, que Iscon Kaad y su progenitor no se parezcan en nada. ¿Se te había ocurrido? Es posible que habiéndose criado rodeado de lujos y comodidades, hijo de un notable e influyente consejero de la ciudad, carezca de la sensibilidad de su padre a las afrentas sociales, y que en vez de eso resulte ser exactamente como tú en su día, un joven pendenciero y arrogante, excesivamente confiado y afectado, que sueña con ser caballero.

Aunque puede que no se trate de meros sueños. ¿Has visto cómo se levantó antes? Éste ha pasado por la academia, al menos, o algo parecido.

Bueno, tú también, caballero licenciado Eskiath. Tú también.

Me pregunto si a él también se la metería por el culo el guardián que le asignaron. Acarició con la mirada la esbelta figura del ilustre administrador, de la cabeza a los pies. *Me pregunto si le gustaría*.

Déjalo ya.

Aun así. Será mejor no subestimarlo en Brillin pasado mañana.

Si llegamos a eso.

—¿Has terminado de mirarte las uñas, degenerado?

Ringil observó a Kaad y hubo de disimular una inesperada sensación de vértigo.

—Muy bien —dijo con voz glacial—. Lo haremos a tu manera. Sin cotas de malla ni escudos, tan sólo espadas ligeras. Con padrinos presentes. Y ahora largo de mi puta casa.

Cuando Kaad se hubo marchado, mientras el crujido de la grava bajo las ruedas del carruaje se desvanecía por el camino de entrada, Ringil llamó con un dedo a uno de los criados que tenía más cerca, un muchacho con cara de golfillo que no debía de contar más que una docena de años.

—¿Cómo te llamas?

—Deri, señor.

—Bueno, Deri, sabes dónde está la calle de las Carretas en Ekelim, ¿verdad?

—¿Río arriba? Sí, mi señor.

—Bien. Allí hay una tienda que vende fruslerías aldraínas, en la esquina con el Eje Engrasado. Quiero que vayas mañana a primera hora y le des un mensaje al dueño.

—Sí, mi señor. ¿Qué mensaje?

—Lo escribiré luego —Ringil le dio una moneda que extrajo del fondo de la enflaquecida bolsa—. Reúnete conmigo en la biblioteca después de cenar.

—Con mucho gusto, mi señor.

—Puedes retirarte.

—Tal vez ahora —declamó la noble Ishil con voz glacial desde el fondo del pasillo— todos tengan la bondad de retomar las tareas que les pago por realizar. Y que alguien friegue esa sangre.

Sus palabras desencadenaron un torbellino de movimiento cuando los criados se desbandaron y perdieron de vista por las distintas puertas y escaleras de la casa. Ishil avanzó con paso lento por el espacio recién despejado hasta detenerse frente a su hijo. Se inclinó hacia él y siseó:

—¿Qué te propones, ofender a todos los altos cargos de la ciudad antes de terminar lo que has venido a hacer?

Ringil volvió a estudiarse las uñas.

—Son ellos los que me buscan las cosquillas, madre. Me provocan. Sería una descortesía decepcionarlos. ¿O prefieres acaso que insulten el nombre de los Eskiath con total impunidad en tu propia casa? No me imagino a padre aceptando algo así.

—Para empezar, si no hubieras agredido a Kaad…

—Madre, para tu… —Se interrumpió y se esforzó por contener la carga de exasperación que amenazaba con truncarle la voz. Fulminó con la mirada a los dos criados que quedaban junto a la puerta, los cuales se apresuraron a buscar algo que hacer en cualquier otra parte. Cuando hubieron salido, Ringil empezó otra vez, más calmado—: Para tu información, ni Murmin Kaad ni tu queridísimo esposo me quieren ver cerca de Etterkal. No creo que esté relacionado con Sherin, pero nuestras pesquisas han revuelto un nido de arañas pantanosas. Que Kaad se presentara aquí ayer no es más que una consecuencia de ello.

—No hacía falta que le abrasaras la cara. Que, que… —Ishil gesticuló como si las palabras se le estuvieran escurriendo entre los dedos— que lo dejaras medio ciego.

—Es un exagerado.

—Vaya, ¿tú crees? Gingren sobornó a uno de los médicos de la cancillería para que hablara con él después de que examinaran a Kaad. Dice que es probable que haya perdido la vista completa en un ojo.

—Madre, era una simple jarra de té.

—Bueno, fuera lo que fuese, a tu padre y a mí nos has provocado un bochorno innecesario.

—Puede que te equivocaras al arrastrarme de vuelta a este estercolero para hacerte los recados en aquellos sitios que jamás te dignarías pisar personalmente. Ya sabes lo que dicen que ocurre cuando uno invoca a los demonios.

—Venga ya, por el amor de Hoiran, Ringil. Deja de comportarte como un chiquillo.

Empezaban a levantar las voces otra vez. Ringil hizo un esfuerzo por apaciguar los ánimos.

—Escucha, madre. Kaad me odia por ser como soy. Eso no hay forma de cambiarlo. Y está metido hasta las cejas en lo que sea que ocurre en Etterkal. Hubiéramos terminado chocando tarde o temprano. Y para serte sincero, prefiero que sea cara a cara en vez de encontrarme con un puñal clavado en la espalda el día menos pensado.

—Lo que tú digas, pero eso no nos ayudará a encontrar a Sherin.

—¿Tienes otro plan en la manga?

Ante lo cual, como se imaginaba Ringil, su madre no supo qué responder.

Más tarde, en la biblioteca, redactó un mensaje a la luz de una vela, dobló y selló el pergamino, y escribió la dirección de Shalak. Cuando el muchacho vino a buscarlo, nervioso, se quedó esperando en la penumbra que rodeaba el anillo de claridad de la vela. Ringil le entregó la carta.

—Supongo que no sabrás leer, ¿verdad?

El muchacho se rió con desdén.

—No, mi señor. Eso es cosa de chupatintas.

—Ya, y también de emisarios, a veces —Ringil exhaló un suspiro—. En fin. ¿Ves esto? Aquí pone Shalak Kalarn. Shalak. ¿Lo recordarás?

—Por supuesto, mi señor. Shalak.

—Suele abrir tarde, pero vive encima de la tienda. Hay una escalera en la parte de atrás, llegarás a ella por el callejón que hay a la derecha del edificio. Parte cuando despunte el sol y despiértalo si hace falta. Tiene que buscar a alguien por mí, y la búsqueda podría llevarle todo el día.

—Sí, mi señor.

Ringil observó con atención al muchacho. Era un diamante en bruto rebosante de energía, tenía los rasgos exagerados y aún debía crecer mucho para rellenar su desgarbado armazón de adolescente. Los brazos y los hombros carecían de músculos,

sus gestos eran torpes, pero se podía intuir que sería alto. Ringil pensó que dentro de un par de años sería bastante apuesto, a su desgalichada manera de golfillo callejero.

—¿Cuántos años tienes, Deri?

—Trece, señor. Cumpliré catorce en primavera.

—Eres muy joven para servir en los Claros.

—Sí, señor. Mi padre se encarga de los establos en la casa de Alannor. Vine recomendado —añadió, con una nota de orgullo—. El sirviente más joven de toda la mansión de Eskiath, señor.

Ringil sonrió ante la flagrante exageración.

—Lo dudo.

—No, mi señor, es verdad. Os lo juro.

La sonrisa de Ringil se evaporó. No soportaba a los embusteros.

—En las cocinas hay una muchacha que no debe de tener ni la mitad de tus años, Deri.

—No, señor. Imposible. Yo soy el más joven. —Todavía henchido de orgullo quizá, Deri sonrió—. Conozco a todas las chicas de la cocina, señor. No hay nadie tan pequeño allí abajo.

Ringil se enderezó de golpe en la silla y dejó que su brazo cayera con fuerza encima de la mesa. El golpe seco provocó que el tintero y el lacre de cera dieran un salto. El muchacho respingó, sorprendido. Las sombras que proyectaba la llama temblorosa de la vela se persiguieron por las paredes cubiertas de libros.

—Deri, como sigas burlándote de mí, conseguirás que me enfade. He visto a esa chica con mis propios ojos. Esta mañana, temprano, a primera hora. Me sirvió té en la cocina de abajo. Estaba atendiendo los calderos puestos al fuego.

El silencio se intensificó en la penumbra de la biblioteca. El labio inferior de Deri temblaba mientras sus ojos saltaban de un lado a otro como animalillos acorralados. Al verlo, Ringil supo que estaba diciendo la verdad. Unos dedos helados surgieron de la nada para acariciarle la espalda y hundirse en la raíz de sus cabellos. Su mirada se deslizó por el rostro del muchacho hasta posarse detrás de su hombro, en la esquina más lóbrega, donde parecían confluir todas las sombras de la estancia.

—¿No te suena esa muchacha? —preguntó en voz baja.

Deri dejó caer la cabeza y musitó algo ininteligible.

—Habla. —Los escalofríos que sentía imprimieron una nota quebradiza a la orden.

—Decía… decía que lo siento, mi señor. No pretendía contradeciros, os lo aseguro. Es sólo que nunca he visto a nadie tan joven trabajando en la casa. —Las palabras de Deri se atropellaban en su afán por brotar de sus labios—. A lo mejor es que, quiero decir, por supuesto, vos debéis de tener razón, mi señor, y yo estaré equivocado. Por supuesto. Es sólo que no la he visto nunca, eso es todo. Eso es lo único que quería decir.

—Así que a lo mejor es nueva, y todavía no te has cruzado con ella.

Deri tragó saliva con dificultad.

—Eso es, mi señor. Precisamente. Ésa debe de ser la explicación.

Sus ojos desmentían todas y cada una de sus palabras.

Ringil asintió con firmeza, exagerando ligeramente el gesto, como si se dirigiera a unos espectadores imaginarios que estuviesen asistiendo a la escena desde fuera del anillo de luz de las velas.

—Está bien, Deri. Puedes retirarte. Al despuntar el alba tienes que ir a Ekelim, no lo olvides.

—No, mi señor. —El muchacho cruzó la puerta corriendo, como si fuese una marioneta y alguien hubiera pegado un tirón de sus hilos.

Ringil aguardó un momento antes de pasear la mirada lentamente por el interior de la cámara en penumbra mientras volvía a sentarse en la silla.

—No me vendría mal otra jarra de té —dijo en voz alta, al aire.

No obtuvo respuesta, pero el recuerdo de la conversación que había mantenido con su madre en las cocinas le envolvió la nuca como un pañuelo de lino empapado de agua helada.

Delante del servicio no, ¿verdad?

¿A qué viene eso ahora?

La muchacha ya no estaba allí. Sólo se materializó de nuevo cuando Ishil volvió a dejarlo a solas.

¿Te importaría no volver a acercarte a mí de esa manera, por favor?

Esperó con el ceño fruncido, atento al menor temblor que pudiera perturbar las sombras que recubrían los lomos de los libros en las estanterías que lo rodeaban. Cuando al fin logró dominar la hormigueante sensación que le recorría la nuca, se inclinó bruscamente hacia delante y apagó la vela de un soplido. Se quedó sentado en la oscuridad impregnada de olor a pergamino, escuchando el sonido de su propia respiración.

—Estoy esperando —dijo.

Pero la muchacha, si lo había escuchado, no apareció.

Ni ella ni ninguna otra cosa, al menos por ahora.

Capítulo 12

El hallazgo de Faileh Rakan:

Una maraña de cabellos castaños veteados de gris, una cara más arrugada por las penalidades que por los años, y unos ojos atemorizados que no perdían de vista los uniformes del Trono Eterno mientras los soldados deambulaban de un lado para otro o se levantaban para examinar sus armas como si fueran a necesitarlas de un momento a otro. El anillo de oro labrado que lucía en un dedo parecía estar fuera de lugar en sus manos cubiertas de postillas y arañazos, donde un par de heridas abiertas aún no habían dejado de sangrar. En sus labios agrietados por las privaciones temblaban murmuraciones sin aliento, y su brazo izquierdo acunaba el derecho como si de un bebé de pecho se tratara. Su ropa apestaba.

—No está malherida —informó secamente Rakan—. Parece conmocionada.

—No me digas.

La habían envuelto en una manta áspera antes de sentarla en el suelo de lona de una tienda doblado por la mitad en la esquina de dos muros de piedra derruidos, prácticamente lo único que quedaba en pie de un almacén portuario arrasado por cualesquiera que fuesen las energías que se habían liberado durante el ataque. Los travesaños supervivientes del rincón menos castigado se habían calcinado hasta quedar reducidos a negros muñones que se combaban ahora sobre la cabeza de la mujer. Archeth pensó en un cadalso sin poder evitarlo. El fantasma maloliente del incendio todavía flotaba en el aire. La fuerza de la costumbre hizo que Archeth mirara de reojo a su alrededor.

—¿Dónde está el guardián?

—Su santidad se ha retirado al campamento —dijo con voz monótona Rakan. Asintió con la cabeza en dirección a la ladera salpicada de edificios desiertos y pilas de escombros—, en la plaza del mercado, con el resto de los hombres. Se fue antes de que la encontráramos. Según sus propias palabras, era crucial que se retirara a rezar por nosotros. Ya casi es de noche, después de todo.

El mensaje, fiel a la costumbre yhelteth, era rebuscado. El semblante moreno del capitán se mantuvo tan inexpresivo como si estuviera hecho de cuero curtido bajo la barba pulcramente recortada. Tan sólo las arrugas que se insinuaban alrededor de sus ojos negros confirmaban el desprecio implícito en sus últimas palabras.

Archeth lo encajó con estoicismo, sostuvo la mirada de Rakan y asintió con la cabeza.

—Dejémoslo allí, en ese caso. Sería absurdo interrumpir sus plegarias por algo así, ¿verdad? No hay motivo para no formular aquí mismo cualquier pregunta que necesite respuesta.

—Ya hemos intentado interrogarla, mi señora. —El capitán se acercó un poco

más, como si se dispusiera a enseñarle algo, y la vapuleada mujer se encogió—. No hemos conseguido sonsacarle nada que tuviera el menor sentido. También hemos probado a darle de comer, pero sólo acepta el agua. Supongo que podríamos…

—Gracias, capitán. Creo que a partir de aquí me encargaré yo.

Rakan se encogió de hombros.

—Como deseéis, mi señora. Necesito organizar un retén para el campamento, por si acaso tenemos visita esta noche. Dejaré un par de hombres con vos. Llevadla al campamento cuando hayáis terminado e intentaremos alimentarla otra vez. —Asintió con la cabeza en dirección al firmamento contra el que se recortaban las vigas calcinadas—. Será mejor que os deis prisa. Como bien ha dicho el guardián, pronto habrá anochecido.

Ensayó una breve reverencia, se giró e indicó a tres soldados que se mantuvieran en sus puestos. Los demás lo siguieron calle arriba. Shanta se quedó también, al otro lado del muro demolido, titubeando como un comprador indeciso ante el escaparate de una tienda. Archeth se acuclilló a la altura de los ojos de la mujer.

—¿Quieres que te traiga algo? —preguntó con naturalidad.

La mujer la observó boquiabierta, fascinada, supuso Archeth, por el negro intenso de su piel.

—Kiriath —musitó—. Mira tus murallas, kiriath. Mira lo que han hecho con ellas. Eso es lo que ocurre cuando uno se interpone entre un perro del pantano y su cena.

—Ya —Archeth no tenía ni idea del aspecto que podía tener un perro del pantano. El acento de la mujer no era de la localidad, su forma de elidir las sibilantes tethannas sugería que ésta no era su lengua materna—. ¿Puedes decirme cómo te llamas?

La mujer apartó la mirada.

—¿De qué serviría eso?

—Como desees. Yo soy Archeth Indamaninarmal, enviada especial de su resplandor imperial Jhiral Khimran II. —Trazó un arco en el aire con el brazo, el elaborado gesto característico de los jinetes de Teth, hasta dejar la mano derecha encima del hombro—. He jurado servir a todos los pueblos de la Revelación.

—No pertenezco a ninguna tribu —musitó la mujer, que seguía negándose a mirarla—. Me llamo Elith. Vengo de Ennishmin.

Estupendo.

Antes de que Archeth pudiera reprimir el acto reflejo, sus labios se tensaron como si la hubieran pinchado. Sus ojos volaron sobre el atuendo de la mujer y localizaron los bordes deshilachados en su pechera, allí donde se había arrancado de cuajo el kartagh, el escudo cosido que simbolizaba la ciudadanía sin conversión. No tenía nada de extraño que Elith hubiera decidido hacer algo así; de uno a otro confín del Imperio, los salteadores de caminos y todo tipo de criminales interpretaban la no adhesión a la Revelación como el único permiso que necesitaban para perpetrar sus delitos, de modo que los infieles eran víctimas habituales de saqueos y otros actos

vandálicos. Los tribunales imperiales solían ponerse de acuerdo para castigar con la pena mínima los atropellos que se cometieran contra personas no conversas o sus propiedades, llegando incluso a perdonarlos por completo en ocasiones. Cuando el tintineo del hierro y el martilleo de los cascos resonaban en tu calle, lo mejor que podías hacer era librarte cuanto antes del parche obligatorio que te identificaba como ciudadano de segunda, so pena de que llamara la atención de alguien armado con una espada y cegado por la sed de sangre.

—Vinimos al sur —prosiguió Elith, como si culpara a Archeth de algo—. Nos dijeron que emigráramos, nos aseguraron que aquí estaríamos a salvo. «El emperador os tiende la mano en señal de amistad». Y ahora, mira.

Archeth recordaba las largas caravanas que habían salido renqueando de Ennishmin, las desoladoras columnas de humo que se elevaban en los asentamientos incendiados que dejaban atrás, como plumas que estuvieran garabateando una acusación por escrito en el desvaído cielo invernal. Sentada a lomos de su caballo de guerra en lo alto de una loma arrasada, vio desfilar los rostros cansados, en su mayoría a pie, algunos en carretas cargadas de enseres domésticos y montones de niños, tan a la deriva como balsas a merced de la corriente de un río manso. Escuchó las jactanciosas chanzas y riñas de un grupo de soldados imperiales a su espalda mientras rebuscaban entre pilas de botín extraído de los cientos de hogares que habían saqueado antes de aplicarles la antorcha. Tenía las mejillas encendidas de vergüenza.

Ringil, de rabia.

—Escúchame, Elith —insistió—. Quienquiera que haya hecho esto se enfrentará a la justicia del emperador. Por eso estoy aquí.

Elith esbozó la sombra estrangulada de una sonrisa. Archeth asintió con la cabeza.

—Es posible que no confíes en nosotros, lo entiendo. Pero, por favor, dime al menos qué has visto. No pierdes nada con ello.

La mujer la miró de frente ahora.

—¿Que qué he visto? «He visto el fin del mundo, he visto ángeles descendiendo del anillo, confirmando las profecías, reduciendo a escombros todas las obras y el orgullo del hombre». ¿Eso es lo que quieres que diga?

Eran palabras sacadas de la Revelación. *Sobre el arrepentimiento*, trova quinta, versículos diez a dieciséis o por ahí. Abrumada por la fatiga, Archeth se sentó en los vestigios del muro.

—No quiero imponerte nada —respondió suavemente—. Me vendría bien conocer la verdad, si te apetece contármela. Y si no, tampoco pasará nada porque nos quedemos aquí un rato. Podría conseguirte algo de agua, si tienes sed.

Elith clavó la mirada en las manos durante lo que a Archeth le pareció una eternidad. El cielo se oscureció tras las vigas ennegrecidas por el fuego. Una suave brisa se coló en el puerto y rizó las aguas bajo el embarcadero por el que

deambulaban sin rumbo los hombres de Rakan.

Archeth se armó de paciencia.

Hubo un momento en que Shanta abrió la boca para protestar, pero Archeth lo acalló con una feroz mirada de reojo y un gesto cargado de tensión.

Si la mujer de Ennishmin se había percatado, no dio muestras de ello.

—Rezamos para que vinieran —dijo por fin. Su voz era un susurro exhausto en el que cualquier posible emoción había perecido abrasada hacía tiempo—. Nos pasamos todo el invierno haciendo sacrificios y orando, pero fueron vuestros soldados los que acudieron. Incendiaron nuestro hogar y violaron a mis hijas. Cuando el menor de mis pequeños intentó detenerlos, le clavaron una pica en el estómago y lo dejaron empalado en una esquina de la habitación para que no se perdiera detalle.

Archeth apoyó los codos en las rodillas, juntó las palmas de las manos y posó la barbilla en el canto de los dedos unidos.

—Al terminar descolgaron a Erlo porque el soldado no quería quedarse sin su pica, y lo dejaron tirado en el suelo, desangrándose. No lo remataron. «Clemencia imperial», lo llamaron. Y se echaron a reír. —Elith no apartó la mirada de las manos en ningún momento mientras hablaba. Era como si la fascinaran por el mero hecho de estar ahí, al final de sus muñecas—. Mataron a Gishlith, la más pequeña, cuando llegó su turno y mordió a uno de ellos, pero dejaron con vida a las demás. Ninea se suicidó más tarde, al descubrir que estaba embarazada. Mirin eligió vivir, siempre fue la más fuerte.

Un largo suspiro, apenas audible, escapó con aspereza de la garganta oprimida de Archeth. Tragó saliva con dificultad.

—¿Y tu marido?

—Estaba fuera. Combatiendo al Pueblo Escamoso, con el resto de nuestros hijos. Llegó a casa tiempo después, abrasado y mutilado por el aliento de los dragones en la playa de Rajal, donde había visto morir a los muchachos. Fue aquello lo que realmente acabó con él, no el brazo amputado ni el rostro desfigurado, como se rumoreaba. Él no, nunca. —Elith se interrumpió y miró de reojo a Archeth—. Mirin se casó con un marinero, se fue de casa y ahora vive en Oronak. No hemos vuelto a saber nada de ella.

Lo que no auguraba nada bueno. El Imperio se preciaba de la fiabilidad de su servicio de correos, cuyos mensajeros funcionaban como relojes ya en tiempos del padre de Akal, y la ciudad costera de Oronak no estaba tan lejos. Archeth la había visitado en un par de ocasiones; era un estercolero. Edificios y embarcaderos de madera corroída por la humedad y el salitre, ninguna calle pavimentada más allá de la línea del puerto. Una puta depravada en cada esquina y clientes de sobra para todas, desembarcando en oleadas de los buques mercantes que se disputaban los escasos puntos de atraque en los muelles.

—Huyó. —Elith sostuvo la mirada de Archeth esta vez, con una pasión inesperada, ofreciéndole compartir una incredulidad que la mujer de piel negra aún

no entendía—. Vinieron, vinieron al fin, y él huyó. Con los demás, a las montañas. Salí a la calle y grité, me desgañité pidiendo justicia, o la muerte si era eso lo que preferían darme, pero Werleck huyó. Huyó.

Archeth frunció el ceño.

—¿Justicia?

—Rezamos. —Como si estuviera hablando con una idiota, con alguien que no hubiese prestado la menor atención a sus palabras—. Ya te lo he dicho. Durante todo el invierno, rezamos para que vinieran. Con el Pueblo Escamoso acercándose desde el norte, y los imperiales desde el sur y el este. Rezamos rogando su intervención, pero no acudieron. Pese a todos los sacrificios que realizamos, nos abandonaron a nuestra suerte. Y se presentan ahora, ahora, con diez años de retraso, con mis hijos enterrados en el suelo robado de Ennishmin, ahora que nos hemos dispersado como semillas de lino por las tierras de nuestros explotadores. ¿Para qué coño los queremos ahora?

Su voz se hizo añicos con las últimas palabras, como si algo le hubiera desgarrado la garganta. Archeth miró a Shanta de soslayo. El ingeniero enarcó una ceja y guardó silencio. Los hombres de Rakan que andaban por allí cerca fingieron no haber escuchado nada. Archeth se inclinó hacia delante y extendió la mano abierta en un gesto de cuyo simbolismo ni siquiera ella estaba del todo segura.

—Elith, ayúdame a entender una cosa. Rezaste para que estas… criaturas aparecieran. Las, esto… las invocaste. Para protegerte.

—Con diez putos años de retraso —repitió Elith, desconsolada, con un hilo de voz—. ¿Para qué coño los queremos ahora?

—Sí, hace diez años, en Ennishmin. Y ahora han venido, por fin. ¿Pero quiénes son, Elith? ¿De qué estamos hablando?

La mujer de Ennishmin giró el rostro hacia Archeth, y bajo la capa de mugre y los estragos de la preocupación que lo cubrían, algo sibilino, se podría decir casi que malicioso, pareció centellar en los ojos anegados de lágrimas.

—No los detendréis, ¿sabes?

—Vale, no los detendremos —Archeth asintió siguiéndole el juego, fingiéndose razonable—. De acuerdo. Pero dímelo de todas formas, para que me aclare. ¿Qué son? ¿Qué has convocado?

Elith torció los labios, vacilante. Parecía retorcerse al extremo de una soga que Archeth era incapaz de ver.

Y entonces:

—Dwenda. —Enunció la palabra como si quisiera deletrearla.

Enderezó los hombros y sonrió, una mueca trémula y desapasionada, erizada de dientes rotos. Archeth supo que necesitaría la ayuda del krinzanz para conciliar el sueño esa noche.

Capítulo 13

A la mañana siguiente se dirigió a la Puerta Oriental. Probablemente no fuera buena idea, pero tampoco había tenido muchas de éstas desde su regreso.

La puerta era una de las más antiguas de la ciudad, construida hacía un par de siglos junto con la gran carretera que conducía hasta ella, cuando Trelayne aún no se extendía hasta el mar, para servir de vía de acceso principal a los visitantes de la época. Aun tosca y anticuada, resultaba hermosa; una generosa porción de las riquezas obtenidas con el floreciente comercio de la ciudad se había destinado a financiar el transporte de piedra reluciente desde las canteras del sur y a pagar a los mejores mamposteros de la región para darle forma y vestirla. Unos arcos dobles se erguían a seis metros de altura sobre la cabeza de quienes entraban y salían de Trelayne por ese punto, cerrando un alargado patio empedrado con muros almenados y estatuas de espíritus guardianes de la ciénaga erigidas en las esquinas. Cuando el sol le daba de pleno, la roca rutilaba y destellaba como si estuviera tachonada de monedas de oro de nuevo cuño. Por la noche, la luz anular convertía las incrustaciones en plata helada, pero el efecto era el mismo. Por unanimidad, se consideraba que el conjunto al completo era una de las maravillas arquitectónicas del mundo.

Lástima que tengan que usarla como cámara de tortura.

Ya, en fin. Hay que impresionar a las visitas.

El sarcasmo encerraba una sórdida nota de realidad. A nadie que entrara en Trelayne por primera vez a través de la Puerta Oriental le quedaría la menor sombra de duda sobre cuál era la actitud de la ciudad hacia quienes quebrantaban la ley.

En cuanto hubo pasado bajo el portal interior supo que no se había celebrado ninguna ejecución recientemente; de lo contrario se habría encontrado con una aglomeración de curiosos. En vez de eso, las reses, las carretas y los peatones circulaban de un lado para otro sin impedimento a lo largo de la desgastada sección central del patio. Se habían montado tenderetes contra las paredes laterales, y las pandillas de niños mugrientos correteaban ofreciendo puñados de trozos de fruta o confites. En una esquina, un grupo de habitantes de la ciénaga había extendido una manta de adivinación de vivos colores, y por todas partes había alguien haciendo malabarismos con cuchillos o representando leyendas del folklore de la localidad. El olor a estiércol y aceite de cocinar rancio lo impregnaba todo.

Podría ser peor, Gil.

Las jaulas colgaban sobre la cabeza de los transeúntes a la luz del sol, elevadas sobre gigantescas grúas adosadas a las paredes del patio, cinco a cada lado. Tenían forma de cebolla y de lejos parecían muy delicadas, con finos barrotes de acero que se abombaban desde el tallo de sujeción en lo alto, se rizaban en la base y convergían

en el eje retráctil central, donde el siniestro mecanismo de una barra de empalamiento se introducía en el cuerpo de la jaula. Al acercarse, Ringil vio que no había acertado del todo sobre la ausencia de ejecuciones. Unos restos humanos ocupaban todavía una de las jaulas.

Se le nubló la vista de repente, como si alguien hubiera corrido una cortina de muselina en llamas ante sus ojos. El pasado que desfilaba frente a ellos le impedía ver nada más. Lo bañó una oleada de recuerdos tan cegadora como el resplandor del sol del desierto.

Jelim, gritando y pataleando mientras lo arrastraban hacia la jaula con su manto de ejecución. A veces se drogaba a los condenados antes de ejecutar la sentencia, por misericordia o porque alguien en alguna parte había depositado monedas suficientes en las manos adecuadas. Pero nunca cuando se trataba de este crimen. Había que dar ejemplo.

La mano de Gingren le atenazaba la muñeca como un cepo. A ambos los oprimía la presión de las cotas de malla y los uniformes de cuero de los soldados que los rodeaban, en previsión de que alguno de los espectadores pudiera haber oído los rumores y estableciese una conexión indeseada entre el joven Eskiath que se erguía pálido en la tribuna de los nobles y el muchacho encerrado en la jaula.

Lo verás todo, mocoso. No te vas a mover de aquí hasta que lo hayas presenciado hasta el puto final, aunque tenga que inmovilizarte personalmente.

Ringil no necesitaba que nadie lo inmovilizara. Fortificado por el asco que se daba a sí mismo, apelando a las reservas de desprecio sardónico que había acumulado a lo largo de su relación con Milacar, había acudido a la puerta con los labios apretados, tembloroso pero repleto de una energía peculiar, como si se dirigiera a su propia ejecución y no sólo a la de Jelim. En el fondo de su ser, una voz desapasionada le aseguraba que sería capaz de soportarlo.

Se equivocaba. Por completo.

Ringil resistió mientras colocaban a Jelim en su sitio encima de la estaca retraída, mientras lo obligaban a descender y sus pataleos cesaban abruptamente al tiempo que abría los ojos de golpe; mientras el largo alarido gutural de negación brotaba de sus entrañas; mientras Jelim se estremecía en la presa de los hombres que lo sujetaban cuando el verdugo apostado al pie de la jaula empezó a accionar el mecanismo y las ruedas dentadas elevaron centímetro a centímetro el barrote de acero erizado de espinas; mientras los gritos empezaban a escapar de él a intervalos rotos por sonidos inhumanos, como si estuviera intentado respirar sumergido en un lodazal; mientras Jelim se incorporaba despacio como si pretendiera ponerse obscenamente firme ante la multitud; mientras sus estremecimientos se sucedían en una secuencia imparable; mientras la sangre, las heces y la orina empezaban a salpicar el suelo y la jaula…

Ringil recuperó el conocimiento tendido en las tablas de la tribuna, con la garganta abrasada por el vómito. Uno de los soldados de los Eskiath estaba abofeteándole la cara. El resto de la noble congregación, probablemente para no

ensuciarse sus mejores galas, había despejado un círculo a su alrededor, aunque nadie lo miraba con repugnancia.

Nadie estaba mirándolo en absoluto.

Todos estaban pendientes de la jaula y del origen de los ruidos que salían de ella.

Gingren se alzaba sobre Ringil con los brazos cruzados y aplastados contra el pecho, con la cabeza erguida como si tuviera el cuello paralizado, sin prestar la menor atención a su hijo, ni siquiera cuando Ringil se atragantó y el soldado tuvo que introducirle un dedo enguantado en el gaznate y girarle bruscamente la cara para evitar que se asfixiara.

El viento transportaba los estertores de Jelim hasta él. Volvió a desmayarse.

—¡Eh! ¿Qué cojones…? —La voz del campesino se truncó antes de terminar la frase—. Ah, con perdón, su valía —se corrigió, conciliador—. No lo había visto.

Ringil regresó al presente con un estremecimiento. Se había quedado plantado en medio del camino, bloqueando el paso. Descubrió que había cerrado los ojos sin darse cuenta. Sacudió la cabeza y dio un paso a un lado para alejarse del flujo de tráfico y adentrarse en las sombras que proyectaban las jaulas. El carretero que lo había imprecado pasó corriendo tras una recua de burros, con la cabeza agachada, deseoso de no buscarse ningún problema. Ringil, que no estaba prestándole la menor atención, se obligó a mirar hacia arriba.

El ocupante de la jaula no llevaba muerto mucho tiempo. Todavía no se apreciaba ningún indicio de descomposición, y las aves aún no le habían devorado los ojos, algo que Ringil sabía que a veces podía ocurrir incluso antes de que los últimos vestigios de vida escaparan a borbotones de la víctima. De hecho, un aura desagradablemente vital envolvía al cadáver. Aparte de la cabeza, torcida sin fuerza sobre el cuello estirado, el hombre seguía irguiéndose erecto, sostenido por la barra de acero en la que estaba ensartado. A primera vista, y salvo por el manto de condenado de color beis que le llegaba hasta los tobillos, casi podría haber pasado por un soldado de guardia que estuviera girando el cuello para aliviar la tensión acumulada. Incluso la punta de la estaca que emergía entre la tela empapada de sangre a la altura del hombro derecho del hombre se podría haber confundido con la empuñadura de un mandoble cruzado a la espalda.

A regañadientes, Ringil avanzó unos pocos pasos más para poder asomarse entre los barrotes curvados y ver mejor la cara. El sol confería un suave halo a la cabeza que lo bloqueaba. Sintió cómo se formaba una mueca en los labios mientras contemplaba aquellos ojos helados.

—¿Qué cojones estás mirando?

Se le enredaron los pies al retroceder, consternado. Con el sol aún detrás de la cabeza, el cadáver levantó el rostro para seguirlo con la mirada muerta. Sus labios se replegaron sobre unos dientes ennegrecidos. Entre ellos, Ringil atisbó el aleteo de un jirón de lengua reseco.

—Sí, tú, cara bonita. Estoy hablando contigo. Qué valiente eras anoche

resguardado en tu puta casita, ¿verdad? ¿Y ahora qué?

Ringil rechinó los dientes tras los labios apretados. Aspiró con fuerza por la nariz. Le pareció detectar una vaharada tenue y dulzona que olía a matadero.

—¿Quién eres?

El cadáver sonrió.

—¿No lo sabes?

La mano de Ringil se deslizó hacia su cuello y la empuñadura de la Críacuervos. La sonrisa del cadáver se ensanchó con ferocidad hasta adquirir proporciones inhumanas.

—Venga ya, Gil. Esto es una alucinación provocada por el krinzanz. Y lo sabes.

Se terminó.

El cadáver volvía a colgar inmóvil clavado en la estaca, con la cabeza colgando de nuevo, en silencio. La luz del sol otoñal se derramaba sobre su hombro, atravesaba la jaula y proyectaba las sombras de los barrotes sobre la cara de Ringil. Éste respiró hondo, con un escalofrío, y dejó caer la mano de la espada. Miró subrepticiamente a su alrededor y vio que nadie estaba prestándole atención.

Bueno, casi nadie.

—Ay, era el marido de mi hija, mi señor. —Había aparecido junto a él una habitante de la ciénaga envuelta en un chal, una de las mujeres que había montado el tenderete de adivinación en la esquina del patio. Desprendía un olor a salitre y humedad, y tenía la mano extendida pidiendo limosna. Ringil estimó que no debía de ser mayor que Ishil, pero la vida en la ciénaga la había convertido en una bruja. La característica delicadeza de sus rasgos aún no se había desgastado del todo, pero los años le habían cubierto de nudos y arrugas la mano tendida, y su voz sonaba ronca y quebrada—. Apiadaos de nosotros, dejó nueve bocas hambrientas que alimentar, ocho pequeños y mi hija viuda, sin nada que nos ayude más que…

—¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba… esto… Ferdin.

Por el rabillo del ojo, a Ringil le pareció ver cómo la cabeza inerte del cadáver se sacudía ligeramente con una sonrisa.

—Ya. —Ignoró la mano implorante e indicó con un gesto la manta extendida junto a la muralla, encima de la cual había otra anciana sentada—. Siento curiosidad, señora. ¿Me podríais leer el futuro?

—Claro que sí, mi señor. Por no más de… —Sus ojos saltaron de un lado a otro —. Siete… florines, lanzaré los huesos por vos.

—Siete florines, ¿eh? —No llegaba a ser un atraco a plena luz del día, pero casi.

La mujer levantó un brazo mugriento, quemado por el sol, y dejó que su chal cayera hacia atrás. Se tocó una gruesa vena alargada que le surcaba la muñeca.

—La sangre que corre por aquí pertenece a los clanes de la ciénaga de Ushirin, hijos de Nimineth y Yolar. No soy ninguna cantahechizos barata de las casetas de Strov.

—Barata no eres, no, desde luego.

Sus palabras resbalaron sobre la mujer como gotas de lluvia por el lomo de una nutria; nada iba a impedirle soltar su discurso de adivina ahora que ya había tomado carrerilla. Ante los ojos de Ringil, la mujer liberó el otro brazo de la envoltura del chal y cruzó las muñecas ante ella, con las palmas ahuecadas hacia arriba.

—Mi linaje se remonta ochenta y seis generaciones, sin diluir, hasta aquellas personas que se aparearon con los aldraínos. Tengo el ojo. La forma de las cosas por venir se abre ante mí, sin más misterio que la forma de lo que ya ha ocurrido.

—Hmm. Lástima que no lanzaras los huesos para tu yerno, ¿verdad? —Ringil asintió con la cabeza en dirección al cadáver—. Le habría venido bien que alguien lo previniera sobre la forma de las cosas por venir, ¿no te parece?

Eso detuvo en seco a la mujer, que entrecerró los ojos mientras Ringil veía cómo se inundaban de odio. Le alegró comprobar que su reacción no le pillaba por sorpresa. Bajo las extravagantes afectaciones de vidente que representaban de cara al público, los verdaderos habitantes de la ciénaga conservaban una fina esquirla de orgullo que ya se había extinguido prácticamente por completo en los demás clanes de Naom. Su distanciamiento de la vida de la ciudad no era meramente físico, y conllevaba un desapego inevitable. Sus ademanes denotaban una pronunciada irreverencia frente a la utilería de los nobles adinerados y los políticos influyentes. Ésa era la única cualidad que Ringil podía obligarse a admirar en lo que, por lo demás, representaba una mugrienta y brutal rémora cultural del pasado preurbano de Naom. Como la mayoría de los niños pequeños, también él había soñado a menudo con escapar de casa e irse a vivir con los habitantes de la ciénaga, resentido después de que Gingren o alguno de sus tutores le hubiera propinado una azotaina. En no pocas ocasiones había visto la tenue luz titilante de los faroles de sus campamentos al otro lado de la llanura, había sentido la promesa de la distancia y la tentación de la huida bajo las estrellas, como cualquier otro chiquillo.

Bonita imagen. Pero la realidad era demasiado inhóspita, húmeda y pestilente como para que aquella posibilidad pudiera contemplarse en serio.

Por no mencionar el puto frío que hacía en la ciénaga en invierno.

La adivina bajó las muñecas cruzadas de golpe. Sus brazos se quedaron colgando a los lados, el chal cayó y le cubrió las manos. Sus ojos se clavaron en los de Ringil. Sus facciones se mantuvieron impasibles, salvo los labios, cuando declamó con suavidad:

—Te diré una cosa. Te diré lo que veo, y gratis. Sabes mucho de la guerra, portas su espíritu clavado muy dentro de ti, igual que ése de ahí arriba tiene el acero dentro de él. Igual de profundamente enterrado, igual de duro e inflexible a todas las demás cosas más blandas que eres y quieres y posees. E igual de amargo en su herida. Crees que te verás libre de él algún día, cargas con él como si la herida pudiera cicatrizar alguna vez. Pero para ti, igual que para él, no habrá curación.

—Guau —Ringil levantó la mano izquierda y dio unos golpecitos con los dedos

en la empuñadura de la Críacuervos—. Menudas dotes deductivas. Lo siento, abuela. Sigue sin haber trato.

La anciana elevó un ápice la voz y continuó:

—Escucha bien mis palabras. Se avecina una batalla, un duelo de poderes como no has visto nunca. Una batalla que te romperá, que te hará pedazos. «Surgirá un señor oscuro, el viento de la ciénaga augura su llegada».

—Ya. Mira, hace un par de semanas se me perdió una navaja. ¿Por casualidad no sabrás dónde está?

La mujer le enseñó los dientes.

—Entre los muertos —siseó con ferocidad—. Olvidada.

—Vale —Ringil ensayó una reverencia sucinta y empezó a darse la vuelta—. En fin, tengo que irme.

—Has matado a niños —dijo la mujer a su espalda—. No creas que eso sanará tampoco.

Ringil se detuvo en seco.

Sintió de nuevo como si las llamas le consumieran la vista, reemplazada por algo distinto. Volvía a estar en el patio, entre una menguada multitud de curiosos mientras Jelim Dasnel agonizaba. La tribuna de observación se había desmontado ya; la jaula colgaba en lo más alto. Las manchas del empedrado comenzaban a secarse a sus pies.

Era el segundo día.

Ése era el tiempo que había tardado en burlar el arresto domiciliario. La decisión había sido de Ishil. Cuando Gingren lo llevó a casa después de la ejecución, pálido y tembloroso, manchado de vómito, Ishil había echado un vistazo a su hijo y había estallado de rabia. Envió a Ringil a su habitación con aplomo glacial, y en cuanto se hubo marchado se abalanzó sobre su marido como una tormenta. La casa entera oyó cómo lo regañaba. Que Ringil recordase, era la primera vez que su madre había desatado toda su furia sobre Gingren, y aunque él no estaba allí para ver el resultado, la ausencia de señales en la cara de Ishil al día siguiente sugería que Gingren se había amilanado ante el asalto. Después de aquello, los criados infestaban hasta el último rincón de la casa, con instrucciones precisas: Ringil no debía abandonar la casa antes del fin de semana. Jelim había sido un muchacho fornido, y era sabido por todos que los verdugos de Kaad, si éste se lo ordenaba, podían prolongar el sufrimiento de un criminal empalado durante tres o cuatro días, según lo recia que fuera la víctima.

Ringil salió por la ventana de su dormitorio al amanecer, caminó de puntillas por cornisas de piedra hasta la esquina de la casa y cruzó el tejado para llegar los establos. Se había embozado en una capa parda sin distintivos que no aparentaba lo que costaba. Tras colarse por el agujero de la valla, se dirigió corriendo a la Puerta Oriental.

Cuando llegó, Jelim todavía seguía consciente.

Y los niños estaban tirándole piedras.

No era algo inusitado, ni tan siquiera poco frecuente. Si uno tenía buena puntería

y elegía una piedra de buen tamaño, podía conseguir que el condenado respingara en la estaca y chillara. En ausencia de la guardia, se sabía que los golfillos más emprendedores se aprovisionaban de rocas que luego vendían por peniques pasando la bandeja.

El primer rapaz en el que se fijó Ringil debía de contar ocho años; lozano y risueño, sopesó su pedrusco mientras avanzaba y amartillaba el brazo. Sus camaradas, de edades parecidas, le ofrecían jocosos consejos. Aturdido y mareado, Ringil no acertó a comprender qué ocurría hasta que el misil salió disparado y rebotó con estrépito en uno de los barrotes de la jaula.

Jelim emitió un gritito estridente y afeminado. A Ringil le pareció oír el filo descarnado de las palabras «por favor» embotado por la agonía.

—¡Eh, mocosos! —gritó alguien—. Dejad eso.

Risas, algunas de ellas adultas.

—Eso, vete a la mierda, abuelo —dijo el pequeño, tan campante, y se preparó para el siguiente lanzamiento. Levantó el brazo.

Y Ringil lo mató.

Ocurrió tan deprisa que nadie, y menos Ringil, comprendió qué estaba pasando. Agarró el brazo a la altura del codo, impulsó la mano hacia el cuello del niño y apretó. El pequeño gritó, pero no lo bastante fuerte como para ahogar el sonido sordo y carnoso que produjo su hombro al dislocarse.

No era suficiente.

Ringil lo derribó al suelo, pataleando, y le aplastó la cara contra los adoquines. Sangre sobre las piedras cubiertas de estiércol; un maullido húmedo. Pensó que el niño todavía respiraba cuando levantó la cabeza las dos primeras veces, le pareció oír que seguía gañendo, pero al tercer impacto enmudeció de repente. Y al cuarto y el quinto, todo había acabado definitivamente.

Siguió aporreando.

Alaridos estridentes y atiplados en sus oídos, como los que podría emitir una tetera humeante abandonada en el fogón.

Cuando consiguieron apartarlo a rastras, los rasgos del niño, reducidos a pulpa, a duras penas podrían reconocerse como humanos. Sólo entonces, mientras se llevaban a Ringil por la fuerza, pataleando, rugiendo y lanzando puñetazos a los vándalos supervivientes, aterrorizados y boquiabiertos, reconoció el alarido estridente por lo que era: su propia voz, como uñas arañando las puertas de la locura.

Has matado a niños.

Se sacudió el recuerdo de encima. *Mierda de lagarto, Gil, es una timadora como todas las demás, cualquiera podría haber deducido lo que acaba de decirte. La guerra es tan común como los adoquines de la calle, todos los de tu generación o mayores estuvieron en ella a menos que alegasen alguna invalidez*. Un hombre que porta una espada cruzada a la espalda y habla como un guerrero, un hombre con el pasado instalado en la mirada; ése era él. Cualquier adivina medio perspicaz sabría

interpretar lo que implicaba todo ello, como se interpretaban las señales de un camino en la ciénaga.

Empezó a caminar.

A su espalda, le pareció oír que la mujer lo maldecía.

Casi había regresado a los Claros cuando recordó la última vez que había visto aquella navaja.

La había dejado en un bolsillo de su jubón de cuero en Aguas del Patíbulo, la noche de los mortívagos. El jubón que llevaba puesto cuando entró en el cementerio, el que perdió durante la batalla.

El que había dejado allí, entre los muertos.

Capítulo 14

Fue durante la noche del Ensebado (noche de enmascarar y desenmascarar, noche del desfile de Ynprpral y el frío que atraviesa como un cuchillo, noche de aceptar la rueda de las estaciones y el cambio inevitable) cuando llegó por fin la señal que Poltar estaba esperando. Supuso que era apropiado de esta manera; a regañadientes aprobaba el simbolismo que conllevaba.

Pero sobre todo, se alegraba de que la espera hubiera terminado.

Había observado el cielo durante semanas tras su encuentro con Kelgris, rumiando su odio y sus morbosos sueños de venganza. *Los moradores muestran su voluntad a quienes tienen ojos para mirar al cielo*, le había enseñado su padre, mucho antes de que Poltar asumiera con todas sus consecuencias que también él luciría el manto con el ojo de lobo algún día. *Donde otros hombres sólo ven el filo del mundo, tú debes aprender a mirar más allá. Debes mirar al cielo*.

Del dicho se pasó al hecho no mucho después; Oigan era un chamán de la vieja escuela, y aspiraba a que su hijo vistiera los hábitos con la misma convicción llegado el momento. De su padre, Poltar aprendió a distinguir las fases y los cambios de humor de la Vía Celeste, sus colores y las chispas que el corcel con cascos de hierro de Urann arrancaba a veces de su superficie cuando el Señor Gris galopaba de la Casa Celeste a la Tierra o viceversa. Aprendió por qué el anillo podía embozarse en nubes y esconderse, por qué en otras ocasiones podía mostrarse claro y brillante de un extremo del horizonte a otro como una delicada promesa dorada. Aprendió a anticipar el humor de las tormentas y las visitas de la aurora, a comprender qué pretendían y cuáles solían ser sus intenciones, aprendió el significado de todos los vientos que barrían la estepa y lo que podían contarle a quien tuviera oídos para escuchar. Aprendió dónde encontrar el hierro celeste, a saber cuándo era más probable que cayera a la tierra, y en qué estación se podía tocar sin peligro. Aprendió los nombres, las historias y las invocaciones, y una vez, cuando todavía era muy joven, vio cómo su padre convocaba a Takavach el de las Mil Caras de la superficie de un espejo de cristal inclinado para contemplar el firmamento oriental que se oscurecía con el anochecer.

Mira al cielo.

Pero durante semanas, el cielo no le había revelado nada.

Y entonces recibió la visita de Ergund.

—¿Mi hermano Ergund? —Egar frunció el ceño, sin seguir realmente la inesperada digresión, ni proponérselo—. Bueno, ¿por qué debería hacerlo? Presentarte sus respetos, quiero decir. Apenas tienes dieciséis años, y eres una lechera, por el amor de

Urann. No significas nada para él.

—Para él puede que no, ni para esa arpía reseca que tiene por esposa. Ésa no es la cuestión. —Sula entrelazó unos dedos que hasta ese momento estaban ocupados en otros quehaceres, más placenteros, y se deslizó hacia atrás hasta quedar sentada a horcajadas encima de él justo a la altura de las rodillas. La vista era espectacular; se encontraba desnuda salvo por las pulseras y el collar de huesos tallados que Egar le había regalado hacía un par de semanas. Lo único que empañaba el conjunto era su expresión, que se había tornado malhumorada de repente—. Ergund sabe de sobra qué cojones significo para ti. Me cago en la puta, venía de camino a tu puta yurta cuando me crucé con él. Y, como digo, pasó por mi puto lado con toda la pachorra, sin dirigirme la puta palabra. Por no dirigirme, el pedazo de mierda ni siquiera se dignó dirigirme una puta mirada. Tenía la puta cara toda arrugada, como si estuviera cabreado por algo y yo tuviera la puta culpa, joder.

Egar suspiró. Su erección, desatendida de golpe, flaqueó, cayó fláccida de costado sobre su muslo. Buscó la botella de vino de arroz junto a su cabeza, pegó un trago, arrugó el gesto y se tragó el mejunje.

—Mira, lo más probable es que esté celoso —dijo—. Seguro que no le ha puesto las manos encima a un par de tetas tan fabulosas como las tuyas en su puta vida.

Aquello pareció amansar a Sula, que volvió a inclinarse hacia delante con una sonrisa y agachó los hombros en su dirección, de un lado a otro, un par de veces. Como la mayoría de sus conquistas, era una muchacha bien dotada. Sus senos colgaban pesados a la cálida luz jaspeada del brasero de malla de hierro de la yurta. El tatuaje de una serpiente enroscada que la cubría desde la clavícula al canalillo pareció sacudirse sobre su piel con el movimiento. Se humedeció los labios.

—Ya, y una esposa con la boca tan cerrada tampoco puede ser ninguna maravilla haciendo mamadas, ¿verdad? —Soltó una risita traviesa—. Joder, apuesto a que se considerará afortunado si consigue tres de ésas al año.

—Estrictamente sólo las noches de celebración —convino Egar, estirando un brazo y ahuecando las manos encallecidas bajo los pechos en cuestión. Movió los gruesos pezones enhiestos adelante y atrás con los pulgares; apretó con suavidad la elástica gravidez que le copaba las palmas. Decidió lanzar otra insinuación—. Tampoco olvidemos que se trata de una mujer privilegiada, así que, ya sabes, probablemente carezca de tu fuerza en los dedos.

Los ojos de Sula se nublaron con renovada lujuria. Aplicó de nuevo las manos al cuerpo de Egar, recogió su polla y empezó a trabajarla arriba y abajo. Ahhh, dedos de lechera. Se sintió recuperar la erección en toda su plenitud en cuestión de segundos. Sula también lo sintió, sonrió otra vez, se agachó y agitó un seno suavemente adelante y atrás para rozar la cabeza de la polla primero, y después la cara de Egar. Éste abrió la boca tras el pezón, torciendo el cuello para atraparlo y chuparlo, corcoveó y se aferró a sus caderas. Sula se echó de golpe hacia atrás y sacudió la cabeza.

—Ah, no. Lo primero es lo primero, joder. Vamos a quitarte las prisas. No me apetece echar un polvo de dos minutos contigo como si fueras un pastor borracho, para que luego puedas irte a las putas ceremonias en plena forma. Tú quédate ahí tendido y haz lo que yo te diga, «señor del clan». Voy —añadió al son de sus lánguidas caricias ondulantes— a ordeñarte hasta dejarte seco. Como si fueras un puto búfalo, ¿sí? ¿Eso te gusta? Y luego vamos a ver qué puedes hacer tú por mí.

Egar soltó una risita.

—Me haces sufrir, cochina, sabes que voy a devolvértela con creces. Haré que aúlles como un zorro estepario.

Sula levantó una mano de su tarea y juntó y separó los dedos imitando una boca parlanchina.

—Ya, ya… Blablablá. Todos los putos hombres sois iguales. Señor del clan o zagal, dime cuál es la puta diferencia.

El señor del clan paseó una miradita cargada de intención por los arreos de la yurta, los ricos tapices y alfombras, el brasero encendido en la esquina.

—Hace demasiado frío para revolcarse por la hierba con zagales en esta época del año, diría yo. La diferencia es palpable.

Una sombra cruzó la cara de Sula, un atisbo de tensión, y sus manos perdieron la cadencia que les había imprimido. Aún no lo conocía lo suficiente como para interpretar todos sus estados de ánimo, para distinguir el humor burdo del genuino desagrado, un gruñido de un ronroneo. Egar tuvo que obligarse a sonreír, sacar la lengua y salvar la situación con unas cuantas payasadas antes de que ella se tranquilizara.

Al final, hubo de recordarse, *tetas y dedos de lechera no obstante, no deja de ser otra pastora skaranak malhablada a la que le gusta exprimirte la polla, «señor del clan»*.

Eso le provocó una tristeza inconsolable. Sula era suculenta, cimbreña, fabulosa con las manos y la boca, extraordinariamente fogosa y desinhibida a la hora de follar. *Pero luego, al final…*

Al final, cuando yacieran juntos empapados de sudor, la verdad ineludible afloraría de nuevo a la superficie. A saber: que Sula no tenía ni la mitad de años que él, que no había estado en ninguna parte, no había visto nada, no conocía nada más allá de los grandes límites celestes de la estepa… y se conformaba con seguir así; que no tenía prácticamente nada que decir sobre nada más que sus animales, sus polvos, los últimos cotilleos del clan o las putas rencillas interminables de su numerosa familia.

Que ni siquiera sabía leer. Y (había abordado el tema una vez) que tampoco se moría de ganas por aprender.

Ah, ¿esperabas un coño culto, a lo mejor? ¿Una cortesana criada en Yhelteth con un astrolabio plantado en el balcón y un ejemplar ilustrado de Historias del hombre y de la mujer *en la mesita de noche?*

¿Esperabas a Imrana, a lo mejor?

A la mierda.

Eso, a la mierda. Puedes llevarte a Sula a Ishlin-ichan cuando las ceremonias hayan terminado. Eso le encantará, desfilar por delante de todas esas tiendas de trapos de la avenida de la Costilla Tallada con el monedero de un señor de clan a su disposición. Puedes solazarte con sus grititos de alegría multiplicados por los espejos mientras compra todo lo que se le ponga por delante, y llamarlo felicidad.

Sula estaba transportándolo ahora a los confines de su propia alegría efímera. El calor del orgasmo palpitaba y se condensaba en su ingle. Las caricias de los fuertes dedos se tornaron más breves e imperiosas mientras sus propios gruñidos y jadeos le atronaban los oídos y sus pensamientos se diluían en el clamor del éxtasis y la liberación.

Venga ya, no puede ser tan malo, ¿verdad, señor del clan? Cuando la sensación se desbordó, recorrió en tromba el canal de su polla y explotó, salpicando sus manos de cálida cremosidad salobre, Sula se rió y se untó la garganta, los pechos y el vientre con una mano, mientras la otra seguía bombeando con fuerza. *No puede ser tan malo, joder*.

—Pareces desdichado, Ergund.

—Ya, en fin…

Poltar reprimió un suspiro. No le caía demasiado bien Ergund, como tampoco le inspiraba la menor simpatía ninguno de los demás hermanos del señor del clan. Pero eran influyentes y debía congraciarse con ellos, sobre todo desde la manifiesta blasfemia de Egar y su falta de respeto por las tradiciones. Al menos Ergund mostraba un ápice de respeto. El chamán dejó a un lado el cuchillo de desensebar, asintió con la cabeza en dirección a uno de sus acólitos para que continuara con el trabajo y se limpió las manos con un trapo. Indicó la alcoba con cortinas que se abría a un lado de la yurta.

—Vayamos adentro, en tal caso. Puedo permitirme unos minutos. Pero las ceremonias están a punto de comenzar, tengo que prepararme. ¿Qué te preocupa?

—Yo, esto. —Ergund carraspeó—. He tenido un sueño. Anoche.

Esta vez Poltar no logró contener el suspiro. Le costó un esfuerzo sobrehumano, de hecho, no poner los ojos en blanco. Dentro de un par de horas debía salir a las heladas brisas norteñas y ponerse a dar volteretas protegido únicamente por grasa de búfalo, su manto de piel de lobo y una máscara de Ynprpral que pesaba tanto como un hacha. Debía chillar y desgañitarse hasta enronquecer, dejarse perseguir por niños pequeños y someterse a la ceremonial expulsión del campamento, donde tendría que permanecer en cuclillas al menos durante una hora a la intemperie hasta que las celebraciones estuvieran bien avanzadas y todo el mundo anduviera demasiado borracho como para percatarse de su regreso.

En tiempos de su padre, naturalmente, el chamán se pasaba toda la noche en la estepa. Pero en tiempos de su padre también sabían lo que era el respeto. En tiempos de su padre los mismos niños que expulsaban a Ynprpral del campamento salían luego a su encuentro cargados de alimentos, vino y mantas para la vigilia del chamán. Más tarde aún acudían los guerreros más jóvenes para hacer compañía a Oigan y pedirle tímidamente consejo sobre cómo ganar o mantener la atención de una u otra muchacha, cómo regatear hábilmente el precio de un caballo o una espada, o cómo resolver peliagudos asuntos de honor, familia y ritual.

Pero Oigan hacía tiempo que había tomado la Vía Celeste, y hoy en día no quedaba ni rastro de aquel antiguo respeto. Si se pasaba toda la noche fuera de vigilia, lo más probable era que Poltar recibiera la visita de algún zagal ebrio tambaleándose para orinar y balbucir disparates de borracho. Todos los demás estarían ocupados festejando. Desde que Egar regresó del sur, las antiguas costumbres sencillamente no tenían la menor oportunidad. Ya no existía el menor sentido del honor ni de la tradición, ni del respeto. Ishlin-ichan llamaba, los jóvenes iban allí a menudo, y la mayoría de las muchachas del campamento se comportaban como prostitutas hoy en día. Nadie sentía ya ninguna necesidad de escuchar al chamán, preferían embelesarse con los vulgares consejos e historias de aquellos skaranak que habían estado en el sur, como si alejarse a caballo hasta el horizonte y volver se pudiera considerar una puta proeza.

Y ahora este memo lloriqueante quería hablar de sus sueños.

Poltar se sentó con él en la alcoba, cerró la cortina y adoptó una expresión de paciencia que no sentía.

—Los sueños son la senda que nos conduce a cumbres que se vislumbran a lo lejos —entonó fatigadamente—. Pero la vista puede ser engañosa. Una roca puede adoptar la forma un caballo con su jinete, y un río la de una alfombra de cuentas de cristal. Dime qué has visto.

—Ocurrió fuera del campamento. Por la noche. —Saltaba a la vista que Ergund se sentía incómodo con esto. Poltar sabía que era un hombre franco y pragmático, pastor de toda la vida y sin mayores aspiraciones—. Creo que había salido, ya sabes, para mear. Pero hacía calor, tal vez fuese primavera, puede que incluso verano. Estaba descalzo y empecé a caminar, anduve entre la hierba intentando encontrar el sitio idóneo.

—¿El sitio idóneo para orinar?

—Bueno, ésa era la impresión que me daba, sí. Entonces me giré y las fogatas del campamento se habían apagado, no quedaba ni siquiera un resplandor en el cielo donde estaban antes. Se había nublado, así que no había luz anular, o no mucha al menos. Sopla un viento helado, puedo sentirlo en los oídos todo el rato. Y hay algo en la hierba, observándome.

—¿Observándote?

—Sí, podía sentir su mirada fija en mí. Al principio no estaba preocupado,

¿sabes?, llevaba encima el cuchillo. Y tenía la impresión de que esta cosa era un lobo, y generalmente te dejan en paz a menos que el invierno sea muy crudo. —Ergund fijó la mirada en el suelo y levantó las manos. Parecía que estuviera intentando enmarcar sus pensamientos entre los cantos de las palmas—. Pero entonces lo veo. Veo los ojos en la oscuridad, y tal y como pensaba, son ojos de lobo, pero son como, no sé, están muy por encima de la altura de la hierba. Quiero decir, un metro o metro y medio por encima del puto suelo.

Se estremeció ligeramente. Intentó sonreír, pero el resultado fue poco convincente.

—Tiene que ser el puto lobo más grande que haya visto nunca nadie, ¿verdad?

Poltar emitió un ruidito ambiguo. En su día había escuchado relatos de avistamientos de monstruos de toda clase en la estepa, desde saltanavajas a arañas tan grandes como caballos. Los lobos gigantes no tenían nada de original.

—Así que empiezo a preocuparme, ¿vale? Saco el cuchillo, me planto ahí, y entonces el puto bicho sale caminando tranquilamente de la oscuridad hacia mí.

—¿Y era un lobo?

—Sí. No. Quiero decir… —La expresión de Ergund todavía delataba su nerviosismo—. Parecía un lobo, una hembra, creo. Pero caminaba sobre las patas traseras, compañero. Ya sabes, como uno de esos perros amaestrados que acompañan a los mendigos de Ishlin-ichan. Pero… grande. Tan alto como una persona.

—¿Te atacó?

El pastor meneó la cabeza.

—No. La puta cosa me habló. Quiero decir, su boca no se movió ni nada, pero podía oír su voz dentro de mi cabeza, como gruñidos muy suaves. Se quedó allí alzado sobre los cuartos traseros, con las delanteras extendidas como si quisiera que se las tomara, sin dejar de mirarme a los ojos en todo momento. Tan cerca que podía oler su pelaje. Tan cerca como para lamerme la puta cara si le daba la gana.

—Así que hablaba. ¿Y qué te dijo?

—Me dijo que acudiera a ti. Me dijo que estabas esperando un mensaje.

Ahora fue Poltar el que sintió la sombra de un escalofrío.

—¿Me llamó por mi nombre?

—Sí. Dijo que te conocía. Que estabas esperando un mensaje, un segundo mensaje, dijo.

Las palabras de Kelgris, en la habitación de arriba en sombras, surgidas de la garganta de la chica muerta. *Traigo un mensaje de mi hermano Hoiran, el que tú llamas Urann. Ese mensaje es: «espera y observa»*. Poltar recordaba la languidez que rezumaba aquella voz, el dolor abrasador mientras su polla se desgarraba y desangraba, la inmovilidad y la impotencia que lo atenazaban. El recuerdo le produjo un inexplicable cosquilleo en la ingle.

Se humedeció los labios.

—Pues dame el mensaje.

Ergund bajó otra vez la mirada a sus manos.

—Dijo…

Su voz se apagó con aquellas sílabas, el aliento escapó intacto entre sus labios. El chamán sintió un retumbo sordo en el pecho. Se obligó a ser paciente; esperó.

Al cabo, cuando Ergund levantó la cabeza, había algo parecido a la imploración en sus rasgos.

—Dijo que el tiempo de mi hermano como señor del clan ha tocado a su fin —musitó.

El silencio descendió sobre ellos como un paño de la muselina más refinada, cubriendo todo cuanto había en la alcoba tras las cortinas y, al parecer, también al otro lado. Poltar lo sintió palpitar en sus venas y posarse en sus oídos, desplazando todas las cosas mundanas.

Se sentó con la espalda rígida.

Ergund abrió la boca. El chamán levantó una mano indicando silencio, se levantó de un salto y regresó a la habitación principal de la yurta. El acólito levantó la cabeza de su despiece y soltó las herramientas de inmediato al ver la expresión de Poltar.

—¿Maestro?

—Ese cuchillo tiene pinta de necesitar un buen afilado. ¿Por qué no se lo llevas a Namdral a ver si consigue que corte otra vez? O mejor todavía, a ver si encuentra un par de hojas nuevas y nos las afila también. Dile que ajustaré cuentas con él después de la ceremonia.

El acólito frunció el ceño. A las herramientas de desensebar no les sucedía nada, y ambos lo sabían. Además, los cuchillos nuevos no eran baratos. Pero no era tan ingenuo como para discutir con Poltar, ni esperar explicaciones. Inclinó la cabeza.

—Como mi maestro desee.

Poltar aguardó hasta que se hubo marchado, se quedó mirando desde la entrada de la yurta mientras el hombre se alejaba entre el bullicio iluminado por las hogueras del campamento, antes de cerrar las cortinas con fuerza y regresar junto a Ergund. Encontró al hermano del señor del clan poniéndose de pie.

—¿Adónde vas?

—Mira, es que… no debería haber venido. Grela me convenció, dijo que tú sabrías qué hacer.

—Sí. Y tenía razón. Lo sé.

—¿Y bien? —Ergund hizo una mueca—. Quiero decir, sólo era un sueño, ¿verdad?

—¿Seguro?

—Parecía un sueño.

El chamán se acercó.

—¿Pero?

—Pero… —Ergund sacudió la cabeza. Era como ver a un búfalo aturdido a medias tras el mazazo de un matarife incompetente—. Cuando desperté, tenía

manchas de hierba en las plantas de los pies. Húmedas todavía. Como si realmente hubiera estado allí fuera.

—Realmente estuviste allí fuera, Ergund.

—¿Con este frío? —resopló el pastor. El sentido común se esforzaba por abrirse paso entre la confusa mezcla de pavor y superstición que lo atenazaba—. ¿Descalzo? Venga ya, a estas alturas tendría ya la puta gangrena. Los dedos de los pies estarían poniéndose negros.

Poltar siguió acercándose hasta obligarle a sentarse de nuevo y se plantó frente a él. En voz baja, casi hipnótica, replicó:

—El mundo de los sueños no es igual que el nuestro, Ergund. Imita a este lugar pero es un remedo, un aspecto distinto. Tiene sus propias estaciones y se rige por sus propias leyes naturales. Caminaste hasta allí, la hierba en tus pies lo demuestra. Es la forma que tienen los moradores de enseñarte que lo que soñaste es real. Es un aviso que no debe tomarse a la ligera. Tu esposa hizo bien enviándote a mí. Ésta es una senda que debemos recorrer juntos.

—Pero, quiero decir, esta cosa, el lobo erguido. Podría haber sido un demonio, enviado para engañarme. Enviado para sembrar la discordia en el clan.

Poltar asintió como si estuviera considerando esa posibilidad.

—No te falta razón. Pero los demonios carecen del poder necesario para oponerse a la voluntad expresa de los moradores. Si fue un demonio lo que atrajo hasta allí fuera y te habló, lo hizo con el beneplácito de la Casa Celeste.

Recordó para sus adentros algo que su padre le había contado una noche de primavera en un momento de distracción mientras ambos estaban sentados durante la vigilia. La tosferina se había llevado a la madre de Poltar el invierno anterior, y Poltar todavía estaba intentando desentrañar los cambios que se habían operado en Oigan desde que enviudara.

Las personas corrientes distinguen entre dioses y demonios, Poltar, pero expresarse en esos términos es señal de ignorancia. Cuando los poderes hacen nuestra voluntad, los adoramos como a dioses; cuando se oponen a nosotros y frustran nuestros planes, los odiamos y tememos como a demonios. Son las mismas criaturas, los mismos seres inhumanos retorcidos. La senda del chamán es la negociación, nada más. Cuidamos la relación con los poderes para que nos reporten más alegrías que lágrimas. No podemos hacer nada más.

De reojo, levantó la mirada de sus cavilaciones y se apresuró a añadir, con gesto culpable: *Nunca hables de esto con nadie. La gente no está preparada para conocer esta verdad… Aunque a veces creo que las mujeres podrían estarlo. A veces, creo…*

Volvió a sumirse en un silencio contemplativo, estudiando fijamente el fuego y escuchando el ulular incesante del viento de la estepa. Jamás volvió a hablar de ello.

—¿Realmente crees —preguntó Ergund, dubitativo— que la Casa Celeste está en contra de mi hermano?

Poltar se sentó con cuidado. Se inclinó hacia delante. Habló con naturalidad.

—¿A ti qué te parece, Ergund? ¿Qué dice tu conciencia?

—Yo… Grela dice… —Ergund se miró fijamente las manos y su expresión se tornó dura de repente—. Joder, ya ni siquiera se comporta como un señor del clan. ¿Sabes qué?, mientras venía hacia aquí pasé por delante de esa fulana, esa tal Sula, que se encaminaba otra vez a su yurta. Quiero decir, ¿cuántos años tiene, quince? ¿Qué hace con una mocosa como ésa?

—No creo que necesites un chamán para responder a esa pregunta —dijo secamente Poltar.

Ergund hizo como si no lo hubiera escuchado.

—Esto no puede durar eternamente. Terminará exactamente igual que con aquella zorra medio voronak que se arrojó en sus brazos el año pasado. Dentro de un par de meses se habrá aburrido y se olvidará de ella. Si hay un niño de por medio, usará los privilegios de su puesto para buscarle un lugar lejos de los rebaños del clan, y después pasará a la siguiente ramera tetuda que le haga ojitos desde el otro lado de la mesa durante algún banquete.

Se interrumpió y pareció sosegarse. Se levantó e intentó deambular por la alcoba. Cortó el aire con el canto de una palma extendida.

—Mira, si Egar quiere desperdiciar el tiempo así, no seré yo quien le lleve la contraria. Uno planta la yurta donde le place, y después tiene que dormir en ella. No soy un puto sacerdote del sur que intente amargarle la vida a todo el que se rasque las pelotas en su presencia. Pero esto no tiene nada que ver con Egar ni con su estilo de vida. Quiero decir, es la puta noche del Ensebado, por el amor de Urann, es una ceremonia. Debería estar ahí fuera con su pueblo, mostrándose, dando ejemplo. Enseñando a los niños cómo protegerse la cara del frío. Inspeccionando las máscaras. Y no…

—¿Engrasándose la entrepierna en privado?

Sus palabras arrancaron una débil carcajada a Ergund.

—Correcto. Eso es malinterpretar la noche del Ensebado, ¿verdad?

—Está descuidando sus responsabilidades, sí. —Poltar se puso serio—. No todos los hombres tienen madera de líder, eso no es ningún menoscabo. Pero quienes no nacen para ello deben aceptar ese hecho y ceder el sitio a quienes estén más dispuestos a cumplir con su deber.

Los ojos de Ergund se posaron en el rostro del chamán, antes de mirar a otro lado.

—No lo quiero —dijo atropelladamente—. Yo no, esto no es…

—Lo sé, ya lo sé —conciliador—. Siempre te has conformado con cuidar de tus rebaños y de tu familia, Ergund —*y con dejarte manipular y mangonear por esa arpía insatisfecha que tienes por esposa*—. Con levantar la voz en el consejo sólo cuando era necesario y por lo demás mantenerte al margen de esas cuestiones. Eres una persona que subestima sus virtudes, las sendas que los poderes han tendido a sus pies. ¿Pero no lo ves? Eso es lo que te convierte en el intermediario perfecto para esos poderes.

La mirada de Ergund se endureció.

—Pues no, no lo veo en absoluto.

—Mira. —Poltar intentó no dejarse arrastrar por la creciente sensación de oportunidad, de predestinación, que lo embargaba. Debía manejar la situación con escrupuloso cuidado—. Imagínate que fuese otro de tus hermanos el que hubiera venido a mí con esta historia. Alrag, por ejemplo, o Gant. Entonces, tendría que preguntarme si su sueño era cierto o no…

—¡Mis hermanos no mienten!

—Claro, por supuesto que no. Se trata de un malentendido. Me refiero a cierto en el sentido de significativo. Enviado realmente por los moradores. Alrag es una persona honrada, desde luego, pero no es ningún secreto que siempre ha ambicionado el liderazgo del clan. Y Gant, al igual que tú, pone en duda la idoneidad de Egar para dirigir, pero no es tan circunspecto como tú. Le gusta llamar a las cosas por su nombre. Hace tiempo que por el campamento circula el rumor de que lo corroen los celos.

—Esas mujeres no saben morderse la lengua —repuso Ergund con amargura.

—Tal vez. Pero la verdad sigue siendo que tanto Gant como Alrag podrían tener un sueño parecido al tuyo porque reflejaría sus anhelos más íntimos. En tu caso, sé que no es así. Lo único que quieres es lo mejor para los skaranak. A través de recipientes como tú es como mejor se expresan los moradores.

Ergund se quedó sentado, cabizbajo, abrumado tal vez por el peso de las palabras de Poltar, quizá sencillamente desconcertado por la desagradable idea de que un lobo estepario se hubiera levantado sobre las patas traseras en la oscuridad y salido a su encuentro caminando como una persona. Cuando habló al fin, le temblaba ligeramente la voz.

—¿Qué vamos a hacer?

—Por el momento, nada —respondió Poltar, en tono calculadamente neutral—. Si ésta es la voluntad de los moradores, como parece, habrá más señales. Hay ritos que puedo realizar para solicitar consejo, pero su preparación me llevará tiempo. ¿Has hablado de esto con alguien más?

—Sólo con Grela.

—Bien. —Mal; la discreción de Grela era tan impredecible como la dirección del humo de una fogata. Pero Poltar sabía que la mujer no sentía mucha simpatía por Egar—. Mantengámoslo así. Volveremos a hablar después de las ceremonias. Por ahora, sirvamos los tres a la Casa Celeste con nuestro silencio.

Más tarde, después de que los niños hubieran amedrentado a Ynprpral con sus caras sonrientes recién engrasadas iluminadas por el fuego y sus atronadoras andanadas de gritos medio jubilosos, medio aterrados, y su correr de acá para allá alentados por sus progenitores; después de que hubieran espantado al demonio del hielo aleteando con

los brazos en círculos amenazadores alrededor de la gran hoguera y ahuyentado la fría oscuridad al lugar que le correspondía; después de que todo eso hubiera terminado, cuando los skaranak se enfrascaron en su habitual beber, cantar, contar historias y contemplar como búhos, sin pestañear, la crepitante calidez de las llamas…

… Poltar se acuclilló en el frío barrido por el viento de la estepa, quedándose lejos del campamento durante más tiempo de lo recordaba haber hecho en una docena de años o más, conteniendo los escalofríos y abrazándose el cuerpo bajo la capa de piel de lobo de su padre, musitando entre dientes, despidiendo nubes de vaho con cada exhalación, esperando…

Salió caminando de la oscuridad para dejar atrás la hierba ondulante, el viento y el frío. La luz anular rompió entre las nubes y la acarició.

Sonriente, con la lengua colgando, toda deslumbrantes colmillos blancos y ojos penetrantes, equilibrándose sobre unos cuartos traseros que no estaban diseñados para que caminara erguida, envuelta en piel de lobo de la cabeza a los pies igual que se había envuelto en la de una ramera en Ishlin-ichan.

No dijo nada. El viento aulló en su nombre.

Poltar se levantó, olvidó el frío que le atería los huesos además de las mejillas, y acudió a su encuentro como si se dirigiera al lecho conyugal.

Capítulo 15

Gingren se encontraba en el salón occidental cuando llegó Ringil, paseando nervioso de un lado para otro mientras arremetía contra un interlocutor cuyas respuestas eran mucho más templadas. Habían dejado la puerta entreabierta, lo que Ringil se tomó como una invitación en toda regla para escuchar a hurtadillas. Se detuvo un momento en el pasillo, atento al tono áspero de su padre y a una voz baja y tímida en la que reconoció al mayor de sus hermanos, Gingren hijo. El sonido despertó un recuerdo helado que lo atravesó como un navajazo.

Un largo pasillo…

Se disponía a emprender una discreta retirada cuando Gingren, haciendo gala de un asombroso sexto sentido, levantó la cabeza y descubrió su presencia.

—¡Ringil! —bramó—. Justo la persona indicada. ¡Ven aquí, haz el favor!

Con un suspiró, sin molestarse en disimular su reticencia, Ringil entró en la habitación y se quedó plantado frente al umbral.

—Sí, padre.

Gingren padre y Gingren hijo cruzaron la mirada. El hermano de Ringil estaba repantigado en un diván junto a la ventana, vestido de calle con botas altas y una espada ropera, visiblemente recién llegado de la casa que poseía en Linardin. Era la primera vez que Ringil lo veía en casi siete años, y los cambios operados en él no eran halagadores. Por si no le bastara con lo mucho que había engordado, se había dejado una barba que no le favorecía en absoluto.

—Precisamente estábamos hablando de ti.

—Qué bien.

Su padre carraspeó.

—Sí, bueno, Ging me estaba contando que podríamos atajar esta idiotez de raíz. A Kaad le hace tan poca gracia como a nosotros, parece que Iscon se extralimitó por iniciativa propia. No es el momento más adecuado para que las familias más destacadas de Trelayne se enemisten por una minucia.

—Así que ahora los Kaad son una familia destacada, ¿no?

Gingren hijo soltó una risita, antes de cerrar la boca de golpe cuando su padre lo fulminó con la mirada.

—Ya sabes a qué me refiero.

—No, la verdad es que no —Ringil miró a su hermano mayor, y Gingren hijo intentó rehuir su escrutinio—. ¿Has venido a ofrecerte como sustituto, Ging?

Tras un par de latidos de silencio incómodo, concluyó:

—Ya me extrañaba a mí.

Su hermano se ruborizó.

—Gil, no es eso.

—¿No?

—Lo que tu hermano intenta decir es que no hay necesidad de sustitutos, ni de ningún otro elemento de esta ridícula farsa. Iscon Kaad no va a batirse en duelo, y vosotros tampoco. Resolveremos esto con inteligencia.

—¿Sí? ¿Y si me niego?

Gingren emitió un gruñido gutural.

—Empiezo a cansarme de tu actitud, Ringil. ¿A qué viene tanto empeño por pelear?

Ringil se encogió de hombros.

—No lo sé. Es el nombre de tu familia lo que insultó presentándose aquí como lo hizo. Amenazando con desenvainar la espada bajo tu techo.

Gingren hijo se inclinó hacia delante en su asiento, airado.

—También es tu familia.

—Exacto. Así que estamos de acuerdo.

—¡No, joder, no estamos de acuerdo! —aulló Gingren. No puedes ir por ahí abriéndote paso a machetazos con esa condenada espada tuya, Ringil. En la ciudad no hacemos las cosas así. Ya no.

Ringil se examinó las uñas.

—Bueno, he estado fuera una temporada.

—Ya. —Su padre apoyó un puño en la cadera—. A lo mejor deberías haberte quedado fuera una puta temporada más.

—Oye, que la culpa es de tu linda señora esposa.

Ging se levantó de un salto.

—¡No te atrevas a hablar así de mamá!

—Bah, cállate —Ringil cerró brevemente los ojos, exasperado—. Mira, estoy hasta los cojones de esto. ¿Tú también andas metido en este asunto de Etterkal, Ging? ¿También tú quieres impedirme que encuentre a nuestra prima Sherin, no sea que salga a la luz algún lucrativo tejemaneje que convendría mantener en secreto? ¿No sea que se enfade alguno de los nuevos amiguitos que hemos hecho entre la escoria de la zona portuaria?

—Sherin siempre fue una golfa además de estúpida —declaró bruscamente Ging—. Todos le advertimos que no se casara con Bilgrest.

—Golfa estúpida o no, tu queridísima madre la quiere de vuelta.

—Te he dicho…

Ringil sonrió como un lobo.

—Lástima que tuviera que preguntar a tres hermanos antes de encontrar a uno con los huevos necesarios para escuchar sus súplicas.

Gingren hijo se abalanzó sobre él. Ringil corrió a su encuentro. Nervioso como estaba todavía tras el incidente de la Puerta Oriental, no pensaba desaprovechar esta oportunidad de desfogarse.

—¡Ging! ¡Ringil!

Ante el sonido de la voz de su padre, ambos hermanos se detuvieron a un brazo de distancia en el centro del salón, sosteniéndose la mirada. Ringil contempló la expresión furiosa de su hermano, distantemente consciente de que no había nada en sus propias facciones que la igualara, nada en absoluto salvo una sonrisa tenue y una desapasionada promesa de violencia.

—¿Y bien? —preguntó con naturalidad.

Ging giró la cabeza.

—No me había dicho nada.

—Me pregunto por qué.

—Oye… Vete a la mierda. —Ging flexionó los puños a los costados, un eco inconsciente de la rabia que sentía su padre. Ringil recordaba cuándo había adquirido esa costumbre, durante los años de juventud que habían compartido—. He venido para ver si podía ayudar.

—No puedes ayudarme, Ging, nunca has podido. Siempre has respetado demasiado las putas reglas.

Un largo pasillo…

Un largo pasillo en el ala de los dormitorios de la academia, y la luz de una fría tarde de invierno filtrándose en renglones diagonales por la hilera de ventanas de los laterales. El tufo meloso del suelo de madera encerada contra el que lo habían inmovilizado hormigueaba en su nariz ensangrentada. El reflejo de las ventanas temblaba en la superficie pulida ante él, dibujaba una línea difusa de pálidos charcos en la madera, pasillo abajo, hasta la inalcanzable puerta del fondo. Le oprimía la espalda el peso del grupito de veteranos que lo había capturado. Eran demasiados para combatirlos a todos mientras lo alejaban a rastras de la puerta a la que había intentado llegar corriendo, de regreso a la penumbra y el aislamiento del dormitorio. Recordaba el frío que sintió en los muslos y en las nalgas cuando le quitaron los pantalones por la fuerza.

Recordaba a su hermano, paralizado en el pasillo, procedente del otro lado. Mirándolo fijamente. Sólo eso, mirando.

Recordaba sobre todo la expresión de Ging, débil y macilenta, como si acabara de comer algo en mal estado que estuviera revolviéndole el estómago. Al verla, Ringil supo que no podría esperar ninguna ayuda de él.

Los veteranos también.

—¿Qué cojones haces tú aquí, Gingren? —exclamó Mershist, el guardián jurado y líder de la camarilla, respirando pesadamente mientras soltaba el cuello de Ringil para incorporarse y cuadrar los hombros en el pasillo. Recuperó el aliento y sonrió como si algo le hiciera gracia—. Esto no es asunto tuyo. Vuelve corriendo a seguir con los putos entrenamientos, antes de que te denuncie.

Gingren no dijo nada, no se movió. Estaba desarmado (las normas de la

academia prohibían que los cadetes portaran armas fuera de los patios y las salas de entrenamiento), pero había heredado algo de la corpulencia de su padre, era más fornido de lo que Ringil sería nunca y, tras tres años en el programa de la academia, estaba forjándose una reputación de luchador diestro.

El momento se prolongó durante varios latidos, como un cuervo batiendo las alas antes de posarse. Hasta Ringil hizo una pausa en sus forcejeos por liberarse, con la mirada puesta de repente en el rostro de Gingren. La esperanza tremolaba en su interior como una débil llama recién avivada.

Otro de los veteranos se situó al lado de Mershist, y se produjo un cambio indefinible en la configuración de la escena. Aun con la cara aplastada contra el suelo, Ringil lo notó. Ging podría haberse enfrentado a Mershist en solitario, tal vez. Pero así no. Se rompió el equilibrio, el momento se tambaleó, resbaló y aterrizó sobre su emplumado culo negro. Mershist miró de reojo primero a su compañero, después otra vez a Gingren, y sonrió. Adoptó un tono cordial y razonable para decir:

—Mira, compañero. Aquí el pequeño Gil está siendo iniciado, tanto si le gusta como si no. ¿Qué te pensabas, que tu hermanito se iba a librar por algún motivo? Eso no va a ocurrir y lo sabes, como sabes también cómo funciona este sitio.

Los labios de Ging temblaron. Iba a intentarlo por la vía del diálogo.

—No es…

—Estoy haciéndole un puto favor, Ging. —Mershist dejó que una exasperada sombra de advertencia se filtrara en su voz—. Gil no ha hecho lo que se dice precisamente un montón de amigos desde que se matriculó. Estos veteranos de la casa de Dolmen quieren meterle una puta maza. Y para serte sincero, entiendo su punto de vista. Le sacó el puto ojo a Kerril, ya sabes.

Ging tragó saliva con dificultad. El chasquido resonó por todo el pasillo.

—Kerril no debería…

—Kerril estaba haciendo lo que había que hacer. —El tono razonable empezaba a hacerse jirones. La hora de los juegos tocaba a su fin. Mershist apuntó con un dedo al lugar donde Ringil estaba tendido de bruces en el suelo—. Aquí tu hermanito se cree que es especial, joder, y no lo es. Todos pasamos por esto, Ging, y a todos nos hace más fuertes la experiencia. Lo sabes perfectamente. Es algo que nos une, nos convierte en lo que somos. Por los putos cojones de Hoiran, como si tú no hubieras tenido la polla de Reshin metida en el culo hace tres años, igual que todos los demás.

Algo se alteró entonces en las facciones de Gingren, y las últimas esperanzas de Ringil se apagaron sin remisión. Los ojos de su hermano mayor se cruzaron fugaces con los suyos antes de que volvieran a rehuirlos. Se había puesto rojo de vergüenza. Cuando volvió a hablar, su voz era casi implorante.

—Mershist, no es más…

Mershist aplastó la protesta con un susurro parecido al que emite el acero al desenvainarse.

—No es más que un puto mariquita, eso es lo que es, Ging. Tú lo sabes, y yo

también. Así que ahora va a recibir lo que probablemente lleva deseando en secreto desde el primer momento, de parte de todos nosotros. Y tú no vas a detenernos, joder. Así que a menos que quieras unirte a la fiesta o mirar, te sugiero que vuelvas a las putas prácticas.

Y Gingren se fue.

Sólo una vez titubeó y se giró, miró a Ringil, y Ringil pensó, más tarde o en aquel preciso momento, no lograba precisar cuándo, que era como cruzar la mirada con alguien a través de los barrotes de una celda. Los labios de Ging temblaron de nuevo, pero no salió nada de ellos.

Ringil le sostuvo la mirada con firmeza. No pensaba suplicar.

Gingren se alejó por el pasillo de madera oscura, despacio, como quien ha sufrido una herida en la pierna, y la declinante luz del atardecer lo iluminó implacable al pasar por delante de cada una de las ventanas.

Ringil cerró los ojos.

Lo metieron en la habitación a rastras.

Ahora, en el salón de la ribera, miró a Ging desde el fondo de la vorágine de sus recuerdos, y vio que también su hermano seguía estando atrapado allí.

En aquellos recuerdos, y en todo lo que sucedió después.

La agonía; la hemorragia que no dejaba de reanudarse cada vez que pensaba que ya había parado. No le hizo falta acudir a la enfermería como ocurría con otros iniciados, Mershist y sus compinches habían sabido lo que se hacían en ese sentido. Debería darles las gracias al menos por ello. Pero durante una semana hubo de morderse la lengua para no gritar de dolor cuando iba al baño.

Luego estaban los rumores. Las historias susurradas sobre cómo había reaccionado el cuerpo de Ringil a la violación. No tenía nada de extraño, ocurría a menudo y los cadetes de la academia estaban acostumbrados a verlo. Pero eso, sumado a los rumores sobre las preferencias de Ringil, dio pie a toda una serie de vulgares leyendas totalmente predecibles. *Tendrías que haberlo visto*, murmuraban cuando Ringil paseaba renqueando al fondo del patio. *Se corrió como una puta montaña, compañero, lo dejó todo pringado. Saltaba a la vista que lo estaba disfrutando, joder, hasta el último momento. No chilló ni siquiera una vez.*

Al menos eso era cierto. No había soltado ni un solo grito.

Mientras embestían brutalmente en su interior, uno detrás de otro; mientras sufría al principio arañazos, desgarros después, durante lo que parecía mucho tiempo, demasiado, un poco más desgarrado con cada acometida abrasadora, cada vez más insensible a todo; mientras engarfiaban los dedos en sus largos cabellos oscuros y tiraban de ellos en dolorosos puñados; mientras gruñían al eyacular, escupían sobre él y le susurraban excitadas obscenidades al oído; mientras duró todo aquello se limitó a apretar los dientes y aplastar la lengua contra los diminutos huecos aserrados que

formaban al encontrarse, con los ojos fijos en el tejido de la alfombra bajo su cara, acordándose de Jelim, y de alguna manera consiguió permanecer en silencio.

—He venido para ayudar —repitió Ging. Su voz sonaba hueca, desgastada. Ringil se limitó a observarlo.

—No subestimes a Kaad —advirtió con voz ronca Gingren—. Sería un grave error. Ringil, es posible que la sinecura de su padre le haga parecer un petimetre, pero ganó la medalla de plata en los salones de Tervinala el año pasado. Dejaron competir a los guardaespaldas imperiales en ese torneo. Ganar una medalla allí no es tan fácil.

—De acuerdo.

Una breve pausa. Ging y su padre volvieron a cruzar las miradas.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Gingren.

—Significa que no correré riesgos mañana, y que me aseguraré de matarlo al primer descuido que cometa. ¿Ya estáis contentos?

—¿En serio esperas que te secunde en este duelo? —le preguntó Ging.

—No.

El monosílabo quedó flotando en el aire. Esta vez acalló durante más tiempo a su hermano y a su padre. Ambos se quedaron allí plantados, Ringil supuso que esperando a que se abriera alguna puerta que condujera a alguna parte, alguna explicación.

A la mierda.

A veces, parecía que toda su vida se reducía a esa espera silenciosa, esa fría mirada fija que exigía de uno u otro, de cualquiera, que se explicara. Que expusiera sus intenciones.

Por lo menos el Pueblo Escamoso no le había exigido tanto.

El sonido de los pasos de un criado rompió la escena. Un rostro asomó tímido por detrás de la puerta.

—¿Noble Ringil?

Ringil exhaló un suspiro de alivio.

—Sí.

—Ha venido un mensajero preguntando por vos. De la residencia de Milacar.

Capítulo 16

Regresaron a Yhelteth justo cuando empezaban a encenderse los faroles por toda la ciudad. Archeth, dolorida por la silla y cargada de preguntas para las que no tenía respuesta, hubiera estado encantada de acudir directamente a sus apartamentos en el bulevar de la Inefable Divinidad, y una vez allí, a la cama. Pero uno no hacía eso cuando estaba realizando una misión del emperador. Optó por un término medio, mandó a Shanta y los otros a adelantarse al palacio, y se detuvo en casa con Elith. Dejó a la anciana al cuidado del mayordomo, al que pidió que la instalara en los aposentos para invitados.

—Mi señora, ya hay… —empezó el hombre, pero Archeth lo atajó con un ademán.

—Luego, Kefanin, más tarde. Su resplandor imperial aguarda mi presencia en el palacio. Debo acudir rauda a su servicio, ya sabes.

Ensilló de nuevo y salió del patio de la casa envuelta en el repicar de los cascos del caballo contra el adoquinado, pasó por debajo el arco y tomó la avenida principal. La puesta de sol dibujaba el fulgor de un horno polvoriento al oeste, telón de fondo para las oscurecidas siluetas de los minaretes y las cúpulas diseminadas por toda la ciudad. La muchedumbre del anochecer se apretaba contra ella, arrastrando los pies hacia el final de la jornada laboral. Sintió una punzada de envidia. Estaba segura de que Jhiral la haría esperar durante al menos un par de horas antes de dignarse verla siquiera, tan sólo para dejar claro quién tenía la sartén por el mango. Y aun sin esa previsible mezquindad, su resplandor imperial no solía levantarse mucho antes del mediodía, de todas formas; no era inusitado que mantuviera largas sesiones de consejo con secretarios de ojos legañosos hasta el amanecer, antes de enviarlos directamente a sus habituales quehaceres diarios mientras él se retiraba a dormir. Probablemente haría que Archeth recitara una y otra vez los pormenores de su informe de una docena de formas distintas hasta altas horas de la noche.

Reprimió un bostezo con el dorso de una mano enguantada. Rebuscó en su bolsa hasta encontrar una bolita de krinzanz, se la metió en la boca y masticó hasta convertirla en una pasta impregnada de saliva. Hizo una mueca ante el amargor granulado y tragó. Restregó los residuos contra sus encías con un dedo de cuero, y esperó a que la penumbra del anochecer se disipara un poco de sus ojos, a que la droga disolviera la fatiga y le prestara sus artificiales ganas de vivir.

Las puertas se abrieron de par en par ante ella, los piqueros se pusieron firmes cuando pasó entre ellos por los largos pasillos de mármol. Se quitó los guantes a tirones con impaciencia, mascullando entre dientes, mientras recorría el familiar camino hasta la

presencia de su emperador. Desde las paredes, las representaciones del profeta y otras personalidades de la historia imperial la observaban con desaprobación. Los efectos del krin provocaban que algunos de los retratos mejor ejecutados temblaran con un simulacro de vida hostil en la mirada. Era un escrutinio sin el que hubiera podido vivir, y el hecho de que no hubiera ni un solo rostro kiriath entre los retratados no lo hacía más soportable.

Tendrás que conseguir que funcione sin nosotros, le había dicho Grashgal, hacia el final. *No puedo seguir conteniendo a los capitanes. Quieren salir. Han consultado a los timoneles, a los más estables al menos, y la respuesta sigue siendo básicamente la misma. Es hora de zarpar*.

Bah, venga ya. Ocultando su exasperación con un bufido. *Los putos timoneles te darán sesenta respuestas distintas a la misma pregunta dependiendo de cómo esté formulada, y lo sabes. Ya hemos pasado por esto, al menos dos veces que yo recuerde, y sólo tengo un par de cientos de años. Se pasará*.

Pero Grashgal se había limitado a quedarse allí de pie al filo del balcón, contemplando fijamente el fulgor anaranjado de los talleres.

Los ingenieros ya tienen órdenes de reacondicionar, dijo quedamente. *Tendrán una flota operativa a finales de año. Lo siento, Archidi. Esta vez va en serio*.

¿Pero por qué? ¿Por qué ahora?

Un encogimiento de hombros parecido a un estremecimiento. *Estos putos humanos, Archidi. Si nos quedamos, nos arrastrarán a cada puta escaramuza mezquina y disputa fronteriza que su codicia a corto plazo y su temor puedan inventar. Nos convertirán en algo que no hemos sido jamás*.

Estos putos humanos.

—¡La noble kir-Archeth Indamaninarmal! —bramó el heraldo cuando el último conjunto de puertas se abrió ante ella; al otro lado del abovedado espacio con columnas de la sala del trono, todos los putos humanos se giraron para observar fijamente su entrada.

—Ah, Archeth, nos honras con tu presencia después de todo. —Jhiral estaba reclinado en la grandiosa arquitectura del trono bruñido, con el talón firmemente apoyado en una rodilla. La luz de las piedras radiantes de manufactura kiriath montadas en las paredes de la cámara a su espalda le prestaban una fulgurante autoridad divina. Le dedicó una sonrisa sardónica, pero jovial—. Casi puntual para variar, además. Me han dicho que tuviste que hacer una parada en casa antes de venir a vernos. ¿Lo has encontrado todo satisfactorio allí?

Archeth se encogió de hombros.

—Pensé que sería mejor acudir ante vos totalmente preparada, mi señor. Estoy lista para presentar mi informe.

—Ah, bien. De hecho, ya estábamos escuchándolo por boca de mis otros leales súbditos. —Un gesto casual hacia donde Mahmal Shanta, Faileh Rakan y Pashla Menkarak estaban de pie ante él formando un arco relajado. Tan sólo un atisbo de

pausa después de «otros», el más ligero de los énfasis en «leales». Lo hizo con prodigiosa sutileza, y Archeth vio cómo se propagaban sonrisas secretas entre los cortesanos—. Parece que hay algo de disensión sobre cómo se ha manejado la situación en Khangset. Algunos cuestionan el modo en que has abusado de tu autoridad.

Shanta le dirigió una mirada de soslayo a modo de disculpa. Era fácil intuir cómo estaban desarrollándose las cosas. Menkarak se había pasado todo el viaje de regreso despotricando; llevaba haciéndolo, en realidad, desde el momento que despertó en el campamento en Khangset y descubrió que Archeth había estado ocupada toda la noche sin molestarse en solicitar su aprobación.

—Tenía entendido, mi señor, que la expedición estaba emplazada exclusivamente bajo mi mando.

—Dentro de los límites de la Sagrada Revelación —saltó Menkarak—, de la que toda dirección secular es subordinada. «No puede haber luz que eclipse el resplandor de la verdad, y los siervos de la verdad no deben tolerar ninguna».

—Joder, que estabas durmiendo —replicó Archeth.

—Y tú paseándote por ahí en plena noche acompañada de una hechicera infiel.

Jhiral se retrepó en el trono con una sonrisa que dejaba todo sus dientes al descubierto.

—¿Es eso cierto, Archeth? ¿Una hechicera?

Archeth inspiró hondo y contuvo el aliento antes de expulsarlo. Intentó hablar con calma y autoridad.

—La mujer, Elith, cree que es una hechicera, eso es cierto. Pero su afirmación es cuanto menos dudosa, por así decirlo. Creo que no está cuerda del todo. Su familia y ella sufrieron grandes penurias durante la guerra, fue obligada a… Se convirtió en residente imperial bajo circunstancias muy difíciles. Perdió a casi toda su familia en la guerra. Yo diría que probablemente ya estaba medio loca de dolor mucho antes de que se produjera este asalto. Lo que vimos en Khangset después del ataque podría haberle dado el último empujón que necesitaba.

Menkarak explotó.

—¡Basta! Es una infiel, una norteña sin fe adoradora de piedras que se negó a convertirse cuando la mano de la Revelación le fue tendida en señal de amistad, y que insiste en su obstinada herejía dentro de nuestras fronteras. La evidencia habla por sí sola: ha llegado incluso a arrancar el kartagh de su atuendo para cegar los ojos de los fieles entre los que vive. Es una farsante consumada.

—Bueno, veamos, eso es un crimen, Archeth —dijo razonablemente Jhiral—. Y los crímenes suelen cometerlos quienes sienten inclinaciones criminales. ¿Estás segura de que esta mujer no tuvo nada que ver con el asalto?

Archeth titubeó.

—No hay pruebas que la relacionen directamente, no.

—Sin embargo Pashla Menkarak, aquí presente, dice que la incitaste a realizar

ritos bárbaros en el risco que domina la ciudad.

—Bueno —Archeth afectó un desdén glacial—. Lo cierto es que su santidad no estaba presente cuando subimos a aquella colina, mi señor. De modo que es difícil ver cómo podría saberlo. Quizá sufra de un exceso de imaginación.

—¡Puta renegrida!

El mundo pareció mecerse brevemente sobre algún tipo de eje invisible alrededor de Archeth. El krinzanz que se arrastraba por sus venas pugnó por liberarse. Sintió un cosquilleo en las palmas. Sus manos rozaron los cuchillos.

Pero oyó también los bisbiseos que se propagaban entre los cortesanos, vio la forma en que incluso el impasible Jhiral pestañeó, y supo que Menkarak se había excedido. Supo que, de alguna manera difícil de definir, había ganado cualquiera que fuese el combate ritual al que Jhiral esperaba asistir.

Entró a degüello.

—También cuesta imaginar —dijo con naturalidad— dónde aprendió su santidad a comportarse en la corte. ¿Debo soportar que yo y el recuerdo de mi pueblo seamos insultados de esta manera, mi señor, en la misma sala del trono que los kiriath ayudaron a construir?

De entre la multitud a mano derecha del trono, un guardián veterano dio un paso adelante y se situó junto a Menkarak. Agarró el brazo del joven, pero Menkarak se lo sacudió de encima, airado.

—Esta mujer… —empezó.

Pero Jhiral ya había tenido bastante, al menos por ese día.

—Esta mujer es una valiosa consejera de la corte —dijo fríamente—. Y las acusaciones sobre su carácter que acabas de lanzar podrían exigir que respondieras de ellas ante un magistrado. Viniste muy recomendado, Pashla Menkarak, pero me decepcionas. Creo que será mejor que te retires.

Por un momento demencial, dio la impresión de que Menkarak se disponía a desafiar la orden del emperador. Archeth, que lo observaba atentamente, vio algo en sus ojos que desafiaba cualquier posible instinto de conservación. Recordó las palabras que había pronunciado Shanta en la cima sobre Khangset. *Dicen que los colegios religiosos están forjando una especie completamente nueva de creyentes radicales*. Se preguntó si eso incluía la aspiración al martirio, algo que no se veía mucho últimamente pero con lo que la Revelación había coqueteado no pocas veces en el pasado.

El veterano guardián musitó con insistencia al oído de su colega mientras sus dedos se clavaban en el brazo de Menkarak justo por encima del codo, esta vez con la tenacidad de las garras de un ave rapaz. Archeth vio cómo pasaba el momento, vio cómo el desafío en los ojos de Menkarak se apagaba como una fogata de campamento bajo un cubo de agua. El joven guardián hincó una rodilla en el suelo, obligado tal vez por la presa de hierro en su brazo. Inclinó la cabeza.

—Mis más sinceras disculpas, majestad. —Aunque las palabras no llegaron a

emerger a regañadientes, el tono era entrecortado. Menkarak sonaba como si le faltara ligeramente el aliento. A Archeth le sorprendió sentir una repentina punzada de solidaridad. Conocía de sobra la viscosa y sucia humillación que se ocultaba tras aquella rodilla doblada y aquella voz temblorosa—. Si mi afán por servir a la Revelación os ha ofendido de alguna manera, imploro que perdonéis mi descortesía.

Jhiral exprimió la ocasión al máximo. Se sentó hacia delante y se acarició la barbilla en regia cavilación. Asumió una expresión grave.

—Bueno, Menkarak, no me corresponde a mí impartir esa indulgencia. —Una mentira flagrante; en el contexto de la sala del trono, todas y cada una de las faltas de decoro eran un insulto directo al emperador, tanto si éste estaba presente como si no —. Después de todo, tus comentarios ofensivos iban dirigidos a mi consejera. Quizá debas humillarte ante ella en vez de ante mí.

Más jadeos sin aliento alrededor del salón. El guardián veterano pareció sobresaltarse. La incredulidad hizo que Menkarak levantara la cabeza de su pose de sumisión. Jhiral prolongó el momento como una nota sostenida en la corneta que tenía fama de tocar con tanto virtuosismo. Lo alimentó, lo ensanchó.

Y dejó que se desmoronara.

—Bueno, no. A lo mejor no. Sería una exageración, supongo. Quizá, entonces, podrías limitarte a trasladar tu desagradable presencia adonde no vuelva a ofendernos. —Jhiral asintió con la cabeza en dirección al veterano guardián, endureciendo la voz—. Apártalo de mi vista.

El guardián obedeció con entusiasmo. Puso a Pashla Menkarak de pie prácticamente en volandas y luego, con repetidas reverencias, lo arrastró por el pasillo hasta las puertas del fondo. Jhiral los vio salir y se levantó sin ceremonia (una pequeña falta de etiqueta que también su padre gustaba de emplear para irritar a la corte), antes de levantar la voz para cubrir toda la sala del trono.

—Retiraos. Quiero hablar a solas con Archeth Indamaninarmal.

La congregación no tardó ni un minuto en disolverse. Un par de rezagados lanzaron intrigadas miradas de reojo al trono; entre ellos había unas pocas personas cuyas preocupaciones iban ligeramente más allá de la sinecura de palacio, pero eran una minoría, cada vez menos en los años siguientes al ascenso. Siempre que podía permitírselo, Jhiral exiliaba en las provincias a los cortesanos más leales de su padre, ocasionalmente los enviaba a la cárcel, y en uno o dos casos memorables, a la silla del verdugo. Aunque perduraba un poso fundamental de competencia, ésta estaba teñida de miedo y desilusión, tal y como Archeth suponía que era la intención de Jhiral. La gran mayoría de los presentes accedieron encantados a acatar la voluntad imperial y desalojar la cámara.

Faileh Rakan no se había movido, sino que aguardaba la orden directa de su emperador para hacerlo, tal y como correspondía al rango que ostentaba en el Trono Eterno. Y parecía que Mahmal Shanta tampoco iba a ser enviado a casa; cuando comenzaba a retirarse, Jhiral cruzó la mirada con él y lo llamó con un discreto

ademán.

El roce y el frufrú de los lujosos ropajes se apagaron en el pasillo exterior mientras las puertas se cerraban con estruendo. El silencio se apoderó de la sala del trono. Jhiral exhaló un exagerado suspiro de agotamiento.

—¿Lo veis?, eso es lo que tengo que soportar hoy en día. Estos nuevos licenciados de la ciudadela, al final habrá que hacer algo con ellos.

—Sólo tenéis que dar la orden, majestad —dijo torvamente Rakan.

—Sí, bueno, quizá no ahora mismo. No me apetece ver esa clase de baño de sangre a las puertas del cumpleaños del profeta.

Eso es, mi señor, será mejor que evitemos un baño de sangre. El krinzanz empujaba las palabras contra su lengua; hubo de emplearse a fondo para contenerlas. *Sobre todo porque, puestos a elegir, la vasta masa de campesinos yhelteth podría decidir espontáneamente que a la mierda, que ya han tenido bastante, que prefieren la adhesión fanática a los preceptos de la Revelación mucho antes que la explotación venal del trono y la corrupción que lo infesta todo, pongámoslos a prueba, a ver si no les parece bien*.

Y cuando no se lo parezca, como es lógico, será demasiado tarde. Recordaba los combates en las calles de Vanbyr, el avance de las filas de alabarderos imperiales, los gritos de los rebeldes mal equipados mientras sucumbían y eran masacrados. Después, los hogares destrozados de los colaboradores y las cuerdas de cautivos con la cabeza afeitada. Los chillidos de las mujeres sacadas a rastras de la fila al azar y violadas hasta morir en la orilla de la carretera. Las cunetas llenas a rebosar de cadáveres.

Tras el salvajismo de Ennishmin y Naral, había jurado que jamás volvería a participar en ninguna acción parecida. Le había jurado a Ringil, mientras intentaba convencerlo también a él, que aquélla había sido la puta última vez.

Saboreó el regusto de la mentira como cenizas en el aire mientras cruzaba Vanbyr a caballo.

Y ahora aquí estaba Jhiral, contemplando hacer lo mismo en su propia capital.

—Quizá, mi señor, convendría analizar las nuevas tendencias en la ciudadela e intentar bloquearlas con la legislación en la…

—Ya, ya, Archeth, sé perfectamente cuánto te gusta la legislación. Pero como acabas de ver, últimamente la ciudadela no está criando personas con demasiado respeto por las bondades de una sociedad civilizada.

—Sin embargo…

—Maldita sea, mujer, cierra el pico de una vez. —Era imposible saber si Jhiral estaba realmente enfadado o no—. ¿Sabes?, esperaba un poco más de colaboración por tu parte, Archeth. Después de todo, te ha insultado a ti.

Sí, me insultó a mí. Pero sólo después de que tú le dieras motivos para creer que yo había perdido tu favor con ese comentario insidioso sobre súbditos leales. Construiste para Menkarak una pasarela que él creía segura, y en cuanto puso el pie

en ella, la apartaste del barco de una patada y viste cómo se precipitaba al agua. Te gustan los juegos, Jhiral, nos enfrentas a unos con otros para mayor diversión y seguridad tuya. Pero algún día vas a darle una patada a la pasarela de alguien y no se zambullirá solo en las aguas. Te agarrará los tobillos y te arrastrará en su caída.

—Os pido disculpas, mi señor. Naturalmente, estoy profundamente agradecida por la protección que extendéis a mi honor en la corte.

—Eso espero, joder. No me enfrento a la ciudadela a la ligera, ¿sabes? Hay un equilibrio que mantener ahí, y es peliagudo en el mejor de los casos.

Archeth agachó la cabeza. Cualquier otra cosa hubiera sido arriesgada.

—Mi señor.

—No les caes bien, Archeth. —El tono de Jhiral cambió, se volvió petulante y aleccionador—. Eres el último recordatorio de los kiriath sin religión, y eso los pone nerviosos. Los fieles no reaccionan nada bien frente a unos infieles a los que no pueden conquistar, con los que no pueden mostrarse ni siquiera condescendientes. Es como si el infalible plan divino empezara a acusar molestos defectos.

Archeth lanzó una mirada furtiva a Rakan, pero el capitán del Trono Eterno permanecía impasible. Si había percibido la herejía con la que tan palpablemente coqueteaban las palabras del emperador, no dio muestras de que eso le molestara. Los dos guardias que flanqueaban el trono se mantuvieron tan expresivos como un par de estatuas.

Aun así…

—Quizá deberíamos hablar de Khangset, mi señor.

—Por supuesto. —Jhiral carraspeó, y Archeth pensó por un momento fugaz que parecía casi agradecido por su intervención. Se preguntó hasta qué punto había bajado la guardia en ese último exabrupto, cuánta autocompasión había allí junto a la simpatía implícita en su «no les caes bien, Archeth». Gobernar desde el trono bruñido era peliagudo, pese a todo el impresionante potencial que entrañaba, tal y como Jhiral lo había descrito.

—Estábamos hablando, mi señor, de…

—Sí, lo recuerdo. La loca de Elith y esos ritos que dices que no practicó. Escuchémoslo, entonces.

—Sí que practicó los ritos, mi señor.

—Me lo imaginaba. Menkarak, cualesquiera que sean sus otros defectos, no me parece que sea un embustero. ¿Y lo hizo instigada por ti?

—Sí, mi señor.

Jhiral suspiró y se hundió en el trono. Apoyó un codo en uno de los brazos, la frente en una mano, y miró fatigadamente a Archeth por debajo de la visera que formaban sus dedos.

—Supongo que piensas explicar todo esto de forma satisfactoria en algún momento.

—Eso espero, mi señor.

—¿Y no podríamos acelerar el proceso? Porque ahora mismo tengo la impresión de estar escuchando cómo un miembro privilegiado de mi corte reconoce haber practicado hechicería en colaboración con una enemiga del reino.

—No creo que hubiera nada de hechicería, mi señor.

—Ah.

—Khangset sin duda fue atacada por fuerzas armadas con una tecnología a la que no tenemos acceso, y Elith cree que ayudó a invocarlos. Pero su implicación en estos asuntos es casual, a lo sumo. La animé a repetir los ritos que supuestamente la pusieron en contacto con los agresores, y como cabía esperar, no sucedió nada.

Nada, esto es, si no se tiene en cuenta el hormigueo que sientes en la nuca cuando Elith se yergue ante la figura de piedra toscamente labrada al filo del risco en la hora previa al amanecer, con los brazos extendidos para imitar su paciente llamada cruciforme, entonando un salmo salvaje y arrítmico, fluidas sílabas septentrionales estiradas hasta el alarido y arrojadas al clamor y los rugidos de la brisa marina, hasta que cuesta distinguir quién está haciendo qué sonidos. Oíste toda una vida de sufrimiento y dolor vertida en aquella canción, Archidi, y durante algo más que un mero par de latidos te pareció, ¿verdad?, que algo rocoso y violento se disponía a responder desde más allá de las cortinas del vendaval y la oscuridad.

—Archeth, venga ya. —Jhiral sacudió la cabeza—. Por sí solo eso no explica nada. A lo mejor estas fuerzas que intentaba invocar sencillamente no estaban interesadas en realizar ningún bis. ¿Hmm? La hechicería es un asunto poco fiable. Tú misma lo has dicho en numerosas ocasiones. Y Rakan y Shanta, aquí presentes, aseguran que la devastación era sobrecogedora, lo peor que habían visto desde la guerra. ¿Quién regresaría tras semejante escabechina? ¿Qué sentido tendría?

—Mi señor, ¿qué sentido tendría asaltar un fuerte protegido en primer lugar, si no falta nada de valor y no se va a continuar la ofensiva?

Jhiral frunció el ceño.

—¿Es cierto eso, Rakan? ¿No se llevaron nada?

—No, majestad. Parece que no. Encontramos todos los enseres intactos en el interior de las casas menos castigadas por el fuego. Y los depósitos blindados de la autoridad portuaria contenían doblones de plata, bolsas de monedas para pagar los sueldos, y varias cajas de bienes confiscados, todo ello en su sitio. —Un atisbo de emoción afloró a la desapasionada voz del capitán del Trono Eterno, una ligerísima nota de confusión—. Aunque todas las puertas estaban arrancadas de sus goznes como si hubieran empleado caballos para tirar de ellas.

—Y supongo —dijo secamente Jhiral— que sería imposible introducir un caballo en los niveles inferiores de la autoridad portuaria.

—Sí, majestad.

—¿Shanta? ¿Se te ocurre alguna explicación alternativa?

El ingeniero naval se encogió de hombros.

—Algún sistema de poleas, tal vez. Suficientemente bien ancladas, podrían…

—Gracias, creo que me tomaré eso como un no. —Jhiral frunció el ceño y volvió a mirar a Archeth—. Parece que hemos regresado a la hechicería que tan firmemente opinas que no tuvo lugar.

—No digo que no tuviera lugar algún tipo de hechicería, mi señor… o alguna forma de ciencia con la que no estoy familiarizada. Tan sólo digo que la mujer, Elith, no tuvo nada que ver con ello, que no vi que realizara ningún sortilegio en ningún momento, ni creo que posea la facultad necesaria para ello. Es una simple espectadora de estos acontecimientos, una espectadora cuya dosis justa de conocimientos especializados le permite dar la impresión de estar involucrada.

Jhiral emitió un ruidito de exasperación gutural y se dejó caer en los brazos del trono.

—¿Lo ves? No he entendido nada de esa última frase, Archeth. ¿Te importaría… por favor… deletreárnoslo en términos comprensibles para un humano de pura sangre?

Archeth ignoró el insulto velado, se lo tragó, agrupó los hechos que tenía a su disposición y levantó una vez más la fachada de desapego profesional que la mantenía cuerda y fuera de la cárcel.

—Muy bien. Elith cree en un amplio panteón de dioses y espíritus distintos, algo que tiene en común con un montón de los pueblos trasplantados de los territorios anexionados del norte. Es una tradición que guarda cierta semejanza con el marco general de la fe de los nómadas majak, pero mucho menos caótica. Las tribus naómicas llevan poniéndola por escrito, modificándola, embelleciéndola y compartiéndola durante tanto tiempo que ha adquirido un carácter codificado. Dentro de este panteón existe una figura, o mejor dicho, toda una raza, denominada dwenda.

—¿«Duenda»? —preguntó Jhiral, deformando aquella palabra desconocida.

—Dwenda. O aldraínos, según qué cuentos tribales se prefieran. Todo se reduce a lo mismo. Una raza de seres, casi humanos en forma, con poderes sobrenaturales, acceso a reinos más allá del alcance humano y vínculos estrechos o incluso sangre compartida con los dioses.

Jhiral soltó una carcajada seca como una tos.

—Vaya. Quiero decir, podrías estar hablando de los kiriath. He oído decir lo mismo de ellos más de una vez. Razas humanoides con poderes inexplicables. ¿Insinúas que los kiriath o algunos de sus primos han regresado, que les ha dado por saquear mis ciudades?

—Es evidente que no, mi señor. —Aunque descubrió de repente que no le disgustaba la idea, el regreso y la última carga exasperada contra «estos putos humanos»; se preguntó de dónde la habría sacado Jhiral, de qué sentimiento de culpa y mal reprimido miedo a la raza que había servido a su padre pero a él le había dado la espalda—. Los kiriath se han ido, sí. Pero probablemente no sea la única raza humanoide que ha visitado este mundo. En la Gran Crónica del Norte, el Indirath M’nal, se menciona un adversario que encaja con la descripción de los dwenda de

Elith. No conozco bien el texto, debería repasarlo, pero si algo recuerdo es que estos dwenda tenían fama de poseer una relación especial con los elementos, que podían, por ejemplo, invocar tormentas u ordenar que la tierra se abriera y vomitara a los muertos enterrados en ella. Y que ciertos tipos de piedra y cristal supuestamente tenían poderes a los que podían recurrir.

—¿Cristales? —El rostro de Jhiral era la viva imagen del desdén—. Bah, venga ya, Archeth. Nadie, y quiero decir nadie con una educación medianamente decente, cree en esa mierda del poder de los cristales. Eso es para los campesinos de la marca septentrional, los que nunca aprendieron a leer ni a sumar.

—Estoy de acuerdo, mi señor. Pero al mismo tiempo no es ningún secreto que mi pueblo sabía emplear con éxito ciertas peculiaridades estructurales de la geología con fines de orientación. Eso me lleva a plantearme si los dwenda no podrían haber hecho algo parecido.

—¿Orientación, eh? —Jhiral miró taimadamente de soslayo a Shanta, que adoptó una expresión azorada. Archeth le había confiado su teoría, pero él no se la había tomado demasiado bien—. Adelante. Estoy escuchando.

—Sí, mi señor. En el risco con vistas al puerto de Khangset desde el norte, hay… había, ya he ordenado que lo retiraran… un ídolo de piedra. De forma muy vagamente humana, más o menos del tamaño de una mujer menuda o un niño grande. Está hecho de una roca cristalina negra llamada glirsht, común en las tierras del norte pero prácticamente desconocida más al sur. Elith trajo la figura consigo desde Ennishmin en una carreta con las demás posesiones de su familia. La colocó en el peñasco, y periódicamente remonta la senda de la costa para depositar ofrendas ante ella.

La expresión de desdén regresó, y esta vez se contagió a las facciones de Rakan y Shanta. La Revelación y sus partidarios no tenían paciencia con el culto a los ídolos; en el mejor de los casos eran monsergas primitivas que desalentar con eclesiástica mano dura; en el peor, se trataba de un pecado de primera categoría, merecedor de la muerte. La conquista imperial se sustentaba sobre el derecho, asumido tras siglos de antigüedad, a suprimir dicha práctica e instruir a los conquistados sobre lo erróneo de sus costumbres. Los pormenores variaban de un emperador a otro, y de lo bien financiada que estuviera la leva en ese momento.

—Según lo veo yo, mi señor, este ídolo podría haber actuado como una especie de faro. Elith cree que fueron sus plegarias y sus ofrendas las que condujeron a los dwenda hasta Khangset. Yo me siento inclinada a pensar que estos rituales son superfluos. Pero la piedra en sí, el glirsht, podría poseer algún tipo de… —Encogió los hombros; no se había convencido completamente a sí misma de esto, mucho menos a Shanta—. Una resonancia estructural, tal vez. Algo que los dwenda utilizarían para orientarse.

Las palabras sonaron sin fuerza, incluso en sus propios oídos. Jhiral se la quedó mirando durante un par de latidos, bajó la mirada a su regazo y volvió a levantarla.

Cuando habló, su voz sonaba cansada, casi plañidera, implorando una explicación más sencilla.

—Mira, Archeth… ¿no podría tratarse de un simple caso de piratería? ¿Aunque sean piratas sofisticados, piratas aficionados a disfrazarse, a aprovechar los terrores de nuestros ciudadanos menos refinados? Tal vez incluso piratas con algún adepto hechicero en sus filas. —El emperador chasqueó los dedos en un golpe de inspiración —. Ya puestos, podrían estar incluso confabulados con esta zorra norteña que te has traído de Khangset. ¿Y si espiara para ellos en la orilla y subiese al peñasco para hacerles señales?

—No se llevaron nada, mi señor —le recordó Archeth—. Y nunca he oído hablar de ningún barco pirata equipado con el arsenal necesario para dañar unas defensas de diseño kiriath.

—Si fueron los dwenda —dijo Rakan, quizá en un intento por respaldar a su emperador—, tampoco se llevaron nada. ¿Qué explicación tiene eso?

Jhiral asintió sabiamente con la cabeza.

—Muy buena pregunta. ¿Archeth? ¿Acaso estas criaturas no sienten ningún interés por el oro y la plata?

Archeth reprimió un suspiro.

—No lo sé, mi señor. Apenas conozco los rudimentos de su mitología. Pero lo que está claro es que estos atacantes, ya fueran dwenda o humanos, buscaban algo más que meras posesiones.

—¿Por ejemplo? A su sacerdotisa local no, eso seguro. La dejaron abandonada y a nuestra merced.

—¿Venganza, tal vez? —aventuró con voz queda Shanta.

Se produjo un breve silencio incómodo durante el cual se pudo ver que el ingeniero naval desearía no haber abierto la boca.

—¿Venganza contra quién? —preguntó con amenazadora serenidad Jhiral.

Archeth carraspeó. Alguien tenía que decirlo.

—Las tropas imperiales no se portaron demasiado bien con Elith durante la guerra. Algunos miembros de su familia fueron maltratados. Uno falleció, y los demás fueron reubicados contra su voluntad.

—Bueno, todos sufrimos en la guerra —dijo Jhiral, con la voz entrecortada por la afrenta—. Todos tuvimos que representar nuestro papel en el conflicto. Eso no justifica la sedición ni la traición al reino.

La parte de conflicto y sufrimiento que le había tocado a Jhiral se limitaba, que Archeth recordara, a tener que cabalgar tras su padre durante las inspecciones de las tropas y saludar. Pese a toda su formación, jamás había puesto un pie en el frente.

—No creo que Mahmal Shanta se refiera…

—Me da igual a qué creas que se refiere, Archeth. —La afrenta empezaba a convertirse en auténtica rabia—. Llevamos demasiado tiempo andándonos con pies de plomo alrededor de este asunto. Si existe siquiera la menor sospecha de que esta

mujer, Elith, podría haber prestado ayuda o socorro a nuestros enemigos, sortílegos o de cualquier otro tipo, quiero que la interroguen.

Un escalofrío recorrió la piel de Archeth.

—Eso no será necesario, mi señor —se apresuró a decir.

—¿Ah, no? —Jhiral se inclinó hacia ella desde el trono, con la voz a punto de convertirse en un grito. Era la postura más agresiva que había adoptado en toda la noche, incluido el enfrentamiento con Pashla Menkarak—. Cuánto me alegra ver que de repente estás segura de algo. ¿A lo mejor podrías explicarnos, en medio de este revoltijo de palabrería mitológica y conjeturas que te has sacado de la manga, cómo diablos puedes estar tan segura?

Los segundos se desgranaron lentamente, Archeth casi podía oír el chasquido de los engranajes que señalaban su paso. Tras sus párpados se extendió el recuerdo abrasador de los interrogatorios a los que había tenido que asistir en el pasado. Se obligó a no tragar saliva.

—Me he ganado la confianza de esta mujer —dijo, sin faltar a la verdad—. En los días transcurridos desde que la encontramos, su locura ha empezado a remitir. Me habla sin que tenga que coaccionarla, aunque no siempre diga cosas con sentido, pero está mejorando. No creo que ningún grado de dolor infligido acelere el proceso; antes bien, la devolverá a sus delirios. Necesito más tiempo, mi señor. Pero dado ese tiempo, estoy completamente segura de que descubriré todo cuanto de valor tenga que contarnos.

Más silencio. Pero ya no se oía ningún engranaje. Jhiral parecía más mortificado que escéptico.

—¿Rakan? —preguntó el emperador.

La mirada de Archeth voló al rostro del capitán del Trono Eterno. Tendría que haber sabido que no serviría de nada; no había nada a lo que aferrarse en aquellas facciones impasibles. Faileh Rakan reflexionó un momento, pero el único indicador de que estaba pasando algo detrás de sus rasgos enjutos era un ligero distanciamiento en sus ojos normalmente atentos.

—La mujer ha empezado a hablar —dijo por fin—. La noble kir-Archeth parece haberse ganado su confianza.

Sí, coño; sensacional, Rakan. Archeth podría haber besado el rostro impasible del capitán del Trono Eterno. Podría haber esgrimido el puño en el aire y vitoreado.

Lo mantuvo abajo y miró al emperador.

Jhiral la descubrió observándolo. Hizo un gesto cansado.

—Ay, está bien. Pero quiero informes regulares, Archeth. Con algo sustancioso en ellos.

—Sí, mi señor.

—Rakan, ¿quién has dicho que se ha quedado al mando en Khangset?

—El sargento Adrash, majestad. Es un buen hombre, veterano de la campaña del norte. Ordené que dos tercios del destacamento se quedaran con él, y cuenta además

con los restos de la guarnición costera. Están vapuleados, pero no tardará en ponerlos en forma de nuevo.

—¿Cuántos hombres hace eso?

—Unos ciento cincuenta, en total. Suficientes para acordonar la ciudad y asegurarse de que no se propaguen los rumores sobre el asalto hasta que nosotros lo digamos. Hemos repartido advertencias de la pena por participar en conversaciones sediciosas y reuniones no autorizadas, se ha erigido un patíbulo en la plaza principal e impuesto el toque de queda desde el ocaso hasta el amanecer. El lugar debería estar otra vez en pie dentro de un par de semanas.

—Bien. Al menos eso parece un progreso tangible. —Una agria mirada de reojo a Archeth—. ¿Cabe suponer que volveremos a oír hablar de esos dwenda?

—Comenzaré las pesquisas inmediatamente, mi señor.

—Bien. Esperemos que los timoneles se muestren un poco más cooperativos que de costumbre, ¿eh?

La misma preocupación hostigaba a Archeth desde que salieron de Khangset. Se obligó a contenerla e imprimió a su voz una confianza que distaba de sentir.

—Este ataque representa un asalto considerable al reino, mi señor. Creo que con esos parámetros, los timoneles revertirán a la actitud que tenían en tiempos de guerra. —*Sí, Archidi; al menos los que todavía podamos considerar cuerdos*—. Espero hacer rápidos progresos.

—¿«Rápidos progresos»? —Una ceja enarcada—. Bueno, te tomo la palabra, Archeth. Como dices, esto es un asalto contra el reino, y se produce en un momento en el que la relación con nuestros vecinos del norte es frágil, por decirlo suavemente. No podemos parecer débiles. No permitiré que se repita lo ocurrido en Khangset.

Archeth pensó en el daño sufrido por las defensas portuarias kiriath, y se preguntó con sorna para sus adentros cómo pensaba Jhiral ejecutar su voluntad imperial en ese punto en particular si a los agresores les daba por regresar.

—No, mi señor —entonó.

Si, por ejemplo, los dwenda remontaban el río hasta Yhelteth, desembarcaban y recorrían las calles de la ciudad como al parecer habían hecho en Khangset, fantasmales y a todas luces inmunes a todo tipo de daño al alcance de cualquier fuerza humana. Si ponían en fuga o masacraban a todos «estos putos humanos», y a continuación se abalanzaban como demonios sedientos de venganza sobre las puertas del palacio, y éstas no eran capaces de contenerlos.

¿Qué pasaría entonces con Jhiral Khimran, emperador de todos los territorios?

Este inesperado brote de ambivalencia se extendió por sus venas y por su vientre como una dosis fresca de krin. Enervada, mientras se debatía con sus incómodos pensamientos, se obligó a recordar el costillar aplastado de un niño enterrado bajo una montaña de vigas calcinadas. Se obligó a recordar que su propia madre se había contado una vez entre «estos putos humanos».

Ayudaba, pero no tanto como debería.

Capítulo 17

Gracia del Cielo tenía dos soldados que darle, hombres tostados por el sol y nervudos de edad indeterminada que lo flanqueaban en la habitación superior de la taberna con los brazos cruzados y una latente amenaza de violencia que emanaba de ellos como lánguidas nubes de vaho. Ringil los tomó por matones de la Hermandad de la Ciénaga, prestados a Milacar sin duda en pago por algún tipo de favor aprobado por la logia. Ninguno de ellos iba armado, a simple vista al menos, pero sus holgados atuendos negros de ladrones podían ocultar (y probablemente lo hicieran) un numeroso surtido de armas de corta distancia. Lanzaron un par de miradas de reojo sorprendidas a la Críacuervos cuando apareció Ringil con ella cruzada a la espalda, pero ninguno de los dos hizo ningún comentario. Después de aquello se mostraron taciturnos y atentos en la penumbra asediada por la luz del farol, respetuosos con Ringil y Gracia pero sin exagerar. Nadie mencionó ningún precio y, curiosamente, tampoco a los dwenda.

—Vuestro principal problema —les advirtió Milacar— será abriros paso entre los niños de la calle.

Lo cual no era ninguna sorpresa, al menos para Ringil. Milacar le había explicado las características del terreno aquella primera noche pasada en su casa. Gracia del Cielo, con la mirada perdida en el balcón a su lado, con la voz desanimada y tenuemente teñida, quizá, de envidia: *En cualquier otra parte sólo tendrías que preocuparte de la guardia, pero a ellos se les puede comprar con la promesa de una mamada en la zona portuaria. Desde la Liberalización, todo eso ha cambiado. El grupo de presión de los esclavos hizo que la guardia saliera corriendo de Etterkal, los sobornó a todos hasta el nivel de la cancillería*.

Ringil sonrió. *Eso es un montón de mamadas*.

Ya, bueno. Con acritud. *Lo que tengo entendido es que Rugido se encargó de los tratos, así que a lo mejor ha encontrado su vocación. Sea como fuere, la guardia puede vigilar simbólicamente los límites del barrio, sobre todo a la altura de Tervinala, básicamente porque allí es donde se concentran todos los mercaderes y los diplomáticos del Imperio, y ahora mismo, pese a tanta xenofobia generalizada y tantos barcos en construcción, todavía se supone que debemos considerarlos valiosos socios mercantiles. Mientras tanto, Findrich y otro par que no conozco entregaron las calles de Etterkal a las bandas de golfillos callejeros; todos cobran por estar atentos a noticias de cualquier cosa fuera de lo común, y se arriesgan a sufrir una buena tunda si sus informes no llegan a tiempo. Como te adentres en el Laberinto Salino tú solo con ese pedazo de acero kiriath amarrado a la espalda, el primer niño de la calle que te vea irá corriendo a Findrich, y te encontrarás con una escolta de honor conduciéndote a rastras a su presencia antes de que te des cuenta*.

Hablaré con Findrich, si hace falta.

Ya; lo harás si hablar es lo que quiere de ti. Y según tengo entendido, Findrich no es más amigo de conversaciones ahora que antes. Lo más probable es que ordene que te corten la puta cabeza y se la regalará al dwenda. Un suspiro prolongado. *Mira, Gil, ¿por qué no nos lo pones un poquito más fácil a todos y te quedas lejos de Etterkal hasta dentro de otro par de días? Dame más tiempo. Te conseguiré esa lista*.

Me parece bien. Ringil mantuvo la voz estudiadamente natural. *Pero sigo queriendo ir allí, Gracia. Lo sabes, ¿verdad? De una forma u otra, tarde o temprano, con tu ayuda* o *sin ella*.

Milacar puso los ojos en blanco. *Sí, ya lo sé. De una forma u otra, defender hasta el final la Quebrada del Patíbulo, todo eso. Mira, tú déjalo en mis manos, Gil. Veré qué puedo hacer*.

Resultó que lo que Gracia podía hacer era proporcionarle a Ringil ropas de la mejor calidad e incluso un puñado de documentos falsificados que lo identificaban como un comerciante de especias de Yhelteth, domiciliado en Tervinala para pasar el invierno, y en busca de algo que le endulzara la espera. Como cortina de humo no estaba nada mal. Con la sangre de su madre y los años de vida rural en Aguas del Patíbulo, el moreno de Ringil bastaba para dar el pego. Y los mercaderes yhelteth de cualquier solvencia contratarían a guardaespaldas locales para acompañarlos por las calles como algo común, de modo que los músculos de alquiler de Milacar tampoco llamarían la atención.

—Y tampoco lo hará esa ridícula espada tuya, por suerte. Prácticamente todos los imperiales de Tervinala se pasean por ahí con alguna imitación kiriath al cinto hoy en día, y la mayoría de la gente no sabe distinguir las falsas de las verdaderas. Están hasta en la sopa. La mitad de las veces las venden para saldar deudas de juego o para pagar el alquiler hasta la primavera. Tú tienes alguna en alguna parte, ¿verdad, Girsh?

El más corpulento de los soldados de Milacar inclinó la cabeza.

—Se la quité al guardaespaldas de un tipo en una pelea. Una espada ropera de mierda, no se podría ni pelar una cebolla con ella. No pesa ni la mitad que una de acero de buena calidad.

Gracia del Cielo soltó una risita.

—Las exigencias de la moda, ¿eh? Aquí Girsh no es lo que se dice un entusiasta de los imperiales.

Ringil encogió los hombros.

—Bueno, los mercaderes y los de su calaña, ya sabes. No deberías juzgar a todo el Imperio con el mismo rasero.

—Cuidado, Eskiath. Recuerda que estás hablando con un mercader.

—Pensaba que estaba hablando con uno de los fundadores de la ciudad.

El otro soldado se agitó y se dirigió a Ringil:

—¿Hablas tethanno?

Ringil asintió con la cabeza.

—Me defiendo. ¿Y tú?

—Un poco. Conozco los números.

Girsh miró de reojo a su compañero, aparentemente sorprendido.

—¿Te sabes los números en tethanno, Eril?

—Claro. Si no, ¿cómo esperas que desplume a esos tipos jugando a las cartas?

—Bueno, de todas formas no deberíais necesitarlo —opinó Milacar—. La ropa y las armas tendrían que bastar, a menos que os topéis con algunos compañeros imperiales, y a estas horas de la noche, en esa parte de la ciudad, no es probable.

—¿Crees que la guardia nos dejará pasar? ¿Tan tarde?

Eril frotó un pulgar contra los demás dedos de la mano en un gesto que no necesitaba palabras.

—Si los tratamos bien. Claro. Serán razonables.

Ringil pensó en su rifirrafe en la calle de las Carretas, el modo en que su bolsa había arreglado lo que sus dotes marciales no pudieron. Asintió con la cabeza.

—En esta ciudad nunca cambia nada, ¿eh?

Lo que resultó ser cierto. En una de las improvisadas barricadas callejeras del bulevar de la Vela Negra, donde Tervinala cesaba oficialmente y empezaba el Laberinto Salino, un escuadrón de seis guardias armados con alabardas y yelmos de rostro descubierto sobrantes de la guerra remoloneaban entre bostezos, tan razonables que sólo les faltaba tener las manos extendidas con anticipación. Su barricada era un amasijo de muebles desvencijados cuya principal utilidad parecía ser la de servir de lugar en el que recostarse y mondarse los dientes. El fulgor de las farolas en las calles del lado de Tervinala ponía de relieve las abolladuras en los anticuados cascos de los soldados, a la vez que les pintaba las caras de un amarillo enfermizo. Portaban en su mayoría gladios de escaramuzador, aunque algunos esgrimían picas, y hasta el último de ellos parecía estar esperando el momento de que terminara su turno. Entre todos no sumaban ni un mísero escudo. Ringil, cuya capacidad de cálculo para estas cosas era instintiva, dedujo que podría eliminar al grupo entero en combate cuerpo y cuerpo sin sufrir nada más que unos rasguños.

Eril se acercó al sargento que estaba al mando y unas monedas cambiaron de manos, tan sutilmente que Ringil estuvo a punto de pasarlo por alto. La mayor parte de su concentración estaba puesta en la penumbra al otro lado del bulevar de la Vela Negra, donde no había farolas y las antiguas ménsulas para las antorchas o bien estaban vacías, o contenían antorchas consumidas hacía tiempo hasta la mecha renegrida. La guardia había instalado un par de braseros junto a la barricada, supuestamente más para repeler el creciente frío otoñal que para alumbrarse, pero la luz que emitían apenas se extendía por la calle empedrada. Al otro lado, las casas se sumían en la sombra. Unas formas difusas deambulaban tras las ventanas en las plantas más altas, atalayas con toda probabilidad de las bandas de niños, pero la oscuridad y la distancia las pintaban fluctuantes e inhumanas, todo jorobas, rasgos escarpados y huesos de ángulos extraños.

Bueno, ahí tienes otra vez a tus dwenda, Gil. Lo único que hace falta para verlos es una imaginación desbordante.

Pero su sonrisa se evaporó nada más añorar a sus labios. No lograba quitarse de encima la aprensión que le había infundido Milacar con su historia sobre cabezas amputadas vivientes.

El sargento de la guardia dio órdenes a un par de sus hombres. Eril se giró y llamó por señas a Ringil y Girsh. El sargento gesticuló para indicarles que se dirigieran a un lado de la barricada, donde uno de los piqueros se hizo a un lado a fin de franquearles el paso. Para alardear, Ringil musitó una retahíla de elaborados agradecimientos en tethanno, y luego, tras girarse hacia Eril, el primer par de líneas de una canción infantil de Yhelteth.

—Once, seis, veintiocho —replicó Eril sin inmutarse, y prosiguieron su camino, cruzando la barricada en dirección a la cara más oscura del bulevar.

Detrás de ellos, quizá en un intento por hacer algo útil, un guardia apuñaló vigorosamente uno de los braseros con la espada, atizando las brasas cuyo fulgor amenazaba con apagarse. Lo único que consiguió fue proyectar largas sombras que se alejaron danzando más allá de sus pies y treparon por el enladrillado.

—¿Alguna vez has matado a un niño?

Girsh formuló ocioso la pregunta cuando pasaban bajo un estrecho puente cubierto (el tercero o cuarto hasta el momento) mientras, en las cornisas de una galería de piedra sin cristales, los niños de la calle apoyaban los brazos y las barbillas y observaban fijamente lo que ocurría a sus pies, calculadores, sin pestañear.

Ringil se acordó de la Puerta Oriental.

—Estuve en la guerra, recuerda —se evadió.

—Ya, no me refiero a crías de lagarto. Me refiero a humanos. Chiquillos como ésos que nos están espiando ahí atrás.

Ringil lo miró con curiosidad. Pensó que no podía culpar a Girsh. En Trelayne estaba muy extendida la falacia de que la guerra había sido una batalla directa de la especie humana (con un poco de ayuda técnica de los kiriath) contra un mal implacable y un enemigo alienígena. Y Girsh, pese a su silenciosa competencia de guardaespaldas, no podía estar mejor informado ni educado que cualquier matón callejero; con toda probabilidad, no habría estado fuera de las fronteras de la Liga en toda su vida. Posiblemente ni siquiera habría perdido nunca de vista Trelayne. Era evidente, por tanto, que jamás había estado a menos de ciento cincuenta kilómetros de Naral, ni de Ennishmin, ni de cualquiera de la otra media docena de putos conflictos fronterizos de poca monta en los que había terminado degenerando la guerra. Porque de lo contrario…

No tenía sentido meterse en eso ahora. *Déjalo correr*, lo había urgido Archeth la última vez que se vieron, y él lo había intentado. Lo había intentado con todas sus

fuerzas.

Seguía intentándolo.

—No tendré ningún reparo, llegado el caso —dijo en voz baja.

Girsh asintió con la cabeza y dejó de insistir.

Otros eran menos considerados.

No, nunca tuviste ningún reparo, ¿verdad?, susurró algo que podría haber sido el fantasma de Jelim Dasnel. *Llegado el caso*.

Se lo sacudió de encima. Intentó dejar correr eso también.

En los portales, las ventanas y los tejados más bajos, y a unas pocas docenas de pasos furtivos tras ellos, los golfillos callejeros les seguían la pista.

Como si supieran algo.

Bah, venga ya. Olvida esa mierda.

Se concentró en la calle y se aferró a los hechos. No tendrían que matar a nadie, adulto o no, si mantenían la calma. Etterkal, pese a los cuentos de fantasmas de Milacar, no era más peligroso que cualquier otro barrio sórdido por el que hubiera paseado de noche. Las calles eran estrechas y estaban mal iluminadas en comparación con los bulevares de Tervinala o algunos de los distritos río arriba, pero la mayoría del empedrado estaba intacto, y uno podía orientarse sin dificultad merced a las luces de las ventanas y del puñado de comercios que aún seguían abiertos. En cuanto al resto, sólo se trataba de la fauna nocturna habitual: las inevitables putas chillonas con las tetas al aire y las faldas levantadas, tan deteriorados y vapuleados sus rostros que ni siquiera el pesado maquillaje ni las sombras lograban disimular los daños; los chulos vigilantes que remoloneaban en los zaguanes y las bocas de los callejones como siniestros espíritus a medio invocar; la ocasional presencia merodeadora que podría pertenecer a un proxeneta pero no era así, emergiendo oportunista de la penumbra para echar un especulador vistazo a los transeúntes y replegándose con la misma celeridad al reparar en la evidente naturaleza de Ringil y sus acompañantes. Y luego las figuras rotas perfumadas de orina despatarradas contra las paredes, demasiado borrachos, drogados o desamparados como para ir a cualquier otra parte, entre ellas sin duda un buen puñado de cadáveres (Ringil encontró un par de casos flagrantes) para quienes toda preocupación por el comercio, el sustento, el refugio o la evasión química por fin había dejado de tener importancia.

Llegaron a la primera dirección que figuraba en la lista de Gracia del Cielo.

Para tratarse de un emporio de esclavos, se esforzaba por disimularlo. Una fachada larga y decrépita, tres plantas de ventanas desvencijadas con los postigos torcidos, luces que centelleaban aquí y allá, pero en su mayoría, oscuridad. Las paredes de yeso estaban sucias y desportilladas hasta mostrar el ladrillo en parches, el tejado se precipitaba hacia abajo como un ceño fruncido. Había un par de puertas a ras de suelo, erigidas ambas tras sólidas rejas con barrotes. Ante ellos se levantaba una gran entrada para carruajes escrupulosamente reforzada con unas pesadas dobles puertas tachonadas de hierro que parecían capaces de resistir un asalto con máquinas

de asedio.

Antes de que los pequeños puertos pesqueros de la desembocadura del Trell se ampliaran para recibir buques de mayor calado, Etterkal había sido un distrito de almacenes para las caravanas mercantes que se dirigían al interior, y éste era un ejemplo normal de aquella herencia.

Con el paso del tiempo, el creciente comercio marítimo había acabado con el negocio de las caravanas, y Etterkal se desmoronó; el crimen se abalanzó rugiendo sobre los despojos. No era algo con lo que Ringil estuviera familiarizado directamente; el proceso estaba muy avanzado y arraigado antes de que él naciera, Etterkal era ya un cadáver podrido por completo. Pero conocía la dinámica. Donde las autoridades municipales de Yhelteth tenían una obligación religiosa textualmente delineada de mantener cualquier ciudad o vecindario con una población mayoritaria de fieles, los grandes y nobles de Trelayne estaban más a favor de la benigna negligencia. Era absurdo e imprudente nadar contra la corriente del comercio, argüían, y en Etterkal esa corriente era rápida. El dinero estaba buscando un nuevo hogar, y todos los que podían se mudaban con él.

Pero los bloques de almacenes seguían estando allí, grandes, siniestros e imposibles de alquilar. Algunos se habían reconvertido en piojosos alojamientos para el aluvión de mano de obra de los astilleros que habían florecido recientemente (como si esa estrategia hubiera funcionado de verdad alguna vez), otros se habían demolido para expulsar a las bandas de vagabundos que se descubrió que albergaban. Unos pocos habían ardido hasta los cimientos, por motivos que nadie tenía muy claros, o que a nadie le importaban. Con la guerra, el espacio de alquiler asequible volvió a gozar de una efímera utilidad, pero la zona no se vio beneficiada a largo plazo por ello. La guerra acabó, los soldados regresaron a casa. Nadie pensaba instalarse en Etterkal a menos que se lo ordenaran por escrito.

Eso dejaba a los esclavos, y a quienes traficaban con ellos.

Girsh encontró una pequeña ventanilla cortada en el cuerpo de la puerta de entrada de carruajes y empezó a aporrearla con una maza compacta, desgastada por el uso, que extrajo de entre sus ropas de ladrón como si realizara un truco de prestidigitación. Ringil se quedó al margen y afectó un aristocrático desdén por el procedimiento, por si acaso alguien estuviera observando desde alguna de las almenas sobre su cabeza. Hicieron falta cinco minutos de martilleo repetido, pero por fin sonó el repicar de cerrojos descorridos, y la ventanilla se abatió hacia dentro sobre sus goznes. Un portero malhumorado, con el rostro surcado de cicatrices, salió a la calle gladio en ristre.

—¿Qué cojones estáis haciendo? —ladró.

Eril había tomado la delantera. Se giró hacia Ringil y recitó una ristra de números en tethanno. Ringil inclinó la cabeza y fingió reflexionar, tras lo cual respondió con un par de frases al azar. Eril volvió a encararse con el portero.

—Os presento a mi señor, Laraninthal de Shenshenath —anunció—. Ha venido

por recomendación, para examinar vuestras mercancías.

El portero dejó que una sonrisa socarrona se extendiera por sus facciones. Levantó la espada.

—Ya, bueno, pues mi señor no hace negocios a estas horas —les dijo—. Tendréis que volver en otra ocasión.

Impertérrito, Eril le propinó un puñetazo en el estómago.

—Y a mi señor —informó al lacayo abatido que se ovillaba ahora en el suelo, jadeando sin aliento— no le gusta ir y venir como si de un estibador cualquiera se tratase. Sobre todo por orden de bellacos portuarios como tú.

El portero emitió una serie de sonidos estrangulados y tanteó alrededor de los adoquines en busca de su espada. Girsh le pegó un puntapié con naturalidad y la mandó lejos de su alcance. Eril se acuclilló y agarró al hombre por el cuello y las pelotas.

—Sabemos —empezó, como si lo conociera de toda la vida— que tu señor comercia con productos exóticos. Y sabemos que le gusta hacer negocios a horas también exóticas, cuando el precio lo merece. Arriba.

El portero no hubiera podido oponerse a esta última instrucción aunque hubiese querido. Eril lo levantó en volandas y lo empujó de espaldas contra la madera tachonada de hierro de la puerta.

—Mi señor Laraninthal conoce el mercado de lo que vendéis aquí, y es una persona impaciente. Está dispuesto a pagar una cantidad considerable. Así que ve a buscar a tu amo, y dile que se está perdiendo una oportunidad muy especial.

El portero gimió y se apretó la entrepierna.

—¿Qué oportunidad?

—La oportunidad de no verse hundido hasta las orejas en las cenizas de su negocio —dijo Girsh, lacónico—. Y ahora entra de una puta vez y avísale. No, deja quieta la puerta. Esperaremos dentro.

El portero renunció a su poco entusiasta intento por cerrarles la ventanilla en las narices, y lo siguieron a través de una larga arcada bien iluminada que desembocaba en un patio. Había una puerta lateral abierta en una de las paredes, y el portero se introdujo por ella, renqueando y mascullando entre dientes. Los tres se quedaron de pie a la temblorosa luz de las antorchas cuando se fue, observando su entorno con idéntico interés profesional.

—¿Creéis que muerden? —preguntó Ringil.

Eril encogió los hombros.

—Intentan ganarse la vida, como todo el mundo. Llegar a un acuerdo siempre resulta más ventajoso que derramar sangre.

Girsh se golpeó la palma de la mano varias veces con la cabeza de la maza.

—Que muerdan. Tengo un par de primos que perdieron familia en el mercado de acreedores con la Liberalización. No me importaría nada…

Ringil carraspeó.

—Mantengamos la calma. Necesito información de esta gente, no crismas partidas.

—Todo el mundo tiene algún primo que ha visto familiares subastados —dijo quedamente Eril—. Son los tiempos que corren, Girsh. No se puede hacer nada al respecto.

Aguardaron en silencio después de aquello.

El portero regresó acompañado de un compinche aún más corpulento y poco agraciado que portaba un mayal de cuero trenzado en el cinto y un cuchillo largo en la bota. Por su aspecto, no se diría que le hicieran falta ninguno de los dos para defenderse.

—Mi señor os recibirá ahora —dijo taciturno el portero.

Parecía que habían sacado a Terip Hale de la cama.

El traficante de esclavos estaba sentado tras su mesa de roble oscuro con una bata de seda, los pies cubiertos tan sólo por unas pantuflas, con el pelo canoso enredado y apelmazado aún por la almohada. La luz del farol confería a su piel un tono amarillento. Ringil no lo conocía, pero encajaba a la perfección con la descripción bosquejada por Gracia del Cielo. *Puto vejestorio grasiento, tiene los ojos de una serpiente muerta*. Era verdad, los tenía. Hale, antaño un traficante de poca monta con diversos negocios ilícitos repartidos por rutas cenagosas poco conocidas dentro y fuera de la ciudad, aparentemente había prosperado gracias a la Liberalización. El legado de su éxito previo como criminal de la oferta y la demanda era que conocía los apetitos de los hombres del derecho y del revés. Un agudo instinto de comprador en los podios de las subastas le confería su ventaja inicial, al parecer, y una red de contactos cuidada con esmero en otras ciudades de la Liga lo mantenía a la cabeza de la competición. Milacar suponía que podía ser peligroso, a su manera, pero no se trataba de una persona irrazonable.

Fijó sus inexpresivos ojos negros en Ringil.

—Espero que esto merezca la pena —dijo suavemente.

—Gracias, noble caballero, por la…

A fin de guardar las apariencias, Ringil había empezado en tethanno. Ahora tosió con difidencia y cambió al naómico, revistiéndolo de un acento gutural propio de los imperiales que habían aprendido la lengua de Trelayne pero no habían vivido nunca en el territorio de la Liga. De reojo, vio cómo el portero y el matón equipado con el mayal intercambiaban sendas sonrisitas mientras hablaba.

—Noble caballero, os agradezco que me recibáis pese a lo intempestivo de la hora. —Arrastró los pies, fingiendo la misma timidez de pose y tono que a veces le gustaba adoptar en sus juegos con Gracia del Cielo. El joven de Yhelteth de piel sedosa secuestrado implora a su captor (en vano, naturalmente) para que no lo corrompa—. No, uhm, hubiera venido tan tarde, entendedlo, pero mi padre no

aprobaría esta visita si se enterara. Soy Laraninthal, primogénito de Krenalinam de Shenshenath, adjunto… uhm, ambos lo estamos… a la misión comercial yhelteth en Tervinala y recién llegados a vuestra hermosa ciudad, la cual debo decir que…

—Sí, sí. —Hale lo interrumpió como si estuviera ahuyentando a un insecto—. ¿Exactamente qué es lo que no aprobaría vuestro padre si se enterara de esta visita?

Ringil titubeó un calculado par de segundos.

—Su propósito, caballero.

Hale puso los ojos en blanco e hizo una señal al portero, que salió de la habitación sin decir palabra. El tratante de esclavos juntó las puntas de los dedos.

—Sí. Hablemos de dicho propósito, si os parece.

—Encantado.

Otra pausa. Hale reprimió visiblemente un suspiro.

—¿Y de qué se trata? Vuestro propósito. ¿Qué queréis, Laraninthal de Shenshenath?

—Deseo —Ringil carraspeó y paseó la mirada por la habitación— una compañera de alcoba. Una mujer, para mi uso aquí, en Trelayne.

Una sonrisita aleteó en la comisura de los labios de Hale.

—Ya veo. ¿Y vuestro padre no aprobaría algo así?

—Mi padre es una persona conservadora. No le gustaría que derramara mi simiente entre mujeres que no sean de las tribus.

—Bueno, los padres pueden ponerse difíciles a veces, ¿verdad? —Hale asintió con expresión sabia—. Desde luego, por un precio, es probable que pudiera proporcionaros una muchacha de Yhelteth. Quizá incluso de vuestra tribu específica. Os sorprendería con qué facilidad…

Ringil levantó una mano.

—No me… atraen… las mujeres del sur. Quiero piel pálida, más pálida que la mía. Quiero…

Gesticuló gráficamente. La sonrisa de Terip Hale se ensanchó.

—Desde luego. Eso es algo que a las chicas de aquí se les suele dar bien, ¿no es así? Tampoco es la primera vez que oigo a uno de vuestros compatriotas mencionar algo al respecto. En la diferencia está el gusto, siempre lo he dicho. —Un pequeño sonido procedente de la puerta—. Ah, hablando de lo cual, aquí estamos.

El portero regresó en compañía de una muchacha que portaba una bandeja de madera pintada de colores chillones, cargada de copas y con una jarra. Se cubría con poco más que tres puñados de tela y un par de finos cordones que sujetaban el conjunto, y caminaba contoneándose para exhibir sus encantos. Era demasiado joven para el maquillaje que lucía, y le rodeaban los ojos arrugas de preocupación, como si intentara recordar la forma correcta de ejecutar una tarea compleja, pero se ajustaba más o menos a las particularidades que acababan de discutir. Ringil dejó que su mirada se ciñera a las curvas de la joven mientras ésta cruzaba la habitación. Hale lo vio, y sonrió.

—Entonces. ¿Os gusta?

—Sí. Ésta sería, uhm, aceptable, pero…

—Ya, seguro que sí —dijo soñadoramente Hale mientras observaba cómo la chica dejaba la jarra y las copas encima del escritorio—. Sin embargo, me temo que Nilit, aquí presente, no está en venta. Le he cogido cierto cariño. Aunque en realidad no es nada especial, y tiene hermanas.

Levantó la mirada de soslayo.

—Hablo literalmente. Hermanas, dos. A la venta todas juntas. Pero las demás todavía están formándose. Eso puede llevar algún tiempo, sobre todo si la chica es… rebelde.

La mano de Nilit estrelló la jarra contra una de las copas que ya había posado. La copa se cayó y rodó por el filo de la mesa hasta repicar huecamente en el suelo. Los labios de Hale se apretaron en señal de exasperación. Nilit se apresuró a recoger la copa que seguía rodando y sus ojos centellaron en dirección a Ringil. La preocupación había desaparecido, borrada por un terror más inmediato. Dejó la copa de nuevo en su sitio, agachó la cabeza y murmuró algo sólo para los oídos de Hale. Éste levantó un dedo y la muchacha enmudeció de inmediato.

—Largo de aquí —le espetó Hale.

La chica se fue corriendo, olvidados sus contoneos exhibicionistas. Hale vertió el contenido de la jarra únicamente en dos copas. Indicó a Ringil que se acercara.

—Por favor, sois mi invitado. Elegid una copa. Éste es uno de los mejores vinos que se puede encontrar en todos los territorios de la Liga. Antes de que uno se convierta en cliente de Terip Hale, se convierte en honrado huésped de su casa. ¿Cómo si no podría haber confianza ciega en nuestros acuerdos?

Ringil seleccionó una de las copas y la sostuvo en alto. Hale igualó el gesto por un momento y bebió primero, como requería el ritual de la hospitalidad. Ringil hizo lo propio, tragó y adoptó una expresión apreciativa.

—Buena cosecha, ¿verdad? —ronroneó Hale.

De hecho, no tenía nada de espectacular. Uva negra de Jith-Urnetil, prensada a finales de la cosecha, por supuesto, el sabor era inconfundible; pero lo cierto es que estaba demasiado dulce para el paladar de Ringil, y tenía un regusto empalagoso. Nunca había sido muy aficionado a las cosechas de la costa, de todos modos, y ésta carecía de demasiados matices intermedios. Pero sin duda el vino era caro, y eso era lo único que contaba para las personas como Hale.

—Bueno. —El tratante de esclavos apuró su bebida y posó la copa. Había un brillo de anticipación en su mirada—. Yo diría que puesto que está bastante claro cuáles son vuestros requisitos, quizá deberíamos bajar juntos al establo a ver si algo os llama la…

Ringil fingió una tos amanerada.

—Hay otra cuestión.

—¿Sí? —Una ceja educadamente enarcada—. ¿Y de qué se trataría?

Ringil acunó la copa y se asomó a su interior. Adoptó una expresión abochornada.

—Ya he mencionado lo que opina mi padre acerca de estas cosas, de mis… preferencias. Esta, eh… esta conducta mía.

—Sí. —Hale no consiguió eliminar toda la fatiga de su voz—. Sí, creo que eso ya lo hemos cubierto. Continuad.

—Bueno, hay una cosa de la que necesito estar seguro antes de comprar nada: esta mujer no debe darme problemas. Tiene que ser yerma.

Algo abandonó la habitación de repente.

Fue extraño. Ringil notó el cambio como solía sentir el preludio de un combate; una leve presión entre los riñones, un sutil hormigueo en los omoplatos. De alguna manera, al parecer, se las había apañado para decir lo que no debía. En el repentino silencio que se abrió tras sus palabras, levantó la mirada de su bebida y vio que en el porte de Terip Hale se había operado una transformación difícil de precisar.

El tratante de esclavos cogió la copa vacía de nuevo; la estudió como si fuese la primera vez que la veía y no acertara a explicarse cómo podía haber llegado a la habitación.

—Un requisito… muy específico —dijo en voz baja. Levantó la cabeza y miró a Ringil a los ojos. El brillo de anticipación había desaparecido—. ¿Sabéis, mi señor Laraninthal?, al final no estoy seguro de que podamos complaceros tan fácilmente.

Ringil parpadeó. Esto era algo imprevisto. Por la forma en que había representado el personaje de Laraninthal (acaudalado pero tímido, recién llegado a Trelayne, incómodo con sus deseos y temeroso de la buena opinión de su padre), estaba ofreciéndole a Terip Hale una oportunidad de oro. Para empezar, si Laraninthal era nuevo en la ciudad, no podía tener tomada la medida al mercado local, por lo que no se imaginaría claramente cuánto podría costarle esta esclava sexual tan pálida y bien dotada. El hecho de que le avergonzara desearla en primer lugar no hacía sino agravar la situación. Hale podía pedir el precio que quisiera. Y eso sólo era el principio; si el trato salía bien, el tratante de esclavos estaría abriendo la tapa del equivalente a todo un cofre del tesoro en chantajes cortesanos. *Veréis, mi señor, al parecer circulan rumores. Sería una lástima que vuestro padre se enterara, ¿verdad? Bueno, no os preocupéis, seguro que podemos acallar las habladurías… Aunque os costará algo de dinero, así son siempre estas cosas…*

Etcétera. Mientras durara su estancia en Trelayne, este Laraninthal se exponía a que lo exprimieran discretamente hasta la última moneda.

Renunciar a algo así era absurdo.

Ya, pero parece que el bueno de Terip está preparándose para tirarlo lejos de sí con las dos manos. Y a ti también, Gil, como no recuperes el control, joder, y rápido.

—Si esto… —Se le escapó el acento con la sorpresa; controló la voz, carraspeó e improvisó un tono de orgullo ofendido—. Si se trata de algún truco para aumentar el precio, no estoy…

—Todavía no hemos discutido el precio —observó Hale, aún con la misma voz

sedosa. Pero el fingido ultraje de Ringil parecía haber surtido el efecto deseado. Una pizca de tensión abandonó al tratante de esclavos, que soltó la copa y juntó las yemas de los dedos—. En cualquier caso, no es eso lo que me preocupa. Se trata tan sólo de que no entiendo por qué debería preocuparos tanto la capacidad reproductora de la ramera en cuestión. No influye para nada, en realidad. Si se queda en estado, pronto os encontraremos una sustituía, mucho antes de que su silueta se abombe. Y mientras tanto, por ley seréis propietario de la prole si ésta sobrevive. Podéis venderla, junto con la madre si ya no os agrada, o por separado, si eso aumenta el precio. El mercado es flexible en este tipo de cuestiones.

—Yo, esto, no sabría qué hacer con…

—Bueno, podéis contar con mi diligencia en tales casos. Será un placer prestaros toda la ayuda que necesitéis.

Ya, seguro que sí… a cambio de una modesta compensación. Pero al menos Hale parecía estar inclinándose de nuevo en la dirección adecuada. Ringil se obligó a aclararse la garganta otra vez.

—Veréis, según la ley imperial, la progenie de un esclavo no puede…

—Sí, desde luego. —Una sombra de impaciencia se enroscó ahora en el tono del tratante de esclavos—. Pero ahora no estáis en el Imperio, mi señor. Nos encontramos en la Liga, y os garantizo que, por lo que a mis negocios respecta, conozco la ley al dedillo.

—Bueno, siendo así. —A regañadientes—. Supongo que…

—Excelente. —Hale dio una palmada—. Bueno, creo que lo que podría hacer, en vez de pasarnos toda la noche de cháchara, es bajar a ver un poco de carne ahora mismo. Eso os dará algo que consultar con la almohada, ¿eh, mi señor?

Un guiño lascivo. Ringil se esforzó por aparentar entusiasmo.

—Ah, y quizá antes de eso, el noble Laraninthal podría confiarme cualquier otro requisito que tenga en mente. El establo que regentamos es amplio, y ahorraríamos tiempo si reducimos el abanico de posibilidades. ¿Hay quizá algún color de pelo en especial que os atraiga? ¿Altura? Tengo entendido que las mujeres del sur son bastante menudas.

Ringil conjuró a Sherin en su recuerdo, sus desdibujados recuerdos de infancia y lo que Ishil le había contado acerca de su estirpe. Llevaba un boceto a carboncillo con su efigie en el bolsillo, pero por ahora sería mejor no limitar más las opciones. No convenía descubrir todas las cartas antes de tiempo.

—Hay en esta ciudad, según tengo entendido, una raza que habita en la ciénaga. ¿Es eso cierto?

—Sí. —Hale lo observaba con desconfianza—. En efecto. ¿Y qué?

Ringil carraspeó.

—Numerosos paisanos míos me han contado que las mujeres de la ciénaga se comportan, uhm, en fin… diferente en la cama. Ya sabéis. Que se, uhm, abandonan al acto. Por completo. Como animales.

Era pura inventiva, los habitantes de la ciénaga no gozaban de semejante reputación en Yhelteth; de hecho, la mayoría de los imperiales menos viajeros no tendrían el menor conocimiento de su existencia como grupo en particular. Por lo que al Imperio concernía, el territorio de Trelayne en su totalidad estaba infestado de campesinos atrasados cubiertos de fango. Sólo los mejor informados estaban capacitados para establecer distinciones. Pero daba igual, cumpliría su cometido. Uno podía escuchar el mismo susurro básico de sexualidad abandonada sobre mujeres de cualquier territorio ocupado o raza excluida bajo el anillo. Ringil se había sentado y escuchado a soldados repetirlo alrededor de fogatas de campamento en cada pedazo de territorio disputado en el que había luchado después de que terminara la guerra con el Pueblo Escamoso. Era la forma más elemental de justificar las violaciones.

A veces pensaba que habrían terminado diciendo lo mismo de las hembras de los lagartos, si el físico del Pueblo Escamoso no fuera tan irremediablemente incompatible.

Bueno, yo no lo descartaría, le había dicho una vez Archeth, embozada para resguardarse del viento costero de Gergis, mientras contemplaba el campamento a sus pies. *Estos hombres serían capaces de follarse a una muñeca de arcilla mientras estuviera caliente*.

Se refería a los soldados que tenía a su mando.

—Habitantes de la ciénaga, ¿eh? —Terip Hale desenrolló una sonrisa lenta—. Bueno, eso no lo había oído antes, exactamente. Pero claro, si ésa es vuestra preferencia. ¡Janish!

El portero dio un paso al frente.

—Mi señor.

—Vamos a echar un vistazo a nuestras fogosas trotonas. Adelántate y ocúpate de que todo esté abierto. Por así decirlo.

Una sonrisa feroz hendió el semblante del portero.

—Sí, mi señor.

Hale lo vio partir con una expresión sobria que desentonaba con la broma. Parecía estar dándole vueltas a algo en la cabeza.

—No tratamos mucho con habitantes de pura sangre —dijo, pensativo—. Aunque si lo que me decís es cierto, quizá deberíamos empezar a hacerlo. Pero es problemático, veréis. Sus familias están muy estrechamente unidas en su mayoría, y como pueblo son testarudos e irreflexivos. He visto casos en los que un hombre de la ciénaga prefirió morir de hambre antes de vender a sus hijos. Quiero decir, ¿qué se puede hacer con alguien así?

Ringil escondió su expresión tras la copa.

—Por suerte, sin embargo, la sangre de los habitantes de la ciénaga no es tan infrecuente entre nuestros ciudadanos corrientes —Hale se permitió esbozar una fina sonrisa—, como esos mismos ciudadanos no se cansan de decirnos. Se sabe que se ha filtrado incluso en las familias más nobles de Trelayne. No os preocupéis, Laraninthal

de Shenshenath, estoy completamente seguro de que conseguiremos encontrar a una chica cuya sangre sea de vuestro agrado.

Después de aquello hablaron de trivialidades mientras Ringil terminaba su vino, representando el papel de tímido petimetre imperial y enmascarando sus sentimientos. En realidad no esperaba encontrar aquí a Sherin; aunque hubiera pasado por el establo de Hale, o por cualquiera de los otros especializados en concubinato, de eso hacía ya un mes. Pese a los comentarios del tratante de esclavos sobre las dificultades de adiestrar a chicas rebeldes, Ringil no creía que hiciera falta tanto tiempo para someter a una muchacha que probablemente se consideraba ya insignificante debido a su defectuosa capacidad reproductora, que ya había sido repudiada por toda su familia y luego, para colmo de males, traicionada por el hombre que la había apartado de ellos.

Pero si había estado aquí, habría dejado algún rastro. Recuerdos entre las otras muchachas, entre los criados y los cuidadores. En alguna parte habría documentos de venta. Ahora que se trataba de un negocio legal, todas las transacciones serían transparentes. Parte del mundo feliz por el que todos habían luchado. Si éste era el lugar, la puerta ya estaba entreabierta, y Ringil podría encargarse del resto en cómodos pasos… aunque eso supusiera llevar a Terip Hale a algún lugar recogido y sacarle lo que necesitaba con un brasero y hierros al rojo.

Y si éste no era el lugar, en fin, la lista de Milacar incluía más nombres. Podía empezar desde el principio otra vez.

—¿Bajamos? —preguntó Hale.

Ringil sonrió solícito e indicó su aquiescencia asintiendo ávidamente con la cabeza.

Parecía que las fogosas trotonas se alojaban en la otra punta del edificio. Ringil siguió a Hale hasta la planta baja y salió al patio. Eril y Girsh cerraban la comitiva, junto con el matón equipado con el mayal de Hale. Todo el mundo estaba pendiente de todo el mundo con tirante placidez. La noche se había despejado y enfriado mientras estaban dentro; cruzaron el patio en silencio bajo las estrellas rutilantes y el estilizado y frío arco del anillo. Ringil vio cómo su aliento dibujaba penachos blancos en el aire.

Si el frío molestaba a Hale, con su batín de seda y sus pantuflas, no daba muestras de ello. Los condujo por otra puerta lateral en la pared del patio, bajaron tres tramos de escalones de piedra y llegaron a una cámara subterránea semicircular con cinco alcobas con cortinas a lo largo de la pared curva. Janish el portero ya estaba allí, con la sonrisa pegada aún a la cara; parecía que había estado disfrutando con su trabajo. La luz anular se derramaba por unas pequeñas ventanas con barrotes cerca del techo, pero la mayor parte de la claridad procedía de dos faroles instalados en el centro de la estancia. Había alfombras majak en el suelo, murales lascivos grabados en la pared curva (aunque su contenido era extraordinariamente recatado en comparación con el

techo de Gracia del Cielo), y un enorme candelabro de hierro negro que colgaba del techo abovedado.

Terip Hale se giró hacia ellos.

—Permitid que os presente —dijo solemnemente— a las fogosas trotonas.

Las cortinas se hicieron a un lado en sus alcobas. Tras ellas aparecieron unos hombres armados y sonrientes. Espadas cortas y machetes, mazas y porras. Dos por alcoba, al menos. Ringil vio una ballesta amartillada y apuntada hacia ellos.

El portero cruzó la mirada con él y guiñó un ojo.

—Bueno —dijo Hale—. Y ahora, Laraninthal de Shenshenath, espero que no te importe explicarme quién cojones eres realmente.

Capítulo 18

Egar echó a cabalgar un par de horas antes de la puesta de sol.

En realidad no necesitaba el tiempo extra, los skaranak enterraban a sus muertos relativamente cerca de dondequiera que estuviesen acampados en aquel momento, y sus migraciones por la estepa solían sucederse con las estaciones. Todos los años, cuando se aproximaba el aniversario de la muerte de su padre, también lo hacía la tumba donde descansaba Erkan. Egar podía localizarla por los cambios en el cielo y los pocos hitos azotados por el viento que señalaban la estepa; era capaz de sentirla girando detrás del horizonte conforme se sucedían las estaciones, curvándose poco a poco hacia dentro mientras la calidez daba paso al invierno, cerniéndose sobre él como el mismo aniversario.

No necesitaba el tiempo extra.

Pero Sula empezaba a asfixiarlo con su juventud y su espontánea franqueza nómada; era burda y torpe con sus sentimientos, no le dejaba respirar, creía que exprimirlo hasta la última gota era la solución a todos sus problemas.

No se puede culpar a la muchacha. Cualquiera diría que le has dado motivos para pensar lo contrario, ¿verdad?

Así que le contó una sarta de mentiras mientras se vestía.

—Recorreré la última legua a pie —concluyó—. Por respeto.

—¡Pero eso es una estupidez!

Egar contuvo su genio con esfuerzo.

—Es una tradición, Sula.

—Ya. —Un soplido gutural—. No lo es desde que murió mi puto abuelo.

—Bueno, tampoco hace tanto de eso, ¿verdad?

Sula se lo quedó mirando fijamente, sorprendida.

—¿Qué insinúas con eso?

Significa que recuerdo a tu padre cuando era joven en el campamento. Significa que soy a buen seguro lo bastante mayor como para ser tu padre. Significa que tienes dieciséis putos años, chiquilla, que te sientas en mi yurta como si fuera tuya, y por encima de todo significa que a mi edad realmente debería saber que esto no puede terminar bien.

—Nada —musitó—. No significa nada. Pero las tradiciones son, er, importantes, Sula. Son lo que mantiene unido al clan.

—Crees que soy demasiado joven para ti —se lamentó ella—. Vas a dejarme abandonada, como hiciste con aquella zorra voronak.

—No voy a dejarte abandonada.

—¡Sí, eso es lo que vas a hacer!

Y se deshizo en llanto.

Y él, cómo no, había tenido que acudir a su lado, había tenido que abrazarla. Había tenido que acariciarle el cuello con la nariz y susurrarle al oído como si fuera una yegua aún sin domesticar del todo, había tenido que levantarle la barbilla con una mano y enjugarle las lágrimas con la otra. Había tenido que disimular la creciente tristeza glacial bajo sus costillas, había tenido que obligarse a sonreír mientras ella dejaba de llorar, había tenido que hacerle cosquillas y magrearla a través de la camisa roja de fieltro que se había agenciado del arcón donde él guardaba la ropa. Que había, de hecho, empezado a lucir por el campamento como una puta declaración llameante de lo que se pasaba el tiempo haciendo en la yurta del líder del clan.

Tendría que hablar con ella de eso.

Tarde o temprano.

—Mira —dijo por fin—. Ahí fuera hace un frío del carajo, ¿vale? Montando a caballo no se entra en calor. Ésa es la verdadera excusa. Si camino, entraré en calor. Lo más probable es que ése sea el auténtico origen de la tradición, ¿te das cuenta?

Sula asintió dubitativa, sorbió por la nariz, se restregó un ojo. Egar aplastó la lengua con fuerza contra el dorso de su sonrisa y deseó que ella no pareciera una puta cría cuando hacía eso.

¿Cómo es que todas empiezan como zorras tentadoras de mirada fogosa y terminan llorando en tu camisa como bebés?

¿Acaso no basta con que tenga que cargar con el peso de todo el puto clan sobre mi espalda? Por los cojones doloridos de Urann, ¿no es suficiente que regresara, que abandonara Yhelteth y todo lo que contenía y cabalgara a casa para estar con mi puto pueblo? ¿No basta con que lo más probable sea que la diñe aquí igual que mi padre y no vuelva a ver el rostro de Imrana?

Ninguna respuesta que él pudiera oír.

Gimoteas como una niña, señor del clan. Peor que una niña: esta niña que lleva puesta tu camisa al menos llora por el futuro, por algo que podría ser capaz de cambiar. No es ella la que se pasea por ahí cariacontecida y cargada de pesar por un pasado por el que ya no puedes hacer una puta mierda.

Sobreponte de una vez.

Volvió a levantar la barbilla de Sula.

—Sula, escucha. Volveré tan pronto como pueda después del amanecer. Espérame, mantén las cosas calientes. —Hizo el payaso, enarcó las cejas, volvió a pellizcarle una nalga y un seno—. ¿Sabes a qué me refiero?

Obtuvo una risita estrangulada de ella, y después un beso largo y húmedo. Se fue deprisa después de aquello. Marnak tenía su caballo ensillado y listo esperando fuera a la luz rojiza del anochecer, colgados el escudo, la lanza y la pequeña hacha y amarrados con firmeza un hato de mantas, un poco de leña y otras provisiones. El veterano guardaba una respetuosa distancia de la yurta del señor del clan, junto a su propio caballo y en grave conversación con un par de guardias del campamento. Miró de reojo mientras Egar apartaba la puerta de lona de la yurta, dejó de inmediato a los

otros dos hombres ocupándose de sus asuntos y avanzó a grandes zancadas. Observó a su señor del clan sin comentarios.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—He estado mejor. ¿Sigues queriendo acompañarme?

—¿Contigo de ese humor? —Marnak se encogió de hombros—. Claro, será divertidísimo.

De hecho, el humor de Egar se aligeró un poco mientras cabalgaban a través de la estepa y el campamento quedaba atrás. Los rayos oblicuos del bajo sol invernal teñían la hierba de un dorado rojizo de engañosa calidez y daba la impresión de que la tarde podría mantenerse así para siempre. El cielo estaba despejado y era de un azul hueco, el anillo se arqueaba a través de él en un ángulo inclinado, teñido de un seductor abanico de tonos de rubí a juego con la puesta de sol. Un fuerte viento llegaba como una guadaña procedente del norte, pero el sebo en sus caras los resguardaba de su filo. Los caballos mantenían un paso pausado, con un ocasional tañido o tintineo de las partes metálicas de los jaeces y los pequeños talismanes de hierro trenzados en sus crines cuando levantaban la cabeza con brusquedad. Una o dos veces, un par de cuidadores de rebaños de regreso los saludaron al cruzarse con ellos, camino de la cena.

Todo parecía un poco como escapar.

—¿Alguna vez extrañas el sur? —preguntó a Marnak al cabo, cuando el silencio entre los dos se hubo suavizado en la comodidad del viajero—. ¿Alguna vez piensas en volver?

—No.

Miró de soslayo, sorprendido por el deje de vehemencia.

—¿En serio? ¿Nunca? ¿Ni siquiera echas de menos a las putas?

—Ahora tengo una esposa. —Marnak sonrió bajo su barba—. Y en Ishlin-ichan también hay putas, ¿sabes?

—Sí, ya lo sé.

—Incluso algunas chicas yhelteth hoy en día, si son de tu gusto.

Egar gruñó. Eso también lo sabía.

Marnak se enderezó un poco en la silla, abarcó la estepa que los rodeaba con un ademán.

—Quiero decir, ¿cómo es posible no ser feliz aquí? Pastos interminables, abrevaderos en abundancia, ríos de corriente lenta que no debemos disputar a los ishlinak, sitio de sobra para todo el mundo. Podría decirse que no hay saqueos, ahora que todos los jóvenes prefieren dirigirse al sur. No se ven muchos saltanavajas tan al sur y al oeste, los lobos y los gatos de la estepa nos dejan en paz también por lo general. Tenemos tanta carne en el petate hoy en día que no sabemos qué hacer con ella. Tenemos el clan, la gente que nos rodea. ¿Cómo podría competir Yhelteth con

algo así?

¿Por dónde quieres que empiece?

Las vistas al puerto, el sol tremolando sobre el interminable azul encrespado hasta el horizonte. Las altas torres blancas en el cabo, la lenta espiral de una docena de grandes raptores cabalgando las corrientes térmicas. Los gritos de las gaviotas en el embarcadero, el martilleo sobre la madera de los pescadores que reparan sus barcas.

Los patios bañados por el sol y henchidos de alguna enredadera carmesí en flor cuyo nombre nunca aprendiste a pronunciar del todo bien. Las elaboradas rejas de hierro en puertas y ventanas, las estrechas calles encaladas que desviaban el asalto del sol. Los puntos de encuentro diseñados con astucia y los cálidos bancos de piedra instalados en profundos charcos de sombra, la música del agua cayendo en alguna parte tras una pantalla.

Los tenderetes repletos de frutas de vivos colores que podían olerse a una docena de pasos. Los filósofos y los poetas declamando desde sus estrados en las esquinas menos caras de cada plaza, las casas de té rebosantes con el debate bullicioso de voces disputándolo todo bajo el sol: lo aconsejable del comercio con los territorios del oeste, la existencia o no de espíritus malignos, el impuesto urbano sobre caballos.

Los libros, con su cálido peso recubierto de cuero en tus manos y su olor característico cuando te los acercabas a la cara. El inefable sobresalto una vez, cuando un tomo, al caer con pesadez, se abrió por una página muy frecuentada, se dividió con limpieza en dos gruesas mitades por el lomo… y tú pensaste, con culpabilidad, que lo habías roto.

Las líneas y líneas y líneas y más líneas de hormigueante texto negro, y el dedo rematado en una larga uña de Imrana guiándote por ellas.

El agitar y ondear de las cortinas traslúcidas de las ventanas cuando una brisa marina se despistó y entró por el balcón, se llevó parte del calor del mediodía y enfrió el sudor que cubría tu piel y la de ella.

El bullicio ondulante del día, los gritos de los vendedores callejeros que se tornaban de alguna manera más plañideros conforme la luz se espesaba y un puñado de ventanas de fulgor amarillo aparecía por toda la ciudad.

El lamento quejumbroso de la llamada a la oración sobre el perfil de la ciudad al ocaso… y el ignorarlo entre unos esbeltos brazos morenos perfumados con flores de azahar.

Las luces de señalización de las embarcaciones sobre la marea del anochecer.

—Ya, bueno —dijo.

Marnak se concentró por un momento en la pradera que se extendía ante él. A lo mejor podía sentir algo de lo que emanaba de Egar.

—En el sur, me pagaban para matar a otros hombres —dijo sin inflexión en la voz —. Eso está muy bien cuando uno es joven. Te templa, y procura honor para tu nombre, para tus ancestros en la Casa Celeste.

—Te mete en muchas camas.

Una risita.

—Te mete en muchas camas. Pero llega un momento en que uno deja de ser joven. Uno empieza a dejar de disfrutar con todo eso. Lo cierto es que habría vuelto a casa mucho antes de cuando lo hice, si el Pueblo Escamoso no hubiera aparecido.

—«El momento de gloria de la humanidad», ¿eh?

La cita no salió tan agria como Egar pretendía. A pesar de todo, el tono fuerte y sonoro que Akal el Grande le había infundido todavía conservaba un tenue eco. Marnak asintió para sí, de un modo tan leve que podría haber sido el movimiento de su caballo el causante.

—Por un momento, lo fue.

—Ya, hasta que terminas enfrentándote incluso a tu puta gente con una línea de lanzas entre medias.

Marnak encogió los hombros.

—Eso nunca me preocupó demasiado. Cuando uno acepta dinero imperial, lo más probable es que tarde o temprano termine enfrentándose a la Liga. Cuando uno se enfrenta a la Liga, lo más probable es que tarde o temprano termine viéndoselas con los majak. Así son las cosas. No es distinto de las riñas con los ishlinak que solíamos tener aquí. Yo mismo combatí por la Liga una o dos veces en su día, antes de que el Imperio comenzara a contratar en serio. Y sí, siempre tuve claro que si alguna vez derrotábamos a los lagartos, todo el mundo volvería a pelear entre sí, igual que antes.

—¿Entonces por qué no quedarse y conseguir más monedas?

—No te creas que no lo pensé. Por aquel entonces tenía un puesto como comandante de línea. Pero como decía, todo eso está muy bien si eres joven. Yo ya no lo era, ni remotamente. —Marnak sacudió la cabeza, risueño. Éstos no eran derroteros por los que solieran discurrir sus pensamientos—. No sé, uno se hace mayor y cada batalla a la que sobrevives empieza a parecer un golpe de suerte. Empiezas a preguntarte por qué llegaste al final del día, por qué sigues en pie cuando el campo está cubierto con la sangre y los cadáveres de otros hombres. Por qué los moradores te mantienen con vida, qué finalidad te ha reservado la Casa Celeste. Cosas por el estilo. Cuando el Pueblo Escamoso apareció, creí entender esa finalidad. Creí saber por qué había sobrevivido, pensé que tal vez moriría combatiéndolos, ni siquiera me importaba tanto siempre y cuando fuera una buena muerte.

—Pero no moriste.

—No. —A Egar le pareció oír algo que era casi desilusión en el tono de su interlocutor—. No morí. Ni siquiera en la Quebrada del Patíbulo, y sabe Urann que estuvimos muy cerca allí. Aquél sí que hubiera sido el lugar perfecto para morir.

Ahora fue Egar el que emitió una risita. Pero fue un sonido sombrío lo que produjo, sin demasiado humor.

Los labios de Marnak se combaron en silencioso eco.

—En vez de eso, todos nos convertimos en héroes. Tú, yo, incluso aquel puto

amigo maricón tuyo.

—Mira, no era exactamente mi…

—Y antes de darnos cuenta, estábamos combatiendo de nuevo contra los humanos. Y no pasa nada, ¿sabes?, como decía, pero… —Otro gesto de impotencia —. Se volvió aburrido. Era como si una especie de rueda gigantesca estuviera terminando de girar hasta el principio. Todos estos nuevos chiquillos majak corriendo en tropel a Yhelteth siguiendo la moda del reclutamiento, aspirando a llenar los huecos en las filas, sin tener ni puta idea de qué iba la cosa…

—Sí, lo recuerdo. —Más que nada, lo que recordaba Egar era querer partirles sus risueñas caras entusiastas. El hecho de que le recordaran tanto a sí mismo una década antes sólo lo empeoraba—. Tiempos extraños, ¿eh?

—¿Sabes la impresión que me daba? —Marnak se quitó el gorro y se rascó vigorosamente el cuero cabelludo con las uñas de un puño entrecerrado—. ¿Te acuerdas de aquellos carruseles mecánicos que pusieron los kiriath en los jardines de té de Ynval? ¿Los de los caballos de madera?

—Sí. He estado allí un par de veces.

—Ya, bueno, entonces ya sabes lo que siente uno cuando termina el paseo. Todo se detiene y tú sigues allí sentado, acostumbrándote a que el mundo haya dejado de girar a tu alrededor, y hay un montón de personas nuevas, sobre todo chiquillos, que se agolpan para montar. No sabes si quieres ceder tu asiento o no, y de golpe y porrazo caes en la cuenta. —Volvió a ponerse el gorro, miró a Egar de soslayo—. Te das cuenta de que no quieres montar otra vez. De hecho, ni siquiera estás seguro de que te gustara la primera puta vuelta.

Los dos se rieron esta vez, con ganas. Un ladrido rápido de tensión liberada, luego el momento más distendido y reflexivo de diversión sincera, compartida bajo el cielo inmenso. Los pequeños sonidos humanos flotaron brevemente sobre el paisaje, antes de ser absorbidos por el vasto silencio y el viento, como orina por la tierra.

—¿Sabes? —dijo Marnak, quizá reticente a dejar que el silencio ganara la batalla —, una vez rompí uno de aquellos caballos. ¿Te lo había contado? Quiero decir que le arranqué el cuello de cuajo, colgándome de él una vez que andaba con un subidón de pipa. Querían obligarme a pagar las putas reparaciones, encima, más o menos la paga de media semana, nada menos. Mandaron a por mí a la guardia de la ciudad cuando me negué a aflojar la mosca. ¿Conocías ya esa historia?

Sí, de hecho, pero Egar sacudió la cabeza con afabilidad y Marnak abordó la historia con ímpetu. Volver a oír la escapada le producía un placer agradable, todo aquel escalar muros, saltar por los tejados, invadir harenes mientras huía de sus perseguidores y otros sustos y reveses, más un par de aditivos nuevos añadidos a la mezcla, para que no perdiera su frescor. Era como estar sentado alrededor de una fogata escuchando cómo un cuentacuentos consumado relataba la historia de Takavach y la virtud de la sirena, o algo igual de archiconocido.

Cuando terminó el relato, con Marnak de nuevo a salvo al otro lado del río y en el

barracón antes del amanecer, cuando sus carcajadas hubieron sido absorbidas otra vez, el señor del clan asintió con la cabeza y contó otra historia vivida en Yhelteth de su cosecha. Cómo un célebre caballero imperial había llegado a casa una vez para encontrar al joven Egar en la cama con sus esposas, las cuatro a la vez.

—Y sabes, más que nada, parecía que eso era lo que más le cabreaba. Allí plantado, gritándome con aquella puta espada cortesana tan ridícula en el puño. Al parecer, la Revelación dice que sí, que puedes tener hasta seis mujeres, pero te prohíbe terminantemente hacerlo con más de una a la vez. —Egar soltó las riendas y extendió los brazos en cruz—. Diablos, ¿y yo cómo iba a saberlo?

Más risas.

Otra historia.

Y así, al cabo, llegaron a la tumba de Erkan. Guardaron silencio y se miraron. Por un momento habían sido capaces de olvidar adónde se dirigían, pero eso había terminado. Egar desmontó.

—Gracias por la compañía.

—Ya. —Marnak echó un vistazo en rededor. Una pequeña loma, un árbol solitario, encorvado y nudoso, con el orbe del sol poniente enredado en sus ramas sin hojas. Era un lugar desolado, no apto para los vivos.

—Estaré bien —dijo Egar con voz queda—. Fue un buen hombre en vida, no me hará daño ahora.

Marnak hizo una mueca. No era la sabiduría extendida entre los majak que las buenas personas hicieran buenos fantasmas. Un espíritu debía ser apaciguado, con independencia de su origen; había rituales que honrar. Así hablaba el chamán. Nadie explicaba nunca por qué, pero la implicación era que si uno no hacía bien las cosas, pagaría un precio elevado, por él y los suyos.

—Venga, en marcha. Si te das prisa, llegarás no mucho después de que sea noche cerrada. —Egar vio cómo Marnak daba la vuelta al caballo—. Ah, y si Sula pregunta, me dejaste a media legua de distancia, para hacer el último trecho a pie. ¿Vale?

Marnak sonrió por encima del hombro.

—Vale.

Rió en voz baja y usó los talones para imprimir a su caballo un paso rápido, un trote, y por fin un galope tendido por el camino que acababan de recorrer. Egar lo vio alejarse, hasta que caballo y jinete se redujeron a un solo punto que se difuminaba poco a poco en la penumbra. Con un suspiro, se giró hacia la tumba de su padre.

No había mucho que ver. El suelo de la estepa dificultaba las excavaciones en esta época del año, y la tumba era poco profunda, cubierta de rocas que habían tardado todo el día en reunir. Habían construido el tradicional túmulo a los pies del difunto, rodeado de símbolos protectores pintados con los colores de los skaranak y talismanes de hierro que colgaban de las piedras con cordeles de piel de búfalo. Habían esparcido pétalos de rosa y azafrán de la tundra sobre las piedras, y plantado un roble enano en el suelo a la altura de la cabeza de Erkan, para que dentro de un par

de años tuviera sombra cuando llegara el verano.

Ahora los colores del clan estaban desteñidos por el paso del tiempo, y las ramas del árbol crecido lucían desnudas y esqueléticas sobre su cabeza. Sólo los adornos de hierro resistían, aunque —Egar entornó los ojos con suspicacia— parecía como si incluso uno o dos pudieran haber sido robados de la tumba desde el año pasado.

—Putos tunantes voronak —masculló.

Sí, tan al sur y al oeste bien podrían haber sido unos skaranak renegados, o incluso algún puñado de exploradores subnormales del sur. Había visto protecciones funerarias skaranak en más de un museo imperial a lo largo de los años, aunque nunca consiguió transmitirle a nadie la rabia que le provocaba. En Yhelteth, en la ciudad misma al menos, toleraban todo tipo de fes sin problemas, pero detrás de eso se ocultaba siempre la asunción básica de la superioridad civilizada de la Revelación que siempre terminaba por cabrearlo. En última instancia, a los imperiales les importaba un bledo qué sensibilidades pudieran pisotear.

Atengámonos a lo que tenemos entre manos, ¿de acuerdo?

Dejó su caballo hozando la hierba a poca distancia, destapó la botella de vino de arroz que había traído consigo, la mantuvo baja entre las manos enlazadas y se quedó así un momento, contemplando la tumba.

—Hola, papá —dijo en voz alta—. Esta vez te he traído algo especial.

La brisa aulló. No obtuvo ninguna otra respuesta.

—Es del bueno. En el sur solía beberlo a todas horas. Había una taberna que lo vendía cerca del puerto, no muy lejos de la casa de Imrana. Creo que te habría gustado aquello, papá. Ruidosa, llena de todos aquellos tipos rudos del puerto. Se podía ver el mar desde la puerta principal. —Hizo una pausa para contemplar el túmulo—. Me habría gustado enseñarte el mar, papá.

Parpadeó con fuerza un par de veces. Carraspeó.

—No me puedo creer que vendan esto en Ishlin-ichan estos días. Trayéndolo todo el camino hasta aquí. Me costó un huevo y un ojo, por supuesto, pero, eh, ahora soy el puto señor del clan, ¿verdad?

Tienes que tranquilizarte, Egar. Con calma. Tienes toda la noche por delante, y el sol ni siquiera ha terminado de ponerse.

Levantó la botella, la inclinó y vertió despacio y sin interrupción, practicando pequeños círculos. El vino de arroz salpicó y oscureció las piedras, repicó y goteó entre los resquicios oscuros. Cuando la botella estuvo vacía, la puso boca abajo y sacudió las últimas gotas antes de depositarla con cuidado contra la base del túmulo. Sus dedos se demoraron sobre ella por un momento, lo dejaron allí agachado, con el rostro un tanto ladeado, escuchando el viento. Entonces, de súbito, se incorporó. Una mueca se dibujó en su rostro; no sabía si a causa de la pena, del fogonazo de dolor por mantener la postura demasiado tiempo, u otro motivo. Volvió a carraspear.

—Bueno… Supongo que habrá que encender la fogata para la vigilia.

Desensilló el caballo y colocó sus armas, mantas y provisiones con la pulcritud

ensayada de un soldado. Deshizo el hato de leña y encendió el fuego en el parche de hierba calcinado y desnudo que señalaba las vigilias anteriores. El sol se soltó de las ramas del árbol y comenzó a colgar cada vez más bajo sobre el horizonte. Egar se estremeció un poco y le dirigió algunos vistazos de reojo mientras trabajaba. Empezó a recoger unas pocas ramas arrancadas por las tormentas que había visto tendidas en la hierba antes; las arrastró y las pisoteó para obtener una longitud manejable; seleccionó las ramas más grandes y lo apiló todo junto al fuego expectante. Supuso que la brazada que había traído consigo debería durar hasta el amanecer, pero lo que sobrase no haría daño. Lo más importante era que el trabajo había eliminado algo del frío de sus huesos.

Se arrodilló junto al fuego sin encender. Como la mayoría de los majak, portaba briznas de hierba menudas y pedernal en una bolsita seca bajo la camisa; lo sacó todo, provocó unas chispas contra un puñado nervudo de hierba hasta que prendió, y lo recogió con cuidado en el corazón hueco de la pila de la fogata. Ladeó la cabeza, casi hasta el suelo, y escudriñó. Humo y llamas diminutas lamían la parte inferior de la madera. Las ramas más pequeñas empezaron a arder, humeando y chasqueando al encenderse. Una vivaz luz amarilla se derramó en todas direcciones. Su calidez le lamió los ojos y la cara, casi como si de lágrimas se tratara. Volvió a incorporarse rápidamente y regresó a la creciente penumbra y el frío del aire a su alrededor. Se guardó la bolsita de hierba y se sacudió las manos. Miró de reojo por encima del hombro al retorcido árbol señalizador y el sol en declive.

—Bueno, papá, ya…

En ese instante vio a alguien allí de pie.

Su corazón se estremeció como si lo atravesara una garra de miedo glacial, lo que proyectó instintivamente su mano derecha hasta la empuñadura del cuchillo que portaba sobre su cadera.

No era su padre.

O al menos no lo reconocía. Llevaba una capa de cuero parcheada y apagada que le llegaba hasta los pies, como las que solían vestir los capitanes de navío de la Liga; un sombrero de ala flexible inclinado hacia delante para ensombrecer las facciones, aunque el sol quedaba a su espalda y en cualquier caso ya casi se había ido. Erkan, colorido, jactancioso, majak hasta la médula, jamás había poseído nada ni remotamente parecido a aquellos artículos.

No. Ni muerto se habría dejado ver vestido de aquella guisa.

Egar sintió un temblor en la comisura de los labios. El humor repelió el sobresalto y lo reemplazó por un astuto cálculo de escaramuzador. La figura embozada parecía estar sola. Alrededor del extraño no vio a sus compañeros, ni tampoco armas ni caballos. Egar deslizó la mirada hasta donde estaba su montura, que todavía rumiaba plácida y ajena al recién llegado, y luego hacia las pulcras pilas de su equipo en el suelo; tanto la lanza como el hacha se hallaban lejos de su alcance. No podía creer que se hubiera dejado emboscar con tanta facilidad.

Dejó la mano suelta sobre la empuñadura del cuchillo.

—No he venido para hacerte daño, Matadragones.

La voz cruzó la distancia que los separaba como si proviniera de mucho más lejos, en alas del viento. El efecto hizo pestañear a Egar.

—¿Me conoces?

—En cierto modo, sí. ¿Puedo acercarme?

—¿Llevas armas?

—No. No tengo ninguna necesidad real de tales pertrechos.

Los labios de Egar dibujaron una fina línea.

—¿Eres un chamán?

De súbito, la figura embozada se situó a un escaso medio metro de él. El movimiento se produjo tan de repente que Egar habría jurado que no había visto desplazarse en absoluto al recién llegado. Una mano le atenazó la muñeca con brutalidad hasta inmovilizársela de manera que no podría haber desenfundado el cuchillo aunque le fuera la vida en ello. El rostro bajo el ala del sombrero acechaba enjuto con ojos implacables. Una vaharada acre de fuego químico se arremolinó en el viento, algo como los olores que a veces escapaban de los almiares de los kiriath al sur de An-Monal.

—No queda mucho tiempo —anunció la voz, no menos distante que antes—. Tus hermanos vienen para asesinarte.

Y desapareció.

Egar dio un respingo y a punto estuvo de caerse cuando de pronto su brazo quedó libre. Desenfundó el cuchillo, a destiempo, y giró sobre los talones. No vio ni rastro de la figura. Se había esfumado en el frío del aire y la hierba alta, como el recuerdo de una voz en el viento, como el acre tufo químico en la fragancia dulce del humo que se desprendía de la leña de la fogata. Como la presión evanescente que sentía en su muñeca.

Describió otro círculo sobre los talones, respirando con cadencia, con el cuchillo equilibrado en la palma de la mano.

Silencio, y el gris del ocaso que se espesaba sobre la estepa.

El anillo como una alianza de sangre. El túmulo de su padre, la botella vacía en pie a su lado. La silueta ennegrecida del árbol.

—Mis hermanos están en Ishlin-ichan —le dijo al silencio—. Emborrachándose.

Giró la cabeza de golpe hacia el oeste, aproximadamente en la dirección indicada. Observó de reojo el sol poniente.

Las siluetas de un grupo de jinetes se acercaban.

Capítulo 19

Ringil probó suerte, sólo una vez, con escasas esperanzas, a fingirse ultrajado en su nobleza imperial.

—¿Pero qué significa esto? ¿Pretendéis robarme, como vulgares criminales? Mi padre os…

Terip Hale sacudió la cabeza.

—Olvídalo, amigo. Me imagino que ese acento es tan real como el resto de esta farsa, así que déjalo ya, ¿vale? Tal y como están las cosas, esto va a ser bastante doloroso para ti. Y ahora, como te preguntaba antes, ¿quién cojones eres? ¿Qué haces aquí, preguntando por habitantes de la ciénaga estériles?

Ah.

—Está bien —dijo Ringil, porque suponía que tenía quizá otro medio minuto, a lo sumo, antes de que Hale hiciera lo más obvio y ordenara que los desarmasen.

Sí, y después de eso, de cabeza a cualesquiera instalaciones disciplinarias que tenga Hale por aquí cerca para los esclavos recalcitrantes. Donde volverá a plantear la pregunta una y otra vez, hasta que le digamos lo que quiere escuchar, y luego, con suerte, quizá acaben con nuestro abrasado y mutilado sufrimiento de un rápido tajo en la garganta.

Bien hecho, Gil.

Ringil calculó las posibilidades. Eril y Girsh se habían quedado paralizados al cerrarse la trampa, con los brazos bien lejos del cuerpo para no invitar ninguna flecha de ballesta por agitar una mano como no debían, tensos los semblantes con tensión concentrada. Parecían hombres que vadearan un río helado con el agua por el ombligo, adultos pillados con el pie en alto en un juego infantil de «cerca, más cerca, estatua». Ya debían de haber estimado la situación. Ahora esperaban la señal de Ringil.

Había tres ballestas apuntadas contra ellos, que pudiera ver. El resto eran herramientas de cuerpo a cuerpo.

—¿«Está bien» qué? —rechinó los dientes Hale.

—Está bien, tú ganas. Ni me llamo Laraninthal de Shenshenath, ni soy imperial. Soy Ringil Eskiath.

Hale pestañeó.

—¿Ringil Eskiath? Claro, seguro que sí.

Pero Ringil había visto cómo el mismo respingo de sorpresa se propagaba por el círculo de hombres armados en las alcobas. Sintió cómo su despreocupada concentración de matones daba paso a miradas fijas de curiosidad. Vio cómo un par de hombres murmuraban entre sí. Hacía ya ocho años del asedio de Trelayne, y la victoria de la Quebrada del Patíbulo tenía un año más. La guerra misma había

terminado hacía ya más de un lustro. Pero las historias se perpetuaban, atenuadas quizá, pero aún presentes en la consciencia de la ciudad.

—Eskiath murió en Ennishmin —se burló alguien—. Luchando contra los imperiales.

Ringil se obligó a fingir una calma que no sentía.

—Había oído ese rumor ya un par de veces —dijo con voz plácida—. Y le falta poco para ser cierto. Todavía conservo las cicatrices. Pero hace falta más que tres asesinos sigilosos de Yhelteth para sacarme de la circulación.

Otro de los hombres emitió un tenue vítor. Su compañero le propinó un codazo salvaje para acallarlo. Ringil presionó tanto como se atrevía. Levantó un pulgar con cautela, lejos del cuerpo a fin de que nadie pudiera malinterpretar el gesto, para señalar su hombro izquierdo.

—Ésta es la Críacuervos —anunció en voz alta—. Acero kiriath. Forjado en An-Monal para el clan Indamaninarmal, obsequio de Grashgal el Errante. Purificada con sangre de lagarto en la playa de Rajal, la Quebrada del Patíbulo y el asedio de Trelayne. Soy Ringil, de la mansión Eskiath de los Claros.

Otra voz procedente de una de las alcobas:

—La verdad es que se da un aire…

—¿Sí? —Terip Hale no quería saber nada de esto—. Vaya, ¿sabes lo que he oído yo? He oído que Ringil Eskiath era un puto chupapollas. ¿También eso es verdad?

Ringil le dedicó una sonrisa.

—¿Habría acudido a ti buscando esclavas si lo fuera?

—No sé qué te ha traído hasta aquí. —Hale asintió con la cabeza para el matón del mayal—. Pero vamos a averiguarlo. Varid.

El grandullón se acercó a Ringil, lo suficiente como para bloquear cualquier tentativa de sacar la Críacuervos de su funda, lo bastante lejos como para repeler un posible intento de presa. Lo hizo con sobrio esmero profesional, sin sonreír como el portero, sin sorna. Tan sólo una atención curtida por la experiencia en sus ojos. Lo más probable era que Varid hubiera sido soldado alguna vez.

Asintió con la cabeza en dirección a la empuñadura de la espada.

—Desata eso. Despacio.

Una brisa diminuta se coló procedente de alguna parte e hizo que las llamas de los faroles oscilaran tras sus mallas metálicas. El suelo se pobló de sombras que saltaban y danzaban.

Ringil dejó caer el cuchillo de dragón de su manga. Dio un paso rápido a la izquierda.

Los majak los habían hecho, en los últimos años de la guerra, una vez cambiaron las tornas. Eran sobre todo ceremoniales, una declaración de la victoria por venir, no ideales para combatir, ni siquiera en las distancias cortas. Egar se lo había regalado en un ebrio ataque de afecto una noche de fogata de campamento en la llanura de Anarsh. *Puto trasto inútil*, había mascullado, con la mirada perdida. *Te lo puedes*

quedar. Se trataba básicamente de un colmillo de cría de dragón, de sección triangular, aserrado en los dos filos posteriores, afilado como una navaja y terso al frente. El artista, quienquiera que fuese, había labrado una empuñadura útil en la base, formando pautas imbricadas a ambos lados para una mejor sujeción. Medía poco más de veinte centímetros, lo bastante pequeño para que se pudiera ocultar, lo bastante largo para arrancar la vida de un corazón. Emitió un sucio destello ambarino a la luz de las lámparas al liberarse.

Ringil pivotó desde la cadera y hundió el cuchillo bajo la barbilla de Varid.

—¡Nooooooooo!

Alguien aulló con furia histérica. Varid seguro que no, pues el colmillo le había aplastado la lengua contra el paladar, cerrándole la boca como una tenaza. Lo mejor que logró producir fue un agónico gruñido estrangulado, y sus ojos ya estaban girando en las cuencas cuando el resto del cuchillo de dragón le partió el cerebro por la mitad desde abajo. La sangre brotó entre sus dientes apretados en un borbotón carmesí. Ringil lo sostuvo en alto, se quedó cerca de su corpachón, pestañeando para quitarse la sangre de los ojos, reconoció el grito como de Hale; nadie más podría haber visto todavía lo que estaba pasando, tal vez nadie más estaría dando órdenes…

—¡Disparad! ¿Queréis disparar de una puta vez?

Ocurrió lo que Ringil estaba esperando. Oyó el desgarrador tañido de las ballestas disparadas a corta distancia. Las tres; adiestrado en escaramuzas, las contó una por una y lo supo con certeza. Varid respingó con el impacto. La cabeza de un proyectil traspasó el hombro del hombretón y a punto estuvo de cortarle la punta de la nariz a Ringil. Las otras dos flechas fueron a parar a otra parte, Ringil no sabía dónde. *Putas ballestas: no existe arma más inútil*. Sonrió, un alivio brusco, con el pulso acelerado. Sintió más que vio cómo los hombres de Hale salían en tropel de las alcobas. Disparadas sus flechas, evaporada su ventaja, ahora todo dependía del acero. Apartó el cadáver de Varid de un empujón, dejó el cuchillo de dragón donde estaba. Ganó unos pocos pasos necesarios de espacio mientras se abalanzaban sobre él. Los momentos de combate parecían desgranarse como pompas de jabón, etéreos e irreales…

Las manos libres se elevaban ya en busca de la empuñadura, con naturalidad, con fluidez; era como maquinaria kiriath, como si él fuera un mecanismo, un maniquí de engranaje kiriath diseñado con astucia, construido para complementar el acero.

Sintió el acostumbrado beso de la empuñadura en sus palmas, notó cómo la sonrisa en su rostro se convertía en una mueca.

Un tintineo glacial cuando la funda desató su abrazo.

Y la Críacuervos se liberó.

¿Quieres saber cómo acaba, Gil? Grashgal, críptico y desvariando y más que un poco borracho una noche en An-Monal, sosteniendo la recién forjada Críacuervos en

sus manos negras cubiertas de cicatrices y escudriñando la canaladura. El fulgor del fuego de la chimenea de la gran sala parecía gotear fundido de los filos del acero. Las gárgolas talladas en los remates de las vigas sonreían con lascivia desde la penumbra del techo sobre su cabeza. *He visto cómo acaba. Algún día, en una ciudad donde la gente se eleva por los aires sin más esfuerzo del que requiere respirar, donde donan su sangre a desconocidos como un regalo, en vez de robarla con hierro afilado y rabia como hacemos nosotros, algún día, en un lugar así, esta hija de puta estará colgada detrás de un cristal para que los niños pequeños la admiren.* Grashgal empuñó la Críacuervos con una mano, hendió el aire ociosamente un par de veces, y la espada susurró para sí en la penumbra iluminada por el fuego. *Lo he visto, Gil. Contemplan esta cosa a través de la vitrina que la contiene, acercan tanto la nariz a ese cristal que su aliento lo empaña, y puedes ver las pequeñas huellas borrándose poco a poco de sus manos en la condensación cuando se alejan corriendo para mirar cualquier otra cosa. Para ellos no significa nada. ¿Quieres saber por qué?*

Ringil hizo un gesto de aquiescencia desde las profundidades del diván en el que estaba tumbado. Tampoco él estaba demasiado sobrio.

No. Quiero decir, sí. Que no se me ocurre por qué, me refiero. Dímelo.

En esa ciudad nadie lo entiende, Gil, porque es algo que ya no les preocupa. Nunca han aprendido a temer al acero y a las personas que lo Manden, ninguna de ellas matará jamás, porque no les hace falta. Porque en este lugar que he visto, las personas así ya no existen. Nosotros ya no existimos.

Parece un lugar la hostia de precioso. ¿Cómo se llega? Ringil sonrió con fiereza al capitán de clan kiriath. *Ah, espera; me vas a decir que los alquileres están por las nubes, ¿verdad? ¿Y cómo voy a ganarme la vida si guardan sus espadas en un museo?*

Grashgal se quedó observándolo durante lo que pareció una eternidad. Al cabo, sonrió.

No podrías llegar, me temo, Gil. Está demasiado lejos, y los atajos son demasiado retorcidos para los humanos. En el camino recto, tú y yo seremos polvo e historias mal recordadas antes de que empiecen siquiera a construir esa ciudad. Pero llegará, y cuando lo haga, esta espada seguirá estando allí para verlo. Acero kiriath: hecho para matar, hecho para durar. Cuando todo el daño que ha hecho y el dolor que ha causado hayan caído en el olvido, incluso por los dioses, cuando los mismísimos kiriath se hayan convertido en leyendas desacreditadas, esta puta… cosa… asesina colgará en desuso, inofensiva, una atracción infantil. Así es como acaba, Gil. Sin nadie que recuerde, o le preocupe, o entienda lo que podía hacer esta cosa cuando la liberabas.

Ringil recibió al primero de los hombres de Hale con un torbellino de movimiento expectante y el arco azul de la hoja. El hombre atacaba con un hacha pequeña y Ringil tenía ya la Críacuervos en guardia alta. Bloqueó con las dos manos, con fuerza, buscando en ángulo no el hacha sino el brazo que la empuñaba. El acero

kiriath cercenó la mano del hombre limpiamente a la altura de la muñeca. Un borbotón de sangre escapó del muñón, bañándolo, y algo salvaje en el corazón de Ringil se estremeció de placer. El brazo completó su arco descendente, chorreando aún, pintándolos a ambos, y el hacha golpeó el suelo con un golpe seco. Su propietario contempló confundido y boquiabierto su propia mano aferrada aún al mango, con el grito truncado en su garganta. Ringil descargó un tajo contra la unión del hombro y el cuello, cortó arterias y tendones, puso punto y final.

El siguiente hombre estaba cerca detrás de él, gladio en una mano, maza en la otra. Ringil fintó alto y a la derecha, dejó que su adversario levantara ambas armas en la dirección equivocada, dejó caer la Críacuervos baja y casi en horizontal, buscó el vientre. Ningún espadón de acero humano hubiera permitido el brusco cambio de vector; la aleación kiriath no sólo lo permitía, sino que cantó con él. El golpe abrió al otro hombre de lado a lado y labró una muesca en la base de su columna antes de que la hoja se liberara.

Joder.

Sudor frío de repente; la maniobra había sido torpe, y contra hombres mejores podría haberle buscado la muerte. Llevaba demasiado tiempo lejos del campo de batalla.

Pero éstos no eran hombres mejores, y el filo del acero kiriath era generoso con esos errores. Ringil se apartó, dio un paso atrás. El hombre destripado se tambaleó tras su estela, aún no del todo consciente de qué le había ocurrido; aturdido, intentó girar y seguir a su atacante mientras éste se alejaba, y entonces sus intestinos y el contenido de su estómago seccionado cayeron sobre la alfombra, se le enredaron los pies con todo aquello y cayó chillando como un niño.

El tercer atacante de Ringil dio un paso atrás con aprensión, entorpecido por su despanzurrado camarada. Portaba un hacha y una porra, pero tampoco parecía saber muy bien qué hacer con ellas. Era joven, no tendría más de diecisiete o dieciocho años, y parecía enfermo con el repentino temor del combate. Ringil se abalanzó sobre él como una flecha, pisó el pecho del moribundo para cubrir la distancia, lanzó una estocada directa contra la garganta del joven y vio cómo su rostro se contorsionaba mientras intentaba soportar el dolor. La sangre escapó a borbotones, empapando y oscureciendo su ropa desde el cuello hasta la cintura. Luego, como si el peso de toda aquella ropa mojada tirara de él hacia abajo, se hundió grácilmente en el suelo. Seguía aferrado a las armas que nunca había tenido ocasión de usar. Su mirada se elevó arañando la cara de Ringil; sus labios buscaron palabras.

Ringil ya estaba dándose la vuelta.

Era el espacio de respiro, el primer momento que tenía para examinar el campo. El sabor de la sangre derramada, calidez metálica en su lengua, pintura en su rostro. Alaridos discordantes a su alrededor, la lucha en diversos fragmentos astillados y entrecortados. Vio a Eril con la espalda contra una pared, un cuchillo en cada mano, defendiéndose de dos agresores con patadas y tajos. Un tercero yacía desangrándose

en el suelo a sus pies. A poca distancia, Girsh había caído, con el muslo traspasado por una flecha de ballesta. Una figura corpulenta se erguía sobre él, espada en alto. Girsh rodó a un lado cuando cayó la hoja, proyectó un revés con la maza contra la espinilla de su oponente. El hombre aulló y se tambaleó, ondeó su espada alrededor sin efecto. Girsh apartó la hoja a un lado, se incorporó sobre un codo y atacó de costado contra la rodilla de su adversario. El espadachín se desplomó en un montón junto a él, sin dejar de aullar. Girsh rodó otra vez, se colocó encima de él y empezó a machar la cara y la frente de su atacante con la maza.

Un destello periférico a la derecha: Ringil giró sobre los talones y vio a Terip Hale intentando apuñalarlo con lo que parecía un puto cuchillo para la fruta, por el amor de Hoiran. Mal ángulo, no había tiempo. Saltó a un lado de golpe, retiró la mano izquierda de la Críacuervos y desvió el golpe con una maniobra de combate sin armas yhelteth. Golpeó a Hale en el rostro con el pomo de la Críacuervos al mismo tiempo. El tratante de esclavos chilló y se derrumbó. Ringil lo dejó en el suelo, se giró justo a tiempo de bloquear un mazazo de Janish, el portero.

Detuvo la maza con el filo de su hoja, desvió el ataque oblicuamente con la inercia y barrió los pies de Janish de debajo de su cuerpo mientras trastabillaba. El portero golpeó el suelo y rodó desesperado para alejarse. Ringil lo siguió sin darle un respiro, descargó un tajo y le cortó la columna. Miró atrás para comprobar cómo le iba a Girsh, pero entonces vio a otros dos componentes de las fogosas trotonas que lo embestían a la vez.

Enseñó los dientes y lanzó un rugido en sus rostros, aprovechó el momentáneo respiro que ganó así para danzar a un lado, cruzando la cámara hacia Girsh, y arrastrar el centro de gravedad del combate con él. Los dos hombres giraron y lo encararon otra vez, pero se apreciaba en sus rostros que habían perdido gran parte de su sed de sangre inicial tras aquel rugido pavoroso.

—Adelante —escupió Ringil—. ¿No queréis sentir el acero kiriath acariciándoos las entrañas? ¿Es que tengo que llevarlo hasta vosotros, putas nenazas?

Atacaron entonces, ruborizados y furiosos por el insulto, pero demasiado tarde. El momentáneo destello de temor ya los había desequilibrado, lo que mermó su empeño en matar a este supuesto héroe sonriente cubierto de sangre con la cegadora hoja azul de acero kiriath en las manos. Llegaron torpes y temblorosos, esgrimiendo sus armas sin estrategia, y Ringil los hizo pedazos. Un barrido circular envió al hombre de la izquierda tambaleándose en el camino de su camarada. Ringil completó el círculo, chocó con el hombre con la cadera y el hombro, lo dejó despatarrado en el suelo. La maniobra puso al otro luchador prácticamente enfrente de él, de espaldas, y cuando el hombre acertó a deducir adónde había ido Ringil, éste ya tenía la Críacuervos arriba y a través de su cuello en un tajo oblicuo poco profundo desde el costado. El hombre intentó girarse, como si quisiera averiguar qué cojones había pasado para que le doliera tanto, y su cabeza estuvo a punto de rodar de sus hombros con el movimiento. Estaba muerto cuando golpeó el suelo.

Ringil paseó la mirada a su alrededor y encontró al primer hombre poniéndose en pie con todo su coraje; le dio una patada en la cara con el empeine de la bota y después otra con la puntera. La mandíbula emitió un crujido sólido al romperse con el segundo golpe. No había tiempo para más; a un par de pasos de distancia, Girsh estaba a punto de ver sus sesos esparcidos por un gigante con una porra claveteada de pinchos. Ringil se acercó, golpeó bajo y desjarretó al hombre, lo vio caer…

Y de pronto, cuando se quiso dar cuenta, la pelea había terminado.

Ringil miró a su alrededor mientras sus sentidos se ponían al día. Realmente había terminado. Eril se había apartado de la pared, repeliendo a un solo oponente. En el suelo, Girsh estaba matando al gigante desjarretado con su maza. El resto era carnicería pintada de sangre y formas reptantes y gemidos. Entre ellos, habían dado cuenta de una docena de hombres, al menos. Apenas reparó en que estaba jadeando.

De acuerdo.

Se colocó tras el adversario de Eril dando un paso largo y pesado, golpeó con fatiga el brazo de la espada del hombre y puso fin a la pelea. El hombre gritó, soltó el arma y giró en redondo, boquiabierto de conmoción y traición. Acto seguido, Eril avanzó como una pareja de baile, lo inmovilizó con un brazo y enterró su largo cuchillo hacia arriba bajo el esternón. El hombre boqueó y pataleó y Eril lo abrazó con fuerza, retorciendo y escarbando con el cuchillo, finiquitándolo. Por encima del hombro del moribundo, rechinando los dientes, medio pendiente aún de la ejecución, asintió con la cabeza en dirección a Ringil.

—Gracias, amigo. Pensaba que éste no iba a darme ninguna abertura.

Ringil le restó importancia con un ademán, y fue a ocuparse de Girsh.

La flecha de ballesta había atravesado la parte carnosa del muslo en un ángulo descendente y se había quedado alojada allí. Mostraba cinco centímetros completos de asta veteada de sangre tras el octágono romo del dardo allí donde sobresalía por el otro lado. Para el ojo adiestrado en la batalla de Ringil, sugería o bien que el arma se había disparado antes de tiempo, o bien que su propietario no había tensado la cuerda lo suficiente; a esa distancia, debería haber atravesado con limpieza una extremidad sin armadura y practicado un boquete de la anchura de las brutales plumas de hierro de la cosa. En vez de eso, el daño parecía ser muy limitado. Las heridas de entrada y salida tenían muy mal aspecto: supuraban y estaban empapadas de sangre, pero no se apreciaba ni rastro de la delatora hinchazón que indicaría el desgarramiento de vasos sanguíneos importantes.

—Parece que has tenido suerte.

—Ya —rechinó los dientes Girsh—. Lo parece por los cojones.

Ringil retiró el cuchillo de dragón de la barbilla de Varid, acción fea y supurante de por sí, y usó los filos aserrados para cortar jirones de tela de la camisa del cadáver a fin de practicar un torniquete. Eril subió hasta la puerta del patio y aguzó el oído en

busca de indicios de que la pelea hubiera sido oída por alguien con ganas de hacer algo al respecto. Regresó con expresión satisfecha.

—Todo está tranquilo ahí arriba. Parece que hemos acabado con todos. Supongo que «fogosas trotonas» significa empleados de la cámara de la muerte. Qué bonito.

Ringil gruñó, atareado anudando el torniquete con fuerza sobre el muslo de Girsh. El hombre de la Hermandad de la Ciénaga apretó los dientes para reprimir un gemido. Eril se acercó a observar.

—Tenemos que sacarle eso de la pierna —dijo sobriamente—. Como esté oxidada…

—Ya lo sé. Pero si tiras de ella como está, abriremos la herida y puede que destrocemos una vena importante. Necesitamos algo para aserrar el asta.

Eril asintió.

—De acuerdo. Es una casa de esclavos. Habrá herramientas para trabajar el hierro en alguna parte. Tenazas para cortar grilletes, cosas así.

—Puedo caminar —jadeó Girsh, que intentó levantarse para demostrarlo, pero el esfuerzo lo hizo palidecer y volvió a dejarse caer en horizontal.

—No llegarías muy lejos —le dijo Ringil.

Se sentó sobre los talones y miró en rededor. Pensó en el tiempo que les quedaba, y en lo que habían venido a hacer. Pese al pulso calmo en sus venas y la relativa tranquilidad de las postrimerías, todavía les faltaba mucho para terminar con Hale y su casa. No le apetecía demasiado dar el siguiente paso.

Sofocó las dudas que empezaban a despertar como a un bebé en su cuna.

—De acuerdo —dijo por fin—. Eril, ocúpate de los heridos. Yo iré a ver si podemos obtener algunas respuestas de nuestro cordial anfitrión aquí presente.

Girsh sonrió con fiereza, reprimiendo el dolor.

—Sí, eso sí que voy a disfrutarlo.

—Tú no te muevas de ahí —le advirtió Ringil—. No quiero que ese dardo se menee más de lo imprescindible. Y no me hace falta ayuda. Esto no va a ser complicado.

Claro que no, Gil. Un tratante de esclavos curtido en Etterkal, toda una vida de éxito en la criminalidad antes de pasarse al bando legal. Será pan comido.

Mientras Eril empezaba a comprobar los cuerpos y degollar a los heridos, Ringil levantó la semiconsciente figura de Hale del suelo y lo sentó contra la curva de la pared del fondo de la cámara. El tratante de esclavos sangraba por donde la empuñadura de la Críacuervos le había machacado la cara antes, y su ojo derecho ya empezaba a cerrarse con la hinchazón. La sangre había salpicado su bata de seda y el vello de su pecho allí donde asomaba. Ringil cortó un trozo de tela con el cuchillo de dragón, limpió la cara de Hale y empezó a abofetearlo metódicamente para despertarlo. Al otro lado de la estancia, alguien emitió un débil chillido cuando Eril le echó la cabeza para atrás por los pelos, preparándolo para el degüello. Se trataba de Janesh, el portero, impotente con la espalda rota entre las botas del soldado de la

Hermandad de la Ciénaga.

Eso lo has hecho tú, Gil, susurró una parte de él perpetuamente inmaculada e incrédula. *Tú eres el responsable*.

—Espera.

Eril se detuvo, lo miró expectante.

—Dame un momento. —Escudriñó a Terip Hale mientras el tratante de esclavos empezaba a recuperar el conocimiento, y le pegó otro par de bofetadas para acelerar el proceso—. A lo mejor podemos aprovecharlo para negociar.

—Entendido. —Eril bajó la cabeza de Janesh casi con delicadeza hasta el suelo. Se acuclilló con aire paciente cerniéndose sobre el herido. Janesh apenas se movió aparte de por un par de espasmos que sacudieron su brazo. Puede que hubiera perdido el sentido a causa del dolor de su herida, o sencillamente que se hubiese sumido en un delirio mudo.

Terip Hale, mientras tanto, se encontró con una carnicería esparcida por la cámara de las fogosas trotonas, y con una sonrisita fija en el rostro de Ringil Eskiath.

—Bien hallado. ¿Te acuerdas de mí?

En honor a la verdad hay que decir que Hale profirió un rugido, apretó los puños y a punto estuvo de levantarse de la pared impulsado por la rabia. Había toda una vida de veneno de luchador callejero en sus facciones retorcidas. Sus piernas se liberaron de los pliegues de seda del batín. Pero ya no era joven. Ringil lo sentó otra vez empujando con una palma contra su pecho.

—Quédate quietecito y pórtate bien.

—¡Qué te den por el culo!

—Ahora no, gracias. Pero tengo algunas preguntas que me gustaría que respondieras. Te recomiendo que me digas lo que quiero saber.

—Ya, bueno, pues a la mierda con tus preguntas. —La voz de Hale sonaba pastosa, despreciativa. Recogió la bata mutilada a su alrededor, cubrió las partes de su cuerpo expuestas por el ajetreo—. Y a la mierda contigo también, puto chupapollas.

Ringil paseó la mirada por los cadáveres y la sangre.

—Me parece que estás pasando por alto quién ha ganado aquí.

—¿Crees que te vas a salir con la tuya?

Ringil ladeó la cabeza, se acercó una mano ahuecada al oído.

—¿Oyes eso? ¿En las escaleras? Es el sonido de nadie viniendo a detenernos, Terip. Se acabó. Nos echaste encima a las fogosas trotonas, y no dio resultado.

Asintió con la cabeza para Eril, que levantó la cabeza de Janesh de un tirón. El portero chilló al darse cuenta de lo que ocurría, despertó quizá de un paisaje soñado donde las circunstancias eran más favorables. El cuchillo de Eril se hundió, cortó y abrió; un oscuro borbotón carmesí de sangre y la cara de Janesh se volvió de pronto estúpidamente fláccida y pálida. Eril soltó la cabeza y ésta golpeó el suelo con un crujido sonoro.

Ringil adoptó una expresión que se sentía pétrea en sus facciones.

—¿Quieres vivir? —preguntó a Hale con voz susurrante.

Curtido o no, el tratante de esclavos había palidecido casi tanto como su degollado secuaz. La respetabilidad, o quizá simplemente la edad, parecían haber embotado algo su filo. Sus labios se estremecieron sobre palabras que no parecía saber cómo expresar de viva voz.

—Perdona, tendrás que hablar más alto.

—La cábala. —Hale se humedeció los labios—. No permitirán que esto quede así.

—La cábala —Ringil asintió con la cabeza—. De acuerdo. ¿Por qué no me asustas con algunos nombres? ¿Quiénes son? ¿A quién representan?

—Creo que lo descubrirás enseguida.

—No soy una persona paciente, Terip.

El tratante de esclavos se las apañó para esbozar una fea sonrisa ladeada.

—Da igual lo que hagas conmigo, si me matas ahora o no. Se enterarán de esto de todas formas.

De pronto, Ringil (a causa de alguna combinación de nervios tensos por la resolución de la batalla, de cansancio colectivo y de quién sabe qué más) dio un salto a ciegas.

—Te van a plantar la cabeza en el tronco de un árbol, ¿verdad?

Vio cómo el espasmo recorría a Terip Hale, casi como si el tratante de esclavos hubiera sido alcanzado por una de las flechas de ballesta de sus propios hombres. Vio el miedo en el ojo sin hinchar.

—Lo…

—Sí. —Aprovecha la ventaja, sigue el juego—. Lo sé todo al respecto. Por eso me han enviado. Verás, Terip: solía ganarme la vida matando lagartos. Una vez, en Demlarashan, ayudé a abatir a un puto dragón, solos yo y otro tipo. Así que no me costará nada eliminar a tu dwenda de compañía como se cruce en mi camino. Y ahora dime, ¿qué cojones tiene de especial Sherin Herlirig Mernas para que tengas que intentar matarme cuando pregunto por ella?

—¿Quién?

—Ya me has oído.

—No me suena ese nombre.

—¿No? —Ringil desenfundó el cuchillo de dragón y lo sostuvo delante del ojo sano de Hale. Exhaló un hondo suspiro—. Recuerdas que es yerma, que proviene de entre los habitantes de la ciénaga, ¿pero no te suena su nombre? Mierda de lagarto. Y ahora, ¿dónde cojones está?

Algo pareció romperse en Hale. Quizá la charla sobre hechicería, quizá el asesinato de Janesh, o quizá sencillamente no fuera tan duro como solía. Se apartó de la punta del colmillo.

—No… Espera, escúchame. No puedo…

Ringil dio unos golpecitos en el párpado con el cuchillo.

—Sí que puedes.

—Que no lo sé, joder, ¿vale? —Hale pareció ver una abertura, se aferró a ella. La desesperación en su voz descendió ligeramente—. Mira. Esta zorra de la ciénaga que andas buscando, ¿cuánto hace que la vendieron?

—Alrededor de un mes.

—¿Un mes? —profirió una carcajada ronca y estridente; la bravuconería del tratante de esclavos empezaba a regresar con cuentagotas—. ¿Un puto mes? ¿Estás loco? ¿Tienes la menor idea de cuántos coños pasan por este sitio todos los meses? ¿Te crees que no tengo nada mejor que hacer que llenarme la cabeza con sus putos nombres? Olvídalo. Déjalo estar, amigo.

Ringil apoyó la palma de la mano en la frente de Hale para conseguir asidero, aplicó la punta del cuchillo de dragón a la mejilla del hombre y desgarró la piel hasta el hueso. La sangre lo salpicó todo. Hale chilló y pataleó. Ringil lo soltó, como si quemara. Sintió un espasmo en la cara, el comienzo de un hondo martilleo en algún lugar en su pecho. El momento era un caballo yhelteth sin domar que se encabritaba debajo de él y se lo llevaba lejos, en cuerpo y alma. Con manos temblorosas, rebuscó en un bolsillo, encontró el dibujo al carboncillo de Sherin y lo desenrolló con las dos manos, sosteniendo aún el cuchillo de dragón en el margen superior del pergamino como si de un elaborado rollo se tratara. Intentó sosegar la respiración.

—Me lo vas a decir —amenazó con voz tensa—. Por las buenas o por las malas. Veamos. Probemos de nuevo. Esta chica. La compraste, ¿verdad?

Hale ahuecó una mano sobre la mejilla lastimada y miró con atención.

—¡Sabes que es yerma! —Ringil estaba gritando ahora, de alguna manera no podía evitarlo. Apenas lograba reprimirse, de hecho, para no volver a aplicar el cuchillo sobre Hale ahora mismo—. ¡Sabes que tiene sangre de los pantanos! ¡Dime dónde está, o que Hoiran me ayude, te saco las tripas a puñados aquí y ahora!

—No es ella.

Ringil lo agarró por la garganta. El retrato de Sherin se alejó aleteando.

—Puto pedazo de mierda, no me…

—No, no —balbuceó, manoteando con torpeza la presa de Ringil, adormilada casi la voz a causa del terror—. No, no… No es ella.

—¿Cómo que no es ella?

—No es… No creía que tú… No es una chica… Son todas ellas, quiere hasta el último puto coño. Se las lleva a todas.

Algo pesado como un puente levadizo pareció encajar con un topetazo tras los ojos de Ringil. De súbito, la rabia lo abandonó y sintió el escalofrío de una aprensión que no podía nombrar en su lugar. Soltó la garganta de Hale.

—¿Quién? ¿Te refieres al dwenda?

Hale asintió sincopadamente, intentando todavía alejarse de Ringil a lo largo de la curva de la pared. Ringil agarró un puñado de batín de seda y lo devolvió a su ubicación original de un tirón. Se inclinó sobre él.

—Habla —dijo con la voz temblorosa a causa del repentino desplome de la furia, mientras la sangre tañía en las profundidades de sus oídos como el mar—. Si quieres vivir, habla. Cuéntamelo todo acerca de este dwenda.

—Me matarán si lo hago.

—Y yo te mataré si no lo haces, aquí y ahora. Elige, Terip. El dwenda. ¿Qué está haciendo aquí?

—No lo sé. —El tratante de esclavos hizo un gesto evidente de mal humor—. Habla con la cábala, no conmigo. Llegaron órdenes. Cualquier coño de la ciénaga, cualquier cosa que pareciera que pudiese tener la sangre, había que asegurarse de que los brujos lo comprobaran. Si no puede procrear, lo dejas aparte. Contaría como diezmo.

—De acuerdo. Y al que venga preguntando por una mujer así le enseñas tus fogosas trotonas. ¿Verdad?

Hale agachó la cabeza, incapaz de sostener la mirada de Ringil. El silencio se eternizó. La sangre goteaba de la cara del tratante de esclavos en su sucio regazo de seda.

Eril se acercó y se acuclilló junto a Ringil.

—Hemos terminado aquí —murmuró—. No queda nadie con aliento. ¿Quieres que acabe también con él?

Ringil sacudió la cabeza.

—Dame esa maza de ahí. Necesitamos un mensajero. No quiero dejar a Findrich y al resto con dudas sobre qué ha pasado aquí. —Levantó la voz—. ¿Has oído eso, Terip?

El tratante de esclavos dio un respingo ante el sonido de su nombre. Se negó a levantar la cabeza. Ringil se agachó y agarró el cráneo de Hale con firmeza entre las manos ahuecadas. Lo ladeó con cariño de amante, hasta que el tratante de esclavos se vio obligado a mirarlo a los ojos.

—Escucha con atención —dijo con voz suave—. Dile esto a Findrich, o a Rugido, o a quienquiera que presentes tus informes en esta estúpida cábala tuya. Diles que Ringil Eskiath quiere recuperar a su prima Sherin. Pronto, e ilesa; no es negociable. Si no obtengo lo que busco, volveré a Etterkal a hacer más preguntas. Créeme, no quieren que lo haga, y tú tampoco.

Hale se revolvió con violencia para librarse de las manos de Ringil. El ultraje por la intimidad o quizá simplemente la certeza de que no iba a morir parecieron avivar un fuego renovado en su interior.

—No me pongas las putas manos encima —musitó—. Chupapollas de mierda.

Sin mediar palabra, Eril entregó la maza a Ringil. Éste esbozó una sonrisa leve y se golpeó con suavidad la palma de la mano.

—Estás sordo, Hale.

—Y tú has perdido la puta cabeza. —El tratante de esclavos consiguió emitir una risa temblorosa—. Lo sabes, ¿verdad, Eskiath? Presentándote aquí y hablando como

una reliquia de antes de la guerra, como un matón pandillero de la zona de los muelles. ¿No te das cuenta? Las cosas ya no funcionan así… ahora somos legales. No puedes presentarte aquí y comportarte de esta manera. No puedes tocarnos.

Ringil asintió con la cabeza.

—Sigue diciéndote eso si te consuela. Mientras tanto, diles a los demás que quiero recuperar a mi prima. Sherin Herlirig Mernas. Habrá archivos, y te dejaré el retrato. Asegúrate de que reciban el mensaje. Porque si tengo que volver a Etterkal y preguntar otra vez, te juro que haré que lo ocurrido esta noche parezca un dolor de muelas sin importancia. Te mataré a ti y a toda tu puta familia, y quemaré este sitio hasta los cimientos alrededor de los cadáveres. A continuación iré a ver a Findrich y a Rugido, y a todo el que se interponga en mi camino. Prenderé fuego a todo el puto vecindario si hace falta. ¿Crees que las cosas cambiaron después de la guerra, gilipollas? —Alargó el brazo y cogió con fuerza al tratante de esclavos debajo de la barbilla. Sopesó la maza—. Tengo noticias para ti. Las cosas han vuelto a ser lo que eran.

Capítulo 20

Jhiral dejó que se fueran a casa no mucho después de medianoche. Parecía estar satisfecho con que estaba haciéndose todo lo posible y, quizá lo más importante, con que su control sobre sus consejeros no era menos firme que antes de que estallara la olla de Khangset. Asintió con la cabeza para indicarles que salieran con el mínimo imprescindible de ceremonia. Faileh Rakan desapareció en las entrañas del palacio sin una palabra aparte de los saludos de rigor, y Archeth salió por la puerta principal con Mahmal Shanta.

—Parece que no ha ido tan mal —dijo el ingeniero naval una vez fuera.

Archeth no sabía si había un deje de ironía en sus palabras o no. El krinzanz era bueno para un montón de cosas, pero no era una droga sutil. Los matices de la interacción humana solían salir volando por la ventana. Se encogió de hombros y bostezó, comprobó la vecindad inmediata en busca de esbirros cotillas, una precaución habitual tan arraigada que parecía refleja.

—Jhiral no es idiota —dijo—. Sabe que tenemos que cortar esto de raíz. Si corre el rumor de que el Imperio no puede proteger sus puertos, tendremos una crisis comercial en el sur entre manos.

—Algo que nuestros competitivos estados amigos del norte estarán encantados de aprovechar.

—¿No harías tú lo mismo?

Shanta examinó los alrededores a su vez de modo intuitivo.

—Lo que haría yo, mi señora, no es pertinente para conversaciones en escenarios como éste. Quizá en otra ocasión, tomando café a bordo de mi barcaza.

—Quizá.

—¿Hablabas en serio acerca de los timoneles? ¿Lo verán como un contexto de guerra?

—¿Cómo cojones quieres que lo sepa? —gruñó con voz fatigada pese a una vigilia residual. Sentía los ojos legañosos y abiertos a la fuerza—. El que hay en el dique seco, al que intentaba interrogar la semana pasada, habla casi tanto como un místico de Demlarashan en pleno ayuno. Y con la misma puta coherencia también.

Llegaron a las puertas y hubieron de esperar en el aire ligeramente helado mientras los esclavos traían el caballo de Archeth de los establos, y un carruaje para Shanta. Archeth se puso los guanteletes y reprimió un escalofrío superficial. El invierno se cernía pronto este año. Sería agradable estar en casa, quitarse la ropa sucia del viaje y pasear descalza por los suelos caldeados en la acogedora calidez de sus aposentos. Dejar que los últimos restos de krin se consumieran; rendirse al sueño. A lo largo de los sinuosos zigzags de la calzada pavimentada al estilo kiriath, unos faroles pálidos tachonaban una seductora senda entre las tinieblas en las que estaba

sumido el cerro del palacio, hacia el manto de luces de Yhelteth al fondo. El amasijo de luciérnagas de la iluminación de la ciudad se extendía en todas direcciones, dividido en el centro por el oscuro brazo del estuario. Más de cerca, Archeth distinguió el bulevar de la Inefable Divinidad, iluminado en brillantes dobles hileras y recto como una hoja de espada sobre la distribución más caótica de las demás calles. Parecía tan cerca que podría tocarlo.

Shanta la observaba con atención.

—Dicen que los que se quedaron están enfadados —murmuró—. Me refiero a los timoneles. Que se sienten abandonados, resentidos porque los kiriath no se los llevaron.

Archeth contempló las luces.

—Sí, eso dicen.

—Eso tiene que afectar a su actitud para con el Imperio también, me imagino. Pondrá presión sobre cualquier tipo de lealtad que puedan tener.

—Anda, mira. Ya han sacado a Idrashan —Archeth asintió con la cabeza hacia donde un esclavo estaba conduciendo a su caballo fuera de los establos—. Bueno, eso es todo por mi parte. Buenas noches, Mahmal. Espero que tu carruaje no tarde mucho. Gracias por la compañía.

El ingeniero sonrió con delicadeza.

—Ha sido un placer. E instructivo, sin duda.

Archeth lo dejó donde estaba y se dirigió al encuentro del esclavo. Montó, se despidió por última vez de Shanta con la mano, sin palabras, y cruzó la puerta a caballo.

En la primera curva del descenso del camino de entrada, se puso de pie en los estribos y miró atrás. El ingeniero naval era una figura indistinguible entre los barrotes de hierro de las puertas en lo alto, silueteado por brillantes antorchas que ardían tras él en las paredes del palacio. Pero sabía sin lugar a dudas que seguía observándola.

¿Y qué cojones importa? Se alejó del palacio y dejó que el caballo buscara su propio camino a casa entre el entramado de calles de la ladera sur. *Shunta no es diferente del resto de la vieja guardia. Enrocados en sus posiciones de privilegio y lamentándose en sus pequeñas cábalas por cuánto mejor era todo cuando Akal seguía con vida*.

¿Y qué? ¿Acaso no era verdad?

Akal seguía con vida cuando aplastamos a los rebeldes en Vanbyr. No olvidemos esa inconveniente manchita en la cara de la gloria de antaño.

Estaba en su lecho de muerte por aquel entonces.

Aun así dio la puta orden.

Sí. Y tú la obedeciste.

Pasó junto a una figura dormida, ovillada en el ángulo del patio de una herrería en penumbra. La capa y la capucha estaban hechas harapos; entre sus pliegues vio que

llevaba bordada la insignia del caballo negro sobre blanco de un jinete imperial. Costaba saber si uno podía fiarse sin más de algo así; la ciudad estaba infestada de soldados desmovilizados y heridos que dormían en las calles, pero el atuendo militar suscitaba más compasión cuando uno mendigaba; daba igual quién fueras en realidad, por lo que valía la pena el riesgo de robarlo si se presentaba la ocasión. Podía conseguirte comida, incluso refugio en las noches de invierno si el viento era lo bastante frío o llovía. Archeth conocía un prostíbulo cerca del puerto cuya madame se vanagloriaba de permitir que los veteranos sin techo durmieran en la caseta de la lavandería. Se sabía incluso que había enviado muchachas del fondo más enfermo de su establo para proporcionar pajas gratis en días festivos.

El patriotismo se manifestaba en los lugares más extraños.

Detuvo al caballo y contempló fijamente la forma embozada, intentando decidirse. Había algo en la postura que poseía autenticidad, la lacónica eficiencia con que se usaban la capa y la capucha. Pero sin despertar al hombre…

Se encogió de hombros, hurgó en su bolsa y encontró una moneda de cinco elementales. Se agachó y lanzó la moneda para que golpeara una pared en la esquina y golpeara el suelo empedrado con un tintineo estridente. La figura gruñó y se movió, y una mano derecha tanteó desde debajo de la capa hasta que encontró el dinero. Anular y meñique perdidos, junto con la mayor parte de aquella mitad de la mano. Archeth hizo una mueca. Era una herida corriente entre los regimientos de caballería, las espadas de los jinetes yhelteth eran célebres por su falta de protección para la mano. Un tajo poderoso y medido hoja abajo por parte de un adversario con talento, y podías despedirte de la caballería.

Tiró otros cinco elementales a los pliegues de la capa y chasqueó la lengua para *azuzar* a Idrashan.

Un par de calles más tarde y ya casi en casa, atravesó una pequeña plaza frondosa llamada en su día del Ala del Ángel, pero rebautizada ahora en honor a la victoria de la Quebrada del Patíbulo. Era un lugar al que caminaba a veces cuando necesitaba salir de la casa, tanto antes como después de la guerra, aunque lo prefería antes, cuando era el escenario de un bullicioso mercado de frutas. Ahora habían erigido un ostentoso monumento conmemorativo de piedra triangular en el centro, grandiosos bajorrelieves sólo de soldados imperiales de pie sobre montones de reptiles muertos, una columna central diseñada para representar vagamente una espada apuntada hacia el cielo. Había bancos de piedra adosados a la estructura, y versos grabados que homenajeaban a *nuestro glorioso comandante imperial, nuestros inspirados hijos de la ciudad*. Archeth había leído las composiciones tantas veces que se las sabía de memoria, aun sin proponérselo, e incluso en cierta ocasión, durante un baile en la corte, le presentaron al poeta que las había ideado.

Por supuesto, no estuve en la batalla en persona, le había dicho este noble de poca monta con una sonrisa de satisfacción antes de sonreír dándose un aire viril. *Por mucho que lo hubiera deseado. Pero sí que visité la Quebrada del Patíbulo el año*

pasado, y la musa de uno siempre es de fiar en casos así para captar los ecos del acontecimiento en el melancólico silencio que perdura.

Por supuesto. Pero debía de haber habido algo en su rostro pese a sus mejores esfuerzos, porque la sonrisa de satisfacción se tambaleó ligeramente, y el tono del poeta se tornó nervioso.

Vos, er, tampoco estuvisteis allí, ¿verdad, mi señora? ¿En la batalla?

Uy, no, logró responder Archeth con cortesía. *Pero mi padre murió en la retirada expedicionaria, y dos de mis amigos extranjeros dirigieron la última carga de la Quebrada del Patíbulo*.

El poeta la dejó en paz después de aquello.

En casa, en el patio, dejó a Idrashan en manos del guardia nocturno y entró en el edificio por un acceso lateral. La casa estaba iluminada con lámparas atenuadas, y en silencio; mantenía el número de sirvientes al mínimo, y manumitía a los esclavos que compraba de vez en cuando en cuanto la costumbre y las regulaciones de la ciudad lo permitían. Kefanin, supuso, estaría dormitando en su cubículo junto a la puerta principal, aguardando su regreso. No veía ningún motivo para despertarlo, de modo que subió directamente las escaleras hasta sus aposentos.

En el tocador, colgó sus cuchillos, se quitó las botas en rápida sucesión y las lanzó a un rincón, se libró del resto de su atuendo como una piel vieja y se quedó de pie un minuto solazándose en la sensación del aire caliente sobre su piel. A continuación, al agacharse para aliviar un picor en la pantorrilla, la asaltó su propio olor. Arrugó la nariz y miró de reojo el cordón tapizado de la campanilla que colgaba junto a la pared.

Ah, venga ya. Puta veterana de la campaña contra el Pueblo Escamoso. Te bañaste bajo una cascada en el alto Trell, en invierno del 51. ¿Hace tanto tiempo de eso?

Hacía diez años, la verdad sea dicha, diez años que se le habían echado encima de alguna manera; pero el filo evanescente del krin era una bendición, una impaciencia irritante bajo la piel, y permitió que guiara sus actos. Decidió no tocar la campanilla y se dirigió al baño, sin apetecerle la idea de un remojón en agua helada, pero poco dispuesta a pasar por todo el ajetreo de enviar una llamada al sótano, hacer que los esclavos encendieran el horno, llenaran los peroles, esperar el tiempo que hiciera falta hasta que el agua se calentara y la llevaran arriba y…

El agua de las grandes palanganas de alabastro no estaba fría.

Archeth parpadeó y con un movimiento reposado agitó el agua de una de las palanganas para cerciorarse. No había lugar a dudas, todavía estaba tibia. Kefanin, demostrando una vez más valer su peso en gemas preciosas, supuso. Sonrió y realizó sus abluciones con cierto alivio, se restregó las porciones más ofensivas de su cuerpo y se aclaró. Cogió una toalla del colgador, se envolvió en ella y regresó al dormitorio.

Había alguien en su cama.

Mientras frenaba de seco en el umbral, la fragancia de la toalla que la envolvía

llegó por fin hasta ella. Le sonaba de alguna parte, pero no era suya.

—¡Eh! —espetó—. Deberías estar en la habitación de in…

Pero no se trataba de Elith.

Tardó un momento en ubicar el cabello del color de la cera y las facciones pálidas, borrosas de sueño, cuando la mujer se sentó en la cama. Fue el aroma lo que desencadenó el recuerdo, la presa tensa y húmeda de la mano de Jhiral en su mentón hacía cinco días, la humedad salobre de los efluvios de la esclava secándose en sus dedos. Archeth sintió cómo las aletas de su nariz se dilataban ligeramente ante el recuerdo, y de repente no se sintió capaz de añadir nada más.

—Yo… —Saltaba a la vista que la muchacha estaba aterrada. Irguió la espalda en la cama, deslizándose entre las sábanas de seda. Balbuciendo en naómico—: Fue una orden, mi señora. El emperador en persona, no fue idea mía, yo no quería…

Y ahora Archeth recordó la expresión engreída de Jhiral cuando apareció en la sala del trono. *Tengo entendido que tuviste que irte a casa antes de venir a vernos. ¿Lo has encontrado todo satisfactorio allí?* Su intimidad lasciva y conspiradora en la Cámara de las Confidencias cinco días atrás. *Es nueva. ¿Qué te parece? ¿Quieres que la envíe a tus aposentos cuando acabe con ella?* Y por último, la decisión espontánea, el capricho. *Venga, te enviaré la chica en cuanto vuelvas.*

No convenía subestimar los caprichos de Jhiral. Eso era algo que todos seguían aprendiendo todavía, tanto en el palacio como en la ciudad. Cualquiera pensaría que la lección habría arraigado ya, pero al parecer no era así, ni siquiera para Archeth Indamaninarmal, la consejera imperial más perspicaz y pragmática.

Archeth sintió una punzada de compasión en retrospectiva por Kefanin. Recordó la expresión del mayordomo cuando ella entregó a Elith, el único intento de advertencia que aquél pudo hacer y que no tardó en ser anulado. *Mi señora, ya hay…*

… un huésped inesperado en la casa.

… una joven esclava no solicitada que aguarda su aprobación y sus órdenes.

La idea le produjo un leve hormigueo serpenteante en el vientre.

Olvídalo.

… un regalo espontáneo y gracioso del emperador, entregado e impuesto sin posibilidad de objeción.

Eso explicaba qué hacía la muchacha en su dormitorio. A Jhiral le gustaba que sus órdenes se cumplieran al pie de la letra, y no le importaba detallar qué ocurriría de lo contrario. El emisario imperial que debía de haber traído a la chica habría impartido instrucciones exactas a Kefanin, supuso; y Kefanin, extranjero de nacimiento y esclavo desde los cinco años, sumariamente castrado a los quince, a menos de cuatro años de la manumisión y la ciudadanía, mayordomo o no, se habría apresurado a obedecer.

Archeth carraspeó y musitó:

—De acuerdo, bueno. Ya veo. Puedes…

Pero la muchacha echó las sábanas para atrás y se levantó de la cama de todas

formas, desnuda, con sus caderas generosas y su pálido culo bisecado, provocando el suave y grávido mecer de sus senos, y gateó por la alfombra hasta los pies de Archeth, donde se quedó arrodillada.

Archeth rechinó los dientes.

—Me han pedido que os complazca, mi señora. —Hablaba con un acento fuerte y embriagadoramente exótico que se deslizaba sinuoso entre las silabas tethannas. Los cabellos le cubrían el rostro—. Como consideréis oportuno.

Hacía tanto tiempo, tanto, tantísimo tiempo.

Dejó que una mano cayera hacia la cabeza inclinada de la muchacha…

… es una esclava, Archeth…

… la retiró. Su corazón parecía de repente un ave aterrada en una jaula. La fuerza de la impresión le hizo cerrar los ojos. La sangre martilleaba en sus venas a un ritmo sincopado, acelerado por el krin.

No eres humana, Archidi. Las lágrimas brotaban de los ojos de Grashgal, de pie en la pasarela del escupefuego en el muelle de An-Monal. *No pienses nunca que porque no podamos llevarte con nosotros eres humana. Eres Archeth, hija de Flaradnam, del clan kiriath Indamaninarmal. Recuérdalo en la adversidad. Eres una de los nuestros, siempre lo serás. No eres como ellos*.

Y entonces, por supuesto, fue fácil.

Tragó saliva y abrió los ojos. Imprimió una seca ironía llena de confianza a su voz.

—La generosidad del emperador no tiene límite. En verdad es una suerte que no esté presente, pues no estoy segura de qué palabras encontraría para darle las gracias.

Se ciñó la toalla con más fuerza. Se mantuviera serena o no, no sabía lo que podría ocurrir si la muchacha se ponía de pie y la miraba a los ojos.

—Sin duda podré encontrar trabajo para ti en mi casa, pero por ahora no se me ocurre nada evidente. Deberías dormir hasta mañana, hablaremos entonces. ¿Cómo te llamas?

—Ishgrim —contestó apenas susurrando.

—Bien. Pues vuelve a la cama, Ishgrim. Es tarde. Te llamaré mañana.

Acto seguido se giró y regresó rauda al tocador, para no tener que seguir contemplando toda aquella carne de largas piernas y pechos plenos levantarse del suelo y alejarse de ella.

Se puso una bata y embutió los pies en unas zapatillas. Se enfrentó al espejo con el *ceño* fruncido y bajó las escaleras con paso estruendoso. El sonido despertó a Kefanin y lo sacó corriendo del cubículo junto a la puerta.

—Ah, mi señora. Ya habéis…

—Sí. Ya estoy en casa, ya he visto lo que había en mi cama. El emperador es muy imperioso en su generosidad, ¿cierto?

Kefanin inclinó la cabeza.

—Así es, mi señora. Hubiera preferido…

—Ya, yo también. ¿Nuestra invitada está cómoda?

—Eso creo. Cenó poco después de la puesta de sol y se retiró.

—Bien —Archeth bostezó—. Me voy al estudio del ala este. ¿Puedes traerme una botella decente del sótano y algo de comer?

—De inmediato, mi señora.

—¿Están encendidas las lámparas?

—No, mi señora. Pero tengo aquí un farol que…

—Suficiente —Archeth cogió la linterna de la balda junto a la puerta, la manipuló hasta avivar la llama—. Ah, sí, y consígueme algo de krinzanz ya que estás, ¿quieres? Hay un bote de tintura en lo alto del armario a mano derecha de la despensa. El azul.

Kefanin escudriñó su rostro al fulgor de la linterna.

—¿Será juicioso, mi señora?

—No, no lo es. ¿Por qué lo preguntas?

Una reverencia grave y honda, de las que sólo obtenía de Kefanin cuando éste desaprobaba sus decisiones de manera vehemente. Con un gruñido enfiló el pasillo que conducía al ala este, llegó allí en un par de minutos, casi sin aliento. Descorrió los cerrojos y una vaharada de tenue frío mohoso la golpeó al abrir la puerta con esfuerzo. Hacía tiempo que nadie pasaba por allí.

Las sombras cabriolaron por las paredes mientras ella deambulaba de un lado para otro, encendiendo lámparas con la mecha de la linterna y una pajuela de papel. Un cálido fulgor amarillo se derramó sobre los montones de libros desordenados y otros cachivaches que sembraban el suelo y que no le resultaban tan fáciles de identificar. Un rincón tras otro, el estudio fue emergiendo de la penumbra. Su escritorio ocupaba el centro, enterrado bajo una multitud de papeles y libros. La ventana estaba cubierta por una cortina. De las paredes colgaban imágenes de An-Monal, junto con un mapa tallado en cristal kiriath.

Y el timonel.

—Hola, Archeth Indamaninarmal.

—Hola, Angfal. —Despejó un lado de la mesa para poder apoyar los pies encima, sacó la silla y se sentó—. Cuánto tiempo, ¿verdad?

—No deberías preocuparte por mí. —La voz del timonel sonaba grave y melodiosa, cálidamente afable y al mismo tiempo un tanto enervante en los bordes, como si de un momento a otro fuese a dar paso a un alarido inhumano—. Ya sabes que para mí el tiempo no significa lo mismo que para los… humanos.

El insulto calculado hizo sonreír a Archeth. No era la primera vez. Puso un tobillo sobre otro encima de la esquina del escritorio y miró entre el ángulo que formaban sus pies al ser con el que compartía el estudio.

—En cualquier caso, me alegro de verte otra vez.

Ocupaba la mayor parte del espacio junto a la pared, con una envergadura de casi seis metros y una altura de al menos tres. Más que otra cosa parecía un amasijo de tripas, una maraña de giros y nudos de oscuros intestinos de hierro repartidos por

todo el pálido enlucido que se descolgaban hasta el suelo, en apariencia al azar. Pero también había otras partes, segmentos que colgaban planos de la pared como pulmones o tumores, y el conjunto estaba moteado con una serie de débiles luces verdes o amarillentas que parecían gruesas lentes de cristal, ninguna de ellas más grande que una huella dactilar. Cerca del centro, arriba, dos grupos simétricos de estrías oblicuas se abrazaban a la pared y al techo, proyectándose desde una protuberancia ovalada tan ancha como los brazos en cruz de una persona. No era la primera vez que Archeth apreciaba ciertas características de arácnido en el conjunto; daba la impresión de que algún tipo de araña gigante surgida de la pesadilla de un niño estaba supurando por la pared antes de abalanzarse sobre quienquiera que ocupase el estudio en ese momento. O, tal vez, que la misma criatura monstruosa había sido incrustada en la escayola sin más, como un grotesco trofeo de caza.

No ayudaba que las diminutas luces verdes y amarillas formaran racimos en el extremo inferior de aquellos óvalos que parecían ojos.

Sabía (porque se lo contaron los ingenieros kiriath que extirparon a Angfal del casco de un escupefuego desahuciado para instalarlo aquí) que la consciencia del timonel se extendía por toda la masa de aspecto orgánico, pero eso no ayudaba gran cosa. Le gustara o no, a menudo se descubría dirigiéndose de modo instintivo a esta colgante estructura central medio arácnida y concentrándose en ella siempre que…

Estaba haciéndolo ahora.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó.

—¿Por qué tendría que querer nada de ti? —Archeth despegó la mirada de las luces arracimadas y la desvió hacia la ventana—. A lo mejor sólo me he dejado caer para charlar un rato, sin más.

—¿En serio? —La voz de Angfal no cambió mucho, pero a Archeth le pareció percibir ahora un acento de crueldad en el tono inquisitivo—. Así que has venido a recordar los viejos tiempos, ¿eh? ¿A hablar de glorias pasadas, cuando tu padre y Grashgal vivían aún, y el mundo era un lugar más noble y mejor?

Archeth reprimió el dolor, la vieja y familiar herida.

—Que yo sepa —dijo con voz monótona—, Grashgal todavía sigue con vida. Y que tú sepas también, diría yo, puesto que cuando te extirparon de la carcasa, dejaron la mayoría de tus órganos sensores atrás, en el casco.

Se produjo un diminuto latido de silencio.

—Archeth, hija de Flaradnam, acudes a mí con el pulso acelerado, las pupilas dilatadas, los pechos y la vulva inflamados… aunque eso empieza a remitir ya… y un registro vocal un tanto tembloroso, todos ellos síntomas evidentes de excitación sexual mezclada con un exceso de krinzanz, combinación que, dicho sea de paso, no resulta muy adecuada para tu fisiología, ni para la de nadie salvo los muy jóvenes. Y tienes la mirada perdida en una ventana tapada por la cortina. Así que, ya lo ves, como ambos sabemos de sobra, no todos mis órganos sensores se quedaron entre los restos de la nave, y no has venido hasta aquí para hablar de trivialidades.

El silencio volvió a posarse. Archeth pensó que tal vez una o dos de las luces de las entrañas de Angfal habían cambiado de color o quizá tan sólo se estaban intensificando.

—Tengo doscientos siete años —dijo—. Eso es ser joven en términos kiriath.

—Sí, pero no para una mestiza.

La paciencia de Archeth se partió como una rama, reluciente rabia acerada con el chasquido.

—¡Vete a la mierda! Grashgal está vivo y riéndose, en algún lugar mejor que éste.

—Grashgal está muerto —dijo el timonel con tono paciente—. Todos lo están. Los kiriath sobrevivieron a duras penas al viaje por los atajos camino de aquí, y entonces gozaban de todas sus fuerzas, su ciencia estaba en todo su esplendor y sus mentes, intactas. Las fuerzas que encontraron pusieron fin a todo eso. No eligieron venir aquí, Archeth, aunque las crónicas afirmen lo contrario. Encallaron aquí, y si se quedaron cuatro mil años, no fue porque les gustase el paisaje, sino porque tenían miedo de que el viaje de regreso pudiera acabar con ellos.

La rabia de Archeth la dejó en la estacada; se descubrió contemplando su brillante filo aserrado con cansada desilusión. Ésta no era la manera de conseguir lo que quería.

—Algunos dicen que el tránsito les abrió la mente —ofreció—. Les dio el don de una nueva visión, una percepción que trascendía el tiempo. Dicen que no corrompía, sino que aumentaba.

—Sí, por supuesto —se burló Angfal—. Tanto que los más aumentados entre ellos, los más «dotados», se adentraron en el desierto para comprobar su percepción y al parecer se olvidaron de comer.

—No todos.

—La mayoría.

—Estás hablando de casos extremos. Como raza, aprendimos a adaptarnos.

—¿«Aprendimos»? ¿«Como raza»?

—Es una forma de hablar. Los kiriath, como raza, se adaptaron. Y al final su adaptación los hizo más fuertes, más capaces de resistir los efectos de un viaje de regreso.

—Ah, ¿es ésa una tesis que estás desarrollando? Me gustaría ver qué pruebas tienes.

—Siento que te abandonaran, Angfal.

Aquello rompió la rápida sucesión de estocadas y paradas que estaban intercambiando con más eficacia que si hubiera dado un grito. El silencio se prolongó más tiempo esta vez. La falta de movimiento en los congelados nudos y bultos de hierro del timonel parecía de repente equivocada y ridícula, una constricción imposible de un orden emocional y natural y de sus respuestas. Archeth buscó un cambio en las luces, pero éstas mantuvieron su color; ardían imperturbables en dirección a ella.

Los timoneles no son humanos, Archidi, le había dicho su padre una vez, cuando todavía era una niña pequeña. Hablaba alto kir, y la palabra que usó para «humanos» era una que los kiriath empleaban entre ellos. *No son como tú o yo o tu madre en absoluto, ni siquiera como el espíritu de uno de nosotros en una botella o una caja. Son… otra cosa. Debes recordarlo siempre cuando trates con ellos. No son humanos, por mucho que a veces consigan pasar por ellos*.

En aquel momento, en sus asombrados oídos infantiles sonó como una advertencia contra los demonios.

—A ti también te abandonaron —dijo por fin el timonel.

—Sí.

Más silencio. Los recuerdos se agolparon en el espacio que dejaba éste, añadiendo su peso al lastre del krinzanz. Archeth contempló con serenidad el desmembrado monstruo de hierro moteado de luces que abarcaba toda la pared y la forma en que se amasaba y enrollaba, e intentó encontrar una quietud similar dentro de ella.

—En fin. —La voz de Angfal se filtró en el silencio con suavidad, a todas luces como si su conversación anterior no se hubiera producido nunca—. ¿Qué puedo hacer por ti, Archeth Indamaninarmal? ¿De qué querías hablar conmigo?

Capítulo 21

A Terip Hale le rompieron las piernas por debajo de las rodillas con la maza, con lo que no tardaron en sonsacarle la ubicación del cobertizo de las herramientas, y dejaron que se sumiera en un estado de semiconsciencia. A Girsh lo dejaron apoyado lo más cómodamente posible contra la pared opuesta y colocaron una ballesta amartillada y cargada en su regazo, tras lo cual fueron a buscar las tenazas para cortar grilletes.

—Entonces, ¿es cierto? —le preguntó Eril mientras descendían con premura por un pasillo en penumbra al otro lado del patio—. ¿Lo de que mataste al dragón?

—Desde luego. ¿Por qué?

—Er… ¿pero no te llaman Matadragones?

—No.

Una breve pausa. Su interlocutor no quería renunciar al tema, pero tampoco sabía cómo insistir sin incurrir en una ofensa.

—Nunca he visto un dragón —dijo por fin.

—Ya, bueno, créeme, es preferible así.

Más silencio. Llegaron al final del pasillo, encontraron unas escaleras que conducían hacia abajo.

—Él… esto… no dejaba de llamarte chupapollas.

—Ya.

—Bueno, esto… —Con un suspiro audible, Eril tiró la toalla—. Menudo puto montón de mierda, ¿verdad?

—Y tanto.

Al pie de la escalera, tal y como les aseguraron, había una puerta con un modesto candado. Eril le propinó una patada cuya postura y economía de movimientos parecían mil veces ensayadas. Tras un par de golpes demoledores al pestillo con el talón, la puerta saltó hacia dentro sobre sus goznes y les dio paso a una alargada cámara subterránea con una pared revestida de celdas con barrotes. El fulgor del anillo se filtraba desde las ventanas sitas cerca del tejado surcado de vigas, cuya construcción recordaba en gran medida a la de la cámara de las fogosas trotonas, y causaba también el mismo efecto; la pálida luz plateada bastaba para distinguir unas figuras acurrucadas en el suelo al fondo de cada celda. Chicas jóvenes en su mayoría y una o dos formas más andróginas que podrían haber sido muchachos; los rasgos distintivos, amortajados en cualquier caso bajo las mantas grises y apolilladas a las que se aferraban con todas sus fuerzas, tendían a diluirse en la luz mortecina. Los ojos vacíos y aterrados y las ovilladas posturas defensivas creaban una uniformidad asexuada. Todos los cautivos respingaron visiblemente al oír las pisadas frente a sus celdas, momento en que se aferraron con más desesperación a la manta, como si

temieran que ésta pudiera serles arrancada de las manos. Uno o dos comenzaron a emitir lamentos cada vez más quejumbrosos, pero era imposible saber cuál de ellos era; el sonido se filtraba entre los barrotes e inundaba toda la cámara como el goteo implacable del agua. A Ringil le dio dentera de inmediato. No había vuelto a oír nada parecido desde la guerra.

—Me alegra que Girsh no esté aquí para ver esto —murmuró Eril—. Seguro que se empeñaría en liberarlos a todos.

—Ya.

Encontraron las herramientas al final de la hilera, en una alcoba rectangular equipada con tres mesas de trabajo lo bastante anchas como para albergar un cuerpo humano y cuya pared del fondo estaba cubierta de estantes repletos de herramientas. Cuando Ringil examinó las baldas divisó un par de hierros de marcar labrados al detalle y varios instrumentos de formas sugerentes en cuyas aplicaciones no quiso pararse a pensar, hasta que por fin sus ojos se iluminaron al distinguir lo que habían venido a buscar. Cuatro tenazas para cortar grilletes de mango largo, idénticas, colgadas unas junto a otras. Levantó una de su gancho y ejerció el movimiento de tijera un par de veces.

—Debería servir.

—Bien. Larguémonos de aquí.

Ringil vaciló. Lanzó las tenazas al otro lado de la cámara, a Eril, que las atrapó con una sola mano con la precisión de un navajero experto.

—Vete tú. Enseguida te alcanzo.

—¿Cómo? —Eril apartó los ojos de las tenazas que tenía en la mano y miró a Ringil, y después, con creciente comprensión, a la larga hilera de celdas—. Bah, venga ya. No tenemos tiempo para est…

—He dicho que te vayas. No tardaré mucho.

Por un momento pareció como si Eril quisiera discutir. Sostuvo la mirada de Ringil, cuya expresión permanecía inescrutable, y sopesó las tenazas un par de veces. Al cabo, se encogió de hombros.

—Como prefieras. Pero Girsh no está en condiciones de esperar mucho tiempo. En cuanto le saque la flecha de la pierna, nos largamos. No pierdas el barco.

—No lo haré.

Eril asintió con la cabeza, se giró y desanduvo la línea de celdas hasta la puerta. No miró a ninguna de ellas, no giró la cabeza en absoluto.

Una concentración admirable.

Ya. Bueno, ¿y qué hacemos aquí?

Ringil cogió otro par de tenazas de la estantería y se dirigió a la primera celda de la fila. La cerradura era sencilla, dos cerrojos y un candado. Tardó menos de un minuto en destrozarlo todo con las tenazas. Abrió la puerta enrejada y entró titubeante en el espacio tras ella. Al instante, la chica del suelo retrocedió hasta una esquina del fondo de la celda, con toda la rapidez y firmeza que le permitieron las

paredes. Era casi como si hubiera sido arrojada allí por alguna fuerza externa que irradiara Ringil. Incluso bajo la débil franja de luz anular de las ventanas, pudo apreciar que temblaba con violencia.

—Eres libre de irte —dijo, sintiéndose estúpido.

La muchacha se limitó a mirarlo fijamente, con los ojos y los nudillos tras el filo de la manta. La torpeza con que se había despatarrado en el rincón revelaba un muslo hasta la cadera, un pequeño atisbo triangular de nalga y parte de la cintura, lo que dejaba apreciar su piel pálida y desnuda, así como la pequeña decoloración pautada de un hierro de marcar sobre el hueso de la cadera. La manta era su único atuendo.

Joder.

La dejó, recorrió con paso mecánico la hilera de celdas, destrozando las cerraduras con una furia creciente que lo volvía más torpe cada vez y hacía que las tenazas resbalaran y se rebelaran al usarlas, como si tuvieran ideas propias. Rechinó los dientes con más fuerza, su respiración se volvió más entrecortada, los candados se hinchaban y partían, colgaban de sus puertas como miembros mutilados, o resbalaban y repicaban en el suelo a sus pies. Y sabía, en todo momento, mientras lo hacía, que estaba malgastando el tiempo.

¿Qué van a hacer, Gil? Una voz cansada, razonable, en su cabeza. *Están desnudos, traumatizados, atrapados en el centro de Etterkal. No van a recorrer ni cien metros por la calle antes de que algún puñado de putos niños los delate*.

Cierra la puta boca.

Y aunque lleguen a Tervinala o al rio, aunque logren encontrar algún camino de regreso a los hogares de los que proceden, aunque no sean violados, asesinados o secuestrados otra vez por cualquiera que sea la escoria con la que se tropiecen en las calles a estas horas de la noche, uniformada o no…

He dicho que te calles.

… aunque sus familias no hayan sido vendidas a su vez, o arrojadas a la calle, o expulsadas de la ciudad por sus acreedores, aunque sigan resistiendo de alguna manera, quién te dice que querrán o podrán acogerlos.

Cállate, cállate.

La cuestión es, Gil, que han sido vendidos legalmente. Recuerda que los tiempos han cambiado. Todo el mundo lo dice. Hale, incluso tu antiguo compañero de monta, Gracia. Es una nueva era. Si vuelven con sus familias, la deuda se renovará. La guardia volverá a por ellos. Otra vez la cancillería, otra vez las subastas, otra vez todo. Con compensaciones exigidas, sin duda, por los interesados, y pagadas con el pellejo de sus familiares.

He dicho…

Si, dadas las circunstancias, serán unas reuniones familiares entrañables, Gil… si es que alguno de ellos llega tan lejos.

—¡CIERRA LA PUTA BOCA!

Las palabras salieron desbocadas de su pensamiento y rebotaron de pronto en las

paredes de la cámara cuando chilló. Un estrépito metálico, había forzado el último candado y tirado las tenazas al fondo del pasillo. Los esclavos se encogieron, gimieron y se ovillaron en sus celdas. Ninguno de ellos se había aventurado ni siquiera hasta las puertas abiertas.

¿Lo ves?, estás actuando contra el sistema, Gil. La voz razonable otra vez, casi podría haber sido la de Archeth, en Ennishmin, disuadiéndolo de degollar a un comandante imperial. *El suministro de adversarios es prácticamente inagotable, algo que no terminarás mientras vivas. Si quemas a Hale, tendrás que incendiar toda la puta Etterkal. Y esta puta mierda es legal ahora. Si incendias Etterkal tendrás que enfrentarte a la cancillería, a la guardia y al puto comité de Kaad, y tal vez también a la mayoría de los clanes de la parte alta del río.*

Diablos, Gil, al final, quizá tengas que incendiar Trelayne entera, para que no queden más que cenizas en las putas marismas.

Por un instante, eso fue lo que quería hacer. Lo único que quería hacer. Podía saborearlo, como hierro viejo en el cielo de la boca. Podía oler el humo.

—Quedaos aquí —se oyó decir—. Iré a buscaros algo de ropa.

Se retiró de las celdas, escaleras arriba y por el pasillo, sin una idea clara de cómo iba a hacer esto. La voz en su cabeza se reía de él…

Y mientras cruzaba el patio, oyó gritar a Girsh.

Terror y dolor, lo bastante intensos como para escapar de la cámara de las fogosas trotonas, lo bastante espeluznantes como para erizarle el vello de la nuca. No era el sonido de la improvisada cirugía de Eril en curso, nada ni remotamente tan prosaico.

Los planes, las consideraciones, las complicaciones a las que se enfrentaba, todo se evaporó como la niebla del río ante el sol de la mañana. Su aceptación barrió cualquier otra posible consideración. Era como ver a un viejo amigo, como empuñar un arma vieja, entrañable. Resultaba fácil. La simplicidad encarnada, la vieja y limpia llamada del acero a la muerte, o algo muy parecido.

Sus manos se elevaron y levantaron la Críacuervos de su espalda una vez más. Terminó de recorrer lo que quedaba del patio.

Descubrió que estaba sonriendo a pesar del frío.

Eril se reunió con él en las escaleras. El matón de la Hermandad de la Ciénaga llegó volando escalones arriba, con el rostro contorsionado por el pánico de una manera que Ringil jamás habría creído posible hacía tan sólo unos minutos. Vio a Ringil y esgrimió su cuchillo como un demente.

—¡Lo tiene! —gritó—. Tiene a Girsh.

Un escalofrío tintineante se deslizó por la columna de Ringil.

—¿Qué lo tiene? —preguntó.

—Es un puto… Un espectro, un demonio de la ciénaga, un… —Los ojos de Eril estaban desorbitados a causa de lo que acababa de ver. Intentó abrirse paso de un empujón—. ¡Salió de la puta pared, compañero! Girsh disparó la ballesta, la flecha lo atravesó, suéltame de una puta vez.

Ringil apoyó una mano en el pecho de Eril y lo estrelló con fuerza contra la pared. Su mirada se deslizó de soslayo e inmovilizó al matón donde estaba.

—¡No te muevas! —siseó—. Correr no va a servirnos de nada ahora. Quédate aquí, tranquilízate de una puta vez y dime qué ha pasado.

Pero ya sabía lo que había pasado. Sabía lo que era.

Dwenda.

Le pareció oír el fantasma de una carcajada procedente de la cámara de abajo. Eril tragó saliva con dificultad, temblando hasta que se dominó.

—Escucha, tenemos que largarnos de aquí —dijo con voz trémula—. No se puede combatir esto, es puta brujería, compañero. La flecha lo traspasó limpiamente, no lo detuvo, ni siquiera lo tocó. Emite un puto fulgor azul.

—¿Qué te hace pensar que esta cosa va a dejarnos escapar?

La carcajada otra vez, inconfundible esta vez, resonando desde el fondo de la escalera. Eril se estremeció.

—Eso es —siseó—. Ése es el ruido que hacía.

Ringil ojeó los confines del hueco de la escalera. Era terreno para luchar a cuchillo a lo sumo, no había espacio para blandir la Críacuervos. Asintió por encima del hombro.

—Volvamos afuera. Si es capaz de atravesar una pared, necesitaremos espacio abierto.

—¿Espacio abierto? —Eril emitió una risa estrangulada—. Te he dicho que la flecha lo traspasó de parte a parte, joder. ¿Qué esperas hacerle a eso con una espada?

Ringil lo ignoró, retrocedió los cuatro o cinco escalones que había bajado, traspuso el umbral y volvió a salir al patio. Eril lo acompañó, pero le bastó un vistazo para comprobar que el matón estaba demasiado cerca del colapso nervioso como para ser de mucha ayuda. Era una expresión que conocía de sobra, la había visto en innumerables rostros, de la Liga y del Imperio por igual, en la playa de Rajal y en Demlarashan cuando llegaron los dragones. Estaba en los ojos. Los hombres eran como hojas, todos se rompían tarde o temprano, incluido tú. Pero cuando mirabas a los hombres a tu mando veías en sus ojos el acero con el que debías luchar, cómo había sido forjado y templado y qué golpes resistiría, si es que podía resistir alguno.

Suspiró.

—Venga, salgamos de aquí.

—¿Qué? —Eril cambió la presa sobre su cuchillo. Se humedeció los labios—. Mira…

—He dicho que nos vamos. Tienes razón. No podemos enfrentarnos a esto —Ringil sufrió un repentino y abrumador impulso de apoyar una mano en el hombro de Eril, en el punto donde se unía a la suave elevación de su cuello. Se conformó con una sonrisa tirante—. Pero yo creo que sí puedo.

Ahora un tenue fulgor azulado se derramaba hacia arriba por lo que podía ver del hueco de la escalera, ensuciando la pared interior con su brillo. Ringil adoptó una

guardia de dos manos con la Críacuervos. Eril seguía demorándose a su lado, tambaleándose al filo de su terror apenas controlado.

—De acuerdo, me quedaré con…

—No. —Más brusco ahora, el tiempo de los gestos había pasado, y el propio temor de Ringil amenazaba con erosionar su decisión—. Márchate echando hostias mientras puedas. Vuelve con Milacar con vida, cuéntale lo que ha pasado aquí. Asegúrate de que la Hermandad pague su deuda de sangre con la familia de Girsh.

—Te…

—Vete de una puta vez, ¿quieres? —Ringil le lanzó una mirada enfurecida, lo único que podía permitirse sin perder la determinación que exigía afrontar la puerta y lo que fuera a salir por ella. Ahora un tenue zumbido melódico se elevaba en el aire, algo que producía dentera—. Ya has perdido esta batalla. ¿No te das cuenta? Lo único que conseguirás si te quedas es morir.

La cosa que había matado a Girsh irrumpió en el patio.

Había una especie de alivio en el momento, un descartar de otras opciones que Ringil conocía de sobra tras el medio centenar de batallas libradas en el pasado. Pero junto a ese viejo deslizar familiar, Ringil sintió cómo una helada explosión de terror recorría su columna hasta alojarse en su cabeza. El dwenda no se parecía en nada a lo que se había imaginado.

Por la polla retorcida de Hoiran, deberías estar aquí para ver esto, Shalak. Tú y tu círculo de entusiastas de los aldraínos. Cagarían leche y galletitas glaseadas.

El dwenda caminaba hacia él como el fuego sobre el papel, como una danzarina tormenta azul de tres metros de envergadura cuyo brillo caía y rebotaba en el suelo, con sus pequeñas fisuras aserradas, cuyo brillo destacaba entre el fulgor general, devorando la normalidad del empedrado del patio y el aire helado como el sol cuando expulsa las sombras. Y mientras avanzaba se reía; gorjeaba y tarareaba para sí como un artesano absorto en una tarea que conocía bien, como un arroyo de montaña o un fuego bien alimentado, como todo esto (los símiles se presentaban ante Ringil plenamente formados), pero envuelto en una marea de sonidos cortantes que invadía sus oídos como una plaga de insectos despiadados, que desataba un feroz eco resonante y dejaba un dolor tirante e indefinido bajo sus costillas.

—¡Corre! —le gritó a Eril. Era el último aliento que le quedaba.

No era un hombre, no se parecía en nada a un hombre. Las arcanas y señoriales criaturas de los jirones de los manuscritos y las ilustraciones de Shalak se evaporaron de su mente como marionetas cuando el titiritero se levanta detrás de la fachada con cortinas para recibir el aplauso. El dwenda avanzaba, le murmuraba, le cantaba y tremolaba; lo quería para sí, y ahora identificó el dolor que subyacía detrás de todo aquello.

Pérdida.

Era el sabor teñido de azul de un pesar tan hondo que jamás podrías sondear sus profundidades. Era la victoria en Rajal que nunca llegó, era su hermano alejándose

por el largo y sombrío pasillo de madera, era una vida que podría haber tenido en Yhelteth si el asco y la furia no lo hubieran enviado lejos, caído en desgracia. Era los esclavos que no podía liberar, las mujeres y los niños llorosos de Ennishmin que no podía salvar, los muertos apilados y silenciosos, y los hogares reducidos a escombros. Era todas las decisiones equivocadas que había tomado alguna vez, todos los caminos que no había sabido recorrer, desplegados en abanico y expuestos ante él para que lo comprendiera, y le dolía. Devoraba sus entrañas como el aliento de un dragón mientras lo contemplaba fijamente. Había un corazón oscilante en el dwenda, ahora lo veía; surcado de sombras fluctuantes, curvas que podrían haber sido extremidades danzarinas, un torso fuerte y cimbreño tal vez, el largo y saltarín filo recto de…

La Críacuervos se puso en guardia.

El impacto reverberó en sus brazos, le sacudió todas las articulaciones. Era una sensación espeluznante, como si el arma hubiera hecho el trabajo por su cuenta. Una lluvia de chispas se desprendió de algo que no podía distinguir del todo a causa del fulgor. Un prolongado tintineo resonante se propagó por el patio. El dwenda dejó de cantar.

Hostias. El pensamiento latió en su interior, ferozmente exultante. *Eso te ha cerrado la puta boca, ¿verdad?*

A modo de respuesta, el filo recto apenas entrevisto reapareció fluctuante. Ringil se giró y bloqueó de nuevo, más fácil ahora que el pitido que punzaba sus oídos había cesado. Esta vez vio el encuentro de hojas como lo que era. El dwenda estaba armado con una espada bastarda de imposible delgadez cuyos filos desprendían luz como la jamba de una puerta entreabierta a una habitación llena de fuego azul. Tras el barrido de la hoja, distinguió una figura alta de brazos largos, cabello vaporoso, quizá el destello de unos ojos. El fulgor todavía titilaba por todas partes, pero a Ringil le pareció que podría estar mitigándose.

Y el dolor se reducía con él, el abanico entero de opciones fallidas que había visto se plegaba ya, reducido a un conocimiento abstracto y efímero, y después a la nada. El pesar se desvaneció, se consumió como una hoja de papel arrojada a las llamas. La lucha se reavivó en su interior como un horno atizado. Adoptó la mueca que había usado para matar a los hombres de Terip Hale. Preparó la Críacuervos.

—Adelante, pedazo de mierda con cara de hada. ¿Crees que puedes derrotarme?

El dwenda bramó (su voz era como una campana de plata golpeada) y lanzó un tajo desde la izquierda. Ringil lo paró, sostuvo las hojas en alto, pasó por debajo y pateó con rabia a la altura de las rodillas. Una técnica marrullera, de pelea de taberna; en medio de la absorbente radiación azul, sintió conectar el canto de su bota. El dwenda profirió un alarido estridente y se tambaleó. Ringil liberó su hoja de la tenaza y cortó a la altura del vientre. Su oponente saltó atrás para evitar el tajo. Ringil avanzó, invirtiendo la estocada para lanzar un asalto desde un ángulo más elevado. El dwenda bloqueó, veloz como un látigo. Detuvo a la Críacuervos en seco. El contraataque llegó cortando hacia abajo, más rápido de lo que Ringil podría poner la

espada en su lugar. Lanzó la cabeza hacia atrás, sintió cómo la hoja del dwenda rozaba su mejilla, dejaba aire helado y una tenue sensación crepitante tras su estela. La risa espectral borbotó, pero a Ringil le pareció percibir que había un filo más duro ahora, el humorismo evanescente de alguien obligado a realizar un esfuerzo inesperado.

Será mejor que te vayas acostumbrando, hijo de perra.

Un salto largo, toda la velocidad que tenía, justo por los ojos o donde suponía que debían de estar. Su oponente detuvo a la Críacuervos, la empujó a un lado y cortó deslizando por la hoja, levantando chispas. Ringil tuvo que renunciar a la tenaza para no perder la mano. Retrocedió. El dwenda cargó sobre él otra vez, la espada bastarda centellando de arriba abajo, improvisando medios cortes y fintas. Con un acero humano, Ringil se habría visto abrumado, obligado a emprender una retirada completa y a realizar amplias estocadas defensivas. Pero la Críacuervos parecía crecerse para la ocasión como un perro adiestrado. Emitía timbres de advertencia con los ataques más extendidos del dwenda, repelía la espada bastarda ribeteada de fulgor, prestaba a Ringil un acelerado y febril fervor combativo que rivalizaba con el sobrenatural aplomo de su adversario. Jadeaba con el esfuerzo necesario, pero también había una exultante y sonriente pasión detrás de aquello.

Inmerso en la bruma de la batalla, recordó que había sido bueno en esto.

Y el fulgor estaba apagándose, ya no había ninguna duda. La sombra en el corazón de la luz iba espesándose, convirtiéndose menos en un borrón de forma sugerida y más en el corpachón de un oponente sólido al que podría matar. Veía ahora ojos, de forma extraña, todavía un tanto radiantes, pero reconocibles por los órganos que eran. Las titilantes incertidumbres azules empezaban a desvanecerse, el vertido de luz del filo de la hoja del dwenda se reducía a poco más que un resplandor. Cada vez más, era la fría luz anular lo que iluminaba el duelo. Cada vez más, veía el rostro de su adversario tras el choque de filos de acero; huesos prominentes y pálidos ojos entornados, dientes desnudos, un rictus de combate reflejo del suyo. El combate emergió del sueño y se transformó en lo que era: el baile humano, la medida del acero, la promesa de sangre y muerte sobre la fría piedra del patio.

Acabemos con esto de una vez.

Era casi como si el dwenda lo hubiera oído. Ahora, negro y plata sombríos a la luz anular, se abalanzó sobre él con velocidad redoblada. Ringil desvió los golpes y provocó débiles contraataques, incapaz de romper la inercia de la embestida. Trastabilló de espaldas. La hoja del dwenda lo superó con la punta, le tocó la cara, cayó y le lamió el hombro y el pecho. Sintió un calor repentino, supo que había sido marcado. Gritó y contraatacó, pero el dwenda iba por delante de él, había previsto el movimiento, y la Críacuervos resbaló sobre una limpia parada alta. Ringil se contorsionó, buscó otra vez los ojos, falló y hubo de replegarse.

El dwenda avanzó.

¿Cómo me lo cargo, Shal?

Y el vendedor de leyendas en su taller de cachivaches, pensativo, dubitativo. *Tendrías que ser muy rápido*.

Ringil lanzó el contraataque sin previo aviso, saliendo de una postura defensiva que parecía una retirada. Era lo último que cabría esperar, y lo impulsaba hasta el último ápice de velocidad refleja que era capaz de conseguir. La hoja arriba y hacia dentro, ángulo hacia delante en vez de atrás, tajo salvaje en busca de un muslo. El dwenda trastabilló, con la guardia baja, a contrapié para un ataque que ahora no tenía forma de ejecutar. El bloqueo llegó tarde, no podría frenar la fuerza de la Críacuervos…

Estuvo a punto de funcionar.

A punto.

Sin embargo, el dwenda aulló y saltó, se elevó casi hasta la altura del pecho directamente en el aire, agazapado como un gato. La Críacuervos barrió el espacio vacío bajo sus pies, Ringil se tambaleó, con las piernas abiertas tras el golpe, y el dwenda giró, aulló y le golpeó la cabeza al descender.

El patio se meció y giró a su alrededor, atenuado, sembrado de diminutos puntos de luz púrpura. El anillo se curvaba sobre su cabeza, por el rabillo del ojo, una borrosa estela de fuego blanco. El suelo de piedra se alabeó y voló a su encuentro, chocó contra su hombro, le rasguñó la sien y le arrancó la Críacuervos de entre los dedos.

Durante largos y aturdidos momentos se aferró a la consciencia.

El patio parecía haberse dado la vuelta, intentaba lanzarlo desde su superficie a la cálida oscuridad que acechaba a sus pies. Lo combatió, con la vista borrosa y las fuerzas debilitadas, tanteó los fríos adoquines en busca de la espada perdida, encogido y retorcido como un insecto medio aplastado en la mesa de una taberna.

Una sombra se alzó sobre él.

Ringil consiguió girar la cabeza y pugnó por enfocar la mirada.

Una impresionante figura negra se cernía sobre él, silueteada por la luz anular y el suave brillo azul de los filos de la espada bastarda que sostenía en sus manos.

La hoja se elevó.

Alguien sopló las velas.

Capítulo 22

N*o puede ser, no puede ser, joder, no puede ser…*

Sabía que lo era.

Egar ensilló a su caballo otra vez con entumecida eficacia, colgó el hacha y el escudo, fijó al lanza recta en el suelo. Vio que sus dedos temblaban. La figura con capa de cuero aleteaba entre sus recuerdos. Se obligó a olvidarla, ahora no había tiempo para eso, ni para las heladas preguntas temblorosas que se apilaban en su cabeza al mismo tiempo. Volvió a escudriñar en busca de los jinetes, y los encontró, a lo lejos ahora sobre el horizonte y casi invisibles contra el flanco iluminado por el ocaso de la estepa que iban atravesando. Colores grises, nada comunes entre los majak a menos que una incursión sigilosa fuera la orden del día.

O un fratricidio.

Los labios de Egar se tensaron. Contó cabezas. Siete, quizá ocho de ellos, en fila india. Las probabilidades eran escasas y el tiempo apremiaba. Los jinetes no avanzaban demasiado deprisa, pero había un firme propósito en el movimiento y la ruta que habían elegido. Y no hacía falta observarlos mucho tiempo para saber que se dirigían al árbol y a la tumba de Erkan.

El fuego crepitaba para sí, despreocupado. Poco a poco iba cobrando fuerza.

Ay, hijos de perra desleales.

Por un momento perdió la mirada sobre el lomo del caballo, desenfocándola sobre los jinetes y recordando la cara de Ergund.

Iré con él, Eg. Ya sabes cómo se pone Alrag cuando piensa en papá, cuando bebe. Se meterá en una pelea con la misma facilidad que escupe, si no estoy allí para sacarlo a rastras.

Ya. Egar recordó su pelea ebria con el silencioso imperial, hacía casi dos décadas. *Está un poco mayor para esa mierda, ¿eh?*

Ergund le lanzó una mirada extraña. *Todos encontramos formas distintas de vivir con ello, Eg. ¿Quién dice que la tuya sea la mejor?*

No me refería a eso.

No, pero…

Vale, olvídalo. Da igual. No lo pierdas de vista.

Y en marcha camino de alguna reunión de propietarios de rebaños que esperaba poder reducir a un par de horas, tiempo en el que Sula debería haber terminado sus tareas y transportado su cuerpito caliente hasta la yurta, donde sin duda estaría admirándose en el gran espejo kiriath que Egar tenía allí. Se acercaría a ella por la espalda y…

Recordaba eso, contemplando ahora fijamente a los jinetes, cómo esa sensación había reptado sinuosa por su vientre, cómo había visto a Ergund partir con rumbo a

Ishlin-ichan, y se había alegrado de verlos marchar.

Se había alegrado de que la vigilia requiriera un solo hijo, se había alegrado por una vez de que el rango y la tradición exigieran que representara ese papel. De ninguna manera le apetecía pasar la noche en compañía de Ergund y Alrag, ni de cualquiera de sus otros hermanos, ya puestos, ni hundido en el pestilente, humeante y vociferante caos de una taberna de Ishlin-ichan, ni aquí en el frío silencioso de la estepa, sin absolutamente nada que decirse.

Se encaramó a la silla de un salto, hizo girar en redondo al caballo y arrancó el arma del suelo. Sus labios se replegaron hasta formar una mueca.

Bueno, ahora no nos faltarán cosas que decirnos, supongo.

Condujo al caballo loma arriba hasta colocarse junto al árbol. Apoyó la lanza cruzada en el arzón de la silla y esperó a que los jinetes llegaran hasta él.

Divisó a Alrag cuando los recién llegados todavía estaban a unos buenos cien metros de distancia; su hermano mayor se balanceaba de un modo característico, como un gallito sobre la silla, y pese a estar embozado en una pesada capa con capucha, Egar lo habría reconocido en cualquier parte tan sólo por esa postura.

Los demás (ahora veía que eran siete, no ocho, *gracias a Urann por los putos favorcitos*) también se cubrían con capas y capuchas. Sus armas formaban vagos bultos en la tela, en algunos casos podrían haber sido cualquier cosa, mazas, hachas de mano… ¿Quién sabía? Pero cuatro de los integrantes de la compañía portaban voluminosos mandobles, hojas desnudas que sobresalían claramente bajo el borde de su vestimenta. Mercenarios, así pues. Los majak no tenían paciencia con los mandobles; demasiado caros, demasiado del sur, y en realidad buenos sólo para una cosa: matar gente. Ofendía al alma del nómada estepario esgrimir un arma con la que no se podía cazar ni usar en las tareas del campamento. Así que parecía que Alrag había alquilado para la ocasión o bien a escoria mercenaria sureña demasiado inferior para ganarse la vida en el sur, o a renegados majak con pretensiones que imitaban las costumbres de quienes aspiraban a ser.

Algo en Egar se tranquilizó un poco. Tal vez podría encargarse de éstos sin demasiados problemas. Se quedó sentado inmóvil, con la cabeza agachada, dejando que se acercaran. Cuando la distancia fue propicia para darles el alto, levantó la mirada. Sólo movió los ojos.

—Bueno, hermano —llamó—, ¿no piensas quitarte esa ridícula cogulla de sacerdote y enseñarme la puta cara?

Tres manos distintas se estremecieron sobre las riendas, una incluso se elevó un tanto, antes de caer otra vez. Egar asintió torvamente para sus adentros. Los tres sin espadas. Así pues, la traición estaba casi consumada. Alrag y Ergund, sin duda. Otro más, Gant o Ershal. Tenía que ser Gant. En el pasado había protestado de sobra por la mierda de señor del clan que era Egar. No querría perderse esto.

El grupo se detuvo sin coordinación a menos de veinte metros de distancia. Egar mantuvo la posición.

—¿Qué hay de ti, Ergund? ¿Vienes a asesinarme, pero no quieres mirarme a los ojos? Padre estaría orgulloso.

Una de las figuras cubiertas levantó la mano y echó la capucha hacia atrás. El rostro de Ergund emergió, con casco para la batalla. A la débil luz de la estepa, parecía pálido bajo el metal, pero decidido.

—¡No hemos venido para asesinarte! —exclamó—. Si tú…

—Sí, hemos venido para eso. —Ahora Alrag se sacudió la capucha a su vez. También él llevaba puesto un yelmo, un poco más elaborado que el de Ergund, con una pequeña cresta de crin de caballo—. El cabrón es demasiado obstinado como para elegir la salida más fácil. Todo el mundo lo sabe.

—No hace falta que…

—Sí hace falta, Ergund. —Se escucharon los tonos quedos de Ershal desde debajo de otra de las capuchas. No se desenmascaró—. Alrag tiene razón esta vez. No habrá medias tintas.

Egar contuvo su sorpresa, y una inesperada punzada de dolor.

—Hola, hermanito. No esperaba verte aquí. Tenía mejor opinión de ti.

—Ya, bueno, todos teníamos mejor opinión de ti también —espetó Ershal—. Hace tiempo, cuando parecía que te lo merecías. Te hemos dado siete años, Egar. ¡Siete putos años! ¿Y qué has hecho con nuestra lealtad? Te has meado en ella, compañero. Nos has convertido en el hazmerreír de los majak, has convertido a nuestra familia en el hazmerreír del clan. No eres digno del liderazgo. Ésa es la verdad, y todo el mundo lo sabe.

—Conque todo el mundo, ¿eh? ¿Y qué ha pasado con Gant? ¿Se rompió una pierna intentando montar? ¿O es que no se ha remojado el gaznate en alguna taberna para reunir valor como el resto de vosotros?

Ershal echó atrás la capucha. De los tres hermanos, era el único que había decidido viajar sin casco.

—No estamos borrachos —dijo con calma—. Y Gant no quería participar en esto, pero aprobará el resultado. Sabe igual que todos que el liderazgo debe pasar a manos más seguras.

Egar se lo quedó mirando fijamente, sin moverse.

—Sabéis que tendréis que matarme —dijo.

—La decisión es tuya. —Ershal le sostuvo la mirada—. Pero no nos dejas ninguna elección. El chamán habló con sabiduría. Si no actuamos, desencadenarás la ruina del Gris sobre todos nosotros.

—El chamán, ¿eh? Has estado escuchando a ese viejo buitre arrugado, ¿verdad? Puto estúpido de…

—¡Hemos recibido una visión! —gritó Ergund—. Profanas los nombres de los moradores para que todos lo oigan. Desprecias a los respetables hombres del clan

como si fueran lacayos, para poder correr a tu yurta, emborracharte y meterle la polla a la zorra adolescente de la que estés encaprichado en ese momento. Apenas te molestas en honrar los rituales, bebes, te enfurruñas y te sientas solo en vez de eso, o pierdes los estribos y te pasas la noche tambaleándote, contándoles a todos lo maravilloso que era el puto sur, cuánto lo echas de menos, cómo todos tenemos que cambiar de una puta vez para parecernos más a los imperiales y ser más «civilizados». No has engendrado ningún heredero legítimo, ni dado ningún buen ejemplo para que nuestros jóvenes lo sigan, salvo rehuir sus obligaciones e ir a aventurarse al sur. Ah, sí, y follarse el primer culo barato de lechera al que puedan bajarle las medias.

—¿Te corroe la envidia, Ergund?

—¡Vete a la mierda!

Egar lanzó una mirada de reojo a Alrag. Sus miradas se trabaron como espadas.

—Y tú, hermano. ¿Escucharé también tu lista de quejas? ¿No hay ningún límite santificado que haya traspasado también a tus ojos?

Alrag se encogió de hombros.

—Me da igual con quién folles. Estás en mi camino.

Era como si la capucha que lo cubría todo se hubiera retirado, como si la verdad del momento hubiera quedado expuesta y sonriera cadavérica para todos. La máscara de la conversación se cayó, descartada en algún rincón del silencio. El frío de lo que restaba por hacer aguardaba.

Ergund debió de sentirlo más que los demás.

—Escucha, Egar. No hace falta que sea así. Puedes irte. Sólo tienes que dejar aquí las armas y el caballo. Jura sobre el túmulo de nuestro padre que no regresarás. Te escoltarán hasta las montañas y te dejarán en libertad.

Era casi digno de una carcajada; Egar se conformó con una fina sonrisa.

—¿Eso es lo que te han dicho, Ergund? ¿Así es como consiguieron que ensillaras para esto?

—Es la verdad.

—Es una puta mentira. Ni siquiera demasiado imaginativa. —Egar asintió con la cabeza en dirección a los encapuchados y silenciosos portadores de espadas—. ¿Estos hombres? Me degollarán en cuanto desaparezcáis tras el horizonte, tan sólo para ahorrarse el paseo. Me sorprende incluso que accedieran a aparecer antes de que me desarmarais. Espero que no les hayáis pagado por adelantado.

Un par de maldiciones gruñidas por parte de los mercenarios; uno de ellos liberó la espada de sus correas, niveló la hoja apuntando a Egar con una mano. Pero su montura dio un par de pasos, nerviosa por el gesto, y estropeó el efecto. Su voz sonó joven y tensa.

—Cierra la puta bocaza.

—Creo que esperaré a que vengas y me obligues. —Ni el señor del clan ni su caballo de guerra yhelteth se habían movido más que una estatua. Egar vio cómo la

espada temblaba mientras el mercenario se esforzaba por sostener su peso en horizontal. Vio oscilar la punta, y sonrió a la sombra anónima bajo la capucha—. Hijo, te han informado mal. ¿No te han explicado quién soy?

El joven mercenario echó atrás la capucha, usó el movimiento para bajar la espada y dejarla en un ángulo más fácil de mantener. En el espacio despejado por la capucha caída, Egar vio un tosco casco metálico pero sólo cuero en los hombros y la garganta, quizá a lo sumo algún tipo de fina coraza de láminas de madera. Ninguna protección de acero. El rostro encima del cuello encajaba con la voz; barba rala, marcas de acné, rasgos pálidos salidos de las ciudades libres o algún lugar cercano. No más de dieciocho o diecinueve años. Labios húmedos tensos y abiertos de par en par para dar rienda suelta a toda la rabia juvenil.

—¡Sé que eres un puto hombre muerto! —chilló.

—Todos lo somos, tarde o temprano. Pero creo que tú recorrerás la Vía Celeste antes que yo. Solía ganarme la vida matando dragones, hijo. A ti te voy a usar de mondadientes.

—¡Vamos a sacarte las putas tripas!

—En los sueños de la puta sifilítica de tu madre, a lo mejor.

Y entonces, por supuesto, todo se hizo pedazos.

Oyó aullar a Alrag, no sabía si en un intento por detener la avalancha hacia la carnicería, o sólo incitando impaciente a empezar de una vez. En cualquier caso, era irrelevante; el joven mercenario ya había espoleado a su caballo en una carga desenfrenada, silabeando, contorsionadas las facciones. Otro de los mercenarios lo acompañó, tirando de su espada hacia fuera y arriba por el camino, con la capucha puesta todavía aleteando contra sus ojos. Gritando un nombre. Quizá la palabra «hijo», en el fragor del momento era difícil de distinguir.

Putos aficionados.

Egar recibió a los dos hombres de frente. Cortó bajo con la lanza, abrió la garganta del caballo del más joven y lo dejó pasar junto a él encabritado en aterrorizada agonía. La sangre surcó el aire, proyectándose en gotas desde la hoja de la lanza, entre el alarido del animal moribundo y el grito salvaje del jinete mientras caía. El caballo de Egar dio un paso cuidadoso para apartarse de todo ello, como si evitara el carruaje de una damisela en el bulevar de la Gracia Predicha. El segundo mercenario tiró con fuerza de las riendas, intentando evitar el caos que encontró en su camino, en apariencia olvidados sus pensamientos de atacar. Egar se inclinó, desgarró su capucha y la mayor parte de su cara con un salvaje tajo ascendente. El hombre profirió un alarido y manoteó ciegamente con su espada. Su casco había desaparecido, volando por los aires como una jarra de una mesa de taberna. Tiras y jirones sanguinolentos de piel colgaban en lugar de sus rasgos, cegándolo como debía de haber hecho antes la capucha. Su montura aterrada giró en redondo bajo sus pies, gritó con él, y lo tiró al suelo. Egar silbó y dio un golpecito a su caballo de guerra, que avanzó de repente y aplastó las costillas del mercenario derribado con sus cascos

revestidos de acero, con la misma delicadeza adiestrada con que había bailado a un lado antes. Egar oyó el crujido que hizo, lo sintió atravesando el esqueleto del caballo hasta su entrepierna. Echó la cabeza atrás y aulló.

Y allí estaba Alrag, con los dientes desnudos, cargando con su lanza elevada en una mano, dispuesto a ensartarle. No se trataba de un ataque que se pudiera repeler.

Pero…

Egar dejó que el corcel yhelteth danzara a un lado y se colocó en el flanco desarmado de Alrag. Su hermano divisó el movimiento, pero no pudo cambiar la lanza de mano a tiempo y hubo de conformarse con un torpe bloqueo defensivo a dos manos. Egar lo recibió con su propia lanza empuñada a dos manos como un cayado. Las dos armas se golpearon de refilón y Alrag pasó de largo, girando su montura en redondo, dándole la vuelta a la carga. Egar conocía al animal del campamento; estaba bien adiestrado y tenía brío, y el mayor de sus hermanos era un jinete consumado.

No disponía de mucho tiempo.

Los dos mercenarios restantes habían agrupado sus monturas como si buscaran consuelo. Uno de ellos blandía su espada, el otro tenía una pequeña ballesta de jinete e intentaba desesperadamente amartillarla para la acción. Egar puso a su caballo al galope, derecho contra los dos, profiriendo otro largo grito berserker mientras avanzaba.

Como esperaba, sus caballos se asustaron y separaron. Ignoró al hombre de la espada y se abalanzó sobre el artista de la ballesta antes de que pudiera girar a su caballo y apuntar con el arma. La hoja de la lanza chocó con la espalda del mercenario con la fuerza suficiente para desmontarlo; debió de atravesar con limpieza la fina coraza de láminas de madera, si es que la llevaba puesta, y cercenó la columna debajo. Egar tiró hacia atrás rápido y secamente, para no perder la lanza mientras el hombre caía al suelo. La hoja se liberó y el cuerpo se deslizó con laxitud de costado, alejándose del caballo hasta golpearse contra el suelo. Egar nunca vio cómo completaba su caída; ya estaba girando a su propia montura en redondo.

Alrag le pisaba los talones.

Egar rugió y proyectó un lanzazo en redondo, apuñaló cuando su hermano cargó sobre él. Alrag respingó, ambas armas fallaron por mucho. Los dos caballos se cruzaron a la luz del ocaso. El señor del clan respiró hondo, percibió atisbos de la estepa a izquierda y derecha y vio al último mercenario huyendo despavorido, espoleando a su caballo hacia el horizonte como si lo persiguieran los demonios. Gruñó una sonrisa.

—¡Ya sólo queda la familia! —gritó contra el cielo oscurecido—. Entrañable, ¿verdad?

Algo siseó en el aire. El caballo de guerra yhelteth piafó y se encabritó bajo él. Una flecha con plumas negras sobresalía de su hombro. Egar se giró en la silla, vio a Ershal, arco recurvado en ristre, con el brazo tendido silla abajo en busca de la siguiente flecha. Recordó demasiado tarde cuánto había mejorado el menor de sus

hermanos desde que eran niños.

—¡Pedazo de mierda!

Con los muslos impulsó adelante al corcel, que se tambaleó al intentar obedecer. Un segundo proyectil se incrustó hondo en su flanco. La sangre manó a borbotones. Piafó otra vez, dio una media docena de trastabillantes pasos desesperados hacia delante, con el cuello arqueado, bamboleándose. Egar gritó con él, levantó la lanza y se obligó a sí mismo y a su montura a acercarse a su hermano.

—¡Te arrancaré el puto corazón por esto, Ershal!

La tercera flecha se cobró el ojo del animal. Éste enloqueció, se encabritó y tambaleó, arrojó a Egar de su lomo. El señor del clan golpeó el suelo y rodó, de alguna manera conservó la lanza, de alguna manera también logró no ensartarse él solo, se detuvo en la hierba aferrado al asta. Tras él, oyó el choque de su caballo al golpear el suelo, el sonido que hizo al retorcerse e intentar levantarse, desplomándose otra vez. Los interminables gritos desgarradores que profería mientras pugnaba y pataleaba.

Aturdido, se incorporó a cuatro patas, profiriendo un suave gruñido pulsante en la base de su garganta. *Ponte de pie, ponte de pie de una puta vez, majak*. El caballo gritó otra vez. Egar miró alrededor en la penumbra del anochecer, encontró a Ergund y Ershal a un par de docenas de pasos de distancia, ribeteados de luz anular. Alrag más lejos, pero regresando al trote hacia ellos y erguido en la silla, satisfecho consigo mismo. Ninguno de ellos lo bastante cerca para abatirlo con un lanzamiento de cuchillo.

Hacia la izquierda, el joven mercenario trastabillaba sin rumbo, gimiendo, hasta que por fin se desplomó y se perdió de vista entre la hierba. Debía de haberse dado un mal golpe en la cabeza al ser desensillado. No volvió a incorporarse.

Ershal clavó otra flecha en el caballo de guerra abatido. Éste volvió a gritar, pero ya sin fuerza.

—Por el amor de Urann, mátalo de una puta vez, ¿quieres?

Ergund; toda su vida había detestado ver sufrir a los animales. Egar recordó cuando tenía diez años y…

El silbido y el topetazo de otra flecha. El caballo resopló y enmudeció. Egar se deslizó entre la hierba agazapado bajo como un incursor, blancos los nudillos contra el asta de la lanza, una pulsante vena de furia atravesándole el cerebro como una pica. Pasara lo que pasase ahora, descuartizaría a Ershal antes de que muriera.

—No te acerques más, Egar.

La voz de su hermano, serena contra la agonía menguante del corcel. Egar levantó la cabeza entre el mecer de la hierba con la brisa nocturna y vio a Ershal erguido en la silla, el arco apuntado contra él a menos de diez metros. Frío horror atenazador mientras esperaba el impacto; su hermano no fallaría, y a esta distancia, desde el arco recurvado, el proyectil lo clavaría al suelo.

—Eso es. Donde pueda verte.

Egar se puso de pie. Una sonrisa amarga aleteó en las comisuras de sus labios. Oyó el suspiro que emitió su caballo al morir. Pensó que tal vez su cuchillo podría llegar desde allí. Soltó la lanza.

—Adelante. Puto traidor asqueroso. Termina conmigo.

—Has tenido todas las oportunidades de…

—Vete a la mierda.

Alrag se acercó, frenó a su caballo con un tirón de riendas demasiado salvaje y miró de reojo adelante y atrás siguiendo la trayectoria que seguiría la flecha.

—¿A qué cojones estás esperando? —inquirió Egar con aspereza.

Ershal lanzó una mirada de soslayo a Alrag, después a Ergund. Pero su atención nunca se apartó de la posición de Egar.

—¿Estamos todos de acuerdo?

Egar buscó su cuchillo con dedos engarfiados. Ershal soltó la flecha. El mundo se sumió en la oscuridad.

No, no es oscuridad, comprendió.

Tuvo tiempo de comprender.

La flecha no le había dado.

No era oscuridad, sólo penumbra, como la que se apodera de tus ojos cuando miras al sol demasiado tiempo antes de entrar en la yurta. Como el repentino intervalo de penumbra en un teatro de Yhelteth antes de que el telón vuelva a abrirse.

El viento que barría la estepa parecía contener el aliento.

De la nada había surgido una figura que se cruzó en el camino del disparo de Ershal. Capa de cuero, rostro en sombras bajo un sombrero de ala flexible. Alargó el brazo y atrapó la flecha en el aire con el mismo esfuerzo que un hombre que sujetase un banderín ondeando en la brisa. Los dedos de la mano (Egar entornó los párpados con fuerza) parecieron alargarse y flexionarse en lugares que ninguna mano humana podría tener. Una voz les susurró en los lugares mudos dejados por el viento, distante e íntima a la vez.

—Me temo que no puedo consentirlo.

Y de repente el viento regresó, abofeteante, y en él Egar percibió una vez más la vaharada de fuego químico. Los caballos de sus hermanos lo olieron también; piafaron asustados e intentaron retroceder. Ershal maldijo y bajó el arco mientras intentaba recuperar el control de su montura.

—¡Harjalath! —escupió Alrag.

—No como tal, no. —La aparición bajó el brazo y partió la flecha con destreza por la mitad, con una sola mano. Dejó caer los pedazos—. Harjalath es… otro, cuando se digna manifestarse. Aunque para vuestros propósitos, la diferencia fundamental aquí será inapreciable.

Ergund retiró una mano con la que intentaba apaciguar a su caballo y realizó un

apresurado gesto de protección.

—Cumplimos órdenes de Kelgris, demonio. Desaparece. No puedes entorpecernos.

—No es tan sencillo —susurró el ser—. Veréis.

Con la mano que había partido la flecha en dos, acarició la hierba como si agitara una superficie de agua. De su toque emanaron ondas, en apariencia al azar, sin duda desafiando la insistente brisa del norte. La hierba se combó, se estremeció y restalló de un lado a otro, formando montículos como los lomos fugaces de unas criaturas marinas que rozasen la superficie.

—¿Lo veis?

En el espacio que rodeaba a la figura los montículos se quedaron quietos de repente, se elevaron en silencio y adoptaron una forma más estricta. Media docena de formas distintas, quizá más. Egar sintió cómo el aliento se trababa en su garganta al comprender qué estaba presenciando. De pronto, la criatura de la capa de cuero se había rodeado de más hombres… pero hombres tejidos a partir de la hierba misma, que se movían nerviosamente de un lado a otro sobre la superficie como bañistas sumergidos hasta la cintura en un río.

—Ningún rincón de la estepa —murmuró la figura. Parecía distraída de un modo extraño, casi somnolienta—. Salvo allí donde la sangre de los hombres haya caído y la haya fertilizado. En ocasiones, la estepa puede ser obligada a recordar estas cosas. Matadlos.

Y los hombres de hierba se abalanzaron hacia delante.

No tenían armas, nada aparte de sus malformadas y nervudas manos tentaculares, pero embistieron contra los caballos aterrados *como* olas malintencionadas, y donde hacían presa, Egar vio cómo manaba la sangre en la piel de los animales. Vio cómo derribaban a la montura de Ergund en un amasijo de patas desenfrenadas y ojos en blanco, vio cómo Ergund se erguía brevemente, trastabillando, y realizaba desesperados gestos de protección, chillando el nombre de Kelgris hasta que también a él lo arrastraron al fondo de la hierba, y sus gritos se tornaron estrangulados y guturales. Vio cómo Alrag lanzaba machetazos a su alrededor con la lanza, chillando y maldiciendo, cómo Ershal giraba en redondo a su caballo asediado en medio del caos, su rostro retorcido en una máscara de horror…

Hubo poco tiempo para más; un par de los seres de hierba se acercaron también a Egar, que estaba ocupado recuperando la lanza del suelo donde la había soltado. Con ella vinieron briznas de hierba, doblándose, envolviéndose y aferrándose obstinadamente al asta, intentando arrastrarla abajo otra vez. Por un momento desquiciado, fue como un pulso por el arma con algún crío del campamento más tenaz de lo normal. A continuación Egar liberó la lanza y la levantó describiendo un arco para defenderse de un brazo largo y delgado como una guadaña y de las cuencas oculares vacías de la cabeza formada de hierba tras él. Cercenó el brazo a la altura de lo que podría haber sido tal vez un codo y vio cómo se regeneraba sin más cuando un

nuevo grupo de tallos de hierba ocupó su lugar reptando. Un agujero aserrado se abrió en la cabeza del ser donde habría habido una boca en la de una persona. El lamento susurrante que brotó de ella le heló la sangre en las venas.

—Él no.

La figura de la capa de cuero habló sin girarse, siseó, palabras furiosas, hizo un rápido gesto como un latigazo por encima del hombro que habría dislocado la articulación de una persona normal. Las dos formas se desplomaron como olas rompiendo contra una playa, y desaparecieron de repente. Movimientos fundidos en la hierba y una ráfaga errante de viento, y después nada en absoluto. Egar tomó aliento entrecortadamente y observó boquiabierto a su alrededor a tiempo de ver a Alrag levantado en volandas, esgrimiendo aún el arma sin control, para caer a una muerte aulladora en la hierba, y a Ershal espoleando a su caballo al galope, lanzando desenfrenados tajos a su espalda con el cuchillo, apuñalando el aire vacío junto al lomo de su montura como un demente. Las formas invocadas deambularon sin rumbo un par de momentos, quizá buscando más víctimas, antes de hundirse a su vez en la hierba que las había engendrado. Egar se quedó jadeando, a solas con el ser de la capa de cuero.

Éste se giró poco a poco para mirarlo de frente. Que los rasgos ocultos bajo el ala del sombrero fueran vulgarmente humanos parecía lo más imposible de todo. La voz que tamborileó alrededor del interior de su cráneo le golpeó como el palpitar de una mala resaca.

—Se suponía que debías huir, Matadragones. Para eso sirven las advertencias.

—¿Quién… —Egar pugnó por dominar su respiración— cojones… eres?

Los ojos escondidos bajo el sombrero destellaron ofreciéndole una nueva advertencia.

—Es complicado.

—Bueno, qué casualidad, todo el puto mundo está muerto. Tenemos tiempo.

—No tanto como te imaginas. ¿Has oído cómo tu hermano Ergund apelaba a Kelgris? Está despierta y en marcha. Poltar el chamán goza de su favor. Lo único que he hecho ha sido contener un poco la marea.

Egar descubrió que su rabia aún se imponía a su miedo. Apretó los puños sobre el asta de la lanza y respiró hondo entre los dientes apretados. Hizo una mueca.

—Escucha. No creas que no te estoy agradecido, porque sí. Me has salvado la vida. Por medios sortílegos o no, sigo teniendo una deuda de sangre pendiente contigo por ello, y no me verás rehuyendo el pago. Pero exijo un nombre para mi deuda, o no podré considerarla honorable.

Era difícil de decir a la luz exigua, pero le pareció que la figura ponía los ojos en blanco. Le volvió la espalda un momento. Parecía estar paseando la mirada por la estepa, u observando quizá la fina columna de humo que salía de la fogata de Egar.

—No me puedo creer que haya caído tan bajo —masculló—. Negociar con un puto pastor… ¿Sabes?, a veces es… Escucha, una vez fui el ladrón del fuego, matón

follacabras. ¿Lo sabías? El puto destructor de reyes. —Uno de sus brazos se proyectó hacia delante, exasperado—. Cuando la Tierra era joven, cuando todavía había una luna en el puto cielo, me ponía la piel que hiciera falta y sembraba el terror en los corazones de los poderosos y los entronados a lo largo y ancho de esta bola de barro, y otra docena como ella. Asumía la forma espiritual y surcaba incontables… Bah, a la mierda, qué más da. De acuerdo, un nombre. Ya sabes cómo me llamo.

Y de repente, Egar lo supo.

Fue como si alguien le hubiera quitado una venda de los ojos, como si de improviso se hubiera levantado la niebla borrosa de una fiebre. Vio la capa del capitán de navío como si fuera la primera vez, recordó historias y asociaciones de una vida de leyendas majak. Un viajero, por tierra pero más a menudo por mar, un maestro de los disfraces y las estratagemas, una fuerza asesina apenas discriminatoria cuando se desataba, un astuto ladrón de la forma humana. El menos predecible y más violentamente caprichoso de los moradores del cielo.

El frío de ese conocimiento lo atravesó de parte a parte.

—Takavach —susurró.

La faz ensombrecida por el ala del sombrero se inclinó hacia él. Podría haberse producido el destello de una sonrisa glacial.

—Bien. ¿Ya estás contento con tu nombre, con tu saber?

—¿Qué? —Egar tragó saliva con dificultad. Su voz era aún un susurro—. ¿Qué quieres de mí?

—Eso está mejor. Ante todo, quiero que cierres el pico y escuches. Tu hermano Ershal ha escapado. En cuestión de horas habrá levantado a todo el campamento y les habrá dicho que estás poseído por demonios.

—¿Demonios? ¿Y cómo cojones iban a…?

—La próxima vez que me interrumpas, te coseré los putos labios con hierba. No te creas que no soy capaz. —El ser que afirmaba ser Takavach respiró hondo—. Escucha. Ershal dirá que él y el resto de tus hermanos, quizá borrachos… lo que explicaría lo inapropiado del asunto… salieron a caballo para reunirse contigo durante la vigilia. Que te enfureciste, invocaste a fuerzas demoniacas y asesinaste a Alrag y Ergund, y que él a duras penas escapó con vida. Poltar respaldará su historia con las habituales chorradas supersticiosas sobre tus modales sureños, que contaminan tu pureza majak, rumor que lleva extendiendo desde hace tiempo, dicho sea de paso. Y al amanecer, ensillarán y acudirán aquí para verlo con sus propios ojos. ¿Te gustaría echar un vistazo más de cerca al modo en que han muerto tus hermanos?

La pregunta parecía ser retórica. Takavach ya estaba deslizándose entre la hierba hacia donde había caído Alrag. Egar fue detrás de él, tensos los labios frente a lo que estaba a punto de ver. Llegaron primero al obstáculo del caballo muerto de su hermano, una mole derribada de costado, veteada por todas partes de sangre y briznas de hierba adheridas. Egar rodeó el cadáver por la grupa y vio, entremezclado con las

entrañas derramadas del animal, el amasijo deforme que yacía detrás.

Alrag yacía en un parche de hierba aplastado, bañado de sangre, atado al suelo. Los tallos y los tentáculos se habían enroscado en sus extremidades y su torso alrededor de todas las articulaciones, apretándose con tanta fuerza a las muñecas y el cuello que habían traspasado la piel hasta hundirse en la carne. Se habían enterrado en sus ojos, su nariz y sus oídos, convirtiendo los primeros en papilla sanguinolenta en el proceso. Habían retorcido su cabeza y su cuello y atenazado su boca contra el suelo hasta dislocarle la mandíbula. Se habían agolpado dentro de su garganta formando una retorcida cuerda de hierba tan gruesa como el antebrazo de Egar, y bañada ahora de sangre.

La luz anular volvía irreal la imagen, como el ácido de labrar el metal. Egar se obligó a mirar fijamente, sin pestañear, hasta que empezaron a dolerle los ojos.

Fratricida.

Contra quién iba dirigida la acusación de la voz dentro de su cabeza, no estaba seguro.

Junto a él, Takavach le dirigió una mirada de curiosidad antes de acuclillarse junto a la cabeza de Alrag. La capa de cuero se encharcó a su alrededor, volviéndolo jorobado e inhumano. Egar pensó en un buitre solitario que se preparase para darse un banquete. El morador volvió la vista atrás por encima del hombro hacia el señor del clan.

—¿Quieres ver también a Ergund?

—No —se oyó decir con voz pastosa Egar—. No será necesario.

—No, supongo que no. —Takavach agarró la cuerda entretejida que surgía de la boca rota de Alrag y probó a tirar de ella. No cedió mucho—. Bueno, creo que convendrás que aparte de la hechicería, esto será difícil de explicar.

—¿«Explicar»? —Egar absorbió la imagen del mayor de sus hermanos un momento calculado más, antes de girar sobre los talones. Apoyó la lanza en un hombro, miró el cielo de refilón y calculó una línea recta de regreso al campamento —. Yo les daré todas las putas explicaciones que quieran. Le incrustaré el arco por la garganta a Ershal exactamente de la misma puta manera.

—¿Y el…? ¿Adónde te crees que vas? —Las palabras de Takavach llegaron apresuradas tras él—. ¿Y el chamán? ¿Y Kelgris?

Egar no volvió la vista atrás, ni aminoró el paso.

—Destriparé a ese hijo de puta escuchimizado, lo que tendría que haber hecho hace meses, y lo dejaré empalado para los buitres, con vida. Y si Kelgris aparece en su apoyo, correrá la misma puta suerte.

Se escuchó el murmullo tenue de un trueno que paseaba por el horizonte. Las nubes se iluminaron por un instante desde el interior con un malévolo resplandor malva.

—Bueno. —Takavach volvía a estar a su lado de repente—. Así que ahora es Egar el puto Matadioses, ¿verdad? ¿No te parece que estás mordiendo un poquito

más de lo que puedes tragar, pastor? Kelgris es una moradora del cielo. No sabes cómo matarla, no sabrías ni cómo empezar.

Egar siguió caminando.

—Pues dímelo.

Breve silencio. Takavach se mantuvo a la par con él.

—No tengo permiso para hacer eso. Hay ciertos… protocolos que deben respetarse. Reglas convenidas, si lo prefieres. Juramentos y lazos vinculantes.

—Vale. Pues no me lo digas. Ya has hecho bastante.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Nada —dijo Egar con rabia—. No significa nada. Dos de mis hermanos están muertos ahí atrás, me dirijo a rematar la faena. Eso es todo. Y ahora, ¿quieres dejar de seguirme de una puta vez?

Para su sorpresa, el morador lo obedeció sin rechistar. Se quedó plantado en la hierba y vio cómo el señor del clan se alejaba a grandes zancadas. Volvió a tronar en el horizonte, y si Egar hubiera mirado atrás entonces, habría visto estremecerse a Takavach.

—De acuerdo. Ve a tu puta muerte, entonces, si es así como lo quieres. Kelgris interpondrá una legión de gules de la estepa entre el campamento y tú, una puta manada de lobos rabiosos, quizá incluso uno o dos espectros aleteantes si se siente inspirada. ¡Y además vas a pie!

Egar lo ignoró. La imagen de la muerte de Alrag danzaba ante sus ojos.

—¡Bueno! —gritó con furia el morador a su espalda—. Esto es lo que significa que un señor de clan skaranak te deba un favor y esté en deuda de sangre contigo, ¿verdad?

Eso detuvo a Egar como un disparo de ballesta. Agachó la cabeza un momento, respiró hondo. Asintió para sus adentros y se giró hacia la figura con capa que se erguía a su espalda.

—¿Qué quieres de mí, Takavach?

—Por ahora, quiero que permanezcas con vida. ¿Sería eso tan espantoso?

Sus hermanos yacían muertos a su espalda, enfriándose entre la hierba a escasos metros de la tumba de su padre. Las palabras de Marnak regresaron flotando a su mente. *Empiezas a preguntarte por qué llegaste al final del día, por qué sigues en pie cuando el campo está cubierto con la sangre y los cadáveres de otros hombres. Por qué los moradores te mantienen con vida, qué finalidad te ha reservado la Casa Celeste*.

El trueno sacudió las puertas encadenadas del mundo.

El rostro de Egar se torció al oírlo. Más cerca ahora, y sobre toda la estepa, las nubes se iban amasando. Sintió cómo su futuro venía y le acariciaba el cuello con una mano helada. Las intenciones a largo plazo de la Casa Celeste rara vez beneficiaban a quienes servían como sus instrumentos, y menos que nadie a los héroes. Sólo había que fijarse en las leyendas.

Escupió en la hierba.

Regresó a donde el dios con capa lo esperaba de pie. Miró a los ojos relucientes bajo el ala del sombrero y descubrió que en la extraña tormenta que azotaba ahora su corazón ya no había lugar para el miedo.

—Está bien —dijo.

Capítulo 23

Despertar fue como montar en una de las gigantescas balizas de hierro del canal del puerto de Yhelteth. El sabor de la herrumbre en su boca, una fría y negra corriente acuosa a su alrededor, y un oscilante parche de luz sobre la superficie de la oscuridad en lo alto. Sintió un pinchazo caliente a través del hombro y el pecho, no le sorprendió sentirlo pero no lograba recordar exactamente por qué. En medio del aserrado resplandor de consciencia inminente, le pareció ver una figura sombría que lo esperaba.

¿Es que estás ciego, papá? Murmuraba con la mandíbula dolorida de un modo inusual. *Todo es una puta mentira, todo el apestoso concepto, desde la ciénaga hasta…*

Y despertó.

Yacía encima de fría piedra pulida. El agua goteaba sobre la piedra caliza, en algún lugar de la penumbra. Una luz pálida danzaba sobre la bóveda de roca desnuda que se curvaba sobre su cabeza. La figura en sombras estaba de pie contra una pared de sillares a su izquierda.

—¿Por qué lo hiciste?

Pero la voz provino de la derecha. Ringil pestañeó y se apoyó en un codo tembloroso. Un lanzazo de dolor le recorrió la mandíbula y todo el lado derecho de la cabeza. Los recuerdos cayeron sobre él como un mazazo. El combate… El dwenda… El daño que había sufrido. Miró a su alrededor y no vio mucho más, aparte de la vaga penumbra de roca y las estalactitas que colgaban sobre su cabeza.

—¿Hacer qué? —preguntó aturdido.

Unas sombras se deslizaron por el suelo de piedra donde yacía. Estaba enlosado, reparó, trabajado para hacer juego con la pared que quedaba a su izquierda. Entornó los párpados y distinguió una forma sentada con las piernas cruzadas justo al filo de la caída de la luz a su alrededor. Quienquiera que fuese parecía tener la mirada fija en sus manos ahuecadas.

—¿Por qué luchaste por ellos? —Había música en la voz, una vibración honda y melodiosa, a pesar de que las palabras en sí surcaban las tinieblas quedamente. El idioma era naómico, pero teñido de arcaísmos del antiguo myrlico y una pintoresca elaboración gramatical—. Son capaces de ejecutarte en la estaca por quién eliges llevarte a la cama, y llamarlo piedad; observarían y brindarían por tu agonía con jarras y canciones, y dedicarían el acto a sus dioses idiotas. Son brutales, necios, tienen la conciencia ética de los simios y el nivel de iniciativa de las ovejas. Pero te enfrentaste a los reptiles en el campo de batalla por ellos. ¿Por qué?

Ringil se sentó con esfuerzo. Intentó hablar, aunque sólo consiguió toser. Después se dominó y se encogió de hombros levemente.

—No lo sé —dijo con voz rota—. Todo el mundo lo hacía, sólo deseaba ser popular.

Una carcajada árida resonó por toda la caverna. Pero la pregunta se quedó flotando en el silencio subsiguiente y la figura no se movió. Hacía falta una respuesta auténtica.

—De acuerdo —Ringil se acunó el mentón entre el pulgar y el dedo índice, flexionó e hizo una mueca. Carraspeó—. No lo juraría después de tanto tiempo. Pero en retrospectiva, creo que tal vez fueron los niños. Vi un par de ciudades golpeadas por sus grupos de asalto al principio. Ya sabes, el Pueblo Escamoso tendía a devorar a sus prisioneros. Y para los niños, en fin, ésa tiene que ser la peor pesadilla de todas, ¿verdad? Que los devoren. Observando encadenados, sabiendo que los próximos serán ellos.

—Ya veo. Por los niños. —La figura sentada ladeó la cabeza. La voz siguió siendo suave y sedosa, pero en alguna parte de ella subyacía la resistencia a la tensión de una coraza kiriath—. Niños que con toda probabilidad crecerían para ser igual de ignorantes, brutales y destructivos que sus progenitores.

Ringil presionó los dedos contra el costado pulsante de su cabeza.

—Bueno, tal vez. Dicho así, parece bastante estúpido. ¿Y qué hay de vosotros? ¿También os coméis a los prisioneros?

La figura se puso en pie con fluidez. Aun en la penumbra, Ringil pudo ver la fuerza física y la gracia que conllevaba el movimiento. El orador se adentró en la luz.

Por un instante, a Ringil se le olvidó respirar.

Notó un dolor pulsante en el mentón y la cabeza, unas punzadas del tajo dejado por la punta de la espada en su hombro y su pecho, una impresión embotada y sucia en su consciencia y sus ropas, y tras todo ello una vaga e inconexa sensación de miedo; aun así, Ringil sintió el espoleo de la lujuria incipiente en la base del vientre. Las palabras de Gracia del Cielo Milacar se vertieron fluidas por su recuerdo.

Es bello, Gil. Eso es lo que dicen. Que su belleza es indescriptible.

Cualquiera que fuese la cuestionable fuente de información que había llevado ese rumor hasta Milacar, sus dotes de observación eran encomiables.

El dwenda medía casi dos metros de alto, esbelto casi como un muchacho en las caderas y las extremidades pero con un súbito ensanchamiento y una robustez en el pecho y los hombros que hacían que su torso pareciera una coraza estilizada y no algo viviente. Él (cabía asumir que era masculino a juzgar por el bulto en los holgados pantalones negros y las superficies lisas del pecho) se erguía con la misma relajación que había exhibido al incorporarse. Las largas manos ahusadas colgaban pálidas y un tanto curvadas, como si en una vida anterior hubieran servido como garras de rapaz. Cada uña revelaba una leve pátina multicolor a la luz.

El rostro que coronaba el conjunto era todo lo que los entusiastas de los aldraínos de Shalak podrían haber deseado: blanco como el hueso, expresivo e inteligente, labios alargados y lo bastante carnoso en la barbilla y la nariz para equilibrar los altos

pómulos cadavéricos y la frente, ancha y plana. Su largo cabello negro caía recto a los lados, tocaba los anchos hombros y se derramaba sobre ellos como agua oscura. Los ojos…

Los ojos eran pozos de brea, tal y como afirmaban las leyendas, pero incluso con tan poca luz Ringil veía cómo emitían el mismo tenue brillo arco iris que sus uñas. Lo bañó una oleada de absoluta certeza de que a la luz del día el ojo entero resplandecería como el sol naciente sobre el estuario del Trell.

El dwenda se inclinó un tanto sobre él. El movimiento entrañaba cierta reverencia, sin excluir lo que parecía una intención depredadora.

—¿Te gustaría que te devorara? —preguntó.

Ringil sintió otra vez cómo se le retorcían las tripas.

Tranquilízate de una puta vez, Gil. Éste es tu enemigo, esta noche casi lo mataste…

¿Esta noche, todavía? Una parte de él necesitaba saberlo, por algún motivo.

… todavía podrías conseguirlo.

En vez de eso, consiguió carraspear con ironía e imprimir una ligereza artificial a su tono que discordaba con el temblor que recorría sus brazos hasta su entrepierna.

—A lo mejor más tarde. Ahora tengo un dolor de cabeza de mil demonios.

—Sí. —La cabeza un poco ladeada otra vez. Astillas de luz danzaron sobre los ojos de tinta—. Perdón por el dolor. El daño es leve, y en este lugar sanarás mucho más deprisa que en tu mundo. Pero incluso aquí hay que pagar un precio físico. Y era la única forma que tenía de terminar el combate sin matarte.

—Entonces supongo que debería darte las gracias.

El dwenda sonrió de pronto. Dientes. No era un espectáculo del todo tranquilizador.

—Supongo que sí.

—Gracias.

El dwenda se agazapó de repente, antes de que Ringil pudiera reaccionar, y su mano salió disparada para copar el lado de su cara. Los largos dedos se deslizaron entre sus cabellos, se enredaron en los mechones y tiraron de su cabeza adelante.

—Me temo que al final voy a querer de ti algo más que eso, Ringil Eskiath.

Sus labios eran fríos y firmes sobre los suyos, la presión sutil hendió su boca antes de darse cuenta de que la había abierto, y una húmeda lengua titilante tocó la suya. Sintió contra la barbilla la repentina presión de un vello tan suave que era casi como terciopelo. El temblor en su vientre se encendió como una hoguera. Sintió una erección.

El dwenda se retiró.

—No has sanado todavía —murmuró.

Los labios de Ringil se replegaron de sus labios.

—Me siento mucho mejor.

Pero el dwenda estaba en pie de nuevo, con la misma rapidez, desaparecida su

presa sobre él, diluyéndose en un recuerdo sensorial; aún podía sentir las puntas de los dedos en su cráneo, el deslizar y presionar de la lengua en su boca, como una promesa de algo más. La figura cimbreña le dio la espalda, casi demasiado deprisa, pensó. Como con una mueca de dolor.

—Deja que sea yo quien juzgue eso —dijo con sequedad.

Ringil enarcó una ceja ante el cambio.

—Bueno, es tu casa.

—No es exactamente mía. —Echó un vistazo atrás por encima del hombro que Ringil no supo interpretar—. Pero casi. Harías bien en dejar que te guíe por aquí.

—Vale —Ringil se incorporó con menos gracia de la demostrada por su anfitrión. Se levantó detrás del dwenda, lo bastante cerca para captar un olor. No era territorio ignoto del todo, pues había estado aquí muchas veces; el pánico en el último momento de una pareja novicia insegura de lo que quería de verdad; había aprendido a los pies de Gracia del Cielo (*por así decirlo, Gil*) la paciencia y la astucia de cuándo forzar la situación y cuándo retroceder y esperar.

Esperó.

Se produjo un silencio, lo bastante largo para que notara que el dwenda desprendía un tenue almizcle cuyas partes constituyentes no lograba distinguir del todo, pese a una tentadora familiaridad.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. ¿Debajo de la ciudad?

—Por así decirlo. —El dwenda parecía haber recuperado un ápice de su antiguo aplomo. Se alejó un par de pasos y se giró para encararlo desde lo que parecía considerar una distancia segura—. Aunque no es una versión de Trelayne que reconocerías, creo. En tu versión, el río tardará millones de años en depositar los sedimentos que forman esta roca.

—Entonces, ¿hemos tomado los atajos para llegar aquí? ¿Hemos viajado por los espacios comprimidos bajo la tierra como los kiriath?

—No. —Una fina sonrisa—. El Pueblo Negro son ingenieros. Dan un rodeo para llegar a su destino. Igual que los humanos, de hecho. Con el tiempo llegaréis a pareceros a ellos más de lo que os imagináis.

—Eso molestará a unos cuantos puristas majak que conozco.

El dwenda se encogió de hombros.

—No vivirán para verlo. Ni como cultura ni como individuos. Tampoco vosotros, ya puestos, ni las ciudades de la Liga ni el Imperio.

—Me toca las narices cuando empleas ese tonito de superioridad —Ringil sonrió a su vez—. Si no te importa que te lo diga.

—¿Por qué debería importarme? La superioridad es evidente.

—Entonces, es cierto. Todas las historias que cuentan, todo el saber aldraíno que balbucean. Sois inmortales.

Otro encogimiento de hombros.

—Hasta la fecha.

Ringil soltó una carcajada sonora. No pudo evitarlo.

—Igual que lo del perro negro que ladraba, ¿verdad? ¿Cómo diablos sabría alguien algo así?

Los ecos aletearon por el techo de la cámara, persiguiéndose hasta perderse en la oscuridad. El dwenda frunció el ceño.

—¿Perro negro?

—No importa. Sólo es algo que oí el otro día —Ringil paseó la mirada por la penumbra, tanteando en busca de recuerdos de las noches pasadas en discusiones sin sentido en casa de Shalak. Las especulaciones se desbordaban entre queso y vino y agradable compañía—. Bueno, este sitio. Esto tiene que formar parte de la marca aldraína. Los lugares entre medias, «donde no se sienten las ataduras del tiempo». El Reino de la Eterna Juventud.

—Lo han llamado así, sí. Entre otras cosas.

—¿Y me has traído aquí con qué? ¿Hechicería?

—Si lo prefieres. Sería más fácil decir que te transporté. Cuando se invoca la tormenta de conceptos, la puerta voraginosa de alternativas, lo traduce todo dentro de su radio. Al envolverse a mi alrededor, te trajo también a ti.

—Bonito truco. ¿Crees que podrías enseñármelo?

—No. Tendrías que… evolucionar para que eso fuera posible.

Los ojos de Ringil cayeron sobre la figura negra contra la pared. Vio ahora que parecía una armadura, colgada a un par de palmos en los sillares de alguna manera que no lograba identificar. Se acercó, escudriñando las suaves curvas ovaladas de un yelmo que no exhibía ningún adorno externo en absoluto, que recordaba de hecho a la cabeza de algún estilizado mamífero marino rompiendo la superficie en busca de aire.

—¿Esto es tuyo? —preguntó.

—Sí.

Ringil estiró el brazo y tocó el traje a la altura de una cadera. El material del que estaba hecho era frío y suave, más parecido a cuero que a cota de malla. Se imaginó que se amoldaría al portador como una segunda piel. Y el visor (no lo había distinguido hasta ahora) era una simple lámina de cristal tan negra como el resto del traje, montada en el casco con una precisión que sólo había visto antes en los trabajos más exquisitos de los ingenieros kiriath.

Sintió cómo el dwenda se acercaba a su espalda. Levantó una pierna laxa del traje con la mano y dejó que cayera suavemente de nuevo contra la pared.

—No llevabas esto puesto cuando viniste a por mí.

—No. No había tiempo. —A Ringil le pareció que la voz se tornó irónica—. Ni mucha necesidad, al final.

Fue como un roce, suave en la nuca. Se giró en la oscura y goteante humedad del aire y se encontró cara a cara con su acompañante. Esta vez la hoguera en su vientre fue instantánea, un rugido, una sábana de calor que voló hacia arriba y lamió la cara inferior de sus costillas.

—Tuviste suerte —dijo Ringil, titubeante.

El dwenda pareció moverse adelante, dando un solo paso fluido. Su cuerpo se apretó contra el pecho de Ringil.

—¿Sí?

Y Ringil… Ringil no podía hacer nada ahora con la sonrisa resbaladiza que jugaba alrededor de sus labios como grasa embadurnada, negándose a salir. Sintió cómo su respiración se enronquecía, cómo su pulso goteaba como cera caliente por la cara interior de sus brazos y sus muslos. Su polla era una barra de hierro caliente apresada contra su estómago por la tela súbitamente constrictora de los pantalones. Los brazos del dwenda se elevaron a los lados describiendo un movimiento similar a una caricia de seda que él sintió con trémula intensidad, aunque las manos del ser jamás llegaron a tocarlo.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz pastosa.

La pregunta surgió de ninguna parte. No lograba imaginarse ni la razón más remota por la que formularla, no acertaba a entenderla de ninguna manera salvo que consistiese en el último esfuerzo desesperado de un hombre a punto de ahogarse.

El dwenda avanzó contra él otra vez y le bañó el rostro con su sombra. El fulgor titilante en aquellos ojos (ay, dioses), la presión de una enorme erección férrea para igualar su propia presión contra el muslo, y ahora las manos del dwenda encima de él.

—Ninguna —susurró la voz—. Aquí marco yo la hora; yo soy todo el tiempo que necesitas.

Y entonces los labios fríos se aferraron a los suyos y le abrieron la boca de nuevo. Los rombos de luz y sombra parecieron deslizarse sobre él y a través de él, y a continuación el mundo entero se derrumbó envuelto en chispas, como el candelabro que descansa sobre la mesa y es barrido de golpe entre las bandejas rebosantes de un banquete abandonado en la penumbra, aguardando a alguien con la inclinación de venir a saquearlo.

Si el aire húmedo era frío, no lo notó cuando sus ropas cayeron, mientras los ardientes besos del dwenda avanzaban mordiendo por su cuello y sobre su pecho expuesto, a la vez que unas manos impacientes tiraban de sus pantalones sobre la caña de las botas y desgarraban la ropa interior a juego, al tiempo que el dwenda se arrodillaba y se metía vorazmente la cabeza de la polla de Ringil en la boca.

Ringil jadeó y se flexionó ante la inesperada calidez, y luego al asentarse la fricción de los dientes y la lengua, agarró los hombros del dwenda, hundió los dedos en su cabello y se retorció. Un largo gemido se abrió paso fuera de él, contrapunto de los pequeños gruñidos que emitía el dwenda mientras bombeaba sus labios arriba y abajo. Una mano helada sopesó las pelotas en su bolsa, y a continuación un largo dedo se separó de la presa y penetró en ángulo en el vórtice de su ano. De alguna parte, el dwenda había conjurado la humedad lubrificante de la saliva o algo parecido

en la punta del dedo, y Ringil se sintió abierto y suavemente empalado con una competencia astuta y controladora que le dio un vuelco al corazón.

Los chicos de los establos de Aguas del Patíbulo nunca habían sido así.

Y entonces, de alguna manera, el dwenda lo llevó con delicadeza hasta el suelo y si la piedra estaba fría debajo de ellos, Ringil tampoco lo notó. Incorporó el torso y contempló a lo largo de su cuerpo, el revoltijo de pantalones y botas sin quitar todavía, la forma oscura encorvada y enroscada sobre sus piernas y sus caderas, con la cabeza agachada como una bestia alimentándose, y en algún lugar aparentemente distante más allá de su visión, los delirantes movimientos calculados de la boca arriba y abajo, del dedo sondeante retorciéndose dentro y fuera. La fragancia del cuerpo del dwenda, esa enloquecedora mezcla de especias y en alguna parte, el casi imperceptible olor sugerido de mierda en el aire procedente de su ano dilatado. Y la boca y el dedo que continuaban implacables, empujándolo hacia delante, centímetro a centímetro, hacia el precipicio…

Y lo despeñaron.

Una fuerza estremecedora, desgarradora, cuando se corrió en la boca succionadora del dwenda, lo atravesó, como si quisiera partirle la columna. Lo sostuvo en volandas y volvió a lanzarlo contra las losas del suelo, retorciéndose y contoneándose y (comprendió con repentina y fría consternación) riendo y balbuciendo las palabras *oh, no, no, no, no…*

Trajo a sus ojos las primeras lágrimas que podía recordar desde su juventud, desde la carnicería de su primer día en el campo de batalla.

Cuando acabó, cuando se quedó allí tendido, drenado y exhausto, completamente inmóvil, sintió cómo el dwenda se despegaba de él, se deslizaba hacia arriba y montaba su pecho a horcajadas. Bajó las manos y agarró su propia polla hinchada por el tallo, frotó el glande bruscamente contra su mejilla y su cara. La fragancia de especias entremezcladas llegó con él, embriagadoramente concentrada ahora. Ringil siguió los suaves golpes arrastrados de la polla sobre sus rasgos, abrió la boca y lanzó suaves mordiscos detrás de ella con los labios. El dwenda se encorvó sobre él un poco más. Le pareció ver que sonreía en la penumbra mientras introducía el glande en su boca, pero no podía estar seguro.

Llevó con torpeza las manos más allá del cuerpo encima de su pecho, encontró el terciopelo fino como la piel del tronco y reemplazó delicadamente los dedos del dwenda con los suyos. Intentó encontrar los ojos oscuros surcados de resplandor sobre su cabeza. Sorbió y mordisqueó, estaba a punto de ponerse a trabajar en serio, cuando el dwenda dijo algo en una lengua que no había oído nunca, y se separó de él.

—Pero quiero…

Se replegó abajo por su cuerpo, quizá sonriendo todavía.

Bajó las dos manos y le separó las piernas, las apartó con fuerza hacia arriba, doblándolas y flexionándolas por las rodillas. Hizo algo con las manos en la junta entre medias, el suave sonido de un salivazo, y a continuación algo volvió a presionar

en su esfínter, pero más duro ahora, más grueso, más insistente que el dedo. El dwenda se irguió sobre sus piernas abiertas y flexionadas, colocándose en su lugar centímetro a implacable centímetro, moviendo la mandíbula (lo vio a la tenue luz) diciéndole algo en la misma lengua melodiosa de antes. Y él ayudaba, levantando y apartando las piernas de en medio, elevando las caderas, su propia mandíbula tensa con la repetición de *sí, sí, sí, sí…*

Y el dwenda cayó sobre él, llevó su rostro a escasos centímetros y asió su cráneo con ambas manos y hendió su boca con otro beso. Los embates se aceleraron, adquirieron una inercia voraz y ansiosa, y con ella Ringil se sintió duro como una roca otra vez, vio cómo el dwenda lo sentía también, vio una sonrisa resplandeciente en la penumbra, y supo de repente sin lugar a dudas que lo que el dwenda le había dicho era verdad, aquí no existía el tiempo, no hacía falta, nada significa nada más allá de la rendición a esto, todo esto, las embestidas, el bombeo, el follar, la mandíbula apretada *sí, así, sí, ay, fóllame, sí, sí, sí…*

Y la hoguera ardía ahora en los dos, los recorría de la cabeza a los pies, volviendo su carne incandescente con las sensaciones y la piel insoportablemente delicada, estirada al filo de la ruptura…

Y perdido, para el tiempo y todo lo que importaba en otros lugares que no eran éste y no estaban aquí.

Perdido.

Esta vez, Ringil despertó a una neblinosa luz del amanecer entre ventanas estrechas, por las cuales llegaban los sonidos tranquilos de un jardín. Yacía sobre sábanas de seda, con las pelotas y el cuerpo doloridos agradablemente; el olor alcalino de sus fluidos corporales, mezclados con algo más especiado y tentador en la base de su consciencia, dibujaba una tenue sonrisa en sus labios. Elevó un gesto de satisfacción hacia la arquitectura del arco de la ventana y aspiró la fragancia del jardín. Todo ello poseía una suave y agradable familiaridad; era como regresar a la juventud. Experimentó un instante inacabable de paz absoluta, demasiado profunda como para permitir la intrusión del pensamiento consciente.

Sonrió otra vez, con más fuerza, y se giró.

Maldición.

Los recuerdos cayeron como un mazazo sobre él entre las sábanas.

Maldita sea. ¡Joder!

Y entonces todo desapareció, la paz y la dicha irracional, arrebatada lejos de él igual que Jelim, igual que su hogar, igual que la victoria que todos pensaban que habían obtenido una vez.

Se liberó a patadas de la seda que lo envolvía y miró por el suelo de la cámara en busca de ropa.

La encontró ordenada y doblada con meticulosidad encima de un arcón de madera

bajo la ventana.

La Críacuervos descansaba apoyada serenamente en la pared dentro de su funda.

Se levantó y la observó boquiabierto. Al otro lado de las ventanas, los pájaros emitían estúpidos sonidos de madrugada como contrapunto a la repentina quietud. Parecía, de alguna dolorosa manera, como si ya conociera la habitación donde se encontraba.

¿Qué cojones…?

—Pensabas que tendrías que salir abriéndote paso a la fuerza, ¿verdad?

Giró sobre los talones, tanteando con una mano en busca del arma. El dwenda estaba apoyado en el arco de una entrada en la otra punta de la cámara, sonriendo, vestido. Llevaba el cabello apartado de la cara, tenía los brazos cruzados sobre un jubón de patrón negro y zafiro. Sus pies estaban embutidos en botas negras a juego, sus pantalones no eran más claros y se ceñían a las líneas de las piernas antes de entrar en las botas. No estaba armado.

Si uno pasaba por alto los inexpresivos ojos oscuros, casi podría haber parecido humano.

Ringil se obligó a apartar la mirada de aquellos ojos vacíos. Recogió y empezó a desdoblar la ropa.

—Me tengo que ir —dijo, sin demasiada firmeza.

—No es cierto.

Ringil se puso la camisa como pudo.

—No lo entiendes. Tengo una cita. Llegaré tarde.

—Ah, como la princesa perdida del cuento. —A su espalda sonó un chasquear de dedos seco como un latigazo para espolear una memoria que, según Shalak había sostenido siempre, debía de extenderse miles y miles de años en el pasado—. ¿Cómo se llamaba? Ya sabes, aquella que pierde la noción del tiempo en el baile, la que se queda y se pasa toda la noche bailando, hasta que la noche se vuelve tan fina como las suelas de sus zapatos y entonces descubre…

—¿Sabes? —Ropa interior, pantalones. Agachándose para tirar de ellos, conteniendo con fuerza la respiración—. Creo que podría pasar sin los putos chistes sobre cuentos de hadas ahora mismo.

—De acuerdo. —Y la voz de repente tan cerca, su conmoción de agua helada en el cuello. Justo a su lado. Giró en redondo y descubrió al dwenda a menos de un metro de distancia a la luz de la ventana—. Prueba con esto. No irás a ninguna parte.

—Intenta detenerme.

—Ya lo he hecho. ¿Qué hora crees que es exactamente?

Ringil sostuvo la mirada del aldraíno y vio refulgir los ojos, tal como había sabido que harían, con los tintes rosados del alba inminente. Sintió la lanza en su corazón, sintió cómo se le hundían los hombros ante la comprensión. El dwenda asintió con la cabeza.

—El amanecer propiamente dicho ha ido y venido mientras dormías. Estás fuera

del tiempo. Te esperaban en los campos de la colina de Brillin hace media hora, como al parecer dicta la costumbre hoy en día. A continuación tu segundo, un hombre llamado Darby, ocupó tu lugar y en consecuencia fue muerto por tu oponente. Se defendió con coraje, al parecer, pero por desgracia no estaba lo bastante versado en la espada cortesana como para imponerse.

Ringil cerró los ojos y se mordió el labio hasta saborear la sangre. Tras su vista velada vio la escena, los pequeños corros de hombres en el campo abierto junto a los estanques de peces. Figuras abocetadas de gris, sin la luz necesaria para colorearlos aún. Y los dos hombres entre medias, el tira y afloja del duelo. Oyó los ruines tonos metálicos en el aire helado, el tintineo y el arañar de las hojas de las espadas cortesanas. Vio a Darby perdiendo el equilibrio, por el lado que no debía, engañado por una finta. Un contraataque; la hoja chirriante que daba en el blanco. Escarlata brillante sobre la paleta de grises pastel de un día que Darby ya no vivirá para ver.

¿Cuánto tiempo tardó Iscon Kaad en encontrar la abertura? ¿Estaba Darby sobrio, había realizado ese esfuerzo por el hombre que una vez podía haber sido su comandante?

Ringil abrió los ojos. Lo que fuera que vio allí el dwenda, no le gustó demasiado. Retrocedió una fracción.

—Tranquilo.

—Lo sabías. Lo sabías, hijo de puta.

El dwenda asintió con la cabeza.

—Igual que tú. Pero te permitiste olvidarlo.

Ringil alisó su camisa de un manotazo.

—Llévame de vuelta. De vuelta a la marca aldraína, antes de que ocurra. Puedes…

—Me temo que no puedo.

Apretó los dientes.

—Llévame de una puta vez o…

—¿O qué? —De repente, los brazos del dwenda se proyectaron como látigos. Agarraron a Ringil por la camisa y lo empujaron hacia delante. Una palma plana cayó sobre él como una piedra, impactó contra su frente y de pronto se vio en el suelo, con los brazos y las piernas despojados de cualquier atisbo de fuerza motriz. Se estremeció como un pez fuera del agua.

El dwenda se alzó sobre él con los brazos cruzados.

—«Reino de la Eterna Juventud» es un nombre que conduce a error, verás —dijo con tono sombrío—. Podemos nadar en los bajíos, sí; con práctica podemos adentrarnos en lugares donde el tiempo se reduce a un paso arrastrado, aminora casi hasta detenerse, danza incluso alrededor de sí mismo en espirales. Es una cuestión de gradiente relativo entre, en fin… no importa, no es algo que estés preparado para entender. Pero por lento que sea el paso, en realidad no podemos detener el tiempo, ni podemos hacerlo retroceder. Lo que está hecho no se puede deshacer. Tendrás que

aceptarlo como verdad.

Ringil logró colocarse boca abajo y amartillar las rodillas debajo de él. La habitación se meció y fluctuó a su alrededor mientras unos regueros de hielo caían por sus brazos. Pugnó por reunir las fuerzas necesarias para levantarse.

Oyó cómo el dwenda suspiraba.

—Me temía que llegara a esto, Ringil Eskiath, pero no tan pronto. Ninguno de nosotros está acostumbrado a tratar con los humanos después de tanto tiempo. Es una experiencia de aprendizaje constante.

Una bota se acercó y lo empujó con delicadeza hasta colocarlo de costado. Levantarse se redujo a un sueño lejano. Ringil reunió todo el aliento que le quedaba.

—¿Quién te envía? —jadeó.

—No me envía nadie, como tal. —El dwenda se arrodilló a su lado—. Pero sí que hay quienes solicitan mi favor. Hay quienes, al parecer, no desean ver tu torva pero sumamente hermosa cara hecha jirones en insignificantes ajustes de cuentas por honor.

Levantó las manos otra vez, palmas abajo, dedos un tanto flexionados. El gesto bloqueó la luz de los ojos de Ringil.

—Espera, ¡espera!

Tardó un momento en comprender que el dwenda había obedecido. No supo interpretar la repentina sucesión de expresiones que se persiguieron por el semblante inhumano que flotaba allí arriba. Le pareció detectar cierta impaciencia, aunque no acertaba a determinar el objeto de ésta.

—¿Y bien?

—Dime —pidió con tono tenue. La voz de Ringil, ya casi vacía, no sonaba más fuerte que sus brazos—. Una cosa. Necesito saberlo. Es importante.

La palma flotaba en el aire.

—¿Sí?

—¿Cómo te llamas? Nos pasamos toda la noche follando, y no se me ocurrió preguntártelo.

Otra vacilación, pero por fin cedió el paso a una sonrisa curiosa.

—De acuerdo. Puedes llamarme Seethlaw, si te sirve.

—Sí, me servirá. —Y ahora Ringil sonrió a su vez—. Ya lo creo.

El silencio goteó entre ellos. La palma del dwenda se quedó donde estaba.

—¿Te importa decirme por qué ahora de repente quieres saber cómo me llamo? —preguntó por fin.

Ringil asintió con un gesto débil de la cabeza. Conjuró los últimos fragmentos de aliento e hizo que sus labios se movieran.

—Muy sencillo —susurró—. Un polvo sin importancia no necesita nombre. Pero me gusta saber cómo debo llamar a los hombres que voy a matar.

Entonces la mano del dwenda cayó, tocó su cara y se levantó de nuevo con suavidad. Pareció arrancarle también la consciencia, como una máscara delicada que

tuviera puesta sin darse cuenta hasta ahora.

Lo último que vio, mientras su visión se teñía de negro, fue la mirada del dwenda cuando levantaba la cabeza para mirar a las ventanas; los ojos vacíos sin rasgos, tintados ahora del color de la sangre por el sol naciente.

Capítulo 24

Archeth acudió al palacio al despuntar el alba.

Antes hubiera sido invitar al arresto. Aunque los niveles inferiores de la vida palaciega (el encender de estufas, el limpiar de hectáreas de suelos de mármol) comenzaban mucho antes del amanecer, los cortesanos no hacían acto de presencia antes del desayuno. Era una regla general con fuertes precedentes. Hacía dos años, un gobernador de provincias cometió el error de expresar sus problemas ante Jhiral mientras el emperador aún estaba en la cama. La ocasión era una revuelta local por parte de unos nómadas del este desplazados que habían salido de sus reservas y vuelto a asaltar las caravanas comerciales, por lo que la emergencia tenía cierta justificación, al menos en opinión del enviado especial del gobernador, que llegó a caballo hasta la puerta principal al frente de un escuadrón de caballería cuando despuntaba el sol, y empezó a solicitar la atención inmediata del emperador a gritos.

La obtuvo. Jhiral lo dejó encerrado en una celda durante una semana, junto con sus hombres, sanción ejemplar por falta de respeto ante el trono imperial. Las protestas de los consejeros más veteranos de la corte cayeron en oídos sordos, el castigo se mantuvo. Para cuando el hombre fue llevado en presencia del emperador y reprendido oficialmente, la revuelta ya se había sofocado más o menos, y la cuestión quedaba obsoleta. Demostrando así, observó con sequedad Jhiral, que no había habido nada por lo que ponerse tan nerviosos en primer lugar. Dio una vuelta retórica por la sala del trono para dejar clara su postura, gesticulando, modulando la voz para lograr un mayor efecto en el espacio abovedado. *Éstos no son los días del reinado de mi padre, amigos. No son los días de amarga guerra y privación, por mucho que varios de los leales amigos y consejeros en esa pugna de mi padre parezcan, inexplicablemente, desear lo contrario. Dejadlo descansar, caballeros. Ya no estamos en guerra, no nos enfrentamos a enemigos implacables ni a bestias inhumanas. No hay necesidad de consejo llevado por el pánico ni decisiones aceradas antes de que salga el sol. Nuestro imperio es próspero y está en paz. Nuestras dificultades en estos momentos son modestas y poco dramáticas, susceptibles de soluciones igualmente modestas, las cuales, aunque ofrezcan escasas posibilidades de gloria salvaje, deberían no obstante ser igual de eficaces. Por mi parte, agradezco ese cambio. Nos ha sido dado disfrutar del legado de todos aquellos que se sacrificaron por nosotros… no imitar su sufrimiento. Me alegro y congratulo por ello, como agradezco sus sacrificios, y me gustaría pensar que aquellos de vosotros que vivisteis el horror de la guerra con mi familia deberíais pensar igual.*

¿Alguno de los presentes no piensa igual?

Silencio elocuente en las filas reunidas de la corte. En algún lugar a la derecha, alguien carraspeó, si bien, obviamente, se lo pensó mejor antes de hablar. El sonido

se convirtió en un ataque de tos por arte de magia. Jhiral lo oyó, supo lo que significaba, y sonrió. Esperó a que se apagaran los ecos antes de dar una palmada.

Excelente. Como siempre, estoy en deuda con todos vosotros por vuestro leal apoyo. Y ahora… la siguiente orden del día, y por favor decidme que es un simple presupuesto para la reparación del alcantarillado de la ciudad.

Las risas fueron más que nada aduladoras, pero Archeth descubrió sus labios estirándose para imitarlas de todos modos. En privado, aunque se conmiseraba de algunos de sus amigos de la vieja guardia, opinaba que las palabras de Jhiral entrañaban un gran significado. Conocía al gobernador de provincias que había enviado al emisario, y no lo tenía en mucha estima. No era descabellado que hubiera reaccionado con descomedimiento ante una situación que otra persona más sagaz podría haber controlado sin levantarse de la mesa. La revuelta quizá podría haberse sofocado con relativamente escaso alboroto; tal vez pudiera haberse evitado por completo, con una pizca de inteligencia previsora. Uno mantenía los dedos sobre el pulso, detectaba las señales de alarma mucho antes de que las aguas se salieran de su cauce. Uno daba unos pocos ejemplos, unas pocas concesiones, y nueve de cada diez veces la combinación merecía la pena. Ella misma lo había hecho en numerosas ocasiones en el pasado, cuando Akal todavía estaba en el trono.

Pánico y exageración: la respuesta a destiempo de los ineptos.

Ahora, esperando en una antecámara a que Jhiral saliera de la cama, repasando lo que le había dicho el timonel, no sabía con certeza si (falta de sueño y acelerada y exaltada por el krin) no estaría cediendo a un impulso igual de necio a su vez.

Pero:

Los dwenda se fueron, Archeth. Hace miles de años. Huyeron de los parámetros de este mundo cuando no pudieron derrotarnos.

Según parece, han regresado.

Uno de los enervantes silencios del timonel. Luego, con severidad:

No tiene ninguna gracia. Los dwenda no son cosa de risa, hija de Flaradnam.

No pretendo burlarme, Angfal. Tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo que venir aquí abajo a contarte chistes.

Sin duda. Para empezar: si tienes razón y los dwenda han regresado de verdad, ahora, con los kiriath desaparecidos… entonces tienes tumbas que cavar. Con unas cien mil debería bastar; harías bien en empezar con tiempo.

—El emperador os recibirá ahora.

Levantó la cabeza y vio la sonrisa burlona en el rostro del chambelán. Supuso que no había muchos cortesanos que recibieran audiencia en el dormitorio de Jhiral. Eso suscitaba una pregunta obvia, y los rumores de la corte sin duda proporcionarían una docena de respuestas salaces antes de la hora del almuerzo.

—Puedes borrar esa puta sonrisa de tu cara —dijo mientras se levantaba—. O volveré y te la quitaré a cuchilladas.

La sonrisa se evaporó como si una garra la hubiera arrancado de la faz del

hombre. Se encogió a su paso. El krin hizo que se alegrara.

Será mejor que refrenes ese temperamento, Archidi. Su resplandor Jhiral Khimran II *no se dejará acobardar tan fácilmente como sus lacayos.*

Entró en una habitación que hedía a sexo.

El dormitorio imperial, diseñado con minuciosidad, daba al este y tenía ventanas del suelo al techo para disfrutar de la vista. El sol entraba a raudales, llegaba hasta el fondo de la habitación y pintaba de oro cuanto tocaba: las cortinas de la enorme cama de cuatro postes, las sábanas arrugadas y las tres figuras dormidas con el pelo alborotado que yacían entre ellas. Archeth registró las curvas, se obligó a mirar cuidadosamente para otro lado.

—¡Archeth! ¡Buenos días! —Jhiral estaba junto a los tabiques de madera en la otra punta de la habitación, envuelto en una larga bata de seda y picoteando de una extravagante selección de bandejas de desayuno repartidas entre tres mesas distintas. Se volvió hacia ella, se metió un huevo de codorniz en la boca y masticó con vigor. Levantó un dedo y lo sacudió—. ¿Sabes?, cuando dije que te tomaría la palabra sobre tu promesa de hacer progresos rápidamente, no pretendía que te lo tomaras tan en serio. Esta tarde hubiera estado igual de bien.

Archeth hizo una reverencia.

—Debo disculparme por perturbar vuestro descanso tan temprano, mi señor, pero…

Jhiral lo descartó con una mano, masticando todavía.

—No, está bien. Resulta muy educativo. —Tragó e hizo un gesto al abundante desayuno—. Algunas de estas cosas es la primera vez que las pruebo estando todavía calientes. Bueno, ¿qué noticias hay? ¿Has pasado bien la noche entre las sábanas con mi pequeño obsequio?

—Vuestra generosidad… me abruma, mi señor. Lo cierto es que todavía no me he acostado.

—Lástima. —Jhiral cogió una manzana y le pegó un bocado. Sus ojos encontraron los de ella por encima de la fruta, y la expresión que anidaba en ellos era de repente dura y depredadora. Arrancó el pedazo de fruta con los dientes, lo engulló y se enjugó la boca con el dorso de la mano—. Esperaba que pudiéramos comparar notas, de hecho. Quizá incluso compartir el adiestramiento de la joven Ishgrim entre nosotros.

—Mi señor, la reacción de los timoneles ante mis noticias sobre la incursión de los dwenda ha sido… preocupante.

—Sí. Bueno, pareces preocupada, eso es cierto. —Jhiral contempló la manzana mordida por un momento antes de tirarla entre las bandejas encima de la mesa—. En fin, de acuerdo. Será mejor que pases.

Separó las puertas correderas del tabique y entró en la cámara al otro lado. También allí había un exceso de luz solar, aunque diluida y teñida de varios colores por paneles de cristal tintado montados en la mitad inferior de cada ventana y en los

que se representaban escenas de triunfos memorables de la historia imperial. Unas vibrantes pinceladas de rosa y azul atigraban el suelo de madera y las paredes con paneles, y la superficie de cuero verde de un gran escritorio situado en un rincón. Había sillones al fondo de la estancia, colocados alrededor de una mesa baja.

—Siéntate. —Jhiral le indicó un sillón y se acomodó en el de enfrente. Disimuló un bostezo leonino con una mano, se hundió entre los brazos del sillón, apoyó un pie cubierto con una zapatilla en el canto de la mesita y juntó las yemas de los dedos. La bata se abrió y proporcionó a Archeth una rendija de una polla y unas pelotas impresionantes, si te gustaban esas cosas. Archeth no sabía si era intencionado—. Bueno: preocupante. ¿En qué sentido?

Archeth titubeó.

—Creo que los timoneles están asustados, mi señor.

—Asustados. —Jhiral tosió una breve carcajada insegura. Se revolvió en el sillón y se alisó la bata—. Venga ya. No entienden conceptos como el miedo. Tú misma lo dijiste, no son ni remotamente humanos. Además, ¿por qué hablas en plural de repente? ¿Con cuántos timoneles has hablado en realidad?

—Con dos, mi señor. Con Angfal, que está instalado en el estudio de mi hogar, y con Kalaman, en el escupefuego *Hacia la vela de la vigilia mantenida* en el Museo de los Kiriath. Sus actitudes difieren ligeramente: Kalaman es más pragmático, menos propenso al drama… pero en esencia sus respuestas son iguales. Ambos dan advertencias prolijas sobre lo que los dwenda son capaces de hacer; los dos opinan que si estas criaturas están regresando a este mundo, los resultados serán catastróficos.

—Hmm. —Jhiral se acarició la barbilla. Parecía haber estado pensando por su parte desde la noche anterior—. ¿Pero catastróficos para quién? Por el modo en que lo has explicado, se trata de una cosa del norte, estas leyendas sobre los dwenda. ¿Es posible que estas criaturas limiten sus correrías a esa parte del mundo?

—Vinieron a Khangset, mi señor.

—Sí, en respuesta a las plegarias e idolatría de una norteña o la presencia de un tipo de piedra que sólo se encuentra en el norte.

—Sobre todo en el norte, mi señor —dijo conteniendo un temblor de alarma, pues veía el rumbo que estaba tomando la conversación—. Los depósitos de glirsht se encuentran también en distintas partes del Imperio.

Jhiral le dirigió una mirada calculadora.

—Pero en realidad no crees que se trate del glirsht, ¿verdad, Archeth? Si los dwenda usan esa cosa como instrumento de orientación, necesitaría tener algún tipo de forma, diseñada para su propósito. Igual que nuestra amiguita de Khangset dio forma a su ídolo.

—No creo que…

—No interrumpas a tu emperador cuando está pensando en voz alta, Archeth. Es de mala educación.

Archeth tragó saliva con dificultad.

—Mis disculpas.

—Bah, aceptadas. Aceptadas. —Un gesto lánguido—. Mira, nuestras naves comerciales no ponen rumbo a la costa guiadas por cualquier resto de fogata que esté ardiendo por casualidad en lo alto de un acantilado, ni por cualquier trozo de basura de vivos colores que se encuentre flotando a su paso. Buscan faros y balizas de señalización. Los dwenda harán lo mismo: buscarán una forma específica de esta roca, algo trabajado. Algo preparado por sus acólitos, por quienes los adoran.

Tienes que cortar esto de raíz, Archidi. Lo hará, este mierdecilla que intenta llenar las botas de su padre, firmará una orden para hacerlo sin pensárselo dos veces, y verás cómo las columnas de refugiados vuelven a extenderse de un horizonte a otro…

—Los dwenda han pasado varios milenios sin dar señales de vida, mi señor —dijo con toda la dulzura que le permitían la falta de sueño y el krinzanz—. Creo que es seguro decir que cualquier «acólito» que pudieran haber tenido alguna vez entre los humanos ya habrá perecido. Y esta mujer, Elith, sin duda no talló en persona el ídolo que obra en su poder. Se refiere a él como una herencia de su clan, y sin duda parece tener varios siglos de antigüedad.

—Pero quizá, Archeth —dijo el emperador con suavidad—, la propia Elith tenga varios siglos de edad, también. ¿Se te había ocurrido? Quizá se haya mantenido con vida gracias a las hechicerías de sus amos dwenda, con el regalo de la eterna juventud a cambio de sus servicios. Quizá se trate de una bruja. O incluso de alguna criatura hecha de piedra y otorgada vida sortílega.

Archeth se quedó sentada como si se tambaleara al filo del cráter de An-Monal. Un torbellino de vidas se arremolinaba alrededor de su cabeza, sostenidas por un equilibrio sobre cuyo mecanismo sólo poseía la mínima influencia. Vio a Elith, desgañitándose en el potro o descuartizada, abierta y sondeada con hierros al rojo. Miles como ella, expulsados de sus hogares, sin comida ni agua aparte de la que pudieran transportar, muriendo de hambre en las carreteras, maltratados y extorsionados de lo poco que aún poseían por los soldados que se suponía que debían vigilarlos.

Estaba acostumbrada a leer la expresión de Jhiral, pero no lograba interpretar el hieratismo que lucía ahora.

—¿Eso creéis, mi señor? —preguntó con infinita cautela—. ¿Qué esta mujer es una… una bruja? ¿O incluso algún tipo de golem?

El emperador se estudió las manos, contempló con ojo crítico su manicura por unos instantes antes de mirar a Archeth a los ojos. Suspiró.

—En fin, supongo que no. En realidad, no.

—Entonces…

Un súbito dedo apuñalador.

—Pero… y te he dicho antes que no me interrumpas, me cago en Dios, Archeth…

lo que empiezo a creer es que tal vez la política de reubicación de mi padre después de la guerra fue un error. No sería el primer error que cometió, ¿verdad? Seguro que recuerdas aquel espantoso desastre de Vanbyr. Así que, tal y como yo lo veo, tenemos decenas de miles de esas personas viviendo entre nosotros, negándose a convertirse, la mayoría, dando la espalda a las ventajas civilizadas que ofrece el Imperio, aferradas a su idolatría y quién sabe a qué más. No quiero empezar a sonar como ese alfeñique de Menkarak, pero si permitir esa clase de libertad religiosa va a desencadenar una maldición milenaria sobre todos nosotros, en fin, entonces a lo mejor va siendo hora de reconsiderar nuestros principios. A lo mejor no queremos a esas personas dentro de nuestras fronteras después de todo.

Archeth se quedó sentada y esperó.

—¿Y bien? —espetó el emperador.

—¿Su majestad me concede permiso para hablar?

—¡Por la madre de la puta Revelación, Archeth, no te enfurruñes ahora! Sí, habla. Habla. Para eso te pago, ¿no?

Archeth eligió sus palabras con cuidado. Había venido al palacio con la intención de acojonar a Jhiral. Ahora no estaba tan segura de que fuera buena idea.

—Mi señor, según los timoneles, los dwenda eran una raza que dominaba los mundos que se encuentran paralelos al nuestro, mundos que de algún modo parecen ocupar casi el mismo espacio que el nuestro, que no están más lejos que vuestro dormitorio de donde estamos sentados ahora. No puedo decir que entienda cómo se supone que funciona esto, pero se corresponde con algunas de las leyendas aldraínas del norte, las cuales afirman que ciertos lugares están habitados por criaturas de otro mundo de un modo oculto a los ojos humanos. Un risco solitario se convierte en un castillo de cuento de hadas a ciertas horas de la noche, o en medio de una poderosa tormenta de relámpagos; se puede tocar con los nudillos un roble en el bosque y éste se abrirá como una puerta, pero sólo determinadas noches del año, etcétera. Encuentro en estas historias un eco de las historias kiriath de viajar aquí desde otro mundo, motivo por el cual me siento inclinada a tomarlas en serio, pero hay una diferencia importante. Mi pueblo se vio obligado a buscar los lugares más profundos, abrasadores y presurizados de las entrañas de la Tierra antes de poder encontrar una forma de cruzar entre los mundos. —Hizo una pausa, templó su tono otra vez antes de continuar—: Los dwenda, al parecer, pueden ejercer este paso donde deseen. Pueden entrar en este mundo a voluntad, por cualquier parte.

Sus palabras parecieron evaporarse en el silencio. Pequeños sonidos domésticos llegaron filtrándose desde alguna parte del palacio. Portazos, voces dando instrucciones. Tras la pared, el agua gorjeaba en las cañerías. El emperador volvió a mirarse las manos.

—Estás diciendo que esto no es sólo un problema del norte —musitó.

—Lo que digo, mi señor, es que hasta que no tengamos una idea clara de qué quieren los dwenda, la geografía tal y como nosotros la entendemos en realidad

carece de significado. Estas criaturas podrían aparecer en cualquier parte, desde las tierras baldías de Demlarashan hasta los jardines de palacio aquí mismo, en Yhelteth. Sencillamente, no lo sabemos.

Jhiral soltó un gruñido.

—¿Y el ídolo de piedra? Anoche parecías convencida hasta la médula de que era la clave de la incursión. ¿Has cambiado de parecer así sin más?

—No, mi señor. Sigo pensando que es importante. Pero es el primero de su clase que veo. —*Aunque tanto Angfal como Kalaman lo reconocieron por mi descripción y estuvieron a punto de cagar remaches. Pero no hace falta que sepa eso ahora mismo, mi señor*—. Elith lo trajo consigo cuando fue reubicada, pero por aquel entonces ya estaba muy perturbada. Es pesado, aparatoso y de aspecto menos que atractivo. Creo que es seguro decir que tales cosas no son una posesión común de los pueblos naómicos, ni aquí ni en el norte. Podrían existir unos pocos, dispersos, pero…

—Siempre podríamos instituir una investigación. Casa por casa, todos los distritos inmigrantes del Imperio.

Por las putas pelotas de Hoiran.

—Podríamos, mi señor, pero no estoy segura de que eso fuera un uso eficaz de nuestros hombres. De hecho, tengo un plan de acción igualmente directo pero algo menor en escala que quizá mi señor…

—Sí, está bien. —Jhiral gesticuló con cansancio—. No me dores tanto la píldora. Ya había adivinado que no ibas a venir hasta aquí a esta hora del día a menos que quisieras algo. Adelante, escuchemos esa brillante idea.

Fue como saltar de una barca zozobrante a un malecón resbaladizo pero sólido. Archeth intentó disimular su alivio. Con cuidado, entonces, con mucho cuidado.

—La mujer, Elith, y el ídolo que trajo consigo proceden de Ennishmin; en concreto, de los límites orientales de esa provincia.

El labio imperial se curvó.

—Sí, un rincón del mundo olvidado por los dioses. Cualquiera diría que debería alegrarse de estar en el sur, con un tiempo agradable.

—Uhm… Sí, mi señor.

—Era una broma, Archeth.

—Sí, mi señor. —Se obligó a sonreír—. Ennishmin no está bendecida con un clima ideal.

La expresión en los ojos de Jhiral se endureció.

—No me vengas con putas lisonjas, mujer. ¿De verdad crees que habría soportado tu insubordinación bañada de drogas y tus aires de superioridad durante tanto tiempo si no te valorara por algo más aparte de tu servilismo? Sabe la Revelación que recibo suficiente de eso por parte del resto de la corte. Tú, Archeth, confío en que me digas la verdad, aunque me moleste. Así que adelante. Moléstame, si es eso lo que te propones. ¿Qué pasa con Ennishmin?

—Sí, mi señor. —El krin estaba acumulando un deseo incontrolable de chillarle

en la cara. Se contuvo a duras penas—. Cuando mencioné el origen del ídolo a los timoneles, ambos concluyeron, cada uno por su cuenta, que la incursión de Khangset se debió tal vez a un error de orientación por parte de los dwenda. Que pretendían llegar al este de Ennishmin y la reubicación del ídolo los despistó. Imaginaos intentando seguir un mapa de miles de años de antigüedad. Sería fácil cometer errores.

—De modo que estas criaturas no son perfectas. Nada de esencias angelicales condensadas en carne y hueso, como promete la Relevación. Supongo que es un consuelo.

—Distan de ser perfectos, mi señor. Lo que me dijeron los timoneles sugiere una naturaleza feroz e impulsiva, gobernada apenas por la sabiduría que deben de haber acumulado tras un millón de años, si no más, de existencia inmutable. Y… —Vaciló, porque tan sólo recordar la siguiente pieza del puzzle provocó que un escalofrío le arañase la columna—. Según Angfal, es posible que ni siquiera estén cuerdos, al menos no tal y como nosotros entendemos ese concepto.

Jhiral frunció el ceño.

—He oído decir lo mismo de extranjeros y enemigos antes, y no suelo fiarme. Demasiado condenadamente conveniente, es la forma más rápida y fácil de ignorar la diferencia. «Uy, es que no son como nosotros, están locos». Te ahorra el tener que pensar demasiado. Decían que los majak estaban locos la primera vez que nos topamos con ellos, decían que eran bestias semihumanas que aullaban y devoraban a las personas, y resultó que sólo eran mucho más duros que nosotros en el campo de batalla. Venga, Archeth, he oído decir en ocasiones que tu pueblo estaba loco según los estándares humanos.

—Sí, mi señor. Precisamente lo que quería decir Angfal. Los cambios… mentales… que experimentaron los kiriath en su viaje hasta aquí parecen haber sido el resultado de un solo tránsito por los espacios entre los mundos, una sola exposición. Los dwenda, al parecer, viven en estos espacios, los habitan como algo natural. No quiero ni pensar qué debe de haber hecho eso con su cordura. Estoy convencida de que un humano no podría sobrevivir ileso.

Jhiral se quedó sentado y pensativo por un momento. Apoyó el brazo en el sillón, acomodó la barbilla sobre un puño cerrado con delicadeza y miró fijamente a Archeth como si esperara que se desvaneciera. Suspiró.

—Entonces me estás diciendo… en serio crees esto, Archeth… que estos seres de tan inmenso poder y tal vez dementes tienen algún interés especial en Ennishmin. —Otra vez la risa tosida, el gesto despreciativo—. Bueno, quiero decir, sí que tendrían que estar locos, ¿verdad? Una provincia septentrional en el culo del mundo que se gana la vida cultivando nabos y cazando serpientes de la ciénaga, y que a duras penas logra pagar los impuestos todos los años. ¿De qué les iba a servir?

—Los timoneles creen tener una explicación, mi señor. Parece que lo que ahora es el este de Ennishmin fue una vez el escenario de una batalla decisiva contra los

dwenda. Al parecer, los pantanos al extremo oriental de la provincia no son del todo naturales. Según Angfal, fueron creados por un arma catastrófica que los kiriath emplearon allí. Me pregunto si ese arma no tendría algún efecto sobre las barreras entre los mundos, volviéndolas quizá más fáciles de traspasar que en otra parte. Las historias sobre espectros y apariciones parecen persistir en la cultura local, y existe una especie de mercado para los llamados artefactos aldraínos, objetos recuperados de los pantanos que se supone que tendrían poderes sobrenaturales.

Jhiral soltó un bufido. Archeth asintió con una dosis medida de aquiescencia.

—Sí, es improbable, estoy de acuerdo. De hecho, estos artefactos tal vez no sean más que despojos abandonados por los ejércitos kiriath en el pasado. Pero también podría haber un ápice de verdad en las historias. En los mercados y las tiendas especializadas de Trelayne, donde el saber aldraíno es una afectación entre los ricos, a menudo he visto objetos que no parecían ser de manufactura humana, pero tampoco recordaban a nada que pudiera haber construido mi pueblo.

—¿Insinúas que los dwenda han regresado al escenario de una antigua derrota? ¿Para qué? ¿Venganza? —Jhiral sacudió la cabeza. Incluso sonrió, aunque a Archeth le pareció ver una sombra de amargura en sus labios—. Bueno, llegan un poco tarde para eso. Quizá alguien debería ir allí arriba y decirles que se acaban de perder a sus antiguos enemigos, que se marcharon por An-Monal. A lo mejor así nos dejarían en paz.

—O a lo mejor no, mi señor. Según parece, la guerra contra los dwenda fue una alianza entre kiriath y humanos, algo parecido a la guerra contra el Pueblo Escamoso. Si tu adversario ha huido pero sus perros siguen cuidando la chimenea, ¿qué harías con esos perros?

Jhiral asintió. Era una lógica que comprendía.

—Así que quieres ir a Ennishmin. ¿Es eso?

—Creo que dirigir una fuerza expedicionaria podría ser aconsejable. Mil hombres, pongamos por caso, con refuerzos de ingeniería, podrían…

—¿Mil hombres? —exclamó Jhiral consternado—. ¿Acaso crees que sólo tengo que chasquear los dedos para conseguir mil hombres? No estamos en guerra, ¿sabes?

—No, mi señor. Todavía no, al menos.

—Bah, que ridiculez. —El emperador se puso en pie de repente, se dirigió a la ventana con paso decidido y miró fijamente al exterior. Regresó—. Y… mira… aunque así fuera, Archeth, aunque éste fuera el preludio de algún tipo de conflicto… el ataque llegó de Khangset, del oeste y del océano. Me estás pidiendo que envíe una gran fuerza a mil quinientos kilómetros de distancia, a una frontera completamente distinta, todo ello basado en poco más que las murmuraciones de una maquinaria senil y una teoría que todavía no has consultado con la almohada.

—Mi señor, comprendo…

—Bueno, me parece que no, Archeth. —Su voz arrolló la de ella ahora—. Me parece que no te has dado cuenta, tan ciega que te tienen tu narcotizada autoestima

lastimada y tu obsesión, de que aquí estamos intentando dirigir un imperio. En estos momentos tenemos a la Liga de Trelayne aporreando el suelo con los pies y elevando diplomáticas voces airadas sobre las restricciones comerciales otra vez; esos putos malnacidos se olvidaron muy rápido de quién los mantuvo a flote durante la guerra… y a todos los efectos están construyendo una flota nueva para reforzar su postura. Tenemos un resurgimiento de la piratería a lo largo de la costa del sur, algún tipo de cisma religioso de mierda en Demlarashan que probablemente necesitará ser controlado por medio de antidisturbios antes de que termine el año. Y para colmo de males tengo gobernadores de provincias desfilando por mi sala del trono todos los putos meses como un reloj para llorarme sobre líneas de suministros, bandidaje y crisis de sanidad pública, pero ni uno solo de ellos quiere presentarse con los impuestos que necesitaríamos para resolver esos problemas. El meollo de la cuestión es, Archeth, que no puedo darte tus putos mil hombres, porque no tengo mil putos hombres de sobra.

Y eso fue todo.

Archeth recogió a su caballo y regresó a la ciudad, mascullando para sus adentros y rechinando los dientes; claros indicios (*ni puta falta que me hacen*) de que se había pasado con el krinzanz. El sol de media mañana, cada vez más fuerte, le zahería los ojos, recubría sus hombros con la promesa del calor del día por venir. Lo peor de todo era la certeza en su fuero interno de que a Jhiral no le faltaba razón. El Imperio no disponía de un excedente de capacidad militar. Los muertos en combate se contaban por decenas de miles, y la devastación sembrada por el Pueblo Escamoso era monumental. A lo largo y ancho de todo el dominio imperial, la población todavía estaba empezando a recuperarse con nuevos nacimientos. La mayoría de las granjas y las fábricas seguían estando desesperadamente faltas de mano de obra. Las levas se habían reducido en cuanto pudieron forjarse con Trelayne una paz duradera y una frontera estable, no porque el Imperio estuviera cansado de la guerra, sino porque los consejeros económicos de Akal le habían dicho sin rodeos que si no aminoraba la demanda de soldados cuanto antes, sus cosechas se pudrirían en los campos y sus súbditos morirían de inanición. Era eso más que ninguna otra cosa lo que había puesto un abrupto y conciliador freno a las ambiciones imperiales en el noroeste.

Enséñame pruebas, le había dicho Jhiral mientras Archeth se iba. *Algo sólido. Volveré a poner al ejército en pie de guerra si hace falta, pero no lo haré movido por los rumores, las conjeturas y un puñado de baratijas que viste una vez en algún escaparate de Trelayne*.

Dadme entonces una fuerza reducida, había implorado Archeth. *Unos pocos cientos. Dejad…*

No. Lo siento, Archeth. Parecía lamentarlo de verdad. *Además, te necesito aquí. Si hay una crisis, necesito poder localizarte en el acto, lo cual me sería imposible si te*

fueras disparada al extremo equivocado del Imperio.

Quizá incluso tuviera *razón*. A pesar de su estilo de vida degenerado, no era estúpido.

De pronto le vinieron a la cabeza las pálidas curvas de Ishgrim, pensó en poseerlas como había hecho Jhiral, como poseía ahora a las tres chicas dormidas en su cama. Poseer la creencia, no, ni siquiera eso, poseer la certeza de que ésta era carne que tenías derecho a usar como cualquier otra propiedad comprada que tuvieras en casa. Como la carne de la fruta que guardabas en la despensa, el cuero de un jubón que te gustaba ponerte.

A lo mejor la estúpida eres tú, Archidi. ¿Alguna vez te has parado a pensarlo?

Desmontó en el silencio bañado por el sol del patio, hostigada por los pensamientos murmuradores que la rondaban. Ni rastro del chico del establo. En fin, no destacaba por su intelecto, pero aun así, debería haber oído los cascos de Idrashan sobre los adoquines cuando llegó. Miró agriamente de reojo hacia los establos, sintió una punzada de rabia impulsada por el krin y la reprimió con sumo cuidado. *No la pagues con los criados*, le había dicho Flaradnam cuando tenía seis años, y no lo había olvidado. Condujo a Idrashan hasta el poste cruzado junto a los establos, enrolló las riendas allí y fue a buscar a Kefanin.

Lo encontró.

Cubierto de sangre y arrastrándose a cuatro patas, justo dentro de la puerta principal. La había oído llegar, estaba intentando levantarse. La sangre formaba una mata oscura y apelmazada entre los cabellos de un lateral de la cabeza. Goteaba de su rostro en las losas, trazaba una línea entrecortada que marcaba su camino.

Archeth se detuvo en seco, rígida por la sorpresa.

—¿Kef? ¿Kef?

Kefanin levantó el rostro hacia ella, silabeando, imitando el repetido boquear silencioso de un pez fuera del agua. Archeth cayó de rodillas a su lado, lo abrazó y acercó la oreja a su boca. Dejó que la sangre le embadurnara una mejilla.

—Lo siento, mi señora —musitó el hombre con un hilo roto de voz, apenas audible—. Intentamos detenerlos. Pero se la llevaron.

Capítulo 25

Para Ringil, los días siguientes fueron como sueños febriles causados por alguna herida de guerra que se negaba a sanar.

No sabía con certeza hasta qué punto lo estaba induciendo Seethlaw por sus propios motivos y hasta qué punto se debía a la reacción normal humana que solía darse ante el tiempo transcurrido en la marca aldraína. En cualquier caso, era espantoso. Paisajes e interiores que creía reales se fundían de repente sin previo aviso, se derrumbaban a su alrededor como paredes de cera rendidas ante una llama; peor aún, tras ellos había un resplandor que rutilaba con frialdad como la luz anular sobre aguas lejanas, y un sentimiento de exposición al vacío que le daba ganas de ovillarse y llorar. Iban y venían figuras que era imposible que estuvieran allí; se inclinaban sobre él y le conferían crípticos fragmentos de sabiduría, todos ellos con la intimidad glacial de unas serpientes que sisearan en su oído. A algunas las conocía, mientras que otras venían acompañadas de una cuasi familiaridad sobrecogedora que sugería que debería conocerlas, que quizá las habría conocido si su vida hubiera tomado un derrotero un poco distinto. En cualquier caso, todos afectaban conocerlo, y la lógica onírica de su asunción era lo que aprendió a temer más que nada, porque estaba casi seguro de que sentía cómo algunos aspectos de su ser se diluían o fluctuaban en respuesta.

Si es verdad, pontificó Shalak, una cálida noche de primavera en el jardín que había detrás de la tienda, *si es realmente un hecho que los reinos aldraínos se encuentran fuera del tiempo, o al menos en los bajíos de las orillas del tiempo, eso significa que las restricciones del tiempo no se aplicarán a nada que se adentre allí. Piensa en eso un momento. Olvídate de las viejas chorradas de la ciénaga sobre jóvenes seducidos por doncellas aldraínas para dormir una sola noche con ellas, tras la cual regresan a sus hogares y descubren que han pasado cuarenta años. Eso es lo de menos. La falta de tiempo presupone también una falta de límites sobre lo que puede suceder en cualquier momento dado. Vivirías dentro de un millón de posibilidades distintas a la vez. Imagínate la fuerza de voluntad necesaria para sobrevivir a eso. El campesino humano medio se volvería loco de remate*.

Piensa en eso, repitió, y se inclinó sobre él para susurrar: *Danos un beso, Gil*.

Ringil respingó. Shalak osciló y se alejó, al igual que una enorme porción del jardín que tenía a su espalda. Flaradnam entró por el espacio borroso que dejó y se sentó frente a él como si fuera lo más natural del mundo.

La cuestión es, Gil, que si yo hubiera adoptado esa actitud en la Quebrada del Patíbulo, ¿dónde estaríamos ahora? Jamás habría regresado de una pieza.

¿Qué actitud? Ringil sacudió la cabeza, aturdido, contempló fijamente las escarpadas facciones de antracita. *No regresaste, Nam. Ni siquiera llegaste a la*

Quebrada del Patíbulo. Moriste en la mesa del cirujano.

Flaradnam hizo un mohín, como si acabara de escuchar un chiste de mal gusto. *Bah, venga ya. Entonces, si no fui yo, ¿quién dirigió la carga de la Quebrada?*

Yo.

¿Tú?

¡Sí! ¡Yo! Ahora gritaba. *Joder, estabas muerto, Nam. Dejamos tu cadáver para los lagartos*.

Gil, ¿qué te pasa? No estás bien.

Etcétera.

—¿Te acostumbras alguna vez? —preguntó a Seethlaw, sobre una crepitante fogata en un bosque en el que no recordaba haberse adentrado. La densa fragancia verde de las agujas de pino se entremezclaba con el humo. Estaba tiritando, pero no de frío—. ¿Cuánto tiempo hace falta?

El dwenda ladeó la cabeza.

—¿Acostumbrarse a qué?

—Bueno, ¿a ti qué te parece? A los fantasmas, las visitas que estoy recibiendo. Y no me jodas que no las ves.

Seethlaw asintió, más para sus adentros que para el humano que tenía enfrente.

—No, tienes razón. Las veo. Pero no igual que tú. No son mis alternativas, no significan nada para mí. Veo un tenue remolino de movimiento a tu alrededor, eso es todo. Como una neblina. Siempre es así con los humanos.

—Ya, bueno, a tu alrededor no hay ninguna puta neblina —espetó Ringil—. ¿Cuánto tiempo antes de que aprenda a hacer eso?

—Más del que tienes, sospecho. —El dwenda fijó la mirada en el fuego, y su luz tornó incandescentes sus ojos—. Ningún humano lo ha conseguido nunca, que yo sepa, excepto tal vez… Bueno, pero en realidad tampoco era del todo humano.

—¿Quién?

—Ya no tiene importancia. —Seethlaw levantó la cabeza y sonrió con tristeza—. Cuánto tiempo, preguntas. La verdad, no lo sé. Yo nací con ello, todos lo hicimos. Nuestros jóvenes entran y salen parpadeando de los lugares grises desde que nacen.

Más tarde, caminaban en fila india por un sendero desgastado entre los árboles que atravesaba el lomo de la colina. Ringil seguía a la figura de anchos hombros del dwenda sin hacer preguntas, algo que se le antojaba equivocado, pero de un modo extraño que no lograba definir. Un fulgor pálido pero creciente se filtraba entre los troncos de corteza aserrada y permitía ver mejor el suelo, sin llegar nunca a convertirse en luz auténtica.

—¿Adónde vamos? —preguntó a la espalda de Seethlaw.

—Adonde tú querías. —La voz llegó flotando hasta él por encima del hombro del dwenda. Seethlaw no se giró ni aminoró el paso—. Voy a cumplir con tus

obligaciones por ti.

—¿Y por qué harías algo así?

Una risita lasciva que punzó la entrepierna dulcemente dolorida de Ringil.

—Tienes muy poca memoria, Ringil Ojos de Ángel.

—Suerte que tengo memoria —masculló Ringil—. En un sitio como éste.

Y se estremeció otra vez.

De nuevo en el jardín, había un soldado canoso con el uniforme de la caballería imperial que afirmaba conocerlo y hablaba sin cesar de campañas en el desierto en las que Ringil jamás había participado.

Como si no le hubiéramos advertido al viejo Ershnar Kal que no abandonara las colinas aquella vez, ¿verdad? Putos amantes de la costa, no tienen ni idea de cómo librar una guerra en el desierto. No me extraña que los caras escamosas los destrozaran antes de que regresáramos. ¿Recuerdas lo que hicieron con las costillas de Kal, cómo lo dejaron?

No, no lo recuerdo. Empezaba a desesperarse porque los horrores de una imagen vociferante, abrasada por el sol que no había visto jamás empezaban a entrar goteando en su cabeza. *Como te decía, nunca estuve en ese puto lugar*.

Tuve pesadillas durante meses después de aquello. El imperial parecía estar ignorando sus protestas. Pero quizá tuviera que hacerlo, quizá todos tuvieran que hacerlo, igual que Ringil debía resistir las falsas asunciones sobre él de cada nueva aparición, a fin de seguir existiendo. *Todavía las tengo a veces cuando el verano es duro, todavía me despierto sudando y gritando, soñando con que los caras escamosas surgen de la arena a nuestro alrededor. ¿Alguna vez sueñas cosas parecidas?*

El Pueblo Escamoso surgió del mar, le dijo Ringil con firmeza. *Nunca estuvieron en el desierto. Salieron del océano occidental y los devolvimos allí con el rabo entre las piernas. Eso es lo que recuerdo, ésa es la puta realidad. Y tampoco sé quién cojones eres tú*.

Dolor y sorpresa en los ojos del soldado. Ringil pensó en la reacción de Darby cuando le ofreció dinero y se imaginó la cara que debió de poner cuando Iscon Kaad lo ensartó. Bajó la mirada, avergonzado.

—Tienes que resistir, Gil —dijo Gracia del Cielo con un tono que denotaba su incomodidad. No había rastro del soldado desconocido, pero el jardín seguía estando allí—. Es lo mejor.

—¿Sí? —respondió Ringil con voz pastosa—. ¿Para quién coño es lo mejor?

—Nadie quiere que resultes herido.

—Puto chaquetero, pedazo de mierda. Con tu casa en los Claros.

—Ah, ya veo. Eso está reservado para los Eskiath de este mundo, ¿verdad? Imagino que se suponía que debería seguir siendo pintoresco para ti aquí en los

arrabales.

Ringil conjuró una mueca defensiva.

—¿Qué ocurre, Gracia? ¿Quieres ser como yo? Te esfuerzas demasiado.

Milacar apartó la mirada. Ringil esperó a que se disolviera igual que el soldado, pero descubrió que en el fondo quería que volviera.

—Siento lo de Girsh —dijo—. Pero creo que Eril tuvo tiempo de escapar. Creo que lo consiguió.

Gracia del Cielo gesticuló con impaciencia; un movimiento rápido y furioso, con el rostro girado todavía. Negándose a mirar atrás o sostener la mirada de Ringil.

Salieron de la oscuridad cavernosa y zigzaguearon entre un amasijo de gigantescos peñascos de granito incrustados en fina arena blanca. Ringil no sabía cuánto tiempo llevaban caminando; el jardín era lo último que recordaba con claridad, y antes de eso, con menos nitidez, el sendero del bosque. Ahora, sobre su cabeza, el tosco y ascendente techo de la cueva marina de la que acababan de emerger formaba un aserrado marco superior para su vista de la playa hasta la espuma. Sobre el mar, el firmamento nocturno mostraba un puñado de estrellas y…

Ringil se detuvo de golpe.

—¿Qué cojones es eso?

Seethlaw hizo una pausa entre dos peñascos, echó un breve vistazo de soslayo.

—La luna.

Ringil contempló fijamente el sucio disco amarillo que refulgía con suavidad y que reposaba grávido justo por encima de la línea del horizonte. Los parches más oscuros semejaban manchas sobre su resplandor.

—Parece el sol —murmuró—. Pero es tan… vieja, mírala. Casi como si estuviera desgastada. ¿Es por eso que la luz es tan débil aquí?

—No.

—¿Es la Casa Celeste de la que hablan los majak?

Una nota de impaciencia se filtró en la voz del dwenda.

—No, no lo es. Y ahora no te separes. No estamos del todo en nuestro territorio.

—¿A qué te…? —Ringil dejó la frase flotando en el aire.

Había figuras en la espuma.

Al principio pensó que serían estatuas o rocas con forma humana, dado su estatismo. Pero entonces se movieron, y Ringil sintió cómo una fría bocanada de miedo recorría su espalda ante el brusco cambio. Estaban a unos veinte metros de distancia, y la luz era inexacta, pero le pareció que tenían senos, enormes ojos luminosos y bocas circulares como lampreas.

—No me vendría mal tener un arma —siseó para la espalda de Seethlaw.

—La tienes —respondió el dwenda con aire distraído—. Tu espada la llevas a tu espalda y ese mugriento diente de reptil con el que te das tanta maña, en tu cinturón.

Como si fueran a servirte de algo como esto se tuerza.

Ringil se palpó el hombro; encontró la correa de su funda allí colgada y la empuñadura de la Críacuervos en su sitio y a mano. Hacía tan sólo unos momentos hubiera jurado que no sentía ningún peso.

—No la toques. —Había una tensa advertencia en el tono de Seethlaw—. Limítate a sonreír a las akyia, mantente lejos del borde del agua y sigue caminando. Lo más probable es que nos dejen en paz.

Encabezó la marcha alrededor de un amasijo de bloques de granito. Ahora la fina arena pálida que pisaban estaba mojada y la espuma quedaba más cerca. Las figuras del agua deambulaban de un lado para otro, y una o dos de ellas desaparecieron bajo las olas, pero por lo demás parecían conformarse con ver pasar de largo a sus visitantes.

—No están armadas —señaló Ringil.

—No, no lo están. No lo necesitan.

Avanzaron a lo largo de la playa, suavemente inclinada, por dentro y fuera de los peñascos semienterrados y los bloques de piedra ladeados. La débil luz del sol fantasmal convertía las rocas en negras siluetas sobre la arena. Ringil vio ahora que las (se esforzó por recordar el nombre que les había dado Seethlaw) «akyia» estaban igualando su paso, zambulléndose bajo la superficie en secuencia, un grupo cada vez, para resurgir veinte o treinta metros más lejos y esperar a que sus compañeras las alcanzaran. Un ruido chirriante, succionador, parecía ir y venir tenuemente en el viento que soplaba racheado entre el siseo de las olas.

Seethlaw se detuvo y ladeó la cabeza para escuchar. A Ringil le pareció ver la sombra de una sonrisa en las comisuras de sus labios.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Están hablando de ti.

—Ya, claro.

Ahora al parecer su camino volvía a alejarlos de la orilla. El techo cavernoso de la cueva marina dio paso a unas secciones donde los acantilados que se alzaban sobre su cabeza se habían derrumbado formando gigantescas montañas de escombros. Seethlaw lo condujo entre todo ello, remontando una angosta quebrada entre bloques ebriamente inclinados, cada uno del tamaño de un carruaje imperial volcado. El ascenso empezó a alejarlos del mar. Ringil volvió a llevar la mano al pomo de la Críacuervos.

—¿Cuándo me has devuelto la espada?

—La tenías desde el principio, pero no eras consciente de ello. Es un truco de lo más sencillo. Eso sí que podría enseñártelo.

—¿Llevo cargando con esto todo el rato? ¿Incluso en el bosque, cuando acampamos?

Seethlaw miró atrás hacia él, sus labios temblaron de nuevo.

—Todavía no hemos llegado al bosque.

Ringil sintió que sus piernas se quedaban sin fuerzas como si éstas se le escaparan por los poros de la piel. La pared de roca que quedaba a su izquierda pareció cernirse sobre él de repente.

—Entonces…

—¡Silencio!

Seethlaw se había detenido en seco en el estrecho espacio que se extendía ante él, con un puño cerrado en alto, al estilo de un explorador, indicando discreción. Muy suavemente, sin mover ninguna otra parte del cuerpo, asintió con la cabeza hacia arriba. Ringil siguió la dirección de su mirada, y se quedó sin aliento.

Joder.

Al parecer, una de las akyia no se había conformado con quedarse en el océano y verlos alejarse. Estaba agazapada en lo alto del bloque que tenían a su derecha, a dos metros sobre su cabeza, inmóvil como un lagarto, con los brazos extendidos a los lados. Unas manos de aspecto poderoso se curvaban como garras en las fisuras y los accidentes del granito.

La mano de Ringil voló hasta la empuñadura de la Críacuervos. La akyia ladeó la cabeza, fijos en el movimiento sus ojos como lámparas.

—¡Te he dicho que no toques eso, joder!

Por primera vez desde que conocía al dwenda, a Ringil le pareció oír temor genuino en la voz meliflua de Seethlaw. Dejó caer la mano al costado. La akyia giró la cabeza otra vez, mirándolo directamente a los ojos. Era como un golpe físico.

—No hagas ninguna estupidez —dijo Seethlaw con voz apenas audible—. No te muevas, no hagas ningún movimiento brusco.

Ringil tragó saliva y se acordó de respirar. Sostuvo la mirada de la criatura mientras su mente buscaba comparaciones.

La akyia parecía una mujer salida de las pesadillas de un proxeneta de la zona portuaria, algo materializado a partir de los humos de demasiadas pipas de flandrijn y el constante y sigiloso lamer del agua contra los pilares de debajo del embarcadero. Tenía largos cabellos y grandes pechos, piel pálida a la luz del sol desgastado, y músculos torneados por una vida en el agua. Pero el pelo caía en guedejas de un cráneo construido con ángulos que daban ganas de gritar. Los ojos eran del tamaño de puños apretados, y aunque Ringil presentía una inteligencia feroz en su mirada, estaban hundidos en unas cuencas que tenían más en común con el cráneo de un lagarto que con nada humano. Los pómulos de gruesas crestas los forzaban atrás y arriba, separando las facciones superiores de un rostro inferior sin barbilla que parecía completamente prensil, y que en esos momentos mantenía la boca circular de lamprea apuntada a los intrusos como otro ojo gigantesco.

Se elevó en el ángulo de la roca y bajó gateando un par de pasos hasta quedar casi colgando cabeza abajo de la pared sobre ellos. Ringil observó fascinado mientras las oscuras siluetas de dos largas extremidades superiores pobladas de aletas se enroscaban tras su cabeza. Podía oír cómo chirriaban mientras buscaban asidero en lo

alto del bloque.

Carraspeó.

—Quédate dónde estás —murmuró Seethlaw—. Si quisiera hacerte daño, lo habría hecho ya.

La akyia descendió con ayuda de sus garras por la pared de roca hasta quedar suspendida boca abajo por completo, a un brazo de distancia de la cabeza de Ringil. Traía consigo las vaharadas salobres de su cuerpo, entrelazada la ráfaga fresca de agua marina con elementos más fragrantes que eran curiosamente parecidos al olor de Seethlaw. Su cabello colgaba ante sus ojos como una maraña de hilos de una red destrozada hasta que, con un movimiento sorprendentemente femenino, levantó una mano de la roca y barrió las hebras para acomodarlas detrás de su cabeza. Una membrana nictitante parpadeó sobre el ojo izquierdo, el circular labio de músculo que rodeaba la boca se ensanchó y se contrajo como un iris, y Ringil, mirando fijamente con tortícolis, vio cómo unos anillos concéntricos de dientes se erigían brevemente y volvían a replegarse contra la garganta. Tragó saliva con dificultad y combatió la terrible sensación de vulnerabilidad que hormigueaba por su cara y su cuero cabelludo. Intuía que la akyia era capaz de abrirle la cabeza con la misma facilidad con la que el machete de un pescador de Yhelteth podía abrir un coco.

De las profundidades de la garganta del ser surgió el mismo chirrido glutinoso que había oído antes. Ladeó la cabeza adelante y atrás entre el hombre y el dwenda como si la desconcertara la yuxtaposición.

Por el rabillo del ojo, a Ringil le pareció ver que Seethlaw asentía.

Entonces, veloz como una lagartija en fuga, la akyia giró en redondo sobre la roca y desapareció tras la cornisa en un sucinto contoneo de curvas pálidas y patas como resortes. Ringil oyó cómo se alejaba correteando hacia algún lugar sobre sus cabezas.

Hundió los hombros con alivio mientras el corazón le aporreaba el pecho por la conmoción de aquel último movimiento inesperado.

Deseó haber llevado encima algún tipo de arma.

Estaban follando, en alguna parte, sobre la fría hierba perlada de rocío, dentro de un anillo de piedras erectas y amortajadas por la niebla, bajo unas estrellas que no reconocía. Había un sabor en el acto, un abandono descarnado que lo zahería como un puñetazo en la boca; Seethlaw agachado, desnudo y marfileño, a cuatro patas ante él, jadeando y gruñendo como un perro mientras Ringil se agazapaba y lo embestía por detrás, con las manos engarfiadas tirando del gozne del cuerpo doblado del dwenda donde se unían las caderas y los muslos. Una sensación trémula de exposición iba y venía por su piel, como si las piedras erectas fueran espectadores mudos pero excitados hasta la crispación que habían pagado por ver lo que los dos estaban haciendo. Ringil, febril de pasión, buscó la polla del dwenda, la encontró dura como una piedra y palpitando al borde del clímax.

Su roce desató los últimos latigazos de su control; se oyó gruñir a sí mismo ahora, se vio como si estuviera elevado fuera de las piedras erectas, martilleando con desenfreno contra las nalgas separadas de Seethlaw, bombeando el mango en su mano hasta que se encabritó contra su presa y el dwenda aulló y arañó la hierba y Ringil se corrió tras su estela, como si estuviera respondiendo a una llamada.

Y hundiéndose, desplomándose hacia delante, como un edificio en llamas cayendo al río, con la mano atrapada bajo el cuerpo del dwenda mientras caían, ordeñando aún con frenesí la polla de Seethlaw en la hierba mojada, con la cara aplastada con fuerza entre los anchos omoplatos pálidos, riendo y sollozando y de nuevo las lágrimas, heladas esta vez, mientras se derramaban sobre la piel del dwenda.

Por las colinas bajas que ondulaban bajo un cielo densamente tachonado de estrellas se extendía una carretera de piedra negra construida para gigantes. Su superficie estaba rota y conquistada por la maleza que pisaban pero se extendía quince o veinte metros a ambos lados de ellos. Mientras la recorrían, de vez en cuando pasaban por debajo de unos pálidos puentes de piedra más altos que la Puerta Oriental de Trelayne. A la derecha había racimos de torres apiñadas contra los flancos de las colinas como centinelas. La mirada de Ringil no dejaba de deslizarse hacia ellas. Había algo equivocado en la arquitectura: las torres carecían de rasgos; su estructura eran tan básica y plana como la de los edificios que pudiera dibujar un niño, sólo que alcanzaban una gran altura; llegaban tan alto que parecían extenderse más allá de cualquier dimensión humanamente práctica.

—¿Vive alguien ahí? —preguntó a Seethlaw.

El dwenda echó un largo vistazo de reojo a las torres.

—No si hay cualquier otra opción —dijo crípticamente—. No por voluntad propia.

—¿Quieres decir que son prisiones?

—Se podría decir, sí.

Por un momento, Jelim caminó junto a ellos por la carretera, pero era un Jelim que Ringil nunca había conocido. La torva apostura estaba cambiada, desgastada en algo más viejo y más astuto de lo que Jelim había tenido nunca la posibilidad de ser. Parecía, pensó vagamente Ringil, un joven y exitoso capitán de navío, con bastante mundo recorrido como para haberse vuelto sabio, pero no lo bastante viejo como para estar cansado. Parloteaba con aplomo de cafetería, sonreía a menudo y tocaba a Ringil con una confianza franca que parecía propia de algún mural fantástico que Gracia del Cielo podría encargar para el techo de su dormitorio.

¿Y cómo le van las cosas a tu padre?

Ringil se lo quedó mirando fijamente. *Será una puta broma*.

Lo vi en la calle hace un par de meses. Jelim frunció el ceño, buscando el

recuerdo ficticio. *En Tervinala, creo que fue. Pero ya sabes cómo es, en realidad ninguno teníamos tiempo para pararnos a hablar. Dale recuerdos de mi parte, ¿quieres? Dile que añoro todos aquellos debates frente al fuego en los que solíamos enzarzarnos con él*.

Claro. Se lo diré.

En algún momento que no lograba recordar con claridad, Ringil había desistido de discutir con sus fantasmas.

En cualquier caso, esta vez, el terreno parecía un poco más sólido. La tenue imagen de las noches joviales alrededor de la chimenea con Gingren podía hacer una incursión sigilosa, pero no tenía ni la más remota posibilidad de arraigar en su cabeza.

Empero, cuando Jelim se inclinó sobre él, le alborotó el cabello y lo besó casualmente en el cuello como siempre hacía el otro Jelim, le dolió. Y cuando la alternativa lo abandonó, sin despedirse, tan sólo con un lento fundido, exclamando *¡Venga chicos, aceleremos un poco el paso, queréis!*, riendo y avanzando a grandes zancadas hacia la transparencia y después hacia la nada… Cuando eso ocurrió, Ringil notó un dolor parecido al que sintió la primera vez que se enfrentó al dwenda y la tormenta azul que lo envolvía.

Más tarde acamparon bajo uno de los gigantescos puentes pálidos y Seethlaw conjuró un fuego a partir de una elaborada botella de culo ancho que portaba. Lo que fuera que contenía el recipiente ardía con una espectral llama verdosa, pero irradiaba una reconfortante oleada de calor desproporcionada para su tamaño. Ringil se sentó y contempló las sombras que cabriolaban por la pálida columna de piedra tras el dwenda.

—Cuando invocas la tormenta —dijo despacio—, ¿qué sientes?

—¿Que qué siento? —Seethlaw daba la impresión de haberse quedado adormilado—. ¿Por qué tendría que sentir nada? Es poder, sólo es… poder. Energía, y la voluntad para desplegarla. Al final, la magia se reduce a eso, ¿sabes?

—Creía que la magia tendría sus reglas.

—¿Sí? —Sus labios carnosos dibujaron una sonrisa torcida—. ¿Y dónde has oído eso? ¿En el mercado de Strov?

Ringil ignoró la pulla.

—¿No te duele? ¿La tormenta?

—No. —Una expresión de comprensión tardía—. Ah, eso. El pesar, ¿te refieres a eso? ¿Esta sensación de pérdida? Sí, él también hablaba siempre de ello. Es algo mortal, que yo sepa. La tormenta de aspectos es una deformación en el tejido de todos los resultados posibles permitidos por el universo. Reúne las alternativas como una novia recogiendo su vestido. Para un mortal, esas alternativas son en su mayoría sendas que no tomará nunca, cosas que no hará jamás. A cierto nivel, el organismo parece ser consciente de ello.

¿Él?

Pero era una curiosidad pasajera. Había demasiadas cosas. La tristeza dejada por Jelim seguía aferrándose al corazón de Ringil en pliegues arrugados.

—Pero tú no lo sientes —dijo con amargura—. Eres inmortal, ¿verdad?

Seethlaw esbozó una sonrisa delicada.

—Por ahora.

Y entonces su mirada se desvió a la izquierda, entornó los párpados. Ringil oyó pasos en la carretera de piedra negra a su espalda.

—… Seethlaw…

Era una voz femenina, fluida y melodiosa pero un tanto amortiguada; el nombre del dwenda fue lo único que pudo distinguir Ringil, e incluso eso estaba estirado y retorcido hasta volverlo prácticamente irreconocible. Giró la cabeza y vio al fulgor del fuego que una figura se erguía a su espalda. Iba vestida de negro, lucía una espada bastarda cruzada a la espalda y tenía la cabeza lisa y redondeada. Tardó un par de segundos en comprender que estaba contemplando a alguien con el traje y el yelmo que le había enseñado Seethlaw bajo la ciudad. Entonces la figura levantó una mano al bulbo sin rasgos de su cabeza y levantó el visor de cristal. Enmarcado en el espacio que quedaba detrás había un rostro de dwenda con los ojos vacíos.

Un estremecimiento recorrió los hombros de Ringil; no pudo evitarlo. Por un momento a la espectral y poco fiable luz del fuego bajo el puente, la oscuridad sin rasgos de los ojos del recién llegado pareció fundirse con el negro del casco, y las facciones blancas como el hueso adoptaron el aspecto de una fina máscara esculpida con las cuencas oculares vacías, un casco dentro de un casco, montado sobre los hombros de una armadura que, se lo decía el instinto, no debía de contener nada salvo el mismo vacío que yacía tras los ojos.

Seethlaw se levantó y se acercó al recién llegado para darle la bienvenida. Se tomaron las manos holgadamente a la altura de la cintura, casi como dos niños que se prepararan para jugar a dame una palmada si puedes. Conversaron unos segundos en lo que parecía ser la misma lengua que empleaba el desconocido, hasta que Seethlaw señaló a Ringil y adoptó el antiguo dialecto naómico que había hablado hasta entonces.

—… mi invitado —dijo—. Si tienes la bondad.

El dwenda femenino estudió a Ringil unos instantes, mostrando toda la emoción de la máscara que había parecido lucir tan sólo un momento antes. Luego su boca se curvó en una media sonrisa torcida y a Ringil le pareció que musitaba algo entre dientes. Levantó el pulido yelmo negro de su cabeza (se levantó despacio, como si estuviera muy ceñido), sacudió la melena sedosa, no tan oscura como la de Seethlaw, y giró la cabeza atrás y adelante un par de veces para desentumecer los músculos del cuello. Ringil oyó crujir sus vértebras. El nuevo dwenda se colocó el yelmo debajo de un brazo y avanzó, con la mano izquierda libre extendida lánguidamente para hacer la mitad del saludo que había compartido con Seethlaw.

—Mis respetos a los de tu sangre. —Su naómico, aparte de ser arcaico, estaba

muy oxidado—. Estoy con el nombre de Risgillen de Ilwrack, y hermana de ya conoces a este Seethlaw. ¿Cómo te llaman?

Ringil aceptó la mano ofrecida como había visto hacer a Seethlaw, preguntándose si estaría siendo menospreciado con esta casual variante de un solo brazo.

—Ringil —dijo—. He oído hablar mucho de ti.

Risgillen lanzó una mirada de reojo a su hermano, que sacudió la cabeza con discreción y dijo algo en la otra lengua. El dwenda femenino replegó los dientes sobre algo que no era exactamente una sonrisa, y le soltó la mano.

—Llegas de manera inesperada, por eso la ine… la des… la falta de ceremonia debida. Mi pesar.

—Nos tropezamos con unas cuantas akyia en el camino de la costa —le dijo Seethlaw—. Esta opción me pareció más segura.

—¿Las merroigai? —Risgillen frunció el ceño—. Debido respeto mostrado, no deberían haberos molestado.

—Bueno, lo hicieron.

—No me gusta tal hecho. Y con ahora estas otras cuestiones además. Algo revuelve, Seethlaw, y no es nosotros.

—Te preocupas demasiado. ¿Has venido sola?

Risgillen indicó el camino por el que había llegado.

—Ashgrin y Pelmarag, alguna parte más lejos. Pero te buscan por distintos ángulos, alternativas menos que aquí. Nadie te esperaba tan a la deriva. Yo misma llegué hasta ti por el olor sólo.

—Los llamaré.

Seethlaw salió de debajo del puente y se perdió de vista en la penumbra. Risgillen lo vio partir, antes de sentarse con elegancia aldraína junto al fuego. Se quedó un momento contemplando las llamas teñidas de un modo extraño, reuniendo tal vez las palabras que iba a necesitar antes de desplegarlas.

—No eres el primero —dijo con voz queda, sin apartar la mirada de las llamas—. Esto lo hemos visto antes. Esto lo he hecho yo misma, con hombres y mujeres mortales. Pero yo no me pierdo como puede hacer mi hermano. Con claridad, lo veo.

—Me alegro por ti.

—Sí. Así que te digo esto. —Risgillen levantó la cabeza y clavó en él sus ojos vacíos—. No dudes; si haces daño o dolor a mi hermano, te joderé vivo.

Un poco después, en la oscuridad, se oyeron aullidos.

Ringil miró a Risgillen, la perfecta geometría de sus rasgos en el fulgor verdoso de las llamas, y no vio ninguna reacción aparte de la más sutil de las sonrisas. La comprensión lo golpeó como agua helada; reconocía el sonido.

Los aullidos eran de Seethlaw, que llamaba a los suyos.

Risgillen no levantó la cabeza, pero su sonrisa se ensanchó. Sabía que estaba

observándola, sabía que comprendía una vez más, de repente, dónde estaba en realidad.

Se avecina una batalla, un duelo de poderes como no has visto nunca.

Las palabras de la adivinadora de la Puerta Oriental se agolpaban en su cabeza como frío légamo ribereño. Su voz brotaba cargada de certidumbre.

Surgirá un señor oscuro.

Capítulo 26

Intentamos detenerlos. Pero se la llevaron.

Durante largos momentos, las palabras no tuvieron ningún sentido. Ishgrim era un regalo del emperador, robarla equivalía a arriesgarse a sufrir una muerte lenta y dolorosa en extremo cuando los soldados del Brazo del Rey te encontraran, lo que terminaría ocurriendo tarde o temprano porque con Jhiral ellos mismos se enfrentarían a un castigo sumamente estricto si no lo hacían. Cierto, era bella y cimbreña, pero lo mismo podía decirse de un montón de esclavas del norte. Si querías una con tantas ganas, podrías elegir cualquiera en las casas de citas del puerto por menos de lo que costaba comprar y pagar los impuestos de un caballo decente hoy en día.

Eso da igual. El cerebro impulsado por el krin aullaba en su cabeza. *¿Cómo cojones podían saberlo? Ishgrim es un regalo del emperador desde ayer. Nadie sabía que estaba aquí. Ni siquiera tú sabías que estaba aquí hasta primeras horas de esta mañana*.

Se *abrazó* a Kefanin, preocupada por la imposibilidad de la situación.

—¿Quién? ¿Quién, Kef? ¿Quién se la ha llevado?

El mayordomo emitió un gruñido gutural. Una rápida evaluación aprendida en el campo de batalla le dijo que su herida no era fatal, pero el golpe le había causado un grave aturdimiento. No sabía si sus palabras tendrían mucho sentido en ese estado.

—Uniformes… Ciudadela —logró balbucir.

Y entonces todas las piezas encajaron, como un truco circense ejecutado por una docena de payasos sonrientes pintados del modo más ridículo.

No Ishgrim (*sácate esa piel pálida de la cabeza, Archidi, reflexiona de una puta vez*), no el regalo del emperador, en absoluto.

Elith.

Menkarak: *Es una infiel, una norteña sin fe adoradora de piedras que se negó a convertirse cuando la mano de la Revelación le fue tendida en señal de amistad, y que insiste en su obstinada herejía dentro de nuestras fronteras. La evidencia habla por sí sola: ha llegado incluso a arrancar el kartagh de su atuendo para cegar los ojos de los fieles entre los que vive. Es una farsante consumada*.

La mezcla de acusación histérica y pose pseudolegal resonó en el interior de la cabeza de Archeth como una bola de metal rodando. No había mucha duda sobre qué aguardaba a Elith una vez la metieran en la ciudadela.

—¿Cuánto hace? —susurró.

Pero Kefanin había vuelto a perder el conocimiento.

Pasos en el exterior. Giró sobre los talones, cuchillo en ristre como por arte de magia. El mozo de cuadra, con aspecto aturdido, permanecía titubeante en la puerta,

iluminado desde atrás por la ráfaga de sol de la mañana.

—Mi señora, se…

—¿Cuánto hace? —le gritó.

—Yo… —Ahora, mientras entraba, Archeth vio la magulladura que se ennegrecía debajo de su ojo izquierdo, burbujas de sangre reciente en la aleta de la nariz del mismo lado—. No hará ni media hora, mi señora. Ni siquiera eso.

Un mapa del laberinto de calles del distrito del sur centelleó tras sus ojos. El krinzanz colisionó con la furia en sus venas, dibujó la ciudadela y el camino más probable por el que habrían regresado a ella, lo grabó sobre el mapa de color rojo palpitante.

—¿Cuántos? —preguntó, ya más calmada.

—Eran seis, creo, mi señora. Con el uniforme de…

—Sí, ya lo sé. —Envainó el cuchillo, sintió palpitar un músculo en la mejilla—. Busca al médico. Dile que si Kefanin sobrevive, doblaré su tarifa. Si muere, haré que lo expulsen de la puta ciudad.

Dicho lo cual se fue, corriendo.

Seis hombres. Con el uniforme de la ciudadela.

Las calles estaban abarrotadas; de ninguna manera podría recorrerlas a caballo más deprisa que a trote lento. No iba uniformada, no tenía porra ni silbato, ningún sable romo para despejar el camino. Y de todas formas, la verían llegar a cien metros.

Atajó a la izquierda, por un callejón sórdido que conocía, corriendo a máxima velocidad en cuanto tuvo espacio. El calor del sol la alivió de súbito en los estrechos ángulos del pasadizo. Un par de gallinas se asustaron y se alejaron cacareando de sus botas cuando dobló la esquina, pero no se interpuso nada más en su camino. Llegó a la bulliciosa calle transversal del paseo de la Victoria del Jinete (donde ahora, maldita la gracia, no se podía meter un caballo a menos que fuera en volandas), se abrió paso con el hombro entre la multitud y llegó a los escalones de piedra encalada que conducían al tejado de la taberna La Cabeza del Lagarto. Desde allí podría orientarse y comparar con el mapa que tenía en la cabeza. Después saltaría por el callejón del otro lado y seguiría por el cúmulo de tejados bulbosos del bazar cubierto.

—Eh, no se puede subir…

Empujó al barrigudo tabernero a su tumbona cuando intentó levantarse. Lo dejó atrás bailando, agachándose y esquivando tendederos. Echó un vistazo entre el blanco cegador de las sábanas colgadas y los tejados que quedaban detrás de ellas. *Vale, Archidi. Piensa*. El bazar. La Salvilla y justo después el Estrecho. Si habían tomado la ruta más directa para la ciudadela, a estas alturas estarían llegando al paseo de la Sabiduría del Desierto, frente al bulevar principal en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Para cortarles el paso…

Corrió hasta la cornisa del tejado, flexionó las piernas para saltar y aterrizó en el

tejado llano del bazar. El dolor le sacudió las rodillas, pero cayó corriendo. *No queda tiempo, no queda tiempo*. Rodeó la primera protuberancia bulbosa. *Mierda, mierda,* pensó al toparse con una amplia claraboya de cristal tintado. Se…

Tambaleó y se lanzó a un salto desgarbado haciendo aspavientos. Captó un atisbo fragmentario de compradores que se movían como peces entre una multitud teñida de rojo y azul a sus pies, se vio atravesando el cristal y cayendo entre ellos…

En vez de eso llegó al otro lado, libró el cristal por unos centímetros, aterrizó con torpeza, se tambaleó hacia atrás, agitó los brazos con desesperación para no perder el equilibrio y…

Arriba. Siguió corriendo y zigzagueando entre las cúpulas bulbosas más o menos en dirección al sureste.

Era como correr a toda velocidad por el techo del mundo. Los sonidos de la ciudad se perdían abajo, la espada de luz solar refulgía y una brisa fresca llegaba del oeste. Las altas hileras de casas que ribeteaban el paseo de la Sabiduría del Desierto se acercaban oblicuas por la izquierda.

El mercado que quedaba abajo era uno de los más grandes de la ciudad; no llegaba a rivalizar con el vasto esplendor del bazar imperial, situado al norte del río, pero aun así cubría varias manzanas. Usó su tejado para cubrir en minutos lo que le habría llevado casi media hora a pie de calle.

Saltó a la cornisa oriental, trotó rápidamente por el canalón hasta que divisó una carreta de cereales aparcada abajo y saltó hasta ella. Maldijo con toda la rabia que pudo y sintió el dolor entorpecedor del impacto en el trasero, la espalda y un muslo. Rodó para levantarse, se incorporó dando tumbos y se hundió hasta los tobillos en los cereales. Se fijó en los rostros que la escudriñaban.

—¿Qué cojones ha sido eso?

—Oye. Escucha, zorra, ésa es…

—Oooh, no, pero mírala, Perg, es negra como un bollo quemado. Es una puta kiariass, eso es lo que es.

—Kiriath —gruñó Archeth antes de bajar de un salto. Se abrió paso a empujones y emprendió un trote rápido por los poco transitados callejones de reparto y almacenaje que constituían el Estrecho. Zigzagueó entre los comerciantes cargados con bandejas de productos y dejó atrás a los trabajadores que, acuclillados, compartían su pan. Seis *hombres. Con el uniforme de la ciudadela*. Si Menkarak permanecía fiel a su filosofía, habría un guardián abogado general que se encargaría de supervisar la legalidad del proceso (sería más bien mayor) y cinco soldados.

Con el latido del krin, la proporción parecía justa.

El Estrecho se derramaba en distintos puntos a lo largo de una calle sinuosa y serpenteante llamada el camino de Herradura. Estaba ribeteada de joyerías y tiendas de curiosidades de baja estofa, y atestada de ciudadanos que se asomaban a los escaparates enrejados. Archeth avanzó a trompicones, empujando y maldiciendo, atrayendo unas miradas de molestia que, una vez que su color se hizo evidente, se

desviaron y fueron sustituidas por todo tipo de gestos contra el mal.

Tres manzanas más arriba hubo de abrirse paso dando codazos feroces y empujones con la mano abierta. *Vamos, vamos, Archidi, acelera de una puta vez*. En ese momento llegó al patio de la Lona. Encontró unos pocos puestos de costureras montados en las esquinas; por lo demás, estaba tranquilo. Cruzó corriendo el corto tramo, que hacía ángulo recto, golpeó la barandilla del fondo y se quedó mirando fijamente, jadeando, la pendiente de tierra suelta que llevaba hasta un recodo del paseo de la Sabiduría del Desierto.

Uniformes de la ciudadela, uniformes de la ciudadela, uni…

¡Allí!

La Sabiduría del Desierto estaba más atestada de gente que el camino de Herradura o el bulevar. Le sacaban menos ventaja de lo que se temía. Divisó primero el hábito del guardián abogado, negro y dorado, y la capucha de seda gris que señalaba su estatus legal. Vio también a los soldados y una figura vestida de blanco que arrastraba los pies entre ellos, cabizbaja, con los brazos atados a la espalda. Si tenían alguna prisa, no lo demostraban.

Archeth inspiró hondo y saltó por encima de la barandilla.

Sus pies golpearon la pendiente dos metros más abajo e intentaron hundirse en la tierra y derribarla de bruces. Se liberó como pudo y corrió dando largas zancadas torpes y sin elegancia para no caerse por la inercia de su propio peso. Irrumpió como una exhalación en el paseo de la Sabiduría del Desierto, tan deprisa y con tanta violencia que arrolló a los transeúntes que se interponían en su camino. Recuperó el control del paso, avanzó entre la confusión que había sembrado y se zambulló en el gentío. Debía cubrir un par de cientos de metros, a lo sumo.

—¡Del palacio, del palacio! —entonó a pleno pulmón, sin resuello—. ¡Apartaos! ¡Quitaos de en medio, hijos de puta!

Al principio no tuvo mucho éxito; sus gritos fueron recibidos con burlas y espaldas giradas con obstinación. Pero entonces la gente contra la que chocaba empezó a mirar a su alrededor y vio lo que era. En ese momento los transeúntes se apresuraron a obedecer sin preocuparse siquiera por su integridad. Le abrieron paso de tal modo que la dispersión se transmitió por la multitud como una onda en el agua. Transcurridos cien metros, apenas le hizo falta seguir empujando.

—¡Del palacio, del…!

Dos de los hombres se habían dado la vuelta y se interponían ahora de pleno en su camino. Vio sonrisas lobunas, un gladio desenvainado y una porra levantada. Buscó sus cuchillos con la misma reflexión que se requería para pestañear. Alguien gritó entre la multitud, cerca de ella. El pánico se extendió en todas direcciones. Un grito provocó otro y después otro más. La multitud se apartó tambaleándose y dispersándose como un cardumen asustado.

Archeth proyectó la zurda e incrustó el cuchillo en el ojo derecho del espadachín. Era Destello Anular, más estrecho que el resto, ávido y rutilando blanco al sol. Entró

hasta la empuñadura. El hombre trastabilló de espaldas, berreando como un bebé escaldado, perdida la espada, arañándose la cara y el objeto de metal desgastado que ahora sobresalía de ella. Archeth llegó detrás del golpe, chillando, con Risa de Niña ligero y bajo en su mano derecha. El segundo matón de la ciudadela se sobresaltó visiblemente ante el sonido, aterrorizado como todos los demás congregados, y lanzó un barrido descomunal con la porra. Sólo consiguió derribar a su vociferante compañero. Archeth se inclinó hacia atrás, lo agarró y usó la inercia del barrido para llevar al hombre hasta el suelo, donde le tajó la garganta antes de que pudiera recuperarse.

Se incorporó a medias, salpicada de sangre. Vio al guardián abogado, a salvo a quince metros de distancia, entre los transeúntes que escapaban y tropezaban, atenazando con una mano el brazo de Elith, contemplando con incredulidad los cadáveres de sus hombres y la mujer negra ensangrentada que se agazapaba sobre ellos.

Los tres hombres restantes se desplegaron por la calle para formar una suerte de cordón alrededor de su amo y su presa. Dos espadas, otra porra. El portador de ésta tenía una ballesta, pero a la espalda. En el suelo, el hombre con Destello Anular enterrado en el ojo se había ovillado en la tierra y gritaba.

Con la izquierda, por acto reflejo, Archeth sacó Sin Cuartel de la vaina que colgaba entre sus riñones. Avanzó a largas zancadas, Risa de Niña en ristre y apuntando.

—Esa mujer es mi invitada —anunció—. Vivos o muertos, me la devolveréis.

La calle se había despejado; imposible creer que hubiera estado llena de gente apenas segundos antes. Archeth avanzó aplastando detritos crujientes bajo sus botas. Sin Cuartel resplandeció cuando lo esgrimió a la luz del sol. Los hombres intercambiaron miradas nerviosas.

—¿Te has vuelto loca? —El guardián abogado había encontrado la voz, si bien no un timbre muy grave para ella. La rabia le oscureció las facciones cuando exclamó—: ¿Cómo te atreves a obstaculizar el sagrado deber de la Revelación?

Archeth lo ignoró y contempló a los tres hombres.

—¿Sagrado? —les preguntó con el tono ahogado de repugnancia—. Entre las siete tribus, un huésped es sagrado. Eso lo sabéis, o al menos vuestros antepasados lo sabían. ¿Quién quiere ser el primero en morir?

—Que te follen, perra —dijo titubeante el que esgrimía la porra.

—¡Mamá! —chilló de repente el hombre en el suelo—. Me duele, no puedo ver nada. ¿Dónde estás?

Archeth esbozó una sonrisa glacial.

—¿Quieres reunirte con él? —preguntó.

—Esta ramera kiriath es un monstruo, una afrenta a la Revelación —bramó para todos el guardián abogado, que ya había imprimido algo de profundidad a su voz—. Es vuestro sagrado deber abatirla en el acto y quitarle la puta vida.

El herido emitió un sollozo inarticulado que dio paso a unos suaves hipidos de impotencia. Archeth aguardó.

El espadachín de la derecha fue el primero en separarse de la formación. Embistió gritando algo ininteligible a pleno pulmón.

Risa de Niña se clavó en su garganta al segundo paso. El atacante cayó asfixiándose y tosiendo sangre. Archeth tenía a Matafantasmas en la mano derecha antes de que el hombre tocara el suelo. El que esgrimía la porra, que corría tras la estela de su camarada, frenó en seco al ver el nuevo cuchillo. O quizá al divisar la empuñadura de Ángel Caído, enfundado aún en su bota. O las dos cosas. Archeth lo miró a los ojos y volvió a sonreír. El hombre desistió y salió corriendo.

El último hombre titubeó un momento antes de refugiarse en la masa de espectadores con su amigo.

Archeth exhaló un largo y hondo suspiro. Se acabó.

El guardián estaba de pie con Elith tumbada hecha un ovillo a su lado y les ordenaba a Archeth, a los espectadores y aparentemente a todos los habitantes de esta ciudad de pecadores que se postrasen de rodillas, que se humillasen ante la majestad de la Revelación, que se arrepintiesen como los gusanos que eran antes de que…

Archeth se acercó a él con paso largo y le abrió la garganta con Sin Cuartel.

El hombre dio unos cuantos pasos vacilantes de espaldas y cayó en los brazos de la multitud. La sangre se amontonaba a lo largo de la herida del cuchillo y se derramaba por su pechera empapando sus hábitos. Silabeó, masticando, supuso Archeth, el resto del sermón inconcluso, pero no surgió ningún sonido. Archeth se arrodilló junto a Elith y comprobó que sólo estaba drogada con algo inocuo. Respiraba con normalidad. Echó un último vistazo de soslayo al guardián, a quien la muchedumbre sostenía ahora mientras hacía aspavientos y se desangraba. Después se giró hacia el soldado que tenía a Destello Anular en el ojo. Aún vivía, y cuando Archeth se acuclilló junto a él y agarró el cuchillo, el hombre la cogió de las manos con suavidad y emitió un suave gañido. Archeth apoyó una mano en su frente para hacer fuerza y el hombre sonrió como un bebé ante el contacto.

Cuando Archeth extrajo a Destello Anular, el hombre murió.

—Maldita sea, Archeth, no me gusta nada este embrollo.

—Lo mismo digo, mi señor. —Se sentía mareada y temblorosa, pero no había ningún asiento disponible ni ninguna forma aceptable de solicitar una silla—. No logro entender el comportamiento de la ciudadela.

—Vaya, no logras entenderlo, ¿verdad? —Jhiral paseaba como un tigre enjaulado por la desierta sala del trono. Había expulsado a todo el mundo en un incandescente despliegue de rabia imperial, y ahora Archeth se encontraba a solas con él, vibrando todavía a causa de la persecución y el combate, cubierta aún de sangre, y con el estómago helado a causa del exceso de krin—. Venga ya, mujer, no seas tan ingenua,

joder. Esto es un juego de poderes, y lo sabes.

—En tal caso, mi señor, debe de tratarse de un juego muy poco sutil.

—No. —Jhiral se detuvo y se acercó a ella con un dedo amenazador levantado—. Lo que tú hiciste sí que fue muy poco sutil. Si no hubieras perseguido, atrapado y descuartizado a esa cuadrilla de zelotes a plena luz del día y delante de toda la puta ciudad, ahora no tendríamos que enfrentarnos a esta crisis.

—No. Tendríamos que enfrentarnos a otra distinta.

—Exacto. —Jhiral se giró, subió los escalones que conducían al trono y se dejó caer en sus brazos bruñidos. Perdió la mirada en el vacío, malhumorado—. Nos enfrentaríamos a una ciudadela educadamente impasible, con todo el mundo cerrando filas, tanto si les gustaba como si no, en torno a una camarilla encabezada por ese payaso de Menkarak, quien negaría con vehemencia haber secuestrado a tu invitada, mientras que al mismo tiempo insistiría a voz en grito y ante testigos que los poderes seculares del Imperio parecen carecer de la fuerza de voluntad necesaria para proteger a los fieles de las fuerzas malignas extranjeras.

—Tal vez ése seguirá siendo su guión ahora.

—Ya. Será otra vez como lo de la puta Hermandad del Recuerdo de la Novena Tribu. —Jhiral le lanzó una mirada furibunda—. Te acuerdas de ellos, ¿verdad? Quiero decir, estabas presente por aquel entonces.

—Sí. Vuestro padre ordenó ejecutarlos a todos.

—No me tientes, me cago en la puta.

Eran palabras vacías, y los dos los sabían. Aquellos días habían terminado. Akal se había empeñado hacía tiempo con la ciudadela para alimentar sus guerras de expansión: préstamos y bendiciones y una firme mano amiga desde las torres de oración y los púlpitos para reclutar más soldados entre las masas de fanáticos. Yhelteth se dirigió a sus conquistas capitaneada por Akal el Grande con todo un tercio de sus soldados convencidos de que eran guerreros santos. En el proceso no murieron todos los que a Archeth le hubiera gustado, ni siquiera cuando llegó el Pueblo Escamoso. Seguía habiendo demasiados jóvenes de ojos febriles allí fuera, adiestrados y curtidos en la guerra con insidias, deseando continuar la lucha. Contra quién, poco importaba.

Jhiral los heredó a todos, junto con las deudas y el solemnemente pactado reparto de autoridad secular y espiritual en la corte.

—¿Con cuántos líderes de la ciudadela podéis contar? —preguntó con voz queda.

—¿En una situación como ésta? —Jhiral encogió los hombros—. No muchos. Archeth, has degollado a un guardián. A plena luz del día, joder, en una calle llena de gente. ¿Qué esperas que digan al respecto?

—¿Cuántos, mi señor? —Un filo en su voz. Empezaba a perder la paciencia con la etiqueta de la sala del trono.

Jhiral exhaló un suspiro abatido.

—¿Con los que pueda sobornar y los que pueda extorsionar? No lo sé, tal vez

quince o veinte. Añadamos un puñado de antiguos amigos de mi padre, hombres que sabrán ver los peligros si las aguas se salen de madre. Media docena más, a lo sumo.

—Entonces… ¿Veinticinco, digamos?

—Si les apretamos las tuercas, y si nos sonríe la suerte, sí.

—No son muchos.

Jhiral hizo una mueca.

—Qué te había dicho.

—Vale, de acuerdo. —El revuelo en su estómago tomó un nuevo rumbo. Extendió las manos a la altura de la cintura y se las quedó mirando fijamente, flexionó los dedos extendidos y los obligó a dejar de temblar—. Veamos. Votarán, llegarán a una decisión evidente, y como poco me citarán en la ciudadela para enfrentarme a un tribunal inquisitorial. Arrastrarán también a Elith, siquiera como testigo. Lo más probable es que no obtengan las respuestas que buscan, lo que significa que el interrogatorio se prolongará. Después de eso…

—No te preocupes. —La repentina y torva vehemencia en su tono atrajo de golpe la mirada de Archeth—. Le hice una promesa a mi padre en su lecho de muerte, y me propongo cumplirla. De ninguna manera te entregaré a esa puta escoria.

Una conmocionada gratitud hizo aflorar unas lágrimas irritantes a sus ojos. Era como si estuviera hablando una persona distinta, como si fuera otro hombre el que estaba sentado en el trono. Hubiera huido de la ciudad antes de entregarse para que la interrogaran. De hecho, ya había empezado a trazar los planes necesarios para ello. ¿Pero esto…?

—Yo… Gracias, mi señor, no tengo palabras para expresar…

—Ya, vale. —Jhiral le restó importancia con un ademán—. Creo que podemos dar todo eso por dicho, ¿tú no? No me gustaría enfrentarme a los sucios inquisidores de la ciudadela, y tampoco a sus juguetes. La cuestión es, ¿exactamente cómo salimos de ésta sin tener que desplegar a las tropas? A finales de mes es el puto cumpleaños del profeta. Bastante histeria y descontrol habrá ya en las calles como para echar más leña al fuego. No necesito una turba marchando sobre el palacio también.

—Con la ley en la mano…

Jhiral sacudió la cabeza.

—Olvídate de la ley. No servirá de nada. La citarán cuando les convenga, la ignorarán cuando no. Son clérigos, Archeth. Se pasan toda la puta vida interpretando textualmente los argumentos de autoridad que les viene en gana para satisfacer sus intereses. Tenemos que desjarretarlos antes de que empiecen siquiera. —Juntó las yemas de los dedos, contemplativo—. Básicamente, Archeth, tendrás que desaparecer una temporada.

—Con Elith.

—Bueno, vale, de acuerdo. Está bien. Tu bruja del norte también. De todas formas será mejor así, supongo. Con las dos lejos, toda la base de su agravio se

vendrá abajo. —Asintió despacio, pero con vigor creciente—. Sí, funcionará. Eso funcionará. Te sacaremos de la ciudad de incógnito, antes del anochecer. Le diré a Faileh Rakan que reúna una escolta. Mientras tanto, accederé a una sesión de emergencia del maestrazgo y sortearé las exigencias de la ciudadela. Enviaremos a buscarte y no se encontrará ni rastro de ti. Te llamaremos una y otra vez, sin éxito. Con un poco de prevaricación… y la Santa Madre sabe que ésa es la especialidad de la corte… eso nos dará hasta primera hora de esta noche. Para cuando sea evidente que has huido, será noche cerrada y podrías estar en cualquier parte. Al amanecer ordenaré a la milicia que barra las calles en tu busca. Cuando no te encuentren, diremos que hemos enviado también al Brazo del Rey. Quizá incluso podamos hacerlo de verdad con unos cuantos hombres de confianza para que registren los lugares equivocados y mantengan la boca cerrada al respecto. Sea como sea, los rumores te situarán dirigiéndote hacia el noroeste, hacia Trelayne, o quizá a las tierras baldías. Estamos haciendo todo lo posible, caballeros, gracias por vuestra paciencia. Os mantendremos informados. —Agitó un dedo en dirección a Archeth—. Mientras tanto, te esconderemos… ¿dónde? ¿Alguna idea de adónde quieres ir?

Algo se movió en su cabeza como los componentes engrasados del mecanismo de la escotilla de un escupefuego, todo deslizándose y encajando hasta formar una nueva configuración. Casi oyó el topetazo sólido cuando ocurrió. Una emoción súbita apartó de un empujón el krin y aceleró el pulso de sus venas. Carraspeó.

—Había pensado en Ennishmin, mi señor.

Capítulo 27

Al salir los recibieron una vaga luz gris verdosa y las estrías arqueadas de los árboles de invierno. La brisa floja y enfermiza arrastraba un tenue olor a cadáver.

Al principio, Ringil registró el cambio con cierto recelo fatigado. El tiempo que pasó en la marca aldraína le enseñó cosas mucho peores; además, el cambio no estaba exento de advertencias. La inmensa carretera negra donde se encontraron con Risgillen y los demás llevaba ya algún tiempo desvaneciéndose, bien envejeciendo a un ritmo fantásticamente acelerado mientras caminaban por ella, o pudriéndose desde abajo conforme se adentraban en un territorio nuevo que no consentía su existencia. Empezaron a aparecer grietas aserradas, algunas lo bastante anchas y profundas como para engullir un pie incauto y destrozar el tobillo. A Ringil le pareció ver osamentas humanas incrustadas en ellas a intervalos, pero podría tratarse de otra alucinación de la marca, y empezaba a estar inmunizado contra ellas.

Bueno, contra la mayoría de ellas.

Jelim regresa a él una vez más, quizá en un sueño mientras están acampados en la carretera, quizá no; en la marca es difícil saberlo. Esta vez Ringil se yergue de pie sobre él con la Críacuervos cruzada a la espalda, aunque inclinada del lado equivocado, con la empuñadura sobresaliendo por encima de su hombro derecho. La diferencia es extravagante e incómoda. Jelim se detiene a escasa distancia y vuelve el rostro hacia arriba sin decir nada. La cara es la misma, aunque manchada y moteada por el llanto, pero está vestido con ropas más elegantes de lo que el verdadero Jelim, hijo de un mercader de poca monta como era, hubiera podido permitirse jamás. Contempla fijamente a Ringil desde abajo, le sostiene la mirada y nuevas lágrimas se descuelgan por sus mejillas. Al verlo, Ringil siente un hondo dolor en el pecho. Quiere hablar, pero las palabras se agolpan en su garganta. *Lo siento*, llora Jelim. *Gil, cuánto lo siento*.

Y ahora el dolor en el pecho de Ringil se niega a ser contenido. Lo desgarra de arriba abajo, se incrusta en los músculos de su hombro, atraviesa…

Lo siento, Gil, cuánto lo siento. Jelim parece susurrar lo mismo una y otra vez, con la mirada vuelta hacia arriba en horrorizada fascinación. *Debería haber sido yo*.

Y la cosa que sobresale de su hombro derecho no es la empuñadura de la Críacuervos a su espalda, es el extremo de la estaca de los empalamientos donde la empujaron los veinte últimos centímetros y bloquearon el mecanismo en la base de la jaula, y el dolor no es una opresión en su corazón, es una agonía oceánica, abrasadora y desgarradora al rojo vivo que se abre camino entre sus piernas, atraviesa sus entrañas y cruza su pecho, evitando limpiamente el corazón para que tarde días en

morir…

Lo siento, cuánto lo siento.

Y entonces está gritando, comprende dónde se encuentra, implorando clemencia, por Hoiran, por su padre, por su madre, por que alguien o algo venga y ponga fin al dolor. Gritando con tanta fuerza que se diría que sus venas deberían estallar, su cráneo tendría que explotar, volar en pedazos y dejar que su sangre vital se derramara entre el amasijo en ruinas.

Pero sabe que eso no va a ocurrir.

Igual que sabe que no va a venir nadie, que en la larga y goteante agonía que lo espera, no habrá ningún tipo de rescate.

Pisoteó el recuerdo, bañado de inesperado sudor, con el corazón desbocado. Eligió concentrarse en su paradero actual.

Árboles de invierno. Silencio.

Se levantó y contempló fijamente las ramas desnudas. Aguardó a que la pátina de sudor esparcida sobre su piel por el pánico se enfriase, a que su corazón se tranquilizara. Respiró hondo, como quien se acaba de librar de perecer ahogado.

No es real, no es real. Su pulso palpitaba al ritmo de las palabras.

No era más real que los otros mil fantasmas que lo habían acosado mientras cruzaba la marca aldraína. No había muerto.

Jelim sí.

Sintió una palmada en la espalda. Sus pulsaciones volvieron a acelerarse durante un momento de pavor, para sosegarse a continuación al reconocer el contacto. La mano de Seethlaw se movió y le apretó íntimamente la nuca.

Tuvo una incómoda sensación de propiedad.

—Me imagino que es agradable volver al mundo real —murmuró el dwenda, antes de pasar junto a él por el terreno cenagoso sembrado de matas de hierba. A cada paso que daba el dwenda, unos diminutos chirridos arañaban el silencio. Ringil vio cómo el agua convertía sus pisadas en charcos.

Lo siguieron los demás miembros del grupo, Risgillen con la nariz arrugada y una mirada agria fija en las copas de los árboles, Ashgrin tan atento e impasible como la primera vez que Ringil lo vio. Sólo Pelmarag dio muestras de ver al humano, se giró al pasar junto a él y guiñó un ojo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Ringil.

—Fin del trayecto —dijo Pelmarag—. Hannais M’hen el Maldito. Mira.

Hizo un gesto a la izquierda, y Ringil sintió un diminuto salto en su pulso al reparar en una figura negra encorvada. Tardó un momento en comprender que se trataba de una estatua, y un instante más en comprender (*¿cómo?*), que no iba a moverse de pronto y cobrar vida, muda y con los ojos brillantes, como ocurriera con las akyia en la espuma.

—Te contaré algo gracioso —dijo Pelmarag mientras se acercaba a la estatua sin rastro aparente de diversión en el rostro. Ringil se encogió de hombros y lo siguió.

Los esperaba inclinada en el terreno pantanoso, con sus rechonchos brazos extendidos y levantados a la altura de los hombros, como un predicador diminuto frente a su congregación, o como un niño pidiendo que lo cogieran en brazos. Al acercarse, Ringil vio que la cosa estaba tallada por completo en glirsht negro, toscamente esculpida de modo que el cuerpo no luciera ropa aparente y la cara fuese una burda aproximación asexuada de rasgos humanos. Se fijó en que los facetados huecos poco profundos que le servían de ojos estaban pulidos de manera que la piedra cristalina resplandecía, pero no sabría decir si el efecto era intencionado o no.

Pelmarag contempló la estatua desde arriba, con el ceño fruncido como si le hubiera formulado una pregunta difícil.

—¿Algo gracioso? —le recordó Ringil.

El dwenda salió de su ensimismamiento.

—Sí. Hace unas seis semanas, según cuenta el tiempo tu pueblo, el hermano de Ashgrin, Tarnval, estaba buscando este sitio. Iba muy bien equipado, cargado hasta los topes. Nunca había tenido paciencia con las estrategias sigilosas de Seethlaw, opinaba que todos éramos demasiado lentos.

El naómico de Pelmarag, mejor que el de Risgillen o el de Ashgrin desde el principio, se había vuelto decididamente fluido en el tiempo que llevaba conversando con Ringil. Era con diferencia el más gregario del grupo. De hecho, parecía estar adquiriendo muchas de las expresiones y frases favoritas de Ringil. Al humano le producía una sensación peculiar oír sus propios tics verbales reflejados de esta manera, y le hacía preguntarse cuánto tiempo estaría durando en realidad el viaje por la marca aldraína. Cómo funcionaban (cómo podían funcionar) el aprendizaje y la experiencia sin una referencia temporal fija.

—Sí, siempre a favor de los asaltos frontales, Tarnval. —Pelmarag hizo una mueca, al parecer por algo que sólo él podía ver—. Y también sabía defenderse con la lengua. Tanto que obtuvo el respaldo que necesitaba. Aproximadamente tres docenas de nosotros apoyamos su moción, entre ellos algunos de los invocatormentas más reputados de la compañía. Todos dispuestos a recuperar a Hannais M’hen el Maldito, dar marcha atrás a los relojes y deshacer todo el daño que había causado aquí el Pueblo Negro. Desatamos las garras del sol a través de la tormenta conceptual antes de desplegarnos, despejando un camino. Llegamos en tromba tras su estela. ¿Y sabes qué? Terminamos más de mil quinientos kilómetros al suroeste de aquí, hasta la cintura en agua salada en la playa de algún puerto imperial en el culo del mundo. Todo porque algún estúpido humano hijo de perra había movido la baliza.

Sin saber sí se esperaba de él que riera o no, Ringil optó por un ruidito poco comprometedor. Los labios de Pelmarag volvieron a torcerse con el recuerdo.

—Tuvimos que abrirnos paso por la fuerza para salir de aquella playa —dijo con voz tersa—. Perdimos a seis o siete dwenda en el proceso. Por toda la ciudad y la

falda de la colina, putos humanos por todas partes, corriendo de un lado para otro, gritando y balbuciendo en la oscuridad como almas perdidas de monos, ¿sabes?, acaba con uno y aparecerá otro justo detrás. Sufrimos otras cinco bajas, y el propio Tarnval había caído ya con una herida en el pecho, registramos la puta ciudad, la arrasamos hasta encontrar por fin nuestra baliza. Y cuando por fin lo hicimos, descubrimos que habían movido el puto trasto y que no estábamos ni remotamente cerca de donde se suponía que debíamos encontrarnos. Ni rastro de Hannais M’hen, maldito o no. Estábamos al sur, muy al sur. Y con ese sol que saldría en un par de horas, en fin… No podíamos hacer nada salvo recoger a los muertos y a los heridos, dejar que los invocatormentas nos sacaran de allí. Tarnval murió a causa del estrés de la tormenta en el camino de salida, igual que otros dos. ¿Después de aquello? —Pelmarag se encogió de hombros—. Todos volvimos a escuchar a Seethlaw.

—¿Otra vez hablando de mí?

Seethlaw se había acercado a ellos por la espalda. Mientras contemplaba a Pelmarag su expresión permanecía inescrutable.

—Reflexionando sobre estrategia, eso es todo.

—¿Sí? —Seethlaw apoyó una mano en el hombro de Ringil. Algo glacial se derramó en el aire entre los dos dwenda—. Gil no forma parte de nuestra estrategia, Pel. No necesita saber nada al respecto.

Pelmarag sostuvo la mirada del otro dwenda. Dijo algo breve y en apariencia mordaz en la lengua que usaban cuando Ringil no estaba incluido en la conversación, se giró y fue a reunirse con los demás. Seethlaw gruñó y asintió con la cabeza a su espalda, realizando un gesto rápido, con la barbilla apuntada hacia fuera, que no tenía nada de amistoso.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Ringil.

—No es de tu incumbencia. —La presa de Seethlaw sobre su hombro se crispó levemente—. Vamos. Todavía no hemos llegado.

Avanzaban entre los árboles de invierno, por senderos que atravesaban el pantano y que los dwenda o bien conocían de memoria o bien podían presentir sin demasiado esfuerzo. Ringil decidió dar un rodeo exploratorio por el otro lado de un tronco podrido, donde de pronto se encontró hundido hasta las espinillas en una sopa negra que pretendía succionarlo. El agua gris se iba encharcando rápidamente en los agujeros que él había hecho y traía consigo un olor que hacía pensar en la muerte. Retrocedió haciendo aspavientos, con las botas profusamente veteadas y cubiertas de barro. Nadie dijo nada, pero le pareció ver una sonrisa burlona en los labios de Risgillen. Después de aquello procuró no volver a salirse de la fila.

El único sonido era el chasquido de sus pasos.

Al final, fue esto lo que le reveló dónde estaba. Sabía algo sobre ciénagas tras haberse criado en una ciudad rodeada por una, y empezaba a echar en falta las señales

de vida que deberían oírse. No había cantos de aves, reconocibles o no, ningún repentino movimiento susurrante procedente de la vegetación a ras de suelo a su paso. Aquí y allá, se veían charcas y franjas de agua estancada cruzadas por troncos caídos cubiertos de musgo, invadidas por pequeños manglares, pero nada vivo se agitaba allí, ni siquiera los insectos revoloteaban sobre la superficie plomiza.

Sólo había oído hablar de un pantano tan muerto. Había llegado incluso a verlo una vez, desde una distancia segura al oeste.

Hannais M'hen el Maldito, lo había llamado Pelmarag.

Hannais M'hen.

Ennishmin.

Maldito estaba bien dicho, en tal caso. Olvídate de las leyendas del campesinado y las historias de fantasmas que les gustaba ambientar en este lugar. En Ennishmin perdió la poca fe que le quedaba en este tipo de cosas, y por el más prosaico de los motivos. También estuvo a punto de perder la vida. Tal vez la hubiera perdido de no ser por la rápida atención médica de Archeth y (sospechaba) su intercesión ante los poderes fácticos del campamento. *Nunca discutas con un comandante imperial a punta de cuchillo si planeas dejarlo con vida*, comenzaba uno de los capítulos (titulado *Diplomacia*) de aquel tratado sobre guerra de escaramuzas que jamás llegó a la imprenta.

—¡Hsssst!

Frente a él, Seethlaw se había detenido en seco. Levantó una mano rígida y algo inclinada hacia abajo, antes de agazaparse con un movimiento sigiloso. Los otros dwenda se quedaron paralizados y siguieron su ejemplo, y Ringil hizo todo lo humanamente posible por imitarlos. Seethlaw levantó una mano y apuntó silenciosamente entre los árboles al frente. Allí se abría un ancho riachuelo broncíneo (habían caminado casi hasta su orilla) y algo producía suaves chapoteos como si estuviera surcando el agua en dirección a ellos.

La mano de Seethlaw se movió otra vez.

Ringil pensó más tarde que ésa era la forma exacta de describirlo. La mano del dwenda se movió, pero no de un modo que sugiriera que su propietario tenía algún control sobre ella. Era como si los dedos y la palma hubieran adquirido una maliciosa voluntad propia pero no del todo controlada. La muñeca se flexionó en lo que parecía un ángulo imposible, la mano ejecutó un extraño zarpazo repetido con tres dedos y Seethlaw siseó unas palabras entre dientes. Ringil sólo oyó una o dos sílabas, pero el sonido le puso la piel de gallina.

Entonces algo pareció ocurrirle a la luz que los rodeaba.

Al mismo tiempo, una canoa larga de aspecto maltrecho apareció deslizándose por el riachuelo. Transportaba a cinco hombres barbudos y vestidos con desaliño, pero todos ellos armados hasta los dientes. Ringil divisó mandobles y hachas, arcos recurvados amartillados con holgura, y una enorme arbalesta cruzada sobre una espalda. Dos de los hombres empuñaban los remos, excavando y guiando con la

facilidad de la larga costumbre, golpes que hendían el agua casi con sigilo e impulsaban la canoa hacia delante sin apenas levantar ondas. No cabía duda de que los otros tres eran los oteadores, pues movían la cabeza en todas direcciones y tenían los ojos tensos y atentos sobre las mejillas hirsutas. Ninguno de ellos cruzó ni una sola palabra con nadie mientras estuvieron a la vista.

Pasaron a menos de dos metros de donde estaban agazapados los dwenda, y no parecieron verlos.

Seethlaw esperó lo que pareció una eternidad, y luego su mano se abrió sola como una zarpa; la luz cambió otra vez y empezó a respirar, algo que Ringil comprendió ahora que el dwenda había dejado de hacer por completo cuando se quedó paralizado allí en la orilla del riachuelo.

—¿Y ésos eran?

Seethlaw se encogió de hombros.

—Saqueadores. Rastrean el pantano en busca de baratijas del Pueblo Negro, y las venden en el norte como curiosidades aldraínas. Hombres desesperados, en su mayoría, pero conocen bien las marismas. Tienen campamentos en los límites. Conviene evitarlos.

—¿Evitarlos? —Ringil frunció el ceño; sintió que una curiosa oleada, mezcla de hilaridad y decepción, surgía en su interior. Sus labios se torcieron con ella—. ¿Lo dices en serio? ¿Los poderosos dwenda de los cojones escondiéndose entre los arbustos de basura de la ciénaga? Por la polla retorcida de Hoiran, Seethlaw, son simples humanos.

—Sí, pero algunos de nosotros —dijo Risgillen de improviso, sibilante, junto a su oreja izquierda al pasar junto a él— no sentimos simpatía por los humanos. Para empezar… no se lavan tan a menudo como deberían.

Seethlaw le lanzó una mirada de advertencia, y Risgillen no dijo nada más.

—Por aquí —dijo Seethlaw, y reanudaron la marcha en paralelo al riachuelo. El canal se ensanchó mientras caminaban, y un número de afluentes se ramificaban a lo largo de la orilla más lejana. En el agua cobriza empezaron a aparecer hebras de una enmarañada alga flotante tubular, y una ocasional ráfaga de viento ondulaba la superficie. El olor a putrefacción se disipó un poco. No vieron más tráfico fluvial, ni nada más con vida hasta que el agua describió un brusco giro a la derecha y de repente una forma de cabeza lisa vestida de negro apareció en pie ante ellos, con una espada cruzada a la espalda. Ringil, acostumbrado ya al yelmo estilizado y el diseño sin adornos de la armadura aldraína, apenas echó un somero vistazo al nuevo dwenda. La mayor parte de él estaba absorta en la cosa que se alzaba a su espalda.

Era un puente, eso estaba claro, pero el término puente se le antojaba a Ringil un pobre intento de describir aquello que atravesaba el río. Por la misma regla de tres, se podría calificar de mercado el bazar imperial de Yhelteth. Era fiel a la verdad, hasta cierto punto, pero…

El puente se elevaba desde unos contrafuertes tan altos como la Puerta Oriental de

Trelayne, y parecía estar construido a base de cables y luz. Distinguió escaleras que se elevaban en espiral a ambos extremos, un gran arco de refuerzo poco profundo de lado a lado y una estructura con pautas de tela de araña debajo. Había una delicadeza en la construcción que hizo pensar a Ringil que si el sol brillaba lo bastante fuerte a través de aquella cosa, ésta podría llegar a evaporarse.

Seethlaw, al parecer, había reparado en su asombro. El dwenda lo observaba con atención, casi como si acabara de superar algún tipo de prueba.

—¿Te gusta?

—Es muy hermoso —admitió Ringil—. ¿Los saqueadores no lo ven?

—Ven algo. —Seethlaw se acercó más, sopló entre las puntas de sus dedos y las presionó con suavidad contra los ojos de Ringil—. Mira.

Ringil parpadeó y levantó la mirada.

El puente se había esfumado.

O… no, en realidad no se había esfumado. Los contrafuertes seguían estando allí, pero ahora se componían de granito pálido; ya no eran más que unos simples peñascos gemelos enfrentados sobre el arroyo, resquebrajados y cubiertos de musgo y finas hileras de hierba amarillenta, desmoronados en algunos lugares pero sin ofrecer ninguna ruta visible hacia arriba. Y donde antes estaba la calzada del puente, ahora un par de esbeltos árboles caídos se tendían anhelantes los brazos desde lo alto de cada peñasco, sus ramas afinándose una y otra vez en ramitas mientras se extendían sobre el vacío y se acercaban unas a otras, sin llegar a tocarse.

Ringil parpadeó otra vez, con fuerza. Se frotó los ojos.

El puente estaba allí otra vez.

—Hay leyendas, por supuesto —dijo Seethlaw—. El muchacho que tropieza con este lugar a medianoche la víspera de Padrow o cualquier otra noche festiva, y ve en lugar de las rocas y los árboles un fabuloso puente de cuento de hadas. Pero en realidad muy pocos de los de tu especie pueden verlo más que un segundo de pasada. —Una sonrisa torcida—. Como tú mismo has dicho, sólo son humanos.

Se despidieron del dwenda ataviado con el yelmo y la armadura con un breve diálogo que sonó formulario a oídos de Ringil, pese a que no entendió ni una sola palabra de lo que se dijeron. Luego Seethlaw los condujo arriba por las escaleras en espiral hasta la calzada. Ringil, que lo seguía de cerca, dio algunos pasos cuidadosos sobre el tejido de hebras finas como cabellos sobre el que caminaba y se quedó paralizado. No podía evitarlo; era como andar por el mismo aire. Durante largos instantes, se sintió mareado con el terror de la caída. El viento emitía sonidos aflautados entre las hebras a su alrededor; abajo, las aguas oscuras ondulaban seductoras. Se abrió una grieta entre las nubes y donde la luz más fuerte tocó el puente la estructura se disolvió en el resplandor perlado de una telaraña empapada de rocío.

Reparó en las miradas que le estaba echando Risgillen. Tragó saliva con dificultad, fijó la mirada al frente con firmeza y empezó a caminar otra vez. No

ayudaba el que el puente cediera un tanto bajo sus pies con cada paso, no muy distinto del terreno esponjoso que habían pisado en su travesía por el pantano. Y al ceder, las hebras parecían tintinear muy tenuemente al límite del oído de Ringil. No era una sensación agradable, y se alegró cuando llegaron al otro lado y empezaron a bajar las escaleras en espiral.

Al pie, los recibieron otros dos dwenda con armadura. Uno de ellos se quitó el yelmo y contempló fijamente a Ringil con ojos voraces hasta que Seethlaw le espetó algo. La conversación fue un toma y daca durante un momento hasta que el dwenda se encogió de hombros y volvió a ponerse el casco. No volvió a mirar a Ringil.

—Desde luego, no soy muy popular por aquí, ¿eh?

—No es eso —replicó Seethlaw con aire distraído—. Es sólo que están preocupados, buscan algo sobre lo que descargar.

—¿Preocupados por qué? ¿Por esos tipos de las canoas?

El dwenda lo miró con especulación.

—No, ellos no. Circulan rumores sobre que el Pueblo Negro sigue estando por aquí. Uno de nuestros exploradores entró en un campamento local cubierto de suficiente glamour para sentarse y ser servido sin llamar la atención en la cervecería. Oyó a los hombres hablar de un guerrero de piel negra en una de las aldeas al oeste.

—Ya… Venga ya. Será algún mercenario del sur, quizá de los desiertos. La piel se pone morena enseguida al sur de Demlarashan. Es fácil equivocarse.

—Tal vez.

—Nada de tal vez. Los kiriath se han ido, Seethlaw. Yo mismo los vi partir. De pie en An-Monal, observando hasta que el último escupefuego se sumergió. Adondequiera que fuesen, no van a volver.

—Sí, eso es lo que he descubierto en Trelayne. Pero también he aprendido que la preocupación por la exactitud o la veracidad no suele atar la lengua de los hombres. Parece que las mentiras son fáciles para tu especie. Mienten a aquellos a su cargo, a sus parejas y sus compañeros sin importar lo estrecho de su amistad, incluso a sí mismos si eso hace que el mundo que los rodea sea más tolerable. Es difícil saber qué creer en este lugar.

Algo en la fatiga de su tono hizo que Ringil se pusiera a la defensiva, enfadado y zaherido.

—Tiene gracia, eso mismo he oído decir siempre sobre tu especie. Que los dwenda eran maestros del engaño y el subterfugio.

—¿Sí? —dijo Ashgrin con laconismo y gravedad junto a su hombro. Ringil había oído su voz tan pocas veces que se llevó una sorpresa—. ¿Y qué experto en cultura aldraína de cuatro mil años de edad te ha contado eso?

Risgillen se aclaró la garganta con sonoridad.

—¿Vamos a continuar, hermano? Me parece que tenemos más preocupaciones que los cotorreos de…

Seethlaw giró sobre los talones para encararse con ella. Su voz sonó

peligrosamente baja.

—¿Quieres guiar, Risgillen?

No obtuvo respuesta. Los demás dwenda observaban con interés.

—Te he hecho una pregunta, hermana. ¿Quieres dirigir esta expedición? ¿Abandonarás los placeres y las comodidades de nuestro reino y te encadenarás a la tierra como he hecho yo? ¿Te sumergirás en la violenta escoria de la sociedad humana para lograr nuestros fines?

Siguió sin contestar.

—Espero una contestación, hermana, si no te importa. O me tomaré tu silencio como el «no» que siempre ha sido. ¿Es un «no»? ¡Pues entonces cierra la puta boca!

Risgillen empezó a hablar, en su propio idioma, pero Seethlaw atajó el caudal de palabras con el dorso de la mano. Se dio la vuelta poco a poco mientras sus ojos inescrutables saltaban de una cara a otra entre sus compañeros aldraínos.

—Oigo cómo os quejáis —escupió, todavía en naómico, quizá, aventuró Ringil, para ridiculizarlos, para humillarlos ante el humano—. Todos vosotros, una y otra vez, lamentándoos de que debáis soportar esto, los viajes y las estancias de unas pocas semanas de duración que debéis hacer entre los humanos, amarrados al tiempo y las circunstancias. Yo me he pasado tres putos años amarrado al tiempo, para que pudiéramos construir un camino en Trelayne. Hace tanto tiempo que tengo el sabor de este mundo en la lengua que me cuesta recordar cómo era no estar mancillado por sus limitaciones. Me lo he tragado, un día tras otro, asqueado por la brutal estupidez animal de sus costumbres, todo para poder aprender sus parámetros y sus posibilidades, todo para que al final podamos recuperar lo que nos pertenece. He hecho todo esto de manera voluntaria, y volvería a hacerlo. Y lo único que pido a cambio es vuestro apoyo y vuestra confianza. ¿Es mucho pedir?

Silencio. Muy, muy tenuemente llegaba el sonido del puente aldraíno, que tarareaba y silbaba en el viento sobre su cabeza. Seethlaw asintió con aire sombrío.

—De acuerdo. No vuelvas a llevarme la contraria en esto, Risgillen. ¿Ha quedado claro?

Una media sílaba de lengua aldraína en respuesta. Risgillen inclinó la cabeza.

—Bien. Pues esperad aquí. —Seethlaw asintió con la cabeza en dirección a Ringil —. Gil, acompáñame. Tienes que ver una cosa.

Capítulo 28

A unos pocos cientos de metros de distancia del puente aldraíno, como una especie de salvaje contraataque arquitectónico, una monumental plataforma de hierro negro sobresalía del pantano en el ángulo de un barco que se hunde. Medía fácilmente más de treinta metros de lado a lado, con múltiples niveles, seis rebordes que Ringil pudiera distinguir conforme se aproximaban, ladeando la cabeza hacia atrás para contar. La cima estaba coronada con púas y ensamblajes de mallas de alambre que recordaban en cierto modo a las redes de pesca tendidas a secar. El conjunto apuntaba al cielo turbio como una hoja rota enterrada en una herida. En el silencio flotante que lo rodeaba había una presencia, una tensión pesada como la quietud del aire antes de la tormenta.

—Mira —dijo Seethlaw con gravedad—. Eso es lo que hicieron vuestros aliados con este lugar.

No era difícil establecer la conexión; el diseño de la plataforma sólo podía tener un origen.

—¿Te refieres a los kiriath?

—El Pueblo Negro, sí. Mira a tu alrededor, Ringil Eskiath. Ésta fue una vez la ubicación de una de las ciudades aldraínas más importantes del continente. La llamaban Enheed-idrishinir, la morada de los vientos alegres. Ya has visto el puente. Imagínate calles y torres hechas del mismo modo, extendiéndose hasta el horizonte. Ríos esculpidos cuyas aguas entran y salen fluyendo del mundo real con la misma facilidad con la que el canal de Trelayne emerge de un túnel o pasa bajo un puesto de peaje. Árboles, y estructuras construidas tomando los árboles como modelo para imitar y reverenciar su forma, elevándose para capturar la brisa y cantar. Era un niño la última vez que vi Enheed-idrishinir, antes de que llegara el Pueblo Negro.

Apuntó otra vez a la plataforma.

—Cayó del cielo. Dicen que chillaba mientras descendía. ¿Ves los seis niveles? Hay veintisiete más bajo tierra, enterrados en el lecho rocoso de debajo del pantano. En la cúspide había un instrumento que desgarraba la realidad. Cincuenta mil perecieron o fueron barridos, arrastrados por la riada del impacto. Todavía hoy en día encontramos sus restos. Algunos todavía viven, en cierto modo.

—Nada cambia nunca, ¿eh? —dijo Ringil con voz queda, y pensó en las visiones de Grashgal de un museo para espadas. Niños hipnotizados por un pasado de acero cortante y encerrado a buen recaudo tras el cristal.

Siempre le había parecido un improbable caso de sueño hecho realidad.

—No, las cosas cambiarán. —Seethlaw se giró y clavó en él la mirada, negra y vacía. Su voz se levantó un tanto sobre el silencio de la ciénaga y adoptó tenues ecos de una pasión que Ringil sólo había visto en él con anterioridad cuando estaban

follando—. Los aldraínos van a regresar, Ringil. Este mundo nos pertenece. Lo dominamos durante milenios antes de que lo que tú entiendes por historia humana comenzara siquiera. Nos expulsaron, pero sigue siendo nuestro hogar ancestral, nuestra cuna. Nuestro por derecho de sangre, acero y origen. Lo recuperaremos.

—¿Y cómo pensáis conseguirlo? —De alguna manera, esta nueva faceta de Seethlaw dejaba a Ringil oscuramente decepcionado—. No parece que seáis tantos.

—No, todavía no. Los aldraínos son nómadas por naturaleza, individualistas por inclinación, siempre más felices al filo de nuestros dominios y ansiosos por ver qué hay más allá. Pero enterrado en el pecho de cada uno de nosotros hay un anhelo por este mundo, por una unidad, un lugar concreto que llevar en el corazón y al que regresar al final de la jornada. Cuando las puertas vuelvan a abrirse aquí, mi pueblo llegará de todos los rincones y los aspectos de la marca. Acudirán en masa como cuervos al anochecer.

—¿Se supone que debería alegrarme?

La mirada en blanco volvió a posarse en él.

—¿Tan mal te he tratado?

—No, qué va. He visto esclavos tratados mucho peor.

Seethlaw giró el rostro como si lo hubiera abofeteado. Miró más allá de Ringil a la plataforma hundida. Su voz se tornó carente de inflexiones.

—Podría haberte matado, Ringil Eskiath. Podría haber disfrutado limpiándome en ti como un trapo y tirándote a la basura. Podría haberte dejado para que te marchitaras desde el alma hacia fuera en los lugares grises, o terminado nuestro duelo como empezó, con acero. Fuiste tú quien entró en mi dominio, quien trajo su acero, sus amenazas y su convencimiento de que ni la belleza ni la hechicería podrían contrarrestar su eficiencia asesina. Alborotaste mis asuntos en Etterkal, mataste y mutilaste a mis útiles siervos, y me obligaste a intervenir cuando no era lo más conveniente. Te lo preguntaré otra vez. ¿Tan mal te he tratado?

Puesto que sólo había una respuesta justa para eso, Ringil ignoró la pregunta.

—Dime una cosa —preguntó en su lugar—. Entiendo vuestra parte en esto, recuperáis vuestro hogar ancestral… mierda de lagarto… derecho de sangre… lo que sea… puta tierra prometida. Lo entiendo, no es lo que se diría un concepto precisamente nuevo. ¿Pero qué gana la cábala? Se diría que tienes a toda la cancillería bailando al son que tocas de un modo u otro. ¿Qué cojones les has prometido?

El dwenda le dedicó una fina sonrisa.

—¿Tú qué crees? Ya ves dónde estamos, sabes lo que representa Ennishmin para la Liga.

El conocimiento debía de haber estado allí en su interior de alguna forma o figura. No sintió verdadera sorpresa, sólo una fría sensación deslizante en la boca del estómago.

—¿Les dijiste que la recuperarías para ellos?

—Sí, más o menos.
—¿Vas a invadir territorio imperial? ¿Vas a romper los acuerdos?
Seethlaw se encogió de hombros.
—Yo no he firmado ningún acuerdo. Ni mi pueblo tampoco. Es un servicio que presto a mis anfitriones en Trelayne.
—Pero… —Ahora el reguero de hielo en sus entrañas crecía, inundándolo—. El Imperio no va a quedarse de brazos cruzados, Seethlaw. No tal y como están las cosas ahora. Irán a la guerra. Habrá otra puta guerra. Tienes que saberlo.
—Sí. —Otro encogimiento de hombros, mirada inescrutable—. ¿Y qué? La Liga y el Imperio irán a la guerra por sus relativas hipocresías, con mi mano en el extremo de la balanza de Trelayne para igualar la pelea. Lucharán durante años, me imagino. Agotarán sus fuerzas y se minarán mutuamente, y cuando haya terminado, cuando por fin se harten de la carnicería, cuando estén cansados y rotos, mi pueblo recorrerá las ruinas y ocupará el lugar que le corresponde una vez más en este mundo. —La voz de Seethlaw adoptó un curioso tono suave y apremiante—. No deberías oponerte, Gil. El mundo será un lugar mucho mejor así. Se acabaron los odios histéricos y los baños de sangre entre facciones mezquinas. Se acabó la hipocresía para disculpar los abusos de poder, se acabaron las mentiras.
—No, tienes razón. Sólo a cambio del dominio de los aldraínos. Creo que me hago una idea de cómo sería.
—Eso es una estupidez. —La voz del dwenda arrastró una traza rápida de rabia que desapareció con la misma fugacidad—. No hay motivos para que los humanos y los dwenda no puedan coexistir como hicimos una vez. Nuestras crónicas están repletas de guerreros de tu especie, adoptados por compasión, o incluso por amor, y elevados a las cotas más altas entre nosotros. Yo mismo…
Se interrumpió. Hizo un pequeño gesto.
—No importa. No soy un comerciante de Strov que vaya anunciando su mercancía, ni un miembro de la cancillería que deba dar un discurso vacío a cambio de fondos y una pizca más de influencia sobre sus congéneres humanos. Si tu ingenio y tu experiencia personal no te convencen, no te arrastraré a un conocimiento que no quieres poseer. —Se giró de repente—. Vamos, hemos venido para otra cosa.
Caminaron con cuidado por el terreno pantanoso, alrededor del descomunal flanco de hierro de la plataforma, hasta donde algo parecido a un corral techado en parte se había construido contra la cornisa visible más baja. Había una valla de un material parecido a los cables del puente aldraíno, aunque ni remotamente trabajada con la misma sutileza. Entretejido con mayor grosor, el mismo enramado se prolongaba hasta formar tres estructuras bajas y alargadas como establos que estaban respaldadas por el hierro de la plataforma. El terreno ocupado por el corral era firme y parecía seco, reforzado tal vez con los mismos materiales de construcción aldraínos que el resto, pero fuera de la valla, el agua del pantano se encharcaba y formaba estancas expansiones agrisadas. El sendero que las atravesaba era sinuoso y

traicionero, y desembocaba en una puerta con cadenas.

Detrás del corral, aproximadamente a un metro de la valla, varios objetos achatados sobresalían del agua. Ringil los tomó por tocones podridos hasta que llegaron casi a la puerta, y una de las protuberancias más cercanas hizo un húmedo sonido succionador. Lo observó con más atención.

Y respingó.

¡Joder!

El objeto era una cabeza humana, acoplada con limpieza por el cuello al tronco por el que la había tomado. Se trataba de la cabeza de una joven, cuyos largos cabellos se descolgaban en la caldosa agua gris formando apelmazadas guedejas. Mientras la contemplaba fijamente, el cuello se abultó y giró, y desde la pálida cara los ojos de la mujer encontraron los suyos. Veteada de barro, su boca se retorció y formuló dos palabras mudas.

… por favor…

La historia de Gracia del Cielo regresó a su recuerdo como un mazazo:

No he dicho que estos hombres estuvieran muertos. Digo que lo único que regresó fueron las cabezas. Todas ellas están vivas aún y sujetas por el cuello a un tronco de árbol de veinte centímetros.

Unas lágrimas de agua cenagosa brotaron de los ojos de la mujer y rodaron sucias por sus mejillas.

Los ojos de Ringil volaron por el agua del pantano, y las demás protuberancias que tachonaban la superficie. Todo el arco se componía del mismo horror, cabezas humanas vivientes con la mirada fija en el corral.

Había visto fuego de dragón y los cadáveres calcinados de niños ensartados sobre asadores. A estas alturas se creía inmune a todo.

Se equivocaba.

—¿Qué cojones es esto, Seethlaw?

El dwenda estaba ocupado con la cadena de la valla; tenía las manos apoyadas en ella y murmuraba con suavidad. Distraído, levantó la cabeza.

—¿Qué? —Vio la dirección de la mirada de Ringil—. Ah, los fugitivos. Tengo que reconocerlo, los humanos sois obstinados. Les explicamos dónde estaban, les avisamos de que no era fácil salir del pantano y que no les convenía intentarlo. Les dijimos que si se quedaban los alimentaríamos y trataríamos bien. Pero se empeñaron en intentarlo. Así que eso de ahí es una especie de lección práctica. Ya no tenemos tantos intentos de fuga. De hecho, suelen quedarse dentro, y desde luego bien lejos de la valla.

Los ojos de Ringil fueron a la construcción del establo a la sombra del hierro kiriath. Aplastó la lengua con fuerza contra el cielo del paladar.

—¿Ésos son esclavos de sangre de la ciénaga? ¿Los tenéis aquí?

—Sí. —Seethlaw apartó la cadena, que abrió de súbito, y empujó la valla hacia dentro. Pareció reparar en la expresión de Ringil por primera vez—. ¿Y qué? ¿Qué

sucede?

—Tú. —Era como si de repente no supiera cómo respirar—. ¿Tú les has hecho esto, tan sólo para advertir a los demás?

—Sí. Una lección práctica, como decía.

—¿Y hasta cuándo van a tener que vivir así?

—Bueno. —Seethlaw frunció el ceño—. Indefinidamente, mientras no les falte agua a las raíces. ¿Por qué?

—Hijos de puta —Ringil descubrió que estaba sacudiendo la cabeza sin darse cuenta—. Ahhh, puto pedazo de mierda. Malnacido. ¿Que no hay motivos para que los humanos y los dwenda no puedan coexistir? ¿Y entonces cómo llamas a eso? ¿Qué puta clase de coexistencia es ésa?

Seethlaw dejó lo que estaba haciendo y se lo quedó mirando fijamente.

—¿Es peor —preguntó con suavidad— que las jaulas de la Puerta Oriental en Trelayne, donde vuestros transgresores cuelgan en agonía durante días como ejemplo para las masas? No hay dolor implicado en el proceso, ¿sabes?

Ringil reprimió el recuerdo de la abrasadora agonía que nunca había sufrido.

—¿Que no hay dolor implicado? ¿Querrías que te lo hicieran a ti, hijo de puta?

—No. Claro que no. —El dwenda pareció quedarse perplejo al oír la pregunta—. Pero su senda no es la mía; además, yo no la hubiera recorrido igual que ellos. En serio, es un asunto sin importancia, Ringil. Estás exagerándolo mucho.

En ese preciso momento, Ringil hubiera dado gustoso su alma por tener el peso de la Críacuervos en su espalda o el diente de dragón en su manga. En vez de eso, tragó saliva con dificultad, se tragó el odio y apartó la mirada del rostro embarrado de la mujer para dirigirla a través de la puerta abierta del corral.

—¿Por qué? —logró preguntar, con voz temblorosa—. ¿Por qué los has traído aquí? ¿Qué finalidad tiene?

Seethlaw se quedó estudiándolo largo rato.

—No estoy seguro de que lo entiendas —dijo—. Estás siendo muy obtuso ahora mismo.

Ringil enseñó los dientes.

—Ponme a prueba.

—Muy bien. Están ahí para ser honrados.

—Anda, eso suena encantador. Es mejor que el purificador amor inquisitorial de la Revelación, ya lo creo.

—Como decía, no espero que lo entiendas. Los moradores de la ciénaga de la llanura de Naom son lo más parecido a familiares que los aldraínos tenemos en este mundo. Hace miles de años, sus clanes eran los criados favoritos de los dwenda, tanto que mezclábamos nuestra sangre con la suya. Sus descendientes, siquiera de forma atenuada, continúan nuestra estirpe.

—Eso es una puta leyenda —dijo Ringil con repugnancia—. Es la mentira que venden en el mercado de Strov para sacarte el doble por leerte el futuro. No me digas

que te crees esa mierda. ¿Qué, tres putos años de política en Trelayne, codeándote con los mejores embusteros y ladrones de la Liga, y todavía no puedes ver una simple estafa callejera como ésa cuando la tienes delante?

Seethlaw sonrió.

—No. La leyenda, como la mayoría de ellas, tiene una base de verdad, o al menos una comprensión de la verdad. Hay formas de confirmarlo. Cuán fuertemente la herencia de los dwenda emerge entre los clanes de la ciénaga varía en gran medida. Pero cuando nace una niña incapaz de concebir en ayuntamiento humano, la estirpe es fuerte.

Con los varones es más difícil saberlo, pero se aplica algo parecido.

—Así que has estado secuestrándolas por todo Etterkal y trayéndolas aquí. Vuestras primas a cien grados de separación. Venga ya, ¿qué significa eso en realidad, «para honrarlas»?

Era consciente de la misma sonrisa salvaje, clavada aún en su cara. Vio la forma en que Seethlaw lo observaba, y de alguna manera incomprensible sintió una especie de pérdida. Allí había otra prueba, como ver el puente aldraíno, y estaba fracasando.

—Creo que sabes lo que significa —dijo el dwenda con voz queda.

De la garganta de Ringil surgió un gruñido entrecortado, casi inaudible.

—Vais a sacrificarlas.

—Si quieres llamarlo así. —Seethlaw encogió los hombros—. Sí.

—Estupendo. ¿Sabes?, sólo soy escoria humana, apenas he visto tres décadas de vida, e incluso yo sé que no hay dioses dignos de llamarse así ahí fuera. ¿Así que en qué creéis tan desesperadamente, payasos, que necesita un ritual de sangre?

El dwenda parecía dolido.

—¿De verdad esta diatriba requiere una respuesta?

—Eh, esto es un puto diálogo, ¿no?

Otro encogimiento de hombros.

—Bueno, de acuerdo. No es tanto una cuestión de dioses como de mecanismos, del modo en que las cosas están relacionadas y conectadas entre sí. De ritual, si lo prefieres. Lo mismo podrías preguntar por qué los humanos entierran a sus muertos, cuando devorarlos tendría más sentido. Hay poderes, entidades con influencia en estos asuntos, aunque los aldraínos no nos consideramos ligados a ellos de ninguna forma significativa. Pero también existe una etiqueta, un respeto de leyes sagradas, y para esto, la sangre siempre ha sido el canal. Puedes considerarlo similar a la firma de los tratados que hace tu pueblo entre sí… aunque al menos nosotros honramos nuestros pactos una vez hechos. Si debe haber sangre, la ofreceremos. La sangre del nacimiento, la sangre de la muerte, la sangre de los animales cuando se requiere un pequeño cambio en el azar, la de los familiares cuando se desea algo mayor. En nuestra historia, los elegidos para este honor siempre han acudido voluntariamente a su destino, como un guerrero va por voluntad propia a la batalla, sabiendo que su sacrificio merece la pena.

—No creo que ése sea el caso con vuestras primas lejanas, aquí presentes.

—No —convino Seethlaw—. No es lo ideal. Pero tendrá que servir. Al final, el hecho de que estemos dispuestos a derramar sangre que sabemos que es nuestra, en fin, tendrá que ser sacrificio suficiente.

—Vaya, genial. Me alegra ver que lo tienes todo calculado.

El dwenda suspiró.

—¿Sabes, Gil?, creía que tú más que nadie podrías entenderlo. Por lo que sé de ti…

—No sabes nada de mí. —Con los dientes apretados—. Nada. Me has follado, eso es todo. Pues bien, bienvenido al puto club, tesoro. Y los humanos somos un hatajo de alborotadores embusteros, acuérdate. No es aconsejable confiar en nosotros entre las sábanas más que en cualquier otra parte.

—Te equivocas, Gil. Te conozco mejor que tú mismo.

—¡Bah, y una mierda de lagarto!

—Te he visto en la marca, Gil. He visto cómo te desenvolvías allí —Seethlaw se inclinó sobre él y le apoyó las manos en los hombros— he visto lo mismo que las akyia, Gil. He visto en lo que podrías convertirte, si te lo permitieras.

Ringil levantó los brazos con una brusca técnica de combate sin armas, rompió la presa del dwenda y se lo sacudió de encima. Sintió que una extraña calma se adueñaba de él.

—Ya me he convertido en suficientes cosas en esta vida. He visto lo necesario para saber adónde va todo. Y ahora, me hiciste una puta promesa. ¿Piensas cumplirla? ¿O quieres devolverme la espada y terminamos esto como lo empezamos?

Se quedaron mirándose fijamente. Ringil se sintió caer en los ojos vacíos del dwenda. Arrinconó la sensación y mantuvo la mirada.

—¿Y bien?

—Siempre cumplo mis promesas —dijo Seethlaw.

—Bien. Pues manos a la obra.

Ringil se giró con un movimiento seco y entró en el corral abriéndose paso con el hombro. Seethlaw se quedó observándolo un momento más con expresión inescrutable antes de seguirlo.

Capítulo 29

Sherin no lo reconoció.

No podías culparla, supuso Ringil. Había pasado mucho tiempo, y tal vez ya no quedaba en él mucho del niño pequeño que se negaba a jugar con ella en los jardines de Lanatray. Sin duda no quedaba mucho de la pálida niña pequeña que él recordaba en la mujer encogida ante él. Lo más probable era que hubiera pasado junto a ella sin reconocerla en los Claros, si no se hubiera pasado el último par de semanas grabando en su memoria su retrato al carboncillo en Ishil. De hecho, ni siquiera el boceto era tan fiel ahora. Las privaciones de Sherin parecían haber fundido la carne de su cara, dejando sus ojos huecos y hundidos, añadiendo una brutal carga de años que todavía no había vivido. Había enmarañadas vetas grises en sus cabellos, y cúmulos de arrugas de sufrimiento alrededor de la boca y los ojos que no habrían estado fuera de lugar en una esclava de taberna portuaria dos veces mayor que ella.

Al mirarla, se preguntó por un instante qué marcas habría dejado en su rostro el tiempo pasado con el dwenda. No había visto ningún espejo desde la noche que salió de los Claros hacia Etterkal, y ahora, de repente, la idea de enfrentarse a uno lo llenó de preocupación.

—¿Sherin? —dijo en voz muy baja. Se arrodilló a su altura—. Soy tu primo Ringil. He venido para llevarte a casa.

Sherin no lo miró. Sus ojos se clavaron por un momento en Seethlaw, que estaba detrás de él, tras lo cual corrió a encogerse en la esquina del establo como si el entramado de madreperla de las paredes pudiera absorberla. Cuando Ringil intentó tocarle el brazo, Sherin lo apartó con violencia y sus manos reptaron hacia arriba para aferrar y tapar su cuello. Se meció ligeramente adelante y atrás en el rincón y empezó a emitir un lamento monocorde y atiplado, un sonido tan alejado de la voz humana que al principio Ringil no estaba seguro de que brotara de su garganta.

Ringil se giró en cuclillas y contempló desde abajo los pálidos rasgos aldraínos de Seethlaw.

—¿Quieres salir de una puta vez? —le espetó—. ¿Dejarme un momento a solas con ella?

La mirada del dwenda fue de su cara a Sherin y otra vez a su cara. Sus hombros se levantaron mínimamente. Se giró y desapareció como el humo por la puerta entreabierta.

—Escucha, Sherin, no va a hacerte daño. Es… —Ringil lo sopesó—. Un amigo. Va a dejar que te lleve a casa. En serio. No se trata de ningún truco, no hay ningún hechizo de por medio. De verdad, soy tu primo. Tu madre e Ishil me pidieron que viniera. Llevo buscándote… desde hace tiempo. ¿No me recuerdas de Lanatray? Nunca quería jugar contigo en los jardines, acuérdate, ni siquiera cuando Ishil me

obligaba.

Sus palabras parecieron surtir efecto. Centímetro a centímetro, fue girando el rostro. El lamento se interrumpió, trabado entre sus leves jadeos, absorbido a continuación por el silencio como el agua por la tierra reseca. Sherin lo miró por el rabillo del ojo, temblando, con ambas manos aferradas aún a su cuello. Su voz chirrió como una bisagra oxidada.

—¿Ri-Ringil?

Ringil reunió algo parecido a una sonrisa.

—Sí.

—¿Eres tú de verdad?

—Sí. Me envía Ishil. —Intentó la sonrisa de nuevo—. Ya sabes lo que significa eso. Ishil. Ya la conoces. Tenía que encontrarte sí o sí, ¿verdad?

—Ringil. Ringil.

Y entonces se lanzó sobre él, se desplomó sobre su cuello y sus brazos, llorando, aferrándose y chillando como si mil demonios poseídos estuvieran atrapados en su interior y hubieran decidido ahora, por fin, que ya llevaban allí demasiado tiempo, que querían salir, y era hora de derribar las puertas.

Ringil la sostuvo mientras se desahogaba, acunándola con suavidad, murmurando trivialidades y acariciándole el nido de cigüeñas que tenía por cabellera. Los gritos se redujeron a hipidos, después a suspiros entrecortados y por último a silencio. Ringil escudriñó su semblante, le limpió las lágrimas lo mejor que pudo con la manga de la camisa, la cogió en brazos y la sacó; aún tenía unas briznas de heno del suelo del establo adheridas al sencillo camisón que llevaba puesto, manchado con el barro del pantano.

¿Ya estás contenta, madre? ¿He hecho suficiente?

Fuera, el cielo se movía; los extensos nubarrones se perseguían unos a otros a una velocidad amenazadora. La luz había cambiado y se espesaba y enturbiaba hacia la penumbra del fin de la jornada, y el aire hedía a la tormenta inminente. No provenían sonidos de los otros establos ni de los compartimentos de éste; si sus ocupantes estaban despiertos, el terror o la apatía los mantenía callados. Ringil descubrió que se alegraba; así le resultaba más fácil convencerse de que no había más presos que la mujer que sostenía en sus brazos.

Seethlaw estaba de espaldas a la pared del establo, de brazos cruzados, con la mirada perdida en la nada. Ringil pasó junto a él sin decir palabra, se detuvo un par de pasos más allá con Sherin en los brazos. La mujer enterró el rostro en su cuello y gimió.

—Bueno —dijo el dwenda a su espalda—. ¿Satisfecho? ¿Ya tienes todo lo que querías?

Ringil no se dio la vuelta.

—Tú danos un buen caballo, dime dónde está la carretera de Trelayne y déjame alejarme todo un día de marcha de este estercolero. Entonces a lo mejor podremos

hablar de promesas cumplidas.

—Claro. —Oyó el sonido de Seethlaw apartándose de la pared, enderezándose y deslizándose hacia él. Su voz monótona y gris erizó el vello de la nuca de Ringil—. ¿Por qué no? Después de todo, aquí no hay nada más para ti, ¿verdad?

—Tú lo has dicho.

Caminó hacia la puerta a la luz de la tormenta, afianzando el paso un poco porque Sherin era más pesada de transportar de lo que esperaba cuando la cogió. Una parte siempre despreocupada de él recordaba aquel tiempo en que podía luchar todo el día con la armadura puesta y seguir en pie al caer la noche; encontrar la energía necesaria para ir con los hombres reclutados a la fuerza en el campamento y levantarles el ánimo para la carnicería de la jornada siguiente; presagiar una victoria en la que no creía y compartir sus chistes sucios y brutales sobre cómo gastar dinero, follar y hacer daño como si los encontrara graciosos.

¿Eras mejor persona entonces, Gil? ¿O simplemente mejor mentiroso?

Tus nalgas y tu vientre eran más firmes, eso seguro. Tus hombros eran más anchos y robustos.

Quizá con eso bastaba, para ellos y para ti.

Cruzó la verja y se esforzó torvamente para mantener la mirada lejos de las cabezas sumergidas en el agua. Casi lo consiguió. Al salir echó un vistazo furtivo de soslayo, fascinado el rabillo de su ojo por las desesperadas facciones embarradas de la mujer que estaba más cerca de la puerta. Apartó la mirada antes de poder atisbar algo más que una mejilla surcada de lágrimas y la desesperada boca silabeante. No llegó a mirarla a los ojos.

Atravesó el pantano y la luz decadente, con Sherin cada vez más pesada en sus brazos y Seethlaw frío y remotamente bello a su lado, los tres como personajes simbólicos de una fábula pomposa e irritante cuya moraleja original se hubiera pervertido, destruido y perdido de alguna manera y ahora fuese, para el público y los actores por igual, un puto misterio.

En los límites suroccidentales de la ciénaga, el terreno se volvía poco a poco menos hostil para el uso humano, y al parecer también para otras formas de vida. Empezó con las picaduras ocasionales de mosquito y los enjambres de moscas dispersos que se elevaban en torno a sus botas a medida que avanzaba chapoteando por las porciones cenagosas del sendero. Luego, poco a poco, los trinos comenzaron a filtrarse en el silencio, y poco después de aquello Ringil empezó a divisar las aves, posadas o dando saltitos a plena vista encima de las ramas y los troncos caídos. Cada vez más, el agua renunciaba a su impredecible posesión de la tierra, cesaba de rezumar del suelo a cada paso y se confinaba con mayor decisión a los arroyos y las rías. El camino que transitaban se solidificó, el omnipresente hedor del agua estancada se redujo a alguna que otra vaharada esporádica. El terreno se elevaba y

plegaba sobre sí mismo; el sonido del agua corriente sobre la roca anunciaba la presencia de los riachuelos. Incluso el cielo parecía abrillantarse conforme la amenazadora tormenta se alejaba acechante a otra parte por el momento.

Como tantas otras cosas en la vida de Ringil, el silencio opresivo en el corazón de la ciénaga nunca le había parecido tan difícil de soportar como cuando se alejaba de él.

Siguieron uno de los arroyos cuando se transformó en un río, parándose a descansar a intervalos frecuentes junto a la orilla. Después de un rato, Sherin fue capaz de caminar por sí sola, aunque todavía se encogía contra el costado de Ringil cada vez que alguno de los dwenda se acercaba o volvía hacia ella su mirada vacía. No dijo ni una palabra, de hecho parecía estar tratando toda la experiencia como si de un momento a otro pudiera resultar ser una alucinación o un sueño.

Ringil la comprendía.

Seethlaw, por su parte, estaba casi igual de callado. Dirigía al grupo con un mínimo de instrucciones verbales y gestuales, y no hablaba con Ringil más que con sus compañeros aldraínos. Sí había seleccionado a los otros dwenda que lo acompañaban, Ringil no le había visto hacerlo. Pelmarag y Ashgrin se limitaron a situarse junto a ellos cuando cruzaron el puente aldraíno, y otros dos dwenda que no conocía los esperaban al otro lado. Breves retazos de conversación iban y venían entre estos cuatro mientras caminaban, pero Seethlaw no estaba incluido, y no parecía importarle demasiado.

Al ocaso, llegaron a un campamento de saqueadores levantado junto al riachuelo.

—Hay un transbordador al otro lado —explicó Seethlaw mientras aguardaban bajo unos árboles al filo del pequeño nudo de cabañas y almacenes—. Y desde allí, la carretera se dirige al noroeste. Hemos venido tan al sur para evitar lo peor del pantano, pero a partir de ahora el terreno será mucho más fácil. Es una marcha de un par de días hasta Pranderghal, una aldea de gran tamaño. Allí conseguiremos caballos.

Ringil conocía Pranderghal. Llegó a ver cómo expulsaban a sus habitantes originales de su hogar y los conducían hasta la carretera que llevaba al sur, cuando todavía se llamaba Iprinigil. Asintió con la cabeza.

—¿Y esta noche?

—La pasaremos aquí. El transbordador no sale hasta mañana por la mañana. —Seethlaw sonrió con desagrado—. A menos que quieras que invoque a la tormenta de aspectos y demos un rodeo por la marca.

Ringil reprimió un escalofrío. Miró de reojo a Sherin.

—No, gracias. Creo que ninguno de nosotros está para esos trotes.

—¿Seguro? —La sonrisa seguía estando allí—. Piénsalo. Podrías llegar a Trelayne en cuestión de días en vez de semanas. Y de todas formas no te parecerán días, sería como si no pasara el tiempo.

—Ya. Sé lo que se siente. Déjalo de una puta vez, ¿quieres?

Entraron en la única posada del campamento, un mesón con el suelo de tierra y paja cuya planta inferior estaba ocupada por una docena de mesas de caballete y un largo mostrador de madera. Había una escalera contra la pared del fondo y un rellano con barandilla en lo alto, donde una hilera de puertas daban a otras habitaciones. Se abrieron paso hasta la barra entre el alboroto y los apretones de unos hombres barbudos cuyo olor indicaba que necesitaban un baño y encargaron habitaciones para pasar la noche. Ringil no apreció ningún cambio obvio en Seethlaw ni en ninguno de los otros dwenda, pero era evidente que habían proyectado algún tipo de glamour a su alrededor, porque nadie reaccionó ante su apariencia o su atuendo extravagante. El posadero, un individuo grueso y atezado difícil de diferenciar de su clientela, aceptó una moneda de Pelmarag con un asentimiento sucinto, la mordió, se la guardó en un bolsillo y señaló una mesa de caballete que había en la esquina junto a la ventana. Ocuparon sus asientos, y les sirvieron una cena de costillas de cerdo con jarras de cerveza espumosa poco después. Todo resultó ser sorprendentemente digerible, al menos para el estómago de Ringil, aunque vio cómo los dwenda cruzaban miradas solapadas mientras masticaban.

Descubrió que no podía recordar qué habían comido en la marca aldraína. Sólo que Seethlaw proporcionó el alimento (conjurado como por arte de magia de alguna parte), el cual se derritió en su boca como las tajadas más deliciosas de carne melosa, como la más deseada de las cosechas de los Claros en su paladar. Aparte de eso…

Incluso eso…

Ahora todo empezaba a evaporarse, comprendió, a desvanecerse deprisa, la marca y todo cuanto había visto y hecho allí, como fragmentos de un último sueño antes de despertar, pedazos de sí mismo en acción que no tenían ningún sentido obvio, tentadoras imágenes carentes de contexto y una incoherente sucesión de acontecimientos sin el menor amarradero en el tiempo o la secuencia…

De repente dejó de masticar y, sólo por un momento, la comida de la taberna fue un grumoso bocado de serrín y grasa que no lograba obligarse a tragar. El calor, la luz de las lámparas y el ruido que inundaba el lugar aumentaron hasta formar un rugido ronco e insoportable. Miró fijamente a Seethlaw, que permanecía sentado justo enfrente de él, y vio que el dwenda estaba observándolo.

—Se desvanece… —dijo con la comida atascada en la boca—. No puedo…

Seethlaw asintió con la cabeza.

—Sí. Era de esperar. Has regresado al mundo definido, vuelves a estar sujeto al tiempo y la circunstancia. Tu cordura sufriría si recordaras las cosas con más claridad, si las alternativas parecieran demasiado reales.

Ringil tragó como pudo el bocado, se obligó a engullirlo.

—Es como si todo estuviera convirtiéndose en algo que hubiera soñado —dijo aturdido.

El dwenda le dirigió una sonrisita triste. Se inclinó un tanto hacia delante.

—He oído decir que los sueños son la única manera que tiene tu pueblo de

encontrar los lugares grises. Y que sólo los locos o aquellos que tienen una voluntad sobrehumana pueden quedarse.

—Yo…

Alguien tropezó con fuerza contra la espalda de Ringil y desmenuzó lo que quería decir antes de poder formularlo del modo adecuado. La idea se derramó de él como un puñado de monedas que caen a la calle y se pierden por una reja de alcantarilla, como un pequeño soplo de pequeños destellos de significado reluciente que se perdieran.

Se giró en el banco, enfadado.

—¿Por qué cojones no miras por dónde andas?

—Jo… Disculpa, ciudadano, lo siento. Mira, estaré encantado de pagar todo lo que se haya derramado si… ¿Gil? ¿El jodido Ringil?

Egar el Matadragones.

Allí estaba, surgido de la luz de los faroles de la barahúnda de la taberna como una figura legendaria que emergiera de entre la niebla en el campo de batalla. Alto, fuerte y asilvestrado, su cabello una feroz masa de nudos con diminutos adornos talismánicos de hierro prendidos en ellos. Por encima de su hombro sobresalía una hoja enfundada en cuero de su lanza; en su cinturón portaba un hacha de mango corto a juego con una daga de hoja ancha. Olía a ciénaga y a frío, y era evidente que acababa de entrar por la puerta. Su rostro barbudo surcado de cicatrices se hendió en una enorme sonrisa. Apoyó las manos en los hombros de Ringil, lo levantó del banco sin más esfuerzo que un padre levantando a su bebé.

—¡Por las putas pelotas de Urann, deja que te mire! —bramó—. ¿Qué cojones haces tú en este estercolero apestoso? ¿Tú eres el rostro del pasado que se suponía que debía reconocer y salvar? ¿Tú eres el tipo del que hablaba aquel payaso con capa?

Y entonces todo se hizo pedazos.

Para Ringil fue como sumergirse de repente en algún aspecto de la marca. El tiempo dejó de correr, aminoró el paso hasta parecer avanzar por el barro. Sus percepciones se estiraron y emborronaron, vio lo que estaba ocurriendo como a través de otro conjunto de sentidos, mucho más atenuados.

Seethlaw se puso en pie de repente, con los ojos abiertos de par en par.

Egar, cuyos sentidos de guerrero se aguzaron de súbito ante la tensión, dejó caer una mano sin ostentación hasta la daga de hoja ancha que llevaba en la cadera.

Los ocupantes de las mesas vecinas los miraron.

Ashgrin, sentado junto a Seethlaw, se giró y se agachó en busca de algo.

Se produjo un tenue temblor en el aire. Un oscurecimiento.

—Creo que os equivocáis, caballero —dijo Seethlaw, que levantó una mano unos centímetros de la mesa, con los dedos extendidos con holgura en forma de araña. Una onda pareció recorrerlos, como si de repente se hubieran quedado sin huesos—. Éste no es vuestro amigo.

Egar resopló.

—Escucha, viejo, reconocería a este tipo en cualquier…

Frunció el ceño.

—Ha sido un error —repitió el dwenda con voz sedosa—. Puede pasarle a cualquiera.

—Debéis de estar muy cansado —convino Ashgrin.

Egar liberó un bostezo cavernoso.

—Sí, ésa es la puta verdad. Tiene gracia, hubiera jurado…

Ringil, por ningún motivo evidente que pudiera recordar más tarde, gritó y barrió salvajemente la mesa con un brazo. Una táctica de pelea de taberna, motivada por algún oscuro instinto al que rara vez se abandonaba hoy en día. La lámpara del centro se volcó y el aceite se derramó. Las llamas prendieron y formaron una línea entre las bandejas y las jarras volcadas. Se puso en pie, con ambas palmas bajo el caballete, lo levantó contra Seethlaw.

—¡Soy yo, Eg! —gritó—. ¡Soy yo, joder! ¡Coge a la chica!

Más tarde, las lágrimas se agolparían en sus ojos al recordar la reacción del majak. Los labios de Egar se replegaron sobre un gruñido y corrió al lado de Ringil. La daga salió de su funda, ancho rutilar oscuro a la luz danzarina de las llamas sueltas ahora entre la paja del suelo. La blandió contra los tambaleantes dwenda.

—¡Claro que sí, Gil! —rugió—. ¿Quién quiere que le meta esto por el puto culo? Putos hechiceros.

Su otra mano se había disparado ya como un látigo para agarrar a Sherin del brazo y levantarla del banco. Cuando Pelmarag intentó detenerlo, la daga centelleó. El brazo de Pelmarag se puso en medio, la hoja lo cortó y su sangre oscureció la manga del dwenda. Pelmarag gruñó como un lobo a su vez y se abalanzó sobre Egar. Los ojos del nómada estepario se ensancharon con la sorpresa. Lo que fuera que había visto antes en Pelmarag, cualquiera que fuese el glamour que había enturbiado su percepción, ya se había desvanecido.

—¡Espectros! —aulló—. ¡Cuidado, espectros! ¡Espectros del pantano!

A continuación cayó al suelo con Pelmarag encima de él.

Un arma, un arma, resonaba en la cabeza de Ringil. *Le vendería mi puta alma a Hoiran por un arma*.

En vez de eso, giró sobre los talones y cayó sobre la espalda de Pelmarag. Sabía que tan sólo tenía unos segundos hasta que los otros dwenda de la mesa lo inmovilizaran. Lo hizo de todas formas. Egar había adoptado la pose del luchador de cuchillo; con los brazos amartillados pugnaba por empujar su hoja contra la presa de Pelmarag. Las piernas del dwenda y el hombre golpeaban el suelo de tierra sin control en busca de un asidero. Ringil engarfió los dedos de la mano derecha en los ojos del dwenda y tiró hacia atrás. Pelmarag aulló e hizo aspavientos. Egar rompió la presa del dwenda y le atravesó la garganta con la daga desde el costado. La sangre lo salpicó todo. Olía, recordaría Ringil más adelante, agridulce y fuerte, completamente

distinto de lo que podría manar de las venas de una persona.

Después giró en redondo, agazapado y chillando, en busca de los otros entre la creciente humareda. Tuvo un momento para cruzar la mirada con Seethlaw, que se disponía a saltar por encima de la mesa volcada, sus facciones una espantosa máscara de rabia rugiente y ojos en blanco. Una oleada de humanidad se interpuso entre ellos.

—¡Espectros del pantano! ¡Espectros del pantano! ¡Qué no escapen esos malnacidos!

De la nada, Ashgrin tenía una feroz espada bastarda azul que llameaba en sus manos. Los primeros hombres que se acercaron a él cayeron descuartizados. La estampida se tornó caótica y estridente. Algunos trastabillaban de espaldas para alejarse del inesperado acero, mientras que otros que tenían armas pedían sitio a gritos y se esforzaban por llegar al frente.

—¡Ringil! —gritó Egar desgañitándose en su oído—. ¡Larguémonos de aquí, ahora!

Tragó una bocanada de aire.

—Con mucho gusto. Coge a…

—¡La tengo! ¡Salgamos de una puta vez!

La mano del majak volvía a rodear con firmeza el brazo de Sherin, sujetándolo justo por encima del codo. Ringil pensó que la mujer tendría cardenales al día siguiente.

Si sobrevivimos hasta entonces.

Llegaron a la puerta de algún modo, repartiendo codazos y tropezando con otros que habían tenido la misma idea. Ringil la abrió de una patada y salió dando tumbos al frío y la oscuridad. Dado que la taberna estaba construida sobre una ligera pendiente, cayó empujado por su propio impulso y aterrizó hecho un ovillo, sin aliento.

Se oyó el ruido de unos cristales rompiéndose. Un dwenda apareció saltando y chillando a través de la ventana como un poseso, aterrizó con elegancia felina y se acercó a ellos con aire amenazador, hoja en mano y sonriendo.

Egar soltó el brazo de Sherin.

—Detrás de mí, niña —gruñó.

Liberó la pequeña hacha, la sopesó con la mano izquierda, con la daga aún en la derecha. No quedaba tiempo para liberar la lanza, por mucho que le hubiera gustado disfrutar de la distancia extra. Ojeó la espada de la criatura con calma profesional. Los vacíos ojos inhumanos del primero le sorprendieron, pero ahora que su sangre se había encendido, no se dejó impresionar. Supuso que no sería peor que vérselas con un gul estepario. Una sonrisa feroz le lamió los labios.

—¿Qué cojones estás mirando? —ladró.

La criatura embistió con un alarido estridente. Se movía a una velocidad sobrecogedora, pero Egar ya había visto eso muchas veces. Propulsó la daga hacia arriba, con el antebrazo frente a la cara. La espada bastarda relampagueó para desviar

la embestida, pero fue un bloqueo torpe, cualquiera podía verlo. Egar entró por detrás, ahora con el hacha en ambas manos, apuñalando de costado bajo la espada escorada. El espectro del pantano chilló y se apartó de un salto. Egar presionó, trabó la afilada y ganchuda parte posterior del hacha en la hoja y la apartó de su camino de un tirón, con la zurda. Su mano derecha formó un puño que se estrelló en la cara de su adversario. El espectro del pantano se tambaleó. Egar lo siguió. Otro puñetazo, de nuevo en la cara (*deja el cuerpo en paz, debajo de ese extraño atuendo correoso negro hay algún tipo de armadura*) y sintió cómo la nariz se partía con un crujido sólido. El espectro chilló e intentó repelerlo con la espada bloqueada. Tenía velocidad, pero no la necesaria fuerza bruta. Egar sonrió y se agachó, enganchó un brazo en un muslo y tiró. La criatura se desplomó de espaldas. Egar cayó sobre su pecho con una rodilla y todo su peso. Algo crujió y se resquebrajó. El espectro del pantano gritó otra vez, débilmente. Egar liberó el hacha, sin tiempo para darle la vuelta, e incrustó el asta revestida de hierro en la cara inexpresiva. Sacó un ojo, aplastó un pómulo. Machacó la boca y la nariz ya rota.

Percibió un movimiento a su espalda.

Giró sobre los talones y vio a Ringil allí en pie tambaleándose bajo la luz débil. Exhaló un suspiro de alivio y relajó la presa sobre el hacha.

—En pie —dijo con voz ronca el caballero de Trelayne—. Tenemos que largarnos de aquí. Antes de que salgan los otros.

Egar echó un vistazo de reojo a la posada. Los sonidos de violencia escapaban furiosos por la ventana rota y la puerta, donde estaba congregándose una multitud de hombres que se debatían entre la fascinación de los espectadores y el horror de lo que habían visto. Había humo y la luz de las llamas saltaba animadamente. Nadie parecía haber reparado en ellos tres todavía, allí abajo en la penumbra. Toda la atención estaba puesta en el edificio.

—Debe de haber más de sesenta personas ahí dentro —le dijo a Ringil. Respiraba con dificultad tras el combate—. Aunque sólo dos tercios de ellos quieran meterse, acabaran con estos hijos de perra, es pan comido.

—No, no lo harán. —Una espantosa urgencia hendió la voz de Ringil—. Créeme, tenemos unos minutos a lo sumo.

Uno no sigue a un hombre a una muerte casi segura bajo el calor abrasador de un paso montañoso sin tomarle antes la medida. Sin aprender a confiar en lo que dice en un abrir y cerrar de ojos, aunque sea un puto chupapollas. Egar se incorporó y miró a su alrededor.

—De acuerdo. Tomemos el transbordador.

—¿Cómo? —Ringil frunció el ceño—. ¿Estos mentecatos no guardan los remos bajo llave?

—Bueno, a quién le importan una mierda los remos en momentos así. El Idrikarn fluye rápido a esta distancia del pantano; nos llevará al sur más deprisa de lo que tú puedes remar, compañero.

La cosa a los pies de Egar se revolvió y gimió. El majak lo miró, sorprendido.

—Son tenaces estos cabrones, ¿eh?

Dio la vuelta al hacha en sus manos, cambió de postura y proyectó el extremo afilado hacia abajo. La cabeza del espectro del pantano rodó libre en una explosión de sangre. Se enjugó parte de la cara, la olisqueó con curiosidad y se encogió de hombros. Miró a su alrededor hasta encontrar la daga, la recogió y dio una palmada en el hombro de Ringil.

—Pues en marcha —dijo—. Sentemos el culo en las sillas.

—Espera, dame su espada.

—¿Para qué cojones quieres su espada? ¿Qué tiene de malo la que llevas a la espalda?

Ringil se lo quedó mirando como si de repente hubiera empezado a delirar como un místico de Demlarashan. Egar se detuvo cuando se disponía a girarse, extendió las manos ensangrentadas.

—¿Qué?

Ringil levantó la mano derecha como si le doliera, la acercó lenta y dubitativamente a su hombro y tocó el pomo de su espada como, en fin, como si estuviera acariciando una polla, la verdad sea dicha. Egar se revolvió incómodo, jugueteó con el hacha.

—Eres un puto perro verde, Gil. No has cambiado ni un ápice. En marcha.

Bajaron al embarcadero en sombra a la carrera, con Sherin tambaleándose entre ellos, y Ringil comprobó que era cierto: incluso en el recodo del río la corriente fluía con fuerza. Unas hojas diminutas y otras motas de detritos fluviales flotaban a buen paso. En el centro del caudal se veía un pequeño remolino en el agua iluminada por el anillo. El transbordador, un pequeño esquife rechoncho de apenas cuatro metros de largo y despojado de su mástil, se mecía al extremo de sus amarres como si tuviera prisa por partir.

—¡Eh! ¡Vosotros! —Los habían visto—. ¡Alto ahí… ladrones… cuidado! ¡Eh, detenedlos, es mi puta barca…!

Subieron a bordo de un salto. Egar cercenó las sogas y dio una patada al embarcadero con la puntera de la bota. Tras ellos, una oleada de figuras oscuras surgió corriendo hacia el embarcadero, gritando, gesticulando, blandiendo armas y puños. El esquife se alejó de la orilla con languidez, agónicamente despacio al principio, aunque después, cuando lo atrapó la corriente, aceleró el paso de golpe. Haciendo equilibrios en el centro de la embarcación, agazapado sobre la derrumbada y sollozante figura de Sherin, Egar sonrió a Ringil.

—Hace tiempo que no hacía algo así.

—Será mejor que te agaches —le aconsejó Ringil—. Empezarán a disparar en cualquier momento.

—Nah. Demasiado barullo, no serían capaces de tensar un arco ni entre todos. No son soldados, Gil. —Pero de todas formas se agachó y se sentó en uno de los bancos

cruzados del esquife. Estiró el cuello a un lado y entornó los párpados—. Sólo es Radresh, cabreado porque le hemos birlado el transbordador.

—Hay que entenderlo.

—Ya, bueno. Nunca me gustaron sus putas tarifas.

Los dos se quedaron observando en silencio mientras la multitud del embarcadero hervía en su propia impotencia. Algo pesado se hundió en el agua tras su estela, pero demasiado a popa como para suponer el menor problema. Nadie iba a tirarse al agua, eso seguro. Un par de perseguidores con algo de aplomo corrían a lo largo de la orilla, intentando mantener su ritmo. Ringil los observó con suspicacia unos segundos, vio cómo se zambullían en la maleza que se espesaba al filo del campamento y se quedaban atascados. La persecución murió entre maldiciones e insultos berreados, cada vez más tenues. Sintió cómo su pulso empezaba a tranquilizarse.

Hasta que…

En lo alto de la loma, las llamas ardían sin freno en las ventanas y la puerta abierta de la posada. Era difícil saberlo en la creciente distancia, pero le pareció que una figura solitaria, alta y oscura se erguía en el umbral, ajena al fuego a su espalda, siguiendo su huida con ojos sin luz.

Corre si quieres, susurró una voz en su cabeza. *Contaré hasta cien*.

Se estremeció.

El bote avanzaba río abajo, arrastrado por el oscuro remolino de las aguas.

Capítulo 30

H*abía pensado en Ennishmin, mi señor*.

Archeth se imitó a sí misma con fiereza mientras dejaba vagar la mirada por la ventana. La torre de la guarnición de Beksanara era una construcción rechoncha, apenas dos pisos más alta que el resto del cuartel, y la vista desde la habitación más alta era la misma que desde cualquier otra parte de este condenado territorio. Pantanos y árboles siniestros, bajo un cielo del color de unos sesos desparramados. Ni siquiera se divisaba el río desde este ángulo. Sin duda no se veía el menor rastro del sol de la mañana.

Había tenido todo el puto imperio para elegir.

Podría estar en alguna playa de la colonia de Hanliahg en estos momentos, con los pies descalzos en la arena y una jarra de cerveza de coco por compañía, viendo cómo la mañana inundaba el firmamento de luz sobre la bahía. Podría estar en el balcón de cualquiera de los cuarteles de la Guardia del Altiplano, más allá del paso de Dhashara, con un café caliente y el vivificador aire de la montaña para despertarla, y el cortejo de las águilas de la nieve ascendiendo y dejándose caer en picado como si libraran un duelo sobre su cabeza.

Pero no, no, tenías que seguir tu puto instinto hasta este estercolero en el culo del reino. Tenías que arrastrar a Elith a su pasado y a todos los recuerdos dolorosos que había dejado atrás. Sencillamente no podías resistirte, ¿verdad? Archeth Indamaninarmal regresa triunfal con la solución a los misteriosos problemas del Imperio.

No había averiguado nada. Llevaba dos semanas registrando los asentamientos de los bordes de la marca de Ennishmin e interrogando a funcionarios imperiales aburridos y resentidos con la paciencia agotada ya por la miserable suerte que los había destinado aquí. Dos semanas de burlas mal disimuladas y hosca reticencia a sus preguntas por parte de la escoria saqueadora de artefactos a cuya patriótica ayuda había intentado apelar… sin éxito. Dos putas semanas de cuentos de viejas y rumores, y de vadear las marismas para examinar una sucesión de peñascos de forma curiosa o formaciones rocosas sin el menor significado. El gran triunfo hasta ahora consistía en haber desenterrado otro marcador de glirsht a juego con el que Elith había llevado a Khangset. Lo sacaron del barro empapado diez kilómetros pantano adentro desde Yeshtak, donde había caído de bruces y yacía, al parecer desde hacía siglos, intacto. Estaba cubierto de musgo y picado por la edad, y uno de sus brazos invitadores se había partido. Empapados de sudor y veteados de barro, lo dejaron donde estaba y regresaron a duras penas a Yeshtak.

Sabía cómo la miraban Faileh Rakan y sus hombres cuando creían que estaba distraída, y era difícil culparlos.

Estaba persiguiendo fantasmas, y el resultado era exactamente el que cabría esperar.

Y ahora esto: sabotaje o caprichoso sadismo, Idrashan comió algo en los establos que lo postró misteriosamente de rodillas y los obligó a pasar toda la noche esperando a ver si sobrevivía o sucumbía. No había ningún veterinario digno de llamarse así en Beksanara, y tampoco gran cosa en cuestión de fuerzas de la ley. Rakan obligó al administrador de la aldea a reunir a un puñado de probables sospechosos, y los hombres del Trono Eterno se turnaron para vapulearlos en las celdas del cuartel. Aparte del ejercicio, no les sacaron nada ni remotamente útil. Las culpas empezaron a volar de un lado para otro como suele ocurrir en estas situaciones, puñaladas traperas y rencillas familiares, delitos de poca monta sacados a la luz y confesiones francamente implausibles, todo ello abonado con el habitual estiércol de la ciénaga: una misteriosa plaga en el aire que afligía a los caballos cuando el viento soplaba del noreste; los bandidos, los feroces remanentes de las familias expulsadas durante la ocupación, que se ocultaban en el pantano y poco a poco se iban convirtiendo en algo menos que humano; una figura alta con sombrero de cuero de ala ancha y capa, avistada hacía poco, merodeando de noche por las calles como si estuviera estudiando la aldea con aviesas intenciones; sombrías figuras del tamaño de un niño vistas retozando en la penumbra y emitiendo lamentos espeluznantes. Después de seis horas así, Archeth le pidió a Rakan que dejara que todos volvieran a sus casas.

Seguían esperando a ver si Idrashan lograba salir de ésta.

Apretó los dientes. *Por la putísima Santa Madre, como se muera ese caballo…*

Oyó unas botas en la escalera.

Se apartó de la ventana, cruzó la pequeña habitación cuadrada y salió a la escalera. Faileh Rakan dobló el recodo abajo y la miró, algo ojeroso tras pasar toda la noche en vela, con un rasguño en la sien allí donde uno de los sospechosos peor encarados había presentado inesperada resistencia. Se detuvo en el acto cuando la vio allí plantada.

—Mi señora —dijo, e inclinó la cabeza. Era una deferencia automática; una deferencia, pensó, que estaba volviéndose demasiado leve.

—¿Cómo está mi caballo?

—Está, uhm… No ha habido ningún cambio, mi señora. Lo siento mucho. No se trata de eso. Ha sucedido algo inesperado.

—Ah. ¿Y de qué se trata?

—Bueno, el administrador de la aldea dice que su milicia ha arrestado a unos ladrones de barcas. Los encontraron dormidos y varados en el meandro bajo la aldea. Puesto que viajaban sin remos, cabía esperar algo así.

Archeth cambió de postura con impaciencia. El administrador de la aldea respondía al nombre de Yanshith y era un miserable gordinflón cuyos niveles de incompetencia sólo eran igualados por el tamaño de su panza y sus aires de importancia.

—¿Sí? ¿Y esto nos interesa porque…?

Rakan carraspeó.

—Bueno, al parecer estos ladrones de barcas aseguran estar huyendo de unos, uhm… seres mágicos que viven en la ciénaga. Y uno de ellos porta una espada kiriath.

Mierda de caballo.

Lo mascculló al menos un par de veces más mientras bajaban las escaleras y salían a la calle, porque había un inexplicable martilleo en su pecho que no quería que estuviera allí, y no sabía qué la asustaba más, si equivocarse y sufrir una nueva desilusión, o que sus temores se hicieran realidad.

Mierda de caballo, una puta espada kiriath. Será medio barrote de algún andamio encontrado por ahí, aplastado hasta darle un filo aproximado y con un extremo envuelto con cuerdas por toda empuñadura. Lo he visto mil veces.

Pero no lo era.

Llegaron a la combinación de cobertizo para las embarcaciones y almacén de la otra punta de la aldea, donde al parecer permanecían retenidos los ladrones. Al acercarse, vio las armas confiscadas amontonadas entre un par de milicianos desaliñados, los encargados al parecer de vigilar la puerta. El retumbo de los truenos que martilleaban en su pecho aumentó una nota ante el espectáculo: daga, hacha de mano, una lanza majak y un cuchillo ceremonial de diente de dragón, y allí, tirada de cualquier manera encima de todo lo demás, una vaina de batalla de An-Monal de brillo multifacetado y la empuñadura tejida del mandoble alrededor del cual se ceñía amorosamente.

Se detuvo en seco y miró fijamente el arma. Ésta le devolvió la mirada rutilando como un viejo amigo un tanto engreído al que hiciera años que no veía, mejorado de repente más allá de cualquier expectativa.

Y luego la voz arrastrada procedente del interior, tenue a través de la madera de la puerta pero inconfundible. El tono suave sobre filos duros ligeramente ausente y la ultrajante falta de respeto que dispensaba a las sílabas apiñadas del tethanno que hablaba.

—¿Sabe, sargento?, seguro que tiene cosas mejores que hacer con las próximas horas de su vida que intentar intimidarme con la mirada. Como afeitarse, por ejemplo. O redactar su última voluntad y testamento. Porque supongo que sabrá escribir, ¿no?

Estuvo a punto de arrancar la puerta de sus goznes cuando entró. La madera chocó con la pared con un crujido seco, rebotó y hubo de pararla con el antebrazo, que se quedó dolorido.

—¿Ringil?

—Vaya, vaya. —Pero tras la petulante respuesta, Archeth vio su asombro

reflejado en los ojos de Ringil. Éste se reclinó ligeramente en el bote de remos volcado donde estaba sentado. Pausa, recuperación, todo en un abrir y cerrar de ojos —. Archeth Indamaninarmal. Entra con aire dramático desde el escenario central. Parece que en efecto los poderes sí que tienen recursos.

—Te lo dije —gruñó el hombre que estaba junto a Ringil, y entonces Archeth lo reconoció también—. No querías creerme, ¿verdad?

—¿Matadragones? ¿Tú también estás aquí?

—Hola, Archeth. —El majak le dirigió una sonrisa—. ¿A qué vienen esas formalidades? Ya nadie me llama así.

—Ahora sabes cómo me siento —murmuró Ringil.

Había cuatro milicianos con alabardas en la estancia, apuntadas al suelo ahora las armas, boquiabiertos ante este incomprensible intercambio entre la noble visitante kiriath y los tres ladrones de embarcaciones que habían arrinconado en una esquina. Faileh Rakan lo dijo todo por ellos:

—¿Conocéis a estas personas, mi señora?

—Sí, así es. Bueno, a esta joven no, pero…

—Sherin Herlirig Mermas —informó Ringil, con un gesto cortés, mientras la mujer a su lado miraba fijamente en silencio con la vista ausente de fatiga y asombro —. Y éste es Egar, hijo de Erkan, del clan majak skaranak, conocido en vuestra parte del mundo, quizá con demasiada grandiosidad, como el Matadragones.

Archeth vio cómo cambiaba la expresión de Rakan. En todo el Imperio había tal vez veinte personas honradas con el título de Matadragones. La mayoría de ellas habían perecido ganándoselo. El capitán del Trono Eterno dio un breve paso adelante, se llevó el puño al hombro derecho e inclinó brevemente la cabeza ante el guerrero majak.

—Es un honor —dijo—. Faileh Rakan, comandante de primera del Trono Eterno.

—Rakan. —Egar frunció el ceño y se rascó una oreja—. ¿El mismo Rakan que dirigió aquella carga contra el flanco en los campos de Shenshenath en el 47, cuando hubo que sacar con tenazas a Akal de las trincheras?

—Tuve el honor de dirigir aquella acción, sí.

El rostro del majak se hendió en una sonrisa. Sacudió la cabeza.

—Entonces debo decir que has perdido la puta cabeza, Faileh Rakan. Fue la mayor locura que he visto nunca. Menos de un soldado entre cien se hubieran atrevido a correr aquel riesgo.

Los labios de Rakan se fruncieron ligeramente, pero saltaba a la vista que estaba complacido.

—Menos de un soldado entre mil son elegidos para servir en la guardia del emperador —declaró, como si lo recitara—. Era mi deber, nada más. El trono de Yhelteth es eterno, la vida a su servicio debe reflejar esa eternidad en honor. La muerte es un precio que debe pagarse a veces, como cualquier otra deuda honorable.

—Me alegra oír eso —dijo Ringil con tono risueño—. Muy inspirador. Mantén

esa actitud, la vas a necesitar.

Rakan le lanzó una mirada glacial.

—Todavía no hemos escuchado vuestro nombre, caballero.

—Ah, ¿yo? —Ringil levantó una mano para enmascarar un repentino bostezo que le separó las mandíbulas al borde de desencajarlas—. Me llamo Ringil, de la mansión de Eskiath en los Claros de Trelayne. Quizá hayas oído hablar también de mí.

La expresión de Rakan cambió una vez más. De pronto se volvió impasible.

—Sí, he oído hablar de ti —dijo, sucinto.

Ringil asintió con la cabeza.

—La Quebrada del Patíbulo, sin duda.

Pero el capitán del Trono Eterno sacudió la cabeza.

—No. No me suena ese nombre. Lo que he oído es que Ringil Eskiath era un traidor a la paz imperial en las provincias septentrionales, un corruptor de menores y un chupapollas.

Egar se levantó de un salto de la curva del lomo de la barca volcada con el rostro congestionado. Archeth vio cómo la mano de Ringil caía sobre su brazo y sintió una punzada de alivio. La distribución de armas en la sala no invitaba a pelear.

—Fascinante, Eg. —El tono de Ringil era suave y ligero. Sólo alguien que lo conociera bien podría haber detectado el filo de acero envainado en él—. ¿No te parece? Lo que deben de estar enseñando en los libros de historia en el sur hoy en día. Apuesto a que encontraremos que el Imperio ganó la guerra contra el Pueblo Escamoso él solito. Y que las buenas gentes de Ennishmin y Naral tuvieron la amabilidad de abandonar sus hogares espontáneamente para permitir que los colonos imperiales se alojaran en ellos.

Rakan levantó un dedo.

—No consentiré…

—Basta, Rakan —Archeth se interpuso entre el capitán del Trono Eterno y los otros—. Gil, Egar, habéis dicho a la milicia que huíais de los dwenda, ¿es eso cierto?

Ringil y Egar intercambiaron una mirada. Ringil parecía serio.

—De hecho, no fui tan específico —dijo con suavidad—. ¿Qué sabes de los dwenda, Archidi?

El martilleo en el pecho de Archeth parecía estar disminuyendo, reduciéndose a algo más frío y más paciente que recordaba de los años de guerra.

—Sé que están aquí —dijo—. En Ennishmin, en los pantanos.

Ringil le dirigió una sonrisita dura.

—Ésa no es ni la mitad de la historia. Esta noche estarán aquí mismo, en Ibiksinri, recorriendo la calle principal y aporreando las puertas.

Celebraron la reunión estratégica en el edificio de la guarnición, lejos de miradas indiscretas. No tenía sentido alarmar a los locales, dijo Faileh Rakan. *No*, convino

Ringil, *sólo recogerían a sus hijos y huirían por sus vidas. Eso no se puede consentir, ¿verdad? No en una provincia fronteriza*. El capitán del Trono Eterno lo fulminó con la mirada, pero a esas alturas Ringil ya había recuperado la Críacuervos y el cuchillo de dragón; había desayunado copiosamente y lucía una leve sonrisa invitadora que Rakan sabía interpretar a la perfección.

Archeth sofocó las llamas otra vez, mantuvo a los dos separados. Dejaron a Sherin con Elith en una celda sin cerrar con llave en la planta baja, una de las que el administrador de la aldea había sido convencido para equipar con unas pocas comodidades cuando Archeth y sus hombres fueron obligados a pernoctar la noche anterior. Enviaron lejos al administrador y sus hombres con sencillas tareas que ejecutar, les dijeron que no había nada de qué preocuparse, la verdad, y se encerraron en la sala de la torre. Pusieron manos a la obra, hablaron de las distintas sendas que los habían llevado a Ennishmin, lo que de por sí fue una tarea ardua… y no exenta de momentos violentos.

—¡Imposible! ¡Esto es herejía! —Halgan, uno de los dos tenientes del Trono Eterno que Faileh Rakan había elegido para asistir, no estaba encajando demasiado bien el relato de Egar de su encuentro con Takavach—. Sólo hay un Dios y él se ha presentado ante nosotros en la única y verdadera Revelación.

Ringil puso los ojos en blanco. Pero Darash, el otro teniente, asentía su acuerdo, e incluso las facciones de Rakan, por lo general impasibles, estaban vueltas hacia el majak con el ceño fruncido. Archeth ni se molestó; dejó que se las apañaran como pudieran. Miró fijamente por la ventana y se preguntó por qué la mención del sombrero y la capa de cuero de Takavach le parecía tan familiar. Mientras tanto, Egar sonrió y se sirvió más café. Estaba acostumbrado a este tipo de cosas, de hecho siempre había extraído una satisfacción infantil al escandalizar a los imperiales cuando vivía en Yhelteth. Levantó el canto encallecido de una mano en dirección a Halgan.

—Mira, compañero, vi cómo este Takavach cogía una flecha de ballesta al vuelo con las manos desnudas. Así. Conjuró un ejército de demonios de la hierba de la estepa como tú les dirías a tus hijos que dejaran de jugar y entrasen en casa, y me llevó casi mil kilómetros al suroeste, hasta Ennishmin, en lo que tú tardarías en chasquear los putos dedos. Ahora bien, si eso no es un dios, se trata de una imitación cojonuda.

—Sí, una imitación —insistió Darash—. Un espíritu maligno. Un truco para ganarse tu alianza.

—Ya, lo que tú digas. —Egar sorbió su café, volvió a posarlo y sonrió—. Chicos, no os entra en la cabeza, ¿verdad? Takavach me salvó el culo en la estepa. Descuartizó a mis enemigos por mí, me hizo una puerta de aire y oscuridad y la colgó de una rama del árbol de la tumba de mi padre para que pudiera escapar. ¿Sabéis?, por eso… puede contar con mi alianza.

—Pero es un demonio, Matadragones. —Halgan estaba consternado, suplicaba

casi—. Tienes que entenderlo. Es un demonio que intenta robarte el alma.

El majak resopló.

—Mi alma recorrerá la Vía Celeste de todas maneras, ocurra lo que ocurra conmigo aquí en la Tierra. No es algo que se pueda robar como las bragas de seda de una damisela. Maté a un puto dragón, amigo. Mis antepasados llevarán puliendo mi asiento en la Casa Celeste desde entonces, sonriendo como idiotas, probablemente. Mi padre debe de estar matando de aburrimiento a los moradores con las historias de mis hazañas.

—Supersticiones —dijo Rakan con desdén—. Esto no es… verdad.

—¿Estás llamándome mentiroso?

Ringil se restregó la cara con las manos.

—A lo mejor, Rakan, las supersticiones son tu querida Revelación. ¿Alguna vez te has parado a pensarlo? A lo mejor los majak tienen la arbalesta cogida por el lado correcto después de todo. ¿Se ha aparecido el único y verdadero Dios recientemente para salvaros el pellejo a alguno? ¿Se ha presentado ante alguno de vosotros?

—¡Sabes muy bien que Dios no se manifiesta! —exclamó Halgan—. Eso también es herejía. La Revelación no es corpórea. Lo sabes. ¿Por qué insistes en este discurso perverso?

—Me gustan las perversiones. A lo mejor a ti también, si les dieras una oportunidad.

—Deja en paz a mis hombres —dijo fríamente Rakan—. Degenerado.

Ringil le lanzó un beso sonoro. Rakan, de golpe y porrazo, escupió una maldición y se puso medio de pie antes de que Archeth saliera de su ensimismamiento. Lo agarró por el brazo y lo sentó de un tirón.

—Basta. Podéis dirimir vuestras diferencias religiosas cualquier otro día, cuando no haya cosas más importantes que hacer. Ahora mismo quiero saber, Ringil, ¿por qué estás tan seguro de que te persiguen?

Ringil cruzó la mirada con Egar.

—¿Se lo quieres explicar tú? —le preguntó al majak.

Egar se encogió de hombros.

—Los vimos en la orilla. Dos veces durante la noche. Fuego azul y una forma oscura en su corazón, mirando cómo pasábamos.

—¿No podría tratarse de cualquier otra cosa? —preguntó Halgan. No quería creer en esto más de lo que había querido creer en Takavach—. ¿Alguna luz reflejada entre la niebla alrededor de algún saqueador que estuviera meando en el río? O algún efecto de los gases de la ciénaga. Los vecinos dicen…

—Los vecinos dicen un montón de mierda, eso es lo que dicen —lo atajó Egar con sequedad—. Llevo rastreando el pantano casi un mes entero, y nunca he visto nada como lo que vi anoche. Y en cualquier caso, Archeth, encaja con lo que nos has contado sobre Khangset. Luz azul parpadeante, las figuras sombrías.

—Así cruzan los lugares grises, la marca aldraína —Ringil se restregó un ojo con

cansancio. Quedarse dormido en el esquife a la deriva lo había dejado anquilosado y fatigado—. Que yo sepa, hay lugares en los que no necesitan esta tormenta conceptual para hacerlo, pero no parece que haya muchos. El corazón de la ciénaga, tal vez, cerca de donde está enterrada esta arma kiriath. O quizá tenga algo que ver con esas tallas de glirsht de las que hablabais antes, no estoy seguro. Lo único que sé con certeza es que Seethlaw apareció en el sótano de Terip Hale con la misma facilidad que si hubiera abierto una puerta en la pared.

—Eso fue de noche, sin embargo.

—Sí. Y yo diría que las leyendas también tienen razón en ese sentido. A los dwenda no parece gustarles demasiado el sol. La mayor parte del tiempo que pasé en la marca aldraína estaba oscuro o en penumbra, como durante el ocaso. En un sitio que visitamos había algo parecido a un sol en el cielo, pero estaba casi consumido. Como un cascarón vacío. Si es ahí de donde proceden los dwenda, podría explicar por qué no toleran la luz brillante. Y este ataque pirata sobre Khangset del que habláis, creo que conocí a uno de los dwenda que participó en él, uno llamado Pelmarag. Me contó que se replegaron mucho antes del amanecer porque el sol iba a ser demasiado fuerte para su comodidad. «Con ese sol que saldrá dentro de un par de horas», dijo.

—Ennishmin debe de ajustarse a ellos como un puto guante —masculló Egar—. Creo que no he visto el sol más de dos veces desde que llegué aquí.

Eso provocó una inesperada explosión de carcajadas de los imperiales. La tensión acumulada alrededor de la mesa se suavizó. Un par de comentarios desesperados sobre la lluvia y la niebla fueron a un lado y a otro. Darash sonrió, formó un holgado puño vertical y lo dejó caer sobre la otra mano un par de veces, el símbolo yhelteth en la corte para indicar un buen chiste, un sentido del humor bien agradado. Egar respondió con una serie de modestos ruiditos.

—¿Podemos detenerlos? —preguntó Archeth con voz queda, evaporando la hilaridad tan deprisa como se presentó. Todos los ocupantes de la mesa la miraron durante un momento de tensión—. En Khangset, dijeron que sus flechas habían atravesado el fuego azul y dejado a los dwenda ilesos.

Ringil asintió con sobriedad.

—Sí. Eril me contó que ocurrió lo mismo con la flecha de la ballesta de Girsh cuando intentó detener a Seethlaw. Creo que es posible que cuando la tormenta conceptual acaba de aparecer, es como si el dwenda no estuviera del todo allí, como si fuera una especie de fantasma. Pero vuestros muchachos en Khangset no fueron tan ineficaces como creían. Pelmarag dijo que la fuerza expedicionaria de la que formaba parte perdió muchos hombres. Seis o siete de ellos sólo en la playa. Eso debió de ser antes de que se entablara ningún combate cuerpo a cuerpo; estamos hablando del momento en que la guarnición de Khangset comprende que tienen compañía. Así que algunas de aquellas flechas debieron de dar en el blanco. Por lo que sé, diría que este aspecto espectral no dura mucho. El dwenda tiene que renunciar a él tarde o

temprano, debe volverse sólido y arraigado en este mundo. Cuando lo hagan —descargó un puñetazo contra la palma de la otra mano—, serán nuestros. Pelmarag me contó que había perdido otra media docena de guerreros en la lucha a través de la ciudad. Vuestros marines los contuvieron, sencillamente estaban demasiado asustados y desmoralizados como para darse cuenta. No debemos cometer el mismo error. Crucé espadas con Seethlaw, sentí el contacto, incluso cuando la tormenta de aspectos lo rodeaba todavía. Puede hacerse.

—Sí, son fáciles de matar —dijo con voz ronca Egar—. Anoche acabé con dos. Cuchillo en la garganta para uno, puños y mango de hacha para el otro. Caen igual que cualquiera.

—¿Y el daño que vimos en Khangset? —preguntó Archeth—. Las defensas kiriath estaban fundidas por completo. Parecía aliento de dragón.

Ringil frunció el ceño y rebuscó entre sus recuerdos, ya irreales y confusos. Juntó las manos, unió las yemas de los dedos y las apretó contra los labios, pensativo. La pequeña figura tallada del pantano, la conversación con Pelmarag. *Te contaré algo gracioso*.

—Dijo algo sobre «las garras del sol». Algo que liberaron a través de la tormenta de aspectos, antes de atravesarla ellos. Como una flecha disparada antes de una avanzada o algo.

—Eso no eran marcas de flecha —dijo Rakan con tono irónico.

—No creo que tengan esas garras del sol aquí en el pantano —Ringil perdió la mirada en sus recuerdos tenues. Había una extraña añoranza allí, con los recuerdos, y no le gustaba—. La estrategia era distinta, como si algún comandante dwenda no estuviera de acuerdo con las tácticas de Seethlaw. Quería un asalto frontal. No es eso lo que Seethlaw intenta conseguir aquí.

—¿Lo sabes con seguridad? —El tono de Archeth sonaba escéptico—. ¿Los dwenda están decididos a lanzar una campaña sigilosa?

—No… —Ringil suspiró—. No es tan sencillo, Archidi. Esto no es como si hubiera vuelto otra vez el Pueblo Escamoso. No se trata de ninguna migración en masa a través de un océano para escapar de una tierra moribunda, ni de un éxodo, ni de un pueblo invasor que deba conquistar nuevos territorios o perecer en el intento. Los dwenda no están unificados, ni por asomo. Hay facciones, desacuerdos sobre las estrategias a seguir y constantes disputas individuales. Ni siquiera parece que sean tantos ahora mismo, e incluso ésos, el puñado que conocí, discutían entre sí la mitad del tiempo.

—Los timoneles dicen que son impulsivos y desordenados —dijo Archeth con tono pausado—. Quizá ni siquiera estén cuerdos. ¿Encajaría eso?

Ringil volvió a pensar en la marca aldraína. Se estremeció.

—Sí, encajaría —contestó—. Tendría mucho sentido. Seethlaw era…

Se interrumpió.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Rakan.

Ringil sacudió la cabeza.

—Olvidadlo. No importa.

—A lo mejor no para ti, degenerado —dijo Halgan con rabia—. Pero para mis hombres y para mí importa muchísimo. Estás pidiéndonos que luchemos, muy probablemente hasta morir, fiándonos de tu palabra. Dadas las circunstancias, creo que nos debes un mínimo de claridad y sinceridad.

—Eso es cierto —dijo Rakan—. Como una explicación precisa de cómo esa criatura llegó a confiar en ti tan íntimamente, para empezar. Cómo es que viajabas con tantas libertades con él por esos reinos infernales, como es que te permitió escapar con tu prima esclava.

Ringil sonrió con frialdad.

—Os gustaría que os lo explicara del modo más claro posible, ¿no?

—Sí. A todos nos gustaría eso.

—Pues bien, es muy fácil —Ringil se inclinó sobre la mesa hacia el capitán del Trono Eterno—. Me lo follaba. Por el culo, por la boca. Siempre que tenía ocasión.

El silencio cayó sobre la mesa como un montón de ladrillos desprendidos del techo. Los dos tenientes del Trono Eterno cruzaron la mirada, y Halgan emitió un leve pero inconfundible ruido de escupir.

—Eres una abominación, Eskiath —dijo Rakan en voz baja.

—Bueno —Ringil lanzó otra sonrisita quebradiza al capitán del Trono Eterno—. ¿Sabes?, lo que tiene el follar es que resulta menos cansado y peligroso que intentar matarse con unos trozos de acero. Y es la clase de cosa que suele desembocar en confidencias y favores si se hace bien. Pregúntaselo a cualquier mujer; verás cómo me da la razón. A menos, claro está, que tus experiencias en ese sentido se limiten, ahora que lo pienso, como tal vez se limiten las tuyas, a ir de putas y a alguna que otra violación.

Esta vez fue Halgan el que se puso de pie rápidamente con una maldición en los labios y una mano en la empuñadura de la espada que llevaba encima. Ringil se reclinó un poco en su asiento, cruzó la mirada con el teniente y se la sostuvo.

—Como desenfundes ese filo, te mato con él.

El momento se estiró hasta que pareció crujir.

—Habla en serio —dijo Archeth en voz baja—. Yo que tú me sentaría, Halgan.

Faileh Rakan hizo un gesto sucinto, y su teniente volvió a hundirse en la silla centímetro a centímetro. Archeth suspiró y se frotó los ojos.

—¿Dices que te insinuaste en el afecto de este Seethlaw para recuperar a tu prima?

—Eso mismo. —Sintió la punzada diminuta y evanescente del recuerdo, como un pequeño cuchillo embotado que se retorciese entre sus costillas. No sabía cuánta verdad entrañaban sus palabras. Ya no lo recordaba—. Eso es exactamente lo que digo.

—¿Y crees que Seethlaw te persigue porque, qué, se siente traicionado? ¿Le

cabreó que le dieras calabazas?

—No —Ringil respiró hondo—. Seethlaw me persigue a mí… y a ti, y a ti, Rakan, y a vosotros dos, y a todos los demás habitantes de esta puta aldea… porque no puede permitirse el lujo de que nadie saque sus planes a la luz. Hay demasiadas cosas en juego, demasiadas cosas que no puede predecir. Tienes que entenderlo, Archidi, debes verlo desde la perspectiva de los dwenda. Hace milenios que no tienen ninguna relación con nosotros. Están oxidados, ya no saben cómo tomarnos la medida. Seethlaw ha tenido tres años para aprender política contemporánea en Trelayne, eso es todo. Tres míseros putos años. No le ha ido mal, ha construido una base de poder encubierta, pero por su misma naturaleza tiene que ser limitada. Y en los demás sitios se guía prácticamente a ciegas. No conoce el Imperio en absoluto, salvo por la lente de la opinión septentrional, y es lo bastante listo para darse cuenta de que no se puede fiar de las opiniones, del mismo modo que no le dejarías las llaves de tu casa a una prostituta. No tiene manera de saber cómo responderá Yhelteth si se entera de que el ataque sobre Ennishmin es un ardid. Peor aún, tal vez no sepa qué harán las partes de la cancillería de Trelayne que no ha conseguido corromper todavía, o cualquiera de las otras ciudades de la Liga, ya puestos. Que Seethlaw sepa, la Liga y el Imperio podrían unirse como hicieron frente al Pueblo Escamoso. No puede correr ese riesgo. Cualquier humano que sepa todo esto, aparte de su pequeña cábala, tiene que morir.

—Iba a dejarte vivir antes —señaló Darash—. Iba a dejarte volver a casa. ¿Seguro que no estamos hablando de una trifulca entre amantes? ¿Una disensión de opiniones entre chupapollas, tal vez?

Ringil le lanzó una mirada cansada.

—Me parto, eres un puto cómico, Darash. Sí, Seethlaw iba a permitirme volver a casa. Iba a hacerlo porque creía que podía controlarme, y pensaba que me importaba una mierda todo esto, el Imperio y la Liga. Y sabes qué, tenía razón, me importa una mierda. —La violencia saltó a su voz, repentina y entusiasta—. Opino que tu querido Jhiral Khimran es un zurullo engreído con ínfulas de líder, y creo que su adorado padre no era mucho mejor. Y pienso que los hombres que controlan Trelayne están tallados de la misma mierda pestilente, sólo que no han tenido tanto éxito como los del norte dándonosla de comer a los demás, eso es todo.

—Responderás por eso, Eskiath. —Rakan no hizo ningún movimiento dramático, pero su rostro era una máscara de rabia pétrea—. Ningún hombre, ciudadano imperial o no, habla así de mi emperador y sigue con vida. La ley de Yhelteth lo prohíbe, la misma ley que he jurado mantener.

—Oye, Rakan, —Egar apuntó con la barbilla al capitán del Trono Eterno—. Tendrás que pasar por encima de mí antes. Tenlo en cuenta, ¿quieres?

—También tendrá que sobrevivir a esta noche primero —dijo Ringil con tono sombrío—. Ninguno de nosotros va a recurrir a ninguna ley, imperial o de otro tipo, a menos que le cortemos las alas a Seethlaw.

—O que nos repleguemos —dijo Archeth—. Podemos huir al sur y utilizar lo que sabemos. Si nos damos prisa, llegaremos a Khartaghnal en tres días. Allí hay una guarnición de la leva, cuatrocientos hombres armados cuanto menos, y disponen del cuerpo de mensajeros del Brazo del Rey hasta las ciudades de las planicies. Podríamos enviarle un mensaje a algún gobernador militar de la zona interior en otros dos días.

—Tiene sentido —concurrió Halgan.

—No —dijo Ringil.

Archeth suspiró.

—Sí que lo tiene, Gil. Mira…

—He dicho que no. No vamos a hacer eso —Ringil paseó la mirada alrededor de la mesa, los miró a todos a los ojos uno por uno como había hecho con los capitanes en la Quebrada del Patíbulo—. Los detendremos aquí.

—Gil, tengo diecisiete hombres, contando los tres que están aquí sentados. Con vosotros dos y conmigo, sumamos veinte. Los milicianos saldrán corriendo a la menor señal de problemas, y tú lo sabes.

—¿Cómo sugieres que hagamos nosotros, quieres decir? —preguntó Egar, sonriendo.

Darash se crispó.

—Estamos hablando de una retirada estratégica, Matadragones.

—¿Sí? —Egar sacudió la cabeza—. Bueno, ¿sabes?, los skaranak tienen un dicho para ocasiones así: «Huir sólo convierte tu culo en una diana más grande». Si los dwenda pueden seguirnos río abajo por la ciénaga como hicieron anoche, sin duda podrán seguir nuestro rastro por el altiplano antes de que lleguemos a Khartaghnal. Tres días significa tres noches, quizá cuatro. ¿Estás dispuesto a permanecer despierto tanto tiempo, a combatir exhausto y quizá en movimiento en el terreno que mejor sirva a sus fines? Me parece una idea de lo más estúpida.

—Egar, es lo que le decía a Gil —Archeth extendió las manos, gesticuló a la compañía reunida—. Somos veinte contra algo que no podemos cuantificar, algo que asustó a mi pueblo hace cuatro mil años y que aún hoy sigue atemorizando a los timoneles.

El majak se encogió de hombros.

—Cuentos de fantasmas. A la hora de la verdad, no puede dar más miedo que un dragón, ¿no? Mira, maté a dos de esos putos dwenda anoche, y como decía, sangran y caen como cualquier hombre. Y todos sabemos cómo matar hombres, ¿verdad?

—La gente tiene miedo de lo que no entiende —dijo Ringil con tono suave—. Recuérdalo, Archidi. Los dwenda tienen tanto recelo de nosotros como nosotros de ellos. Tienen menos motivos, pero eso no lo saben, y de todas formas no es algo racional. ¿Sabes lo que dijo Pelmarag sobre vuestra pobre y acojonada guarnición de marines en Khangset? «Putos humanos por todas partes», dijo, «corriendo de un lado para otro, gritando y balbuciendo en la oscuridad como almas perdidas de monos,

¿sabes?, acaba con uno y aparecerá otro justo detrás». ¿A qué suena eso?

Los demás se quedaron mirándolo en silencio. Nadie ofreció ninguna respuesta.

—¿Y tú, Archeth? Mírate, mira lo que representas para ellos. Tienen leyendas sobre el Pueblo Negro, igual que nosotros sobre ellos. Historias de miedo sobre cómo destruisteis sus ciudades y los expulsasteis a los lugares grises. Hablan de vosotros como si fuerais demonios, igual que solíamos hablar nosotros del Pueblo Escamoso hasta que los entendimos. Del mismo modo que vuestros putos libros de historia imperiales probablemente seguirán hablando todavía de ellos. Mira, cuando Seethlaw y yo llegamos a la ciénaga se respiraba cierto pánico porque uno de los exploradores dwenda había oído hablar a unos saqueadores de artefactos sobre un guerrero de piel negra en algún lugar de las proximidades. El cual supongo que eras tú, ahora que lo pienso, pero ésa no es la cuestión. Incluso eso, un simple rumor sobre ti, bastaba para inquietarlos.

Apoyó los brazos en la mesa y entornó los párpados un momento. Cuando volvió a levantar la cabeza, Archeth se fijó en sus ojos y un escalofrío se deslizó entre sus hombros hasta su nuca. Fue, sólo por un momento, como si un desconocido se hubiera adueñado de la piel de Ringil y le hubiera robado los ojos.

—Cuando me entrenaba en la academia —dijo con voz monótona—, me dijeron que no hay nada más temible en este mundo que alguien que quiere matarte y sabe cómo conseguirlo. Podemos resistir aquí, y podemos demostrarles esa verdad a los dwenda. Podemos detenerlos, podemos enviarlos de regreso a los lugares grises para que vuelvan a pensarse lo de conquistar este mundo.

Más silencio.

El momento se tambaleó, y cayó cuando Rakan carraspeó.

—¿Qué te importa a ti? —preguntó—. Hace cinco minutos estabas contándonos que no te importan una mierda ni el Imperio ni la Liga. Ahora de repente quieres plantar batalla y marcar una diferencia. ¿A qué viene eso?

Ringil lo miró con frialdad.

—¿A qué viene, Faileh Rakan? Viene a propósito de la puta guerra, a eso viene. Tienes razón, me importa una mierda vuestro emperador y todavía menos la escoria que gobierna Trelayne y la Liga. Pero no quiero verlos ir a la guerra otra vez. Yo he estado allí, ¿sabes?, para salvar a la civilización de las hordas de reptiles. Derramé sangre por esa causa, vi a amigos y otros hombres morir por ella. Y luego vi a hombres como tú meándose en todo eso otra vez, en la civilización que habíamos salvado, riñendo por unos cientos de kilómetros cuadrados de territorio, por el idioma que deberían hablar sus habitantes, por el color que debería tener su piel y su cabello y por la mierda religiosa con la que tendrían que comulgar. He visto hombres aquí, aquí mismo, en la puta Ennishmin, que habían luchado por la alianza humana, algunos que habían perdido los brazos o los ojos o la cordura, expulsados de sus hogares con sus familias y conducidos por la carretera para marchar o morir, y todo para compensar el puto oportunismo político con el que el llamado Akal el Grande y

sus antiguos aliados pudieran salvar las apariencias, cierra el puto pico, Rakan, no he terminado todavía.

Los ojos de Ringil centellaron mientras inmovilizaba con la mirada al capitán del Trono Eterno.

—He visto a hombres que lo dieron todo volver a Trelayne y descubrir que sus mujeres e hijos fueron vendidos como esclavos para saldar unas deudas en las que no sabían que habían incurrido porque en ese momento estaban peleando en el frente. Vi a esos esclavos enviados al sur para alimentar los burdeles, las fábricas y las mansiones de los nobles de tu puto emperador, y vi a otros hombres que no habían dado nada en la guerra enriquecerse con ese comercio y el sacrificio de esos hombres, mujeres y niños. Y no permitiré que se repita.

De pronto, se puso de pie. Exhaló un hondo suspiro, tembloroso. Su voz se volvió lenta y rechinante, como si quien hablara fuese un hombre distinto.

—Seethlaw no conoce el Imperio, pero yo sí. Si huimos al sur, y aunque lo consigamos, Jhiral enviará sus levas amasadas, y Seethlaw traerá los dwenda, y tras él vendrán los ejércitos privados que esta cábala de subnormales haya logrado reunir en el norte, y todo empezará de nuevo. Y no lo permitiré, otra vez no. Los detendremos aquí. Terminará aquí, y si morimos en el intento, personalmente no me importará una mierda. O lucháis a mi lado, o todas vuestras charlas sobre honor, deber y muerte necesaria serán una mentira impostada de cortesano. Los detendremos aquí, juntos. Si veo que alguien intenta escapar entre ahora y esta noche, desjarretaré su caballo, le romperé las putas piernas y lo dejaré en la calle para los dwenda. Se acabaron las putas discusiones, se acabó hablar de retiradas estratégicas. ¡Los detendremos aquí!

Respiró hondo de nuevo. Miró a su alrededor con dureza. Bajó la voz, de repente templada otra vez, pragmática.

—Los detendremos aquí.

Se fue. Abrió la puerta de golpe y la dejó abierta entre el silencio. Oyeron cómo sus botas aporreaban los escalones, un estruendo que se alejaba.

Egar miró a las caras reunidas en torno a la mesa y se encogió de hombros.

—Estoy con el chupapollas —dijo.

Capítulo 31

Los dwenda llegaron, por fin, con su fuego azul y su espantosa fuerza inhumana, en las frías horas que preceden al alba.

Entre aquellos que sobrevivieron al encuentro, habría muchas especulaciones sobre si estaba planeado de esa manera. Si los dwenda conocían lo suficiente a los humanos para comprender que éste era el mejor momento para caer sobre su presa, el punto más bajo del espíritu humano. O si sencillamente sabían quizá que una larga noche en vela pero sin contratiempos minaría las fuerzas de cualquier enemigo.

O quizá ellos mismos estuvieran esperando, preparándose para el asalto en la seguridad de los lugares grises, o celebrando algún ritual milenario que debía observarse antes de sumarse a la batalla. Seethlaw sin duda había insinuado (según el testimonio crispado y parcial de Ringil, al menos) que los rituales eran una cuestión de enorme importancia cultural entre los aldraínos. Al parecer, se requirió un sacrificio de sangre antes de que pudiera lanzarse la ofensiva sobre Ennishmin. Quizá, entonces, también en esta pequeña cuestión había solemnes requisitos que honrar antes de poder comenzar la carnicería.

Las especulaciones volaban de un lado a otro sin fin, giraban y volvían a girar, persiguiéndose la cola a falta de pruebas fehacientes a favor de una u otra. Quizá esto, quizá lo otro. Los seres humanos, efímeros y aislados para siempre de los lugares grises, no se llevan bien con la incertidumbre. Si no pueden tener lo que podría o debería ser, y quizá lo más espantoso de todo, lo que debería haber sido, lo soñarán en su lugar, le darán forma con su imaginación, retorcida o hermosa según convenga, y pondrán a sus congéneres de rodillas cargados de cadenas por centenares, por miles, con tal de fingir a coro que es así. Los kiriath podrían haberlos salvado de esto, a la larga, con el tiempo; quizá habían intentado hacerlo ya una o dos veces, pero lo hicieron de forma demasiado sutil, demasiado dañados en este mundo para empezar, y al final volvieron a ser expulsados. Y así los hombres continuaron aporreando con la frente ensangrentada los límites de sus certidumbres, como prisioneros dementes condenados de por vida en una celda que ellos mismos habían cerrado con llave.

Hay que reírse, habría dicho tal vez Ringil.

No, hay que abrir la puta puerta, podría haber replicado Archeth. Pero claro, para entonces la llave ya se había perdido hacía mucho.

Quizá, entonces (*míralo así, tiene mucho más sentido si lo piensas, compañero*) los dwenda se retrasaron por simple necesidad. Quizá orientarse en los lugares grises no fuera la tarea sencilla que Seethlaw había querido dar a entender. Quizá una vez en la marca aldraína los dwenda deberían husmear como lobos en busca del rastro de Ringil y su inesperado y asesino amigo de la estepa. Quizá tendrían que analizar el tenue y frío olor del río con escrupuloso cuidado, y tamizarlo en busca del lugar

donde había desembarcado su presa. Y quizá aun así, después de haber dado con sus objetivos, los invocatormentas dwenda deberían esforzarse por encontrar la posición adecuada igual que un nadador pugna por mantenerse en su sitio contra la corriente.

Tal vez. Quienes lograron sobrevivir a la batalla asentían con la cabeza y se encogían de hombros, se acariciaban viejas heridas y se estremecían. *¿Quién cojones lo sabe? Sí, tal vez*.

O quizá (a Ringil le habría gustado esto) fue la política lo que los retuvo, el desordenado desacuerdo individual que había visto practicado entre los dwenda. Quizá Seethlaw tardó algún tiempo en convencer a sus congéneres aldraínos de que esto era algo que había que hacer.

O quizá fuera al revés. Quizá fue Seethlaw el que tuvo que ser convencido, o convencerse a sí mismo.

Y así se sucedían sin llegar a ninguna parte las teorías, las sacudidas de cabeza y la perplejidad entre los supervivientes del encuentro con los dwenda en Beksanara; o Ibiksinri, por utilizar el nombre que reconocerían quienes la fundaron, quienes, por conveniencia política y un tratado que menos de una de cada cien personas eran lo bastante cultas como para leer, fueron expulsados al frío y el hambre o sencillamente masacrados allí en la calle.

Ibiksinri, así pues. Escenario una vez más de espadas desenvainadas y sangre derramada y gritos desgarradores en la noche asesina. *Tiene gracia*, podría haber dicho Ringil, *cómo las cosas no cambian nunca*.

Los dwenda llegaron en las frías horas que preceden al alba.

Pero antes de eso:

No mucho después de mediodía, se dejó ver el sol.

Los aldeanos, que conocían el valor de tales ocasiones, salieron de inmediato y empezaron a trabajar abrigados por su calidez. Las coladas se tendieron en la calle y se montaron mesas para el almuerzo al aire libre y en los pequeños jardines de aquellos hogares que disponían de ellos. Abajo, en el río, mientras Rakan y algunos de sus hombres observaban divertidos, los aldeanos se desnudaron hasta quedar en paños menores y se lanzaron a lo que todavía era un agua helada para chapotear como chiquillos. Si la presencia de la negrísima mujer kiriath y sus soldados inhibía de alguna manera los procedimientos, era difícil percatarse.

Tampoco los imperiales eran inmunes al cambio. Murmuraban entre sí que podría tratarse de un buen presagio, y aprovecharon la ocasión para haraganear un poco al sol. Pero llegados del polvoriento calor de la capital, hacía tan sólo unas semanas, no se sentían impresionados ni abrumados por la alegría, sólo un tanto agradecidos.

Haraganear al sol y reflexionar sobre presagios (*mi hermano, mi tío, un amigo mío vio una vez… etcétera*) también parecía ayudar a que el tiempo pasara más deprisa, lo cual no era poca bendición, porque no había gran cosa que hacer. Los preparativos para la batalla eran mínimos, y sobre todo simbólicos. No se pueden construir barricadas contra un adversario que se materializa donde le apetece, y en

cualquier caso la estrategia de los dwenda era un enigma por revelar todavía. Se habían trazado planes, pero por fuerza debían ser flexibles; al final se reducían a poco más que mantener a los vecinos en sus hogares bajo toque de queda una vez anochecía, y organizar patrullas regulares alrededor de la aldea.

Archeth convenció a Ringil para que les enseñara a los hombres de Rakan lo que sabía acerca de los dwenda, lo cual hizo con una destreza que la dejó asombrada. La amanerada ironía de la aristocracia de los Claros que tan bien conocía se secó y descascarilló como la costra de una herida cicatrizada, dejando en su lugar un seco humor de guerrero y una fácil y natural camaradería. Podía ver cómo los hombres iban cogiéndole cariño por segundos mientras hablaba. No empleó ninguna de las amenazas que había usado antes, aunque su pronóstico general de la situación no era más optimista, ni ofrecía mayores esperanzas para el resultado.

Al final, comprendió Archeth, consiguió invitarlos a todos a morir con sencillez, prometiéndoles que lo haría con ellos.

Era lo único que esperarían de cualquier comandante.

—Sí, ha sido igual que en la Quebrada del Patíbulo —le dijo Egar mientras tomaban el sol en los escalones de la entrada del edificio de la guarnición, intentando evitar preguntarse cuánto más les quedaba por vivir—. La situación es parecida, supongo. Todos sabíamos que si no conseguíamos defender el paso, los lagartos entrarían en tromba y lo arrasarían todo a su paso, nos matarían tanto si nos quedábamos como si salíamos corriendo. Gil era el único capaz de enseñarles que ésa era nuestra fortaleza, no nuestra debilidad. Que lo hacía todo más sencillo. La decisión no era vivir o morir, huir o luchar, sino enfrentarse a la muerte de igual a igual, u oírla abalanzarse sobre ti por la espalda como un perro, atenazarte la nuca con las mandíbulas y sacudirte hasta hacerte pedazos. —Sonrió bajo su barba—. Una decisión sencilla, ¿verdad?

—Supongo que sí.

Archeth pensó en las personas y las cosas que todavía le importaban (la lista no era larga) y se preguntó cuán sincera había sido, cuán honesta consigo misma, sobre todo con el majak a su lado. Añoraba su hogar, con una punzada abrupta casi dolorosa, ahora que pensaba que podría no volver a verlo jamás. Añoraba el sol brutal y los implacables cielos azules sobre Yhelteth; el bullicio y el polvo de sus calles; los fríos adoquines grises de su patio con la primera luz; la primera vaharada de aromas procedentes de la cocina; la sombría fiabilidad y la reserva de Kefanin; y los delirios eruditos, semilúcidos y cargados de ironía de Angfal en el atiborrado estudio. El largo y majestuoso tramo de la escalera, las espectaculares vistas de la ciudad desde las habitaciones superiores. La gran cama con doseles y la luz del sol que se derramaba sobre ella por la mañana, y quizá algún día los esbeltos y pálidos flancos curvos de Ishgrim bajo… *Déjalo ya, ramera*. Bueno, pues entonces, la cálida y poderosa envergadura de Idrashan bajo ella al galope. El vertiginoso paseo de dos días a caballo hasta An-Monal y el melancólico vacío de sus edificios desiertos; y el suave y

reconfortante murmullo del volcán domesticado en medio de las estructuras de piedra circundantes. Darle a Idrashan una manzana del árbol bajo las ventanas del antiguo estudio de Grashgal, murmurándole al corcel mientras lo guiaba de regreso a casa.

Se le ocurrió de repente que gran parte de sus motivos para no oponerse a la postura de Ringil podían residir en su rechazo a abandonar a Idrashan, que todavía yacía de costado en el establo de la guarnición, incapaz de levantarse.

—Aquella tarde vi morir a muchos hombres con una sonrisa en el rostro. —Egar sacudió la cabeza, absorto aún en los recuerdos de la Quebrada del Patíbulo. La luz del sol arrancaba destellos a su barba—. Vi a hombres abatidos entre carcajadas. Fue Gil, él los hizo así. Estaba allí en el corazón de todo ello, gritando insultos y chistes malos a los lagartos, cubierto de su sangre de la cabeza a los pies. Lo juro, Archeth, creo que jamás lo he visto más feliz, ni antes ni después.

—Estupendo.

Su tono hizo que Egar le dirigiera la mirada.

—Estamos haciendo lo correcto, Archeth —dijo con dulzura—. Pase lo que pase aquí esta noche, habremos tomado la decisión acertada.

Archeth suspiró con fuerza, apretó las manos planas encima de los muslos y se meció un poco en el escalón.

—Esperemos que sí, ¿eh?

Alguien salió por la puerta del cuartel a sus espaldas. Los dos se giraron y vieron a Ringil allí de pie. Había rapiñado una coraza, del almacén de la milicia, a juzgar por su mugriento aspecto, además de un par de grebas abolladas y diversos retazos de armadura más. Ninguno de ellos hacía juego con los demás, pero parecían sentarle bastante bien. Un escudo del Trono Eterno colgaba informalmente de su hombro. Se quedó en pie, mirándolos en silencio por un momento, y Archeth se preguntó si habría escuchado lo que Egar estaba diciendo acerca de él. Lo miró a la cara y pensó que sí, que tal vez así era.

—Ya no debe de faltar mucho —refunfuñó—. Escucha, Archidi, no seguirás dándole al krinzanz por casualidad, ¿verdad?

Archeth se giró para poder escarbar en un apretado bolsillo interior, sacó una piedra envuelta en tela todavía sin empezar, y se la pasó por encima del hombro.

—Todos mis antiguos vicios siguen intactos, Gil. ¿Decepcionado?

—Ni mucho menos. Sería una pena que tú también hubieras cambiado. —Cogió la piedra y la sopesó en la palma de la mano con un ceño crítico—. Como les he dicho a tus hombres ahí dentro, estos malnacidos son rápidos. Y nunca fui más rápido que cuando viajaba a lomos de un cuarto de onza de esta cosa. Podrías preguntarle a Rakan, a ver si alguno de ellos quiere un par de rayas también.

Archeth resopló.

—No, la verdad es que no creo que aborde ese tema. Repasa la Revelación. Es un pecado de primera magnitud, polución del templo carnal y aislamiento de la mente del yo espiritual. Estos tipos me están perdiendo el respeto a marchas forzadas tal y

como están las cosas. Intentar venderles sustancias prohibidas rodeadas de pecado sería ya el colmo.

—¿Quieres que se lo pregunte yo? Tengo que pedirle un casco a Rakan de todas formas, y creo que mi reputación de chupapollas ya está lo bastante deteriorada como para que no importe nada de lo que haga.

—Haz lo que quieras. Pero no saldrá bien, te lo advierto. Son hombres píos de vida limpia, adoradores del templo de sus propios cuerpos.

—Hmm. No se puede negar que suena erótico.

—Ahórratelo, Gil. —Miró alrededor guiñando los ojos frente al sol por si alguien estaba escuchando—. Vas a estropear la buena impresión que acabas de causar entre los soldados.

—Ya, de acuerdo. Bien dicho —Ringil miró a Egar de reojo—. ¿Y tú?

El majak mostró otra sonrisa.

—Demasiado tarde para causarme buena impresión, Gil. Te conozco.

—El krin. Me refiero al krin.

Egar sacudió la cabeza.

—Afecta a mi respiración. La cagué con esa cosa en verano del 49, me puse muy enfermo. Un par de amigos de Imrana tenían un suministro de alta calidad gracias a alguien que conocían en la corte, y se pasaron con la dosis porque no presté atención. Una puta pesadilla. Ahora, hasta el sabor me revuelve el estómago.

—Vale —Ringil se giró para regresar al interior—. Voy a preguntarle a Rakan. Podría salvar unas cuantas vidas si lo convenzo.

Archeth volvió a mirarlo con los párpados entornados.

—Bonito escudo el que te ha dado.

—¿Esto? Sí, es el suyo de recambio, por lo visto. —El fantasma de una sonrisa aleteó en los labios de Ringil—. Creo que también le gustó el discurso. Parece que a lo mejor no soy una causa perdida y degenerada después de todo.

—Bueno —Archeth intentó pensar en algo que decir, para calmar los nervios. Estaba empezando a sentirse mal, aun con el tiempo apacible—. Fue un discurso muy bueno.

Egar gruñó.

—Sí, no estuvo mal para un puto chupapollas.

Y todos se rieron a carcajada tendida a la luz del sol, mientras aún había tiempo.

Capítulo 32

Las frías horas que preceden al alba.

Ringil estaba sentado en un muro bajo cerca del río, sintiendo el fluir y el rascar del krin en las válvulas de su corazón, apenas consciente del mundo exterior. Llevaba demasiado tiempo esperando. La trepidante anticipación inicial de las primeras horas de oscuridad se había desinflado y desmoronado en algún momento después de la medianoche; para un guerrero con experiencia, no era algo que pudiera mantenerse mucho tiempo. La tensión, la cosquilleante disposición para la lucha, incluso el miedo mismo se apagaban al cabo de un tiempo. Cabalgó, ya más relajado, a lomos del krin, se dejó separar de lo que estaba haciendo con su cuerpo físico, se reforzó cada par de horas con otro pellizco de la piedra frotada contra las encías. Empezó a preguntarse si no habría cometido un error.

—¡Fuego azul! ¡Fuego azul! ¡Ya llegan!

Despertó de golpe, se apartó de la pared (más esfuerzo de lo esperado, había olvidado que llevaba puesta la armadura) y cogió el escudo. Se lo colgó al hombro, agarró el casco, que tenía a su lado, encima de la pared, y se lo caló mientras corría hacia la calle principal. Desenvainó la Críacuervos con un tintineo mientras el labio de la funda se abría y sonreía con el sonido. La brisa nocturna procedente del río parecía darle alas. La alarma había saltado en el extremo del cobertizo para las embarcaciones.

—¡Fuego azul! ¡Fuego az…!

Terminó con un grito estrangulado. Maldijo y corrió a toda velocidad, dobló la esquina del cobertizo y se topó de frente con el primer dwenda. Rebotaron uno contra otro, trastabillaron y estuvieron a punto de caerse. El soldado del Trono Eterno que había dado la voz de alarma estaba de rodillas en la calle, con la cabeza agachada, desangrándose entre los dedos fútilmente crispados sobre una herida en el cuello. Su compañero, la otra mitad de la patrulla, yacía detrás de él en un gran charco de su propia sangre. El resplandor azul lo teñía todo, convertía a los imperiales en siluetas melancólicas y el charco de sangre en una sólida bandeja bruñida. El mismo resplandor ceñía la gran forma vestida de negro que los había matado, dándole un aspecto de armadura encantada.

La Críacuervos saltó para bloquear y Ringil vio el destellante barrido azul de la hoja aldraína un segundo después. Trabar, arañar. El impacto le sacudió los huesos. Retiró la espada trazando un arco y cambió de postura. El dwenda atacó otra vez, hacia arriba desde una guardia baja. Ringil paró con un tajo descendente, dejó que el krin se adueñara de sus sentidos y los extendiera al máximo. El dwenda asintió con la cabeza cubierta por el suave yelmo y dijo algo ininteligible. Tuvo un momento para preguntarse si lo conocía.

—Adelante, cabrón. A ver de qué estás hecho.

Siguió el gruñido de un salto, esgrimió la Críacuervos en alto y lanzó una patada brusca y baja al mismo tiempo. La hoja fue desviada con un tañido, nada sorprendente, la falta de equilibrio había vuelto el movimiento lento y sin gracia. Pero su bota penetró la guardia, chocó con fuerza contra una espinilla o una rodilla. El dwenda se tambaleó. Ringil presionó, empujando el escudo adelante y atrás según conviniera, buscando un resquicio. Intercambiaron una serie de golpes. Ringil vio su oportunidad, deslizó la Críacuervos bajo la otra hoja y barrió ambas armas a un lado. Se acercó lo suficiente como para empujar al dwenda hacia atrás con el escudo e intentó una técnica yhelteth para derribar a la criatura. No funcionó del todo; el peso inusitado de la armadura lo entorpecía y el dwenda no se cayó. Pero seguía estando visiblemente desequilibrado. Ringil profirió un alarido frente a su rostro oculto tras el visor y lanzó una rápida lluvia de ataques. La otra espada se tornó borrosa en respuesta. Sintió cómo un golpe penetraba y rebotaba en su yelmo, otro rechinó y se deslizó sobre su coraza. Lo soportó todo y llevó al dwenda hacia atrás. El krin le confería una ventaja de la que no dispuso con Seethlaw, y la costumbre le había despojado de cualquier posible miedo inspirado alguna vez por la resplandeciente figura azul.

Mató al dwenda.

Surgió de la nada, fue como un regalo de poderes oscuros. La forma vestida de negro retrocedió casi hasta los tablones de la pared del cobertizo, y de repente se abalanzó sobre él. Despegó del suelo sin la gracia flotante que había empleado Seethlaw para derribarlo en el sótano de Terip Hale, sin su altura o su velocidad, o quizá fuera el krin otra vez lo que hizo que fuera fácil de vencer. Ringil se inclinó a un lado, impulsó la Críacuervos hacia delante, y el dwenda lanzó un grito ahogado dentro del yelmo. Le había abierto un corte profundo en un muslo, a través de la tela negra de aspecto coriáceo. Sintió cómo tocaba el hueso, retorció el arma instintivamente y tiró hacia atrás para liberarla. El dwenda cayó y golpeó el suelo con fuerza; intentó levantarse con la pierna lastimada y volvió a desplomarse. Ringil avanzó de una zancada y descargó un machetazo sobre el hombro derecho. Otro chillido amortiguado, la hoja kiriath había vuelto a hundirse profundamente. El dwenda se retorció, pataleó, olvidada en alguna parte la espada bastarda. Ringil lo aplastó con un pie, se incorporó encima de su pecho y hundió la Críacuervos en la garganta de su oponente. El dwenda se estremeció como un insecto traspasado con un alfiler y emitió unos desesperados sonidos estrangulados. Ringil dejó la bota donde estaba, tiró de la hoja adelante y atrás para cerciorarse, y la sacó de un tirón. Un surtidor de sangre manó de debajo del borde del extraño yelmo pulido; el dwenda se estremeció una vez más y dejó de moverse.

Ringil echó la cabeza hacia atrás y aulló.

Tenuemente, al final de la calle, oyó la respuesta, no sabía de quién o de qué.

Egar encontró a su primer atacante a la luz de las antorchas en los escalones del cuartel. El fuego azul lo desconcertó un par de segundos, pero había escuchado el sermón de Ringil igual que todos los demás. Se mantuvo firme, buscó la forma en el centro de la tormenta y proyectó la lanza hacia delante a la altura de la rodilla. Golpeó algo, pero no con el sólido impacto al que estaba acostumbrado. Era más bien como agitar la lanza en aguas profundas. El dwenda se movió en el corazón de su resplandor y pareció reír por lo bajo.

Una hoja larga y fina se abalanzó sobre él.

La bloqueó, se giró con el movimiento y empujó con fuerza hacia atrás con el arma. El dwenda se retiró, parecía esperar algo.

Sólo la luz azul sobre su cabeza lo puso sobre aviso.

La vio reflejada en un charco formado en el ángulo de una losa mal colocada a sus pies, rutilando fría y aislada del fulgor de las antorchas del cuartel. Comprendió lo que significaba a un nivel instantáneo, visceral, y ya estaba girando sobre los talones cuando el segundo dwenda saltó sobre él desde el tejado del cuartel. Levantó el asta de la lanza a la altura del pecho justo a tiempo, detuvo a su agresor con él y lo desvió de costado hasta el suelo. El impacto le hizo retroceder un par de pasos, pero logró mantenerse en pie a duras penas. Vio cómo el dwenda se sobreponía y se erguía rodando una vez más, aún indistinto en medio del resplandor azul de la tormenta; sabía que el otro estaba a punto de embestir contra él por la izquierda. Vio cómo ocurría por el rabillo del ojo. No había tiempo para pensamientos conscientes; por acto reflejo, se agazapó y elevó la lanza en horizontal sosteniéndola fuerte con las dos manos. El extremo de la derecha envió al segundo dwenda trastabillando, tal vez herido, tal vez no; el izquierdo fue un espetón salvaje apuntado por encima del hombro de Egar.

El primer dwenda aterrizó de lleno sobre él.

Sintió el impacto y no le hizo falta mirar atrás para ver qué había pasado. Gruñó y retorció el asta de la lanza; el dwenda profirió un alarido. Miró ahora, vio el daño, sonrió y liberó la cuchilla de un tirón. El dwenda herido cayó encorvado de espaldas, olvidada su espada en el suelo, con ambas manos aferradas a la herida practicada por la lanza. Egar profirió un aullido berserker y se concentró en el lugar donde el segundo dwenda estaba cerniéndose sobre él con la espada empuñada con las dos manos. Los últimos restos de la tormenta azul chisporroteaban alrededor de sus extremidades, apagándose.

—Y ahora tú —dijo Egar con voz sombría antes de embestir como un toro.

Dentro del cuartel se oyeron gritos.

Archeth luchaba envuelta en un torbellino de cuchillos y krin.

Matafantasmas había abandonado su mano, enterrado hasta la empuñadura en la espalda de un dwenda, sin tiempo de recuperarlo antes de seguir moviéndose, fintar a

un lado, agacharse y proyectar un tajo hacia delante. Risa de Niña yacía brillando sin fulgor en un rincón, lanzado a destiempo, desperdiciado. Empuñaba a Destello Anular y Ángel Caído, mano derecha e izquierda respectivamente, y aún le quedaba Sin Cuartel en la funda a su espalda. Había sangre en su cara a causa de un tajo de una espada bastarda, un estridente grito de batalla kiriath en su garganta, y cuerpos a su alrededor.

—¡Indamaninarmal! —Las sílabas en alto kir brotaban de su boca en venenosa e imparable tromba—. ¡La casa de mi padre! ¡Indamaninarmal!

Los dwenda habían aparecido en el interior del cuartel como llameantes fantasmas azules, tal y como Ringil había advertido. Archeth estaba en la habitación de la torre cuando ocurrió, oyó gritos de pánico abajo y bajó las escaleras a la carrera. En el primer rellano se tropezó con un dwenda que subía, todo fuego azul y vago movimiento más oscuro en el núcleo. Embistió contra el ser, lo atravesó y sintió el enérgico tirón consiguiente, pero salió al otro lado ilesa. *No hay tiempo, joder, no hay tiempo*. Bajó a trompicones los escalones restantes, en pie de milagro, e irrumpió en la habitación principal del cuartel. Una tormenta de caos aporreó su vista; dos de los soldados del Trono Eterno habían sucumbido ya, muertos o moribundos sobre las losas; un tercero estaba con la espalda contra la pared, defendiéndose a duras penas con un hacha de mango largo. No llevaba casco, debía de habérselo quitado en algún momento de la noche; tenía el rostro ensangrentado y serio con el conocimiento de sus posibilidades. Había tres dwenda en la sala, empujándolo a lo largo de la pared, desplegándose para rodearlo. Dentro de otro segundo, el ángulo sería demasiado grande y estaría muerto. Archeth chilló y saltó. Dos de las figuras giraron en redondo para enfrentarse al nuevo sonido, cuerpos ataviados de negro y cabezas ovaladas sin distintivos envueltas en una luz azul oscilante, espadas bastardas levantadas hacia ella como si pretendieran amonestarla. Pero pensó (*sí, eso es, el Pueblo Negro está aquí después de todo, hijos de perra*) que estaban sorprendidos.

Risa de Niña estaba en su mano derecha.

Lanzó el cuchillo contra la figura más cercana mucho antes de tomar ninguna decisión consciente. El dwenda se agachó y el cuchillo se desvió contra la brillante curva del casco. Archeth maldijo, desenvainó el Matafantasmas mientras cruzaba la habitación, hizo lo propio a continuación con el Ángel Caído. Una espada bastarda cayó como un aguijón sobre el lugar donde ella ya no estaba. Donde ya casi no estaba; sintió el alambre al rojo de la estocada dibujar una línea sobre una sien mientras se agachaba. Dejó que la conmoción la impulsara, giró sobre los talones detrás del dwenda y proyectó el Matafantasmas con fuerza hacia delante a la altura de los riñones. El acero kiriath traspasó lo que fuera que llevaba puesto el dwenda, la criatura chilló y dobló las rodillas, se alejó de ella dando tumbos. Archeth tuvo que soltar el cuchillo, dejarlo donde estaba. Se llenó la mano con el Destello Anular.

El segundo dwenda cargó contra ella trazando un arco con su espada. Archeth dio un respingo a un lado, trabó el arma en la punta con la hoja del Ángel Caído y la alejó

de ella en un bucle. El Destello Anular centelló y sondeó, pero el dwenda era más rápido y se apartó de la trayectoria. En la esquina, el último soldado del Trono Eterno estaba casi listo, herido en una pierna y esforzándose por mantenerse en pie. La sangre manaba de su muslo de la junta en la armadura. Su atacante presionó, no le daba espacio ni respiro. Archeth no se atrevió a hacer otro lanzamiento; no estaba claro que las hojas kiriath pudieran penetrar el atuendo de los dwenda sin una mano en la empuñadura para guiarlas.

—¡Aguanta! —exclamó, y saltó hacia atrás justo a tiempo de evitar otra estocada de la espada bastarda de su adversario.

El movimiento la llevó hacia la puerta de la torre, y supo que había sido un error en cuanto sus pies abandonaron el suelo. Supo (el krinzanz lo supo) que el dwenda que se había encontrado en las escaleras estaba allí, de regreso tras no encontrar a nadie que masacrar allí arriba, hoja en mano y…

Se lanzó al suelo, oyó la espada sisear de largo donde había estado ella, rodó desesperadamente para conseguir un poco de sitio. Una silla derribada la bloqueó, el dwenda de la torre vino detrás de ella. Inclinado el suave yelmo impasible, sostenida la espada bastarda con las dos manos ante él, en posición y aguardando el momento. Era como ser perseguida por algo mecánico, como si no hubiera nada debajo del casco salvo aire y un descarnado espíritu de malicia.

—¡Dwenda!

Era casi un grito de júbilo.

Era Elith.

Escaleras arriba desde las celdas del sótano, medio despierta a juzgar por su aspecto, con una expresión extraña en la cara, como si se hallase en trance, y vestida sólo con un camisón de seda gris que le había dado Archeth. Hacía unas horas dormía con placidez bajo una manta junto a Sherin, acurrucadas las dos, quizá inconscientemente, para procurarse calor. Ahora caminaba como una sonámbula, y su voz se elevaba con el tono de quien se reúne con su verdadero amor tras años de ausencia.

—¡Dwenda!

La forma acorazada se detuvo. El casco sin rasgos se levantó. Quizá esperara hechicería; Elith estaba desarmada, pero su cabello formaba un salvaje y enmarañado halo gris que parecía capturar los evanescentes destellos azules del dwenda. Su rostro conformaba una máscara desgastada de edad y sufrimiento, y tenía los brazos estirados y levantados en un eco mudo de las balizas de glirsht. No había temor en su rostro; todo su cuerpo rechazaba el concepto del miedo, y avanzó como si nada pudiera hacerle daño.

Era la mejor imitación de una bruja que Archeth hubiera visto en su vida.

—Llegáis demasiado tarde, dwenda —anunció—. Todos se han marchado, la tierra ha sido robada, los centinelas derribados, el recuerdo olvidado. Yo soy la última.

El dwenda cambió de postura y tomó una decisión que cualquier guerrero podría haber interpretado en su pose. Archeth abrió la boca para gritar. Elith siguió avanzando, con los brazos extendidos. Sonriendo, al parecer.

—Llevadme a ca…

El dwenda lanzó un tajo. La espada traspasó el flanco desprotegido de Elith, se hundió en su cintura y volvió a salir con limpieza. A Archeth le pareció oír un gruñido desdeñoso procedente del yelmo bruñido, o quizá fuera tan sólo alivio. La sangre empapó el camisón. Elith hizo un ruido que parecía más de gozo sin aliento que de dolor, y se negó a caer. Archeth sintió que las lágrimas ardían en sus ojos. El dwenda avanzó, cortando otra vez, impaciente. El respaldo de la silla contra el que Archeth se había apoyado le impidió ver con claridad qué pasó a continuación, pero Elith golpeó el suelo a un metro de distancia, con la mirada perdida en la nada.

El dwenda se giró y encontró a Archeth en pie, a veinte centímetros de distancia, con el rostro ensangrentado y deformado en un rugido.

Chilló y apuñaló con los dos cuchillos a la vez. El Destello Anular bajo el borde del yelmo, el Ángel Caído en el vientre. Retorció las hojas con toda la rabia alimentada por el krin que pudo reunir. El dwenda gritó e intentó aporrearla con la guarda y el pomo de la espada bastarda, pero Archeth estaba demasiado cerca como para que eso diera resultado. Soportó los golpes y enganchó a su adversario con los cuchillos, tirando hacia arriba, retorciendo con rabia. El dwenda lanzó otro alarido, soltó la espada y la empujó con ambas manos. Archeth gruñó, pero esta vez se mantuvo agarrada a los cuchillos. Sacudió la cabeza y sonrió. Las hojas se quedaron donde estaban. El dwenda tendría que haber levitado a veinte centímetros del suelo para desengancharse. Archeth sabía que era una locura, que los otros dos aldraínos acabarían con el soldado del Trono Eterno y se cernerían sobre ella, pero no podía soltarse.

—¡Indamaninarmal! —rugió con los dientes apretados—. ¡La casa de mi padre! ¡Indamaninarmal!

Aquello pareció liberar algo en su interior. Aplicó el hombro al pecho del dwenda, lo apartó de un empujó y liberó los cuchillos. Se giró para ver al soldado del Trono Eterno en el suelo en medio del charco carmesí de su propia sangre, boqueando y muriendo, lejos el hacha de sus dedos flojos, y a los dos dwenda restantes aproximándose a ella, apartando los muebles derribados a patadas mientras avanzaban, salpicados de sangre humana pero en apariencia ilesos.

Archeth respiró hondo, enderezó los hombros y levantó los cuchillos.

—De acuerdo —dijo.

Ringil corría por la calle llena de sombras y gritos.

Pasó junto a cadáveres aquí y allá, aldeanos y soldados del Trono Eterno. Las puertas de algunas de las casas estaban abiertas de par en par, y vio el cadáver de una

mujer tirado en el umbral de una. Al parecer, los dwenda habían aparecido aleatoriamente en los hogares y espacios abiertos de Ibiksinri, y estaban matando todo lo que se cruzaba en su camino. Ante sus ojos, otra puerta principal se abrió de golpe y un muchacho de unos diez años salió gritando en dirección a él. A su espalda, en la penumbra del interior, vio el titilar azul bajo el dintel y después la vieja forma familiar, agachándose para salir. El muchacho chocó contra él como una bala de cañón a la altura de la cintura y Ringil usó una mano, casi distraídamente, para sujetarlo.

—Ahí, mi madre, me… —balbució el pequeño entre un torrente de lágrimas.

El dwenda salió a la calle. Empuñaba un hacha de aspecto peculiar en una mano y una espada corta en la otra. Ringil ladeó un poco la cabeza y oyó crujir las vértebras.

—Será mejor que te quedes detrás de mí —dijo, y empujó suavemente al muchacho alrededor de su cadera hacia atrás—. No tiene sentido huir de estas cosas.

Dejó que el dwenda se acercara a él. Levantó una mano y apuntó los dedos hacia su cara. Había mojado los dedos en la sangre del último dwenda que había matado, pintándose generosamente las facciones hasta que el tufo agridulce de la sustancia se enroscó con pesadez en su nariz y su garganta. No sabía si el olfato de los dwenda estaba muy desarrollado, sobre todo desde el interior de sus suaves yelmos sin distintivos, pero valía la pena intentarlo.

—¿Ves esto? —llamó en lento y pastoso naómico— es de uno de tus amigos. Pero se está secando, así que necesito más sangre fresca. Acércate, hijo de puta.

Cubrió los últimos dos metros de distancia él mismo, saltó y blandió la Críacuervos como una guadaña. Nunca supo si el ardid de la sangre había funcionado o no; el dwenda lo bloqueó con el asta del hacha, se apartó con agilidad hacia un lado y apuñaló con el gladio. Ringil lo paró con el escudo, gruñó con el impacto, hincó una rodilla para liberar la espada de la tenaza del hacha y atacó otra vez, salvajemente, a la altura de las espinillas. Golpeó algo y el dwenda se tambaleó, pero no parecía que la hoja hubiera cortado de parte a parte.

Mierda.

El hacha cayó con un silbido. Saltó a un lado sin elegancia, golpeó la calle y rodó. Perdió la Críacuervos en el barro. El dwenda se cernió sobre él, emitiendo una especie de ladrido atiplado que no le gustaba ni un pelo. En el último momento, amartilló una pierna y soltó una patada mientras su adversario embestía. El dwenda chilló y se tambaleó. El hacha osciló sin rumbo, la espada apuntó al suelo. Ringil puso los pies debajo del cuerpo, soltó el escudo y embistió con un bramido, extendidas las manos engarfiadas en busca de las armas del dwenda. Logró asir el asta del hacha, la muñeca de la mano de la espada, chocó pecho contra pecho con la criatura y proyectó un feroz cabezazo contra el yelmo sin distintivos.

Era puro krinzanz, la negra y risueña voluntad de hacer daño desatada y desenroscándose desde los recovecos más recónditos de su corazón sin pensar en las consecuencias. Trastabilló de espaldas y de lado a causa del golpe, con el casco

ladeado y un pitido en los oídos, pero su mano seguía cerrada con firmeza en torno al asta del hacha, que se vino con él. El dwenda sacudió la cabeza, aturdido, como si no supiera dónde estaba. Levantó el hacha con ambas manos y atacó, un golpe profundo con las piernas separadas que el Matadragones habría celebrado a gritos. El hacha se clavó hondo en el pecho del dwenda y éste chilló. Tiró para soltarlo, golpeó otra vez, como si estuviera talando un árbol. La sangre aldraína voló en la oscuridad y él percibió su fresco aroma. Ringil levantó el hacha por encima de la cabeza con un chillido salvaje y lo descargó sobre la cabeza del dwenda.

El casco se partió por la mitad y el hacha se encajó en la fisura y se enterró a un palmo de profundidad. Ringil soltó el arma y vio cómo el dwenda daba tres pasos inestables de lado, levantaba una mano para tocarse la cabeza como extrañado, y se desplomaba con un largo gemido chirriante. Ringil esperó a ver si se movía de nuevo, jadeando y tambaleándose un poco a su vez, y al comprobar que permanecía inmóvil, miró a su alrededor y encontró la Críacuervos y el escudo tirados en el barro. Los recogió. Empezaba a dolerle la cabeza, ahora que el entumecimiento inicial del testarazo se evaporaba. Al intentar recolocar el casco más centrado sobre su cabeza, descubrió que la protección de la nariz se había torcido hasta clavarse en la parte inferior de la mejilla.

Vio al muchacho (se había olvidado por completo de él durante el combate) observándolo, paralizado en el sitio a unos tres metros de distancia, con los ojos desorbitados por no mucho menos terror del que había tenido del dwenda. Ringil sacudió la cabeza y se descubrió riendo, una risita demencial, delirante.

—El Matadragones tenía razón —dijo vagamente—. Caen igual que cualquiera.

Los ojos del muchacho se movieron, pasaron sobre el hombro de Ringil y salió corriendo como un ciervo asustado. Ringil giró en redondo y se encontró cara a cara con uno de los soldados de Rakan. Sintió una punzada de alivio.

—Ah. ¿Cómo te va?

El hombre hizo un ruido. Estaba cubierto de heridas, aunque ninguna parecía grave. Todavía conservaba el escudo, pero estaba abollado y partido, y la única arma que le quedaba era un cuchillo largo. Ringil se dio la vuelta y señaló, resollando todavía.

—¿Ves esa hacha? Si consigues sacarla de la cabeza de ese malnacido, es tuya. Luego iremos a ver qué pasa en el cuartel. ¿De acuerdo?

El soldado del Trono Eterno se lo quedó mirando fijamente.

—Están, están… —Gesticuló de modo frenético por encima del hombro—. Están por todas partes, compañero.

—Lo sé. Y además brillan en la oscuridad —Ringil le dio una palmada en el hombro—. Debería ser fácil encontrarlos, ¿eh?

Egar cruzó la puerta del cuartel con trozos de intestino de dwenda en las dos hojas de

la lanza, justo a tiempo de ver a Archeth apuñalada en el suelo. La furia detonó en su interior como una repentina fiebre alta. Profirió un grito berserker estridente y pleno, y se abalanzó sobre los dos dwenda sin pensar. El primero se giró justo a tiempo de recibir la hoja de la lanza en la barriga. El segundo dio un paso atrás, tambaleándose, como si hubiera encajado un golpe, y atacó con la espada. Implacable, Egar empujó al dwenda empalado hacia atrás hasta que tropezó con el cuerpo de Archeth. Detuvo la estocada con el asta de la lanza y le barrió terminantemente las piernas de debajo del cuerpo. Se apoyó con fuerza en el extremo incrustado del arma, retorció el asta adelante y atrás, y el dwenda herido gritó dentro del yelmo y pataleó. Egar consideró que el daño era suficiente, liberó la lanza de un tirón, se agazapó y se giró para encararse con el otro dwenda justo cuando éste volvía a ponerse de pie.

—¿Tú también quieres morir? Pues adelante, hijo de puta.

El dwenda era muy rápido. Dio un grito y saltó con limpieza sobre el lanzazo, lo esquivó por completo, proyectó un pie y alcanzó a Egar en la cara. El majak se tambaleó, sin llegar a caer. Notó sangre en la boca, como si se hubiera partido un diente, pero…

El dwenda había aterrizado a menos de un metro de distancia y estaba girándose para apuntar con la espada bastarda. Egar lo embistió, proyectó el asta de la lanza hacia arriba contra el pecho de la criatura, y lo empujó hacia atrás por toda la estancia hasta que ambos cayeron en medio de los cuerpos y las sillas rotas. El dwenda soltó la espada. Egar empujó con desesperación el mango de la lanza contra el saliente del casco. Se incorporó de rodillas. El dwenda sacó un largo cuchillo delgado de alguna parte e intentó agredirlo, pero el asta del arma le inmovilizaba los brazos y coartaba sus movimientos. Egar volvió a empujar el mango hacia arriba y cargó con todo su peso. El dwenda emitió un sonido estrangulado. El estilizado cuchillo tajó otra vez, le hirió el costado y resbaló sobre una costilla. Egar gruñó y soltó la lanza, agarró el yelmo sin rasgos y lo estrelló contra el suelo de piedra. El cuchillo se clavó de nuevo, parecía que esta vez había entrado hondo. Jadeó, pugnó por encontrar asidero en las lisas facciones del casco, sintió otra punzada llameante de dolor en las costillas y pegó un rodillazo para bloquear el brazo. Agarró la superficie del casco, apretó y retorció con todas las fuerzas que le quedaban. El dwenda pataleó y borbotó. Egar enseñó los dientes en una sonrisa espantosa, y siguió retorciendo. Su voz rechinó en su garganta.

—Sí, sí, ya te he oído. Casi he… terminado… sólo un…

… el cuchillo otra vez, apenas lo notó en medio de la creciente niebla roja, su voz sonaba pequeña y tirante con el esfuerzo…

—… poco más…

… ahora la criatura se desgañitaba, golpeándolo con el cuchillo y un puño cerrado, pataleando, daba igual, daba igual, ignora esa mierda…

—… un poquito más…

Crack.

Y de súbito la cabeza del dwenda se quedó suelta y fláccida en sus manos. Los brazos de la criatura cayeron a sus costados. Oyó cómo el cuchillo repicaba contra las losas.

—Eso es —siseó—. Quédate tranquilito.

Inspiró con dificultad, jadeando. Gimió de inmediato ante la llamarada de dolor cuando se movieron sus costillas. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Expulsó el aire entre los labios fruncidos como si acabara de tragar algo demasiado caliente.

—Ay, joder, eso duele.

—Dímelo a mí.

Se giró y allí estaba Archeth, en pie, renqueando hacia él y agarrándose un hombro. Pero había un cuchillo ensangrentado en la mano del lado herido, y no parecía tener problemas para sujetarlo. Tosió una risa, deseó no haberlo hecho.

—Anda, pero si estás viva.

—De momento. —Asintió con la cabeza a su espalda—. He rematado a tu otro amigo por ti.

Egar se levantó del cadáver del dwenda, miró la sangre bajo su brazo izquierdo e hizo una mueca.

—Qué detalle. Creía que estaba acabado. Vi cómo se le salían las tripas, eso seguro.

—Bueno —Archeth encogió los hombros e hizo una mueca—. Magia aldraína, ya sabes. Es mejor asegurarse. ¿Cómo están las cosas ahí fuera?

Egar tomó aire un par de veces, con cuidado, de prueba. Apretó los dientes y gruñó de frustración. Se agachó para recoger la lanza.

—No lo sé, estos hijos de perra salen de la oscuridad dondequiera que mires. He visto al menos a cinco de tus muchachos del Trono Eterno abatidos en la calle, ni idea de si se llevaron a alguno de los malos con ellos. No tiene buena pinta.

Archeth miró alrededor del suelo en busca de sus otros cuchillos. Divisó al Matafantasmas, se agachó con dificultad y lo recogió.

—Entonces será mejor que salgamos de aquí —dijo.

—Ya, me temía que fueras a decir…

En ese instante lo oyeron, y el sonido hizo que la expresión del majak se iluminara como si alguien hubiera borrado todo su dolor por arte de magia.

La voz de Ringil, que gritaba algo en tethanno en la calle, enronqueciéndose la voz, que no dejaba de sonar clara como el cristal.

—¡Aguantad! ¡Defended el puto terreno! ¡Caen igual que cualquier persona! ¡Resistid conmigo! ¡AGUANTAD!

Faileh Rakan yacía muerto en la calle, con la cabeza partida por un hacha aldraína. Había dado cuenta de dos dwenda, que estaban muertos a sus pies, pero el tercero fue demasiado rápido. Ringil, corriendo calle arriba hacia el cuartel con un maltrecho

escuadrón de supervivientes, vio cómo ocurría pero llegó demasiado tarde para hacer nada al respecto.

El dwenda que terminó con Rakan giró sobre los talones al oír los pasos. Ringil embistió. Escudo arriba para bloquear el hacha, empujar y apartarlo a un lado. La Críacuervos entró buscando el muslo. Había aprendido, en el frenético cuarto de hora transcurrido, que la armadura aldraína era fuerte debajo de la rodilla, como si tuviera una especie de greba incorporada bajo el material, la cual se elevara hasta la altura de la articulación. Por encima de ésta, la fuerza daba paso a la flexibilidad y la pernera negra era más fina. El acero humano quizá no pudiera penetrarla con facilidad, pero la hoja kiriath la hacía jirones como lona podrida. Labró un tajo de un palmo de ancho en la pierna del dwenda, se retiró y dio un paso atrás. Vio cómo la criatura caía de rodillas y la ensartó debajo del yelmo.

Estaba empezando a coger práctica.

Miró salvajemente a su alrededor. Los integrantes que quedaban de las patrullas de Rakan se habían replegado al interior del cuartel según lo planeado, pero los dwenda acechantes no dejaban de hostigarlos por todas partes. Contó cuatro hombres (no, tres, ahí caía otro, volteado y derribado en el barro por una espada dwenda, desangrándose a borbotones por el cuello, medio separado del cuerpo) y tenía cuatro más a su espalda, uno de ellos en bastante mal estado.

Y desde todos los ángulos, proyectando aún diminutas chispas azules con cada movimiento, presionaba el resto de los dwenda. El krin martilleaba en su cabeza, escribía la respuesta con fuego detrás de sus ojos.

Pisó el casco del dwenda, empujó la cabeza hacia atrás y cortó con la Críacuervos. Hicieron falta tres golpes brutales y desesperados, pero la cabeza se separó del cuerpo. Se agachó (sintió una extraña sonrisa torcida reptando en sus labios) y metió la mano izquierda en la pulpa sanguinolenta de la abertura del yelmo. Carne y arterias y allí, el tosco nudo central de la columna cercenada. Agarró el extremo óseo, levantó la cabeza con el casco y se dirigió a largas zancadas a los escalones del cuartel.

La sostuvo en alto a la luz de las antorchas. Se llenó los pulmones de aire y gritó:

—¡Aguantad! ¡Defended el puto terreno! ¡Caen igual que cualquier persona! ¡Resistid conmigo! ¡AGUANTAD!

Por un momento, todo pareció detenerse. Incluso los dwenda parecieron vacilar en su acometida. La luz de las antorchas resplandecía caliente y amarilla en la curva negra del yelmo aldraíno. La sangre corría por su mano y su muñeca.

En alguna parte, un humano vitoreó largo y bajo, y los demás se unieron.

Se convirtió en un rugido.

Un dwenda cruzó la calle aullando en dirección a él, espada en alto. Ringil volteó el casco, lo lanzó contra su atacante y salió corriendo detrás de él.

De alguna manera, mientras corría al encuentro del dwenda, sabía de antemano que se trataba de Seethlaw.

El resto fue un torbellino sobrecogedor de sangre, acero y velocidad. Seethlaw era rápido, tan veloz como lo recordaba Ringil del patio de Terip Hale, quizá más, y ya no lo contenía aquello que le impidió matar a Ringil la primera vez. Giraba y saltaba, atacaba y paraba como si la espada bastarda no pesara más que la hoja de exhibición de un cortesano. No tenía escudo que lo obstaculizara, y era evidente (Ringil podía sentirlo emanando en oleadas de la figura vestida de negro) que hervía de rabia.

Surgirá un señor oscuro.

Ringil se rindió al krinzanz, y al recuerdo de la cabeza viviente de una joven, montada en un tocón, llorando silenciosas lágrimas de agua de pantano.

En realidad era lo único que le quedaba.

—¡Vamos, hijo de puta! —se oía gritar, una y otra vez—. ¡Vamos!

Seethlaw le abrió la cara a lo largo del mentón, la punta lacerante de una estocada de la que Ringil no pudo apartar la cabeza lo bastante aprisa. Lo apuñaló por una abertura que formaban las placas mal conjuntadas de la protección de su brazo derecho. Le abrió una herida en lo alto del muslo. Le laceró el cuello donde emergía de la coraza, aplastó una sección ya dañada de armadura en su hombro derecho y desgarró la carne debajo. Le…

Ringil no sentía nada. Absolutamente nada.

Vadeaba el dolor. Sonreía.

Y después, mucho después, uno de los supervivientes del Trono Eterno juraría que vio una oscilante luz azul chispear a lo largo de las extremidades de Ringil en la oscuridad.

Seethlaw aporreó el escudo inestable. El golpe practicó una larga fisura en el metal vapuleado y el refuerzo de madera, lo preparó para el siguiente golpe.

Pero la hoja se trabó.

Ringil soltó las correas. Seethlaw intentó retirarse, pero el peso del escudo tiró de su espada hacia abajo. Ringil entró de un salto, blandió, chilló y golpeó ferozmente hacia abajo.

La Críacuervos encontró el hombro del dwenda, y se hundió en él.

Seethlaw aulló. Seguía sin poder liberar la espada. Ringil sollozó, cogió aliento y cortó otra vez con las dos manos. El brazo se quedó muerto, colgando medio amputado. La conmoción derribó a Seethlaw de rodillas.

Una vez más, todo pareció detenerse.

El dwenda levantó una mano, soltó la espada inútil y tironeó del yelmo. Ringil, en repentina suspensión aturdida, se lo permitió. El casco salió, dejando a la vista por última vez el bello rostro de dwenda de Seethlaw, retorcido de rabia y dolor. Fulminó a Ringil con la mirada. Rechinó los dientes.

—¿Qué has hecho? —escupió, en jadeante naómico—. Gil, teníamos… teníamos…

Ringil se lo quedó mirando torvamente.

—He conocido a otros mejores que tú, borracho en los callejones de Yhelteth —

dijo con frialdad antes de abrir la cabeza y la cara de Seethlaw con la Críacuervos.

Retiró la hoja, la blandió en alto y gritó.

Surgirá un señor oscuro.

Ya, lo que tú digas.

Luego apoyó la bota en el pecho del dwenda moribundo y lo empujó a un lado. Dio dos repentinos pasos tambaleantes calle abajo hacia lo que quedaba de la batalla. El rugido de los hombres restantes continuaba; los dwenda parecían estar replegándose. Ringil pestañeó para despejar la vista, que de repente se le había vuelto inexplicablemente borrosa. Miró a su alrededor.

—¿Quién cojones es el siguiente? —chilló.

Y se desplomó sangrando en el barro.

Capítulo 33

La carretera que salía de Pranderghal hacia el noroeste subía a las montañas en lentas curvas cerradas, desvaneciéndose por fin en una fina y pálida línea gris al perderse tras el paso entre dos picos. En un día de tiempo despejado (como hoy) uno podía ver a un jinete acercándose unas buenas dos o tres horas antes de que llegara a la ciudad.

O podía ver cómo se alejaban un par de ellos.

Archeth y Egar estaban sentados bebiendo jarras de cerveza en el jardín de la posada del Perro del Pantano, todavía sin creerse del todo que el calor y el buen tiempo pudieran durar tanto. Corría una esporádica brisa alborotadora del norte que le robaba al sol parte de su calidez con cada nueva ráfaga, pero era difícil ver cómo eso podría haber justificado ninguna queja. Sobre todo, se alegraban de estar vivos cuando tantos otros que conocían habían muerto. Era, supuso Egar, una sensación muy parecida a la mencionada por Marnak (*empiezas a preguntarte por qué llegaste al final del día, por qué sigues en pie cuando el campo está cubierto con la sangre y los cadáveres de otros hombres. Por qué los moradores te mantienen con vida, qué finalidad te ha reservado la Casa Celeste*), pero suavizada en una dicha un tanto embotada más allá de la preocupación, más allá de preguntarse mucho por qué.

—Perro del pantano —dijo Archeth, tamborileando distraídamente en el emblema con relieve de su jarra. Era una burda copia en miniatura del cartel pintado que colgaba en la fachada de la posada, y mostraba un perro de aspecto monstruoso, hasta la barriga en aguas cenagosas con una serpiente muerta en las fauces y un collar de pinchos alrededor del cuello—. Siempre me ha llamado la atención. Fue lo primero que me dijo Elith: «interponte entre un perro del pantano y su cena»; no tenía ni idea de lo que quería decir.

Egar soltó un bufido.

—A mí me parece obvio.

—Sí, pero tú pasaste meses aquí hablando con los grupos de saqueadores, trabajando con perros del pantano un día sí y otro también, probablemente.

—Pasé un mes trabajando antes de que aparecierais, un solo mes, y sólo porque Takavach me dijo que debía hacerlo. No es que estuviera enamorado de la profesión, precisamente. Además. —Extendió las manos, gesticuló hacia la jarra—. Perro. Pantano. Desprende una musicalidad evidente, ¿no te parece?

—Bah, que te follen.

—Eso, a ver si te animas, que sigo esperando.

Archeth le dio una patada por debajo de la mesa de caballete. Pero su sonrisa se diluyó casi de inmediato, y volvió a ponerse seria.

—Takavach. Dices que llevaba una capa de cuero y un sombrero de ala ancha.

—Sí. Como siempre, está en todas las historias. Es de, uhm. —Egar frunció el

ceño, buscando una traducción decente del majak—. «Todos los lugares en los que se oirá alguna vez el océano», o algo por el estilo. Retoza con sirenas en la espuma y cosas así. La capa y el sombrero son como un símbolo, como el uniforme de los capitanes de navío del norte. —Egar se incorporó ligeramente en el asiento y la miró de reojo—. ¿Por qué?

Archeth sacudió la cabeza.

—Olvídalo.

—Venga ya. ¿Por qué?

Archeth suspiró.

—No lo sé. Es sólo que el día que Idrashan se puso mejor, cuando volvió a levantarse, uno de los mozos de cuadra me juró que se había tropezado con un tipo cubierto con capa y sombrero. Al parecer estaba inclinado sobre la barandilla del cajón de Idrashan, hablando con él en un idioma extranjero raro. Y ahora recuerdo que circulaban rumores sobre esa misma figura deambulando por las calles al anochecer en Beksanara cuando llegamos. Entonces pensé que serían las habituales monsergas de la ciénaga.

Se quedaron mirándose unos momentos, en silencio. Para Archeth al menos, fue como si la brisa hubiera elegido ese momento para enfriar el aire, y una nube para tapar el sol. Pero Egar sólo se encogió de hombros.

—Claro, podría ser.

—¿Podría ser qué? ¿Monsergas?

—No, podría haber sido ese cabrón de Takavach.

Archeth parpadeó.

—¿Eso crees?

Egar se inclinó un poco hacia delante.

—Mira, si se tomó la molestia de salvarme el culo y transportarme por arte de magia hasta Ennishmin, tan sólo para que pudiera ayudar a nuestro viejo amigo Ojos de Ángel en la batalla de Beksanara… —Un encogimiento de hombros—. En fin, lo más seguro es que no fuera a tener reparos en darle a tu caballo unas cuantas manzanas podridas para dejarte aquí varada por el mismo motivo, ¿no crees? ¿O me vas a decir que no crees en los dioses, ni en los demonios, ni en los dwenda?

—Ya no sé qué creer —fue la musitada respuesta.

—Créelo, si es cruel, injusto y brutal con los débiles —dijo a su espalda un hombre con voz sombría—. Así no andarás desencaminada.

Ambos se giraron para mirarlo, y a Archeth todavía seguía costándole esfuerzo no quedarse sin aliento ante el espectáculo.

Estaba de pie en la hierba del jardín, que llegaba hasta la rodilla, vestido casi por completo de un negro que hacía que su piel de sangre sureña pareciera macilenta. Su brazo derecho estaba envuelto en un cabestrillo de tela gris; los puntos de algodón negro todavía suturaban la herida que recorría su mentón, y las demás magulladuras y arañazos de su rostro no habían terminado de borrarse por completo. Pero sobre todo

eran sus ojos los que contaban la historia, los que le hacían pensar que Ringil Eskiath, después de todo, no había sobrevivido al encuentro con los dwenda en Beksanara igual que Egar y ella.

El pomo de la Críacuervos sobresalía por encima de su hombro como una estaca en la que estuviera empalado.

—¿Todo está listo? —preguntó Archeth, con una ligereza que distaba de sentir.

—Sí. Sherin está con los caballos. Resulta que tiene buena mano con ellos. Al parecer se encargaba de dirigir un establo, antes de que Bilgrest se puliera todo su dinero.

—Te… —Archeth se interrumpió—. ¿Se recuperará?

Ringil se encogió de hombros.

—No lo sé.

—El médico dice que no le habían hecho daño en el cuerpo, al menos no recientemente. Es un buen tipo, Gil, lo conozco. Pedí expresamente que viniera él cuando envié el mensaje a Khartaghnal. Si dice que está ilesa…

—Está acostumbrado a tratar con soldados. —Había un vacío flotante en el tono de Ringil, como si en realidad nada de todo esto importara ya—. Con hombres agradecidos por poder salir de su tienda con las dos piernas intactas. No importa cuán buen tipo sea, su opinión no vale un polvo en el puerto. Sherin grita en sus sueños, continuamente. Respinga ante la mención del nombre de Rugido de Amapola, lo que supongo que significa que fue la compañía de Rugido la que la compró en la casa de subastas de la cancillería. Ha sido una esclava, Archeth. Sé que los imperiales no le dais importancia, pero…

—¡Oye! —Archeth se levantó para encararse con él—. Que estás hablando conmigo, Gil.

La confrontación duró un par de momentos más de lo que debería. Archeth sintió un suave escalofrío en el cuello mientras miraba fijamente a los ojos de su amigo. Luego Ringil apartó la mirada y la dirigió hacia la carretera y las montañas a las que conducía.

—Lo siento —musitó—. Tienes razón, por supuesto. Tú no eres como los demás.

Pero la pálida y voluptuosa figura de Ishgrim atravesó flotando su mente y de pronto Archeth se sintió aterrada por el hecho de que Ringil pudiera ver dentro de su cabeza y saber qué estaba pensando.

—Tampoco te creas que su estancia en la ciénaga le hizo ningún favor —refunfuñó Egar con lo que era, tratándose de él, una diplomacia extrañamente diestra—. Ahí atrapada con los dwenda y esas ruinas y todas esas putas cabezas vigilándola día y noche.

—No habrá ayudado —convino Ringil en voz baja.

Archeth oyó el daño en su voz.

Las cabezas eran demasiado para la mayoría de ellos. Los pocos supervivientes del Trono Eterno al encuentro en Beksanara, los refuerzos de la leva curtida por la

guerra procedentes de Khartaghnal o los matones saqueadores de Ennishmin contratados para servirles de guía, incluso Egar, todos reaccionaban igual. Los hombres se alejaban tambaleándose, con cara de vomitar y temblando, tras los pocos segundos que tardaban en comprender dónde se habían metido. Durante algún tiempo, el silencio de la ciénaga estuvo salpimentado con los repetidos sonidos de las arcadas de las fuerzas de Archeth.

Ringil se limitó a quedarse inmóvil, aún con la mirada perdida.

—Risgillen —fue todo lo que dijo.

No era el anillo de prófugos fracasados más allá de la valla que había descrito, ya no. Los dwenda se habían retirado y ya fuera como advertencia, ritual o venganza, no habían dejado nada que rescatar a su paso. El alojamiento tipo establo había sido reducido por algún proceso que nadie entendía muy bien a un montón de escoria gris húmeda, y dispersas por las lagunas y el suelo empapado de la ciénaga había más de cien cabezas vivientes, una cosecha repartida más o menos de modo equitativo, todas cuidadosamente colocadas con la profundidad de agua que parecía servir para mantenerlas conscientes.

Mientras los hombres de Archeth se apoyaban en árboles caídos o peñascos, y temblaban y maldecían o lloraban según su inclinación, Ringil deambuló en silencio de un lado a otro, levantando cada cabeza del agua y colocándola con delicadeza en terreno elevado, donde las raíces de los troncos sortílegos no pudieran obtener sustento. Tras los gruesos vendajes que enmascaraban su rostro, era difícil saber cuál podía haber sido su expresión. A veces torcía el gesto, pero eso podría haberse debido al dolor de su brazo herido.

Después de un momento, algunos de los demás recuperaron el suficiente autocontrol para ayudar.

Cuando las cabezas estuvieron lo bastante secas como para que la vida pareciera haberlas abandonado, cuando los ojos se hubieron cerrado y secado las lágrimas, y cuando hubieron peinado los alrededores para cerciorarse de que no hubiera ni una puta posibilidad de haber pasado por alto alguna, Archeth eligió hacheros de la leva y ordenó que partieran todos los cráneos por la mitad.

Aquello duró un rato.

Cuando acabó, reunieron la madera seca que pudieron encontrar y construyeron una pira, que salpimentaron con algunas de las nuevas pastillas de cera que la leva portaba para encender fogatas. Archeth encendió la pira y todos guardaron silencio hasta que prendió. A insistencia de Ringil, acamparon arroyo abajo y esperaron hasta que la pira se hubo consumido. Archeth encontró tareas para mantener ocupados a sus hombres, pero aun así el olor acre se filtraba entre los árboles de invierno y los encontraba, y los hombres dejaban lo que estuvieran haciendo y tragaban saliva con dificultad o escupían al percibir el olor.

Después, aquella tarde, Archeth notó la ausencia de Ringil y, guiándose por un presentimiento no particularmente inspirado, siguió su rastro hasta la pira. Para

entonces, ésta se había reducido a rescoldos, fragmentos de hueso y cenizas. Ringil estaba en pie frente a ella en rígido silencio, pero cuando las pisadas de Archeth rompieron una rama podrida detrás de él, giró sobre los talones con velocidad inhumana.

Fue entonces cuando lo vio por primera vez, aquel algo en sus ojos que aún le helaba la sangre en las venas.

—Siempre existe algo peor —murmuró Ringil al acercarse Archeth—. Quizá no sólo caigan como hombres, quizá sean hombres. O lo fueron alguna vez.

Archeth se situó junto a él y vio humear las cenizas. Apoyó una mano en su brazo, y Ringil se volvió hacia ella, y sólo por un momento fue como si Archeth fuera una completa desconocida que lo tocase.

Entonces, de súbito, sonrió, y volvió a ser el Ringil que Archeth recordaba.

—¿Crees que regresarán? —le preguntó.

Ringil guardó silencio un momento; se quedó tan callado que Archeth pensó que no la había oído. Estaba a punto de repetir la pregunta cuando habló.

—No lo sé. A los mejor los hemos asustado, por qué no.

—«Podemos detenerlos» —Archeth recitó las palabras de Ringil—. «Podemos enviarlos de regreso a los lugares grises para que vuelvan a pensarse lo de conquistar este mundo».

La sonrisa regresó, tenue y torcida.

—Ya. ¿Quién fue el idiota que dijo eso? Suena un poco pomposo, ¿no crees?

—Hasta los idiotas aciertan a veces.

—Ya. —Pero Archeth podía ver que en realidad, en algún lugar de su interior, Ringil no estaba tan convencido de ello como para insistir en el tema. En vez de eso se giró y gesticuló hacia la gran pirámide negra enterrada del arma kiriath—. En cualquier caso, fíjate en esa cosa. Mató a todos los habitantes de una ciudad, la cual terminó convirtiendo en una ciénaga. Si eso no te asusta, ¿qué lo haría?

—A mí me asusta —convino Archeth.

Era verdad, pero no por los motivos que dejó que Ringil supusiera.

Cuando por fin encontraron el lugar (y aun con los guías saqueadores y la ayuda de Ringil, tardaron más de lo esperado), la mayoría de los humanos del grupo no podían ver la negra pirámide de hierro mejor que el puente aldraíno que conducía hasta ella. No sabía si era obra de los dwenda, un camuflaje de glamour para mantener a los saqueadores a raya, o algo que su propio pueblo había hecho cuando construyeron y desataron el arma la primera vez. Ella la veía con claridad, y Ringil también. Otros lo lograban durante unos segundos, si se quedaban mirando fijamente y entornaban los párpados el tiempo necesario, algo en lo que la mayoría no se molestaba. Muchos afirmaban ver sólo una masa impenetrable de manglares, una espesura de vegetación de colores venenosos, o un espacio vacío al que todos sus instintos les gritaban que no se acercaran.

—Este lugar está maldito —oyó que murmuraba un cabo de la leva con canas.

Ésa era una forma de tomárselo, y otro corolario útil era que el mal procedía de la presencia que los dwenda tenían aquí, bien la mítica ciudad del pasado o la más reciente incursión. Pero Archeth no podía dejar de preguntarse una y otra vez si esa sensación de maldad no provendría del arma misma, si no quedaría algún remanente humeante de su espantoso poder enterrado aún en la punta y si sería eso lo que emanaba del pantano circundante como un antiguo fantasma cubierto con negros harapos podridos.

Durante mucho tiempo había confiado en la civilización kiriath, en una superioridad moral que la elevaba a ella y a su pueblo por encima de la cacofonía de brutalidad del mundo humano. Ahora recordó algunos de los momentos más taciturnos de Grashgal y su padre, sus menos inteligibles meditaciones sobre el pasado y la esencia de quiénes eran, y se preguntó si habrían vivido sabiendo de aquellas armas que podían arrasar ciudades enteras, y si se lo habrían ocultado por vergüenza.

Estos putos humanos, Archidi, le dijo Grashgal, haciendo que se estremeciera. *Si nos quedamos, nos arrastrarán a cada escaramuza mezquina y a cada disputa fronteriza que su codicia a corto plazo y su temor puedan inventar. Nos convertirán en algo que no hemos sido jamás*.

¿Pero y si, Archidi, ésa no era en absoluto la verdad del asco que arrastraba su voz? ¿Y si la verdad de los temores de Grashgal era que *estos putos humanos nos convertirán* otra vez *en algo que no hemos sido desde hace mucho, mucho tiempo*?

No quería pensar en ello. Lo enterró en los quehaceres diarios de las tareas de limpieza, la creación de las nuevas guarniciones en Beksanara y Pranderghal y otra media docena de aldeas situadas estratégicamente por el pantano. Si los dwenda pensaban regresar, era su deber asegurarse de que el Imperio estuviera equipado para repelerlos con contundencia. Por ahora, era lo único que importaba.

Pero pese a todo, no dejaba de darle vueltas a aquella idea.

Incluso aquí y ahora, al sol y en el jardín de Pranderghal, la enorme pirámide de hierro negro permanecía enterrada en el fondo de su mente del mismo modo que en el pantano, y sabía que jamás se libraría de ella. Supo de pronto, mirando el rostro de Ringil, cuyo aspecto iba mejorando poco a poco, y la herida suturada, que inevitablemente dejaría una cicatriz, que él no era el único que había quedado dañado para siempre por el encuentro con los dwenda.

Ringil la pilló mirándolo y le dedicó una sonrisa, una de las antiguas.

—¿Te quieres terminar la cerveza? —preguntó—. ¿Vienes a decir adiós?

Y así, todos salieron al principio de la carretera para despedirse. Archeth les regaló a Ringil y Sherin dos buenas monturas de la leva de Yhelteth, y le pareció percibir una chispa sutilísima en los ojos de Sherin cuando ésta vio a su caballo y comprendió que era para ella. Era una mejoría diminuta, una mera gota derretida por la primavera de

sensación agradable que iba aflorando dentro de Archeth, pero supuso que tendría que conformarse.

—¿Qué harás cuando vuelvas? —preguntó a Ringil mientras estaban de pie junto a los caballos.

Ringil frunció el ceño.

—Bueno, Ishil me debe algún dinero. Supongo que podría ser mi primera parada, cuando haya dejado a Sherin sana y salva en casa.

—¿Y después de eso?

—No lo sé. He hecho lo que me pidieron; no tenía planes para después. Y la verdad, dudo que me quieran mucho en Trelayne ahora mismo. He deshonrado el nombre de los Eskiath, y me he injuriado a mí mismo, al no presentarme a un duelo. He dejado tullido a un miembro bien considerado de la asociación de tratantes de esclavos de Etterkal, y matado a la mayoría de sus hombres. He jodido los planes de la cábala para comenzar una nueva guerra. Me da la impresión de que podría ser hora de dejar la ciudad otra vez, en cuanto me paguen.

Egar sonrió y le dio un puñetazo en el pecho.

—Oye, siempre te queda Yhelteth. Les importará una mierda lo que hayas hecho, mientras puedas empuñar una espada.

—Siempre me queda eso —dijo Ringil con voz grave.

Sacó el brazo del cabestrillo para montar en el caballo, torció un poco el gesto al auparse. Una vez en la silla, flexionó el brazo de nuevo un par de veces e hizo una mueca, pero no volvió a meterlo en el cabestrillo.

—Volveremos a vernos —dijo—. Algún día.

—Algún día —repitió Archeth—. Bueno, ya sabes dónde encontrarme.

—Y a mí —dijo el majak—. Pero no lo dejes para muy tarde. No todos somos mestizos semiinmortales.

Risas otra vez al cálido sol. Tras la ronda de apretones de manos, Ringil puso en marcha el caballo y Sherin, pálida y silenciosa, se situó a su lado. Archeth y Egar se quedaron juntos y lo vieron partir. Cuando hubieron recorrido cincuenta metros, Ringil levantó una mano en señal de despedida, pero eso fue todo. No volvió la vista atrás.

Pasados cinco minutos, seguir contemplando a las diminutas figuras que se alejaban empezaba a parecer un poco ridículo. Egar dio un golpecito con el codo a Archeth.

—Venga, te invito a otra cerveza. Desde el jardín podremos ver cómo se alejan tras la colina.

Archeth se sacudió, como si saliera de un sueño.

—¿Qué? Sí, claro. Vale.

Y después, de regreso a la posada:

—Entonces, ¿he oído bien? ¿Vuelves a Yhelteth conmigo?

El majak se encogió exageradamente de hombros.

—He estado pensándolo, sí. Como decía Gil, ahora mismo no soy precisamente popular en casa. Y me vendría bien un poco de sol. Además, por lo que has dicho acerca de la ciudadela, tal vez no te venga mal algo de protección para andar por casa.

—Nah —Archeth sacudió la cabeza—. Ahora soy una puta heroína. De ninguna manera se atreverán a tocarme después de esto.

—Bueno, tal vez en público no.

—Vale, vale. Estás invitado. Quédate todo el tiempo que quieras.

—Gracias. —Egar titubeó, carraspeó—. Esto… ¿No te habrás tropezado con Imrana últimamente?

Archeth sonrió.

—Sí, claro. La veo en la corte de vez en cuando. ¿Por qué?

—No sé, me lo preguntaba, eso es todo. Supongo que ahora estará casada.

—Un par de veces al menos —convino Archeth—. Pero no creo que deje que eso se interponga en el camino de lo que le importe.

—¿En serio?

—En serio.

Epílogo

Gracia del Cielo Milacar se despertó de súbito.

Por un momento no pudo recordar dónde se encontraba; había estado soñando con el pasado, con la casa de la calle de la Bodega Repleta, y ahora la habitación donde se hallaba le parecía extraña. Parpadeó al ver las ventanas que ocupaban todo el balcón, las cortinas de muselina, el mobiliario bruñido y el espacio que lo rodeaba, y durante ese primer instante de vigilia, todo le pareció desconocido, como si no le perteneciera, o peor aún, como si él estuviera fuera de lugar.

Alargó un brazo a ciegas hacia un lado para tantear la cama.

—¿Gil?

Pero en la cama no había nadie más.

Y se acordó entonces de dónde se encontraba, recordó cómo había llegado allí, los años que había necesitado, y por último cayó en la cuenta de que era viejo.

Se desplomó en la cama. Miró fijamente el techo pintado, cuyos detalles libertinos no podía distinguir en la oscuridad.

—Ahhh, a la mierda.

Una astilla del sueño regresó de pronto a su recuerdo, una pieza que no encajaba con la nostalgia y los recuerdos de la antigua casa. Estaba de pie en la ciénaga, lejos de las murallas de la ciudad, y anochecía. El crepúsculo asomaba entre aserradas nubes negras e índigo en el horizonte, como un huevo estrellado en el barro. Había salitre en la brisa, y unos extraños ruiditos en la maleza que no le hubiera importado evitar. Sintió un escalofrío en la nuca.

Una muchacha se erguía ante él entre la hierba del pantano con una jarra de té aferrada en las manos. El viento tiraba del vestido suelto de color avena que llevaba puesto. Al principio pensó que iba a ofrecerle la jarra, pero cuando él extendió las manos la muchacha sacudió la cabeza y se giró sin decir palabra. Empezó a alejarse, adentrándose en la penumbra de la ciénaga, y Milacar sintió un inesperado e inexplicable pavor ante su partida.

La llamó.

¿Adónde vas?

Tengo cosas que hacer, fue la enigmática respuesta. *No hace falta que me quede a ver cómo termina*.

Entonces se giró para mirarlo, y de repente era una loba de lengua roja y colmillos blancos, erguida sobre las patas traseras, sonriente.

Milacar retrocedió con un chillido horrorizado (era esto, dedujo ahora, lo que lo había despertado), pero la criatura volvió a girarse y siguió adentrándose en la hierba del pantano, aún en delicado equilibrio.

Milacar volvió a sentarse en la gran cama. El sueño lo había hecho sudar bajo las

sábanas de seda y podía sentir los pelos de las piernas pegados a la piel. Tragó saliva y paseó la mirada por la habitación. Sintió que la sensación de propiedad, de que aquél era su sitio, se reasentaba en él. Notó cómo se le enfriaba la piel. Se restregó la cara con una mano y suspiró.

—¿Algo te quita el sueño, Gracia? —preguntó la figura que aguardaba entre las sombras, junto a la ventana.

Esta vez fue una coz directa al corazón. Estaba despierto, no le cabía la menor duda, y esto no era ningún puto sueño.

Y fuera de un sueño nadie podía entrar aquí sin su permiso.

Una brisa fría barría la estancia. La sintió por primera vez, la notó en la piel. Vio el modo en que las cortinas de muselina se agitaban frente a la ventana abierta.

La había cerrado antes de acostarse. Se acordaba.

La figura salió de las sombras que rodeaban la ventana. La luz anular, que reptaba procedente del balcón, hizo lo que pudo por tocarle la cara.

—See… —empezó, antes de cerrar la boca de golpe.

La figura sacudió la cabeza.

—No. No soy Seethlaw. No volverás a verlo.

—¿Gil?

La cabeza moteada de sombras inclinó la cabeza con gravedad. Tenuemente ahora a la luz anular, distinguió las facciones que hacían juego con la voz.

—Gil. ¿Cómo has entrado?

—Fácil. —Un gesto atrás al balcón—. En serio, tienes que empezar a elegir a los muchachos por su competencia y no por su cara bonita, Gracia. Pasé por delante de las narices de tres de ellos en los jardines; por el caso que me hicieron, pensaba que me había vuelto invisible. No tuve que matarlos ni nada. Y luego, en fin, los sillares con relieves nunca son buena idea si no quieres que los ladrones escalen las paredes. Lo dicho: fácil.

Milacar tragó saliva con dificultad.

—Todos pensábamos que habías… desaparecido.

—Desaparecí, Gracia. En los lugares grises. Tú te aseguraste de ello.

Ringil se movió otra vez y se acercó un poco más a la cama. Ahora la luz anular lo capturó de lleno y derramó su pálido brillo sobre sus rasgos. Milacar hizo una mueca al ver la cicatriz a lo largo del mentón.

—¿De qué estás hablando…?

—No. —La respuesta brotó envuelta en un pragmatismo sobrecogedor—. No, Gracia. No tiene sentido. Te recuerdo en el jardín. «Imagino que se suponía que debería permanecer pintoresco para ti aquí en los arrabales». Eso es lo que dijiste. «Aquí» en los arrabales. Porque ahí es donde estábamos, ¿verdad? El jardín de la antigua casa, al otro lado del río, en la calle de la Bodega Repleta.

—Gil, escúchame…

—No, escúchame tú a mí. —Había una fría cualidad hipnótica en la voz de Ringil

que Milacar no recordaba haber oído antes—. Allí es donde desperté la mañana después de lo de Seethlaw. En la calle de la Bodega Repleta. En aquel momento pensé que me sonaba, pero no establecí la conexión. Estúpido por mi parte, sin duda: incluso me dijiste que conservabas aún la antigua dirección, aquella primera noche que vine a verte. Tardé tiempo en ordenarlo todo en mi cabeza, Gracia, en juntar todas las piezas, en decidir qué era real y qué no. Pero verás, he tenido tiempo. He tenido un largo y placentero viaje de regreso hasta aquí para reflexionar sobre todo ello. Tú, el jardín y la casa vieja, eso era real. Notaba que era diferente de todo lo demás. Ahora lo recuerdo. Lo único que no logro desentrañar es si fue idea de Seethlaw, o si se lo sugeriste tú. ¿Te importaría explicármelo?

Miró a Gracia a los ojos. Milacar suspiró y se dejó caer sobre los codos amartillados. Apartó la mirada.

—Yo no… —sacudió la cabeza con cansancio—… tomo… decisiones en lo que respecta a Seethlaw. Es él el que viene a mí. Obtiene lo que quiere.

—Qué emocionante, ¿no?

—Lo siento, Gil. No quería que te hicieran daño, eso es todo.

La voz de Ringil se endureció.

—No, eso no es todo. No me querías en Etterkal, igual que todos los demás. O si iba… porque sabías muy bien que no podrían detenerme… querías que Seethlaw lo supiera y lo tuviera todo previsto. Me vendiste a él, Gracia, le dijiste dónde encontrarme. Tuviste que ser tú, nadie más sabía que había ido a casa de Hale.

Gracia del Cielo no dijo nada.

—Antes de que tuviera que matarlo, Seethlaw me acusó de entrometerme en sus asuntos, y lo que dijo fue muy específico. «Fuiste tú quien entró en mi dominio», dijo, «quien trajo su acero, sus amenazas y su convencimiento de que ni la belleza ni la hechicería podrían contrarrestar su eficiencia asesina». Me oyó decirte eso aquella primera noche aquí, en el balcón. Estaba aquí, en tu casa, ¿verdad? Y después me siguió hasta casa, junto con un par de tus macheteros más ineptos. A ellos no tuve problemas para espantarlos, pero Seethlaw se quedó para reírse de mí. No puedo culparlo: los dos estabais compinchados para acabar conmigo. Cómodos como putas cucharas en un cajón, riéndoos. ¿Estás en la cábala, Gracia?

Milacar soltó una risita y volvió a sacudir la cabeza. Había más energía esta vez.

—¿Algo te hace gracia?

—Sí. No lo entiendes, Gil. La cábala nos afecta a todos, no hace falta estar dentro para eso. La cábala son Findrich, Rugido y unos pocos más de Etterkal, un puñado de la cancillería y otro par más de la academia. Pero eso no es más que el núcleo. A partir de ahí, todo el que tenga un ápice de influencia en esta ciudad lleva las botas manchadas con el barro de la cábala. Sólo es cuestión de cuan hondo piensas meterte, cuánto quieres ganar y cuánto deseas saber. Yo, Murmin Kaad y hasta tu puto padre. De una forma u otra, todos estamos implicados. La cábala coge lo que quiere.

Ringil asintió con la cabeza.

—Necesita un traidor en la Hermandad de la Ciénaga, ¿no es así? ¿Quieres saber qué le pasó a Girsh?

—Sé lo que le pasó a Girsh. —Un largo suspiro—. Estoy entre dos aguas, Gil. Intento no implicarme mucho ni en un lado ni en otro; procuro no comprometerme demasiado ni encajonarme. Es política. Uno termina acostumbrándose.

—Pero Seethlaw no era política, ¿o sí?

—Seethlaw. —Gracia del Cielo tragó saliva—. Seethlaw era…

—Hermoso. Sí, lo sé, ya me lo dijiste. Por supuesto, también me aseguraste que lo sabías por terceros, pero eso sólo era una mentira rápida para cubrirte el culo. No podías confesarme que te estabas follando al legendario dwenda en Etterkal, eso lo hubiera estropeado todo. Lo único que me pregunto es por qué te molestaste en mencionarlo siquiera.

Milacar agachó la cabeza.

—Pensé que te asustaría.

—¿Sí? ¿O pensaste que no te vendría mal librarte de la competencia?

—No quería que salieras lastimado, Gil.

—Te repites. Mírame a la cara, Gracia. He salido lastimado.

—Ya, bueno, lo siento. —Se encendió con un repentino fogonazo de rabia—. Si te hubieras mantenido al puto margen como te dije, a lo mejor ahora no tendrías esa fea cicatriz.

—A lo mejor.

Se produjo un silencio, como si estuvieran compartiendo una pipa de flandrijn. La forma de lo que se avecinaba empezó a perfilarse en la ausencia de ruidos.

—Te llevó a los lugares grises —dijo por fin Milacar, con amargura.

—Ah, sí. —Y aunque, tan sólo viendo los ojos de Gracia del Cielo conocía ya la respuesta, Ringil formuló la pregunta de todas formas—. ¿Y a ti?

Milacar perdió la mirada al otro lado de la habitación, en la esquina sombría de la que había salido Ringil.

—No. Habló de ello, pero… No lo sé. El momento nunca era adecuado, supongo.

—No te sientas mal. No sabes la puta suerte que has tenido —Ringil se inclinó hacia delante y se dio unos golpecitos en la cicatriz del mentón—. ¿Esto te parece feo? Deberías ver lo que llevo dentro.

—¿Crees que no puedo? —Milacar lo miró otra vez, y ahora sonreía con tristeza —. Tendrías que mirarte en el espejo alguna vez, Gil. ¿Cómo lo mataste, entonces? ¿Al bello Seethlaw?

—Con la Críacuervos. Le partí su puta cara bonita por la mitad.

—Vaya. —Un encogimiento de hombros—. Ya me dijiste que no te detendría. Típico de ti, Gil, sin duda. Una vez que empiezas, nada te detiene hasta que terminas. ¿Has venido a matarme a mí también?

La respuesta tardó un momento en aflorar a sus labios.

—Sí.

—Lo siento muchísimo, Gil.

—Yo también —Ringil señaló con la cabeza el cordón de la campanilla del otro lado de la cama—. ¿Quieres probar a llamar a tus macheteros ahora?

—¿Serviría de algo?

—No. A menos que no quieras morir solo.

Gracia del Cielo Milacar hizo un gesto señorial. Si le asustaba lo que se avecinaba, lo disimulaba bien.

—En ese caso me parece un desperdicio, ¿no crees? Todos esos cuerpos tan jóvenes. Creo que…

Y salió de la cama, muy rápido para su edad, sin ningún arma aparte de su peso y la habilidad obtenida tras una vida de peleas callejeras. Ringil lo dejó acercarse, era lo mínimo. Dejó las manos a los costados y permitió que pareciera que podría tener una oportunidad. Entonces, cuando Milacar llegó a su altura, dejó caer el cuchillo de dragón de su manga y lo proyectó hacia arriba, contra el costado del cuello de Gracia. Su otra mano salió disparada, agarró el lado opuesto del cuello y empujó contra la cuchillada.

Sostuvo a Gracia así, frente a frente, como si se dispusiera a besarlo. La sangre de la arteria cercenada brotaba a borbotones, caía por el diente de dragón y le bañaba la mano derecha. Oyó cómo se encharcaba en la alfombra, alrededor de sus pies.

—Ohhh —gimió Gracia—. Por… la polla… retorcida… de Hoiran. Eso… duele, Gil.

Ringil lo sostuvo en alto mientras moría, mirándolo fijamente a los ojos hasta que se le apagaron. Luego extrajo el cuchillo de golpe, soltó convulsivamente el cuello de Gracia y lo vio golpear el suelo como un saco de forraje.

Un destello de fuego azul.

Giró sobre los talones con el corazón desbocado.

Se vio reflejado en el gran espejo colgado frente a la cama.

Suspiró, aguardó a que llegara el alivio, a que la punzada de temor se mitigara y su pulso se tranquilizara. Esperó. Pero el momento pasó, lo dejó allí esperando, y no llegó ningún alivio. La figura del espejo irguió los hombros y sonrió. Vio las manos manchadas de sangre, el rostro enjuto surcado de cicatrices y los ojos, los ojos que brillaban en el cristal oscuro. El pomo protuberante de la Críacuervos, el leal acero asesino a su espalda. La curva aserrada del diente de dragón en su diestra.

Tendrías que mirarte en el espejo alguna vez, Gil.

Ahora se miraba. Las palabras que Seethlaw le dijo en el pantano regresaron a él, desesperadas en su intensidad.

He visto lo mismo que las akyia, Gil. He visto en lo que podrías convertirte, si te lo permitieras.

Recordó la playa, las criaturas en la espuma y los sonidos que emitían.

Están hablando de ti.

Y como un mazazo definitivo, como una hoja que tajase la carne, se acordó de la

adivina de la Puerta Oriental. Las palabras que desdeñó en Ibiksinri cuando se enfrentó a los dwenda y dejó a Seethlaw convertido en un montón de despojos.

Se avecina una batalla, un duelo de poderes como no has visto nunca. Una batalla que te romperá, que te hará pedazos.

La fría brisa nocturna que entraba por la ventana abierta se encontró con él. Transportaba una tenue nota de salitre.

Surgirá un señor oscuro, el viento de la ciénaga augura su llegada.

Se miró fijamente a sí mismo.

Surgirá un señor oscuro.

—Conque así están las cosas, ¿verdad? —susurró.

Las cortinas de muselina se agitaron; la brisa recorrió la estancia en silencio. Se limpió las manos y el colmillo de dragón en las sábanas de seda de Gracia del Cielo, y volvió a guardar el cuchillo en su manga.

Se ajustó la Tríacuervos en la espalda para estar más cómodo y movió la empuñadura una fracción de centímetro para desenfundarla mejor.

A continuación volvió a girarse hacia el espejo, y descubrió que ya no tenía miedo de aquello que le devolvía la mirada.

Aguardó pacientemente a que el destello de fuego azul hiciera acto de presencia otra vez, y a lo que fuera a traer consigo.

Agradecimiento

Por si las influencias expuestas con tanta prominencia en este libro no hubieran quedado bastante claras, cabe dar las gracias a los siguientes escritores por la trascendental inspiración prestada en su momento:

A Michael Moorcock por Hawkmoon, Elric y Corum.

Al difunto Karl Edward Wagner por Kane.

Al difunto Poul Anderson por *La espada rota* y *The Dancer from Atlantis*.

La fantasía de *Sólo el acero* se sustenta sobre numerosos pilares de realidad distribuidos sutilmente a lo largo de sus páginas, y por hacer esto posible estoy en deuda con Robert Low, autor de *The Whale Road*, y con Jon Weir. Le agradezco asimismo a Alan Beatts la semilla plantada con sus comentarios sobre la cordura, y a Gillian Redfearn que se explayara largo y tendido sobre las dimensiones de las lanzas.

Por lo demás, mi más sentido agradecimiento a mis editores, Simon Spanton y Chris Schluep, tanto por dejar que les vendiera la idea (literalmente) como por no arredrarse ante las montañas de fechas de entrega mutiladas y despanzurradas cuando las cosas tardaron más de lo previsto en adoptar la forma deseada. Gracias también a mi agente, Carolyn Whitaker, por estar siempre ojo avizor y por su apoyo incondicional.

Por último, y sobre todo, gracias a Virginia, por soportar un día sí y otro también los taciturnos excesos y el antisocial abandono de Morgan el Bárbaro, durante el tiempo que tardé en terminar lo que había empezado.



RICHARD K. MORGAN. Escritor y guionista inglés de ciencia ficción y fantasía. Ganador del Premio Philip K. Dick en 2003 por la novela *Carbono alterad*o.

Fecha de nacimiento: 1965, Londres.

Educación: Estudió historia en el Queens' College de Cambridge.

Premios: Philip K. Dick, Arthur C. Clarke y John W. Campbell Memorial.

Nominaciones: Premio Philip K. Dick, Premio Arthur C. Clarke.